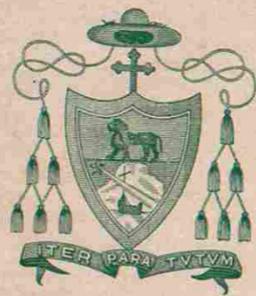


CION

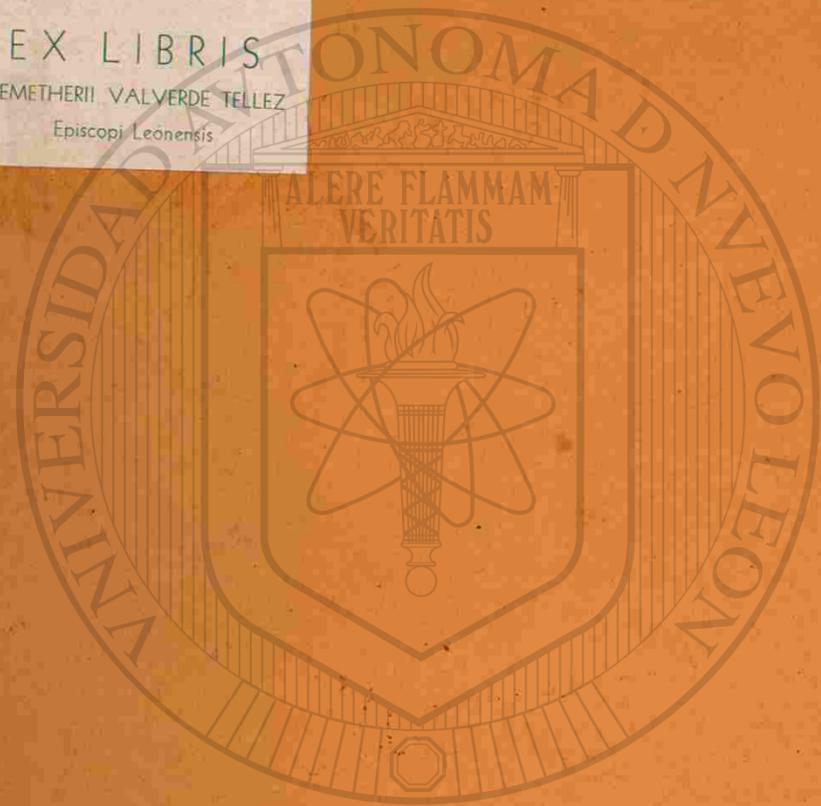
BT601
07
1853
c.1

008705



1080020970

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

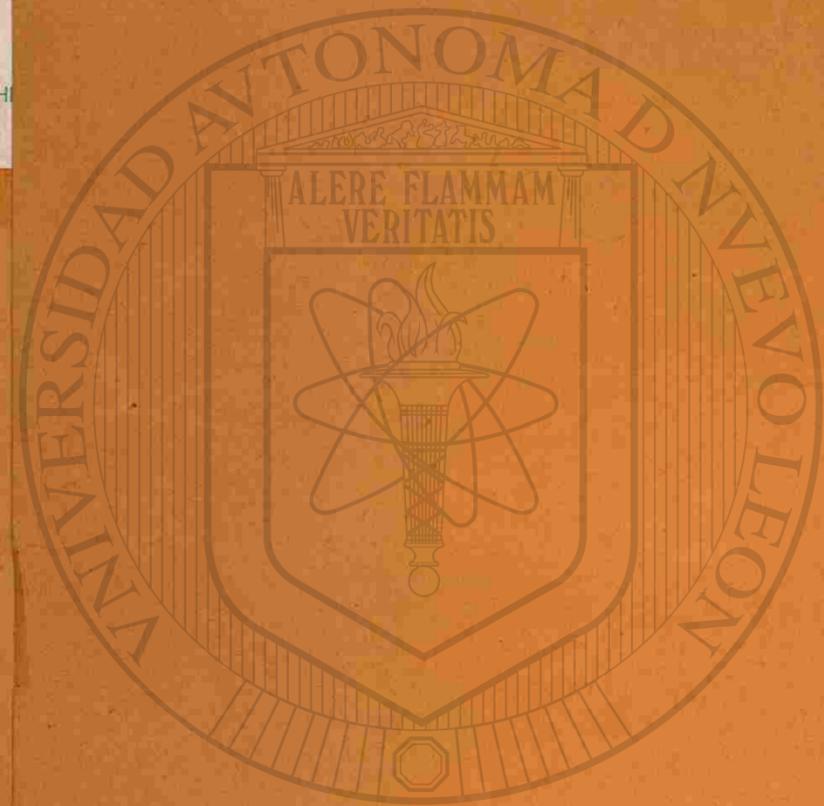


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA

UNIVERSAL ECONÓMICA ILUSTRADA.

LA VIRGEN.

HISTORIA

DE LA MADRE DE DIOS,

Y DE SU CULTO,

COMPLETADA POR

LAS TRADUCCIONES DE ORIENTE, LOS ESCRITOS DE LOS SANTOS PADRES
Y LA HISTORIA PARTICULAR DE LOS HEBREOS.

Por el abate Orsini,

VICARIO GENERAL HONORARIO DE GAP, MIEMBRO DEL INSTITUTO HISTORICO DE FRANCIA Y
DEL BRASIL, CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR.

TRADUCIDA AL CASTELLANO, PARA LA "BIBLIOTECA UNIVERSAL ECONÓMICA," POR

J. L. DE ANIEVAS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Telles

MÉXICO.

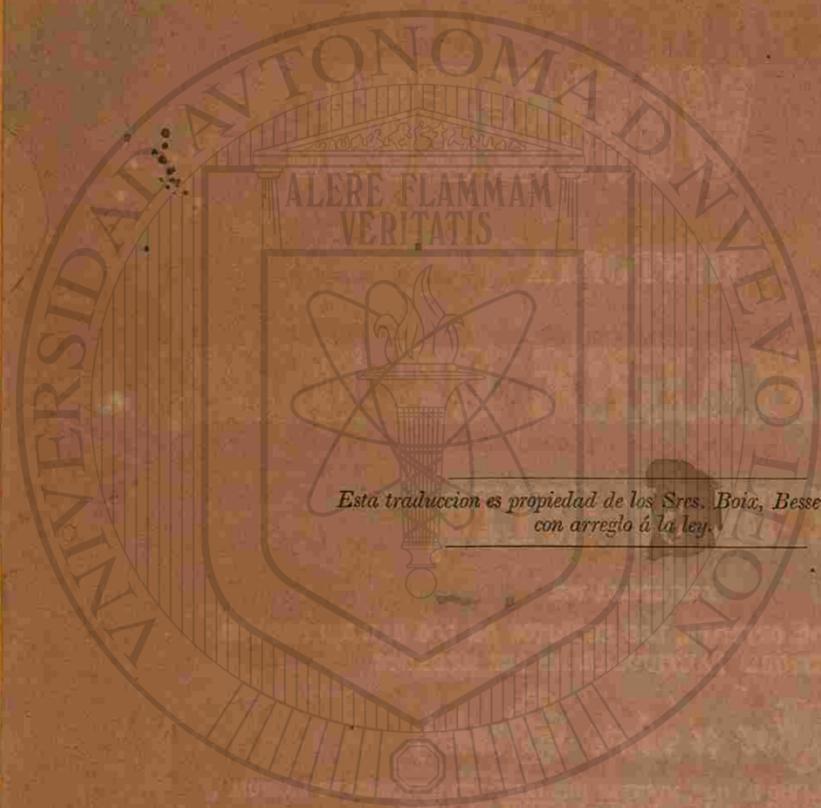
BOIX, BESSERER Y COMPAÑIA, EDITORES, IMPRESORES Y LIBREROS.

1853.

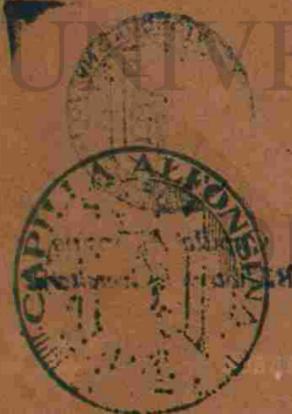


VALVERDE Y TELLES

45315



Esta traducción es propiedad de los Sres. Boix, Besserer y Ca.,
con arreglo á la ley.



FONDO EXTERNO
VALVERDE Y TELLEZ

GREGORIUS PP. XVI.

Dilecti fili, salutem et Apostolicam Benedictionem.

Jam pridem Nobis dono miseris opus gallica lingua á Te elucubratum, atque inscriptum—*La Vierge; Histoire de la Mère de Dieu et de son culte.*— Nunc vero cum tuis obsequentissimis Litteris alterum ejusdem operis exemplar libenter accepimus quod á Te auctum, pulcherrimisque imaginibus ornatum ac splendidissimis Parisiensibus typis editum superiori anno rursus evulgandum curasti.

Tuum consilium ecclesiastico viro plane dignum vehementer commendamus, quod eo potissimum spectat, ut pietatis erga Sanctissimam Virginem Dei Genitricem Mariam infidelium animis magis magisque augeatur, atque excitatur.

Agimus autem pro dono gratias, ac paternæ nostræ in te caritatis testem, et cœlestium omnium munerum auspiciem Apostolicam Benedictionem Tibi ipsi, Dilecte Fili, intimo cordis affectu impertimur.

Datum Romæ apud S. Mariam Majorem, die 23 Augusti, anno 1845, Pontificatio nostri anno decimoquinto.

GREGORIUS PP. XVI.

Dilecto filio Presbytero ORSINI, Lutetiæ Parisiorum.

006793



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

INTRODUCCION.

Este libro que el público se ha dignado acoger con tanto agrado, no envuelve una pretension ambiciosa de celebridad; es mas bien una obra de paciencia y de fé; una flor depositada en el altar de María, con la sencillez del corazon de un peregrino de los antiguos tiempos. La Santa Virgen merecia sin duda, un historiador mas digno; pero no podia encontrar quien desease con mas sinceridad ver glorificado su nombre y propagado su culto.

La historia de la Reina de los ángeles, de la Rosa misteriosa de la nueva ley, es por sí un asunto tan bello y tan poético, que inspiraba naturalmente las ideas mas tiernas, así como las mas nobles espresiones del idioma. Es una narracion del Oriente que refleja las costumbres, las pompas y los sitios pintorescos del Asia: ¿extraño será, pues, que el estilo participe del color oriental?

Hemos estudiado lo necesario los libros de los Santos Padres, para saber que no han desdeñado las bellezas de la dicción á fin de combatir, aun de este modo, al paganismo, usando de sus propias armas. A esto es á lo que llamaba el gran San Jerónimo en su lenguaje figurado, *cortar la cabeza de Goliath con su misma espada*. ¿Qué hay, en efecto, de mas sublime y mas poético que ciertas descripciones de San Juan Crisóstomo? Este orador sagrado compite frecuentemente con los poetas orientales, y en una de sus homilias se encuentra la comparacion de la tierra embalsamada por el perfume de las rosas, comparacion que Saadi reprodujo despues en su "Gulistan."

Las cartas y las homilias del gran San Basilio, llenas de agradables pinturas que Fenelon ha imitado sin superarlas, á mas exhalan un dulce perfume de poesía, capaz de atemorizar á los espíritus tímidos que en nuestros dias toman las imágenes poéticas por un espectro que quisieran desterrar de todas las obras religiosas. El mismo San Gregorio Nacianceno, este sublime filósofo cristiano, se preguntaba á sí mismo acerca de la naturaleza de su alma bajo la sombra de los espesos bos-

ques, en tanto que las brisas del aire mezcladas con el canto de los pájaros, derramaban una dulce somnolencia desde lo alto de las copas de los árboles donde ellos cantaban regocijados por la luz; mientras que las cigarras ocultas bajo la yerba, hacian resonar todo el bosque, y que las aguas cristalinas de un arroyo mojaban sus piés al deslizarse suavemente al través del encantado bosque (1). Si esto no es poesía, no sabemos á qué pueda darse este nombre.

Para convertir á los pueblos es necesario antes de todo, hacerse escuchar: para reanimar en la fé á las masas largo tiempo agitadas por las conmociones sucesivas de las revoluciones, combatidas por los vientos de los sistemas, indiferentes por el cansancio y espuestas á los ataques de una secta atrevida, que alza hoy su cabeza con mas orgullo que nunca, es necesario comenzar por hacerse leer. El predicador que despojara la palabra santa de todos los adornos de una bella locucion, haria que bien pronto se viesen desiertas nuestras iglesias, pudiendo decir entonces lo que aquel músico griego, que dejándolo solo en una plaza pública, exclamaba: *¡Templos, escuchadme!* El escritor religioso que empleara un estilo árido y cansado en medio de una nacion que se precia de gusto y conocimiento literarios, no tendria mejor suerte; caería enteramente en la sima del olvido, y aun cuando su libro tuviese el valor intrínseco del oro y de las perlas, no por eso dejaria de ser la cosa mas inútil, pues que nadie le tomara en sus manos.

San Basilio estaba tan penetrado de esta verdad, que recomendaba encarecidamente á los jóvenes oradores de su tiempo el estudio profundo de las letras humanas, á fin de trasmitir sus bellezas á los escritos católicos. "Las letras humanas, decia este gran doctor, son como las hojas que deben servirnos para cubrir y adornar las palabras de la sabiduría y de la verdad. Moisés y Daniel no fue-

(1) Sancti Gregorii Nazianzini, opera, t. II, pág. 86.

ron los dos astros mas brillantes de la Sinagoga, sino porque habian agotado todo el arte de los egipcios." San Gerónimo, á fin de rechazar los ataques anti-literarios del presbítero Rufino, que le acusaba de mezclar la podredumbre del paganismo con las palabras del Señor, le contestaba fríamente, que siendo ciego como un topo, no debía burlarse de los que tenían ojos de cabra. Y en efecto, cuando se ha considerado siempre, aun en los siglos mas austeros de la Iglesia, el adorno suntuoso de los altares y de los tabernáculos, como una practica buena, laudable y propia para manifestar toda la majestad del culto cristiano; ¿por qué se ha de hacer de la literatura religiosa un triste y desnudo yermo, en donde nadie osase penetrar por temor de morir de fastidio durante el viaje? ¿Están así acaso las Santas Escrituras, de las cuales decia San Juan Crisóstomo, que estaban llenas de perlas y de diamantes? Todos los géneros de composicion conocidos desde la Egloga hasta la Epopeya ¿no se encuentran reunidos en la Biblia? Los santos de aquellos lejanos tiempos, á quienes quisimos llamar bárbaros, estuvieron muy distantes de querer despojar á las obras religiosas de todo adorno literario. "¿Y qué, dice un autor ilustre del siglo IX, envuélvense en telas bordadas de oro y de pedrerías las reliquias de los santos, y sus acciones no habrán de espresarse sino con palabras rústicas y bárbaras? Se emplean todas las gracias de la dición en novelas impúdicas, ¿y ha de escribirse de la manera mas fría y desaliñada, los hechos inmortales de los héroes del cristianismo? ¿Es preciso, pues, que la elegancia del estilo no sirva mas que para adornar la torpeza y la iniquidad?"

"Yo quisiera, dice tambien un sábio y piadoso autor, que dedicó en 1722 al obispo de Blois la vida de un santo personaje; yo quisiera que los católicos consagrasen á las acciones admirables de los santos los adornos que consagran los pecadores á sus culpables pasiones, y que hiciesen ver que saben adornar la virtud mucho mejor que los profanos engalanar el vicio."

Si es permitido arrojar algunas flores poéticas sobre un tema religioso, debe serlo mucho mas ciertamente cuando se trate de la rosa mística de la nueva ley; y es esto tan cierto, que los doctores mas graves de los pasados siglos han sido poetas, sin quererlo y sin saberlo, hablando de esta gloriosa criatura. San Gregorio de Neocesarea, este austero y frío taumaturgo, halla los nombres mas tiernos y espresivos para la divina Madre de Dios, á quien llama manantial de luz y flor inmaculada de la vida. San Efrén, ese sombrío y ardiente solitario, compara á la Virgen Santísima, á un incensario de oro del que se exhalan los mas dulces perfumes. San Epifanio llama á la Virgen océano espiritual que encierra la perla celeste. Por su parte San Cirilo de Alejandria, la compara á una lámpara inextinguible, que ha dado el ser al sol de justicia. "Con qué maravillosas flores de alabanzas os tejerémos ¡oh, María! una corona; ¡María! dice San Basilio. "Sois vos quien ha germinado la flor de Jessé que nos llena de gloria y de honor." San

Gregorio el Grande compara á María á una bella Virgen adornada de la gloria de su fecundidad, á una montaña altísima que sobresale entre los coros angélicos y se eleva hasta el trono de la divinidad. Alcuin, esa antorcha brillante de la corte de Carlo-Magno, ese sábio acostumbrado á los trabajos áridos y austeros, se hace poeta al hablar de María. *Tú eres mi dulce amor*, le dice, *tú eres mi gloria ¡oh Virgen! tú eres la reina de los cielos, la flor de los campos, el lirio del mundo!* El Papa Inocencio III compara á María con la aurora. Santo Tomás de Aquino, á la estrella de los mares que conduce al puerto á los que navegan sobre sus olas. *¡Salve, noble hija de los reyes, esclama el sábio y místico Erasmo, vos sois mas resplandeciente que la aurora, mas agradable que la plateada luna, mas pura que el lirio recién abierto, mas blanca que la nieve de las montañas, mas gallarda que la rosa, mas preciosa que el rubí, mas casta que los ángeles...*

Apoyados en la fuerza de estos consejos, y alentados con estos ejemplos, hemos untado ligeramente con la miel de Engaddi los bordes del vaso que presentamos á las gentes del mundo, estos niños mimados que aparta de sí con gesto desdeñoso la bebida que no tiene como los sorbetes de Levante el perfume de la rosa ó del nardo. Algunos nos han imputado á crimen esta inocente astucia, y aun nos han reprochado en términos bien duros y amargos de haber sacrificado á los dioses falsos; mas cuando han querido exhibir una cita en que apoyarse, han tenido tal desgracia, que han venido á criticar sin saberlo alguna frase de la Escritura, es decir la misma palabra del Señor. "Yo no cito siempre á mis autores, dice Montaigne, porque nada me divierte tanto como el ver dar una bofetada sobre mi mejilla á Virgilio, á Tácito, á Horacio, á alguno, en fin, de los grandes géneos de la antigüedad por uno de esos críticos del dia que no han podido nunca leerlos. A nosotros nos ha sucedido lo mismo, aunque no hayamos tenido la malicia de tender esa red á la sencillez de algunos censores que poseen en el mas alto grado la ignorancia de su ignorancia; la peor de todas las ignorancias, si ha de creerse á los orientales; pues hemos oido tratar gravemente á los profetas de poco clásicos, por sabios á quienes se reputa por muy entendidos en la Biblia; ¿puede decirse mas?"

Pero las ruines pasiones han enmudecido en torno de este libro, y los que hubieran debido sostenerlo, aunque no fuese sino por la causa santa que en él se defiende, le han perseguido en las sombras con una malevolencia verdaderamente farisaica. Que Dios, que registra hasta los mas ocultos pliegues de los corazones falsos para conocer hasta el motivo determinante de sus actos, les perdone como nosotros los perdonamos. Hemos recibido por otra parte tan bellos y honrosos sufragios para consolarnos, que podemos ser generosos sin ningun esfuerzo.

La prensa extranjera, especialmente la italiana, la alemana y la española, han elogiado la *Historia de la Santísima Virgen*. No pudiendo citar

todos los artículos que se han publicado, nos limitaremos al sábio fragmento de uno que salió en *La Cruz*, el diario religioso, político y literario, que se honra de defender al clero tan eminentemente católico en España.

"... El abate Orsini, recorriendo los anales de su culto que empezó con el cristianismo, y desenterrando pergaminos que tal vez nos hubieran sido desconocidos sin el auxilio del autor, presenta al lector los títulos en que se funda la hiperdulía, y los progresos del culto de la Madre de Dios, que por cierto ocupan una página de oro en los fastos del mundo y escitan recuerdos de mucha gloria. Pero no es esto solo lo que hace el Sr. Orsini: su obra comprende la biografía de Jesus y en algun modo la del Orbe entero, cuya historia es inseparable de la caída del hombre y de la promesa de su redencion. Hay en el libro que recomendamos, profunda teología, esquisita erudicion, juiciosa crítica, bellezas que encantan y poesía que deleita.

"El traductor, que es el doctor F. Y. P., ha querido añadir un diamante en nombre de los españoles, á la corona que todos los sábios de Europa han puesto sobre la frente del autor de la historia completa de la Madre de Dios y de su culto. Este libro es una grande epopeya del siglo décimo nono, digna de estar al lado de los *Mártires*..."

Nosotros no referimos estos elogios, en los que ciertamente hay mucho de indulgencia, por una vanidad ridícula ó una necia soberbia, sino solo para hacer constar que la *Historia de la Madre de Dios* ha sido bien recibida por los extranjeros católicos, cuyas simpatías nos son infinitamente preciosas. No es menos consolador para nosotros el ver como se populariza en Alemania, en Inglaterra, en Rusia y en Norte-América donde quizá ha destruido algunas preocupaciones injustas entre los cristianos disidentes.

La prensa francesa ha tratado este libro como ha querido, pues que no se han puesto en uso, ni intrigas, ni recomendaciones de ninguna clase, lo que no le ha impedido manifestarse generalmente tan benévola que debemos tributarle acciones de gracias. Por una casualidad verdaderamente providencial, la mayor parte de los literatos que se han ocupado de nuestra obra, eran hombres de corazon sano, de instruccion y de talento; por lo mismo no han sido menos generosos: comunmente los hombres privilegiados son indulgentes y razonables: los leones que tienen el sentimiento de su fuerza, perdonan con frecuencia por nobleza de alma á una presa débil; no así las víboras que silban y muerden en el fango de su aguazal nativo para satisfacer á su natural instinto.

Dichoso el autor que cae en las manos de hombres capaces de apreciar un libro y examinarlo al abrigo de toda influencia, con la probidad que corresponde á la magistratura del pensamiento; pero que juzgar es una tarea que muchos impenden; pero que pocos saben desempeñar: para ello se necesita instruccion, gusto y conciencia; cosas que no todos poseen.

Un sábio prelado, oculto todavía para nosotros

bajo el velo del anónimo cuando escribimos el prefacio de nuestra última edicion, monseñor Cotteret, obispo de Beauvais, profundo teólogo y escritor muy distinguido, despues haber aprobado el uso que hemos hecho de las tradiciones orientales, *tradiciones que el autor no ha querido*, observa el santo obispo, *hacer pasar por artículos de fé*, llega hasta decir lo siguiente: "El Sr. abate Orsini es uno de los escritores que ha comprendido mejor el lenguaje de nuestra época, habla en verdad como si fuera un discípulo del Sr. de Chateaubriand." Mucho es el honor que se nos hace, aunque no lo hayamos merecido; nosotros no hemos tenido la presuncion de habernos atrevido á seguir ni aun de lejos, las huellas gigantescas de aquel gran maestro; y si nuestro género se asemeja en algo al suyo, podemos decir con respeto á esto lo mismo que en una circunstancia semejante decia un humilde poeta del Kurdistan: "Yo he salido, lo mismo que Antar, ese poeta famoso, del jardin de Nisenabur; pero Antar era la rosa del jardin, y yo no soy mas que un abrojo."

Una observacion se nos ha dirigido á la cual debemos responder, y es relativa al uso que hemos hecho de las costumbres de los hebreos para completar la historia de la Santa Virgen. Todo viajero que haya visitado el Oriente, todo literato que se haya versado en el conocimiento de la historia y de las costumbres del Asia, comprenderá luego que nuestro trabajo es el fruto de largas y laboriosas investigaciones, y que la *imaginacion no ha tenido ninguna parte en él*: así es que no hemos querido ni aun tomarnos el trabajo de inventar las fórmulas vulgares de *á Dios* y los deseos de *buen viaje*: todo se ha tomado de fuentes respetables que hemos indicado escrupulosamente siempre que lo creíamos necesario. Nuestra obra ademas, ha sido leida por sabios orientalistas que la han encontrado con *una buena erudicion*, y de algunos israelitas de elevada gerarquía que han elogiado la escrupulosa fidelidad con que hemos hecho reaparecer los apagados esplendores de Sion y las antiguas costumbres de sus padres. Hoy dia se escige en el historiador lo mismo que en el pintor, un estudio profundo del color local: si un artista, pues, se permitiese introducir nuestros trages occidentales y nuestras perspectivas del Norte en un cuadro cuyo asunto se hubiese tomado de los fastos de la antigua Asia, no se libraría, sin duda, de la justa crítica de los inteligentes; pues bien, una obra literaria es tambien un cuadro que debe reproducir el color del cielo, la configuracion del terreno, los trages históricos, las maneras y las actitudes de los grupos que figuran en sus páginas. Al escribir la historia de la ilustre descendiente de los reyes de Judá, nos hemos sometido á las exigencias de nuestro gran asunto. Hemos creído que no se trataba de establecer las costumbres de Oriente sobre las nuestras y de disfrazarlas, como dice Strauss, con un ropaje occidental, sino de pintarlas tales cuales fueron en la época en que vivió María: este era el único medio de conservar la verdad trazando una historia que pasó en la sociedad

judía en tiempo de Herodes. En cada página del Evangelio encontramos las costumbres y los usos de los hebreos, á los cuales se dignó conformarse el mismo Jesucristo; y no es dudoso que la Virgen se hubiese anticipado al ejemplo de su divino Hijo. Las costumbres hebraicas están fundadas sobre la Escritura y la tradición, lo cual hacía que fuesen una cosa santa á los ojos de la nación entera: separarse, pues, de estos usos, habria sido una falta muy grave. Todo era, hasta el traje imperial de las desposadas, una reminiscencia de la Biblia y de las tradiciones anti-diluvianas del templo.

Además de la prensa, hemos recibido testimonios de aprecio y de simpatía que nos han venido desde muy alto, como los dones de la Providencia. El príncipe Orsini, verdadero príncipe romano y amigo de las letras, al aceptar la dedicación de nuestro libro, se ha dignado honrarnos con el escrito siguiente:

“Una obra tan notable y tan santa como la vuestra, merecía ciertamente un protector mas elevado que yo: siéntome penetrado del mas vivo reconocimiento, y no podré expresar tanto como quisiera los sentimientos de la justa obligación que me ha impuesto un testimonio de tanta bondad y distinción como el vuestro. Roma aplaude y celebra vuestra obra; la gloria que en ella habeis querido procurar á la Madre de Dios, empieza á reflejar sobre vos mismo.”

Si hemos citado estas palabras lisonjeras, que respiran toda esa fina urbanidad de la alta nobleza de Italia, no es porque nos juzguemos dignos de ellas: las recibimos puramente como un estímulo generoso para mejorar nuestros trabajos en lo sucesivo; y las deponemos respetuosamente á los pies de la Virgen santa, porque sabemos que este honoroso y benévolo sufragio de un príncipe tan eminente por su piedad y por sus luces, dimana de ella, y solo á ella le pertenece.

Otra aprobación no menos preciosa para nuestro corazón, hemos recibido del señor comendador Montinho-Luna, ministro plenipotenciario del emperador del Brasil, que reúne á los talentos diplomáticos mas elevados un gusto exquisito por las letras, que él mismo cultiva con muy buen éxito.

“La nueva edición que vais á dar de vuestra historia de la Santísima Virgen, algunos meses tan solo despues de la primera (nos escribe S. E.), testifica bastante el interés con que el público ha visto este libro. Permitidme, con motivo de esta reimpression, el reunir mi humilde sufragio al de vuestros numerosos lectores.

“Vuestra obra habrá contribuido sin duda y contribuirá todavía mas á estender en Francia el culto tierno de María, que San Bernardo propagó allí en otro tiempo con tanto esplendor. Estoy convencido de que donde quiera que haya hijos de la Iglesia, la *Historia de la Madre de Dios* producirá el mismo efecto: que mi nombre sirva de prenda para esta seguridad.”

Nuestra historia de la santa Virgen, no ha encontrado solamente gracia á los ojos de los grandes de la tierra, muchos doctores italianos y españoles

la han honrado con su voto de aprobación. El Illmo. señor obispo de Salamanca, sabio prelado y muy digno de presidir la célebre Universidad que durante muchos siglos ha derramado tan vivos resplandores sobre la Europa, la ha protegido noblemente en España. Su eminencia, monseñor el arzobispo de Malinas, del que la fama de su sabiduría ha traspasado las fronteras de su patria, ha aprobado las ediciones Belgas; en fin, nuestro propio obispo, que no tenia necesidad de la opinión de otros para formar la suya, la ha tomado desde el principio bajo su protección.

A nuestras humildes páginas, añadiremos un trozo de la carta de monseñor Casanelli de Istria, á fin de que, si este libro, está destinado á alguna duración, pueda manifestarse en él mas tarde, que en una época en que la literatura religiosa no contaba con ningun apoyo en Francia, hubo príncipes romanos y santos obispos que la protegieron.

“He tardado mucho en daros las gracias por el bello presente que me hicisteis con vuestra apreciable obra, y por el placer que me ha causado la lectura de una vida doblemente interesante por la naturaleza del asunto, y por el encanto de la dición con que la habeis embellecido. Me es tanto mas precioso este obsequio, cuanto que me ha sido ofrecido por el autor, que es al mismo tiempo uno de mis compatriotas y de mis presbíteros. No he sido yo el único en apreciar el mérito de vuestro libro: el voto de los lectores á quienes lo he presentado, está enteramente de acuerdo con los elogios que desde antes habian hecho de él los diarios de Paris.

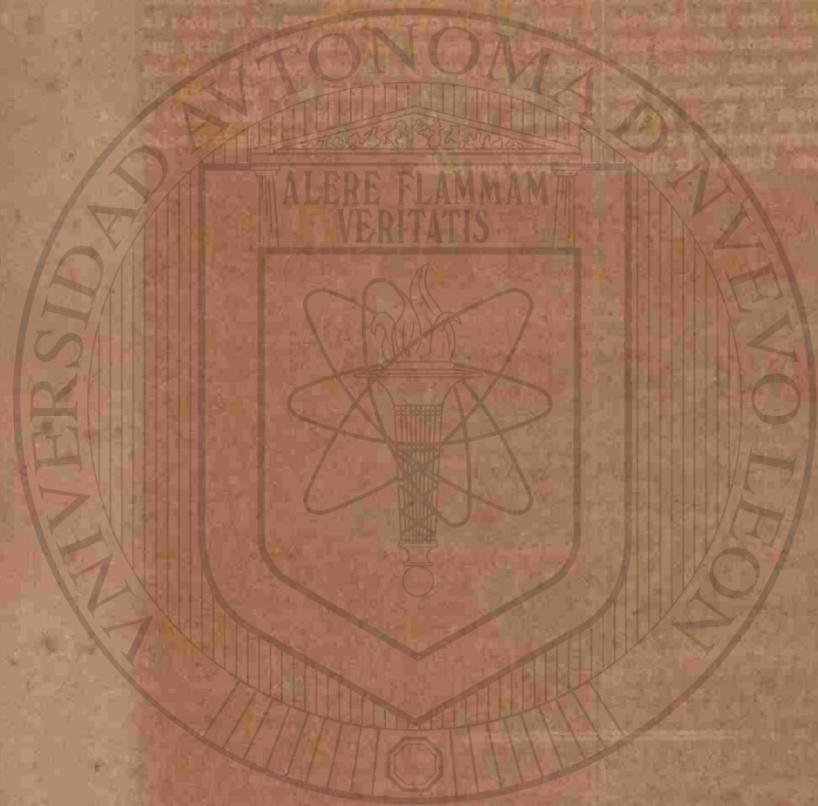
“Yo he visto con satisfacción que hayais consagrado á la Reina de los ángeles, las primicias de vuestros trabajos literarios; y este primer ensayo, es un seguro presagio del mas dichoso éxito en la carrera en que os habeis anunciado de una manera tan distinguida.”

Despues de que se nos han dirigido tan lisonjeras cartas, la *Historia de la Madre de Dios* ha obtenido, nos atrevemos á decirlo porque existen las pruebas, un éxito admirable, no solamente en Francia, sino en toda Europa y aun en otros países. Se han hecho tres traducciones de ella en Italia; dos en Inglaterra; dos en España; un eclesiástico de mucho talento la ha traducido tambien en Alemania, y de esta traducción acaba de publicarse en Leipsik una segunda edición magníficamente ilustrada: en Bélgica se han hecho muchas ediciones; ha penetrado hasta el fondo de la Moscovia y atravesado los mares mas lejanos; se ha estendido en México y en otras partes de la América católica; en fin, nuestro libro ha sido favorablemente acogido en Roma, en donde se ha propagado con el permiso del Sacro-Colegio y del Santo Padre, que en un breve que hemos recibido de su bondad, nos envia su bendición apostólica por haber contribuido á la propagación del culto de la Santísima Virgen. Gracias á la protección poderosa de María, el pequeño grano de mostaza ha llegado á ser un árbol cuyo frondoso ramaje se estiende en todas direcciones sobre la tierra. Cualquiera que sea

este libro, ELLA lo ha bendecido porque sabe muy bien que ha sido escrito con intenciones puras, y únicamente por la gloria de su culto y de su santo nombre.

Penetrados de reconocimiento hácia el público que ha dispensado á nuestra obra tan benévola acogida, hemos hecho todos nuestros esfuerzos para merecer un aprecio que tiene tanta estima para nosotros. Esta nueva edición, impresa con el permiso de Monseñor el arzobispo de Paris, ha sido revisada con la mayor escrupulosidad, y además aumentada considerablemente. Como es la última

vez que retocamos este libro, hemos hecho un trabajo de conciencia. La segunda parte que comprende el *culto de la Virgen*, ha sido refundida enteramente y enriquecida con hechos importantes que se han tomado de datos preciosos y auténticos. A pesar de todos nuestros esfuerzos, no dejamos de confesar que nuestra obra queda todavía muy imperfecta; pero este es el defecto comun á todas las obras humanas: la perfección es la montaña del Talisman, á cuya cima no ha sido dado subir á ningun mortal, y el autor se ha hallado mucho mas lejos que nadie.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

HISTORIA

DE LA MADRE DE DIOS, Y DE SU CULTO.

CAPITULO I.

ESPECTACION UNIVERSAL DE LA VIRGEN Y DEL MESIAS.

En aquellos remotos tiempos que tocan á la cuna del mundo, cuando nuestros primeros padres temblando y fuera de sí escuchaban bajo las majestuosas sombras del Eden (1) la voz terrible de Jehová que los condenaba al destierro, al trabajo, á la muerte, en castigo de su loca desobediencia, una prediccion misteriosa, en la que la bondad del Criador se dejaba entrever á través del enojo del Dios irritado, vino á reanimar el abatido espíritu de aquellas dos frágiles criaturas, que habian pecado por orgullo como Lucifer. Una hija de Eva, una mujer de ánimo *varonil* habia de quebrantar bajo su pié la cabeza de la serpiente, y regenerar para siempre á una raza culpable; esta mujer era *María*.

Desde entonces fué ya una tradicion entre las generaciones antediluvianas, que una doncella, pura como el alba, hermosa como la flor entreabierta, vendria á reparar el mal que habia hecho la primera mujer; y esta tradicion consoladora que reanimó el espíritu de una raza proscripta, no se borró de la memoria de los hombres cuando su grande dispersion en las llanuras de Sennaar: cada uno de ellos llevaba consigo al atravesar los montes y los mares, esta dulce, si bien lejana esperan-

1 La palabra *Eden* entre los árabes como entre los hebreos, es el nombre del Paraiso terrestre, y al mismo tiempo de la mansion de los elegidos. En idioma hebreo significa un lugar de delicias: en árabe un sitio propio para el pasto de los rebaños.

za, con el culto de Noé y con los restos de las ciencias y de las artes salvadas del diluvio (2).

Más tarde, cuando la religion primitiva comenzó á debilitarse, y las antiguas tradiciones se rodearon de nubes, la de la Virgen y del Mesias resistió casi sola las oleadas de los tiempos y se elevó sobre las ruinas de las antiguas creencias, sumergidas entre las fábulas del politeísmo, como el arbusto que crece siempre verde sobre las ruinas de la que fué en un tiempo la grande Babilonia (3).

Recórranse, si se duda, las diversas regiones del globo, y desde el Septentrion al Mediodia, desde el ocaso hasta la aurora, regístrense los anales religiosos de todos los pueblos, y se hallará en el fondo de casi todas las teogonías, á la Virgen prometida y su divino alumbramiento.

2 No hay duda que la raza de los hombres primitivos que fué agreste pero no salvaje, conoció muy pronto las artes analogas á sus necesidades y sus placeres. Apenas los hijos de Adán formaron pequeñas reuniones cuando los vemos establecer un culto público, formar tiendas, construir ciudades, forjar el hierro y fundir el bronce; inventar instrumentos de musica y seguir el curso de los astros. La historia de la astronomía se remonta segun Bailly á un pueblo antediluviano cuya memoria se ha perdido, y del que algunos restos de conocimientos astronómicos han escapado á la revolucion general. Temiendo Lalande que esta asercion probase demasiado en favor de los libros sagrados, atribuye á los egipcios el origen de esta ciencia; pero los hebreos que á título de vecinos, de contemporáneos y de antiguos huéspedes de Egipto, tienen el derecho de fallar en esta diferencia, deciden por Bailly contra su adversario, y nos enseñan que los egipcios debieron sus primeros conocimientos astronómicos á las tradiciones salvadas del diluvio. [Véase *Josefo An. Jus.*]

3 No se encuentra mas que un solo árbol en medio de las ruinas de Babilonia. Los persas le dan el nombre de *Attele*: segun ellos este árbol existia en la ciudad antigua y se conservó milagrosamente á fin de que el profeta Ali, yerno de Mahomet, pudiese atar á él su caballo despues de la batalla de Hilla. Es un arbusto siempre verde y tan raro en estas comarcas, que solo en Bassora se encuentra otro de la misma especie.—[Memorias de Rich's.]

En el Thibet, en el Japon y en una parte de la península oriental de la India, es el dios F6, el cual para salvar á los hombres encarna en el seno de la jóven prometida de un rey, la ninfa Lhamoghiuprul, la mas bella y la mas santa de las mujeres. En la China se cuenta en el número de los *hijos del cielo* al emperador Hoang-Ti, cuya madre lo concibió por efecto de la luz de un relámpago; otro emperador, Yao, contemporáneo del diluvio, tuvo por madre á una vírgen cuyo seno fecundizó el rayo de una estrella; Yu, gefe de la primera dinastía china, debió la vida á una perla, este emblema de la luz en todo el Oriente (1), que cayó del cielo al casto seno de una jóven. Heou-tsi, gefe de la dinastía de los Tcheou, no alteró al nacer la virginidad de su madre, quien le concibió por obra divina un día que estaba en oracion, y le dió á luz sin ningun dolor ni esfuerzo en una gruta abandonada, donde los bueyes y los corderos le calentaron con su aliento (2). La diosa mas popular del celeste imperio, Sching-Mou, concibió al simple contacto de una flor acuática; su hijo educado en la pobre cabaña de un pescador, llegó á ser un gran hombre, é hizo milagros.

Los Lamas dicen que Bouddha nació de la Vírgen Maha-Mahai. Sommonokhodom, principe, legislador y dios de Siam, debe igualmente su sér á una vírgen á quien fecundizaron los rayos del sol. Lao-Tsen encarnó en el seno de una vírgen negra, maravillosa y bella como el jaspe. La Isis zodiacal de los egipcios es una vírgen madre. La de los druidas debe dar á luz al salvador futuro (3). Los brahmas enseñan que cuando un dios se encarna, nace del seno de una vírgen por obra divina; y por eso Jagrenat, el salvador mutilado del mundo (4), y Chrichna, nacido en una gruta donde fueron á adorarlo en su cuna los ángeles y los pastores, tuvieron á una vírgen por madre.

La babilónica Dogdo vé en sueños á un brillante mensajero de Oromazo que depone á sus piés magníficos vestidos; una luz celeste descende sobre el semblante de la dormida doncella, que lo vuelve tan hermoso como la *estrella de la mañana*: Zerdhucht, Zoroastro, ó mas bien, Ebraim-Zer-

1 La perla, dice Chardin, tiene en todas partes nombres propios: en Oriente los turcos y los tartaros la llaman *Mardjan*, que quiere decir, globo de luz; los persas *Marvid*, producción de la luz.

2 Se hallan en el *Chi-King* dos bellas odas sobre el nacimiento maravilloso de Heou-Tai, y las glosas y las paráfrasis de los literatos sobre estos versos, concuerdan en explicar de tal manera el asunto, que hace todavía mas notable la semejanza con el del divino alumbramiento de María. "Todo hombre al nacer, dice Ho-Sou, desgarró el seno de su madre y le causó los mas crueles dolores. King-Yuen dió á luz el suyo sin lesion ni dolores; y es porque el *Thien* (cielo) quiso hacer brillar su poder y mostrar cuánto se diferencia el Santo de los hombres." "Habiendo sido concebido por la obra de Tien, dice otro glosador, Tsou-Tesong-Po, que le dió la vida milagrosamente, debía nacer sin destruir la virginidad de su madre."

3 *Hinc druida statuam in intimis penetralibus orerunt, Isidi son virgini hanc dedicantes, ex qua filius ille populitarius erat nempe generis humani Redemptor.*—[Elias Scheldius, de Dns GERMANIS, cap. 13.]

4 *Jagrenat*, la séptima encarnación de Brahma, la representan en forma de pirámide sin piés y sin manos. "Los ha perdido, dicen los brahmas, por querer cargar al mundo para salvarlo."—[Véase á Kircher.]

Atench (5), el famoso profeta de los magos, es el fruto de aquella vision nocturna. El tirano Nemroud (6) instruido por sus astrólogos de que un niño que estaba próximo á nacer amenazaba á sus dioses y á su trono, hizo morir á todas las mujeres embarazadas que se hallaban en sus Estados. Zerdhucht, se salvó únicamente por la astucia y la prudencia de su madre (7). Los Macénicos que habitan en el Paraguay á las orillas del Lago-Zarayas cuentan, que en una época muy remota, una mujer de rara hermosura llegó á ser madre sin perder su virginidad; su hijo, despues de haber obrado insignes milagros, se elevó un día por los aires á la vista de sus discípulos, y se transformó en sol (8).

Reuniendo, pues, los trozos esparcidos de estas creencias adulteradas, se hallará con casi todos sus pormenores la historia de la Vírgen y de Cristo. La Vírgen, en cuyas venas corre sangre real, es sin embargo, de una condicion oscura como la madre de Zoroastro; como ella recibe tambien la visita de un ángel encargado de un mensaje celeste. El tirano Nemroud, que fué el peor de todos aquellos principes perversos, puede tomarse por el tipo de Herodes; pues como él desea la muerte del jóven mago con el mismo frenesí con que el sanguinario esposo de Mariamne quiso la muerte del niño Jesus; y á ambos se les escapa su presa. Nacido de una vírgen que le concibió durante una oracion fervorosa, y que le dió á luz sin dolor y sin mancha, como el primogénito de la noble y piadosa Kiang-Yuen, nuestro Divino Salvador vive en medio de las clases pobres lo mismo que el hijo de la diosa de la china: los ángeles y los pastores vienen á rendirle homenajes como á Chrichna, en la mis-

5 Zer-Atench, significa *lavado en plata*, este sobrenombre fue dado á Zoroastro, porque según los griegos, él probó su mision á un principe sabio que le perseguia sumergiéndose en un baño de plata derretida.—[Véase á Tabernier, tom. II, pag. 92.]

6 Este Nemroud á quien Tabernier llama *Neubrount*, es según unos Nemrod el famoso cazador; según otros el tirano Zhohac de los persas, rey de la primera dinastía de los principes que reinaron inmediatamente despues del diluvio. Según el autor del *Mefathi atoloum* Nemroud no era otro que Caious, segundo rey de la segunda dinastía de Persia, llamada de los caminides. Los historiadores persas le dan casi dos siglos de reinado, que no deja de ser un período muy largo. Unos le pintan como un impio que tuvo el extraño capricho de querer subir al cielo en un carro tirado por cuatro de esas aves monstruosas llamadas *Kerkes*, de las que hacen mención en sus romances los antiguos autores de Oriente, agregando que despues de haber vagado algun tiempo en los aires, cayó sobre una montaña con tal fuerza que aquella se sintió conmovida hasta sus cimientos: así lo expresan las antiguas leyendas de Persia. Según los persas, este Nemroud hizo arrojar á Zerdhucht á quien ellos confunden con Abraham, en un horno ardiendo; y no faltan algunas que supongan á Nemroud, este persecucion de Nemroud que los persas atribuyen á Zerdhucht su legislador. San Jerónimo refiere una antigua tradicion de los judios, que asegura haber arrojado los Caldeos á Abraham al fuego por no haber querido adorarlo.—[Hieron, *Quasi in Genes.*]—Los judios rabinos, mucho mas modernos, confirman esta tradicion: Rocham-ben-adda, cuenta que habiendo encontrado Abraham á una jóvenita que llevaba un ídolo, le rompió, y sabiéndolo Nemroud dió orden al momento para que Abraham adorase el fuego. El patriarca respondió entonces con mucha sencillez, que era mas natural adorar el agua que apaga el fuego, á las nubes de donde viene el agua, al viento que reúne y disipa las nubes; y por último, al hombre que es un sér mas perfecto que el viento. Irritado Nemroud por esta atrevida respuesta, mandó arrojar á Abraham al fuego; pero este le respetó.

7 Véase Tabernier, tom. II, pag. 92.

8 Véase Muratori.

ma noche de su feliz nacimiento; mas tarde y despues de haber calmado las tempestades, andado sobre las olas, lanzado á los demonios y resucitado á los muertos, verifica su ascension triunfante en presencia de quinientos discípulos, cuyos ojos deslumbrados le pierden de vista en las nubes, exactamente lo mismo que lo refieren las hordas salvajes del Paraguay.

Es ciertamente muy extraño que estas maravillosas leyendas que no han sido copiadas de los hechos evangélicos, puesto que son incontestablemente mas antiguas, formen enlazándose entre sí la historia de la vida del Hijo de Dios. ¿Puede la verdad nacer alguna vez del error...? ¿Qué pensar, sin embargo, de estas estrañas coincidencias? ¿Se responderá acaso con los filósofos burlones de la escuela volteriana y con algunos de los visionarios alemanes de una época un poco mas reciente, que los apóstoles sacaron sus fábulas de las diversas creencias del Asia? Empero sin hablar del celoso empeño con que se ocultaban entonces los libros reputados por divinos en la oscuridad impenetrable de los santuarios; sin hacer mención del horror profundo que profesaban los judios á las leyendas de los ídólatras, y del desdeñoso desprecio con que miraban las ciencias de los estranjeros, ¿cómo unos pobres pescadores, cuyo saber se limitaba á guiar su barquilla sobre las ondas del lago de Genazareth, y que goteaban todavía el agua sus redes cuando fueron promovidos al apostolado; cómo unos laboriosos artesanos obligados á trabajar en medio de la predicacion para procurarse el alimento del día; cómo, volvemos á decir, estas gentes sencillas é ignorantes, podian haber compilado los libros sagrados de los indios, de los chinos, de los bactrianos, de los fenicios y de los persas? ¿Cómo ha de creerse que Simon Pedro, los hijos del Zebedeo ó aquel austero discípulo de Gamaliel, que decia en alta voz en Corinto, la rica y orgullosa ciudad de Grecia: *lo que es yo no sé mas que una cosa, ¡Jesus y Jesus crucificado!* hubiesen arrancado á la idolatría, que tenian la mision de destruir, algunos de sus viejos girones para surcir con ellos fraudulentamente la vida sencilla y magnífica de Jesucristo? Y si no se tratase sino de una cuestion de préstamos hechos á las leyendas místicas de los pueblos cercanos á la Palestina, como por ejemplo los egipcios y los fenicios, la inculpacion habria sido injusta, pero tenia al menos un color de verosimilitud. Mas no! estos puntos luminosos que se destacan del tenebroso seno de la idolatría para formar como otras tantas estrellas, la aureola brillante del Hijo de María, vienen de los lugares mas lejanos y desconocidos de la tierra! Sin hablar de esa Galia de impenetrables bosques, que á la estremidad de la Europa Occidental ocultaba sus creencias misteriosas á la sombra de sus añosas encinas: de las grandes Indias tan imperfectamente conocidas en tiempo de Tiberio; de aquella Sérica con sus torres de porcelana y cuyas retiradas provincias no tentaron siquiera la codicia de los ávidos ro-

manos (1), ¿cómo los apóstoles hubieran podido comunicarse con la desconocida América, separada del antiguo continente por un lago inmenso de verdes olas, y perdida cual una perla en medio de las aguas?

Pero yo quiero que los apóstoles hubiesen conocido, no importa cómo, estas tradiciones antiguas, diseminadas sobre todos los puntos del globo; todavía mas, admito, prescindiendo de la nativa sencillez, de la alta santidad de estos hombres divinos, que arrebatados, como dice Rousseau, por el ardor de la gloria de su Maestro, se les hubiese venido un instante al pensamiento de bordar con algunos accesorios fabulosos la rica tela del Evangelio; esta empresa hubiera sido imposible. ¿Cómo, por ejemplo, pudieran haber atribuido á ese Herodes que todos conocian en Jerusalem, y cuyo reinado trágico y glorioso sabia cada uno perfectamente, un hecho atroz é inverosímil tomado de no sé qué rey de Persia, que acaso no existió nunca sino en la imaginacion de los magos? Si la degollacion de los inocentes hubiera sido un cuento, *forjado ó copiado* por los apóstoles, ¿puede creerse que los Bethlemitas, que sabian tan bien lo que pasaba en la Ciudad Santa, cuyas altas torres descubrian en el horizonte, no hubiesen protestado enérgicamente contra esta audaz mentira; que esos sutiles fariseos que habian procurado sorprender al mismo Jesus en sus palabras, la hubieran dejado correr sin refutarla, ó que los adictos á Herodes hubiesen tolerado impasibles que se echara falsamente una mancha tan negra sobre el nombre de un príncipe á quien ellos veian casi como un Dios (2), que los habia colmado de honores y de bienes? Si pues cada uno guardó silencio, fué porque el hecho era demasiado cierto, demasiado público y muy reciente todavía para que pudiera dar lugar á inútiles denegaciones; fué porque á dos horas de camino de Jerusalem, se hallaban las madres de los mártires inocentes que habian pagado con su tierna existencia el honor de haber nacido al mismo tiempo que Cristo; fué porque poblaciones enteras habian visto brillar el hierro homicida y habian oido los gritos de las víctimas; fué porque al primer mentís dado á los cristianos, todo un pueblo se habria levantado exclamando: *¡nosotros estábamos allí!* (3).

1 Bajo el reinado de Augusto fué cuando los romanos recibieron la primera embajada de los *seres* á quienes hoy llamamos chinos. Los embajadores aseguraron que habian tardado tres años en hacer el viaje.

2 Los aduladores de Herodes, deslumbrados por la grandeza de este príncipe, sostuvieron que era *el Mesias*, cuya servil opinion dió origen á la secta de los herodianos de que tanto se habla en el Evangelio, y que los paganos conocieron, pues que Persia y su escollador nos enseñan que todavía en tiempo de Nerón, se celebraba el nacimiento del rey Herodes por sus sectarios, con la misma celebridad del sábado.

3 "Ni Josepho ni los Rabinos hablan de la degollacion de los Inocentes [dice Strauss.] Macrobio, que vivió en el cuarto siglo, es el único que dice algo respecto de la matanza ordenada por Herodes." Strauss está en un error: los tolvos, de donde ha sacado Celso una parte de los hechos injuriosos al cristianismo, que ha sembrado en sus escritos, habian positivamente de este hecho consignado en el Talmud. He aquí como Bossuet responde á los que niegan el hecho evangélico y nunca se ha dado una respuesta mas clara y perentoria. "¿Dónde se hallan, dice, los que para afirmar su fe quieren que los historiadores paganos de ese tiempo hiciesen mención de esta crueldad de Herodes, así como de otras muchas?"

Lo mismo puede decirse del alumbramiento divino de María, de la visita de los pastores enviados por los ángeles; de la resurrección gloriosa, de todos los prodigios, en fin, que señalaron la venida de Cristo. Los apóstoles escribieron cuando vivían aun los mismos que figuraban en las escenas de sus narraciones, y antes de consignar en sus escritos las maravillas que se obraban por el Mesías, las habían predicado valerosamente en el mismo templo de Jehová, ante una multitud inmensa de hebreos de todas las provincias que se reunían allí, ya para hacer sus sacrificios, ya para llevar sus primicias. ¿Cómo suponer, pues, que hubiesen mentido ante aquel auditorio, que hubiera sido en el caso el más peligroso del mundo?

Lejos de temer las denegaciones que no habrían faltado en caso de impostura, San Pedro habla á esta numerosa asamblea con la firmeza y la convicción íntima de atraerse la adhesión general; no teme evocar los recuerdos todavía recientes de los que le escuchaban, y atesta los milagros que han marcado con un sello divino la misión del Hijo de María, aun delante del gran consejo de la nación que había contribuido con todo su poder á que se crucificase á Jesús. Los senadores de Israel espantados de ese valor y furiosos por tales revelaciones, mandan apalearse á San Pedro y á San Juan para obligarles á guardar silencio; pero no se atreven á negar, como lo testifica el Talmud, esos prodigios que atribuían neciamente á la magia. Así, pues, no dicen á los apóstoles arrastrados á su presencia por los guardas del templo: "Sois unos visionarios ó unos mentirosos," sino que más bien con una agitación que revela sus secretos temores: "¡Callaos! les dicen, ¿quereis acaso vernos apedrear por el pueblo?" A lo cual aquellos dos hombres de corazón sencillo, pero de ánimo esforzado, responden resueltamente: "no, no callaremos; Dios nos manda hablar, y á él debemos obedecer antes que á los hombres..." Nunca la impostura podía haber sido tan atrevida.

Después de examinar los actos, el carácter y la posición de los apóstoles, todo hombre imparcial se verá obligado á convenir que no fueron ni engañadores ni engañados, y que nada pueden las coincidencias que se notan entre los hechos evangélicos y las tradiciones, más ó menos mezcladas de fábulas de los pueblos antiguos.

Pero entonces, ¿cómo explicar estas semejanzas? ¿Es acaso un capricho de la casualidad, ó un hallazgo fortuito?

No es sin duda un efecto casual que el misterio de la Encarnación de un Dios en el seno de una Virgen, sea una de las creencias fundamentales del Asia; no lo es tampoco que las mujeres privilegiadas que llevan en su seno esta emanación de la divinidad, sean siempre puras, bellas y santas; que

Debe nuestra fé depender acaso de lo que la negligencia ó la afectada política de los historiadores del mundo les obligó á decir ó á callar en sus historias? Alejemos de sí tan débiles pensamientos, aun cuando no se hubiese tenido sino miras humanas, ellas habrían bastado al evangelista para no querer descreditar su santo escrito, consignando en él un hecho que no hubiese sido tan público y justificado."

tengan nombres gloriosos y llenos de misterios, los cuales significan en todas las lenguas antiguas: *hermosura esperada, virgen immaculada, virgen fiel, estrella polar, felicidad del género humano*; que sean entre sí tan semejantes que podría creérselas modeladas por un tipo lejano, oculto á nuestros ojos en la noche de los tiempos. No es, en fin, un efecto casual el que un rayo luminoso del cielo uniese á la naturaleza divina con la naturaleza humana.

Estas nociones, en que se reconoce el sello de las épocas primitivas, se remontan evidentemente al nacimiento del mundo. Los patriarcas antediluvianos, esa cadena de ancianos venerables que vivían la edad de los cedros, queriendo formarse una idea de la mujer que había de ser bendecida entre todas, y cuyo alumbramiento milagroso había de salvar al género humano, se la figuraron bajo la imagen de Eva antes de su caída; le atribuyeron una belleza majestuosa y santa, que no podía infundir en el alma de los hijos de los hombres otro sentimiento que el de una religiosa veneración; la simbolizaron en una amable estrella de dulce y velado resplandor, cuya salida debía preceder á la del Sol de justicia.

Los medios por los cuales Dios hizo descender la fecundidad á este seno virginal, se conforman de una manera sorprendente con las tradiciones de los diferentes pueblos del mundo. Echad una mirada sobre todas las religiones antiguas, y en todas hallareis el fuego sagrado; pero el fuego entre los persas, el emblema terrestre del sol, y el sol mismo, no era más que la morada del Altísimo, el solio glorioso del Dios del cielo (1).

Los hebreos, que participan de esta creencia, reconocían la presencia divina ó la *Schequina*, en la nube luminosa que se mecía entre los querubines del propiciatorio, y creían que Dios se revestía de la luz como de un ruano, cuando se manifestaba á los hombres en las ocasiones solemnes. Esta era la opinión de la Sinagoga, y la tradición del templo refería que en medio de un zarzal de rosas silvestres que ardía sin consumirse en el monte Horeb, donde Moisés, aquel gran pastor de los hombres, llevaba á pastar los rebaños árabes de su abuelo, se dejó ver un semblante muy hermoso que en nada se parecía á los que vemos en la tierra, y que esta imagen celeste, más clara que la llama y más brillante que el relámpago, era sin duda la imagen del Dios eterno (2). No es, pues, difícil comprender de dónde venía la opinión, generalmente esparcida, de que un rayo luminoso debía llevar la fecundidad al seno de la Virgen reparadora, que era la esperanza de todos los pueblos.

A esta interesante tradición de una Virgen pura admitida á las bodas celestiales, rodeadas de un misterio impenetrable, se enlazaba la de un Dios salvador nacido de sus entrañas, que debía sufrir

1 Los persas suponen que el trono de Dios está en el sol, según dice Anway, de donde procede su veneración á este astro.

2 Philon, Vida de Moisés.

y morir por la salud del mundo (1). Esta tradición no se perpetuó como la otra por medio de imágenes brillantes y poéticas, sino por el terror que hacía una impresión indeleble, pero muy distinta de la que produce una alusión dulce y poética. El sacrificio sangriento que hallamos instituido, desde los tiempos más remotos en casi todos los pueblos, no tuvo por objeto sino conservar entre los hombres el recuerdo de la promesa del sacrificio del Calvario. Fácil es dar la prueba de esto.

El culto, esta manifestación de amor, este homenaje de reconocimiento que Adán y Eva debieron tributar á Dios desde el instante mismo de su creación en el Eden, no consistía, sin duda, sino en oraciones inocentes y en ofrendas de frutos y flores (2). Pero cuando estos ingratos infringieron el precepto de fácil cumplimiento que el Señor les había impuesto como un suave yugo, y tan solo para hacerles conocer que le debían obediencia y adoración; cuando con los frutos inmortales del árbol de la vida (3) perdieron su talisman contra la muerte (4), y que de las encantadoras colinas del Eden descendieron á una tierra erizada de abrojos y de espinas, cuyo seno virgen les era preciso abrir para proveer á su alimento, añadieron á los frutos y á las flores silvestres que producía la tierra del destierro las primicias de sus rebaños. Esto merece considerarse. Adán, que á la perfección de sus formas reunía una alma elevada é inteligente, en la cual el Señor había depositado el germen de todas las virtudes, y de todas las verdades, no podía estar privado de sentimientos humanos. Su fatal complacencia para con Eva nos

le muestra amante hasta la debilidad, y por tanto, susceptible hasta el más alto grado de afecciones dulces y benévolas. ¿Cómo le vino, pues, el pensamiento de que el Criador podría complacerse en la muerte violenta de su criatura, y de que un acto de destrucción, lo fuese de piedad?

La inmolación de los animales que no tiene la menor relación con los votos y las preces del hombre, y que el alimento puramente vegetal de los primeros patriarcas hacia que no tuviesen otro objeto que el de la muerte, debió levantar en el ánimo del jefe del linaje humano mil naturales repugnancias. Largo tiempo estos pobres seres privados de razón, pero muy capaces de adhesión, habían formado la corte de este rey solitario del Eden. El se sentaba entonces á la misma mesa, dormía sobre el césped del mismo collado, apagaba su sed en el mismo manantial, y su oración subía al cielo al nacer ó declinar el día, con el gorgojo de los pájaros, que también se reunían, para entonar el himno de la mañana ó de la tarde. Estos compañeros de su vida dichosa, envueltos también en su infortunio, participaron con él la pena del destierro (5); los unos cediendo á los instintos feroces que no se habían declarado en el paraíso, huyeron al fondo de los desiertos y á los ántros secretos de las montañas, desde donde comenzaron á hacer á su antiguo Señor una guerra á muerte; los otros, inofensivos y dulces criaturas, se establecieron en derredor de la gruta que habitaba su Señor, al que le ofrecieron para satisfacer sus necesidades y endulzar sus penas, su leche, su trabajo, sus vellones y sus melodiosos conciertos. Y bien, en medio de estos humildes y poco numerosos amigos que le fueron fieles en la desgracia, Adán escogió, contó y señaló sus víctimas: en la garganta de la ternera que agotaba sus ubres para alimentarlo, en la tierna paloma que venía á refugiarse en su seno cuando el buitro la perseguía en los aires, en la cordera que dejaba su pasto florido para venir á ofrecerle su leche, era en donde él tenía que sepultar su cuchillo homicida. . . . Ah! cuando el hombre inesperto todavía en matar vio caer á sus pies, revolviéndose en su propia sangre, agitándose en los estremecimientos de la agonía á una cri-

1 Esta tradición se encuentra en los libros sagrados de la China. (Véase la obra del padre Premare, titulada: *Selecta quadam vestigia precipuorum christiana religionis dogmatum ex antiquis libris eruta*).

2 Porphyry, de Apst. lib. II.

3 Dios podía dar á las plantas ciertas virtudes naturales, que tuviesen relación con nuestro cuerpo, y así es fácil creer que el fruto del árbol de la vida tenía la virtud de alimentar el cuerpo de un modo tan proporcionado y tan eficaz, que sirviéndose de él no muriese nunca. — [Bossuet Elev. Sur les Myst., tom. I, p. 231].

4 El hombre no había sido jamás inmortal en este mundo en el mismo título que los puros espíritus, porque un cuerpo formado de polvo debía naturalmente volverse polvo; él lo era por un favor sin ejemplo y concedido condicionalmente, que lo elevaba y lo mantenía en una situación muy superior á su propia esfera: el hombre no adquirió jamás en la tierra la inmortalidad por derecho de nacimiento; todo cuerpo terrestre debe perecer por la disolución de sus partes, á menos que una voluntad particular del Criador lo impidiese; y esta voluntad divina se manifestó en favor de nuestros primeros padres. Dios plantó en el jardín delicioso en donde había colocado al hombre mortal, el árbol de la vida, planta de origen celestial que tenía la propiedad de rechazar la muerte, así como el laurel, en sentir de los antiguos, rechazaba el rayo. A este árbol misterioso estaba adherida la inmortalidad de la especie humana; lejos de su abrigo protector la muerte recobraba su presa, y el hombre caía desde las alturas del cielo en su miserable envoltura de barro. — [August. *Quaest. Vet. et Nov. Test.* Q. 19, p. 450]. — Nadie pondrá en duda, según creo, que Dios no usase de su derecho arrojando á Adán del Paraíso Terrestre después de su desobediencia; mas este destierro llevaba consigo la sentencia de muerte para el hombre y su posteridad: sin el árbol de la vida, no era más que una criatura frágil y perecedera, sometida á las leyes que rigen todos los cuerpos creados: habiendo faltado el antídoto, era muy natural que el veneno recobrase su efecto. Vuelto Adán á ser mortal, engendró hijos mortales como él, que debieron heredar la condición de su padre. En esto Dios no hizo agravio alguno á la especie humana; nosotros somos mortales por naturaleza; él nos ha dejado tales cuales somos. Retirar un favor gratuito cuando el que fué objeto de este favor rompe con sus manos el acto por el cual se le había conferido, no es obrar con dureza, sino en justicia.

5 No se sabe exactamente el tiempo que Adán y Eva estuvieron en el Paraíso Terrenal; sin embargo, su morada en él debió ser de alguna duración, y así lo ha comprendido Milton, que no citamos aquí en su calidad de poeta, pero sí de profundo orientalista. Si además se recuerda que fué en el Eden donde Adán aprendió á distinguir y á llamar por sus nombres á todas las aves del cielo, á los animales de la tierra y á los peces que nadan en las aguas; que allí también aprendió las virtudes de las plantas y lo que Dios quiso enseñarle acerca del curso de los astros, se convendrá fácilmente que todo esto no pudo ser obra de poco tiempo. Los persas y los chinos hacen permanecer al primer hombre en el paraíso durante un espacio de muchos siglos. Según el parecer de los árabes y de los rabinos, él no permaneció allí sino la mitad de un día; pero este medio día equivale á quinientos años, porque según los mismos, un día del paraíso corresponde á mil años. Este espacio de tiempo es demasiado largo á nuestro entender. Se cree comúnmente que Cain, cuyo nacimiento se sitúa estrechamente en el Génesis, á la expulsión de sus padres, nació el año 13 de la creación, lo cual haría con corta diferencia en doce años de residencia en el paraíso. Este término, aunque bien corto, bastaría sin embargo al primer hombre para establecer su autoridad sobre los animales sometidos á su cetro, y para unirlos á sus humildes súbditos con los lazos de la costumbre.

tura dulce y tímida, debió quedar, sin duda, tan pálido y aterrorizado, como el asesino que acaba de cometer su primer delito! Este pensamiento no fué inspiración suya, no fué un acto de su elección sino de penosa obediencia. ¿Quién se la impuso? Aquel á quien solo corresponde disponer de la vida ó de la muerte. . . . Dios!

Adán cometió una falta de tal manera enorme por sus circunstancias agravantes y sus consecuencias desastrosas, que para espresar toda su extensión, la tradición hebrea refiere que el sol se cubrió de horror (1). Satanás le atacó con todas sus fuerzas, en el tiempo en que él no conocía mas que el bien, en la morada mas bella de la tierra, bajo la impresión reciente del beneficio de su creación; libre, dichoso, tranquilo, inmortal y capaz de resistir con solamente haberlo querido; desde aquella altura cayó al horroroso abismo de la desobediencia y de la ingratitud. La justicia de Dios exigía un castigo proporcionado á la ofensa; el hombre fué condenado á morir de una doble muerte, y este habria sido el destino de la especie humana, si un Sér divino, predestinado desde antes del nacimiento de los tiempos para la obra de nuestra redención, no se hubiese encargado de satisfacer por nosotros todos. Desde entonces se le llamó el Mesías y fué revelado como un salvador en el momento mismo en que la voz de Dios, *aquella voz que derriba los cedros*, pronunció la sentencia de los tres culpables. "Porque hiciste esto, dijo Dios á la serpiente corruptora que estaba orgullosa de nuestra ruina, la simiente de la mujer, es decir, un fruto nacido de ella, quebrantará tu cabeza."

Y la tradición hebrea añade, que Dios apiadado del arrepentimiento de nuestros primeros padres, les reveló por medio de un ángel que de ellos nacería un Justo, el cual por un sacrificio voluntario neutralizaría los perniciosos efectos del árbol de la ciencia (2), y sería la salvación de los que pusiesen en él su esperanza (3). Por otra parte, las tradiciones árabes nos dicen que Dios, que es tan indulgente y misericordioso, quiso indicar desde luego al hombre cómo había de implorar su perdón. Este culto revelado, fué ciertamente el sacrificio, ceremonia á la vez conmemorativa, expiatoria y simbólica, por la cual el hombre confesaba que había merecido la muerte, y sustituyendo víctimas inocentes, traía continuamente á su memoria la grande víctima del Calvario.

Así, pues, la institución del sacrificio de sangre,

1 En recuerdo del pecado de Eva, á cuya vista, según los judíos, el sol ocultó su luz, las mujeres judías están encargadas especialmente de encender lámparas que arden en cada casa durante la noche del sábado. "Es muy justo, dicen los doctores hebreos, que las mujeres enciendan la antorcha que apagaron, y que estén encargadas de este trabajo en expiación de su pecado." [Basn., lib. VII, cap. 13.]

2 Es una creencia común entre los cristianos, que el árbol de la ciencia era un manzano; los persas sostienen por el contrario, que este árbol fatal era una higuera. En nuestros días, el alemán Lichhorn cree que fué una especie de manzanillo. "La deducción que se saca de ese hecho maravilloso que rodea la caída del primer hombre, dice el escritor racionalista, es que en efecto la constitución del cuerpo humano ha sido viciada desde su origen por el uso de un fruto venenoso." [Eichhorn's, *Argeschicht*.]

3 Basnage, lib. VI, cap. 25, p. 417.

que no fué invención humana, tenía en su origen un pensamiento de misericordia divina, pues que él perpetuaba en todos los pueblos la tradición del Mesías, sin la cual, la obra de la redención habiera sido un beneficio perdido.

Dios madura sus disposiciones durante siglos, porque mil años son para él lo mismo que un día; pero el hombre, que dura tan poco se apresura á obtener sus deseos. Parece que Eva creyó por las palabras del ángel, que ella sería la Madre de este Redentor prometido, y en medio de los trasportes de un gozo extraordinario que esa idea le causaba, dió á luz á Cain (4) á quien creyó su salvador. Engañada por las inclinaciones perversas que manifestó desde luego, puso sus esperanzas en Abel, este hijo tan querido cuyo nombre recuerda el luto y las lágrimas de su madre (5). Después pensó que sería Seth (6), pero en vano, porque las puertas que guardaban los ángeles con sus espadas de fuego, no se abrieron nunca para ella. Los justos de la descendencia de Seth, esos hombres puros y contemplativos á quienes la Escritura llama los hijos de Dios, y que las leyendas asirias consideran como génius benéficos, alimentaron mucho tiempo esta misma esperanza; y la tradición judía nos los pinta errando sobre las montañas vecinas del jardín del Eden (7), cuyos cedros gigantes (8) admiraban suspirando, pero se consolaban con que un justo nacido de entre ellos les haría entrar en él. Mas no era el nombre de una Virgen de los primeros tiempos el que estaba escrito en los decretos inmutables del Eterno, y la tierra, que todavía se estremecía con la maldición divina, necesitaba ser purificada como por las abluciones de un bautismo, antes que los pasos de aquel que debía llevar la feliz noticia á través de las montañas, dejase impresa en ella su planta sagrada.

Después que la tierra hubo absorbido las aguas

4 Cain es llamado *Cabel* por todos los autores árabes: este nombre que quiere decir *el primero*, es quizá su nombre propio. El sobrenombre de Cain que significa *traidor*, le fué dado después de su crimen. (Sabary, en una nota al cap. V. del Corán.)

5 Abel, que los árabes escriben *Habel*, no es según ellos sino el sobrenombre de aquel joven pastor que fué el primer tipo de Jesucristo. En efecto, él recuerda el trágico acontecimiento que sumió en el dolor á la familia de Adán, pues según dice Sabary en el lugar citado: *él dejó con su muerte á una madre bañada en lágrimas*.—Josepho, dice asimismo, que el nombre de Abel significa *duelo*. (*Antiq. Jud.*, pág. 4.)

6 Véase Basnage, lib. VI, cap. 25.

7 Las tradiciones árabes, colocan el paraíso terrestre en ese hermoso valle de Damas, que los poetas orientales designan bajo el nombre de la esmeralda del desierto. Su situación admirable, su belleza y fecundidad justifican esta idea, y un sabio comentarista del Génesis no ha vacilado en considerar á este hermoso sitio como el jardín del Eden, aunque los nombres del Eufrates y del Tigris indiquen una situación muy diferente. En apoyo de esta tradición árabe se enseña á una media jornada de Damas una alta montaña de mármol blanco sembrada por frondosos árboles, donde se encuentra una caverna que está considerada como la morada de Adán, de Abel y Cain: véase allí también el sepulcro de Abel, que es muy respetado por los turcos; el paraje donde se cometió el fratricidio está señalado por cuatro columnas. (D'Herbelot, *Bibliothèque orientale*, pág. 772 y 780. El padre Pacifique en sus *comentarios sobre la Biblia*.)

8 Los grandes cedros del Eden han quedado tradicionalmente en la memoria de los hebreos que han hecho su paraíso, el Paraíso Terrestre. En la mayor parte de sus epítetos se leen estas palabras: "Ha descendido al jardín del Eden, para estar con aquellos que viven entre los cedros." (Basnage, tomo V. lib. VII.)

del diluvio y que los vientos la secaron, la nueva familia humana que renacía bajo tan favorables promesas, se apresuró á restablecer el culto de Enoch. Noé añadió los siete preceptos que llevan su nombre, sin olvidar las tradiciones históricas y religiosas que su larga existencia antes de aquel tremendo cataclismo le había dejado recoger. El fué el que refirió cómo el hombre había sido formado de la tierra, luego su rebelión, á la que se siguió su caducidad, y por fin, su futura regeneración, que el mundo debería al maravilloso alumbramiento de una segunda Eva. El también, á la vista de las oblaciones sangrientas presentadas para expiar la falta de sus primeros padres, enseñó á sus descendientes á levantar los ojos hácia una víctima mas augusta sentada á la derecha de Jehová, en las profundidades estrelladas del cielo; víctima de la cual las terneras y los corderillos no eran mas que un imperfecto símbolo (1).

Los pueblos conservaron fielmente estas nociones primitivas que se encuentran en el fondo de todas las creencias (2). Erigieron altares en la confluencia de los ríos, á la sombra de los bosques, á la cima de las montañas, en las orillas del verdoso Océano, y sobre la tierra arenosa en que el abstinio estiende sus hojas al viento del desierto. Los rayos apacibles de la luna alumbraron desde el principio estos templos agrestes que no tenían mas límites que el horizonte, ni otra techumbre que el estrellado firmamento. En esta época remota, Dios fué adorado dignamente y con unos pensamientos tan puros, tan sublimes, tan uniformes y sencillos, que evidentemente debieron elevarse hasta El mismo.

Entre tanto, un sentimiento de terror supersticioso producido por el recuerdo espantoso y reciente de la sumersión del globo, recuerdo del que se encuentran visibles vestigios en la mayor parte de las fiestas religiosas de la antigüedad (3), se introdujo como un principio destructor en el culto establecido después del diluvio. Aglomerados los descendientes de Noé sobre las altas mecetas del Cáucaso y de los montes de Armenia, rehusaban descender á la llanura con una obstinación que ni la autoridad del mismo Noé podía vencer; tanto era lo que temían un segundo diluvio! En vano el arco-iris ostentaba en las nubes sus dulces y

benignos colores, donde el verde esmeralda se une al azul del zafiro, para alejar todo temor de los hijos de los hombres; este presagio feliz, este bello signo de la piedad de un Dios aplacado, atenuaba, pero no podía destruir enteramente aquel terror tan hondamente arraigado. Así lo testifica la torre de Babel; monumento que bajo su insolente audacia ocultaba el miedo inmenso de la raza humana. Era como una fortaleza de refugio contra la eventualidad de una nueva inundación, de que esa raza que empezaba ya á corromperse se sentía aun merecedora. Y cuando la confusión de las lenguas, esa nueva manifestación del poder divino, obligó á los hijos de Noé á dispersarse sobre la tierra; cuando vieron convertirse en su daño y confusión aquella precaución injuriosa á la clemencia jurada del Señor, se estremecieron á la consideración de su nuevo delito.

Es necesario convenir, sin embargo, para disculparlos, que el aspecto que ofrecía entonces la tierra no era para tranquilizar los ánimos. Los ríos salidos fuera de su cauce habían formado lagos inmensos, y las dilatadas llanuras que animaban antes del diluvio las graciosas tienditas de los pastores, se habían convertido en pestilentes pantanos (4). Los cedros yacían tendidos á orillas de los mares, en tanto que los despojos del Océano se encontraban sobre las cimas perpetuamente nevadas de las montañas. No se veía donde quiera sino torres demolidas hasta el nivel de la yerba (5), ciudades silenciosas y arruinadas. Por todas partes el hierro del arado rompía osamentas y escombros. La justicia del airado cielo había descargado sobre la especie humana de una manera tan terrible, que el hombre, cuyo corazón palpitaba aun de terror con el recuerdo de los peligros que había corrido, se sentía mas dispuesto á temer á su soberano Señor, que á amarlo con el sentimiento que solo inspira la tranquilidad y la confianza. ¡Temió á Dios! ¡Dudó de sus promesas y de su bondad! Y cual naufrago infeliz que se ahoga, buscó ávidamente en deredor de sí un apoyo de que asirse, una cosa que pudiera interponer entre Dios y él, un medio con que poder conjurar en una circunstancia dada aquella cólera santa pero terrible. Noé había hablado de un sér influente y divino cuya ternura para con los hombres era infinita, que debía patrocinar su causa cerca del Eterno, cargándose él mismo de sus crímenes; ¿mas quién era es-

1 "Toda la ley antigua tiene en sí un carácter de sangre y de muerte, para representar á la nueva ley establecida y confirmada por la sangre de Jesucristo."—[Bossuet, *eleu. sur les Myst.*, t. I, pág. 428.]

2 Los indios, los chinos, los peruanos y aun los hurones, reconocen que el primer hombre fué formado del limo de la tierra. Los brahmanes que hacen encantadoras descripciones de su *chorcám* (paraíso), ponen en él un árbol cuyos frutos, si fuese permitido el comerlos, darían la inmortalidad. Los persas refieren que el genio del mal, Ahriman, sedujo á nuestros primeros padres, bajo la forma de una serpiente. La historia de la mujer seducida al pie de un árbol, de la cólera de Dios y del primer fratricidio, era también tradicional entre los iroqueses. Los tártaros atribuyen nuestra caducidad, á una planta dulce como la miel y de una belleza maravillosa. Los tibetanos, á la falta de haber gustado de la peligrosa planta llamada schima, dulce y blanca como el azúcar; este fruto fué el que reveló el estado de desnudez. La tradición de la mujer y la serpiente, era igualmente conocida de los antiguos mexicanos. . . . &c.—[Véase la obra de Roselly de Lorgues, titulada: *Jesucristo delante del Siglo*, cap. IX.]

3 Véase á Boulanger, *Antigüedades descubiertas*.

4 La historia nos ha conservado pruebas de haber mudado de lugar los ríos después del diluvio. Se lee en Strabon (libro II), que el Aroges que riega la Armenia, estaba aun desbordado é inundaba los campos, cuando Jason, jefe de los Argonautas, abrió un canal subterráneo por el cual el Aroges halló paso á sus aguas hasta el mar Caspio. En el célebre *Chou-king* de Confucio, el emperador Yao dice que las aguas que en otro tiempo habían subido hasta el cielo, bañaban todavía el pie de las mas altas montañas, y hacían intransitables las llanuras que inundaban.—[Feret, *Crónica de los chinos*, 1.^a parte.]

5 La torre de Babel, cuya construcción fué tan inmediata al gran cataclismo, puede dar una idea de la arquitectura antediluviana; en ella no se empleó otro material que ladrillo y el betun. Si, como es muy de creerse, esta torre inmensa se parecía á la antigua y famosa torre de Bel en Babilonia, ella debió estar rodeada de una escalera exterior, de fácil subida, que se elevaba en espiral hasta la plataforma y daba á este edificio de siete torres sobrepuestas.

te anunciado mediador, este amigo poderoso...? No se sabía más. Los descendientes de Sem creyeron haberle encontrado en los astros, cuya contemplación absorbía sus vigillas solitarias, y á quienes suponían animados por inteligencias celestiales (1); suplicaron, pues, á estas inteligencias que los protegiesen, y encendieron en su honor grandes hogueras en las cúspides de las montañas (2).

Tal fué el origen del sabeísmo, que degeneró en idolatría, cuando la raza réproba de Cham adhiriéndose á los objetos materiales, adoró el fuego, el agua, la tierra, el viento, y burlándose insolentemente del culto de Noé, que no conocía las imágenes, consagró estatuas de plata á la luna y de oro al sol (3).

Con el tiempo, las tinieblas se hicieron más densas, las religiones se cargaron de ritos, el culto del Dios verdadero se mezcló gradualmente al de los astros y de los elementos; el descubrimiento de los geroglíficos vino luego á completar la confusión, y las pocas verdades que escaparon al trastorno universal de las creencias, quedaron sepultadas misteriosamente en el fondo de los santuarios idólatras, como esas lámparas sepulcrales que solo arden en la morada de los muertos. Se las ocultaron cuidadosamente á la multitud (4), que prodigó sus adoraciones insensatas á las piedras, á los árboles, á los ríos, á las montañas, á los animales; culto más degradante aún, y que acabó por colocar en el cielo los vicios y las pasiones humanas. Entonces fué cuando los impostores, especulando con la incredulidad general, rompieron de intento el hilo ya bastante flojo de las tradiciones patriarcales; y sustituyendo atrevidamente el recuerdo á la esperanza, agruparon alrededor de la cuna de sus reyes fabulosos, de sus falsos profetas ó de sus divi-

1. Es una opinión muy antigua en el Oriente, que los astros están animados; los doctores judíos cayeron en este error que se remonta hasta un tiempo anterior á su pueblo. Filon dice que los astros son criaturas inteligentes que no han hecho mal, ni son capaces de hacerlo. Según Maimonides, las estrellas conocen á Dios que las ha criado, se conocen á sí mismas, y sus acciones son siempre buenas y sanas.—[Philo, de Mundi Opificio de Gigant., de Somniis.—Maimonides, More nevochim, part. II, c. IV, p. 194; y de Fundam legis, c. III, p. 11]. Los persas modernos sacrifican todavía al ángel de la luna.

2. Según R. Bechai, los sabeos no adoraban al sol; sino que únicamente encendían hogueras sobre la tierra para dar gracias á Dios de la brillante antorcha que alumbraba en el cielo para ellos; y contemplando los astros, rogaban á los ángeles que Dios había colocado en ellos, para moverlos á que en todo tiempo les fuesen propicios.—[R. Bechai, Comm. in Genes., c. I.] Los fuegos que se encienden en casi todos los países de Europa y América, y que en Francia se llaman fuegos de San Juan, no son otra cosa que restos de sabeísmo.

3. Los antiguos árabes descendientes de Cham, despreciaban á Noé porque no hacía uso de las imágenes: ellos consagraban estatuas de plata á la luna, y de oro al sol; y distribuían los metales y los climas entre las estrellas; creían que tenían grande influencia sobre cada una de las cosas que se les destinaban; y sobre las imágenes que les habían consagrado.—[Maimonides, More nevochim, part. III, c. II, p. 423.]

4. Platon, hablando del Dios que ha formado el universo, dice que él no ha querido darse á conocer al pueblo. Los libros de Numá, escritos sobre cortezas de abedul, y hallados en su tumba muchos siglos después de su muerte, fueron quemados secretamente por haberlos considerado peligrosos al politeísmo. Los brahmanas, si ha de creerse el testimonio de algunos viajeros, tienen de la divinidad una idea sublime; y sin embargo, no dejan de hacer adorar á los indios los ídolos más odiosos y repugnantes que pueda haber habido jamás. Solo la religión verdadera ha tratado á los hombres como á criaturas dotadas de razón y de alma inmortal.

nidades impotentes, las maravillas de la Encarnación del VERBO y las revelaciones primitivas de su elevado y trágico destino.

De este modo se explican, á nuestro entender, ciertas analogías que parecen á primera vista incomprendibles.

Sin embargo, no todas las naciones que profesaban el politeísmo tomaron por un hecho cumplido el misterio del Mesías. Los druidas, poco antes de la era cristiana, elevaban todavía en los negros bosques de la Galia un altar á la Virgen que debía ser madre. Los chinos, instruidos por Confucio, que había encontrado este oráculo en las tradiciones antiguas, esperaban al SANTO nacido de una Virgen é hijo de Dios, que debía morir por la salvación del mundo (5), y en las regiones occidentales del Asia le enviaron á buscar por medio de una embajada solemne, cerca de medio siglo después de la muerte del hombre Dios. Los magos, apoyados en el testimonio de Zerdhucht, estudiaban las constelaciones para encontrar en ellas la estrella de Jacob que debía guiarles á la cuna de Cristo (6). Los brahmas suspiraban por el glorioso Avatar (7), el cual debía purgar al mundo del pecado, y rogaban por él á Wichnou, colocando sobre su altar resplandeciente de pedrerías ramas de odorífera albahaca, por ser una planta muy agradable al dios indio. Los orgullosos hijos de Rómulo, esos eminentes idólatras que habían creado legiones enteras de dioses, leían en los libros, cuidadosa y políticamente guardados de la Sibila de Cumas, contemporánea de Aquiles y de Héctor, la Virgen, el divino Niño, la adoración de los pastores, la serpiente humillada, y la edad de oro volviendo á la tierra. En fin, por el tiempo del Mesías, todos los pueblos del Oriente estaban en expectación de un SALVADOR futuro, y Boulanger, mejor inspirado en su lecho de muerte, después de haber demostrado cuán general era esta esperanza, la llama ilógicamente una quimera universal (8).

¿Pero qué era todo esto sino un conjunto de pálidas luces, impotentes para disipar las tinieblas de la idolatría, junto la magnífica y resplandeciente antorcha que iluminaba al pueblo escogido? Se siente uno verdaderamente admirado á la vista de esa cadena profética, cuyo primer eslabon toca á la cuna del mundo y el último al sepulcro de Cristo (9). La amenaza de Jehová á la serpiente in-

5. Según los antiguos sabios de la China, dice el erudito Schmitt, el santo, el hombre milagroso, renovará el universo, cambiará las costumbres, expiará los pecados del mundo, morirá colmado de ignominia y de dolores, y abrirá las puertas del cielo. [Véase Redemp. del género humano.]

6. Albufarage [Historia dynastiarum] dice que Zerdhucht predijo á los magos el nacimiento del Mesías, nacido de una Virgen; y anunció que en el tiempo de su nacimiento aparecería una estrella desconocida que les guiaría al lugar de su cuna; ordenándoles que le llevasen presentes. Sharistana, autor musulmán, refiere igualmente una predicción de Zerdhucht, respecto á un gran profeta que debía reformar el mundo, tanto bajo el aspecto de la religión, como de la justicia, y al cual se someterían los reyes y los príncipes de la tierra.

7. Avatar, encarnación fabulosa de una divinidad indio.

8. "Un testimonio unánime, es del mayor peso, dice Bernardino de Saint-Pierre, porque no puede haber sobre la tierra un error universal."—[Estudios de la Naturaleza, Est. VIII, p. 398.]

9. Es una tradición enseñada en la Sinagoga, y que la Iglesia

fernal, encierra, como ya lo hemos dicho, el primer oráculo del Mesías; oráculo que confirman las tradiciones judaicas, y que fué después explicado más particularmente á los desterrados del Eden, que volvían á acercarse al cielo por la penitencia (1). Noé, instituido por Dios heredero de la fé (2), transmitió á Sem estas revelaciones, y Sem, cuya larga vida casi igualó á la de sus antepasados, pudo referirla al padre de los creyentes. Entonces fué cuando una bendición misteriosa, en que se contenía la promesa del Mesías, hizo conocer que el fruto bendito prometido á Eva, sería también un vástago de la rama de Abraham. A las tradiciones primitivas, siguió luego la gran predicción de Jacob. El patriarca moribundo á quien se reveló en el espíritu el estado de las doce tribus cuando se hallasen en Palestina, anunció á sus hijos, reunidos en derredor de su lecho de muerte, que Judá había sido escogido entre todos sus hermanos para ser el tronco de donde vendrían los reyes de Israel, y el padre Schilo tantas veces prometido y que debía ser el Rey de los reyes y el Señor de los señores. La venida de Cristo está, pues, designada de una manera terminante: "El se levantará de en medio de las ruinas de su patria cuando el Schebet [el cetro, la autoridad legislativa] haya pasado á manos del extranjero." (3)

El profeta salvado de las aguas, que fué llamado por disposición divina para recoger y consignar por escrito la historia de los primeros siglos y las antiguas tradiciones del género humano, cuya memoria estaba aun viva entre los pueblos, no dejó de prestar el poderoso apoyo de su testimonio á la profecía de Jacob: "Adonai Jehová, dijo hablando al pueblo de Dios, sacará del seno de tu nación y del número de tus hermanos un profeta semejante á mí; escúchale, porque él te traerá órdenes del cielo, y cualquiera que rehusé oírle, se atraerá la venganza del señor." (4)

ha reconocido como verdadera, que todos los profetas, sin exceptuar ninguno, han profetizado solamente para los tiempos del Mesías. [S. Cipriano. De unit. idol.]

1. Basnage, t. IV, lib. VII.

2. Epist. de S. Pablo á los hebreos, 2.

3. Los cristianos aplican esta revelación de Jacob al Mesías, y prueban con ella á los judíos que es evidente ha venido hace ya mucho tiempo, puesto que después de diez y ocho siglos, sus tribus están mezcladas, sus sacrificios abolidos y su gobierno estinguído: que ellos no tienen ya ni territorio, ni príncipes de su nación; y que en todos los lugares de la tierra donde se hallan dispersos, están sujetos á las leyes de naciones extranjeras. Para eludir la fuerza de este argumento, los judíos pretenden actualmente que la palabra schebet que nosotros traducimos por cetro, significa también la vara que castiga, al esclavo; y parten de aquí para sostener que aun cuando este oráculo se refiriese al Mesías, todo lo que se podía deducir era que su castigo duraría hasta que por su venida se viesen libres de él. En fin, niegan que la palabra Schilo pueda traducirse por Mesías. Pero sus antiguos libros los desmienten. El Talmud entiende así esta profecía; y he aquí como la paráfrasis de Onkelos explica el pasaje de que tratamos: "Judá no estará sin algún jefe revestido de autoridad suprema, ni sin escribas de los hijos de sus hijos, sino hasta que venga el Mesías." Jonathan, al cual los judíos designan el primer lugar entre los discípulos de Hillel, y á quien veneran casi lo mismo que á Moisés, traduce igualmente schebet por principado, y Schilo por Mesías; la paráfrasis de Jerusalem, concuerda con esta opinión. De este modo los comentarios más antiguos, más auténticos y más respetados entre ellos, suministran armas victoriosas para combatirlos.

4. De allá viene esa esperanza de una nueva ley que los judíos aguardan con el Mesías; ley que ellos suponen muy superior á la de Moisés. La ley que el hombre estudia en este mundo, no

La Sinagoga entendió siempre que al Mesías se refería este testo tan claro; y San Felipe no vaciló en aplicarle á nuestro divino Redentor cuando le dijo á Nathaniel: "Nosotros hemos hallado á aquel que predijeron los profetas, y de quien Moises ha hablado en su ley: Jesus de Nazaret."

Hacia el fin de la misión de Moises y cuando Israel acampaba todavía en el desierto, Balaan, cuyas maldiciones se había atraído un príncipe moabita en el valle de los sauces (5), vino á fortificar á su vez la expectación del Mesías y á señalar de una manera clara y precisa la grande época de su venida. De pie sobre la cima escarpada del Phegor, rodeado de víctimas inmoladas por un holocausto de odio, á la vista del lago maldito y de las estériles montañas de la Arabia, el adivino de las márgenes del Eufrates, agitado por el espíritu de Dios, descubre como con la vista del que sueña (6) una admirable visión; sus palabras entrecortadas con pausas solemnes, son arrojadas sin orden y sin arte al viento de las montañas, como los fragmentos de una conversación misteriosa, tenida en voz baja con las potestades invisibles. Yo te veré... pero no ahora. Yo te contemplaré... pero no de cerca. Una estrella saldrá de Jacob... un vástago nacerá de Israel; él dominará sobre una muchedumbre de pueblos. A estas palabras incoherentes, sucede un cuadro magnífico, pero sombrío, de las conquistas del pueblo-rey. Y no sin designio muestra á Roma la visión profética en el apogeo de su poder colosal, porque entonces es cuando Cristo debe visitar la tierra para inmolarse por nosotros en el árbol de la infamia. El profeta pinta con grandes rasgos esta época de sangre; se diría que las ciudades y los imperios todavía por nacer, se ofrecían á sus ojos en el espejo del desierto. El ve la armada de los Césares dejar los puertos de Italia y dirigir sus proas victoriosas hacia las bajas costas de la Siria; él ve la ruina de esa Judea que no debía cesar sino mucho tiempo después, y en la que el pueblo de Dios no posee aún en propiedad sino algunos sepulcros; él sigue, en fin, con su mirada la caída del águila romana; 700 años antes del nacimiento de los hijos de Ila, y en tanto que las cabras salvajes del Lacio pacían aun tranquilamente en las herbosas pendientes de las siete colinas.

Transcurren siglos tras de siglos sin otras promesas de Jehová; pero los oráculos del Mesías están confiados á la tradición que los conserva fielmente, ó consignados de un modo inmutable en la santa ley. Israel sostiene una lucha sorda; pero

es más que vanidad, dicen sus doctores, en comparación de la del Mesías.—[Midrasch-Rabba, in Eccl., IX, 8.]

5. La llanura de Babilonia, cortada por ríos y canales, y por consiguiente muy cenagosa, abundaba en sauces. De ahí viene que se la llame en la Escritura el valle de los sauces.

6. Aun cuando no se supiese que la profecía de Balaan es muy antigua, lo indicaría bastante la manera misma con que está hecha. Balaan, astrólogo caldeo, no profetiza como los profetas de Judá; necesita de un vasto horizonte desde donde se descubra á la vez, la tierra, el mar y el cielo; y se espresa como hombre que á sí mismo se da cuenta de las cosas que ve, en el momento que habla, y que le impresionan más vivamente. Este género de profecía se parece un poco á los que los montañeses de Escocia llaman una segunda vista.

incesante y encarnizada contra los pueblos idólatras que rodean y tiranizan á sus tribus; cede alguna vez á la estraña inclinacion que le arrastra á la idolatría, y entonces la espada fatal del Amorreo y del Moabita se desnuda, sin saber cómo, por la causa del Señor, y venga sin quererlo las injurias del Dios de Jacob. Mas no obstante estas vacilaciones de la fortuna, el pueblo mantiene en su memoria la venida de Cristo; él vive en la fé del Mesías, y á falta de nuevas revelaciones, su existencia misma llega á ser profética. Instituciones políticas y religiosas, usos locales y costumbres domésticas, todo se dirige al mismo objeto, todo emana de la misma fuente, todo se enlaza á la generacion del SALVADOR nacido de una Virgen de Judá. Este suceso tan ansiado es el que iba á pedir de rodillas el profeta Samuel en el *Santo de los santos* (*), ante el *Schekina*, su luminoso y divino símbolo; así como los grandes sacerdotes que mas tarde le sucedieron, en el templo de Salomon. A la expectacion del mismo Mesías se refiere aquella ley del Deuteronomio, la cual prescribe que el hermano instituya un heredero á su hermano muerto sin hijos, á fin de que su nombre se perpetúe en Israel. Esa esperanza perdida de pertenecer un dia, mas ó menos cerca al enviado del cielo, es la que hace llorar á la jóven y amable Virgen de Galaad, á quien este pesar arrastra á la tumba sangrienta, donde acaba de extinguirse la raza de su padre (1). A esta creencia, tan generalmente extendida entre los hebreos, hace alusion la mujer Theca, cuando denunciando al rey David las tramas secretas que se urdian contra el hijo único que le habia quedado, expresa sus temores de madre y al mismo tiempo de matrona judía, con estas palabras tiernas y poéticas: *¡Señor, ellos quieren que se apague hasta mi última centella!*

Solo la presente incredulidad de los judíos puede igualarse á la profunda fé de sus antepasados. El gran negocio de aquellos hombres de los antiguos dias era la venida del Mesías; los que morian en una época todavía lejana de la en que deberian cumplirse las promesas divinas, llevaban la firme persuasion de que algun dia se realizarian; y desde el dintel de la eternidad saludaban de lejos la esperanza de ese dia, como Moises el gran profeta saludaba suspirando aquella tierra de *leche y de miel*, cuya entrada le habia prohibido el Señor.

En el tiempo de David, y bajo el reinado de sus hijos, se reanuda el hilo de la profecía, y el misterio de la Virgen y del Mesías se revela con mas claridad que la luz del sol por medio de predicciones magníficas.

El Santo Rey que el Dios de Israel habia prefe-

* El interior del tabernáculo á donde estaba el depósito del Arca que encerraba las tablas de la ley de Moisés, y á donde solo al sumo sacerdote le era dado penetrar.—N. del T.
1 Algunos rabinos pretenden que la hija de Jephthé no fué inmolada, sino solo condenada á un celibato perpetuo. Esta asercion, sin embargo, está desmentida por el texto de la Escritura, que dice: *que todas las hijas de Israel se reunian una vez al año para llorar á la hija de Jephthé de Galaad, durante cuatro dias.*—[Jud. c. XI, v. 40.] No se llora así seguramente á una persona viva.—Flavio Josepho afirma también que la hija de Jephthé fué inmolada. [Antig. Jud., t. II. lib. V., cap. 9.]

rido á la raza de Saúl, vió en su espíritu la virginidad de María y el nacimiento extraordinario del hijo de Dios. *"Tu nacimiento, dijo él, no manchado como el de los hijos de los hombres, será puro como el rocío de la aurora."* Despues elevando sus ojos al cielo vió al que Dios le habia dado por descendiente, segun la carne, sentado á la derecha de Jehová, sobre un trono mas duradero que el cielo y que los astros.

Desde las primeras profecías se iniciaba á la Virgen Santísima, si bien como envuelta entre sombras, y por decirlo así, en el último término del cuadro; pero desde el tiempo de David la figura radiante de María no se ofrece ya con tan vagos é inciertos contornos; la que debia hacer correr en las venas del Hombre Dios la sangre de Abraham, de Jacob y de Jessé el Justo, se dibuja con mas limpieza y claridad. David habia hablado de un alumbramiento virginal; Salomon se complacia en trazar su imagen con tan dulces y suaves pinceladas, que deja muy atras las graciosas descripciones de las *Peris* del Oriente, esas risueñas y vaporosas deidades que se ofrecen en sueños al pastor de la Arabia. El la vé elevarse en medio de las hijas de Judá, como un lirio entre espinas; sus ojos son dulces y aterciopelados como los de la paloma; de sus labios rojos como una cinta de escarlata, sale una voz pura y melodiosa igual al sonido de las arpas que animaban á Israel al combate; su andar es á la vez majestuoso y aéreo, como el humo de los perfumes; y su belleza, en fin, compite en dulce resplandor con la de la luna naciente. Sus gustos son sencillos y llenos de poesía; agrádale mucho vagar por los frescos valles cuando las vinas están en flor, y los higos se anudan cual esmeraldas á las ramas deshojadas; sus miradas buscan las rosas purpúreas del granado, el árbol del paraíso (2); y se deleita en escuchar el canto plañidero de la tórtola. Silenciosa y recogida se oculta á los ojos de los hombres, y tímida se refugia en su modesta morada como la paloma que hace su nido en el hueco de los peñascos. Ella fué escogida para un himeneo místico, con preferencia á las vírgenes y á las reinas de todos los pueblos; una corona le está prometida por AQUEL que ama su alma, y el vínculo afortunado que la une á su real esposo es mas fuerte que la muerte misma (3).

Elias, orando sobre la cumbre del Carmelo para que terminase aquella larga sequía que hacia ya tres años abria en grietas la tierra y estinguía los arroyos y las fuentes, descubre á la Virgen prometida bajo la forma de una nube trasparente que se elevaba del seno de las aguas para anunciar la vuelta de la lluvia. Las bendiciones de todo un pueblo saludan con transporte este augurio favorable (4), y el profeta, que penetra los arcanos di-

2 Los orientales dan á la granada el nombre de *fruto del Paraíso*.

3 Todos los santos padres notan que el *Cántico de los cánticos*, no es mas que una continua alegoría de la Madre de Dios.

4 La lluvia en Palestina causa una alegría general en el pueblo; cada vez que llueve se reúne en las calles, canta, se agita y exclama con todas sus fuerzas: ¡Oh Dios! ¡oh Dios, bendito!—[Volney, *Viaje á Siria*].

vinos, erige allí mismo un oratorio á la futura Reina de los cielos (1). Isaías declara á la casa de David, cuyo gefe Achab, tiembla á las amenazas del extranjero como una selva agitada por el viento de la tempestad, que Dios le dará una prenda segura de que el porvenir de la Judea será de larga y gloriosa duracion. *"Una virgen, dice el profeta, concebirá (2) y dará á luz un hijo á quien se pondrá por nombre Emanuel, es decir, Dios con nosotros..."* Este niño dado milagrosamente á la tierra, será un vástago del tronco de Jessé, una flor nacida de su raíz (3). Se le llamará el Dios fuerte, el Padre de los siglos futuros, el Príncipe de la paz. Será espuesto, como un estandarte, á la vista de los pueblos; las naciones vendrán á ofrecerle sus plegarias y su sepulcro será glorioso."

El misterio del Mesías fué revelado en un todo á los profetas: los unos ven á Belen, que haria ilustre con su nacimiento; los otros predicen su entrada triunfante en Jerusalem, y aun designan su pacífica y lenta cabalgadura. Ven entrar en su templo á este Pontífice sagrado segun el orden de Melchisedech; saben el número de las monedas de plata que los verdugos de la Sinagoga dejarian caer en la mano del traidor que habia de vender á su maestro (4). Ven el suplicio de los azotes, el brebaje de hiel ofrecido en la agonía al Dios mártir, y la túnica, tejida por las manos de una madre, sorteada despues entre bárbaros soldados;

1 El oratorio que Elias erigió sobre el monte Carmelo, fué dedicado por él á la Virgen que debia parir, *Virgini parituri*. Esta capilla se llama *Semnaum*, que quiere decir, lugar consagrado á una imperatriz (emperatriz), que no puede ser otra que Maria, emperatriz del cielo y de la tierra.—[Historia del Monte Carmelo, sucesion del santo profeta, cap. 31].

2 Este gran oráculo de Isaías ha sido el objeto de una larga y espinosa controversia entre los judíos y los cristianos. Los rabinos que han comentado el texto despues de Jesucristo, queriendo desvirtuar las pruebas que los condenan y obscurecer las palabras del profeta, han pretendido que la palabra *halma* que se encuentra en el texto hebreo, significa simplemente una mujer jóven, aunque los setenta la hayan traducido por *virgen*. Mas los padres de la Iglesia han refutado victoriosamente esta objecion. "Los setenta intérpretes, dice San Juan Crisostomo, son los que merecen mas crédito: ellos hicieron su version mas de un siglo antes de Jesucristo; eran muchos reunidos, y por su época, su union y su número, merecen mas fé que los judíos de nuestros dias que han corrompido maliciosamente muchos pasajes de las Santas Escrituras." [San Juan Crisostomo *sermon* 4, cap. 1]. San Jerónimo, el conocedor mas profundo de la lengua hebrea, de todos los intérpretes, de todos los comentadores de la Escritura, afirma sin temor, dice él, de ser desmentido, que *halma* en cualquiera de los pasajes en que se encuentra de las Santas Escrituras, significa una virgen en toda su inocencia; en ninguna parte una mujer desposada. [Comm. S. Hieron. in Is., l. III.—Lutero que hizo un uso tan deplorable de una ciencia tan verdadera, exclama con aquel fuego y vehemencia que eran el distintivo de su carácter. "Si alguna vez un judío ó un hebreo puede demostrarme que *halma* significa en alguna parte una mujer cualquiera y no una virgen, le daré 100 florines, de donde quiera Dios que los encuentre."—[Obras de Lutero t. VIII, p. 129].—El mismo Mahoma ha tributado un testimonio de la virginidad de Maria: "Y Maria, hija de Imram, la cual ha conservado su virginidad, y á quien hemos encomendado nuestro espíritu, habia creído en las palabras del Señor y en sus Escrituras."—[Corán, Surate 66].

3 Jessé, llamado tambien Isaías, era hijo de Obed y padre de David. Su memoria es muy reverenciada entre los hebreos que le miraban como el justo mas eminente.

4 Este pasaje en que Dios mismo designó el número de las monedas de plata de aquella venta infame, está impregnado de una amarga y terrible ironía: "Y el Señor me dijo: Id y arrojad al alfarero esta plata, esta bella suma en que me han avaluado, cuando me han puesto precio.—Yo tomo, pues, estas treinta monedas de plata &c."—[Zach. XI, 13].

oyen como los clavos destrozan las carnes sangrientas y penetran con un sonido ronco y seco el madero maldito... Despues cambia la escena, como esos cuadros de Rafael en que el asunto comenzado en la tierra se continúa mas allá de las nubes. El hombre de dolores, el humilde Mesías, á quien sus parientes habian desdenado, á quien su pueblo ha desconocido, arroja desde lo alto de los cielos su mirada triunfante sobre sus aterrados enemigos; todas las naciones de la tierra se acuerdan de su Dios, olvidado hacia tantos siglos...! Los pueblos se agrupan en torno al estandarte de la cruz, y el imperio de Cristo no tiene ya otros límites que los del mundo! Nada falta al conjunto de las profecías; Jacob ha designado la venida del *Schilo* en el momento preciso en que los judíos dejaran de gobernarse por sus propias leyes, lo que debia causar la ruina del Estado; Balaan, añade, que esta ruina será la obra de un pueblo venido de Italia; y el sátrapa Daniel cuenta exactamente las semanas que debian transcurrir hasta entonces.

"Todo lo que sucede en el mundo se anuncia previamente por alguna señal," ha dicho un hombre de talento, que hoy se mantiene tan solo y tan temido bajo su tienda. "Cuando el sol está cerca de salir, el horizonte se tinte de mil colores y el oriente parece todo de fuego. Cuando la tempestad se acerca, óyese sobre la ribera un sordo murmullo y parece que las olas se agitan por sí mismas." Las figuras del antiguo testamento, en el sentir de los padres de la Iglesia, son las señales que anunciaban va á aparecer el *sol de justicia* y á lucir la *estrella del mar*. A Jesucristo, hijo de Dios, pertenece el poder y la fuerza; á Maria, la gracia y la bondad misericordiosa. Ella es el árbol de la vida vuelto á plantar por las manos de Dios mismo en la morada de los hombres, y ademas la alta prenda de una dicha preferible á la que disfrutaron en el Eden nuestros primeros padres; la paloma del arca que llevó de la tierra el ramo de olivo; la fuente sellada, cuyas aguas no ha contaminado ninguna impureza; el vellocino que ha recibido el rocío celestial; en fin, el frágil y oloroso zarzal de rosas silvestres, á través del cual se ofreció á Moisés la vision de la divinidad; zarzal que lejos de consumirse con el fuego que todo lo destruye, fué en cierto modo resguardado por él, y no perdía al contacto de la llama celeste ni una hoja, ni una flor (5).

Al modo de aquella figura embelesadora que compuso un pintor de la antigüedad, tomando al efecto mil rasgos esparcidos en todas las mujeres hermosas de la Grecia, la casta esposa del Espiritu Santo, reasumió en su sola persona todo lo que las mas célebres mujeres de la antigua ley habian ofre-

5 Philon, que ha hecho esta observacion y que describe en aquel zarzal ardiendo una misteriosa alegoría, la aplica falsamente á la nacion judía por inducciones violentas é improbables. Josepho, que ha querido tambien comprender este misterio, no lo ha conseguido. Estas rosas campestres, emblema de las vírgenes pudorosas que exhalan su modesto perfume en la soledad, y que el contacto de la divinidad hace resplandecer sin alterar la santidad de su frágil y blanca corola, son la imagen mas sorprendente de Maria, esta rosa mística de la nueva ley.

cido á la admiracion de sus contemporáneos. Bella como Raquel y como Sara, supo unir á la prudencia de Abigail la resolucion valerosa de Esther. Susana, casta como la flor que lleva su nombre (1); Judit, cuya corona de lirios manchara la sangre de Holofernes (2); Aza, cuya mano debia ser el precio de una ciudad conquistada, y esa madre tan grande y tan desventurada que vió morir á todos sus hijos por la ley, no fueron mas que pálidas imágenes de AQUELLA que debia reunir en sí misma todas las perfecciones de la mujer y toda la dulzura del ángel.

Después de una espectacion de cuatro mil años, llega por fin el tiempo que habian marcado tantas profecías; las sombras de la antigua ley se desvanecen, y María se eleva sobre el horizonte de la Judea, como la blanca y apacible estrella que precede á la venida del día.

CAPITULO II.

LA CONCEPCION INMACULADA.

Una mujer destinada desde la eternidad á salvar al mundo, deificando nuestra naturaleza; á contener en su casto seno á AQUEL cuya morada es el sol y que huella con sus plantas las alturas de los cielos; una mujer, esperada desde poco después de la creacion, revelada por Dios mismo en el Paraíso, y que era el término de todas las generaciones santas que se sucedieran desde el tiempo de los patriarcas (3), no puede ser una criatura comun, sino que debe gozar prerrogativas sobrehumanas. De este pensamiento respetuoso y justo, se deriva la piadosa creencia de la Concepcion inmaculada de María. Herederos de un padre desgraciado; degradados por la rebeldía del primero de los hombres; comprendidos en la sentencia que le condena, en vez de recibir la vida de la gracia, recibimos la muerte del pecado, y por un destino espantoso, desde antes de nacer nos vemos condenados á eterna muerte. Esta desgracia inherente á la raza humana, maldita desde su origen, como si fuese un solo hombre, es comun á todos, y la Escritura no ha hecho escepcion alguna en favor de ningun hijo de Adán; mas la piedad de los fieles no ha podido soportar la idea de que la Madre de Dios fuese asimismo sometida á la ignominiosa sentencia que nos marca con el sello del infierno, desde las entrañas de nues-

tras madres; y han pensado que el Juez soberano debió suspender el efecto general de su rigurosa ley, en favor de aquella que no habia venido al mundo, sino para contribuir al cumplimiento del mas secreto, del mas incomprensible de los secretos de Dios; la encarnacion del Mesías. No obstante el silencio del Evangelio, se ha supuesto muy generalmente, que la Virgen, en razon á su futura maternidad divina, fué detenida, por decirlo así, al borde del abismo que la fatal desobediencia de nuestros padres abrió bajo nuestros pasos, y que su Concepcion fué inmaculada, lo mismo que lo fué su vida.

Esta creencia, que los griegos tomaron de la Palestina, y que adoptaron con ternura y entusiasmo (4), dió lugar á la institucion de la Concepcion inmaculada, que desde principios del siglo sexto, se celebra con gran pompa en Constantinopla (5). En Occidente, por el contrario, encontró contradiccion esta doctrina, y contradictores tan poderosos como San Anselmo, San Bernardo, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino, Alberto el Grande, y otros muchos sabios escritores, grandes teólogos todos, y ademas muy devotos de María, que sostuvieron, sin embargo, fué concebida en pecado y sometida á la ley general (6), aunque poco después habia sido enteramente purificada por una gracia especial y excelente, que dió principio á su glorioso estado de Madre de Dios.

Más la creencia de la inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen llegó á sobreponerse á la opinion de los grandes doctores de la edad media; lo que las águilas de la ciencia no habian comprendido. fué descubierto á los espíritus humildes y sencillos. Se registraron nuevamente los escritos de los apóstoles y de los doctores; se examinó con mas escrupulosidad lo que ellos nos han legado de siglo en siglo respecto á las grandezas de María, y estas investigaciones han hecho brotar vivos resplandores sobre ese punto nebuloso de la historia de la Madre de Cristo.

En efecto, remontándose hasta los apóstoles, se vé ya aplicarse á María el título de santísima é inmaculada (7). El apóstol San Andrés, citado por el babilonio Abdías, se espresa de este modo: "Así como el primer Adán fué hecho de la tierra antes que fuese maldecida, así el segundo Adán fué formado de una tierra virgen que no fué maldita jamás."

4 Se lee en las *Menées*, tan antiguas entre los griegos, estas palabras, que esponen sencillamente su creencia con respecto á la Concepcion inmaculada: "Por una especial providencia, el Señor ha querido que la santa Virgen fuese tan pura desde el primer instante de su vida, cuanto convenia que lo fuese la que debia ser digna de concebir y dar á luz á Jesucristo, el Verbo encarnado."

5 San Andrés de Creta hace mencion de esta fiesta de la Concepcion inmaculada, á la que San Sabás compuso el oficio, añadiéndole una antífona San German, patriarca de Constantinopla.

6 Los que han contradecido la Concepcion inmaculada, se vanaglorian de contar en su número á San Anselmo, San Bernardo, San Buenaventura, Santo Tomás, Alberto el Grande, etc. Por mas respetables que sean estos nombres, es necesario no dejarse deslumbrar con tal testimonio, porque se sabe positivamente que estos doctores, en oposicion consigo mismos, han sostenido el *pro* y el *contra* de esta cuestion, en la que han incurrido en estrañas contradicciones.

7 Santiago el mayor y San Marcos, en sus Liturgias.

1 El nombre de Susana quiere decir *lirio*. [Favyn, II. 2.]

2 Los antiguos atribuian á esta flor [lirio] la virtud de neutralizar los hechizos y apartar los peligros. "Judit oinó su frente, dió cen los rabinos, con una corona de lirios para penetrar sin temor en la tienda de Holofernes."—*Comm. R.R. in Judith.*

3 Según San Agustín, la descendencia hacia la cual aspiran todos los patriarcas, es Jesucristo, y Jesucristo en María, de cuya sola fecundidad podia alcanzarse. "En efecto, dice el citado doctor, si la naturaleza por medio de todos sus esfuerzos se dirige hacia Jesucristo como Señor de los siglos, no es porque pueda lisonjearse de llegar hasta el Hijo de Dios por su sola virtud; la estension de su poder se detiene al llegar á la humilde María, que estaba destinada á llevar en su seno purísimo el germen bendecido, no por la virtud de sus abuelos, sino por la virtud del Altísimo."—[S. Aug. 5, *contr.* Jul. 9.]

Los santos y los mártires que vivieron en el tercer siglo, como San Hipólito (1), Orígenes (2), y San Dionisio de Alejandría (3), dan á la Santa Virgen la calificacion de pura y de inmaculada. San Cipriano (4), es mas preciso y dice claramente: "Que hay una muy grande diferencia entre la Virgen y el resto de los mortales, y que ella no tiene de comun con ellos sino la naturaleza, pero no la culpa."

En el cuarto siglo, San Ambrosio compara á la Virgen "á un tallo derecho y lozano, en donde no se encontró jamás ni el nudo del pecado original, ni la corteza del pecado actual (5);" San Juan Crisóstomo (6) que la proclama "santísima, inmaculada, bendita sobre todas las criaturas;" San Gerónimo (7), que la llama poéticamente la neblina del día "que no ha conocido jamás las tinieblas;" y San Basilio (8) que ha tenido siempre la gloria de que siguiesen sus huellas los defensores de la inmaculada Concepcion, no han variado jamás sobre esa pureza del lirio que tan bien se acomoda á la reina de los ángeles.

En el quinto siglo San Agustín (9) no puede sufrir que se mencione solamente el nombre de María, cuando se trata de la cuestion del pecado, y San Pedro Crisólogo (10) afirma que "todo ha sido salvado en la Virgen."

San Fulgencio, que vivia al principio del sexto siglo, dice, que "la Virgen Santísima fué enteramente escluida de la primera sentencia." (11) Es muy injusto, dice San Ildefonso, (12) arzobispo de Toledo, "que quiera sujetarse á la Madre de Dios á las leyes de la naturaleza, constandingo que ha sido libre y esenta de todo pecado original, puesto que ella ha levantado la maldicion de Eva." San Juan Damasceno, (13) hablando espresamente de la concepcion de María, dice que fué *pura é inmaculada*. En el siglo noveno, Teophano, abad de Grandchamp; en el décimo San Fulberto, obispo de Chartres, hácia la mitad del siglo undécimo Ives (14), una de las mas brillantes lumbreras de entonces, y un poco después San Bruno, (15) fan-

dador de los cartujos afirman la Concepcion inmaculada de la bienaventurada Virgen.

Hasta el islamismo se declara por esta creencia piadosa, y los comentadores árabes del Corán han adoptado á su manera la opinion de los teólogos católicos que están por esta doctrina. "Todo descendiente de Adán, dice Cottada, desde el momento que viene al mundo encuentra á su lado á Satanás, sin embargo, es necesario exceptuar á Jesus y su Madre, porque Dios corrió entre ellos y Satanás un veló que le impidiese de su fatal contacto."

Estos testimonios en favor de la inmaculada Virgen María, vienen á ser mas débiles y menos abundantes en los siglos XII y XIII; pocos autores de nota escribian entonces en este sentido, y muchos hombres eminentes por su saber y su santidad, sostuvieron la opinion contraria. En compensacion, la fiesta de la Concepcion de la Virgen se estableció en diferentes reinos.

Guillermo el conquistador, instituyó esta fiesta por el año de 1074; y desde el reinado de Enrique I, su hijo, rey de Inglaterra y duque de Normandía, se celebraba en Ruan con estraordinaria solemnidad. "Ella fué instituida, dicen los antiguos cronistas, por la santa aparicion que tuvo un Abad digno de fé, que se hallaba en gran peligro en la mar durante una tempestad." Una vieja historia de las antigüedades de Ruan, añade, que desde el tiempo de la institucion de la fiesta, se fundó una asociacion de los personajes mas distinguidos de la ciudad que elegian cada año uno de entre ellos para ser el presidente de la cofradía, y el cual abria el *Puy* ó cátedra á todos los oradores, cualesquiera que fuese su idioma, y daba premios excelentes á los que con mas elocuencia, con mas fidelidad y mejor propósito, celebrasen las grandezas de la Virgen María sobre el punto de su santa Concepcion, por medio de himnos, odas, sonetos canciones reales, &c. (16).

De este modo la Virgen llena de gracia presidia al restablecimiento de la poesía, y su Concepcion inmaculada suministraba temas piadosos á la patria de los trovadores.

Desde Normandía pasó á los ingleses la fiesta de la Concepcion de la Virgen. El primer concilio de Oxford, reunido por Estévan de Laugton, arzobispo de Cantorberi en el año 1222, la colocó en el número de las fiestas de guarda. En Francia, el año de 1288, un obispo de Paris, Renould de Ombière, dejó en su testamento una suma considerable para fundar el oficio de esta fiesta de la Santísima Virgen, que se introdujo en la misma época en el Lionado. Por último, un martirologio, manuscrito del siglo XIII, hallado en la biblioteca de los Dominicos de Dijon, señala la fiesta de la Concepcion de Nuestra Señora el 8 de Diciembre: "Es muy digno de notarse, dicen los sabios Benedictinos que leyeron este antiguo manuscrito, que esta fiesta se celebraba ya en casi toda la Iglesia desde el tiempo de Santo Domingo.

16 *Antigüedades y singularidades de la ciudad de Rouen* por N. Talliépié, doctor en teología.

1 San Hip., en un discurso sobre la consumacion del mundo.

2 Orig., *hom. in S. Math.*

3 San Dionisio, en una epístola inserta en la *Bibliot. de los PP.*

4 San Cipriano, *de Nativ. Virg.*

5 "Virgo in qua nec nodus originalis, nec cortex actualis culpa fuit."—[San Ambr., *de Inst. Virg.* c. 5.]

6 San Juan Crisóstomo, en su Liturgia.

7 Comentarios de San Gerónimo sobre el Salmo lxxvii. "Dixit eis in nube diei: nubes est beata Virgo, que pulchre dicitur nubes diei, quia non fuit in tenebris, sed semper in luce."

8 San Basilio en su Liturgia.

9 Debe advertirse que San Agustín defendia entonces la doctrina del pecado original contra los pelagianos.

10 San Pedro Crisólogo, *de Annunciat.* Sermon 140.

11 San Fulgencio, *Elogios de Maria.* Sermon.

12 San Ildefonso en su obra titulada: *La virginidad de Maria.*

13 San Juan Damasceno *de Nativ. Mariae* orac. 1.

14 Los dos santos obispos de Chartres, Fulberto é Ives, se han declarado absolutamente por la doctrina de la Concepcion inmaculada. Ives la ha defendido en el púlpito, y Fulberto dice en su Paráfrasis de la Salutacion del Ángel á la Virgen: "Ave Maria electa et insignis inter filias, que inmaculata semper exististi ab exordio tue creationis, quia paritura eras Creatorem totius sanctitatis."

15 San Bruno, en su explicacion de estas palabras del Ps. CI, *Dominus de caelo in terram aspectit*, las aplica á la santísima Virgen.

La doctrina de la Concepcion immaculada habia sido desterrada de las cátedras y de las escuelas durante un largo tiempo, cuando los teólogos que reconocieron que esta creencia venia desde las fuentes mas puras y mas altas del cristianismo, se propusieron decididamente restablecerla. Los franciscanos fueron los primeros en hacer su profesion pública de ella por escrito [1] y de viva voz, apoyándola en razones tan fuertes y tan convincentes, que no solamente la masa de los fieles, sino aun las Corporaciones en que se hallaban los sabios mas distinguidos de Europa, se adhieron a ella con entusiasmo. La universidad de la Sorbona que se llamaba entonces *el firmamento en la ciencia, el apoyo de la verdad y de la piedad en la Iglesia de Dios*, ordenó que todos los que fuesen promovidos al grado de doctor, se comprometiesen bajo juramento á sostener esta piadosa creencia [2]. Así lo hicieron sucesivamente las universidades de Maguncia, de Colomix, de Valencia, de Alcalá, de Coimbra, de Salamanca y de Nápoles.

Entre las órdenes religiosas con que la Francia se honró durante muchos siglos; los dominicos solamente se mostraron opuestos á la piadosa doctrina de la Concepcion sin mancha; pero los doctos benedictinos, venerados aun por los mismos protestantes por sus grandes trabajos científicos; los cartujos, los carmelitas, la orden de San Agustin de Cluny, de Cîteaux y otras muchas que estaria por demas enumerarlas, abrazaron con una piedad profunda, la doctrina de la Concepcion immaculada.

Los concilios han sido tambien favorables á esta creencia. El de Basilea en su sesion del 27 de Setiembre de 1429, se expresó de este modo: "La doctrina que enseña que la gloriosa Virgen Maria ha sido concebida sin pecado, es una doctrina piadosa, conforme al culto eclesiástico, á la fe católica, á la recta razon y á la Santa Escritura [3]."

1 Recorria Monsaucon la Italia hácia el año de 1698, y yendo á visitar, en Pavia, la biblioteca del caballero Belerido, tan admirado por su piedad, quedó altamente sorprendido al encontrarse que toda aquella inmensa colección de libros, no se componia mas que de tratados escritos por los Franciscanos en defensa de la Concepcion immaculada.

2 Hé aquí el decreto de la Sorbona: "Prevenimos y declaramos, que ninguno será admitido en lo sucesivo en nuestra Facultad, que no preste previamente el juramento de sostener toda su vida esta doctrina de la immaculada Concepcion." *Statuentes ut nemo deinceps hinc nostro collegio adscribatur, nisi se hujus doctrinae assertorem semper pro viribus futurum, simile juramento profiteatur.*

3 "Háse promovido en este santo Concilio (el de Basilea), una cuestion difícil sobre la Concepcion de la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, y sobre el principio de su santificación. Los unos dicen que su alma, durante algun tiempo, ó por lo menos algunos instantes, ha estado sujeta al pecado original. Los otros sostienen, por el contrario, que habiéndole amado Dios desde el primer momento de su eracion; que, elegida por el Padre desde el principio, y el Hijo, que la habia formado para ser su madre en la tierra, la colmaron de gracias singulares y extraordinarias; que Jesucristo la habia rescatado de una manera superior y enteramente especial, preservándola de la mancha original y santificándola desde el primer instante de su Concepcion.

"Habiendo, pues, examinado con discernimiento las razones y las autoridades que desde hace muchos años se han alegado por una y otra parte, en los actos públicos de este santo Concilio; teniendo además en consideracion otras muchas cosas relativas al mismo asunto, todo pesado y maduramente reflexionado, decidimos y declaramos: que la doctrina por la cual se enseña que la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, por un favor especial y por una gracia oficiosa y

El concilio de Aviñon confirmó en 1457 el decreto del concilio de Basilea, y los padres del concilio de Trento en su sesion de 1564 [4], declararon que en el decreto que habian espedido en 1546 acerca del pecado original, no se habia pretendido comprender á la bienaventurada é *immaculada* Madre de Dios.

A pesar de la prudente reserva que se prescribió, la Santa Sede sobre una cuestion en que figuraban por una y por otra parte doctores famosos é ilustres teólogos, no pudo impedir, sin embargo, que se entreviese hácia que parte se inclinaban sus simpatías. Desde el año de 1483, el papa Sixto IV habia prohibido espresamente que se disputase en las cátedras y en las escuelas sobre la Concepcion de Nuestra Señora [5]: esto podria tomarse como un acto simple de neutralidad, si el mismo pontífice no hubiese aprobado el oficio de la Concepcion, compuesto por un religioso de Verona y concedido además cien dias de indulgencia á los que asistieran á él [6]. Los sucesores de este gran papa siguieron uniformemente la misma senda que él habia desembarazado y seguido. En 1506, el cardenal Jimenez de Cisneros, estableció en España con agrado y consentimiento del papa Julio II, una cofradía de la Concepcion immaculada; y el mismo papa confirmó por un breve espedido en 17 de Setiembre de 1511, una orden de religiosos fundada bajo el mismo título por Inocencio VIII [7]. En los himnos que Zacarias, obispo de Gordia, compuso por orden de Leon X y de Clemente VII, se dice que Nuestra Señora fué creada en estado de gracia. En 1569, el papa Pio V concedió á los franciscanos el permiso de celebrar el oficio de la Concepcion immaculada, agregándole las mismas indulgencias que se habian dispensado á la fiesta del Santísimo Sacramento. Paulo V por una bula dada en 1616, prohibió sostener en lecciones públicas la opinion contraria á la immaculada Concepcion, y Gregorio XV hizo extensiva esta prohibicion á los discursos y conversaciones privadas. Ya no faltaba mas sino que los papas dispusieran

eficaz, no ha estado jamás sujeta al pecado original, sino que ha sido siempre santa, immaculada, y esenta de todo pecado; declaramos, pues, que la doctrina que enseña todo esto, es una doctrina piadosa, conforme al culto eclesiástico, á la fe católica, á la recta razon y á la Escritura Santa; y que, como tal, debe ser aprobada, tenida y seguida por todos los católicos, de tal modo que no sea á nadie permitido en lo sucesivo predicar ó enseñar lo contrario. Renovando, además, la institucion de la fiesta de la Santa Concepcion, la cual por una antigua y loable costumbre se celebra el dia 8 de Diciembre, tanto en Roma como en todas las demas iglesias; queremos y ordenamos que esta fiesta continúe celebrándose en el mismo dia bajo el nombre de la *Concepcion de la Virgen*, en todas las iglesias, monasterios y comunidades de la religion católica, con cánticos de alabanza y de alegría." El Concilio concede, además, indulgencias á esta solemnidad.

4 "Declarat hinc sancta synodus, non esse intentionis suae comprehendere in hoc decreto, ubi de peccato originale agitur, beatam, et IMMACULATAM Dei Genitricem."—[Conc. Trid., ses. 1564.]

5 Véase la Constitución de Sixto IV, que comienza por *Grave nimis*.

6 Véase la Constitución del mismo Pontífice, que comienza: *Cum praecelsa . . . Extravag. Commun.*

7 En esta orden ó cofradía de la Immaculada Concepcion, cada hermana se consagraba espresamente con la fórmula siguiente, cuyas palabras no son ambiguas: "Yo, hermana N., por el amor y el servicio de Jesucristo Nuestro Señor, y de la Immaculada Concepcion de su bienaventurada Madre, prometo" etc.

celebrar esta fiesta en la misma Roma, y esto es lo que hizo Alejandro VII en 1661. Esta conducta de la Santa Sede manifiesta evidentemente sus simpatías por la doctrina de la Concepcion sin mancha. En niugun caso ha querido jamás autorizar la opinion opuesta, sino por el contrario, ha sancionado con su aprobacion los altos y piadosos testimonios que se han dado de aquella religiosa creencia.

Una voz, cuyo peso es inmenso, la gran voz de Bossuet, se ha hecho oír tambien en defensa de esta causa: *el escudo de la religion* se ha colocado noblemente ante la santa Virgen: "La opinion, dice, de la Concepcion immaculada, tiene yo no sé qué fuerza que persuade tanto á las almas piadosas. Despues de los artículos de fé, no veo qué cosa haya mas demostrada. Por lo mismo no me admira que la escuela de los teólogos de Paris, obligue á sus hijos á defender esta doctrina. Por lo que á mí toca, me complace mucho secundar sus intenciones. Despues de haberme nutrido con su leche, me someto de muy buena voluntad á sus preceptos; y con tanto mas gusto, cuanto que es tambien, segun creo, la voluntad de la Iglesia; ella tiene una opinion muy honrosa y favorable de la Concepcion de Maria; no nos obliga á creerla *immaculada*, pero nos da á entender que esta creencia le es agradable. Hay cosas que manda, en las que hacemos conocer nuestra obediencia; hay otras que nos enseñan, en que podemos manifestar nuestra afecion. Toca, pues, á nuestra piedad, si somos verdaderos hijos de la Iglesia, no solamente obedecer sus mandatos, sino tambien obsequiar la menor señal de la voluntad de una madre tan buena y tan santa." (1)

No hay la menor duda que la devocion de la immaculada Concepcion de la Virgen, ha sido popular en la Europa occidental desde la edad media; y despues hizo progresos inmensos no solo en Francia y en Italia, estas dos naciones tan eminentemente consagradas á la Virgen, sino tambien en España, que ha manifestado siempre mayor celo y ardor en la propagacion de esta doctrina.

Protestando la Iglesia española contra las pretensiones de la Iglesia de Normandía, que se atribuye la institucion de la fiesta de la immaculada Concepcion de Nuestra Señora en Occidente, atestigua haberla celebrado desde el sétimo siglo (2); pero en lo que no hay duda es, que en 1394, D. Juan de Aragon, que la instituyó en virtud de su autoridad real en las diversas provincias de España que habian sacudido el yugo del islamismo afirmo, que un gran número de sus predecesores habian, antes que él, celebrado esta fiesta (3). No

1 Bossuet, *sobre la Concepcion*.

2 "La Iglesia española fué la primera que celebró la immaculada Concepcion de la Santísima Virgen, cuya fiesta tuvo lugar en ella desde el siglo VII."—[El maestro Villador, en el cap. de Festiv. Ecles., t. I, Part. 2ª.]

3 He aquí el decreto del rey D. Juan I, de Aragon: "Nos D. Juan, por la gracia de Dios, rey de Aragon y de Valencia, etc.—No comprendemos cómo es que algunas personas se admiren de que la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, haya sido concebida sin pecado original, en tanto que no se pone en duda que San Juan Bautista hubiese sido santificado en el seno de su madre

decidiremos nosotros esta disputa entre las dos Iglesias; pero si la España no tiene sino derechos dudosos sobre la institucion de esta festividad de María, que en Francia y en Inglaterra se llamaba *la fiesta de los Normandos*, no se le puede negar el

por el mismo que, viniendo de lo alto del cielo, y del trono de la Santísima Trinidad, se hizo hombre en el seno bendito de una virgen. ¿Qué gracias podemos nosotros imaginar que hubiera podido rehusar el Señor á la mujer escogida para ser su madre, por el prodigio admirable de su fecunda virginidad? Amándola como se ama á sí mismo, ha debido sin duda dispensarle los mas gloriosos privilegios, así en su Concepcion, como en su Natividad; y en todas las demas circunstancias de su santa vida.

"¿Por qué ha de ponerse en duda la gloriosa Concepcion de una Virgen tan privilegiada, y de la que nos obliga la fe católica á creer tantas y tan grandes maravillas, que no basta nuestro entendimiento á comprenderlas y admirarlas? ¿No es, en efecto, una cosa admirable para todos los cristianos, el que una criatura haya concebido á su Criador, y que haya venido á ser madre, sin dejar al mismo tiempo de ser virgen? ¿Cómo, pues, ha de ser suficiente el débil espíritu humano para alabar y ensalzar cuanto se debe á esta bienaventurada Virgen, á quien el Todopoderoso habia predestinado para que reuniese á un tiempo mismo, con el privilegio inefable de la maternidad divina, la gloria de la virginidad mas pura; para ser elevada sobre los profetas, sobre los santos, sobre los ángeles, como su reina y soberana? ¿Habria de faltar alguna pureza, alguna gracia á esta Virgen excelente, en el primer momento de su Concepcion, para poder imputársele la mancha del pecado original, ella, á quien el ángel del Señor, enviado del cielo, dijo estas palabras: *Yo os saludo, Maria, llena de gracia; el Señor está con vos; bendita sois entre todas las mujeres!* Que callen, pues, todas esas personas que hablan tan mal y tan fuera de proposito; avergüéncense los que se atreven á proponer tan vanos y frívolos argumentos en contra de la Immaculada Concepcion de la santa Virgen; puesto que era conveniente que ellos estuviera dotada de tan gran pureza que, despues de la de Dios, ninguna otra pudiera igualársele. Y verdaderamente, ¿cómo, no habia de ser purísima y perfectísima la que habia de tener por hijo al Criador y al Padre de todas las cosas, y que desde el principio y antes de todos los siglos, por un decreto eterno, habia sido escogida entre todas las criaturas para contener en su seno á Aquel que llena con su inmensidad todo el universo?"

"Mas nosotros, que entre todos los reyes católicos hemos recibido de esta Madre de misericordias tantas gracias, tantos beneficios, sin haberlos merecido, nosotros creemos firmemente que la Concepcion de esta bienaventurada Virgen, en cuyo seno el Hijo de Dios se dignó hacerse hombre, ha sido enteramente santa é immaculada.

"Nos, por lo tanto, honramos con un corazon puro ese misterio inefable de la Concepcion Immaculada de la Santísima Virgen María, Madre de Dios; y nos, y todos los de la casa real, la celebramos cada año en una fiesta solemne, lo mismo que lo han hecho nuestros ilustres predecesores, de gloriosa memoria, estableciendo una cofradía perpetua. Por lo tanto, nos ordenamos que esta fiesta de la Immaculada Concepcion se celebre todos los años con gran solemnidad y respeto en todos los reinos de nuestro dominio, por todos los fieles católicos, sean religiosos ó seculares, sacerdotes u otras personas de cualquier estado y condicion que sean; y que además no sea permitido, lo prevenimos á todos los predicadores y á cuantos den lecciones públicas de Evangelio, decir nada, ni publicar nada, ni avanzar en nada sobre algun punto en que bajo cualquier aspecto pudiese ocasionarse algun perjuicio en esta creencia y ofender á la pureza y santidad de esta Concepcion dichosísima. Por el contrario, ordenamos que los predicadores, y cuantas personas hayan tenido opuestas ideas, guarden un completo silencio; puesto que la fe católica no nos pone en ninguna necesidad de sostener y profesar una opinion contraria; y que los demas que tienen en su corazon la nuestra, que es tan santa y tan saludable, la expresen en sus discursos, y manifiesten con mucho celo su devocion, celebrando con alabanzas al Altísimo la gloria y el honor de su Santísima Madre, que es la reina del cielo, la puerta del paraíso, la que tiene cuidado de nuestras almas, el puerto seguro de la salvacion, y la áncora de esperanza para todos los pecadores que ponen en ella su confianza.—Por el tenor de las presentes, nos establecemos espresamente y á perpetuidad, que si en lo venidero sucediese que algun predicador ó algun otro de nuestros súbditos, de cualquier estado y condicion que sean, no observasen esta ordenanza, sin que sea necesario otro edicto, sean desterrados de sus conventos ó de sus casas; y en tanto que persistan en esa opinion contraria á la nuestra, sean considerados como nuestros enemigos y salgan de toda la estension de nuestros reinos. Queremos tambien y ordenamos con toda ciencia y madura deliberacion, bajo pena de incurrir en nuestra indignacion, á todos y cada uno de nuestros oficiales en cualquier lugar en que se hallen, guardar y hacer guardar con grande

honor de haber sido la primera que erigió Iglesias y altares bajo el título del misterio de la inmaculada Concepcion. Desde el año de 1525, los españoles de México colocaron la espléndida catedral de *Puebla de los ángeles*, bajo la invocacion de la Virgen inmaculada, cuya santa imagen resplandecía de piedras preciosas sobre un altar de plata maciza, rodeado de elegantes columnas, con plintos y capiteles de oro puro bruñido. Los fieles mexicanos le erigieron un altar y una estatua de una riqueza extraordinaria en su Iglesia metropolitana. Un poco despues, las catedrales de Mérida, de Maracaibo y de la Habana, fueron fundadas tambien bajo la invocacion de la inmaculada Virgen, y el Perú no quiso quedarse atras en esta piadosa competencia. Una adhesion tan entusiasta á la doctrina de la Concepcion sin mancha, no satisfacía aun bastante el celo de los pueblos sometidos á la dominacion española; y así en 1618, el virey de Nápoles, su corte y su ejército, hicieron voto en la Iglesia de Nuestra Señora la Grande, de creer y defender hasta perder la vida la inmaculada Concepcion de la Virgen. Una columna conmemorativa que corona una magnífica estatua de Nuestra Señora, con los signos simbólicos de su victoria sobre el pecado original, fué erigida en testimonio público de este empeño tan caballerescamente contraído.

El pueblo español, que se ha distinguido muy particularmente en esta devocion, la ha adoptado de tal modo, que no hay un solo predicador de aquella nacion que al subir al púlpito no comience su sermón por una profesion de fé á la Concepcion sin mancha (1), y cuya devocion se ha introducido hasta en la locucion familiar que se emplea al saludarse (2).

En fin, en 1771, cuando el viento destructor de la filosofia combatía violentamente las creencias cristianas en Francia y en otros muchos Estados de Europa, el rey de España Carlos III, instituyó una orden en honor de la Virgen concebida sin pecado, y la declaró solemnemente con la aprobacion de las cortes y un breve de la Santa Sede, *universal patrona de España, y las Indias* (3).

diligencia y respeto este nuestro edicto, tan luego como de él tengan conocimiento; y de hacerlo publicar cada uno en su distrito exactamente y con toda solemnidad, al son de trompetas y por todos los lugares acostumbrados, á fin de que nadie pueda alegar ignorancia; y que la devocion de la Concepcion Inmaculada de la Santísima Virgen María, que los cristianos hace tan largo tiempo tienen en sus corazones, se aumente mas y mas, y que no se oiga ya en lo adelante abrir la boca á esas gentes que profesan ideas contrarias. En fé de lo cual, nos ordenamos expedir las presentes, autorizadas con nuestro sello.

“Dado en Valencia el 2 de Febrero, día en el cual celebramos la purificacion de esta Santísima Virgen, del año de Nuestro Señor 1394, y el octavo de nuestro reinado.”

1 “Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la Inmaculada Concepcion de la Virgen María, concebida sin pecado original en el primer instante de su ser natural.”

2 Al entrar en una casa española, la primera palabra que los visitantes pronuncian antes de dar los buenos dias, son estas: “Ave María Purísima.” Los dueños de la casa responden al punto: “Sin pecado concebida.”

3 “Por la devocion que desde nuestra infancia hemos tenido á María Santísima en su misterio de la Inmaculada Concepcion, deseamos poner bajo los auspicios de esta celestial protectora la Nueva Orden, y mandamos que sea reconocida en ella por patrona...” — [Leg. 12, t. III, l. vi, *Novis. Recop.*]

En Francia, á pesar de la licencia é incredulidad que la borrasca de las revoluciones han dejado tras sí, esta creencia gana prodigiosamente terreno y penetra hasta en las aldeas mas retiradas. La diócesis de Paris sobre todo, se ha distinguido por su celo en abrazar esta piadosa creencia que acrece allí mas y mas bajo la sombra protectora de sus arzobispos, y que confirman las cosas sobrenaturales que se refieren de la medalla milagrosa, esculpida en honor del misterio de la Concepcion sin mancha (4).

Si la tradicion de los apóstoles, la adhesion de la Iglesia, la autoridad de los concilios, la conformidad de las universidades y de los órdenes religiosos, el asentimiento de los reyes y de los pueblos, la consagracion de magníficos templos y de santos altares, la fundacion de oficios, la institucion de cofradías y de órdenes reales, si todo esto, repetimos, puede valer algo en una controversia que ha admirado á los mismos paganos (5), la causa de la inmaculada Concepcion de María, pendiente hace tanto tiempo ante el tribunal de la opinion católica, nos parece evidentemente ganada; y no creemos por lo mismo que sea temeridad suponer que Dios preservando á su divina madre de la mancha original, le haya dicho como el rey Asuero á la bella Esther: “Esta ley que comprendes á todo el mundo no ha sido hecho para vos.”

CAPITULO III.

NACIMIENTO DE MARIA.

Hallábase en su ocaso la religion y el gobierno de los hebreos, en el tiempo designado por los profetas, y cuando el cetro real de Judá estaba en manos de un extranjero, segun la grande predicción de Jacob, vivía en la Nazareth, pequeña ciudad de la Baja Galilea, á poca distancia del monte Carmelo, un hombre justo llamado Joaquin (6), de la tribu de Judá y de la raza de David (7), por la línea de Nathan: su mujer, que segun la opinion de San Agus-

4 Este es un hecho que creemos propio de nuestro celo el atestarlo, deseando que su noticia llegue hasta los ángulos mas remotos del mundo católico: en nuestra diócesis ha ido con el tiempo echando raíces profundas esta devocion; y aun las mismas desgracias y contratiempos han contribuido á ahimlarla y á estenderla con un progreso verdaderamente maravilloso. — [Véase el Mandamiento de Monseñor el arzobispo de Paris, con motivo de la consagracion de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto.]

5 “Cómo! exclamaba Juliano el apóstata dirigiéndose á un obispo que sostenía la universalidad del pecado original; vos sometéis el nacimiento de María al imperio del diablo!” — [San Agust., l. iv, *Op. imperf.*]

6 Un historiador de María [el padre Cristóbal de Castro, jesuita de Ocaña], ha investigado que segun los rabinos, San Hilario y otros santos padres, el padre de la Santísima Virgen tuvo dos nombres, Heli y Joaquin. — Los árabes y los musulmanes le conocen bajo el de Amram, hijo de Matéo, y le distinguen de otro Amram padre de María, hermano de Moisés. — [D’Herbelot, *Biblioteca Oriental* tom. II.]

7 Segun el proto-Evangelió de Santiago y el Evangelio de la Natividad de María, Joaquin era de la familia de David. Justino, que floreció noventa años despues de la muerte del apóstol San Juan, que habia nacido en Palestina, y pudo recoger las tradiciones todavía recientes, afirma igualmente que María descendía por línea recta del rey David.

tin era de la tribu sacerdotal (1), se llamaba Ana, nombre que significa en hebreo *graciosa* (2).

Estos esposos eran dos justos ante Dios, cuyos mandamientos observaban con un corazon humilde y sano (3); pero el Señor parecia haber apartado de ellos la luz de su semblante porque les habia negado una gran bendiccion que hacia falta á su dicha, no habian tenido hijos, lo cual los entristecia sobremanera, porque en Israel la esterilidad era un oprobio.

Joaquin, que amaba á su esposa Ana por su admirable dulzura y eminentes virtudes, no quiso aumentar su desgracia dándole las cartas de divorcio que la ley concedía entonces tan fácilmente (4); así es que la conservó á su lado, y estos dos humildes esposos, piadosamente resignados á los decretos divinos, pasaban sus dias en el trabajo, en la oracion y en la limosna.

Tantas virtudes debían tener algun día su recompensa; y en efecto, despues de veinte años de esterilidad la buena esposa de Joaquin concibió como por milagro, y dió á luz á aquella bienaventurada criatura, que fué la mas perfecta, la mas santa, la mas agradable á los ojos del Señor que todos los escogidos juntos.

Este gran suceso se verificó en los principios del mes de tisi (5), que es el primero del año civil de los judíos; así es, que cuando el humo de los holocaustos subía al cielo en expiacion de los pecados del pueblo, nació la Virgen predestinada que debía reparar la falta de nuestros primeros padres (6); siendo su nacimiento humilde y modesto como habia de ser el de su divino Hijo. Sus padres que pertenecían al pueblo aunque descendientes de una larga serie de reyes, llevaban segun las apariencias una vida oscura, y esta rosa misteriosa que vio despues San Juan revestida del sol como de un

1 San Agust., *De consent. Evangel.*
2 Los mahometanos herederos de las tradiciones de los árabes, conocen á la bienaventurada madre de la Santa Virgen bajo su propio nombre de Hannah, [Ana], la que, segun ellos, era hija de Nakhor y mujer de Amram. — [D’Herbelot, *Biblioteca Oriental* tom. II.]

3 Santa Ana y San Joaquin fueron públicamente venerados en la Iglesia desde los primeros siglos. San Juan Damasceno, hace grandes elogios de sus virtudes. Justiniano I hizo construir una iglesia en Constantinopla bajo la invocacion de Santa Ana, hacia el año 550. El cuerpo de la Santa fué trasladado, segun se dice, desde Palestina á Constantinopla en 710. — [Véase Godesardo, tom. V, pág. 319.] Lutero era muy devoto de Santa Ana, antes de su herejía; y á esta Santa hizo la promesa de abrazar el estado monástico, ante el cadáver de uno de sus camaradas que vió caer muerto por un rayo.

4 Los fariseos fueron los que introdujeron ese abuso del divorcio, tan altamente reprobado por Nuestro Señor. — [Math., cap. XIX, v. 8.] Ellos enseñaban que se podía repudiar á una mujer por los motivos mas fútiles, por ejemplo, por haber hecho cocer demasiado la vianda del amo de la casa, ó puramente por no ser bastante agradada. — [Basn., l. vii, cap. 22.]

5 El 8 de Setiembre, segun lo establece la Iglesia. Baronio dice haber nacido María el año 733 de Roma, 21 años antes de la era vulgar, el 8 de Setiembre, un sábado al amanecer. Tillemont, dice que la Virgen nació el año 734, cuya opinion es la mas adoptada.

6 He aquí lo que los turcos refieren con respecto al nacimiento de la Santa Virgen. La esposa de Amram [Joaquin] dijo á Dios: Señor, yo te he consagrado el fruto de mi seno, aceptalo con bondad, ¡oh! tu que lo ves y lo sabes todo! Cuando hubo nacido la Virgen, añadió Ana: “Señor, yo he dado á luz una hija á quien he llamado Miriam [María], yo la pongo bajo tu proteccion á ella y á su posteridad, para que las preserves de las astucias de Sotánas.” — [Coran cap. 3, v. 36.]

manto resplandeciente, debía abrirse al viento abrazador de la adversidad sobre un tallo pobre y deshojado! (7)

La cuna de la Reina de los ángeles, no estaba recamada de oro, ni cubierta de colchas de Egipto ricamente bordadas, ni perfumada con nardo, mirra y aloe como la de los príncipes hebreos; computáronla dos varas flexibles, y unas fajas de grosero lino comprimieron los tiernos brazos que debían un día mecer dulcemente al Salvador del mundo. Los hijos de los reyes, envueltos aún en sus mantillas de púrpura, ven á los grandes de la tierra indignarse ante ellos diciéndoles: “Señor! La bella niña que debía ser la esposa y la Madre de Dios, concedió su primera mirada, su primera sonrisa, á unas pobres mujeres del pueblo, que quizá pensando en el triste destino que la esperaba, por la abyecta condicion que las mujeres en aquel tiempo guardaban, dirían suspirando: ¡todavía una esclava mas!”

Era en Israel costumbre que á los nueve dias del nacimiento de un niño, se le diese en consejo de familia el nombre que debía llevar entre los hombres; la hija de Joaquin recibió de su padre el de *Miriam* (María) el cual quiere decir en sirio, *Señora, Ama, Soberana*, y que en hebreo significa el término poético de *Estrella del mar*.

“Y seguramente, “dice San Bernardo” que la “Madre de Dios no podía tener un nombre mas “conveniente, ni que mejor espresase su alta dignidad. María, es en efecto, aquella hermosa y “luciente estrella, que brilla sobre el vasto y borrascoso océano del mundo.”

Este nombre divino contiene un hechizo poderoso, y es de tan maravillosa dulzura, que solo al pronunciarlo el corazon se conmueve, y al escribirlo se anima el estilo. “El nombre de María, “dice S. Antonio de Padua es mas dulce á los labios que la miel de la abeja, mas grato al oído “que una armonía lejána, mas delicioso al corazon “que la alegría mas pura [8].”

Veinticuatro dias despues del nacimiento de una hija, la mujer judía se purificaba solemnemente en el templo al que presentaba á su recién nacido. Conforme á la ley de Moisés, ofrecía entonces al Señor, un corderito ó dos tortolitas; estas avecillas eran la santa ofrenda del pobre; y esa fué, por consiguiente la de la esposa de Joaquin.

Pero el reconocimiento de la piadosa madre se extendió á mas que á la oblacion de costumbre; digna émula de Ana, muger de Elcana, ofreció al Señor una víctima mas pura, una paloma mas inocente que las que acababan de caer palpitantes y sangrientas bajo la cuchilla del sacrificador: ella

7 Isaías lo habia vaticinado, diciendo: *Saldrá un renuevo del tronco de Jessé*; porque esta palabra tronco, en sentido hebraico, significa como lo observa San Gerónimo *in Iss.*, cap. 2, un tronco sin ramas y sin hojas, para denotar, continúa el santo Doctor, que la augusta María debía proceder del linaje de David, cuando esta familia hubiese perdido todo su esplendor y decaído absolutamente.

8 *Nomen Virgini Mariae, mel in ore, melo in aure, jubulum in corde*, dijo poéticamente San Antonio de Padua. “El nombre de la Virgen María es miel en los labios, melodía en los oídos, y júbilo en el corazon.”

honor de haber sido la primera que erigió Iglesias y altares bajo el título del misterio de la inmaculada Concepcion. Desde el año de 1525, los españoles de México colocaron la espléndida catedral de *Puebla de los ángeles*, bajo la invocacion de la Virgen inmaculada, cuya santa imagen resplandecía de piedras preciosas sobre un altar de plata maciza, rodeado de elegantes columnas, con plintos y capiteles de oro puro bruñido. Los fieles mexicanos le erigieron un altar y una estatua de una riqueza extraordinaria en su Iglesia metropolitana. Un poco despues, las catedrales de Mérida, de Maracaibo y de la Habana, fueron fundadas tambien bajo la invocacion de la inmaculada Virgen, y el Perú no quiso quedarse atras en esta piadosa competencia. Una adhesion tan entusiasta á la doctrina de la Concepcion sin mancha, no satisfacía aun bastante el celo de los pueblos sometidos á la dominacion española; y así en 1618, el virey de Nápoles, su corte y su ejército, hicieron voto en la Iglesia de Nuestra Señora la Grande, de creer y defender hasta perder la vida la inmaculada Concepcion de la Virgen. Una columna conmemorativa que corona una magnífica estatua de Nuestra Señora, con los signos simbólicos de su victoria sobre el pecado original, fué erigida en testimonio público de este empeño tan caballerescamente contraído.

El pueblo español, que se ha distinguido muy particularmente en esta devocion, la ha adoptado de tal modo, que no hay un solo predicador de aquella nacion que al subir al púlpito no comience su sermón por una profesion de fé á la Concepcion sin mancha (1), y cuya devocion se ha introducido hasta en la locucion familiar que se emplea al saludarse (2).

En fin, en 1771, cuando el viento destructor de la filosofia combatía violentamente las creencias cristianas en Francia y en otros muchos Estados de Europa, el rey de España Carlos III, instituyó una orden en honor de la Virgen concebida sin pecado, y la declaró solemnemente con la aprobacion de las cortes y un breve de la Santa Sede, *universal patrona de España, y las Indias* (3).

diligencia y respeto este nuestro edicto, tan luego como de él tengan conocimiento; y de hacerlo publicar cada uno en su distrito exactamente y con toda solemnidad, al son de trompetas y por todos los lugares acostumbrados, á fin de que nadie pueda alegar ignorancia; y que la devocion de la Concepcion Inmaculada de la Santísima Virgen María, que los cristianos hace tan largo tiempo tienen en sus corazones, se aumente mas y mas, y que no se oiga ya en lo de adelante abrir la boca á esas gentes que profesan ideas contrarias. En fé de lo cual, nos ordenamos expedir las presentes, autorizadas con nuestro sello.

“Dado en Valencia el 2 de Febrero, dia en el cual celebramos la purificacion de esta Santísima Virgen, del año de Nuestro Señor 1394, y el octavo de nuestro reinado.”

1 “Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la Inmaculada Concepcion de la Virgen María, concebida sin pecado original en el primer instante de su ser natural.”

2 Al entrar en una casa española, la primera palabra que los visitantes pronuncian antes de dar los buenos dias, son estas: “Ave María Purísima.” Los dueños de la casa responden al punto: “Sin pecado concebida.”

3 “Por la devocion que desde nuestra infancia hemos tenido á María Santísima en su misterio de la Inmaculada Concepcion, deseamos poner bajo los auspicios de esta celestial protectora la Nueva Orden, y mandamos que sea reconocida en ella por patrona...” —[Leg. 12, t. III, l. vi, *Novis. Recop.*]

En Francia, á pesar de la licencia é incredulidad que la borrasca de las revoluciones han dejado tras sí, esta creencia gana prodigiosamente terreno y penetra hasta en las aldeas mas retiradas. La diócesis de Paris sobre todo, se ha distinguido por su celo en abrazar esta piadosa creencia que acrece allí mas y mas bajo la sombra protectora de sus arzobispos, y que confirman las cosas sobrenaturales que se refieren de la medalla milagrosa, esculpida en honor del misterio de la Concepcion sin mancha (4).

Si la tradicion de los apóstoles, la adhesion de la Iglesia, la autoridad de los concilios, la conformidad de las universidades y de los órdenes religiosos, el asentimiento de los reyes y de los pueblos, la consagracion de magníficos templos y de santuosos altares, la fundacion de oficios, la institucion de cofradías y de órdenes reales, si todo esto, repetimos, puede valer algo en una controversia que ha admirado á los mismos paganos (5), la causa de la inmaculada Concepcion de María, pendiente hace tanto tiempo ante el tribunal de la opinion católica, nos parece evidentemente ganada; y no creemos por lo mismo que sea temeridad suponer que Dios preservando á su divina madre de la mancha original, le haya dicho como el rey Asuero á la bella Esther: “Esta ley que comprendes á todo el mundo no ha sido hecho para vos.”

CAPITULO III.

NACIMIENTO DE MARIA.

Hallábase en su ocaso la religion y el gobierno de los hebreos, en el tiempo designado por los profetas, y cuando el cetro real de Judá estaba en manos de un extranjero, segun la grande prediccion de Jacob, vivía en la Nazareth, pequeña ciudad de la Baja Galilea, á poca distancia del monte Carmelo, un hombre justo llamado Joaquin (6), de la tribu de Judá y de la raza de David (7), por la línea de Nathan: su mujer, que segun la opinion de San Agus-

4 Este es un hecho que creemos propio de nuestro celo el atestarlo, deseando que su noticia llegue hasta los ángulos mas remotos del mundo católico: en nuestra diócesis ha ido con el tiempo echando raíces profundas esta devocion; y aun las mismas desgracias y contratiempos han contribuido á ahimlarla y á estenderla con un progreso verdaderamente maravilloso. —[Véase el Mandamiento de Monseñor el arzobispo de Paris, con motivo de la consagracion de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto.]

5 “Cómo! exclamaba Juliano el apóstata dirigiéndose á un obispo que sostenía la universalidad del pecado original; vos sometéis el nacimiento de María al imperio del diablo!” —[San Agust., l. iv, *Op. imperf.*]

6 Un historiador de María [el padre Cristóbal de Castro, jesuita de Ocaña], ha investigado que segun los rabinos, San Hilario y otros santos padres, el padre de la Santísima Virgen tuvo dos nombres, Heli y Joaquin. —Los árabes y los musulmanes le conocen bajo el de Amram, hijo de Matéo, y le distinguen de otro Amram padre de María, hermano de Moisés. —[D’Herbelot, *Biblioteca Oriental* tom. II.]

7 Segun el proto-Evangelió de Santiago y el Evangelio de la Natividad de María, Joaquin era de la familia de David. Justino, que floreció noventa años despues de la muerte del apóstol San Juan, que habia nacido en Palestina, y pudo recoger las tradiciones todavía recientes, afirma igualmente que María descendía por línea recta del rey David.

tin era de la tribu sacerdotal (1), se llamaba Ana, nombre que significa en hebreo *graciosa* (2).

Estos esposos eran dos justos ante Dios, cuyos mandamientos observaban con un corazon humilde y sano (3); pero el Señor parecia haber apartado de ellos la luz de su semblante porque les habia negado una gran bendiccion que hacia falta á su dicha, no habian tenido hijos, lo cual los entristecia sobremanera, porque en Israel la esterilidad era un oprobio.

Joaquin, que amaba á su esposa Ana por su admirable dulzura y eminentes virtudes, no quiso aumentar su desgracia dándole las cartas de divorcio que la ley concedía entonces tan fácilmente (4); así es que la conservó á su lado, y estos dos humildes esposos, piadosamente resignados á los decretos divinos, pasaban sus dias en el trabajo, en la oracion y en la limosna.

Tantas virtudes debían tener algun dia su recompensa; y en efecto, despues de veinte años de esterilidad la buena esposa de Joaquin concibió como por milagro, y dió á luz á aquella bienaventurada criatura, que fué la mas perfecta, la mas santa, la mas agradable á los ojos del Señor que todos los escogidos juntos.

Este gran suceso se verificó en los principios del mes de tisi (5), que es el primero del año civil de los judíos; así es, que cuando el humo de los holocaustos subía al cielo en expiacion de los pecados del pueblo, nació la Virgen predestinada que debía reparar la falta de nuestros primeros padres (6); siendo su nacimiento humilde y modesto como habia de ser el de su divino Hijo. Sus padres que pertenecian al pueblo aunque descendientes de una larga serie de reyes, llevaban segun las apariencias una vida oscura, y esta rosa misteriosa que vio despues San Juan revestida del sol como de un

1 San Agust., *De consent. Evangel.*
2 Los mahometanos herederos de las tradiciones de los árabes, conocen á la bienaventurada madre de la Santa Virgen bajo su propio nombre de Hannah, [Ana], la que, segun ellos, era hija de Nakhor y mujer de Amram. —[D’Herbelot, *Biblioteca Oriental* tom. II.]

3 Santa Ana y San Joaquin fueron públicamente venerados en la Iglesia desde los primeros siglos. San Juan Damasceno, hace grandes elogios de sus virtudes. Justiniano I hizo construir una iglesia en Constantinopla bajo la invocacion de Santa Ana, hacia el año 550. El cuerpo de la Santa fué trasladado, segun se dice, desde Palestina á Constantinopla en 710. —[Véase Godesardo, tom. V, pág. 319.] Lutero era muy devoto de Santa Ana, antes de su herejía; y á esta Santa hizo la promesa de abrazar el estado monástico, ante el cadáver de uno de sus camaradas que vió caer muerto por un rayo.

4 Los fariseos fueron los que introdujeron ese abuso del divorcio, tan altamente reprobado por Nuestro Señor. —[*Math.*, cap. XIX, v. 8.] Ellos enseñaban que se podía repudiar á una mujer por los motivos mas fútiles, por ejemplo, por haber hecho cocer demasiado la vianda del amo de la casa, ó puramente por no ser bastante agradada. —[*Basn.*, l. vii, cap. 22.]

5 El 8 de Setiembre, segun lo establece la Iglesia. Baronio dice haber nacido María el año 733 de Roma, 21 años antes de la era vulgar, el 8 de Setiembre, un sábado al amanecer. Tillemont, dice que la Virgen nació el año 734, cuya opinion es la mas adoptada.

6 He aquí lo que los turcos refieren con respecto al nacimiento de la Santa Virgen. La esposa de Amram [Joaquin] dijo á Dios: Señor, yo te he consagrado el fruto de mi seno, aceptalo con bondad, ¡oh! tu que lo ves y lo sabes todo! Cuando hubo nacido la Virgen, añadió Ana: “Señor, yo he dado á luz una hija á quien he llamado Miriam [María], yo la pongo bajo tu proteccion á ella y á su posteridad, para que las preserves de las astucias de Sotánas.” —[*Coran* cap. 3, v. 36.]

manto resplandeciente, debía abrirse al viento abrazador de la adversidad sobre un tallo pobre y deshojado! (7)

La cuna de la Reina de los ángeles, no estaba recamada de oro, ni cubierta de colchas de Egipto ricamente bordadas, ni perfumada con nardo, mirra y aloe como la de los príncipes hebreos; computáronla dos varas flexibles, y unas fajas de grosero lino comprimieron los tiernos brazos que debían un dia mecer dulcemente al Salvador del mundo. Los hijos de los reyes, envueltos aún en sus mantillas de púrpura, ven á los grandes de la tierra indignarse ante ellos diciéndoles: “Señor! La bella niña que debía ser la esposa y la Madre de Dios, concedió su primera mirada, su primera sonrisa, á unas pobres mujeres del pueblo, que quizá pensando en el triste destino que la esperaba, por la abyecta condicion que las mujeres en aquel tiempo guardaban, dirían suspirando: ¡todavía una esclava mas!”

Era en Israel costumbre que á los nueve dias del nacimiento de un niño, se le diese en consejo de familia el nombre que debía llevar entre los hombres; la hija de Joaquin recibió de su padre el de *Miriam* (María) el cual quiere decir en sirio, *Señora, Ama, Soberana*, y que en hebreo significa el término poético de *Estrella del mar*.

“Y seguramente, “dice San Bernardo” que la “Madre de Dios no podía tener un nombre mas “conveniente, ni que mejor espresase su alta dignidad. María, es en efecto, aquella hermosa y “luciente estrella, que brilla sobre el vasto y borrascoso océano del mundo.”

Este nombre divino contiene un hechizo poderoso, y es de tan maravillosa dulzura, que solo al pronunciarlo el corazon se conmueve, y al escribirlo se anima el estilo. “El nombre de María, “dice S. Antonio de Padua es mas dulce á los labios que la miel de la abeja, mas grato al oído “que una armonía lejana, mas delicioso al corazon “que la alegría mas pura [8].”

Veinticuatro dias despues del nacimiento de una hija, la mujer judía se purificaba solemnemente en el templo al que presentaba á su recién nacido. Conforme á la ley de Moisés, ofrecía entonces al Señor, un corderito ó dos tortolitas; estas avecillas eran la santa ofrenda del pobre; y esa fué, por consiguiente la de la esposa de Joaquin.

Pero el reconocimiento de la piadosa madre se extendió á mas que á la oblacion de costumbre; digna émula de Ana, muger de Elcana, ofreció al Señor una víctima mas pura, una paloma mas inocente que las que acababan de caer palpitantes y sangrientas bajo la cuchilla del sacrificador: ella

7 Isaías lo habia vaticinado, diciendo: *Saldrá un renuevo del tronco de Jessé*; porque esta palabra tronco, en sentido hebraico, significa como lo observa San Gerónimo *in Iss.*, cap. 2, un tronco sin ramas y sin hojas, para denotar, continúa el santo Doctor, que la augusta María debía proceder del linaje de David, cuando esta familia hubiese perdido todo su esplendor y decaído absolutamente.

8 *Nomen Virgini Mariae, mel in ore, melo in aure, jubulum in corde*, dijo poéticamente San Antonio de Padua. “El nombre de la Virgen María es miel en los labios, melodía en los oídos, y júbilo en el corazon.”

no tenía una corona votiva de oro purísimo que ir á suspender sobre los muros del Templo [1]; pero depuso á los piés del Altísimo, la corona de su ancianidad, la hija con que había bendecido su vida, empeñándose solemnemente á traerla al templo y á consagrarla al servicio de este lugar santo desde que el primer destello de la inteligencia alumbrase su tierna razón. El padre de María ratificó este voto que desde aquel momento fué obligatorio [2].

Luego que se hubo terminado la ceremonia, los dos esposos volvieron á tomar el camino de su provincia natal, de ese país estéril en grandes hombres, del que no podía aguardar Israel un nuevo profeta [3], y entraron en su humilde morada, siempre abierta al pobre y al extranjero. Allí fué donde la hija de bendición, la predilecta de Dios, hizo durante los años de su santa infancia las delicias de su familia, creciendo como uno de aquellos lirios cuya belleza alaba Jesucristo, y que según dice poéticamente S. Bernardo, tienen el aroma de la esperanza; *habens adorem spei*. Conforme á las mujeres de su nación, Ana debía alimentar por sí misma á su hija [4].

La razón de María como el día de las regiones, animadas por el sol casi no tuvo aurora; brilló desde la edad mas tierna. Su zelo precoz, la sabiduría de sus discursos en un periodo de la vida en que todos los niños no gozan todavía sino de una existencia puramente física, hicieron juzgar á sus padres que la hora de la separación había llegado; y luego que Joaquín hubo ofrecido al Señor la tercera vez después del nacimiento de su hija, las primicias de la cosecha y de los frutos de la pequeña heredad de sus padres, los dos esposos, agradecidos y resignados, se encaminaron hácia Jerusalén, á fin de depositar en el recinto sagrado del templo, el tesoro que el Santo de Israel les había concedido.

CAPITULO IV.

LA PRESENTACION.

Arrastraba orgulloso el Cison sus rojizas olas, que engrosaban las tempestades del equinoccio [5].

1 *Macab.*, lib. 4.

2 Había entre los judíos dos especies de votos: el primero llamado *neder*, era un voto simple, según el cual podía redimirse lo que se había votado al Señor (este fué el de Ana, madre de María); el segundo, *cherem*, era un voto indispensablemente obligatorio; se cedían absolutamente y sin esperanza de recobro, todos los derechos sobre la cosa prometida. Todo israelita podía de este modo votar ó ceder cuanto le perteneciese; casas, tierras, ganados, hijos, esclavos, etc., y las cosas así votadas no podían ser vendidas ni rescatadas á ningún precio.

3 "¿Puede venirnos algo bueno de Nazareth?" decía Nathaniel á los que le hablaban de Cristo. Aludía á lo muy pequeño y despreciable que era este lugar, dice San Juan Crisóstomo; y no solamente este lugar, sino toda la Galilea.—(*Serm.* 9, *in S. Math.*)

4 En Judea por lo común, no se dispensaban las mujeres de criar á sus hijos. No se mencionan mas que tres nodrizas en toda la Escritura: la de Rebeca, la de Miphobset, y la de Joas; pero aun debe advertirse, que Rebeca era extranjera y las otras eran mujeres de príncipes.

5 El Cison es un río pequeño que corre entre Nazareth y el

y las verdes montañas de la Galilea comenzaban á cubrirse de nieve, cuando los padres de María emprendieron el viaje de Jerusalén. Ignórase el motivo que les determinara á dejar su país natal durante la estación de las lluvias. Tal vez fuese el deseo de asistir á las grandes solemnidades con que se conmemoraba la dedicación del templo; ó quizá arreglaron simplemente su partida por este tiempo, por ser el del servicio de Zacarías, á cuyas funciones sacerdotales no llamaban al templo sino por intervalos de antemano determinados [6].

Obligados á hacer muchos días de camino durante la mala estación, y con una niña tan tierna, los piadosos y prudentes viajeros, no se dirigieron á la Ciudad Santa por la senda áspera y pedregosa que serpea á través de las llanuras áridas, de los torrentes espumosos, y de las profundas barrancas de las montañas de Samaria; allí reinaba el invierno con todos sus rigores: descendieron, pues, por las pendientes frondosas del Carmelo á las llanuras fértiles y encantadoras de la Palestina, y las costas de la Siria, tierra dichosa y fecunda, y cuya temperatura es tan dulce y templada, que los naranjos florecen en la mitad del invierno, y las flores de Mayo encogen sus hojas cuando ya ha llegado Diciembre [7]. Después de haber dejado á sus espaldas los herbosos prados á donde en otro tiempo se elevaban las tiendas de Issachar, tribu de pastores astrónomos [8], á quienes había dispersado el soplo ardiente de la cólera del Señor, cual si fuesen un puñado de ligeras pajas, hasta las regiones agrestes y montuosas de la Media; después de haber admirado al pasar los collados cubiertos de palmeras, de bananos y de granados, que componían en otro tiempo la bella heredad de los hijos de Joseph, raza gallarda y guerrera, afamada por su destreza en manejar el arco, los viajeros galileos siguieron las tímidas corrientes del Gass, cuyas riberas se ven guarnecidas de sauce;

monte Carmelo. Insignificante y pobre durante el estío, como casi todos los arroyos de Palestina, llega á aumentarse considerablemente en la estación de las lluvias. Las tropas que mandaba un general del ejército de Jabin, se sumergieron al vadear este río salido de madre.

6 Según lo estableció David, los sacerdotes judíos estaban divididos por clases, de las que cada una hacía su turno en el servicio del templo por semana. Cada clase estaba subdividida en siete partes, de las que hacían su turno en cada día de la semana; y cada parte de esta subdivisión desempeñaba el servicio que le tocaba en suerte. Zacarías era del turno ó servicio de Abia.—(*Prid. Hist. de los judíos.*)

7 Volney refiere haber visto naranjos cargados de flores y de frutos, al aire libre, por el mes de Enero, sobre las costas de la Siria. Entre nosotros, dice, la naturaleza ha separado las estaciones por los meses: allí no lo están sino por las horas. Si os sentís molesto por los calores de Julio, no tenéis mas que emprender una marcha de seis horas á las montañas vecinas, á donde hallareis la temperatura de Marzo; si, por el contrario, os incomodan las heladas de Diciembre, en medio de las montañas, con solo una jornada de camino volvéis á las riberas que esmaltaban las flores de Mayo.

8 San Gerónimo asegura que los hijos de Issachar eran muy doctos en calcular el tiempo, y que ellos, por lo mismo, designaban la época de las fiestas.—(*Hieron., Quest. in 1 Paralip.*, 112, p. 1390, *et in Genes.*, 49.) Esta tradición se conforma con la de los rabinos, que aseguran que los de la tribu de Issachar se dedicaban mucho al conocimiento de la astronomía.—(*Maimon, in Kid-dosch. hachodesh, et Zachut, in Juchasin.*) Por último, la Escritura autoriza esta tradición, pues que refiere que los hijos de Issachar eran muy expertos en el conocimiento del tiempo para saber lo que debería hacerse en Israel.—(*9 Paralip.*, XII, 32.)

atravesaron las florestas de Ramatha, linda ciudad parecida en un todo á un camafeo caído en un cestillo de rosas, y tocaron, en fin, los límites del antiguo territorio de los Jebuseos. Allí todo cambia de aspecto; ya no mas flores, ni verdura, ni brisas olorosas que lleven á lo lejos los dulces efluvios de la flor del limonero; solo rocas estériles, profundos barrancos en donde el viento resuena con lúgubres zumbidos; montañas de enormes y desnudos peñascos, en cuyas altas concavidades se oyen los gritos roncos del águila; en una palabra, el paisaje mas grandioso, mas triste y desolado que puede verse en la tierra.

Tiempo hacia que la pequeña caravana seguía un sendero cascajoso trazado sobre la loma de una montaña, cuando al llegar á un áspero recodo, Joaquín, deteniéndose repentinamente, estendió el brazo hácia el Sud con un movimiento de exaltación religiosa mezclada de cierto orgullo nacional. El objeto que designaba á la atención de sus compañeros de viaje, era, en verdad, digno de ser notado, porque nada mas extraordinario y magnífico existía entonces en toda el Asia. Era una ciudad contenida en un distrito de treinta y tres estadios [*], y engastada en piedra como un rubí del Belúchistan; ciudad de mármol, de cedro y de oro, cuyo esplendor tenía sin embargo no sé qué de triste, de feroz y receloso, que denotaba una autoridad inquieta, por los constantes temores que infundía el extranjero, y un estado de cosas extraño y contradictorio. Veíanse en ella enormes torres, magníficas todas, cual si cada una fuese un palacio, y palacios amurallados y fortificados como ciudades. Su templo, resplandeciente de oro, que brillaba sobre la estrecha meseta de la mas alta de sus montañas, como el disco de la luna llena cuando aparece sobre la nevada cumbre del Líbano [1], era una fortaleza inespugnable que imponía terror y respeto al pueblo escogido del Señor; en tanto que la torre Antonia, desde lo alto de sus cuatro elegantes torreones de pulido mármol, vigilaba con sombría suspicacia los atrios interiores del templo. Una triple cintura de murallas de enormes piedras [2], en las que se hallaban incrustados como ochenta fuertes, cerraban los flancos de aquella ciudad extraña, que rodeaban valles sombríos, profundidades pavorosas y peñascos inaccesibles. Esta ciudad soberbia y guerrera, que parecía haber sido trasportada mágicamente de las regiones fabulosas del Ginnistan [3],

* No hay duda en que ha habido equívoco en la edición francesa, y que son trescientos tres y no treinta y tres los estadios que ocupaba la ciudad de Jerusalén.—N. del T.

1 La fachada exterior del templo estaba toda cubierta de láminas de oro, tan lucientes, que desde que empezaba á amanecer, deslumbraba con los rayos del sol naciente. En cuanto á los otros costados en que no había oro, las piedras eran tan blancas y tan tersas, que viendo desde lejos esta soberbia masa de arquitectura, parecía una montaña cubierta de nieve.—(*Joseph., de Bello.*, lib. v, c. 13.)

2 "Extrema rupis abrupta; et turres ubi mons júbisset et sexaginta pedes, inter deversa, in centenas vicinosque attollebantur; mira specie, se procul intuentibus pares."—(*Tacit. Hist.*, lib. v.)

3 El Ginnistan, que las tradiciones maravillosas de los Asirios colocan al pié del monte Cáucaso sobre las orillas del mar Caspio, era la morada de las *Peris*, especie de raza bella y fabulosa que guarda alguna analogía con nuestras hadas. Estos seres

bajo el diáfano cielo de la Palestina, era el paraíso de los judíos [*Changh-dix houcht*], tan poéticamente llorado sobre las orillas del Eufrates, la ciudad de David y de los Macabeos; esa Jerusalén que todavía en su abyección de esclavitud saluda todo el Oriente con el antiguo dictado que le dió entonces el padre de María: *el Cods* [¡la Santa!]

Los padres de la Santa Virgen entraron en Jerusalén por la puerta de Rama, sobre la cual descendía la sombra de una torre tan alta [4], que desde su plataforma se descubría el monte Carmelo, el gran Océano y las montañas de la Arabia. La bandera verde de Júdeas Macabeo, flotaba aún sobre ella, con su religiosa divisa; pero los soldados que la rodeaban no la comprendían ya, porque eran de los tracios, galatas, germanos, y de esos hijos rubios de la Galia, que Heródes había tomado á sueldo, porque temeroso de los judíos, se apoyaba en los extranjeros, gentiles como él, y que aborrecían quizá mas que él al pueblo de Jerusalén.

Los viajeros después de haber recorrido algunas calles sinuosas y sombrías, formadas por edificios de tosca arquitectura, cuadrados, sin ventanas, y con terrados en vez de tejadas, se detuvieron delante de una casa de modesta apariencia, que la tradición designa como la humilde morada de Santa Ana [5].

Después de haberse purificado durante siete días, según la costumbre de los que venían á sacrificar al templo [6], Joaquín se proveyó del cordero que debía ofrecer al Señor; se revistió de blancos hábitos [7], reunió á algunos de los parientes y amigos que tenía en Jerusalén, y poniéndose al frente de ellos subió al templo, *con tanto ardor y energía, como si fuese á dar el asalto á una plaza de guerra* [8].

El templo del Dios de los ejércitos, al que se presentaba entonces la Virgen como la paloma del Arca llevando el ramo de oliva, había sufrido diferentes vicisitudes. Uno de los ascendientes de María, el sábio hijo del rey David, había hecho de él la maravilla del Oriente. Había en él prodigado el oro de Ofir, los perfumes de Sabá, el cedro del Líbano, el cobre que las flotas de Tiro, esa reina antigua de los mares, cuyos mercaderes eran prin-

poderosos, nacidos antes del diluvio, gobernaban los elementos, y disponían de todo lo que bajo algún respecto pudiera serles agradable. Su ciudad capital la habían fortificado de manera que fuese inaccesible á todos los genios mágicos y temibles; era esta ciudad de mármol, de oro, de rubíes y de diamantes.

4 La torre *Psephna*.

5 Se edificó un monasterio sobre esta casa de Santa Ana, que después se convirtió en mezquita. En tiempo de los reyes cristianos estuvo habitado por unas religiosas. (*Itiner. de Paris á Jerusalem.*, tomo II, pag. 211.)

6 No se trataba solo de presentarse al templo con la víctima; la ley exigía que antes de penetrar en él se pasasen siete días enteros en purificaciones solemnes, y el tercero y el último con la ceniza y el hisopo. Sin esto no se podía sacrificar.—(*Philo, Tract. de Sacrif.*, c. 3.)

7 Según los rabinos, no tenía virtud el sacrificio si el que lo presentaba no iba con vestidos blancos.—(*Basn.*, lib. ix, c. 4.)

8 Tal era la obligación, los hebreos debían subir al templo con tanto ardor y decisión, como un soldado cuando sube á la muralla para dar el asalto; esto lo motivaban en el Salmo LV, en el que David dice que entraba á la casa de Dios como á una ciudad fuerte.—(*Basn.*, *Hist. de los judíos*, t. VII, c. 71.)

cipes, iban á buscar á regiones remotas y salvajes, y la plata entonces tan comun que habia llegado á ser un metal vil; mas este esplendor habia pasado como la vision de un sueño, gracias á la ávida codicia de los caldeos y de los egipcios. Despojado veinte veces de sus riquezas, pero restablecido siempre con magnificencia, se habia vuelto á levantar de entre sus ruinas bajo el poder de Zorobabel que le reedificó con la espada en la mano á pesar de los esfuerzos que oponian el cielo y la envidia de muchas naciones. Sin embargo, el segundo templo, con todo y su riqueza inaudita, no podia compararse ni con mucho al primero; ni en grandeza ni en santidad.

Era en vano que los judíos derramasen sobre él con mano liberal el poder del trigo y la sangre de la vid: que arroyos de oro, llegando desde todos los puntos del horizonte viniesen á alimentar continuamente su tesoro sagrado; que aun los reyes paganos, reconociendo la terrible santidad del Dios de Israel, enviasen á él las mas ricas y esquisitas ofrendas (1); nada de todo esto podia suplir la ausencia del Arca con la cual habian desaparecido las tablas de la ley; es decir, los preceptos de Dios escritos por él mismo á la luz de los relámpagos sobre el monte Sinai, la rama de almendro milagrosamente florida, el mas antiguo título de los hijos de Aaron á la dignidad suprema del sacerdocio, y el maná del desierto, que confirmaba por el milagro de su larga conservacion, tantos prodigios obrados en otro tiempo por la libertad de Israel. Todos estos objetos preciosos se habian perdido, lo mismo que el fuego sagrado que debian avivar por sí solas las brisas de la montaña Santa sobre el brasero de bronce del altar de los holocaustos; y por último, el aceite de la unción compuesto por Moisés, y de donde los reyes y los sacerdotes tomaban su bello título de ungidos del Señor. Pero sobre todo, lo mas lamentable era que el *Schechina*, aquella blanca nube que atestiguaba la presencia divina, no se habia manifestado una sola vez en el segundo templo, y que aun las piedras del racional, este último y brillante oráculo del Dios de los ejércitos, habian perdido del todo su resplandor profético (2). Esto era lo que llenaba de amargura el corazón de los hijos de Aaron, cuando comparaban la casa de Zorobabel al templo del hijo de David; esto era lo que igualmente les hacia decir á los doctores de la ley que no debia ya esperarse el cumplimiento de la célebre profecía de

1 Puede verse en el Josepho, la descripción de la magnífica mesa de oro macizo incrustada de piedras preciosas, y de los vasos no menos espléndidos, de que Tolomeo Philadelfo hizo donacion al templo. Casi todos los príncipes del Asia lo habian enriquecido con sus dones, y por el tiempo en que tuvo lugar la presentación de la Virgen, la emperatriz Livia envió á él, en su nombre y en el de Augusto, magníficos vasos de oro.—[Joseph., de Bello, lib. II, c. 17.—Philo, ad Cajum].

2 Dios se servia de las piedras preciosas que el supremo sacerdote llevaba sobre el racional para presagiar la victoria; porque antes de acamparse la tropa, salía de él una luz tan viva, que el pueblo conocia por esta señal, que la Soberana Majestad estaba presente y pronta á ayudarles; pero cuando yo he comenzado á escribir esto, habian pasado ya doscientos años sin que el racional despidiese ninguna luz.—[Flavio Josepho, Ant. Jud., lib. III, c. 8].

Ageo, tocante al Mesías, á menos de que él mismo se apareciese corporalmente en el segundo templo.

Después de haber pasado por la magnífica puerta de cobre de Corinto, que veinte levitas tenían que emplear un gran esfuerzo para cerrar por la tarde, y que se abrió por sí sola cuatro años antes de la ruina de Jerusalem con gran consternación del pueblo deicida, á quien heló de espanto este sombrío presagio (3), María y sus parientes se encontraron en un vasto recinto, cuyo pavimento era de grandes losas negras y blancas, y circundado de altos pórticos que en tiempo de guerra servian de murallas (4). Un gran número de extranjeros y de nacionales, cuyos brillantes trages de vivos colores traía á la imaginación un inmenso plantío de tulipanes, se paseaban conversando por este *forum* de Jerusalem que no se reputaba sagrado, y al que por lo mismo se llamaba el patio de los gentiles, porque solo en él podían estar los ídólatras, prohibiéndoles dar un paso mas adentro so pena de muerte (5).

A alguna distancia de la muchedumbre, bajo el pórtico de Salomon, la alta aristocracia de Israel, vestida de púrpura y de escarlata, ó llevando esas largas túnicas de Babilonia, bordadas de flores de oro que costaban sumas enormes, esperaba el momento de la oración, apartándose de los extranjeros con cierta reserva orgullosa mezclada de profundo menosprecio. Joaquin, que en nobleza de sangre era cuando menos igual á los príncipes de su nación, aunque no lo fuese en opulencia, se dirigió hácia aquellos patricios, seguro de una buena acogida, porque esos judíos tan desdeñosos y ásperos con los gentiles (6) se amaban entre sí como hermanos, sobre todo, cuando pertenecian á una misma clase. Apenas lo reconocieron, cuando muchas nobles mujeres, guerreros ilustres y grandes señores, todos de la familia de David, salieron á su encuentro, y después de los saludos de costumbre, se reunieron todos con la familia galilea, como para formar á María un acompañamiento de honor (7). Los padres de la Iglesia, al referir esta circunstancia, opinan piadosamente que estos grandes personajes, la flor de la nobleza hebrea, no se encontraron por casualidad en aquel sitio, sino que Dios que queria disponer una entrada triunfal á la futura Madre del Mesías, les habia inspirado la resolución de concurrir allí en aquel día.

En el centro del patio de los gentiles, se elevaban otros dos recintos uno y otro sagrados, que componian el templo. Visto desde el plano inferior este majestuoso y resplandeciente edificio,

3 Joseph., de Bello, lib. VI.

4 Tacit. Historiarum, lib. VI.

5 Joseph., de Bello, lib. V et VI.

6 Basnage hace notar, que en el tiempo de Jesucristo los judíos miraban á los gentiles como perros, y los odiaban de muerte. "Si los ídólatras se ahogan, decian los doctores, no debe sacárselos del agua ni darles ningún socorro; lo mas que se puede hacer por ellos, es no sumergirlos si llegan á sobrenadar, ó no empujarlos mas al precipicio en donde tal vez hayan resbalado."—[Basn., lib. VII, c. 25].

7 Primarios quoque Hierosolymitas viros et mulieres inter fuisse hinc deducunt, succinentibus universis angelis.—[Ibid. de Thess].

ofrecia el aspecto de una masa cuadrangular. cuyos muros blancos y tersos como el alabastro, rompian diez soberbias puertas, adornadas de gruesas láminas de plata y oro. Como el templo, propiamente dicho, coronaba la cima del monte Moria, sitio conveniente á la morada del Dios de las montañas, el terreno iba siempre ascendiendo, y por lo mismo los muros estaban rodeados por todas partes de gradas de mármol que disimulaban un poco la elevación.

Después de haber subido la escalera del templo, la noble comitiva, en medio de la cual se hallaba la bienaventurada Niña que iba á consagrarse al Señor, se detuvo un instante sobre la pequeña plataforma del *chel* (1). Allí los fariseos hicieron muestra de su *tephelim* (2), y cubrieron sus frentes humilladas (3) con la falda de su *thaled* de la lana blanca finísima (4), adornado de granadas de púrpura y de pequeños cordones color de jacinto. Los altivos capitanes de Heródes medio ocultaron sus bruidas corazas bajo sus anchos mantos, y las hijas de Sion se cubrieron mas estrechamente con los pliegues de sus velos de púrpura, de azul ó de gasa Siria con flores de oro, por respeto á los ángeles á quienes está encomendada la guarda del Santuario (5). Hecho esto, entraron en el templo por la puerta oriental, la mas bella de todas; aquella que derramó arroyos de oro líquido cuando los romanos no pudiendo forzarla con ayuda del hierro, la abrieron por medio del fuego (6).

En nuestras heladas regiones del Norte se necesitan estensos edificios para ponerse al abrigo de las inclemencias del tiempo; por lo mismo tenemos inmensas catedrales que pueden contener en su recinto poblaciones enteras; pero en la antigua Asia los templos estaban solo destinados para el servicio de los sacerdotes; pues que el pueblo oraba en la parte de afuera. En Israel el *Engdah* ó asamblea santa, se reunia por lo comun en el patio de las mujeres, que este era el nombre del segundo átrio, porque las mujeres judias á quienes la ley antigua casi nivelaba á la condicion de los esclavos, no podian pasar de aquel lugar. Separadas de sus esposos y de sus hijos que penetraban al área del átrio ó bajo los arcos del peristilo, en tan-

1 El *chel* era un espacio de diez codos, entre el patio de los gentiles y el de las mujeres.

2 Los *tephelines* eran unos pequeños pedazos de pergamino sobre los que se escribía con tinta hecha á propósito, cuatro sentencias de la Escritura, y los que llevaban los judíos en medio del brazo izquierdo y sobre la frente. Estos *tephelines* ó *phylacteres* estaban muy en boga en tiempo de Jesucristo, que se llevaban como una señal de distinción, y que atrajeron por lo mismo sus reprensiones.—[Basnage, Hist. de los judíos, lib. VII, cap. 17].

3 Los fariseos, para manifestar un exterior humilde, caminaban siempre con la cabeza baja, y aun algunas veces cerraban los ojos, como para evitar que la vista de algun objeto les escitase una tentación; por eso les sucedia muy frecuentemente pasando por las calles, el dar con la cabeza contra las paredes.—[Basn., lib. III, c. 3].

4 *Thaled*, especie de manto cuadrado que los judíos llevaban en el templo para hacer oración; unos lo rodeaban al cuello, otros se cubrian con él la cabeza, esto último era la costumbre mas general.—[Basnage, t. V, lib. VII, c. 17].

5 Ideo debet mulier potestatem habere supra caput propter angelos.—[Epist. S. Paul. ad Corinth., cap. XI, v. 10].

6 Josepho refiere que cuando Tito mandó poner fuego á las puertas del segundo vestíbulo del Templo, el oro y la plata derretidos corrian como corre el agua de una fuente.—[De Bello, c. 23].

to que duraban las ceremonias religiosas, ellas oraban aparte en las galerías superiores, con la cabeza humildemente inclinada hácia la casa de Jehová, cuyo magnífico techo de cedro, todo erizado de agujas de oro [7] percibian á alguna distancia.

La ceremonia de la presentación se verificó probablemente en el patio de las mujeres, y no en el interior del Santuario, á donde la han colocado algunos autores. Dióse á ella principio por un sacrificio. La puerta de Nicanor, girando silenciosamente sobre sus goznes de bronce para dejar pasar la víctima, ofreció entonces en perspectiva el último átrio, todo semejante á una vision maravillosa de aquel Eden perdido, cuyos palacios de oro sombreados por cedros gigantescos, era la morada de los justos, segun lo enseñaban los fariseos [8]. A través de las columnas de mármol de un soberbio pórtico, de lo alto del cual se desprenden por todas partes enormes pámpanos, y los racimos colgantes de una viña de oro, se descubria un edificio que á primera vista parecia ser tambien de oro macizo, tan vivo era el resplandor que despedian las planchas de cien codos que cubrian su fachada bajo la pura y poderosa luz del Asia!

Un número infinito de coronas votivas, en las que las espigas de trigo se enlazaban con los lirios, la flor del granado y las hojas de vid, todo hecho con esmeraldas, topacios, rubies, carbunclos, segun el color de las flores que figuraban, se veian suspendidas en el templo por medio de cordones de oro; y cuando el viento impetuoso de las montañas venia á impelerlas, hubiérase dicho que eran flores verdaderas del paraíso; tan exquisito era el trabajo, y tan perfecta la imitación! De distancia en distancia se distinguian haces de banderas, acorilladas á flechazos y manchadas con sangre idólatra que los príncipes armenios, de imperecedera memoria, habian conquistado á los griegos de Siria en las guerras gloriosas de la independencia, y que habian consagrado con sus manos sacerdotales y guerreras al Dios de los ejércitos. Heródes, príncipe cruel, pero capitán valeroso, habia añadido los estandartes recientemente cogidos en sus felices expediciones contra los árabes; y la vista de estos trofeos militares, llenaba de bélico ardor y orgullo patriótico esos corazones hebreos, que no temian casi á la muerte cuando se trataba de combatir—por lo que les era mas querido que el oro, que la familia y que la vida... ¡el templo!

Los sacerdotes y los levitas reunidos en el último átrio, recibieron de las manos de Joaquin la víctima de propiciación [9]. Aquellos ministros

7 Se habia tomado esta precaucion para impedir que los gorriones y palomas, que abundaban mucho en Jerusalem, posasen sobre la fachada del templo y la manchasen.

8 Los judíos creían que las almas de los justos moraban en el jardín del Eden, cuya entrada impedía á los vivos el ángel de la muerte. Ellos hacen una descripción magnífica de ese lugar de delicias perennes, en el que suponen palacios contruidos de piedras preciosas, y rios de aguas olorosas. Por el contrario, suponian en el infierno un rio de fuego cayendo sobre los condenados, quienes estaban sufriendo alternativamente los últimos grados del frio y del calor.—[Maimónides, Menase, etc.]

9 Sea que se pidiese un favor á Dios, ó que se le diesen gracias de haberlo obtenido, se le llamaba sacrificio de propiciación

del Dios vivo, no llevaban la frente ceñida de laurel ó de verde ápio, como los sacerdotes de los ídolos: una especie de mitra redonda formada de un tejido muy espeso, una larga y estrecha túnica de lino blanco, ajustada con un ancho cinturón bordado de jacinto y de púrpura, componían el vestido sacerdotal, que no se llevaba mas que en el templo. Uno de los sacrificadores tomó el cordero, y después de una corta invocación al Dios de Jacob, degolló la víctima cuya cabeza tuvo antes cuidado de volver hacia el Norte. Con la sangre recogida en un vaso de bronce, se hizo una aspersion en derredor del altar. Terminados estos primeros ritos, el sacerdote colocó sobre un gran plato de oro una porción de carnes todavía palpitantes, y una parte de las entrañas de la víctima que los levitas habían lavado cuidadosamente en la sala de la fuente; luego puso una doble capa de grasa y cubrió la oblación de incienso, arrojando asimismo sobre ella la sal de la alianza; en seguida, subiendo con los pies desnudos el suave tramo que conduce á la plataforma del altar de bronce, depositó en él la ofrenda sobre los leños, perfectamente limpios y sin corteza, que debían alimentar el fuego sagrado. El resto de la hostia, á reserva del pecho y de la parte derecha de la espalda que pertenecía á los sacrificadores, fué entregado al esposo de Santa Ana, á fin de que, según la costumbre [1], diese un banquete á sus amigos y parientes.

Los últimos sonidos de las trompetas sacerdotales, espiraban bajo la estension de los pórticos, y el sacrificio ardía aún sobre el altar de bronce, cuando un sacerdote descendió al átrio de las mujeres para terminar la ceremonia. Ana, seguida de Joaquín y llevando á María en sus brazos, se adelantó cubierta la cabeza con el velo hacia el ministro del Altísimo; y si ha de creerse una tradición árabe que el mismo Mahoma ha consignado en el Koran, ella le presentó á la joven sierva del Señor, diciendo con una voz conmovida por el sentimiento religioso y el amor maternal, estas sencillas palabras: *Yo vengo á ofrecerles el presente que Dios me ha hecho* [2].

El sacerdote aceptó en nombre del Dios que derrama la fecundidad en el seno de las madres, el precioso depósito que el reconocimiento le confiaba; bendijo á Joaquín, lo mismo que á su vir-

1 Este festín que se consideraba como sagrado, podía hacerse en dos días consecutivos; pero la ley prohibía expresamente reservar algo para el tercero, porque prescribía asimismo dar á los pobres hasta el último residuo. Había dos razones para ello, según Philon: la primera, porque perteneciendo á Dios la víctima, quien es por sí tan munificente y liberal, debería hacerse partícipes á los necesitados; la segunda, para impedir que la avaricia, que es vicio de esclavo, no deshonrase con su influencia una práctica santa.—[Philon. *Tract. de Sacrif.*, c. 2.]

2 Según una tradición mahometana, cuando Santa Ana hubo dado á luz á la Santísima Virgen, la presentó á los sacerdotes, diciéndoles estas palabras, que se hallan también en el Koran: *Dhouncon hadih almedharat*; que es decir "he aquí la ofrenda que os presento." Hossain Vaez añade á estas palabras, en su paráfrasis persiana: *Kih ez an Khordai*; lo cual significa, "porque es un don que he recibido de Dios;" ó mas bien, "porque de este presente ha de venir Dios."—[D'Herbelot, *Bibl. Orient.*, t. II, pág. 620.]

tuosa consorte [3], y extendiendo en seguida las manos sobre la asamblea que se inclinaba bajo su bendición pontifical [4]: "Oh Israel! exclamó, que "el Señor te envíe su luz divina, que te haga prosperar en todo y te conceda la paz." Un cántico, de acción de gracias, acompañado armoniosamente por las arpas sacerdotales, terminó el acto solemne de la Presentación de la Santa Virgen.

Tal fué la ceremonia que tuvo lugar hacia los últimos días del mes de Noviembre en el santo templo de Sion. Los hombres que se detienen por lo comun en la superficie de las cosas, no vieron allí sino una humilde jovencita, admirablemente hermosa y de un maravilloso fervor, que su madre consagraba al Dios que se la había concedido á sus ayunos y á sus lágrimas; mas los ángeles del cielo, que sostenidos por sus alas se mecían sobre el santuario, descubrieron en esta débil y humilde criatura á la Virgen de Isaías, á la prometida Esposa de quien Salomón había cantado el místico himeneo, á la Eva celeste que venia á restituir á una raza proscrita la esperanza de una gloriosa inmortalidad. Penetrados de gozo al ver que al fin lucía la aurora del día del Mesías, "se asociaron, dicen los autores antiguos [5], á esta solemnidad de la tierra; cubriendo á la joven descendiente del rey David con sus blancas alas, esparciendo, para que sirviesen de alfombra á sus pies, las olorosas flores del Paraíso, y celebrando su entrada en el templo con melodiosos conciertos."

¿Quién podrá decir lo que pasó entonces en el alma de María, en esa alma suavemente abierta, como una cándida flor al soplo del Espíritu Santificador; en esa alma en donde todo era paz, pureza, santo amor é inteligencia? ¿Por qué vínculos sagrados se unió á AQUEL que la había preferido á las vírgenes y á las reinas de tantos pueblos? Este es un secreto entre ella y Dios; pero se puede muy bien pensar que nunca oblación alguna había sido mas favorablemente acogida; y San Evodio de Antioquia, San Epifanio de Salamina, San Andrés de Creta, y otros muchos padres latinos, están de acuerdo en que la consagración de la Virgen es el acto de religión mas agradable y acepto á los ojos de Dios que el hombre haya ofrecido jamas!

Se ignora el nombre del sacerdote que recibió á la santa Virgen en el número de las hijas del Señor: San German, patriarca de Constantinopla, y Jorge de Nicomedia, se inclinan á creer que fué el padre de San Juan Bautista; los lazos de parentesco que unían á Zacarías con la familia de Joaquín,

3 El bendijo á Eleana y á su mujer, y dijo á Eleana: "Que el Señor os conceda hijos de esta mujer, por el depósito que habeis puesto en las manos del Señor." Y ellos se volvieron entonces á su casa.—[*Reg.*, lib. I, c. 2, v. 20.] Véase lo que sobre esta ceremonia dice el padre Croisset.—[*Exerc. de Piété* t. XVIII, p. 48.]

4 Mientras el pontífice daba su bendición, el pueblo estaba obligado á poner las manos sobre los ojos y á ocultar el semblante, porque no era permitido mirar las manos del sacerdote. Los judíos se imaginaban que Dios estaba detras del pontífice, y les miraba al través de sus manos estendidas; por lo mismo, no se atrevían á levantar los ojos hacia él, porque ninguno puede ver á Dios y vivir.—[Basn., lib. vii, cap. 15.]

5 San Andrés de Creta, y San Jorge de Nicomedia.

el puesto elevado que ocupaba entonces en el sacerdocio [1], y la tierna afecion que tanto á él como á Santa Isabel les conservó María, dan á esta suposición un alto grado de probabilidad.

De cualquier modo que sea, la bienaventurada hija de Joaquín, fué admitida solemnemente, como hemos referido, en el número de las *almas* ó jóvenes vírgenes que crecían y se educaban á la sombra sagrada del altar.

Que María haya pasado sus mas bellos años en el templo, lo prueban la tradición apostólica, los escritos de los Santos Padres y la opinión de la Iglesia, que no acostumbra sancionar hechos dudosos [2]. A pesar de esto, algunos herejes se han permitido calificar de fabulosa esta circunstancia; y aun algunos autores católicos, la han considerado como un punto oscuro, oculto bajo el velo de los antiguos tiempos, y que era muy difícil esclarecer. Las denegaciones de los primeros, no nos admiran; pero la nimia circunspección de los segundos, si nos parece verdaderamente estraña; porque esta es una de las tradiciones cristianas que tienen mayor carácter de autenticidad. San Evodio, que es el primero que ha referido en una epístola intitulada *Lumen*, que Nicéforo nos ha conservado, esta particularidad gloriosa de la infancia de la Virgen, floreció en el mismo tiempo de los apóstoles y de la Madre de Dios. Era obispo de Antioquia, ciudad de Siria, en donde había una grande afluencia de judíos y de cristianos; y el templo en el cual los nuevos fieles seguían con una veneración profunda las huellas del Hijo de Dios y de su divina Madre, subsistía aun con su mismo esplendor. Por otra parte, esta tradición que venia de la Iglesia de Jerusalem, Iglesia que se componia de los primeros discípulos de Jesucristo, entre los cuales había muchos parientes de la Virgen y de San José, fué consagrada desde entonces por un monumento religioso; prueba demostrativa aun á los ojos de los protestantes mismos [3]. En fin, la mayor parte de los Santos Padres [4], y especialmente San Gerónimo, que vivió en medio de los sitios en que

pasaron los sucesos de la redención, cuyas tradiciones eran en su tiempo todavía recientes, la han referido y tenido por verdadera. Se puede, por lo tanto, colocar esta creencia tradicional en el número de los hechos históricos mejor comprobados.

CAPITULO V.

MARIA EN EL TEMPLO.

En el recinto fortificado del templo, en el sitio donde los cristianos de Jerusalem erigieron un oratorio, que los compañeros de Godofredo de Bouillon trasformaron después en una basílica de dorada cúpula [5], bajo la advocación de SANTA MARIA, la cual adornaron muchas veces los valerosos caballeros del *Temple*, con los trofeos conquistados á los sarracenos; en este sitio, decimos, se elevaba la parte del edificio religioso que servia de asilo á las vírgenes consagradas al Señor; y allí fué donde Zacarías condujo á su joven parienta [6].

Aunque la virginidad no fuese en Jerusalem sino una virtud que debía pasar con la primera juventud, pues que tenia que ceder muy pronto el puesto á las virtudes conyugales, no por eso carecía de prerogativas y de honor. A Jehová agradaban de preferencia las oraciones de los niños inocentes y de las vírgenes puras, y por eso escogió una virgen y no una reina para obrar la redención del linaje humano. Así tambien cuando los *inspirados* de Judá desarrollaban á los ojos del pueblo elegido, pero frecuentemente castigado, el cuadro profético de sus desgracias ó de sus victorias, ponían en él siempre una virgen risueña ó llorosa, que personificaba las provincias y las ciudades conquistadas. En las guerras de esterminio en que la ancha cuchilla de los hebreos, heria indistintamente á las mujeres, á los niños y á los ancianos

5 La mezquita de Omar [*el Aksa*], representa para los cristianos el antiguo templo de Salomón. *El sakhra* [la roca] está construido en el mismo paraje en que vivió María desde la edad de tres años hasta sus esponsales con José. Este lugar era en aquella época una dependencia del templo de Salomón, así como el *sakhra* es actualmente una dependencia de la mezquita de Omar. Antes de las cruzadas, *sakhra* no era mas que una capilla; los franceses añadieron una iglesia que coronaron con una cúpula dorada. Cuando los vencedores derribaron la gran cruz que brillaba sobre la cúpula del *sakhra*, los gritos de alegría de los musulmanes, y los de dolor de los cristianos, fueron tan grandes que, según dice un autor árabe, parecía que el mundo iba á abismarse.—[*Correspon. de Orient.*, tom. V.] Según Schonah, se escitó en la ciudad un gran tumulto, que el mismo Saladino tuvo que apaciguar.

6 San German afirma que fué san Zacarías quien se encargó de colocar á la Virgen en el templo. Las tradiciones árabes refieren igualmente que Dios confió á Zacarías la guarda de la Virgen [*Quaca fatha Zacharia*]. El Koran, en el *Surate* que trata de la familia de Amram, añade á este hecho una leyenda maravillosa, recogida entre las tribus cristianas del desierto. Dice que Zacarías, que iba á visitar de vez en cuando á su joven parienta, encontraba siempre en torno de ella multitud de los mas hermosos frutos de la Tierra Santa, y siempre impropios de la estación; lo cual le obligó á preguntar una vez á María, de dónde le enviaban aquellos hermosos frutos. María le respondió: *Hou men and Allah iarroc man iascha begair hissa*; que quiere decir: "Todo esto que veis, viene de parte de Dios á los que le placen, sin cuenta y sin número."—[D'Herbelot, *Bibliotheca Oriental*, t. II, art. *Miriam*.]

1 Los judíos creían que San Juan Bautista era superior á Jesucristo, porque era hijo de un gran sacerdote.—[S. J. Crisost., *Serm.* 12, in *Matth.*]

2 En 1378, hallándose Felipe de Mazière, caballero francés y canceller del rey de Chipre, en la corte de Carlos V, le refirió que en el Oriente, á donde había estado mucho tiempo, se celebraba la fiesta de la Presentación al templo de la Santa Virgen, para conmemorar este hecho acaecido en su vida á la edad de tres años. Felipe añadió: "reflexionando que esta gran festividad no era conocida en la Iglesia de Occidente, y hallándome de representante del rey de Chipre cerca del Papa, hablé de ello á S. S., presentándole asimismo el oficio, que hizo examinasen escrupulosamente los cardenales, los prebostes y los doctores en teología; disponiendo en seguida, la institución de esta fiesta." Los griegos la habían celebrado antes, bajo el título de *Entrada de la Santa Virgen en el Templo*.

3 El mismo Gibbon no ha podido menos de reconocer la autenticidad de las tradiciones religiosas en Palestina. Los cristianos, dice, fijaron por una tradición *nada dudosa*, la escena de cada suceso memorable [tom. IV, pág. 101]; confesión de gran peso en la boca de un escritor tan instruido como el historiador inglés, y de un hombre el mismo tiempo tan poco favorable á la religión. Según dice el señor de Chateaubriand, si alguna hay probada incontestablemente, es la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jerusalem.

4 San Epifanio, San Gregorio de Nicea, San German, patriarca de Constantinopla, San Gregorio Nacianceno, San Jorge de Nicomedia, San Juan Damasceno, etc.

del Dios vivo, no llevaban la frente ceñida de laurel ó de verde ápio, como los sacerdotes de los ídolos: una especie de mitra redonda formada de un tejido muy espeso, una larga y estrecha túnica de lino blanco, ajustada con un ancho cinturón bordado de jacinto y de púrpura, componían el vestido sacerdotal, que no se llevaba mas que en el templo. Uno de los sacrificadores tomó el cordero, y después de una corta invocación al Dios de Jacob, degolló la víctima cuya cabeza tuvo antes cuidado de volver hacia el Norte. Con la sangre recogida en un vaso de bronce, se hizo una aspersion en derredor del altar. Terminados estos primeros ritos, el sacerdote colocó sobre un gran plato de oro una porción de carnes todavía palpitantes, y una parte de las entrañas de la víctima que los levitas habían lavado cuidadosamente en la sala de la fuente; luego puso una doble capa de grasa y cubrió la oblación de incienso, arrojando asimismo sobre ella la sal de la alianza; en seguida, subiendo con los pies desnudos el suave tramo que conduce á la plataforma del altar de bronce, depositó en él la ofrenda sobre los leños, perfectamente limpios y sin corteza, que debían alimentar el fuego sagrado. El resto de la hostia, á reserva del pecho y de la parte derecha de la espalda que pertenecía á los sacrificadores, fué entregado al esposo de Santa Ana, á fin de que, según la costumbre [1], diese un banquete á sus amigos y parientes.

Los últimos sonidos de las trompetas sacerdotales, espiraban bajo la estension de los pórticos, y el sacrificio ardía aún sobre el altar de bronce, cuando un sacerdote descendió al átrio de las mujeres para terminar la ceremonia. Ana, seguida de Joaquín y llevando á María en sus brazos, se adelantó cubierta la cabeza con el velo hacia el ministro del Altísimo; y si ha de creerse una tradición árabe que el mismo Mahoma ha consignado en el Koran, ella le presentó á la joven sierva del Señor, diciendo con una voz conmovida por el sentimiento religioso y el amor maternal, estas sencillas palabras: *Yo vengo á ofrecerles el presente que Dios me ha hecho* [2].

El sacerdote aceptó en nombre del Dios que derrama la fecundidad en el seno de las madres, el precioso depósito que el reconocimiento le confiaba; bendijo á Joaquín, lo mismo que á su vir-

1 Este festín que se consideraba como sagrado, podía hacerse en dos días consecutivos; pero la ley prohibía expresamente reservar algo para el tercero, porque prescribía asimismo dar á los pobres hasta el último residuo. Había dos razones para ello, según Philon: la primera, porque perteneciendo á Dios la víctima, quien es por sí tan munificente y liberal, debería hacerse partícipes á los necesitados; la segunda, para impedir que la avaricia, que es vicio de esclavo, no deshonrase con su influencia una práctica santa.—[Philon. *Tract. de Sacrif.*, c. 2.]

2 Según una tradición mahometana, cuando Santa Ana hubo dado á luz á la Santísima Virgen, la presentó á los sacerdotes, diciéndoles estas palabras, que se hallan también en el Koran: *Dhouneon hadih almedharat*; que es decir "he aquí la ofrenda que os presento." Hossain Vaez añade á estas palabras, en su paráfrasis persiana: *Kih ez an Khordai*; lo cual significa, "porque es un don que he recibido de Dios;" ó mas bien, "porque de este presente ha de venir Dios."—[D'Herbelot, *Bibl. Orient.*, t. II, pág. 620.]

tuosa consorte [3], y extendiendo en seguida las manos sobre la asamblea que se inclinaba bajo su bendición pontifical [4]: "Oh Israel! exclamó, que "el Señor te envíe su luz divina, que te haga prosperar en todo y te conceda la paz." Un cántico, de acción de gracias, acompañado armoniosamente por las arpas sacerdotales, terminó el acto solemne de la Presentación de la Santa Virgen.

Tal fué la ceremonia que tuvo lugar hacia los últimos días del mes de Noviembre en el santo templo de Sion. Los hombres que se detienen por lo comun en la superficie de las cosas, no vieron allí sino una humilde jovencita, admirablemente hermosa y de un maravilloso fervor, que su madre consagraba al Dios que se la había concedido á sus ayunos y á sus lágrimas; mas los ángeles del cielo, que sostenidos por sus alas se mecían sobre el santuario, descubrieron en esta débil y humilde criatura á la Virgen de Isaías, á la prometida Esposa de quien Salomón había cantado el místico himeneo, á la Eva celeste que venía á restituir á una raza proscrita la esperanza de una gloriosa inmortalidad. Penetrados de gozo al ver que al fin lucía la aurora del día del Mesías, "se asociaron, dicen los autores antiguos [5], á esta solemnidad de la tierra; cubriendo á la joven descendiente del rey David con sus blancas alas, esparciendo, para que sirviesen de alfombra á sus pies, las olorosas flores del Paraíso, y celebrando su entrada en el templo con melodiosos conciertos."

¿Quién podrá decir lo que pasó entonces en el alma de María, en esa alma suavemente abierta, como una cándida flor al soplo del Espíritu Santificador; en esa alma en donde todo era paz, pureza, santo amor é inteligencia? ¿Por qué vínculos sagrados se unió á AQUEL que la había preferido á las vírgenes y á las reinas de tantos pueblos? Este es un secreto entre ella y Dios; pero se puede muy bien pensar que nunca oblación alguna había sido mas favorablemente acogida; y San Evodio de Antioquia, San Epifanio de Salamina, San Andrés de Creta, y otros muchos padres latinos, están de acuerdo en que la consagración de la Virgen es el acto de religión mas agradable y acepto á los ojos de Dios que el hombre haya ofrecido jamás!

Se ignora el nombre del sacerdote que recibió á la santa Virgen en el número de las hijas del Señor: San German, patriarca de Constantinopla, y Jorge de Nicomedia, se inclinan á creer que fué el padre de San Juan Bautista; los lazos de parentesco que unían á Zacarías con la familia de Joaquín,

3 El bendijo á Eleana y á su mujer, y dijo á Eleana: "Que el Señor os conceda hijos de esta mujer, por el depósito que habeis puesto en las manos del Señor." Y ellos se volvieron entonces á su casa.—[*Reg.*, lib. I, c. 2, v. 20.] Véase lo que sobre esta ceremonia dice el padre Croiset.—[*Exerc. de Piété* t. XVIII, p. 48.]

4 Mientras el pontífice daba su bendición, el pueblo estaba obligado á poner las manos sobre los ojos y á ocultar el semblante, porque no era permitido mirar las manos del sacerdote. Los judíos se imaginaban que Dios estaba detras del pontífice, y les miraba al través de sus manos extendidas; por lo mismo, no se atrevían á levantar los ojos hacia él, porque ninguno puede ver á Dios y vivir.—[Basn., lib. vii, cap. 15.]

5 San Andrés de Creta, y San Jorge de Nicomedia.

el puesto elevado que ocupaba entonces en el sacerdocio [1], y la tierna afecion que tanto á él como á Santa Isabel les conservó María, dan á esta suposición un alto grado de probabilidad.

De cualquier modo que sea, la bienaventurada hija de Joaquín, fué admitida solemnemente, como hemos referido, en el número de las *almas* ó jóvenes vírgenes que crecían y se educaban á la sombra sagrada del altar.

Que María haya pasado sus mas bellos años en el templo, lo prueban la tradición apostólica, los escritos de los Santos Padres y la opinión de la Iglesia, que no acostumbra sancionar hechos dudosos [2]. A pesar de esto, algunos herejes se han permitido calificar de fabulosa esta circunstancia; y aun algunos autores católicos, la han considerado como un punto oscuro, oculto bajo el velo de los antiguos tiempos, y que era muy difícil esclarecer. Las denegaciones de los primeros, no nos admiran; pero la nimia circunspección de los segundos, si nos parece verdaderamente extraña; porque esta es una de las tradiciones cristianas que tienen mayor carácter de autenticidad. San Evodio, que es el primero que ha referido en una epístola intitulada *Lumen*, que Nicéforo nos ha conservado, esta particularidad gloriosa de la infancia de la Virgen, floreció en el mismo tiempo de los apóstoles y de la Madre de Dios. Era obispo de Antioquia, ciudad de Siria, en donde había una grande afluencia de judíos y de cristianos; y el templo en el cual los nuevos fieles seguían con una veneración profunda las huellas del Hijo de Dios y de su divina Madre, subsistía aun con su mismo esplendor. Por otra parte, esta tradición que venía de la Iglesia de Jerusalem, Iglesia que se componía de los primeros discípulos de Jesucristo, entre los cuales había muchos parientes de la Virgen y de San José, fué consagrada desde entonces por un monumento religioso; prueba demostrativa aun á los ojos de los protestantes mismos [3]. En fin, la mayor parte de los Santos Padres [4], y especialmente San Gerónimo, que vivió en medio de los sitios en que

pasaron los sucesos de la redención, cuyas tradiciones eran en su tiempo todavía recientes, la han referido y tenido por verdadera. Se puede, por lo tanto, colocar esta creencia tradicional en el número de los hechos históricos mejor comprobados.

CAPITULO V.

MARIA EN EL TEMPLO.

En el recinto fortificado del templo, en el sitio donde los cristianos de Jerusalem erigieron un oratorio, que los compañeros de Godofredo de Bouillon trasformaron después en una basílica de dorada cúpula [5], bajo la advocación de SANTA MARIA, la cual adornaron muchas veces los valerosos caballeros del *Temple*, con los trofeos conquistados á los sarracenos; en este sitio, decimos, se elevaba la parte del edificio religioso que servía de asilo á las vírgenes consagradas al Señor; y allí fué donde Zacarías condujo á su joven parienta [6].

Aunque la virginidad no fuese en Jerusalem sino una virtud que debía pasar con la primera juventud, pues que tenía que ceder muy pronto el puesto á las virtudes conyugales, no por eso carecía de prerogativas y de honor. A Jehová agradaban de preferencia las oraciones de los niños inocentes y de las vírgenes puras, y por eso escogió una virgen y no una reina para obrar la redención del linaje humano. Así tambien cuando los *inspirados* de Judá desarrollaban á los ojos del pueblo elegido, pero frecuentemente castigado, el cuadro profético de sus desgracias ó de sus victorias, ponían en él siempre una virgen risueña ó llorosa, que personificaba las provincias y las ciudades conquistadas. En las guerras de esterminio en que la ancha cuchilla de los hebreos, hería indistintamente á las mujeres, á los niños y á los ancianos

5 La mezquita de Omar [*el Aksa*], representa para los cristianos el antiguo templo de Salomón. *El sakhra* [la roca] está construido en el mismo paraje en que vivió María desde la edad de tres años hasta sus esponsales con José. Este lugar era en aquella época una dependencia del templo de Salomón, así como el *sakhra* es actualmente una dependencia de la mezquita de Omar. Antes de las cruzadas, *sakhra* no era mas que una capilla; los franceses añadieron una iglesia que coronaron con una cúpula dorada. Cuando los vencedores derribaron la gran cruz que brillaba sobre la cúpula del *sakhra*, los gritos de alegría de los musulmanes, y los de dolor de los cristianos, fueron tan grandes que, según dice un autor árabe, parecía que el mundo iba á abismarse.—[*Correspon. de Orient.*, tom. V.] Según Schonah, se escitó en la ciudad un gran tumulto, que el mismo Saladino tuvo que apaciguar.

6 San German afirma que fué san Zacarías quien se encargó de colocar á la Virgen en el templo. Las tradiciones árabes refieren igualmente que Dios confió á Zacarías la guarda de la Virgen [*Quaca fatha Zacharia*]. El Koran, en el *Surate* que trata de la familia de Amram, añade á este hecho una leyenda maravillosa, recogida entre las tribus cristianas del desierto. Dice que Zacarías, que iba á visitar de vez en cuando á su joven parienta, encontraba siempre en torno de ella multitud de los mas hermosos frutos de la Tierra Santa, y siempre impropios de la estación; lo cual le obligó á preguntar una vez á María, de dónde le enviaban aquellos hermosos frutos. María le respondió: *Houmen and Allah iarroc man iascha begair hissa*; que quiere decir: "Todo esto que veis, viene de parte de Dios á los que le placen, sin cuenta y sin número."—[D'Herbelot, *Bibliotheca Oriental*, t. II, art. *Miriam*.]

1 Los judíos creían que San Juan Bautista era superior á Jesucristo, porque era hijo de un gran sacerdote.—[S. J. Crisost., *Serm.* 12, in *Matth.*]

2 En 1378, hallándose Felipe de Mazière, caballero francés y canceller del rey de Chipre, en la corte de Carlos V, le refirió que en el Oriente, á donde había estado mucho tiempo, se celebraba la fiesta de la Presentación al templo de la Santa Virgen, para conmemorar este hecho acaecido en su vida á la edad de tres años. Felipe añadió: "reflexionando que esta gran festividad no era conocida en la Iglesia de Occidente, y hallándome de representante del rey de Chipre cerca del Papa, hablé de ello á S. S., presentándole asimismo el oficio, que hizo examinar en escrupulosamente los cardenales, los prelados y los doctores en teología; disponiendo en seguida, la institución de esta fiesta." Los griegos la habían celebrado antes, bajo el título de *Entrada de la Santa Virgen en el Templo*.

3 El mismo Gibbon no ha podido menos de reconocer la autenticidad de las tradiciones religiosas en Palestina. Los cristianos, dice, fijaron por una tradición *nada dudosa*, la escena de cada suceso memorable [tom. IV, pág. 101]; confesión de gran peso en la boca de un escritor tan instruido como el historiador inglés, y de un hombre el mismo tiempo tan poco favorable á la religión. Según dice el señor de Chateaubriand, si alguna hay probada incontestablemente, es la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jerusalem.

4 San Epifanio, San Gregorio de Nicea, San German, patriarca de Constantinopla, San Gregorio Nacianceno, San Jorge de Nicomedia, San Juan Damasceno, etc.

de Moab, eran respetadas las vírgenes, y el supremo sacrificador, á quien una ley severa prohibía tributar los deberes fúnebres al amigo que *amaba como su alma*, y aun al príncipe de su nación, le era permitido asistir á los funerales de la hermana, que llevaba al sepulcro su virginidad [1].

Las vírgenes ó almas figuraban en las ceremonias del culto hebraico, desde antes que este culto tuviese un templo. Nosotros las vemos, bajo la dirección de la hermana de Moisés celebrar con cánticos y danzas el paso del mar Rojo [2]. Estos coros danzantes de doncellas, trasplantados puede decirse, del Egipto al desierto, se conservaron largo tiempo entre los hebreos. Las vírgenes de Silo, que desde el tiempo de los jueces parece fueron mas particularmente consagradas al culto de Adonai, que las otras doncellas de Israel, bailaban á los acentos de sus cánticos, acompañadas de las arpas, á poca distancia del lugar santo, en una fiesta del Señor, cuando fueron robadas por los benjamitas. Tan grave suceso no hizo sin embargo caer este uso, que continuó hasta la época desastrosa en que se perdió el arca, y en que se verificó la destrucción del primer templo [3].

Todas las *almas* eran probablemente admitidas en estos coros sagrados, cuando en su reputación no había caído la mas leve mancha, pero entre la multitud se distinguía siempre una porción escogida que se agrupaba en torno del altar con mas fervor y perseverancia. En tanto que el Arca del Señor acampaba aun bajo de las tiendas, *las mujeres que velaban y oraban á la entrada del tabernáculo*, ofrecieron á Dios los espejos de cobre que habían traído del Egipto. Eran sin duda viudas piadosas que habían rehusado contraer nuevos vínculos para ocuparse con mas dedicación y constancia de las cosas del cielo, y *almas*, que sus padres habían votado al servicio del santuario, y colocado bajo la égida de aquellas justas mujeres. Así es como S. Gerónimo entiende y explica este pasaje del Exodo.

Como el voto de los padres era por lo comun redimible, fijándose para ello una suma módica [4], y el rescate no se hacia sino al cabo de cierto número de años [5]; llamábanse estos votos tempora-

1 Levit., c. xxi, v. 3.

2 María y sus jóvenes compañeras (*las almas*), cantaron cánticos al paso del Mar Rojo, acompañándose con el tamboril.—[R. sal. Yarbhi.—Exod. c. xv.]

3 Estas danzas religiosas que recuerdan el paso del Mar Rojo, y á las que acompañaban cánticos de alabanza, se consideraban entre los judíos como una práctica altamente piadosa. "La danza sagrada, dice Philon, se componia de dos coros, uno de hombres y otro de mujeres, cuya reunión presentaba un todo armonioso, y en las hermosas palabras que al son grave y melodioso de la música entonaban, se manifestaba que los devotos danzantes solo tenían por objeto el honor y servicio del Dios de Israel.—(Philon, de Vita cont.)

4 Moisés había fijado el rescate de este voto, por una ley expresa, en la suma de 50 ciclos ó lo mas. El ciclo de plata tenía de peso enatro dracmas áticos, y su valor era aproximadamente á dos reales de plata de nuestra moneda.

5 Los hijos, en esta especie de esclavitud, conservaron sus derechos á la herencia paterna, y podían rescatarse á sí mismos si sus padres no los rescataban.—[El abate Guenée.] Josepbo observa que los hombres y las mujeres que, después de haberse consagrado voluntariamente al ministerio, deseaban romper sus votos, pagaban á los sacrificadores cierta suma, y que los que eran insolventes se ponian á discreción del sacerdote.—(Antiq., t. IV.)

les, "un préstamo hecho al Señor [6]." Así es que decía Ana conduciendo á Silo á su pequeño Samuel: *Lo he prestado al Señor* [7].

Después de la vuelta de la cautividad, la influencia de los persas que desterraban á las mujeres de sus solemnidades religiosas [8], se extendió aun á la institución de las *almas*: dejaron, pues, de formar en cierto modo un cuerpo en el Estado, y de figurar ostensiblemente en las ceremonias del culto. En tiempo de los reyes-pontífices vivían encerradas, y sus dias se pasaban en tan profundo retraimiento, que cuando corrieron desfavoradas á donde se hallaba el gran sacerdote Onías, en el momento en que el atentado sacrilego de Heliodoro puso en conmoción á toda Jerusalem, los escritores judíos hallaron este suceso tan extraordinario y maravilloso que lo consignaron en sus anales [9].

Habia, pues, por mas que quiera decirse, vírgenes dedicadas al servicio del segundo templo en la época en que se verificó la presentación de María: así consta á lo menos en las instituciones de los primeros cristianos [10]; lo afirman S. Ambrosio, S. Gerónimo, y antes que ellos, el proto-evangelista Santiago. ¿Pero qué es lo que pasó durante la permanencia de María en el templo? ¿Cuáles fueron en esta época interesante de su vida, sus costumbres, sus gustos, sus prácticas de devoción? Pocos documentos auténticos nos han quedado que nos expliquen esto: San Epifanio, que vivió en el año de 390, habla de una vida tradicional de la Madre de Dios, que él tenía por muy antigua, y que sin duda traía estos pormenores, pero que desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros. El evangelio de la infancia de la Virgen, asimismo que S. Gerónimo, nos dicen que María fué admitida entre las hijas del Señor, pero á esto se limitan sus indicaciones. Para llenar este vacío de una historia que Dios parece haberse complacido en circundar de nubes, no tenemos sino algunas líneas indecisas, casi imperceptibles, algunas páginas incompletas de los Santos Padres, que aun coordinándolas con cuidado, es muy difícil llegar á obtener un resultado satisfactorio. Mas con todo; á semejanza del obrero indiano que va tomando uno por uno los hilos de una tela cortada, y que procura con suma paciencia unir los cabos, deshilando, anudando, y dejando correr su lanzadera con precauciones infinitas á lo largo de esta trama delicada y fácil de romperse, nosotros vamos á emprender esta laboriosa tarea, y á reunir los pedazos esparcidos de la preciosa tela de la

6 El P. Croisset, Exerc. de Piété.

7 *Idcirco et ego commodavi cum Domino.*

8 En Bombay, los descendientes de los persas tienen un templo consagrado al fuego; y concurren en gran multitud á él, árido mismo con sus brillantes trages blancos y sus turbantes de color, para saludar al nacimiento del sol, ú ofrecer sus homenajes á sus últimos rayos, prosternándose humildemente ante él. Las mujeres no se muestran entonces, porque es el momento en que van á buscar el agua á los pozos.—(Buckingham, Cuadro de la India)

9 Macab., lib. i, c. 2.

10 Se sabe que los primeros cristianos, especialmente los de Jerusalem que eran hebreos de origen, conservaron algunas instituciones de la antigua ley; tal, por ejemplo, como la de las vírgenes y viudas que se encuentran agregadas á las primitivas iglesias para ejercer algunas buenas obras propias de su sexo.—[Fleury, Costumbres de los israelitas y de los cristianos, p. 115.]

vida de la Virgen, á fin de enlazar otra vez, si nos es posible, la deseada trama. Con la paciencia perseverante del Baniano, procuraremos no recurrir á conjeturas, no echar mano de datos dudosos; pues que el mismo respeto que tenemos al asunto de nuestra obra nos lo impide, y si daremos, con el auxilio de las mejores autoridades y de un largo estudio de las costumbres de los hebreos, la idea mas precisa, y la mas verdadera posible de la vida casi claustral de María en el templo.

Algunos autores de antiguas leyendas, se han complacido en rodear de una multitud de prodigios la infancia y la adolescencia de la Virgen; nosotros pasamos en silencio estos hechos maravillosos que no están suficientemente comprobados; pero si debemos rectificar una asercion inesacta, ó por mejor decir, inadmisibles, que ha sido adoptada sencillamente y sin exámen, por escritores religiosos y santos personajes (1). De que la Virgen fuese siempre la santidad misma, lo que nadie ha puesto en duda, se ha deducido que debió ser colocada en la parte mas sagrada del templo, es decir, en el SANTO DE LOS SANTOS, lo que es evidentemente falso. El SANTO DE LOS SANTOS, ese impenetrable santuario del Dios de los ejércitos, estaba cerrado á todo sacerdote hebreo, excepto al gran pontífice; pero que no penetraba en él sino una vez al año, después de numerosos ayunos, vigiliias y purificaciones; y que no se presentaba allí sino envuelto en una espesa nube de perfumes, que se interponía entre él y la Divinidad, *que ninguna mortal podía ver sin morir*, como lo dice la Escritura; no permaneciendo, en fin, sino algunos minutos, durante los cuales el pueblo prosternado con el rostro en el polvo se deshacia en sollozos, temiendo que el gran sacerdote encontrase la muerte. El mismo celebraba después en un gran festin con sus amigos el haber escapado de un peligro tan inminente y terrible (2).

Júzquese, pues, por lo que hemos dicho, si era posible que María fuese criada en el SANTO DE LOS SANTOS!

Las tradiciones locales de Jerusalem, protestan con no menos fuerza que el sentido comun mismo contra esta opinion demasiado aventurada. El *Sakhra*, que fué en su origen una Iglesia cristiana, edificada en el mismo sitio á donde estaba la habitacion de la Virgen, es una dependencia diversa de la mezquita de Omar, y no está comprendida en este edificio; sin embargo de que la mezquita de que hablamos, está construida en el espacio mismo que ocupó el templo.

El padre Croisset, en sus *Ejercicios de piedad*, no ha adoptado esta opinion; pero no queriendo tampoco desecharla absolutamente, ha intentado en cierto modo conciliarla. Según él, la Madre de Dios no fué criada en el SANTO DE LOS SANTOS; pero movidos los sacerdotes de sus admirables virtudes, le permitieron que fuese allí á orar de tiempo en tiempo. El padre jesuita ha olvidado sin duda

1 San Andrés de Creta, Jorge de Nicomedia, etc.

2 Prídeaux.—Basnage, *Historia de los judíos*, l. V, esp. 15.

muchas cosas al adoptar este *medio término*: La primera, que la mujer era considerada entre los hebreos como un ser impuro, semejante al esclavo, y cuya oración era apenas obligatoria (3); que se la relegaba á un recinto del que no podía pasar, y que el interior del templo era un lugar prohibido para ella, aun cuando hubiese sido profetisa ó hija de un rey; la segunda, que los sacerdotes no podían conceder á María un privilegio de que ellos mismos no gozaban; y que por otra parte hubiera sido esponerla á una muerte cierta (4); y por último, que aun admitiendo que no existiesen estas prevenciones y estos temores en los sacerdotes de Jehová, no habrían permitido en manera alguna que una persona, cualquiera que fuese, penetrase en el SANTO DE LOS SANTOS, atendiendo á lo que importaba ocultar al pueblo la desaparición del Arca, perdida en alguna oscura gruta de las montañas de la Judea, desde los tiempos de Jeremías (5).

No es, por lo mismo, esta segunda suposición mas admisible que la primera.

La educación que María recibió en el templo fué tan cuidadosa y esmerada, como lo permitían los conocimientos de la época y las costumbres de los hebreos: ella se versó principalmente sobre las labores domésticas, de las que no se dispensaban ni la esposa ni la hija de César Augusto en su palacio imperial, y en medio de las delicias de Roma (6). Nutrida en la estricta observancia de las leyes de Moisés, y conformándose con las costumbres de su pueblo, María se levantaba al canto de los pájaros, *la hora en que los ángeles malos enmudecen, y en que las oraciones son acogidas mas favorablemente* (7). Vestíase con estremada decencia por respeto á la gloria de Dios, que todo lo penetra y que ve las acciones del hombre aun en medio de la noche mas sombría; y después daba gracias al

3 La impureza de la mujer, según los rabinos, data de la seducción de Eva por la serpiente, y no debe ser estirpada sino al advenimiento de su Mesías. Su oración no es tan obligatoria como la del hombre, y ni aun está obligada á la mayor parte de los mandamientos imperativos. En fin, los judíos dicen todavía en su oración de la mañana: *Seáis bendito, oh Señor, Rey del universo, por no haberme hecho nacer mujer*. La mujer humillada, dice por su parte, con una triste resolución: *Seáis bendito, oh Señor, que me habeis hecho como habeis querido*.—[Basnage, *Hist. de los jud.*, tom. V, p. 169.]

4 "El santuario es un lugar tan sagrado, dice Philon, que no hay entre nosotros ninguno, si no es el pontífice supremo, que pueda penetrar en él; y eso solamente una vez al año, después de un ayuno solemne, para ir á quemar incienso en honor de Dios, y pedirle humildemente que aquel año fuese dichoso á todos los hombres. Si alguno, no ya del pueblo de nuestra nación, pero aun cuando fuese un príncipe de los sacerdotes, se atreviese á penetrar en él; ó aun el mismo gran sacrificador entrase dos veces al año, ó varias veces en el dia en que le era permitido hacerlo, le costaría la vida sin que ningún poder humano pudiese salvarlo: tanto así el gran legislador Moisés había prescrito reverenciar este lugar y hacerlo inaccesible.—[Philon, *ad Cajum*, c. 16.]

5 Los judíos no están acordados acerca de la suerte que corrió el Arca, después de la ruina del primer pueblo: unos pretenden que Jeremías la había ocultado en el centro de una caverna entre las montañas, cuya entrada no pudo hallarse nunca; otros dicen que el santo rey Jonás, advertido por la profetisa Holda que el templo quedaria destruido poco tiempo después de su muerte, hizo poner este precioso depósito bajo una bóveda subterránea, que el rey Salomón había hecho construir.

6 Augusto no llevaba jamas otros vestidos, que los hilados por su esposa y su hija.

7 Basnage, tom. V, pág. 306.

Señor de haber añadido un día más á su existencia, y de haberla preservado durante el sueño de las asechanzas del espíritu del mal (1). Su atavío no era minucioso ni estudiado: ella no llevaba ni brazaletes de perlas ni cadenas de oro *marcadas de plata*, ni túnicas de púrpura, como las hijas de los príncipes de su raza. Un vestido color de jacinto, con visos suaves y aterciopelados como los de esta flor campestre; una túnica blanca ajustada con un ceñidor de puntas flotantes; un largo velo cuyos pliegues arreglados sin arte, pero con gracia, se disponían de modo que podían cubrir pronta y completamente el semblante; en fin, un calzado sencillo y conforme al vestido, componían el traje oriental de María (2).

Después de las abluciones de costumbre, la Virgen, sus compañeras, y las piadosas matronas que eran responsables á Dios y á los sacerdotes de aquel depósito sagrado, se dirigían hácia la tribuna rodeada de balcones (3), á donde las almas ocupaban el asiento de honor (4). El sol empezaba á dorar con sus rayos nacientes las montañas lejanas de la Arabia; el águila giraba en torno de la nube; el sacrificio ardía sobre el altar de bronce, al toque de las trompetas matinales, y María con la cabeza inclinada bajo de su velo, después de haber repetido las diez y ocho oraciones de Esdras, pedía á Dios con todo Israel aquel Mesías tan prometido y que tardaba tanto en venir.

“Oh Dios! que vuestro nombre sea glorificado y santificado en este mundo, que habeis creado según vuestra soberana voluntad: *haced reinar vuestro reino*; que la redención florezca y que el Mesías venga prontamente!” (5)

Y el pueblo respondía en coro: “Amen! Amen!”

Se cantaban en seguida los últimos versículos de aquel bellissimo salmo que se atribuye á Ageo y Zacarías.

“El Señor liberta á los que están entre cadenas: el Señor ilumina á los que están ciegos.”

1 Basnage, lugar citado.

2 Las monjas anunciadas de Génova llevaban, en el siglo décimosesto, el traje de la santa Virgen; esto es, blanco por debajo y azul celeste encima, á fin de que un tal hábito les recordase continuamente su memoria. Los zapatos de las religiosas de coro, son igualmente cubiertos de cuero azul.—[Regla de las anunciadas de Génova, cap. II.] El señor de Lamartine ha encontrado en el Oriente, en que todo parece inmóvil, el traje de María copiado en el de las mujeres de Nazareth. Ellas traen, dice el poeta viajero, una larga túnica azul celeste apretada por un ceñidor blanco, cuyas puntas llegan hasta el suelo; los pliegues hinchados de una túnica blanca, caen graciosamente sobre la azul. El señor de Lamartine hace subir este traje al tiempo de Abraham y de Isaac; y esta suposición nada tiene de inverosímil. Se ve que existe una diferencia bien ligera entre el traje adoptado en el siglo décimo sexto sobre las tradiciones de Italia, y el que observó en los mismos lugares el viajero francés.

3 En la fiesta del paso de las aguas, los hombres se colocaban arriba de los balcones que había en torno del peristilo de las mujeres.

4 Orígenes, san Basilio, san Gregorio Niceno y San Cirilo, nos han conservado una tradición que señala á las vírgenes un lugar de honor y separado en el peristilo de las mujeres.

5 Esta oración, que se llama *Kaddisch*, es la más antigua de todas las que han conservado los judíos; y como es leída en lengua caldea, créese que es una de las oraciones que se hicieron al regreso de Babilonia.—[Basn., tom. V, p. 314.] Pridaux afirma, que estaba en uso largo tiempo antes de Nuestro Señor, y que los apóstoles la han ofrecido frecuentemente con el pueblo en las sinagogas. Se la recitaba durante el servicio divino, y la asamblea estaba obligada á responder muchas veces: *amen*.

“El Señor ensalza á los que se humillan: el Señor ama á los que son justos.”

“El Señor resguarda á los extranjeros: él tomará bajo su protección á la viuda y al huérfano, y destruirá la senda de los pecadores.”

“El Señor reinará en todos los siglos: tu Dios, oh Sion! reinará en todas las razas (6).”

La lectura del *Schema* (7) y la bendición del sacerdote ponían término á esta oración pública, que se hacía por la mañana y por la tarde (8).

Después de haber llenado con indecible fervor este primer deber religioso, María y sus jóvenes compañeras volvían á sus acostumbradas ocupaciones. Las unas hacían girar rápidamente entre sus ágiles dedos los husos de cedro ó *ithel* (9); las otras matizaban la púrpura, el jacinto y el oro sobre el velo del templo, ó en los ricos cinturones de los sacerdotes, en tanto que algunas inclinadas sobre un telar sidonio se dedicaban á ejecutar las variadas labores de esos magníficos tapices que le valieron los elogios de todo Israel á la mujer fuerte, y que celebrara el mismo cantor de Ilion (10). La Virgen aventajaba á todas las jóvenes de su nación en esas hermosas obras tan apreciadas de los antiguos. San Epifanio nos dice que ella sobresalía en el bordado, y especialmente en el arte de trabajar sobre lana, viso y oro (11).

El proto-Evangelio de Santiago nos la muestra sentada con una rueca envuelta de lana color de púrpura, que se agitaba entre sus ligeras manos, como la hoja móvil del álamo blanco (12); los cristianos de Oriente han perpetuado la opinión tradicional de su habilidad admirable para hilar el lino de Pelusa (13) llamando *hilo de la Virgen*, á esos encajes de una blancura sin igual y de un tejido, casi vaporoso, que se extienden sobre los hondos valles durante las húmedas mañanas del otoño. En memoria de estas ocupaciones domésticas que no desdenó la Reina de los ángeles, las graves y castas esposas de los primeros fieles, no dejaban de consagrarle una rueca adornada de cintas de

6 Leon de Módena.—Maimónides.

7 Leon de Módena, cap. xi, p. 29, entiéndense por el *Schema*, tres secciones diferentes del Deuteronomio y de los Numeros. Es una especie de profesión de fe que se recita por mañana y tarde, y en la que se reconoce que no hay más que un Dios, que ha sacado á su pueblo de la cautividad de Egipto.

8 Es cierto que la Santa Virgen ha debido asistir con mucha frecuencia á las oraciones públicas de la mañana y de la tarde; estas oraciones pasaban por más eficaces que las demás; y hasta doctores hebreos hay que sostienen que Dios no escucha sino aquellas.

9 El *ithel* es una especie de acacia que se dá en la Arabia. La madera es de un hermoso negro, muy parecido al ébano. Se cree que de este árbol era la vara de Moisés.

10 Véase la *Iliada*, l. vii.

11 En la edad media, en memoria de las obras de lino de la Virgen, los tejedores se habían alistado bajo la bandera de la Anunciación; los fabricantes de brocados de oro y de telas de seda, tenían por patrona á *Nuestra Señora la rica*, cuya imagen llevaban en su bandera, cargada de magníficos bordados.—Alex. Montell, *Vida de los franceses de diversos estados*.

12 La Iglesia de Jerusalem había consagrado desde mucho antes este recuerdo, poniendo en el número de sus tesoros los husos de que se sirvió María. Estos husos fueron posteriormente enviados á la emperatriz Pulcheria, quien los colocó en la iglesia de los Guis en Constantinopla.

13 Los vestidos que los principales sacerdotes se ponían por la mañana, eran, dice la Mishnah, de lino muy fino de Pelusa, ciudad de Egipto, en que el lino era exquisito: *ex pelusiaco filum componere lino*.

púrpura y cargada de una lana sin mancha, el día de su himeneo (1).

Pero no se limitaban á esto los talentos y la ciencia de la Virgen: San Ambrosio le atribuye una perfecta inteligencia de los libros sagrados, y San Anselmo dice, que poseía á fondo ese antiguo idioma hebreo, que era el del Paraíso Terrestre (2), y en el que Dios trazo con su dedo omnipotente sobre *pedras preciosas muy sólidas* (3), los diez preceptos del Decálogo. Ya fuese que María estudiando el idioma de Ana y de Débora, se hubiese iniciado durante sus veladas solitarias en las altas concepciones de los profetas de Israel, ya que ella recibiese del Espíritu Santificador que la había tan ricamente dotado, un soplo de inspiración poética, semejante á las brisas armoniosas que rozaban las cuerdas del arpa cólica del rey David (4); ello es que no podrá negarse á la joven profetisa que dotó á la nueva ley de su más bello cántico, de haber conocido las mas suaves y las mas dulces inspiraciones del genio.

En efecto, la mujer que compuso el *Magnificat* no era una joven del pueblo ignorante, como se han atrevido á suponer algunos autores protestantes; ella, pues, reunía á una santidad sin igual, los talentos mas elevados. Sin embargo, esta cualidad brillante de su inteligencia era apenas conocida; tan hábil era su angélica modestia en ocultarlas. Conociendo los delicados deberes y los verdaderos intereses de su sexo, huía del brillo con empeñoso cuidado, y pasaba sin hacerse sentir sobre la tierra á la manera de una estrella silenciosa que sigue su curso á través de las nubes. Los ricos tesoros de su corazón y de su espíritu no fueron revelados al mundo sino muy imperfectamente: eran como las rosas fragantes del Yemen que la joven árabe oculta bajo su velo, y cuyo suave perfume apenas se deja percibir.

Un poeta antiguo decía servilmente á Augusto que él solo era la obra de muchos siglos, y que desde el primer día del mundo, toda la industria de la naturaleza se había puesto en acción para producirle. Lo que era no mas que una hipótesis llevada hasta el absurdo, hablando del sanguinario sobrino de César, se puede establecer como una verdad demostrada cuando se aplica á la Virgen. María es, en efecto, la obra mas bella de la naturaleza, la flor de las generaciones antiguas y la maravilla de todos los siglos. Jamás la tierra había visto, jamás volverá á ver tantas perfecciones reu-

1 Este uso subsiste todavía en algunas aldeas del norte y del poniente de la Francia.

2 Según los rabinos y los comentadores de la Biblia, la lengua que se habló en el Paraíso terrestre era la hebrea antigua.

3 Tradición hebrea.—Véase Basnage. Según algunos autores orientales, las tablas de la ley eran de rubí rojo, ó carbunco; pero la opinión mas común entre los árabes y los musulmanes es que eran de esmeraldas, dentro de las cuales estaban de tal modo esculpidos los caracteres, que se podían leer de todos lados.—[D'Herbelot, *Bibliot. Orient.*, tom. II.]

4 Según una antigua tradición judía, David tenía una arpa que sonaba durante la noche cuando soplaban cierto viento. Basnage se burla de esas cuerdas que resuenan solamente con el soplo de las noches; y califica altamente esta aserción de *simpleza*. La invención, ó mas bien la reinvencción de las arpas cólicas, cuyos sonidos mágicos encantan los parques ingleses, ha dado la razón á los rabinos.

nidas en una simple hija de los hombres. Todo era gracia, santidad y grandeza en esta bienaventurada criatura; concebida en el amor de Dios, santificada antes de nacer, ignoraba del todo lo que son las pasiones que perturban el alma y el pecado que corrompe el corazón. Impelida hácia el bien por una pendiente suave y natural, gracias á su Concepción Inmaculada, sus acciones puras é inocentes podían compararse á esos copos de nieve que caen silenciosamente sobre las altas cumbres de las montañas, añadiendo pureza á la pureza y blancura á la blancura, hasta formarse un cono resplandeciente que reflecta la luz y que obliga al hombre á bajar los ojos cual si quisiera mirar al sol. A ninguna otra criatura ha sido concedido el presentar al Juez soberano de los hombres, una vida tan santa y tan pura: Jesucristo solamente ha podido superarla, pero Jesucristo era el Hijo de Dios.

María entró en el templo de Jerusalem, como una de esas víctimas sin mancha que el espíritu del Señor había hecho ver á Malaquías. Bella joven y de noble origen, y pudiendo por lo mismo optar todos los partidos en un pueblo que colocaba frecuentemente la belleza sobre el trono (5), ella se consagró al altar por un voto perpétuo de virginidad. Por este voto desconocido hasta entonces, María *traspasó el valladar* que separaba la antigua ley de la ley nueva, y se sumergió de tal modo en el *mar de las virtudes evangélicas*, que puede decirse que ella había ya sondeado todas sus profundidades, cuando su divino Hijo vino á revelarlas á los ojos de los hombres.

Dios no cambia violentamente sus caminos: anuncia y prepara mucho tiempo antes los grandes acontecimientos que deben cambiar la faz del mundo: un precursor era preciso al Mesías y le halló en la persona de San Juan Bautista: era necesario un preliminar á la nueva ley, y las virtudes de María fueron al Evangelio lo que una aurora fresca y risueña es á un hermoso día.

San Epifanio, citado por Nicéforas, nos ha dejado un retrato encantador de la Virgen: este retrato, trazado en el cuarto siglo, sobre tradiciones ahora borradas y manuscritos que han desaparecido, es el único que nos ha quedado.

La Virgen, según este obispo, no era de una estatura elevada, si bien su talla fuese un poco mayor que la mediana; su tez ligeramente dorada como la de la Sulamitis, por el sol de su patria, tenía el rico matiz de las espigas en sazón: sus cabellos eran rubios, sus ojos vivos, con la pupila inclinándose un tanto al color de aceituna, las cejas perfectamente arqueadas y de un hermoso negro: su nariz de una perfección admirable era aguileña, sus labios rosados; el corte de su rostro bellamente ovalado: sus manos y sus dedos eran largos y en la punta aguzados.

5 Sesabe que David, Salomon y otros reyes de Judá, colocaron con frecuencia en su real tálamo mujeres de una condición oscura. La célebre Sulamitis de Salomon, era según se dice, una joven labradora del pequeño pueblo de Sulam, situado á poca distancia de Jerusalem. En tiempo de María, Heródes el grande se había casado con Mariane, hija de un simple sacerdote, solo por su grande hermosura.

Todos los padres de la Iglesia convienen en que la Virgen estaba dotada de una noble belleza. San Dionisio Areopagita, que había visto á la divina María, nos asegura que era de una hermosura deslumbrante, y que él la hubiera adorado como una Diosa, si no hubiese sabido que no hay mas que un solo Dios.

Pero no era ese conjunto de perfecciones físicas á lo que debía María el poder de su hermosura: él emanaba de una fuente mas alta. San Ambrosio lo comprendía bien, cuando dijo que aquella brillante corteza no era mas que un velo transparente, que dejaba conocer todas sus virtudes; y que su alma, la mas santa y mas pura que haya habido jamas, despues del alma de Jesucristo, se revelaba enteramente en su sola mirada. La belleza física de María, no era mas que el reflejo lejano de sus bellezas intelectuales y eternas; era la mas hermosa de las mujeres, porque era la mas casta y mas santa de las hijas de Eva (1).

Dios ha construido un palacio de nácar á la perla del mar verde (2); pero es la perla y no su lucente concha la que se engarza en oro y se coloca en la diadema de los reyes: los Santos Padres no se han engañado en esto; así es que, en todo lo que nos han transmitido acerca de la persona de María, no se refieren en gran parte sino á las bellezas morales que son las verdaderas, (pues que nunca se marchitan ni perecen. Nosotros vamos á reunir las pequeñas piedras preciosas que han sembrado en sus escritos, para componer un mosaico que ofrezca un segundo retrato, aunque imperfecto, de aquella que fué, segun dice San Sofronio, el jardín de las delicias del Señor (3).

La mayor decencia, unida á la mas grande modestia, reinaba en todas las acciones de la Virgen: era buena, afable, compasiva, y siempre escuchaba con suma dulzura y paciencia las quejas de los desgraciados. Hablaba poco, con discrecion y oportunidad, y jamas la mentira manchó sus labios. Su voz era suave y melodiosa, y sus palabras tenían no sé qué de unción y de consuelo que derramaban la calma en el corazón. Era ella siempre la primera en las vigiliias, la mas esacta en cumplir la ley divina, la mas profunda en la humildad, la mas perfecta en cada una de las virtudes. Enemiga del fausto, sencilla en sus adornos como en sus costumbres, jamas se le pudo percibir ni levemente el pensamiento de hacer valer su hermosura, su nobleza antigua ó los ricos tesoros de su talento y de su corazón. Su presencia parecia santificar todo lo que la rodeaba, y apartar el espíritu de todas las cosas de la tierra. Su urbanidad no era una vana fórmula compuesta de falsas palabras; era sí, una expansion ingenua de benevolencia que nacia

1 No es el clima, ni los alimentos, ni los ejercicios del cuerpo lo que constituye la belleza humana; es el sentimiento moral de la virtud, que no puede subsistir sin la religion. La hermosura del semblante es la verdadera fisonomía del alma.—[Bernardino de Saint-Pierre, *Estudios de la naturaleza*, cap. X.]

2 *Bahr-al-Akhbar*: uno de los nombres del golfo pérsico.—[D'Herbelot.]

3 *Vere Virgo erat hortus deliciarum, in quo consista sunt universa florum genera et odoramenta virtutum*.—[Sofronio, *Serm. de Ass.*]

de su corazón. Sus miradas, en fin, revelaban ya desde entonces á la Madre de las misericordias, á la Virgen de quien se ha dicho despues: *Ella pediria á Dios aun la gracia de Lucifer, si Lucifer fuese capaz de pedir gracia*.

Aunque tan modestamente favorecida por lo que respecta á las riquezas, María era liberal para con los pobres, y su limosna de niña, caía frecuentemente sin que nadie la viese en la arquilla que estaba adherida á una de las columnas del peristilo, á donde Jesus vió caer mas tarde el óbolo de la viuda. San Ambrosio nos descubre el noble y sagrado recurso de donde María sacaba sus limosnas: ella se privaba de todo y no concedia á la naturaleza sino lo que no podía rehusarle sin morir; así es que podría decirse que al modo de las cigarras, se alimentaba del aire y del rocío (4). Sus ayunos frecuentes y rigurosos, redundaban igualmente en beneficio de los pobres; pero los ayunos de la santa Virgen no eran como los nuestros, que no duran sino una mañana, y se limitan á la privacion de ciertos alimentos; eran una abstinencia de todo que comenzaba al ocultarse el sol, y terminaba al dia siguiente al brillar las estrellas (5). Durante este tiempo, María rehusaba todo lo que pudiera lisonjear sus gustos y su corazón: se prescribía el trabajo mas duro, las obras de misericordia mas repugnantes; vestíase con sus mas humildes ropas, dormía sobre la dura piedra, y no se permitía durante esos dias de mortificación y de lágrimas, que se prolongaban muchas veces semanas enteras, sino una ligera comida que se componía de pan cocido bajo la ceniza, de legumbres amargas y de una poca de agua de la fuente de Siloe (6). Sus oraciones eran frecuentes, y su espíritu se recogía en ellas de tal manera, que parecia sumergirse en un arrobamiento de adoracion ante el Eterno. Los bramidos de la tormenta y el estruendo del rayo que hacian huir á César á las bóvedas subterráneas de su palacio (7), no llegaban nunca á los oídos de la joven Virgen; completamente entregada á sus deberes religiosos, su alma volaba hasta los piés del Grande Autor del universo, mas allá de los límites del mundo y de la region de las tempestades.

"Nadie, dice San Ambrosio, estuvo nunca dotado de mas sublime don de contemplacion; su espíritu, unido siempre á su corazón, no perdía de vis-

4 Los antiguos creían que las cigarras vivían con el aire y el rocío.—[Philo, de *Vita cont.*, p. 831.] Homero, en el tercer libro de la *Iliada*, dice: "Semejantes á las cigarras, que balanceándose en las ramas del bosque hacen oír su canto melodioso [despues de haber bebido el rocío]." Las cigarras se alimentan no mas con el rocío.—[Teocrito, *Idil.* 4.] Y Virgilio:

"*Dum thymo pascentur apes, dum rore cicada.*"

"En tanto que las abejas solo se alimentan del thymo, y las cigarras del rocío."

5 Los judíos creían que no podía reputarse ayuno aquel en que no se hubiese puesto el sol.

6 Basnage, lib. VII, c. 18.—Fleury, *Costumbres de los israelitas*, p. 104.

7 Augusto, si ha de creerse á Suetonio, temía los truenos y los rayos con una debilidad que apenas se podría perdonar á una mujer. Al menor anuncio de tempestad, iba á ocultarse bajo unas profundas bóvedas, á donde no pudiese oírse el trueno ni penetrar la luz del relámpago.

ta un momento á AQUEL á quien amaba con mas ardor que todos los serafines juntos: su vida entera no fué otra cosa que un continuo ejercicio del amor mas puro de su Dios; y cuando el sueño venia á cerrar sus párpados, su corazón velaba y oraba todavía (1).

Tales fueron las virtudes, tales las ocupaciones de María en el templo: allí brillaba entre todas sus jóvenes compañeras, como un rico diamante que, colocado en medio de otras piedras preciosas, las ofusca á todas con sus vivísimos destellos. Los ancianos, cuyos cabellos habian emblanquecido en el ministerio del sacerdocio, no pasaban jamas cerca de ella sin bendecirla, considerándola como el mas bello ornamento de la Casa Santa.

CAPITULO VI.

MARIA HUERFANA.

Es necesario convenir, aunque parezca una cosa estraña, en que la historia de la Virgen carece de pormenores, y aun tiene varios puntos indeterminados; pudiéndose comparar por este motivo con las ruinas majestuosas de una ciudad antigua del desierto. Aquí, aparecen columnas gigantes, cuya base es tan indestructible como la de las montañas; allí, se presentan pórticos con que el árabe, amigo de los cuentos maravillosos, proclama la obra de los géneos; mas lejos, se perciben templos derribados que la imaginacion puede reconstruir aún; y despues, de distancia en distancia se distingue una llanura desnuda y estéril, pues no presenta ni una sola yerba para el camello del beduino. En defecto de los Apóstoles que se han preocupado demasiado, segun parece, para pensar en la familia terrestre de Cristo, los Padres nos han iniciado en las virtudes de Santa Ana; nos hemos introducido con ellos en su humilde techo; hemos sido testigos de sus votos, de sus fervientes oraciones, de los goces de su tardía maternidad, y de las demostraciones de su reconocimiento; pero llegando á este punto, el hilo de la tradicion es mas delicado, se hace pedazos continuamente, y el resto de la vida de Santa Ana se convierte en conjeturas. Esta madre, que habia obtenido á su bienaventurada hija despues de tantos padecimientos y lágrimas, abrigado su infancia con tanto amor, conduciéndola en sus brazos para presentarla al Señor [2], y bañada en lágrimas la habia depositado en su santuario, no aparecia mas que por un instante, y esto era para morir. No es creíble por lo mismo, que la esposa de Joaquin haya permanecido nueve años sin volver á ver á María. Los edificios exteriores del templo donde se educaba á los hijos consagrados al Dios de Israel no podian estar interceptados á las madres; una madre tiene derechos sagrados á la vez que religiosos;

1 San Ambrosio, *De Virg.*, lib. II.

2 Ligouri, *Glorias de María*, Dis. 3, p. 59.

todas las naciones los declaran imprescriptibles, y la Escritura por otra parte nos enseña que Ana, mujer de Elcana, visitaba libremente á su hijo en Silo, en los dias solemnes, y que nunca dejaba de llevar una túnica trabajada con sus manos, al joven profeta que habia prestado al Señor. Ana habia tenido desde el nacimiento de Samuel, muchos hijos que veía crecer á su vista como pequeños y tiernos olivos, y que dividian con el joven servidor del tabernáculo su solicitud maternal; Santa Ana no contaba sino con María [3]; toda su felicidad, la esperanza de sus ancianos dias, el manantial de su alegría sobre la tierra, estaban cifrados en ella. No es nada dudoso por lo mismo, que viniese en union de su esposo á verla, siempre que su piedad la conducia al templo, y que ella tambien velase á la luz de la lámpara doméstica, ó á la hermosa claridad de la luna [4] para coser los vestidos virginales de su hija.

Se cree que Santa Ana y San Joaquin volvieron á sus hogares despues de la presentacion de María, y que allí permanecieron por algunos años, antes de establecerse definitivamente en Jerusalem. Joaquin, que no era un artesano como José, cultivaba, segun todas las apariencias, la reducida herencia de sus abuelos, y disfrutaba de esa dichosa medianía que siempre han ambicionado los sabios, los grandes y los poetas en sus horas de ocio y aburrimiento contra la fortuna [5]. Se edificaron iglesias en Séphoris, en Nazareth, y en Jerusalem, sobre sitios que formaban parte de su patrimonio; pero la viña ó el campo de sus padres debia estar en los alrededores de Séphoris: hé aquí lo que la hizo convertir en baja Galilea. Joaquin era un verdadero israelita muy adherido á la ley de Moisés; iba al templo á todas las fiestas solemnes con su mujer y una parte de su parentesco, segun la costumbre de los hebreos, y es creíble que el deseo de ver á su hija viniese á aumentar aun su adhesion á las ceremonias del culto. ¡Con qué alegría tomaba su velo su buena y piadosa compañera para ir á la Ciudad Santa! ¡Cuán largos y pesados de recorrer le parecían esos senderos que veía serpentear á lo lejos y al través de los montes y de las llanuras! Aproximaba con la vista, y atravesaba veinte veces por el pensamiento antes de llegar á ellos en realidad, los grupos de nopales, los bosques de adelfas, y la espesura de las encinas verdes ó de los sicómoros que se interceptaban de distancia en distancia sobre su camino; porque llegando á cada uno de esos puntos, estaba

3 Se ha pretendido atribuir á Santa Ana otra hija del nombre de María, nacida veinte años antes de la Santa Virgen; pero esta tradicion no ha sido recibida por la Iglesia.

4 Las mujeres judías hilaban juntas durante el verano á la claridad de la luna; pues que los doctores autorizaban al marido á repudiar á su mujer cuando murmuraban de él las mujeres que hilaban á la luz de la luna.—[Sotah, cap. vi, p. 250.] Esta costumbre de hilar á la claridad de la luna, subsiste todavía en muchos países meridionales.

5 Segun San Gregorio Niceno, el padre de la Santa Virgen era un ciudadano distinguido, de una piedad ejemplar y muy temeroso de Dios. El padre Valverde asegura, que disfrutando Ana y Joaquin de cierta abundancia, daban una parte de sus economías al templo y la otra á los pobres. Vease tambien el padre Rivadeneira, en sus *Vidas de santos*, pág. 45.

Todos los padres de la Iglesia convienen en que la Virgen estaba dotada de una noble belleza. San Dionisio Areopagita, que había visto á la divina María, nos asegura que era de una hermosura deslumbrante, y que él la hubiera adorado como una Diosa, si no hubiese sabido que no hay mas que un solo Dios.

Pero no era ese conjunto de perfecciones físicas á lo que debía María el poder de su hermosura: él emanaba de una fuente mas alta. San Ambrosio lo comprendía bien, cuando dijo que aquella brillante corteza no era mas que un velo transparente, que dejaba conocer todas sus virtudes; y que su alma, la mas santa y mas pura que haya habido jamas, despues del alma de Jesucristo, se revelaba enteramente en su sola mirada. La belleza física de María, no era mas que el reflejo lejano de sus bellezas intelectuales y eternas; era la mas hermosa de las mujeres, porque era la mas casta y mas santa de las hijas de Eva (1).

Dios ha construido un palacio de nácar á la perla del mar verde (2); pero es la perla y no su lucente concha la que se engarza en oro y se coloca en la diadema de los reyes: los Santos Padres no se han engañado en esto; así es que, en todo lo que nos han transmitido acerca de la persona de María, no se refieren en gran parte sino á las bellezas morales que son las verdaderas, (pues que nunca se marchitan ni perecen. Nosotros vamos á reunir las pequeñas piedras preciosas que han sembrado en sus escritos, para componer un mosaico que ofrezca un segundo retrato, aunque imperfecto, de aquella que fué, segun dice San Sofronio, el jardín de las delicias del Señor (3).

La mayor decencia, unida á la mas grande modestia, reinaba en todas las acciones de la Virgen: era buena, afable, compasiva, y siempre escuchaba con suma dulzura y paciencia las quejas de los desgraciados. Hablaba poco, con discrecion y oportunidad, y jamas la mentira manchó sus labios. Su voz era suave y melodiosa, y sus palabras tenían no sé qué de unción y de consuelo que derramaban la calma en el corazón. Era ella siempre la primera en las vigiliias, la mas esacta en cumplir la ley divina, la mas profunda en la humildad, la mas perfecta en cada una de las virtudes. Enemiga del fausto, sencilla en sus adornos como en sus costumbres, jamas se le pudo percibir ni levemente el pensamiento de hacer valer su hermosura, su nobleza antigua ó los ricos tesoros de su talento y de su corazón. Su presencia parecia santificar todo lo que la rodeaba, y apartar el espíritu de todas las cosas de la tierra. Su urbanidad no era una vana fórmula compuesta de falsas palabras; era sí, una expansion ingenua de benevolencia que nacia

1 No es el clima, ni los alimentos, ni los ejercicios del cuerpo lo que constituye la belleza humana; es el sentimiento moral de la virtud, que no puede subsistir sin la religion. La hermosura del semblante es la verdadera fisonomía del alma.—[Bernardino de Saint-Pierre, *Estudios de la naturaleza*, cap. X.]

2 *Bahr-al-Akhbar*: uno de los nombres del golfo pérsico.—[D'Herbelot.]

3 *Vere Virgo erat hortus deliciarum, in quo consista sunt universa florum genera et odoramenta virtutum.*—[Sofronio, *Serm. de Ass.*]

de su corazón. Sus miradas, en fin, revelaban ya desde entonces á la Madre de las misericordias, á la Virgen de quien se ha dicho despues: *Ella pediría á Dios aun la gracia de Lucifer, si Lucifer fuese capaz de pedir gracia.*

Aunque tan modestamente favorecida por lo que respecta á las riquezas, María era liberal para con los pobres, y su limosna de niña, caía frecuentemente sin que nadie la viese en la arquilla que estaba adherida á una de las columnas del peristilo, á donde Jesus vió caer mas tarde el óbolo de la viuda. San Ambrosio nos descubre el noble y sagrado recurso de donde María sacaba sus limosnas: ella se privaba de todo y no concedía á la naturaleza sino lo que no podía rehusarle sin morir; así es que podría decirse que al modo de las cigarras, se alimentaba del aire y del rocío (4). Sus ayunos frecuentes y rigurosos, redundaban igualmente en beneficio de los pobres; pero los ayunos de la santa Virgen no eran como los nuestros, que no duran sino una mañana, y se limitan á la privacion de ciertos alimentos; eran una abstinencia de todo que comenzaba al ocultarse el sol, y terminaba al dia siguiente al brillar las estrellas (5). Durante este tiempo, María rehusaba todo lo que pudiera lisonjear sus gustos y su corazón: se prescribía el trabajo mas duro, las obras de misericordia mas repugnantes; vestíase con sus mas humildes ropas, dormía sobre la dura piedra, y no se permitía durante esos dias de mortificación y de lágrimas, que se prolongaban muchas veces semanas enteras, sino una ligera comida que se componía de pan cocido bajo la ceniza, de legumbres amargas y de una poca de agua de la fuente de Siloe (6). Sus oraciones eran frecuentes, y su espíritu se recogía en ellas de tal manera, que parecia sumergirse en un arrobamiento de adoracion ante el Eterno. Los bramidos de la tormenta y el estruendo del rayo que hacían huir á César á las bóvedas subterráneas de su palacio (7), no llegaban nunca á los oídos de la joven Virgen; completamente entregada á sus deberes religiosos, su alma volaba hasta los piés del Grande Autor del universo, mas allá de los límites del mundo y de la region de las tempestades.

"Nadie, dice San Ambrosio, estuvo nunca dotado de mas sublime don de contemplacion; su espíritu, unido siempre á su corazón, no perdía de vis-

4 Los antiguos creían que las cigarras vivían con el aire y el rocío.—[Philo, de *Vita cont.*, p. 831.] Homero, en el tercer libro de la *Iliada*, dice: "Semejantes á las cigarras, que balanceándose en las ramas del bosque hacen oír su canto melodioso [despues de haber bebido el rocío]." Las cigarras se alimentan no mas con el rocío.—[Teocrito, *Idil.* 4.] Y Virgilio:

"*Dum thymo pascentur apes, dum rore cicada.*"

"En tanto que las abejas solo se alimentan del thymo, y las cigarras del rocío."

5 Los judíos creían que no podía reputarse ayuno aquel en que no se hubiese puesto el sol.

6 Basnage, lib. VII, c. 18.—Fleury, *Costumbres de los israelitas*, p. 104.

7 Augusto, si ha de creerse á Suetonio, temía los truenos y los rayos con una debilidad que apenas se podría perdonar á una mujer. Al menor anuncio de tempestad, iba á ocultarse bajo unas profundas bóvedas, á donde no pudiese oírse el trueno ni penetrar la luz del relámpago.

ta un momento á AQUEL á quien amaba con mas ardor que todos los serafines juntos: su vida entera no fué otra cosa que un continuo ejercicio del amor mas puro de su Dios; y cuando el sueño venia á cerrar sus párpados, su corazón velaba y oraba todavía (1).

Tales fueron las virtudes, tales las ocupaciones de María en el templo: allí brillaba entre todas sus jóvenes compañeras, como un rico diamante que, colocado en medio de otras piedras preciosas, las ofusca á todas con sus vivísimos destellos. Los ancianos, cuyos cabellos habían emblanquecido en el ministerio del sacerdocio, no pasaban jamas cerca de ella sin bendecirla, considerándola como el mas bello ornamento de la Casa Santa.

CAPITULO VI.

MARIA HUERFANA.

Es necesario convenir, aunque parezca una cosa estraña, en que la historia de la Virgen carece de pormenores, y aun tiene varios puntos indeterminados; pudiéndose comparar por este motivo con las ruinas majestuosas de una ciudad antigua del desierto. Aquí, aparecen columnas gigantes, cuya base es tan indestructible como la de las montañas; allí, se presentan pórticos con que el árabe, amigo de los cuentos maravillosos, proclama la obra de los géneos; mas lejos, se perciben templos derribados que la imaginacion puede reconstruir aún; y despues, de distancia en distancia se distingue una llanura desnuda y estéril, pues no presenta ni una sola yerba para el camello del beduino. En defecto de los Apóstoles que se han preocupado demasiado, segun parece, para pensar en la familia terrestre de Cristo, los Padres nos han iniciado en las virtudes de Santa Ana; nos hemos introducido con ellos en su humilde techo; hemos sido testigos de sus votos, de sus fervientes oraciones, de los goces de su tardía maternidad, y de las demostraciones de su reconocimiento; pero llegando á este punto, el hilo de la tradicion es mas delicado, se hace pedazos continuamente, y el resto de la vida de Santa Ana se convierte en conjeturas. Esta madre, que había obtenido á su bienaventurada hija despues de tantos padecimientos y lágrimas, abrigado su infancia con tanto amor, conduciéndola en sus brazos para presentarla al Señor [2], y bañada en lágrimas la había depositado en su santuario, no aparecia mas que por un instante, y esto era para morir. No es creíble por lo mismo, que la esposa de Joaquin haya permanecido nueve años sin volver á ver á María. Los edificios exteriores del templo donde se educaba á los hijos consagrados al Dios de Israel no podían estar interceptados á las madres; una madre tiene derechos sagrados á la vez que religiosos;

1 San Ambrosio, *De Virg.*, lib. II.

2 Ligouri, *Glorias de María*, Dis. 3, p. 59.

todas las naciones los declaran imprescriptibles, y la Escritura por otra parte nos enseña que Ana, mujer de Elcana, visitaba libremente á su hijo en Silo, en los dias solemnes, y que nunca dejaba de llevar una túnica trabajada con sus manos, al joven profeta que había prestado al Señor. Ana había tenido desde el nacimiento de Samuel, muchos hijos que veía crecer á su vista como pequeños y tiernos olivos, y que dividían con el joven servidor del tabernáculo su solicitud maternal; Santa Ana no contaba sino con María [3]; toda su felicidad, la esperanza de sus ancianos dias, el manantial de su alegría sobre la tierra, estaban cifrados en ella. No es nada dudoso por lo mismo, que viniese en union de su esposo á verla, siempre que su piedad la conducía al templo, y que ella tambien velase á la luz de la lámpara doméstica, ó á la hermosa claridad de la luna [4] para coser los vestidos virginales de su hija.

Se cree que Santa Ana y San Joaquin volvieron á sus hogares despues de la presentacion de María, y que allí permanecieron por algunos años, antes de establecerse definitivamente en Jerusalem. Joaquin, que no era un artesano como José, cultivaba, segun todas las apariencias, la reducida herencia de sus abuelos, y disfrutaba de esa dichosa medianía que siempre han ambicionado los sabios, los grandes y los poetas en sus horas de ocio y aburrimiento contra la fortuna [5]. Se edificaron iglesias en Séphoris, en Nazareth, y en Jerusalem, sobre sitios que formaban parte de su patrimonio; pero la viña ó el campo de sus padres debían estar en los alrededores de Séphoris: hé aquí lo que la hizo convertir en baja Galilea. Joaquin era un verdadero israelita muy adherido á la ley de Moisés; iba al templo á todas las fiestas solemnes con su mujer y una parte de su parentesco, segun la costumbre de los hebreos, y es creíble que el deseo de ver á su hija viniese á aumentar aun su adhesion á las ceremonias del culto. ¡Con qué alegría tomaba su velo su buena y piadosa compañera para ir á la Ciudad Santa! ¡Cuán largos y pesados de recorrer le parecían esos senderos que veía serpentear á lo lejos y al través de los montes y de las llanuras! Aproximaba con la vista, y atravesaba veinte veces por el pensamiento antes de llegar á ellos en realidad, los grupos de nopales, los bosques de adelfas, y la espesura de las encinas verdes ó de los sicómoros que se interceptaban de distancia en distancia sobre su camino; porque llegando á cada uno de esos puntos, estaba

3 Se ha pretendido atribuir á Santa Ana otra hija del nombre de María, nacida veinte años antes de la Santa Virgen; pero esta tradicion no ha sido recibida por la Iglesia.

4 Las mujeres judías hilaban juntas durante el verano á la claridad de la luna; pues que los doctores autorizaban al marido á repudiar á su mujer cuando murmuraban de él las mujeres que hilaban á la luz de la luna.—[Sotah, cap. vi, p. 250.] Esta costumbre de hilar á la claridad de la luna, subsiste todavía en muchos países meridionales.

5 Segun San Gregorio Niceno, el padre de la Santa Virgen era un ciudadano distinguido, de una piedad ejemplar y muy temeroso de Dios. El padre Valverde asegura, que disfrutando Ana y Joaquin de cierta abundancia, daban una parte de sus economías al templo y la otra á los pobres. Vease tambien el padre Rivadeneira, en sus *Vidas de santos*, pág. 45.

mas cerca de su hija; de su hija, el don del Señor, la hija del milagro, á quien un ángel había proclamado la gloria de Israel! Con qué emoción debía saludar, desde el fondo de los valles, á esa torre Antonia que se elevaba espléndida y amenazadora, sobre su base de mármol pulimentado [1], para proteger la casa de la oración! y cuánto debía conmover á esa alma tierna y santa la vista del templo que encerraba á su hijo y á su Dios!

Cuando se aproximaba la tarde, y las trompetas sacerdotales llamaban al pueblo á la ceremonia [2], Ana concurría para adorar á Dios y dirigir una mirada á su hija que no había visto por algunos meses. El atrio, que no tenía mas bóveda que el cielo, mezclaba la deslumbrante claridad de sus candelabros [3] con la dudosa de las estrellas; millares de luces aparecían y confundían bajo los pórticos adornados con frescas guirnaldas [4], y los príncipes de los sacerdotes atravesaban entre la multitud con sus espléndidos ornamentos, conducidos desde las riberas indias por las caravanas de Palmira [5]. De cuando en cuando, los sonidos aislados de las arpas parecían acompañar al murmullo, semejante al ruido confuso de las olas [6], que hacían al rezar una multitud de hebreos procedentes de las riberas del Nilo, del Eufrates y del Tiber, para inclinar la rodilla delante del único altar del Dios de sus padres [7]. En medio de ese concurso inmenso de creyentes nacionales y extranjeros, Ana, que oraba con fervor, no levantaba sino un instante la cabeza; esto era cuando María y sus jóvenes compañeras pasaban vestidas de blanco y cubiertas con sus velos, con luces en la mano, como las castas vírgenes del Evangelio.

Terminada la fiesta, Ana volvía á tomar con Joaquín el camino de las montañas, después de haber bendecido y abrazado á María; se apartaba á pasos lentos de Jerusalén, sin atreverse á dirigir la vista, y cifrando su dicha en alimentarse con los recuerdos por todo el tiempo que pasaba, en que llegase la próxima fiesta.

1 La torre Antonia podía considerarse como la ciudadela del templo, y había sido en otro tiempo el palacio de los príncipes asirios. El peñasco encima de la cual estaba situada era inaccesible de todos lados, y tenía de alto cincuenta codos. Heródes lo había hecho incrustar de mármol desde su pie hasta la cumbre, á fin de que no se pudiese subir ni bajar por él.—[Josepho, *Ant. Jud.*, lib. xv., cap. 14.]

2 Las fiestas religiosas de los judíos han empezado siempre por la tarde.

3 Estos candelabros eran de oro, y altos de cincuenta codos. El resplandor que hacían se divisaba, según dicen los rabinos con su acostumbrada exageración, desde una increíble distancia de Jerusalén; y hasta en la misma ciudad las casas quedaban tan bien iluminadas, que las cocineras podían sin el auxilio de sus lámparas limpiar los platos para la comida.—[*Talmud*, tratado *soeca*, fol. 2. Véase también la tercera carta de un rabino convertido, por M. Drach.]

4 Estas guirnaldas de verdura se ponían durante la fiesta de los tabernáculos.—[Basnage, lib. vii., cap. 16.]

5 Los vestidos que los sacerdotes llevaban por la tarde en las fiestas solemnes, venían de la India, y costaban muy caros.—[Basnage, lib. 7., cap. 15.]

6 Es sabido que los judíos y los árabes rezan en alta voz.

7 Mientras subsistió el templo, los judíos tenían á devoción particular el ir á visitarlo. En la ruina de Jerusalén por Tito, perecieron mas de un millón y cien mil personas, porque se habían reunido para la fiesta de la Pascua cuando fué sitiada aquella ciudad.—[Basnage, lib. vii., cap. 11.]

Cuando la edad y el trabajo debilitaron las fuerzas de Joaquín, y que ya no le fué posible cultivar él mismo su campo paternal, pensó en acercarse al lado de su hija: los dos esposos abandonaron para siempre la baja Galilea, y se dirigieron á Jerusalén, estableciendo su habitación en un lugar cerca del templo. Entonces Ana llegó al colmo de sus deseos: podía servir al Señor en su casa Santa, y ver repetidas ocasiones á María. Cuantas veces, en las hermosas tardes del estío, dirigiendo su huso sobre la plataforma de su habitación, no lo dejaba deslizarse de sus dedos inmóviles, mientras que fijaba pensativamente su mirada de madre sobre el techo de oro y cedro del templo! *Donde tiene su tesoro el hombre, dice la escritura, allí está su corazón.*

Santa Ana habría podido abreviar la duración de esta separación penosa; pero no lo quiso: su reconocimiento para con Dios era superior á su ternura maternal, y cuando se hace oír la voz de la religión, el grito de la naturaleza se amortigua.

Cerca de nueve años hacia que la Virgen vivía encerrada en el templo (8), cuando la primer nube sombría vino á entristecer el cielo dulce y tranquilo de su joven vida; su padre muy amado, Joaquín el justo, se enfermó gravemente, y muy pronto se manifestaron los síntomas de una próxima disolución: alarmados por su estado, concurren sus parientes y amigos y le tributaron testimonios mil de afecto y simpatía; pues reinaba una íntima y loable unión entre las familias de Judá. El moribundo se sonreía con benignidad con sus amigos; como Jacob, había viajado por largo tiempo sobre la tierra, y poco le importaba que el viento de la muerte viniese á derribar su tienda, pues mas allá de este planeta de lodo, veía las regiones dichosas donde iba á reposar para siempre en el seno de Abraham.

Cuando el decaimiento peregrino de sus fuerzas hizo comprender al santo anciano, que la vida lo abandonaba, hizo en alta voz y en presencia de todos, la confesión de sus pecados á la manera de los hebreos (9), y ofreció al soberano Juez, su muerte en expiación de las faltas inherentes á nuestra naturaleza y de las que no está esculido el hombre mas justo. Cumplido este deber, Joaquín llamó á su hija para bendecirla. Llegó María (10); sus fervientes oraciones por la conservación del autor de sus días, no habían sido atendidas; el Dios celoso quería desanudar poco á poco los lazos terrestres de la esposa que había escogido, con el fin de que no tuviese otro apoyo mas que el suyo sobre la tierra.

8 El padre Croiset, *Ejercicios de piedad*, tom. XVIII, pag. 59.

9 La confesión hebrea es la mas antigua: los judíos la hacían en artículo de muerte, no solo en alta voz, sino ante diez testigos y un rabino. Haron Ben-Berachia, en su libro intitulado: *Máximas Jobok*; en que trata del modo de bien morir, y de cómo debe asistir á los moribundos, refiere la práctica de la confesión y las oraciones de la agonía. Abraham Ben-Isaac ha escrito igualmente un libro intitulado: *El escudo de Abraham*; obra muy estimada de los judíos, y en la cual se trata de la confesión de los pecados.—[Véase también Basnage, lib. vii., cap. 24.]

10 Había la costumbre, que remontaba á los patriarcas, de que los hijos recibiesen la bendición de sus padres moribundos. María debió conformarse á esta costumbre. Su retiro en el templo no era una clausura monástica, y san Joaquín habitaba entonces en Jerusalén.

Autores piadosos han manifestado que en el momento que Joaquín estendía sus manos bendiciendo á su hija, una revelación de lo alto le hizo ver repentinamente los gloriosos destinos á que el cielo llamaba á su hija; la alegría de los elegidos se retrataba en su rostro venerable; bajó los brazos, inclinó la cabeza y murió.

En la casa no se escuchaba entonces mas que sollozos y gemidos; las mujeres se golpeaban el pecho y se arrancaban los cabellos (1); los hombres se cubrían la cabeza con ceniza y rasgaban sus vestidos, mientras que algunas matronas judías, mudas por un principio de devoción y de caridad, estendían un denso velo sobre el rostro pálido pero sereno, del hombre justo á quien ya no era permitido ver en este mundo, y le dejaban abiertas las manos en señal de abandono de todas las cosas terrenales.

Después de haber lavado el cuerpo en una agua mezclada de mirra y hojas de rosas secas, esas mujeres piadosas lo envolvieron en un lienzo de lino, atándolo con multitud de listones y cintas, á la manera de Egipto. Abiertas después, todas las puertas y ventanas de la casa (2), encendieron cerca del cadáver, una lámpara de metal con muchas luces, la lámpara de los muertos que arroja sus lúgubres reflejos sobre el lecho fúnebre.

Al día siguiente se detuvo delante de la casa mortuoria un numeroso acompañamiento, en el que se distinguía sobre todos, á los que tocaban la flauta (3). Los parientes entraron á la recámara donde había estado Joaquín, y depositaron el cuerpo sobre una cama (4) ó tarima dispuesta para el efecto, que se pusieron en sus hombros. Atravesaron las calles de Jerusalén entonando cánticos fúnebres, que acompañaba el sonido dulce y triste de las flautas, y que eran dominados por los lamentos y sollozos de los que acompañaban el cadáver. Ana y María fueron á los funerales, y marcharon con la cabeza inclinada entre las matronas de su familia, que derramaban copiosas lágrimas (5).

El acompañamiento llegó á la puerta de la con-

1 San Gerónimo observa, que en su tiempo algunos judíos se hacían cortaduras en la piel, y se volvían calvos arrancándose los cabellos, que ofrecían en sacrificio al difunto.

2 Los cuerpos muertos, entre los judíos, manchan y hacen inmundos á los que los tocan. Cuando las puertas están cerradas, se mira á la casa del muerto como un sepulcro, y por consiguiente está manchada; por el contrario, cuando las puertas están abiertas se va la impureza.—[*Maimónides*.]

3 Jeserías encontró unos músicos de flauta que hacían gran ruido en la puerta de un señor, cuya hija resucitó. Maimónides dice, que el judío mas pobre está obligado á alquilar dos músicos de flauta y una planitera para el entierro de su mujer, y que los riosos debían aumentar su número á proporción de sus bienes.—Véase también Fleuri, *Costumbres de los israelitas*, pag. 106.

4 Estos hechos fúnebres eran muy anteriores á los ataudes, cuyo uso aun no se conoce todavía entre los árabes, quienes entierran á sus muertos envueltos únicamente en un lienzo; así sucede que los chacales, que descienden por la noche á los cementerios, desentierren con mucha facilidad los cadáveres para devorarlos.

5 Las mujeres y los niños asistían á los funerales de sus maridos y padres. La vida de Naim según el cuerpo de su hijo. José conduca el duelo de su padre, y esta costumbre subsiste aún en la Judea. Los hijos de los hebreos recibían la bendición de sus padres, cerraban sus párpados, y los acompañaban al campo del reposo, para reunirlos allí con los restos de sus abuelos.—[Salvador, *Historia de las instituciones de Moisés y del pueblo hebreo*, t. II, pag. 398.]

gregación de los fieles, y que después se llamó entre los cristianos la puerta de la Virgen. Después llegaron al lugar de la sepultura donde se suspendieron por un instante los cánticos, el sonido de las flautas y las lamentaciones, y el que dirigía el duelo hizo esta alocución al cadáver: "Bendito sea Dios, que te ha formado, alimentado, sostenido y quitado la vida. Oh muertos, sabe vuestro número y un día os resucitará. Bendito sea el que quita la vida, y la restituye!" (6)

Se abrió después el sepulcro en una gruta sombría, que se llamaba *la casa de los vivos* (7), donde el patriarca iba á dormir su último sueño esperando á los otros miembros de su familia. Entonces se oyeron en todas partes gritos penetrantes de dolor. Ana se arrojó sobre los restos mortales de su esposo, para darle el último adiós; pero muy pronto quedó desmayada. Después de haber confiado á la tierra el santo despojo del hombre justo, arrojaron á la entrada de la caverna sepulcral una piedra enorme, que ninguno debía mover *bajo pena de excomunión*. Los gritos fúnebres volvieron á oírse, y los espectadores arrancando por tres veces un manojo de yerbas, y arrojándola cada vez detras de ellos, decían en un tono lúgubre: *Ellos florecerán como la yerba de los campos!* Con estos ritos terminaron los funerales del descendiente de los reyes de Judá, del padre de María, del abuelo de Jesucristo, según la carne (8).

La Santa Virgen tuvo destrozado el corazón con este primer pesar que era el preludio de otros muchos; este era su aprendizaje de dolor. El infortunio le tendía la mano sobre el umbral de la adolescencia, la noble hija no retrocedió en su camino; lloró, porque su alma, como la de su divino Hijo, nunca fué indiferente ni insensible, pero ellaapuró el cáliz amargo, diciendo á Dios: "Oh Jehová, que se haga vuestra voluntad!" La madre y la hija hicieron el duelo al estilo de los hebreos; se vistieron con una tela grosera, siendo el vestido muy estrecho y sin pliegues, que es lo que se llamaba cilicio; la cabeza y los pies descubiertos, el rostro oculto en un lienzo de sus vestidos, guardando el ayuno y la abstinencia (9), permaneciendo

6 Leon de Módena, *Costs. de los judíos*.—Buxtorf, *Syn. heb.*, pag. 502.

7 Al sepulcro que habría debido llamarse *la casa de los vivos*, se le daba, por el contrario, el nombre de *casa de los muertos*, para manifestar de este modo que el alma existía aun después de su separación del cuerpo, y se atribuye á los fariseos esta denominación.—[Basn., l. vii., cap. 24.] Los rabinos hacen una descripción exacta de estos sepulcros. Ellos tenían la puerta muy estrecha, de modo que una piedra bastase para cubrir la entrada. Se dejaba un espacio vacío, suficiente para que los conductores pudiesen depositar la caja del muerto antes de colocarla. Los sepulcros se colocaban comunmente en los linderos de los grandes caminos, á fin de excitar los recuerdos de los pasajeros, y conservar la memoria de los muertos.—[Lightfoot, *Cent. chorogr.*, c. 100.] En el Evangelio, vemos que el sepulcro de Lázaro era una gruta, cuya entrada cubría una piedra gruesa.

8 Salomon. Ben-Virge, *Hist. jud.*, p. 193.—Leon de Módena, *Costumbres religiosas de los judíos*.—Basnage, lib. vii., cap. 25.

9 El ayuno era muy rigoroso entre los judíos; se debían contentar con ciertas legumbres: habas, por ejemplo, ó lentejas, que eran un alimento de duelo; los huevos eran permitidos, porque consideraban la figura del huevo como la imagen de un hombre afligido. El vino no estaba menos prohibido que la carne.—[Basnage, lib. vii., cap. 28.]

ron encerradas por siete días, llorando continuamente con sus parientes, y rogando por el alma del muerto (1). Pasados los siete días, Ana mandó encender lámparas y luces en la Synagoga, donde oró y pidió por su esposo, dando limosnas proporcionadas á su fortuna. A su vez María, ayunaba en cada semana, el día en que se había quedado huérfana, y rezaba á mañana y tarde por el descanso del alma de su padre. Estos ayunos y oraciones por el muerto, duraron once meses (2).

"Bienvenida seas, oh desgracia, si vienes sola," dicen los griegos. Este primer infortunio fué seguido de otro mas doloroso aun, y otro duelo vino á confundirse con el duelo de Joaquin. Apenas se había apagado la lámpara mortuoria en la triste habitacion de Santa Ana, cuando fué indispensable encenderla otra vez; apenas se habían enjugado las últimas lágrimas que la Virgen había derramado por la pérdida de uno de los autores de sus días, cuando tuvo que deplorar la pérdida del otro (3). Una tarde bajaba María acompañada de algunos de sus parientes, del templo á la calle estrecha y oscura en que vivía su madre. Los débiles y rojizos rayos de una lámpara, brillaban al través de las ventanas de la casa pobre. Delante del umbral se agrupaban en silencio esas mujeres que, aun hoy día en todo el Oriente, lloran á los muertos, por ganar dinero; semejantes á los pájaros de mal agüero que presentan los funerales; esas siniestras criaturas esperaban que una familia desgraciada y llena de lágrimas por la pérdida que había experimentado, viniese á ajustar sus lamentos y sollozos pagados (4).

Santa Ana rennió sus desfallecidas fuerzas para bendecir á su hija, la recomendó patéticamente á sus parientes; pero sobre todo, á Aquel que es el padre del huérfano, y se durmió con el sueño de los justos (5). María se inclinó bañada en lágrimas sobre el helado rostro de su madre; sus cabellos rubios se mezclaron con los cabellos blancos de la muerta; se puede decir que quería reanimarla, volverla á la vida bajo sus lágrimas; pero no hay mas que el soplo de Dios que puede reanimar á los muertos. Despues del primer ímpetu de este dolor tan legítimo, cerró con sus manos los ojos de la santa, y le dió un dilatado y triste beso, el adios supremo de su pueblo (6).

El dolor de la joven huérfana fué silencioso, profundo, y soportado noblemente. No teniendo otro apoyo sobre la tierra que á la Providencia, se re-

1 Durante los días del duelo, se recitaba el Salmo XLIX.—Leon de Módena, *Costs. de los Judios*, pág. 182.

2 Basnage, lib. vii, cap. II, pág. 182.

3 Según las mejores autoridades, Santa Ana y San Joaquin nacieron con poca diferencia de tiempo uno de otro.

4 En todo el Levante es costumbre alquilar mujeres para que floren á los muertos; las que tienen esto por oficio se les paga á tanto por hora, y ellas se esfuerzan en ganar su salario, arrojando los mas lastimeros gritos.—(Burkhardt, *Viaje á la Arabia*, t. II, pág. 139.)

5 Algunos graves historiadores afirman que la santa Virgen asistió á la muerte de su madre; lo cual era muy conforme á la costumbre de los hebreos.

6 Este uso es muy antiguo; porque Philon, refiriendo los lamentos de Jacob por la muerte imprevista de su hijo, le hace decir, que no tendría el consuelo de cerrarle los ojos, y de darle el último beso.

fué en el seno de Dios; de allí, como del fondo de una bahía apacible, escuchó el estruendo lejano de los huracanes del mundo, y comprendió toda la vanidad de las cosas de la vida: la vanidad de la posición social, de las grandezas, de la fortuna, de la belleza, cosas que brillan y pasan como las burbujas de agua sobre el curso del torrente en invierno, y que desaparece él mismo al finalizar una estacion.

Un historiador ha asegurado juiciosamente, que en esta época de aislamiento y de meditacion solitarias, hizo María el voto de virginidad perpétua (7); en efecto, no aparece que este voto fuese conocido de Ana y Joaquin, y sin su consentimiento no era válido á los ojos de la ley civil ni religiosa (8). Despues de su muerte fué cuando María escogió al Señor y se entregó á su servicio sin limitacion de tiempo, dice Bernardino de Busto, y con la intencion de no salir nunca del templo. La Virgen veía como el angusto gefe de su raza, que un día que se pasa en los tabernáculos del Dios de Israel, vale mas que mil fuera de ellos, y ella hubiera preferido ser la última en el lugar santo que la primera bajo las tiendas de Cédar.

CAPITULO VII.

MATRIMONIO DE LA VIRGEN.

Ya sea que Joaquin al tiempo de morir hubiese colocado á la Virgen bajo la proteccion especial del sacerdocio; ya sea que los magistrados que tenían cuidado de los huérfanos le hubiesen ellos mismos electo tutores entre la poderosa familia de Aaron, á la que pertenecía por parte de su madre; ya sea que la tutela de los hijos confiados al servicio del templo, pertenezca de derecho á los levitas, es cierto que despues de la muerte de los autores de sus días, María tuvo tutores de raza sacerdotal. Es verosímil, y las tradiciones árabes lo confirmaron, que los cuidados de esta tutela fueron confiados particularmente al piadoso esposo de Isabel, á Zacarías, á quien su alta reputacion por su virtud y su título de próximo pariente (9) parecían designar para

7 Descoutures, *Vida de la Santa Virgen*.

8 Una doncella judía podía hacer votos, comprendiendo en ellos aun el de la virginidad; pero este voto podía ser invalidado por la autoridad de su padre, porque hallándose bajo la potestad paternal no podía violar el poder que le da la naturaleza. Todos los votos que una joven doncella, ó una mujer casada, hacian á escusas ó contra la voluntad de su padre ó de su marido, eran nulos y de ningún valor.—(Nim., cap. xxx.)

9 Los Judios, como tambien Celso, Porfirio y Fausto, han tomado protesta de ese parentesco, para sostener que la Virgen era de la tribu de Leví. Los doctores católicos combaten esta opinion, y defienden que María era de la tribu de Judá y de la familia de David. En efecto, San Mateo nos enseña que Jesucristo es llamado hijo de David, según la carne, luego no podía ser hijo de David sino por María, pues que no tenía padre entre los hombres. Cuando se pregunta cómo es posible que María siendo de la tribu de Judá, sea prima de Isabel que era de la tribu de Leví; san Agustin responde, que nada tiene de imposible el que un hombre de la tribu de Judá haya tomado mujer en la de Leví, y que la santa Virgen, salida de ese matrimonio, fuese parienta de Isabel por el lado de su madre. Consta, por otra parte, que la prohibicion de enlazarse con otra tribu, no alcanzaba sino á las huérfanas herederas de los bienes paternos.

esas funciones protectoras (1). El empeño que tomó la Santa Virgen, dos ó tres años despues, en atravesar toda la Judea para ir á ofrecer sus cuidados y felicitaciones á la madre de San Juan Bautista, y su mansion prolongada en las montañas de Hebron, parecen indicar, en efecto, relaciones mas íntimas que las del simple parentesco; el techo que abrigó á María durante una visita tan prolongada no podía ser, según las conveniencias rigurosamente observadas entre los hebreos, sino un techo tan sagrado como el techo paternal.

Cualesquiera que fuesen los sacerdotes que se encargaron de la tutela de la bienaventurada hija de Santa Ana; ellos cumplieron escrupulosamente con las obligaciones que esta carga les imponía, y cuando la Virgen llegó á los quince años, pensaron darle un esposo digno de ella. Este proyecto de himeneo puso á María en una turbacion extrema: esta alma tan elevada, tan pura, tan contemplativa, había adivinado el Evangelio, y la virginidad le parecia el mas perfecto, el mas santo y el mas apetecible de todos los estados. Un autor antiguo citado por San Gregorio de Niza, refiere que María resistió por mucho tiempo con demasiada modestia á acceder á la determinacion que se le anunciaba, y que suplicó humildemente á su familia que consintiese en que llevase en el templo una vida inocente, esenta y libre de todos los lazos, excepto de los lazos del Señor. Su petición causó una grande sorpresa á los que disponían de su suerte. Lo que ella imploraba como una gracia, era la esterilidad, es decir el aprobio, estado solemnemente maldecido por la ley de Moises (2); era el celibato de una heredera única (3), es decir, la estincion total del nombre de su padre, pensamiento casi impio entre los Judios, que miraban como una desgracia insignificante que su nombre no se perpetuase en Israel. Por lo que mira al voto de virginidad con que había querido encadenar su vida, no se había atrevido á considerarlo como un título, puesto que podía ser anulado por una decision del consejo de familia. Se sabe que la mujer era, en todas partes y siempre, tratada como menos, antes de la promulgacion del código inmortal que la ha libertado gloriosamente de la maldicion de la esclavitud.

Las súplicas de la Virgen encontraron poca simpatía aun entre los sacerdotes de Jehová; no estaban al alcance de semejantes virtudes, y para esos hombres de penetracion y de ciencia, el alma angélica y toda santa de María, era un libro herméticamente cerrado. Su pensamiento que aventajaba á un siglo y contradecía las preocupaciones antiguas de su nacion, permaneció incomprendible, y todo lo que pudo alegar, para defenderse de abrazar un estado que contrariaba sus votos mas que-

1 El Koran, en que se encuentran muchas tradiciones árabes con respecto á María, dice formalmente que Zacarías la tomó bajo su custodia.—(Koran, cap. iii.)

2 Orígenes observa, que la ley imprimía en la esterilidad un sello de maldiccion; pues que está escrito: *El que no dejare descendencia en Israel, sea maldito.*

3 María era heredera, porque pareció conveniente que la descendencia de David, de donde debía venir el Mesías, fuese una heredera única, que dando al mundo el heredero eterno del trono de David, terminase con él la progenie real.—(Oldshausen.)

ridos, de nada le sirvió. Pero cómo habría podido convencerlos, puesto que aun el mismo Dios estaba en su contra? Su matrimonio con un hombre justo, que debía dar testimonio de la pureza de su vida, sustraerla de las importunidades de los jóvenes hebreos, que habrían ido á buscar su mano hasta en el templo mismo, como lo nota S. Agustin (4), y protegerla, ella y su Divino Hijo á la hora del peligro, entraba en las miras secretas de la Providencia. Este era el único medio de ocultar el misterio de la Encarnacion á las malévolas investigaciones de un mundo perverso, que habría tomado como testo dicho prodigio para desatarse en abominables conjeturas, y que habría llevado tal vez su falso celo hasta apedrear á la madre del Salvador, como lo hizo mas tarde con la mujer pecadora del Evangelio (5); porque los hebreos nunca contaron á la misericordia en el número de sus virtudes de predileccion, y Dios les reprocha por boca de sus apóstoles, haber tenido el corazón tan duro como el diamante.

A estas razones poderosas, pero ocultas en la impenetrable noche de los consejos de Dios, venía á unirse otra, sacada del manantial de las tradiciones anti-diluvianas y del orgullo nacional, que ella sola, habría dejado con muy pocas esperanzas de buen éxito á la tímida oposicion de la Virgen. La castidad perpétua, reina de las virtudes entre los cristianos, era casi un no-sentido entre los discípulos de Moisés, que vivían despues de tantos siglos en la ansiosa llegada del Rey Mesías (Melch-Hamaschiak). Una tierna flor de la estirpe de Jessé, una hija de David no era libre para sustraerse de los lazos del himeneo; debía un hijo á la piedad ambiciosa de su familia, que no hubiese renunciado por todos los tesoros del Gran-Rey á la esperanza de contar algun día en el número de los suyos al libertador de Israel. Esta esperanza que había sostenido á los Judios cuando los caldeos, montados sobre caballos mas ligeros que las águilas, habían destruido violentamente el cerco almenado de Sion, y trasplantado su pueblo á orillas del Eufrates, se había empapado en violento deseo de venganza desde que los romanos dominaban en Asia. Los hebreos esperaban ver llegar muy pronto el día en que las águilas huirían delante del estandarte color de esmeralda (6), y en que la bandera de los Macabeos (7), flotase victoriosa encima de la del senado de Roma. Nunca había parecido mas cercano el cumplimiento de los oráculos mesiánicos, y el momento no podía ser mas favorable para obtener la gracia que imploraba la casta joven.

Según el Evangelio de la natividad de María, sin hacer caso de sus repugnancias y de sus representaciones, convocaron una reunion de sus parientes mas próximos, todos de la raza de David y

4 San Agustin, *De Sancta Virgo*, cap. iv.

5 Véase San Juan Crisóstomo, *serm. 3*; y el P. de Ligny, *Vida de Jesucristo*, t. I, pág. 12.

6 El estandarte de Judá era verde.—(Dom Calmet.)

7 La divisa de los Macabeos llevaba estas palabras: "¿Quién como tú, Dios Eterno?" *Mi comocha baclim Jehovah?*

de la tribu de Judá como ella (1), á fin de proceder á la eleccion de esposo que debía unirsele. Entre los que podian pretender su mano, se encontraba una multitud de jóvenes israelitas; unos, hermosos y valientes, otros, dueños de fértiles campos, de viñas, de ganados y bosques de olivos. Los capitanes de Judá habrian unido al dote de María una parte de los despojos y de sus esclavos tomados en los combates; los viajeros de su tribu le habrian presentado géneros de la India bordados de oro y de púrpura de Tyr, de dos tintas; mientras que los comerciantes que trafican con las esmeraldas de Egipto, con las turquesas de Iran, y con las perlas del golfo Pérsico, habrian puesto á sus plantas, cadenas de piedras preciosas, braceletes sin precio, aretes de un valor igual al rescate de un príncipe; en fin, todas las insignias brillantes y magnificas de la esclavitud del seco débil. Pero todas esas ofertas fueron pesadas, y se encontraron muy ligeras. Desdeñando las ventajas de la juventud, de la belleza, del alto rango, de la fortuna, y de la gloria de las armas; los sacerdotes, tutores de la Santa Virgen, y los ancianos de su casa, fijaron su eleccion en un hombre avanzado en edad (2), un patricio decaído, á quien las revoluciones políticas y las guerras religiosas de la Judea habian absorbido su fortuna como la mar absorbe una gota de lluvia, no dejándole mas que las herramientas de su oficio y sus brazos; este proletario de buena estirpe, que era viudo (3), y célibe segun San Gerónimo, cuya opinion ha prevalecido en la Iglesia, era José, el carpintero de Nazareth.

Cuando se medita en la rara belleza de María, en la educacion que habia recibido en el templo, en las grandes alianzas de su familia, en su calidad de heredera, lo que hacia entre los judíos que dotasen á sus mujeres y no recibiesen de ellas casi

1 Toda joven heredera de una propiedad, y no las jóvenes en general, como dice la Vulgata, estaba obligada á casarse con un hombre de su familia y de su tribu, y no con su mas cercano pariente, segun ha dicho Montaigne; á fin de que los patrimonios no pasasen de una tribu á otra.

2 El proto-Evangelió de Santiago, cap. II, y el *Evangelió de la Natividad de María*, cap. VII, libros cuyo contenido ha sido aprobado por todos, y aun los mismos Padres de la Iglesia, dicen simplemente que San José era ya anciano en la época de su desposorio con la Virgen. San Epifanio le atribuye ochenta años, y el padre Pezzon, cincuenta. La madre Agreda le dá puramente treinta y tres. La primera suposicion no puede sostenerse, y está ademas en oposicion con la ley de los hebreos, que prohíbe la union de una joven con un viejo, en los términos mas vergonzosos.—[Basnage, lib. VII, cap. 21. *Historia de las instituciones de Moisés*.] Ni los pontífices ni San José hubieran querido hacer una cosa espresamente reprobada por la ley. La edad que le concede la madre Agreda, no era tampoco de acuerdo con la opinion de los santos padres de la Iglesia. La opinion, pues, del padre Pezzon, es la mas discreta y la que ofrece mayor verosimilitud.

3 Muchos padres han creído que San José era viudo cuando se casó con la Santa Virgen. El proto-Evangelió de Santiago, y el *Evangelió del nacimiento de la Virgen*, aseguran que era viudo. San Epifanio dice que habia tenido cuatro hijos y dos hijas; San Hipólito de Tebas apellida su primera muger Salomé. Orígenes, Eusebio, San Ambrosio y otros muchos padres, han seguido la misma opinion. Esta, sin embargo, es la menos recibida, y se cree comunmente que San José vivió en la virginidad. Así lo opina San Gerónimo, quien dice espresamente, escribiendo contra Elvidio: "en ninguna parte se lee que haya tenido otra mujer que María: *cliam uxorem eum habuisse non scribitur*." San Agustín deja la cuestion indecisa; pero San Pedro Damiano afirma que toda la Iglesia cree que San José, que pasaba por el padre del Salvador, ha sido virgen como María.

nada (4), y cuando se ha visto los novios que se presentaban, habria que admirarse de la decision de la familia de María, si los Santos Padres no nos enseñaran que José fué elegido por medio de la suerte, y por la manifestacion espresa de la voluntad divina (5). Una tradicion antigua, consignada en el proto-Evangelió de Santiago, mencionada por San Gerónimo, refiere que los pretendientes, despues de haber rogado á *el que preside las suertes*, depositaron en la tarde en el templo, cada uno su vara ó rama de almendro, y que al día siguiente la rama seca y muerta de José, hijo de Jacob, hijo de Matham, se encontró verde y florida como la que habia asegurado para siempre el sacerdocio á las Aaronitas. La historia del monte Carmelo, pretende que á la vista de ese prodigio, que trastornaba sus esperanzas, un joven patricio, perteneciente á las mas poderosas familias de la Judea, y poseedor de una inmensa fortuna, hizo pedazos su vara con todas las señales de la desesperacion, y corrió á encerrarse en una de las grutas del Carmelo con los discípulos de Elías (6).

Cuando se hizo la eleccion de los tutores, se la manifestaron á María, y esta admirable joven, acostumbada á los trabajos mas delicados, viviendo en medio de perfumes, de cantos melodiosos y de las magnificencias de la Casa santa, no vaciló en consagrarse á una vida oscura, á ocupaciones vulgares y á cuidados penosos, con el humilde artesano que le presentaban sus parientes. Una inspiracion divina le habia hecho conocer, segun aseguran, que este hombre justo seria para ella un protector, su padre, un guardian de su virginidad (7); ¿qué mas podia apetecer? El Señor habia oído sus súplicas; conservándola fiel al voto que habia hecho, le concedia con un nuevo beneficio, el mérito de la obediencia.

El matrimonio proyectado entre José y María, debió causar alguna sospecha en Nazareth y Jerusalem; porque habia poca analogia entre la edad, la fortuna y la condicion de los futuros esposos. Se engañaria, sin embargo, el que creyese que esta union, al parecer tan desproporcionada, se considerase por la sociedad judía, sociedad con sus costumbres sencillas y patriarcales, como un casamiento desigual. Sin tener en el Estado colocacion distinguida, la profesion de artesano no era ni abyecta, ni degradante en Israel (8). Se ve en la ge-

4 En el momento del contrato, la mujer no recibia de sus padres sino las cosas necesarias á su dote personal. El marido era quien aportaba el dote.—[*Inst. de Moisés*, t. II, cap. I.]

5 San Gerónimo, in *Dani*, lib. IV, cap. 5.—Greg. N., *Hom. de San Nat.*—Niceph., lib. II, cap. 7.

6 Este joven, que se llamaba, segun se dice, Agabus, se hizo célebre posteriormente por su santidad, y se volvió cristiano. (*Hist. del Carmelo*, cap. XII.)

7 Descontures, *Vida de la Santa Virgen*, p. 49.—*Vida de Jesucristo*, por el padre Valverde, tom. I, p. 72.

8 Los artesanos disfrutaban todavia en la Judea de esta consideracion. En Palestina y en Siria, dice Burkart, las corporaciones de artesanos son casi tan respetadas, como lo fueron en la edad media en Francia y en Alemania. Un maestro artesano es igual, en cuanto á la clase y consideracion, á un comerciante de segunda clase; puede tomar una mujer en las familias respetables de la ciudad, y tiene comunmente mayor influencia en su barrio, que un comerciante cuya fortuna sea triple de la suya.—[Burekh., *Viaje á la Arabia*, tom. II, pág. 139.]

nealogía de la tribu de Judá á una familia de trabajadores de lino fino, y otra de alfareros, cuya memoria es muy respetada, y aun por esto la Escritura ha hecho pasar á la posteridad los nombres de Béleseel y de Hiram; y es muy sabido de todos que San Pablo, educado en el estudio de las leyes, el famoso doctor fariseo Hillel, y otros muchos doctores que, segun la espresion de los rabinos, *sembraban la luz en medio de la nucion santa*, se dedicaban al ejercicio de las artes mecánicas mas humildes sin avergonzarse. Hay mas; todo israelita era artesano; porque cada padre de familia, cualquiera que fuese su posicion social, estaba obligado á enseñarle á su hijo un oficio, á menos, decia la ley, *que no quisiese hacer de él un ladrón*. (1)

Los judíos, cuyo patrimonio estaba entregado á manos estrañas, no tenian otra alternativa, esperando la grande época que debia restablecer sus fortunas, que espatriarse ó vivir pobremente del trabajo de sus manos en el lugar de su nacimiento. Los que se veian obligados á tomar este último partido, por el amor á la patria, en manera alguna se degradaban, y estaban aptos para obtener todos los empleos del Estado; Israel no tenia castas como el Egipto y la India; su orgullo todo se fundaba en su creencia religiosa, y en la descendencia de los patriarcas. "Ser descendiente de Abraham segun la carne, dice el águila de Meaux, era una distincion que naturalmente se elevaba sobre los demas." En efecto, el último de los hebreos, se reputaba por un príncipe en comparacion de los estrañeros (2).

Sin embargo, habia entre los judíos y los árabes, tribus mas ilustres y familias mas nobles unas que otras; la tribu de Judá, que llevaba el estandarte nacional á la cabeza de los millares de Israel, el día de las batallas, y de donde no debia salir el cetro sino hasta la venida del Mesías, habia sido considerada como la de mas preminencia; y la familia de David era la primera y la mas respetada entre las familias de Judá. José, aunque pobre, era del linaje de David; la sangre de veinte reyes circulaba por sus venas, y uno de sus abuelos, Zorobabel, fué quien sacó de la tierra del desierto al pueblo de Israel. Desde ese tiempo, el esplendor de su casa se habia oseeurecido gradualmente; su familia se habia confundido con el pueblo como la de Moisés y de Samuel; pero su noble origen era conocido y no se habia borrado de la memoria de sus compatriotas; en nuestros días, los últimos Abasidas que habitan en el fondo del Hedjar, son tan respetados como los descendientes de Aaron—al—Raschid, y ninguna familia de la Arabia desdeñaria el formar una alianza con ellos.

La santa hija de Joaquin no se degradaba ni perdía tanto, como pudiera creerse, uniéndose en matrimonio con el humilde *Carpintero*. Pero si se considera esta union, que al primer aspecto parece tan poco proporcionada, bajo un punto de vista

1 Los turcos han adoptado esta ley tan prudente; entre ellos los mismos sultanes están obligados á aprender un oficio.

2 Ann habiendo perdido su nacionalidad, los judíos han conservado esta opinion hasta hoy.

mas elevado, se viene en conocimiento de que efectivamente fué un enlace noble y conveniente. Dios no dió por esposo á la Virgen, un hombre segun su corazon, un hombre cuyo mérito consistiese únicamente en sus campos, en sus viñedos, ni en el oro, pues todo esto cambia continuamente de dueño, y aun se puede decir que están tan unidos al rico como los vestidos que se quita al acostarse; le dió, pues, un hombre justo que es lo mas perfecto en el orden moral. El Señor no se guia por los vanos fantasmás que deslumbran al vulgo; á sus ojos todas las clases son iguales, pues estas son pobres criaturas que se arrastran un instante en el polvo, para convertirse luego en pasto de gusanos. *El hombre juzga segun las apariencias*, dice la Escritura, *pero Jehová mira el corazon*. Si Dios escogió al humilde José para esposo de la reina de los ángeles, para el padre adoptivo del Mesías, fué porque poseía tesoros de gracia y de santidad, capaces de escitar la envidia de los espíritus celestiales; fué porque sus virtudes le habian dado la primacia en su nacion, y porque su nombre en esos anales heráldicos de la eternidad, estaba colocado en un lugar mas preeminente, que el de César en las frágiles hojas del libro del mundo. La Virgen no fué concedida por esposa al mas poderoso, sino al mas digno; así el Arca, á la que no se atrevian á acercarse los príncipes y los valientes de Israel por temor de ser heridos de muerte, atraía las bendiciones del cielo sobre la casa de un simple levita, cuyo pobre techo la abrigaba.

Los desposorios de María se celebraron con toda la sencillez de los antiguos tiempos. José en presencia de los tutores y de algunos testigos, le presentó una pequena pieza de plata, cuyo valor se ignora [3], diciéndole: "Si admites y consientes en ser mi esposa, acepta esta prenda." María aceptándola, quedó solemnemente comprometida, y solo una sentencia de divorcio, podia devolverle desde ese instante su libertad. Los escribanos entendieron el contrato, con bastante concision y poco recargado de términos forenses [4]. El esposo prometia honrar á su mujer, y proveer á su manutencion y vestido, siguiendo la costumbre de los maridos hebreos, y le señalaba un dote de 200 zuses (50 escudos), dote igual para la hija del príncipe como para la del pobre, pero á la que podia añadir libremente alguna cantidad á proporcion de sus bienes. Asegurada esta dote en todo lo que poseia, y hasta con su manto, que la ley no

3 Hillel y Schammai disputaron vivamente acerca del valor de esta pieza de moneda que se daba en los esposales, sin que llegasen á ponerse de acuerdo.—[Basnage, lib. VII, c. 21.]

4 Hé aquí el modelo literal de los contratos de matrimonio hebreos, que sube á los tiempos mas remotos, y del que tuvieron que servirse precisamente José y María:—"En el año . . . el día . . . del mes de . . . Benjamin, hijo de . . . ha dicho á Raquel, hija de . . . sé mi esposa segun la ley de Moisés y de Israel. Yo prometo honrarte y proveer á tu mantenimiento y á tus vestidos, segun la costumbre de los maridos hebreos que honran á sus mujeres y las mantienen como conviene. Yo doy desde luego. . . (la suma prescrita por la ley), y te prometo, á mas de los alimentos, los vestidos y todo lo que te será necesario, la amistad conyugal, cosa comun á todos los pueblos del mundo. Raquel ha consentido en ser la esposa de Benjamin, quien de su voluntad, para formar una viudedad conforme á sus propios bienes, añade á la suma anteriormente indicada, la de . . . (*Inst. de Moisés*.)"

permitía reclamar sino después de su muerte [1], firmó José el contrato; poniendo su firma igualmente María. Esta ceremonia que debía preceder algunos meses á la del matrimonio, terminó con una corta bendición en alabanza de Dios.

Las bodas de la Santa Virgen se celebraron en Jerusalen, y las personas mas notables de su familia asistieron á ellas, con el esplendor propio solo del Oriente, y que nunca mencionan los viajeros de Europa sino con una admiración asombrosa; pues aun los mas pobres manifiestan en semejantes ocasiones, un lujo verdaderamente extraordinario [2]. No convidar á todos los parientes en una solemnidad tan grata, hubiera sido rehusarse á seguir las costumbres antiguas de sus abuelos, cosa imposible de suponer en aquella nación tradicional que era inmutable en sus costumbres, como en sus prácticas religiosas, como lo decía con tanta verdad el judío Filon al emperador Cayo; hubiera sido tambien una falta á los usos de la sociedad hebraica; y la presencia de María en las bodas de Canan, prueba por el contrario, que estaba conforme con ellas.

En un hermoso día de invierno [3], en el momento en que la luna nueva se elevaba lentamente tras las montañas [4] que ciñen el horizonte de Jerusalen, vióse dirigirse hacia la habitacion de María, una gran procesion de mujeres ricamente vestidas; las antorchas de abeto resinoso, que en sus manos llevaban un gran número de esclavos, hacían brillar sus cintos de oro, sus redes de perlas, los adornos de pedrería que llevaban en sus frentes, y los diamantes de sus tiaras al estilo persa [5]. Estas hijas de Sion habian conservado el uso del afeite que se conocia desde el tiempo de Jezabel; sus cejas y pestañas estaban pintadas de negro, y la estremidad de sus dedos era encarnada como las bayas del rosál silvestre [6]. Introducidas en la habitacion interior donde se encontraba la jóven y santa desposada, en union de algunas matronas de su familia, bendijeron á Dios que les daba un

1 Basnage, lib. vii, cap. 21.

2 Véase Isaías, cap. iii.—No se tiene en Europa una idea del lujo que en semejante ocasion se despliega en Oriente, dice Mr. Gerardi en su *Peregrinacion á Jerusalen*: el vestido nupcial de casi todas las mujeres, es de terciopelo encarnado bordado de oro, al que añaden otros adornos de diamantes, perlas finas, etc. Mr. de Lamartine quedó igualmente admirado de los trages espléndidos y de la profusion de piedras preciosas que ostentan las mujeres de Siria, en las bodas de una de sus compatriotas. Esta magnificencia eclesiástica en el mas alto grado, sin duda, en tiempo de María; y á ella alude San Juan en su Apocalipsis: *Yo, Juan, vi descender del cielo la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalen que venia de Dios, adornada como una esposa que se ha puesto sus mas ricos vestidos para comparecer delante de su esposo*—Cap. xxi, v. 2.

3 Al mediar el siglo XVI, permitió la Iglesia solemnizar esta fiesta, celebrándose el 22 de Enero, día en que se pretende tuvo lugar el matrimonio de María y de José. La ciudad de Arras hace esta conmemoracion el día 23 de Enero, y algunas iglesias de Flandés el 24 del mismo mes.

4 No se consideraba indiferente, entre los israelitas, la eleccion del día para celebrar sus matrimonios; por lo comun se escogía el tiempo de la luna nueva, y un micróscopos con preferencia á cualquier día de la semana.—Basn., l. vii, c. 21.

5 Isaías, cap. iii.

6 En todo el Oriente se tienen las mujeres de color rojo la estremidad de los dedos, empleando para ello el hene, *lansonia tinermis* (Linn.) Esta planta es muy abundante en la isla de Chipre.

protector en la persona de su esposo, y la felicitaban por su matrimonio, de cuyas fiestas y alegrías venian á participar.

Perteneciendo á la sociedad judía, en la que cada detalle del adorno de las jóvenes desposadas, era una reminiscencia biblica; y de lo que no era permitido dispensarse, María debió someterse por un instante á las exigencias del lujo oriental, aunque ese lujo no tuviese para ella ningun aliciente. El oro, las perlas, las ricas telas de tisú, no son cosas reprobables en sí mismas; pero si son malos los pensamientos de orgullo y vanidad que producen en las cabezas débiles y en los espíritus ligeros. Bajo sus vestidos pesados por el bordado y sembrados de preciosas piedras, la reina Bathilde era mas humilde que las mujeres vestidas de burdo paño ó de otras telas ordinarias, y con quienes vino á confundirse después de su gloriosa regencia. Los cronistas de aquel tiempo refieren esto con mucha sencillez.

Para evitar que en su compostura se notase un descuido, que tal vez pudiera interpretarse de otro modo, é imponiendo la costumbre á los esposos así como á los convidados, un adorno de circunstancias como el evangelio del vestido nupcial nos lo enseñaría, aun cuando no lo atestigüase todo el antiguo y moderno Oriente, la jóven descendiente de los reyes de Judá, debió vestir en esta ocasion un traje rico y adaptable á la ceremonia; y auténticas reliquias prueban que en efecto fué así (7).

Su vestido que se conservó cuidadosamente en Palestina, de donde se envió á Constantinopla hacia el año 461, como nos enseña Niceforo, era de un tisú precioso por sus dibujos y adornos. El fondo era color de mahou, con flores blancas, azules, violetas y oro; en el día, este vestido es la santa reliquia de la catedral de Chartres (8).

En memoria de los tiempos antiguos y de las costumbres patriarcales de sus padres, llevaba como Rebeca, zarcillos y brazaletes de oro, obsequio modesto é indispensable que debió José enviar algunos días antes de la ceremonia (9), y al que los hebreos ricos añaden collares de perlas y magníficos aderezos de diamantes. En lugar de la corona de oro almenada (10), que llevaban las esposas de las clases opulentas, véase colocada sobre los cabellos rubios y rizados (11) de María, una sen-

7 Existen dos túnicas de la Santa Virgen, cuya tela es muy preciosa. Chardin ha visto una en Mingrelia, sembrada de flores bordadas con la aguja, sobre un fondo de nankin. Esta túnica tiene ocho palmas romanos de largo, sobre cuatro de ancho; el cuello es estrecho y las mangas anchas. Se conserva en la Iglesia de Copis.

8 De esta túnica hizo donacion el rey Carlos el Calvo á la Iglesia de Chartres, en 877: se le atribuyen muchos milagros.

9 Los cristianos de Damasco han conservado esta costumbre. Algunos días antes de la fiesta nupcial, el desposado remite á la novia un par de brazaletes de oro ó de diamantes, segun la fortuna del futuro esposo, una pieza de tela bordada de oro, y 100 piastras para los gastos del baño y de la comida de las bodas.—(Correspondencia de Oriente, carta 147.)

10 La corona de la esposa era comunmente de oro, y hecha en forma de torre como la de Cibele. Esas coronas venian ordinariamente de Persia, y fueron abolidas durante el sitio de Jerusalen por Tito, en señal de luto.—(Basnage, lib. vii, cap. 21.)

11 Entre los hebreos nada habia, ni aun en el aderezo de las mujeres, que no estuviese sometido al imperio de la tradicion. Se bus-

cilla guirnalda de mirto; en la primavera habria tenido tambien rosas (1); su velo nupcial la cubria de la cabeza á los piés, y flotaba á su alrededor como una cándida y ligera nube (2).

Un palio de preciosa tela esperaba fuera de la casa á la futura esposa; lo conducian cuatro jóvenes israelitas (3). María debía colocarse dentro de él, entre dos matronas, de las que una estaba á su derecha representando á su madre, y la otra era tal vez aquella María de Cleofas, que algunos autores han creído que era la primogénita de Santa Ana, pero que no era realmente sino la hermana política de la Virgen (4). Después, marchaba al sonido de los tamboriles, de las flautas y de las arpas que tocaban uniformemente (5) aires de una melodía grave y sencilla, que tal vez eran los mismos que los de los coros del rey David, todo el acompañamiento imparcial, agitando en muestra de alegría ramos de mirto y de palmera (6). El esposo, con la frente adornada con una magnífica corona, transparente como el cristal, y que era peculiar á su pueblo (7), marchaba delante rodeado de una multitud de amigos que cantaban un epitalamio imitado del Cántico de los cánticos de Salomon, ese magnífico y misterioso himno de himeneo, cuyas sublimes metáforas tienen un sentido oculto y divino. Elogiaban la belleza de la nueva esposa, cuyos cabellos eran semejantes á los tiernos retoños de los palmeros, el tallo flexible y recto como las ramas del erac, los dientes blancos como los cordillos que salen de bañarse, y los ojos dulces como los de las palomas, que se detienen á las orillas de los grandes arroyos; decían que era el lirio de las jóvenes vírgenes, y el objeto de la alabanza de las matronas. Elogiando después al esposo, alaban su figura majestuosa é imponente como el Líbano, la dulzura de su voz, la urbanidad de sus maneras, y

caban peinadoras para rizar el pelo de las novias, por la razon, decían gravemente los rabinos, de que el mismo Jehová ordenó en bucles los cabellos de Eva cuando la unió á Adán en el paraíso.—(Basnage, cap. xxi, pág. 393.)

1 Las jóvenes desposadas que eran del pueblo, llevaban coronas de mirto y de rosas.—(Basnage, l. vii, c. 21.—Mischna, tit. Sotah, cap. IX, sec. 14.)

2 Estos velos nupciales, bordados de oro ó de plata, están todavía en uso en toda la Siria.

3 El orden de esta pompa nupcial, que se remonta á los tiempos mas remotos, se encuentra todavía en Egipto. Niebuhr describe así un matrimonio egipcio: "La desposada, cubierta desde la cabeza á los piés, marcha entre dos mujeres que la conducen bajo un palio llevado por cuatro hombres. Precedenla muchos esclavos, algunos de los cuales tocan el tamboril; otros llevan quitamoscas, otros derraman sobre ella aguas de olor. Siguenla muchas mujeres y músicos, montados sobre asnos. La marcha se hace de noche, y algunos esclavos la alumbran con antorchas."—(Viaje á la Arabia, tom. I.)

4 Segun Mr. Peignot, historiador concienzudo que ha hecho sobre este punto numerosas investigaciones, esta santa mujer era la esposa de Cleofas, hermano de San José, y por consiguiente cuñada de la Virgen.—Véase *Investigaciones históricas sobre las personas de Jesucristo y María*, p. 249.)

5 La musica de los orientales es en todo diferente de la nuestra: ella es grave, sencilla y sin muchas modulaciones. Todos los instrumentos tocan unísonos, á menos que alguno no quiera, por capricho, estar haciendo bajo continuo, repitiendo una misma nota.—Niebuhr, tom. I, p. 136.)

6 Véase Fleury, *Costumbres de los hebreos*.

7 Esta corona que encerraba, segun dicen algunos autores judíos, una leccion misteriosa, estaba compuesta de sal y de azúfre. La sal era transparente como el cristal, y se trazaban en ella con el azúfre varias figuras.—(Codex M. S. apud Wagenseil in Mischna.—Mischna, tit. Sotah, cap. IX, sec. 14.)

agregaban que se distinguía de la multitud de los hombres, como se distingue el cedro de todos los árboles. Llegando después á consideraciones mas elevadas y generales, decían que el esposo debe ser para su mujer como el ramillete de mirra que lleva sobre su corazón; que debe atravesar la vida apoyada en él, sin el auxilio de otros hombres, cual si atravesase un desierto; porque los celos son inflexibles como la muerte, y sus lámparas, son lámparas de fuego y de llamas. Añadían tambien que la ternura era entre los esposos, una cosa tan preciosa, que pagándola el hombre mas opulento del mundo con todas sus riquezas, aun creeria que no habia dado nada.

Los jóvenes que cerraban la marcha formaban de vez en cuando danzas semejantes á la danza sagrada, que en su origen se asociaba á las fiestas religiosas (8), ó bien lanzaban en señal de regocijo gritos agudos y prolongados, que aun está en uso entre los árabes (9), y que un viajero moderno que recorria últimamente la Siria, compara á los estrepitosos gritos con que los vendedores de la Francia meridional, se hacen escuchar para ofrecer sus vendimias en la estacion de ellas. Todo el acompañamiento arrojaba á los pobres, que los colmaban de bendiciones, una verdadera nube de monedas de plata (10), que tenían por efigie, ó una hoja de vid, ó tres espigas de trigo, que eran el emblema de la Judea (11). Las mujeres de Israel agrupadas en el tránsito de los esposos, arrojaban palmas á sus piés, y de vez en cuando detenían á la desposada para derramar en sus vestidos esencia de rosa (12). María tambien debía tener su día de triunfo en Jerusalen.

Habiendo llegado á la casa nupcial, los amigos del esposo y las compañeras de la esposa, exclamaron en coro: *¡Bendito sea el que viene!* José, cubierto de su taled, y María con su velo, se sentaron en el patio uno al lado de otro. María tomó la derecha, pues el salmista ha dicho: *Tu mujer estará á la derecha* (13); y se volvió hacia el medio día (14). El esposo colocó su anillo en el dedo de su compañera (15): *He aquí, le dijo, tú eres mi mujer segun el mandamiento de Moises y de Israel*. Quitóse su taled, y cubrió con él á su esposa, con el fin de imitar lo que pasó en el matrimonio de Ruth, quien dijo á Booz: *Estiende el lienzo de tu capa sobre tu sierva* (16). Un pariente cercano vertió vino en una copa, lo gustó, y en seguida lo presentó á los esposos para que gustasen de él, bendiciendo á Dios

8 La danza, que en su origen tuvo por objeto imitar el movimiento de los astros, formaba parte de todas las fiestas religiosas de la antigüedad. Ella, sin duda, se inventó antes del diluvio, y debió al mismo tiempo preceder á la invencion de los instrumentos de musica.

9 Véase Niebuhr, en el libro citado.

10 Basnage, lib. vii, cap. 21.

11 Se han encontrado algunas monedas judías del tiempo de los Macabeos y del reinado de Heródes: no llevaban grabada la efigie de ningún príncipe, sino solamente espigas de trigo y hojas de viña.

12 Esta costumbre fué tomada del Egipto, como muchas otras.

13 Psalm. xlv.

14 Basnage, lib. vii, cap. 21.

15 Se dice que este anillo se halla en Perugia, adonde se conserva preciosamente.—Basn. l. vii, cap. 21.)

16 Véase Buxtorf.

por haber creado al hombre y á la mujer, y establecido el matrimonio. Mientras que los esposos llevaban á sus labios la copa sagrada del himeneo, se cantó al Dios de Israel un cántico que contenía seis bendiciones. José arrojó despues el vino que quedaba, en muestra de liberalidad, y los concurrentes tiraron puñados de trigo en muestra de abundancia: para finalizar la ceremonia un niño rompió la copa (1).

Toda la reunion que rodeaba á los esposos con sus antorchas en la mano, bendijo al Señor, y pasó á la sala del banquete (2), que la tradicion hebrea hacia remontar á tiempos muy antiguos: se procedió al nombramiento del rey del festin, electo en la clase sacerdotal, que debía servir las viandas y el vino, y obligar á los convidados, á guardar el decoro que esigian la religion y la honestidad. José y María se levantaron tambien; pero antes de seguir á los convidados, hubo entre ellos, en presencia del cielo y de los astros que proclaman la gloria del Altísimo, algunas palabras que se cambiaron secretamente (3), *tú serás como mi madre*, dijo el patriarca, á la Virgen Santa, y *yo te respetaré como al mismo altar de Jehová*. Desde entonces no fueron á los ojos de la ley religiosa, sino hermano y hermana en el matrimonio, aunque se conservase íntegramente su union (4).

Las fiestas en que figuraban la ceremonia religiosa del sacrificio, duraron siete dias, como en tiempo de los patriarcas. Concluida la semana de las bodas, José y María, en union de una multitud de parientes que formaban á su alrededor una brillante cabalgata, volvieron á tomar el camino de Galilea. La caravana se puso en marcha al sonido de los címbalos, y no se dispersó sino hasta la fuente de Anathot (5), en donde los de Jerusalem se despidieron de los esposos, con las lágrimas en los ojos, bendiciones en la boca, y una mano puesta solemnemente sobre el corazon. Los nazarenos prosiguieron su viaje; atravesaron las montañas de la Samaria, en que el águila desde lo alto de su nido los miraba pasar sin hacer caso de su presencia. Sichem se presentó á la vista de los viajeros, con sus verdosos bosques, con sus arroyos de cristalinas aguas,

1 Basnage, lib. vii, cap. 21.—*Instit. de Moisés*, lib. vii, cap. 1, pág. 336.

2 Gaudent., Sermon 9, B. P., t. II, p. 38.

3 Santo Tomás opina que inmediatamente despues de la celebracion de su matrimonio, fue cuando José y María hicieron de comun acuerdo voto de virginidad.

4 Este voto de continencia en el matrimonio que ha sugerido tantos impíos sarcasmos á los filósofos volterrianos, no era una cosa inaudita entre los hebreos; era solamente un voto dictado por el entusiasmo y la cólera, mientras que el de los dos santos esposos lo fué por la piedad. Si un marido decía á su mujer, *tú eres como mi madre*, ya no le era permitido usar mas de sus derechos de esposo, y con mayor razon cuando habia hecho intervenir en este voto el altar de Jehová, el templo, ó el sacrificio. Las mujeres hacian lo mismo algunas veces; y aunque esos votos fuesen poco aprobados porque regularmente provenian de excesos y maldiciones, no por eso, despues de hechos, se estaba menos obligado á cumplirlos religiosamente.—(Basn., cap. xix, pág. 352.—Leon de Módena, *Ceremonias y costumbres de los judíos*, cap. iv.)

5 Todos los parientes escoltaban á caballo á la desposada hasta la casa de su esposo, cuando este no habitaba á mucha distancia del lugar de la fiesta; y este uso subsistió aun entre los árabes. Nosotros hemos hecho separar la caravana nupcial en Anathot, pequeña ciudad á cinco leguas de Jerusalem, porque es el primer lugar de alto.

y sus majestuosos edificios que dominaban á todo ese conjunto. Despues dejaron atras al monte Gazarim, con los costados rojizos, en donde se veian las ruinas del pueblo cismático, vergonzoso rival de la casa santa, que Juan Hircan entregó á las llamas vengadoras, y al que mas tarde debia reemplazar una iglesia dedicada á María: despues aparecieron las altas cumbres del monte Hébal, y luego Sebaste; que elevaba sus nuevos palacios bajo la égida de Augusto, y que Heródes se complacia en embellecer servilmente, como el único altar en que pudiese sacrificar el genio de Roma.

Al medio dia del segundo de camino se dividió el monte Thabor, que dibujaba su verde cabeza sobre el cielo color de plata claro de la Galilea, y mas allá las altas cimas del Líbano, que ocultaban en las nubes sus agujas de piedra cargadas de eternas nieves. Desde las faldas arboladas de Hermon, en que las cabras pacian los tiernos renuevos de los arbustos, descendieron á una llanura deliciosa que se extendia como un inmenso canasto de flores, entre colinas cubiertas de verdes robles, de mirtos, de viñedos y de magníficos bosques de olivos. Campos de cebada, de trigo y de trebol, *doura*, llenos de verdor, ondeaban blandamente bajo el impulso de una suave brisa, entibiada por la llegada de esa primavera mas temprana y cálida que las de nuestras regiones occidentales. Una luz pura y dorada acariciaba esa tierra fértil, en que se desarrollaba una vigorosa vegetacion, y cuyas aguas azuladas que tan pronto debía agotar el otoño, se deslizaban á manera de listones plateados, en aquel nuevo Edem. Veíanse aparecer aquí y allí bajo las elevadas palmeras, opulentas poblaciones; y mas allá, de distancia en distancia, sobre la cresta escarpada de una roca, una fortaleza solitaria cuyos soldados nacionales aun, y encargados de una mision protectora, no cruzaban sus sables damasquinados, sino con los bandoleros nocturnos, ó con los árabes del desierto. Ese valle de maravillosa frescura, y comprendido entre los sombríos bordes de altas montañas, era el valle de Esdrelon, en cuya estrechidad se distinguía una pequeña ciudad situada pintorescamente sobre la espalda de una colina, y que brillaba cual una flor en medio de las aldeas vecinas; era ciudad risueña y hermosa era Nazareth, la ciudad natal de la Virgen, la cuna de Cristo! (6)

6 Los filósofos del siglo último se han esmerado mucho en despreciar la Palestina; la impresion que han hecho dura todavía, y el estado de pobreza y de despoblacion de este país, que respira apenas bajo el sable de los musulmanes, los ha hecho triunfar con frecuencia á los ojos de los lectores superficiales. Sin embargo, no es dudoso que, á escepcion de las cercanías de Jerusalem, cuya esterilidad nadie ha negado, se encuentra en este país, y sobre todo en la parte que pertenecía en otro tiempo á los cananeos, la tierra de promision de Moisés. Vamos á dar dos descripciones de la Galilea, escritas á diez y ocho siglos de distancia, en prueba de esta proposicion. La Galilea, dice Flavio Josefo, se divide en alta y baja, la una y la otra muy fértil; el terreno es á la vez pingüe y ligero, abundante en pastos, propio á toda especie de producciones, y lleno de árboles de toda clase; véase sobre todo grandes plantíos de viñedos y olivares, y está regado por los torrentes que caen de las montañas, y por un gran número de fuentes y arroyos que surten de agua continuamente, y que suplen la de los ríos cuando los disipan los calores del verano. La bondad del suelo es tal, que convida al trabajo á los hombres menos laboriosos: por tanto, todo está cultivado, y no se ve terreno alguno sin producir. Sus habi-

Maria, sin duda, no pudo volver á ver sin emocion aquella ciudad, donde por primera vez vió la luz. Ella la habia abandonado muy niña, para ir á habitar los espléndidos muros del templo; volvía, pues, á verla, llena élla de hermosura, de juventud, de perfeccion, y virgen como lo era, desde el momento de partir.

Los viajeros bajaron á la casa de Santa Ana, morada antigua y misteriosa, cavada en parte en la roca, como las grutas poéticas de los tiempos antiguos (1), y que muy pronto debía ser mas santa que el templo de Jerusalem, la casa misma de Jehová. Las mujeres de Nazareth saludaron con bendiciones la llegada de la jóven esposa que se adelantaba púdica y velada, como la Rebeca de Isaac; y Maria, en medio de las felicitaciones de aquellas que la vieron nacer, entró á la pacífica habitacion paterna, que aun parecia estar impregnada del buen olor de las virtudes de Ana y de Joaquin.

CAPITULO VIII.

LA ANUNCIACION.

Fácil es imaginarse la existencia apacible y santa que llevaron los dos esposos en los primeros meses de su casta union: las horas del trabajo se intermedaban con la oracion, santificando aquel y haciéndolo menos penoso. Conforme á una antigua costumbre que aun subsiste entre los árabes, y en una gran parte del Oriente, José ejercia su profesion en un departamento separado del que habitaba Maria (2). Su taller, en el que trabajó el mismo Jesus, era una pieza baja de diez ó doce pies de ancho sobre otros tantos de largo. Un

tantes son robustos y guerreros; las ciudades y pueblos muchos, y tan poblados, que el menor puede contar hasta quince mil almas.

—(Josefo, *de Bello jud.*, lib. iii, cap. 2.) "Si se quisiese dar una idea del aspecto de la Galilea, dice á su vez un viajero moderno, no sería la Francia quien ofrecería la semejanza, sino el *Agro romano*; alrededor de Nazareth, como alrededor de Roma, se ve en todo la misma luz, la misma configuracion del terreno. La naturaleza es sublime como el Evangelio. La Galilea es un cuadro en miniatura de la Tierra Santa; y cuando se la ha visto bajo todos los aspectos del dia y de la noche, se comprende lo que fué en tiempo de Jesucristo. Para un artista, la Galilea es un Eden; nada le falta, ni los accidentes del terreno de la Judea, ni las soledades luminosas de la Palestina, ni la verdosa fecundidad de la Samaria. El Gazarim y el Monte de los Olivos no son mas sublimes que el Hermon y el Thabor, ni las playas azuladas de Ascalon mas solemnes que las riberas perfumadas del lago de Tiberiades, en que el aire desaparece bajo la luz. El suelo galileo ofrece por todas partes monumentos de la historia y milagros, pisadas de héroes y el sello de un Dios; y concócese, al contemplar la Galilea desde las alturas del Thabor, que ella fué el país que habitó el Hombre-Dios. . . . En tanto grado los recuerdos religiosos y las maravillas de la tierra y del cielo se mezclan á lo infinito."—(Véase *Correspon. de Oriente*, tom. V.)

1 Hállanse todavía en Nazareth, dice el padre Geramb, algunas casas semejantes á la de San José; es decir, pequeñas, poco elevadas, y teniendo comunicacion con una gruta practicada en el costado de la montaña.—(Véase De Geramb.)

2 Esta casa de San José está á ciento treinta ó ciento cuarenta pasos de la de Santa Ana, y se designa todavía el lugar bajo el nombre de *tienda de José*. Esta tienda habia sido trasformada en una iglesia bastante espaciosa: los turcos han destruido una parte de ella, pero queda una capilla en que se celebra todos los dias el santo sacrificio de la misa.—[*Pergrinacion á Jerusalem* por el R. P. de Geramb.]

banco de piedra colocado en la parte exterior de la casa, servía para que el pasajero ó el viajante tomase algunos momentos de descanso, resguardándole de los ardientes rayos del sol una especie de tendal ó cobertizo hecho de hojas de palmera (3). Allí era tambien donde descansaba el laborioso artesano que construía arados, yugos y carros de labranza. Algunas veces hacia levantar á su vista las cabañas del valle; otras su brazo todavia robusto derribaba al golpe del hacha los altos sicómoros y los negros terebintos del monte Carmelo (4). El salario que recibía por trabajos tan fatigosos era muy módico, y sin embargo, lo partía con los pobres.

Por otro lado, su dulce y santa compañera no estaba ociosa; dotada de un espíritu ilustrado, juicioso y discreto, sin recuerdos del pasado, sin ilusiones para el porvenir, viendo al mundo tal cual es, y conociendo verdaderamente su posicion, se conformó á ella sin ningun esfuerzo, y quiso llenar con una esactitud religiosa sus obligaciones sagradas. Desde el momento en que tomó posesion de la casa de su madre, se revistió de la pobreza como de un traje de honor enviado de parte de Dios, y comprendió lo que debía ser en la condicion obscura que la habia hecho descender la Providencia, es decir, una jóven y sencilla hija del pueblo. Todos los brillantes y ligeros trabajos correspondientes á una vida delicada, fueron desde luego olvidados, y sustituidos por los fatigosos cuidados y las ocupaciones monótonas de una casa pobre, en la que la dueña de ella no tiene ni sirvientes ni esclavos. Las manos delicadas de Maria, acostumbradas no mas á tocar telas suavísimas, tejieron con hojas de palmero ó de cañas arcaicas en la orilla del Jordan, la estera que cubria el piso de su rústica morada; su huso se cargó de un lino mas ordinario, y tenia que moler el grano de trigo, de cebada y de *doura* (5), por cuya harina tosca y amarillenta amasaba pequeñas tortas delgadas y redondas. Cubierta con su velo blanco y con una ánfora antigua sobre la cabeza (6), iba á traer el agua á una fuente poco distante (7), al modo de las mujeres de los patriar-

3 Estas tiendas existen aun del mismo modo en todo el Levante.—(Véase Burckhardt, *Viaje á la Arabia*, tom. I.)

4 San Justino mártir [*Dialog. cum Tryphone*], refiere que Jesucristo ayudaba á su padre adoptivo á hacer yugos y carros, San Ambrosio [*In Luc.*, lib. iii, cap. 2] asegura que San José trabajaba en cortar y palimentar los árboles, edificar casas y hacer otras obras de este género.

5 De estos molinos de mano los habia en cada familia judía y árabe, y se muestra aun en la Meca, en una hermosa casa que pasa por haber sido la de Khadydj, una profundidad en la que se dice que Fatme, apellidada la brillante, hija de Mahoma y esposa de Alí, daba vueltas á su molino de mano cuando tuvo edad de hacerlo.—[Véase Burckhardt *Viaje á la Arabia*.] Las mujeres de los Scheiks árabes, tienen todavía á su cargo esta penosa ocupacion. Bajo el reinado de los hijos de Clodoveo, Santa Radegunda, reina de Francia, molía por sus manos, á imitacion de la Santa Virgen, todo el grano que consumía durante la cuaresma.—[Le Grand d'Aussi, *Historia privada de los franceses*.]

6 Estas ánforas en figura de urna, son unos enormes vasos de tierra, de una altura desmedida. Las nazarenas las llevan sobre la cabeza; y bajo un peso tan enorme, y algunas veces un niño bajo del brazo, marchan con una ligereza que admira.—(De Geramb, tom. II, pág. 239.)

7 Esta fuente es llamada en el país *Fuente de Maria*. La tradicion refiere que la divina Madre de Jesus iba habitualmente

por haber creado al hombre y á la mujer, y establecido el matrimonio. Mientras que los esposos llevaban á sus labios la copa sagrada del himeneo, se cantó al Dios de Israel un cántico que contenía seis bendiciones. José arrojó despues el vino que quedaba, en muestra de liberalidad, y los concurrentes tiraron puñados de trigo en muestra de abundancia: para finalizar la ceremonia un niño rompió la copa (1).

Toda la reunion que rodeaba á los esposos con sus antorchas en la mano, bendijo al Señor, y pasó á la sala del banquete (2), que la tradicion hebrea hacia remontar á tiempos muy antiguos: se procedió al nombramiento del rey del festin, electo en la clase sacerdotal, que debía servir las viandas y el vino, y obligar á los convidados, á guardar el decoro que exigian la religion y la honestidad. José y María se levantaron tambien; pero antes de seguir á los convidados, hubo entre ellos, en presencia del cielo y de los astros que proclaman la gloria del Altísimo, algunas palabras que se cambiaron secretamente (3), *tú serás como mi madre*, dijo el patriarca, á la Virgen Santa, *y yo te respetaré como al mismo altar de Jehová*. Desde entonces no fueron á los ojos de la ley religiosa, sino hermano y hermana en el matrimonio, aunque se conservase íntegramente su union (4).

Las fiestas en que figuraban la ceremonia religiosa del sacrificio, duraron siete dias, como en tiempo de los patriarcas. Concluida la semana de las bodas, José y María, en union de una multitud de parientes que formaban á su alrededor una brillante cabalgata, volvieron á tomar el camino de Galilea. La caravana se puso en marcha al sonido de los címbalos, y no se dispersó sino hasta la fuente de Anathot (5), en donde los de Jerusalem se despidieron de los esposos, con las lágrimas en los ojos, bendiciones en la boca, y una mano puesta solemnemente sobre el corazón. Los nazarenos prosiguieron su viaje; atravesaron las montañas de la Samaria, en que el águila desde lo alto de su nido los miraba pasar sin hacer caso de su presencia. Sichem se presentó á la vista de los viajeros, con sus verdosos bosques, con sus arroyos de cristalinas aguas,

1 Basnage, lib. vii, cap. 21.—*Instit. de Moisés*, lib. vii, cap. 1, pág. 336.

2 Gaudent., Sermon 9, B. P., t. II, p. 38.

3 Santo Tomás opina que inmediatamente despues de la celebracion de su matrimonio, fue cuando José y María hicieron de comun acuerdo voto de virginidad.

4 Este voto de continencia en el matrimonio que ha sugerido tantos impíos sarcasmos á los filósofos volterrianos, no era una cosa inaudita entre los hebreos; era solamente un voto dictado por el entusiasmo y la cólera, mientras que el de los dos santos esposos lo fué por la piedad. Si un marido decía á su mujer, *tú eres como mi madre*, ya no le era permitido usar mas de sus derechos de esposo, y con mayor razon cuando habia hecho intervenir en este voto el altar de Jehová, el templo, ó el sacrificio. Las mujeres hacian lo mismo algunas veces; y aunque esos votos fuesen poco aprobados porque regularmente provenian de excesos y maldiciones, no por eso, despues de hechos, se estaba menos obligado á cumplirlos religiosamente.—(Basn., cap. xix, pág. 352.—Leon de Módena, *Ceremonias y costumbres de los judíos*, cap. iv.)

5 Todos los parientes escoltaban á caballo á la desposada hasta la casa de su esposo, cuando este no habitaba á mucha distancia del lugar de la fiesta; y este uso subsistió aun entre los árabes. Nosotros hemos hecho separar la caravana nupcial en Anathot, pequeña ciudad á cinco leguas de Jerusalem, porque es el primer lugar de alto.

y sus majestuosos edificios que dominaban á todo ese conjunto. Despues dejaron atras al monte Gazarim, con los costados rojizos, en donde se veian las ruinas del pueblo cismático, vergonzoso rival de la casa santa, que Juan Hircan entregó á las llamas vengadoras, y al que mas tarde debia reemplazar una iglesia dedicada á María: despues aparecieron las altas cumbres del monte Hébal, y luego Sebaste; que elevaba sus nuevos palacios bajo la égida de Augusto, y que Heródes se complacia en embellecer servilmente, como el único altar en que pudiese sacrificar el genio de Roma.

Al medio dia del segundo de camino se dividió el monte Thabor, que dibujaba su verde cabeza sobre el cielo color de plata claro de la Galilea, y mas allá las altas cimas del Líbano, que ocultaban en las nubes sus agujas de piedra cargadas de eternas nieves. Desde las faldas arboladas de Hermon, en que las cabras pacian los tiernos renuevos de los arbustos, descendieron á una llanura deliciosa que se extendia como un inmenso canasto de flores, entre colinas cubiertas de verdes robles, de mirtos, de viñedos y de magníficos bosques de olivos. Campos de cebada, de trigo y de trebol, *doura*, llenos de verdor, ondeaban blandamente bajo el impulso de una suave brisa, entibiada por la llegada de esa primavera mas temprana y cálida que las de nuestras regiones occidentales. Una luz pura y dorada acariciaba esa tierra fértil, en que se desarrollaba una vigorosa vegetacion, y cuyas aguas azuladas que tan pronto debia agotar el otoño, se deslizaban á manera de listones plateados, en aquel nuevo Edem. Veíanse aparecer aquí y allí bajo las elevadas palmeras, opulentas poblaciones; y mas allá, de distancia en distancia, sobre la cresta escarpada de una roca, una fortaleza solitaria cuyos soldados nacionales aun, y encargados de una mision protectora, no cruzaban sus sables damasquinados, sino con los bandoleros nocturnos, ó con los árabes del desierto. Ese valle de maravillosa frescura, y comprendido entre los sombríos bordes de altas montañas, era el valle de Esdrelon, en cuya estrechidad se distinguía una pequeña ciudad situada pintorescamente sobre la espalda de una colina, y que brillaba cual una flor en medio de las aldeas vecinas; era ciudad risueña y hermosa era Nazareth, la ciudad natal de la Virgen, la cuna de Cristo! (6)

6 Los filósofos del siglo último se han esmerado mucho en despreciar la Palestina; la impresion que han hecho dura todavia, y el estado de pobreza y de despoblacion de este país, que respira apenas bajo el sable de los musulmanes, los ha hecho triunfar con frecuencia á los ojos de los lectores superficiales. Sin embargo, no es dudoso que, á escepcion de las cercanías de Jerusalem, cuya esterilidad nadie ha negado, se encuentra en este país, y sobre todo en la parte que pertenecia en otro tiempo á los canaños, la tierra de promision de Moisés. Vamos á dar dos descripciones de la Galilea, escritas á diez y ocho siglos de distancia, en prueba de esta proposicion. La Galilea, dice Flavio Josefo, se divide en alta y baja, la una y la otra muy fértil; el terreno es á la vez pingüe y ligero, abundante en pastos, propio á toda especie de producciones, y lleno de árboles de toda clase; véase sobre todo grandes plantíos de viñedos y olivares, y está regado por los torrentes que caen de las montañas, y por un gran número de fuentes y arroyos que surten de agua continuamente, y que suplen la de los ríos cuando los disipan los calores del verano. La bondad del suelo es tal, que convida al trabajo á los hombres menos laboriosos: por tanto, todo está cultivado, y no se ve terreno alguno sin producir. Sus habi-

Maria, sin duda, no pudo volver á ver sin emocion aquella ciudad, donde por primera vez vió la luz. Ella la habia abandonado muy niña, para ir á habitar los espléndidos muros del templo; volvía, pues, á verla, llena élla de hermosura, de juventud, de perfeccion, y virgen como lo era, desde el momento de partir.

Los viajeros bajaron á la casa de Santa Ana, morada antigua y misteriosa, cavada en parte en la roca, como las grutas poéticas de los tiempos antiguos (1), y que muy pronto debia ser mas santa que el templo de Jerusalem, la casa misma de Jehová. Las mujeres de Nazareth saludaron con bendiciones la llegada de la jóven esposa que se adelantaba púdica y velada, como la Rebeca de Isaac; y Maria, en medio de las felicitaciones de aquellas que la vieron nacer, entró á la pacífica habitacion paterna, que aun parecia estar impregnada del buen olor de las virtudes de Ana y de Joaquin.

CAPITULO VIII.

LA ANUNCIACION.

Fácil es imaginarse la existencia apacible y santa que llevaron los dos esposos en los primeros meses de su casta union: las horas del trabajo se intermedaban con la oracion, santificando aquel y haciéndolo menos penoso. Conforme á una antigua costumbre que aun subsiste entre los árabes, y en una gran parte del Oriente, José ejercia su profesion en un departamento separado del que habitaba Maria (2). Su taller, en el que trabajó el mismo Jesus, era una pieza baja de diez ó doce piés de ancho sobre otros tantos de largo. Un

tantos son robustos y guerreros; las ciudades y pueblos muchos, y tan poblados, que el menor puede contar hasta quince mil almas.

(Josefo, *de Bello jud.*, lib. iii, cap. 2.) "Si se quisiese dar una idea del aspecto de la Galilea, dice á su vez un viajero moderno, no seria la Francia quien ofreciera la semejanza, sino el *Agro romano*; alrededor de Nazareth, como alrededor de Roma, se ve en todo la misma luz, la misma configuracion del terreno. La naturaleza es sublime como el Evangelio. La Galilea es un cuadro en miniatura de la Tierra Santa; y cuando se la ha visto bajo todos los aspectos del dia y de la noche, se comprende lo que fué en tiempo de Jesucristo. Para un artista, la Galilea es un Eden; nada le falta, ni los accidentes del terreno de la Judea, ni las soledades luminosas de la Palestina, ni la verdosa fecundidad de la Samaria. El Gazarim y el Monte de los Olivos no son mas sublimes que el Hermon y el Thabor, ni las playas azuladas de Ascalon mas solemnemente que las riberas perfumadas del lago de Tiberiades, en que el aire desaparece bajo la luz. El suelo galileo ofrece por todas partes monumentos de la historia y milagros, pisadas de héroes y el sello de un Dios; y conócese, al contemplar la Galilea desde las alturas del Thabor, que ella fué el país que habitó el Hombre-Dios. . . . En tanto grado los recuerdos religiosos y las maravillas de la tierra y del cielo se mezclan á lo infinito."—(Véase *Correspon. de Oriente*, tom. V.)

1 Hállanse todavia en Nazareth, dice el padre Geramb, algunas casas semejantes á la de San José; es decir, pequeñas, poco elevadas, y teniendo comunicacion con una gruta practicada en el costado de la montaña.—(Véase De Geramb.)

2 Esta casa de San José está á ciento treinta ó ciento cuarenta pasos de la de Santa Ana, y se designa todavia el lugar bajo el nombre de *tienda de José*. Esta tienda habia sido trasformada en una iglesia bastante espaciosa: los turcos han destruido una parte de ella, pero queda una capilla en que se celebra todos los dias el santo sacrificio de la misa.—[*Pergrinacion á Jerusalem* por el R. P. de Geramb.]

banco de piedra colocado en la parte exterior de la casa, servia para que el pasajero ó el viajante tomase algunos momentos de descanso, resguardándole de los ardientes rayos del sol una especie de tendal ó cobertizo hecho de hojas de palmera (3). Allí era tambien donde descansaba el laborioso artesano que construía arados, yugos y carros de labranza. Algunas veces hacia levantar á su vista las cabañas del valle; otras su brazo todavia robusto derribaba al golpe del hacha los altos sicómoros y los negros terebintos del monte Carmelo (4). El salario que recibia por trabajos tan fatigosos era muy módico, y sin embargo, lo partia con los pobres.

Por otro lado, su dulce y santa compañera no estaba ociosa; dotada de un espíritu ilustrado, juicioso y discreto, sin recuerdos del pasado, sin ilusiones para el porvenir, viendo al mundo tal cual es, y conociendo verdaderamente su posicion, se conformó á ella sin ningun esfuerzo, y quiso llenar con una exactitud religiosa sus obligaciones sagradas. Desde el momento en que tomó posesion de la casa de su madre, se revistió de la pobreza como de un traje de honor enviado de parte de Dios, y comprendió lo que debia ser en la condicion obscura que la habia hecho descender la Providencia, es decir, una jóven y sencilla hija del pueblo. Todos los brillantes y ligeros trabajos correspondientes á una vida delicada, fueron desde luego olvidados, y sustituidos por los fatigosos cuidados y las ocupaciones monótonas de una casa pobre, en la que la dueña de ella no tiene ni sirvientes ni esclavos. Las manos delicadas de Maria, acostumbradas no mas á tocar telas suavísimas, tejieron con hojas de palmero ó de cañas arcaicas en la orilla del Jordan, la estera que cubria el piso de su rústica morada; su huso se cargó de un lino mas ordinario, y tenia que moler el grano de trigo, de cebada y de *doura* (5), por cuya harina tosca y amarillenta amasaba pequeñas tortas delgadas y redondas. Cubierta con su velo blanco y con una ánfora antigua sobre la cabeza (6), iba á traer el agua á una fuente poco distante (7), al modo de las mujeres de los patriar-

3 Estas tiendas existían aun del mismo modo en todo el Levante.—(Véase Burckhardt, *Viaje á la Arabia*, tom. I.)

4 San Justino mártir [*Dialog. cum Tryphone*], refiere que Jesucristo ayudaba á su padre adoptivo á hacer yugos y carros, San Ambrosio [*In Luc.*, lib. iii, cap. 2] asegura que San José trabajaba en cortar y palimentar los árboles, edificar casas y hacer otras obras de este género.

5 De estos molinos de mano los habia en cada familia judía y árabe, y se muestra aun en la Meca, en una hermosa casa que pasa por haber sido la de Khadydj, una profundidad en la que se dice que Fatme, apellidada la brillante, hija de Mahoma y esposa de Alí, daba vueltas á su molino de mano cuando tuvo edad de hacerlo.—[Véase Burckhardt *Viaje á la Arabia*.] Las mujeres de los Scheiks árabes, tienen todavia á su cargo esta penosa ocupacion. Bajo el reinado de los hijos de Clodoveo, Santa Radegunda, reina de Francia, molía por sus manos, á imitacion de la Santa Virgen, todo el grano que consumia durante la cuaresma.—[Le Grand d'Aussi, *Historia privada de los franceses*.]

6 Estas ánforas en figura de urna, son unos enormes vasos de tierra, de una altura desmedida. Las nazarenas las llevan sobre la cabeza; y bajo un peso tan enorme, y algunas veces un niño bajo del brazo, marchan con una ligereza que admira.—(De Geramb, tom. II, pág. 239.)

7 Esta fuente es llamada en el país *Fuente de Maria*. La tradicion refiere que la divina Madre de Jesus iba habitualmente

cas; ó á lavar sus azuladas túnicas en la corriente del arroyo como las princesas de Homero.

Jesucristo, testigo de las costumbres laboriosas de esta mujer fuerte, hizo algunas veces alusion á ellas en sus parábolas; y las sencillas ocupaciones de María, se han conservado en la tela evangélica, como una flor marina se conserva en el ámbar. Vese allí, en efecto, la mujer económica y diligente, poniendo la levadura en tres medidas de harina (1), barriendo con cuidado su habitacion para encontrar una cosa perdida (2) y cosiendo las roturas de sus pobres vestidos (3). Cuando Jesús busca un ejemplo para recomendar la pureza del corazón, la toma en el recuerdo del aseó afanoso de aquella que limpiaba cuidadosamente el interior y el exterior del vaso (4); y se presume que piensa en María, cuando alaba la ofrenda de la viuda que no dá del sobrante sino de lo que le hace falta. Así tambien es como el cantor de Chio, nos representa á la Justicia bajo los rasgos de su madre, pobre mujer del pueblo, pesando exactamente la lana que ha de hilar para proveer á su alimento y al de su hijo, y perseverando honrada y justa para con el rico en medio de una profunda miseria (5).

A la venida de la noche, cuando los pájaros buscan un abrigo bajo el ramaje de los árboles, María colocaba sobre una mesa limpia y reluciente, obra de las manos de José, las pequeñas tortas de cebada y de doura, los sabrosos dátiles, los lacticios, legumbres y frutas secas que componian la comida frugal del descendiente de los príncipes de Israel. Estos manjares sencillamente preparados eran el principal alimento de los hebreos, hombres sóbrios, que en tiempo de necesidad sabian contentarse con pan y agua (6). En cuanto á la Virgen, vivía con tan poco, que algunos autores antiguos, amigos de lo maravilloso, han creído que era alimentada por los ángeles.

Cuando José, cansado del trabajo del dia, volvía al ponerse el sol á entrar en su salita baja, encontraba en ella á su jóven compañera que se apresuraba á presentarle sucesivamente el agua que habia entibiado para lavarse los piés, y la fria y limpia de la fuente en un vaso puro de todo contacto inmundo (7), para las abluciones anteriores á la comida. Aquel hombre grave y sencillo, con

á recoger allí el agua de que necesitaba; y para convenirse de que así debia ser, basta considerar que el agua escasea extremadamente en Nazareth. El camino que conduce á esta fuente, en que la piadosa madre de Constantino habia hecho construir unos hermosos pilones de recipientes, está circuido de nopales y otros árboles frutales.—(De Geramb, lugar citado.)

1 San Lucas, cap. xiii, v. 21; y San Mateo, cap. xiii, v. 33.

2 *Ibid.* cap. v, v. 36.

3 *Ibid.* cap. xv, v. 8.

4 *Ibid.* cap. vi, v. 39; y San Mateo, cap. xxiii, v. 25.

5 Las gentes arregladas comian despues de haber trabajado, y bastante tarde.—(Costumbres de los israelitas.) La principal comida de José y María se haria hacia las seis horas de la tarde, como la francesa.

6 Véase Fleuri, *Costumbres de los israelitas*, p. 61.

7 Entre los judios habia que tomar una multitud de precauciones relativas á la pureza de los vasos con que se recogia el agua, y en los cuales se preparaba la comida. No solamente se procuraba que no hubiesen pertenecido á personas estrañas, sino que tambien se llevaban los escrúpulos mucho mas lejos, porque mil circunstancias les hacian inmundos.—(Véase Mishna, *ordo puritatum*.)

su hermosa figura patriarcal, en la que no se veía la menor huella de las pasiones; aquella angelical jóven apresurándose á servirle con la solicitud de una hija querida, formaban un grupo verdaderamente digno de la edad de oro (8).

Entre tanto habia llegado la hora que el Eterno designara en sus decretos divinos para la encarnacion de su CRISTO. El ángel Gabriel, uno de los cuatro (9) que se hallan siempre delante del Señor, recibió una mision misteriosa que lo alejó por algunos momentos de las moradas celestes. Revistiéndose de uno de esos bellos mantos de vapor blanquecino, con que se envuelven los espíritus puros cuando quieren mostrarse á los ojos de los hijos de los hombres (10), el ángel dejó tras sí los palacios de oro y los muros de esmeraldas de la Jerusalem celestial, cuyas puertas son doce perlas (11), y desplegó sus anchas y blancas alas (12), iradiando su frente de un santo júbilo, porque conducia un mensaje de paz á la tierra; y los ángeles buenos se regocijan tanto de la dicha de los hombres, como los malos se complacen en su pérdida y en sus dolores.

Despues de haber recorrido los espacios inmensurables del cielo, á donde las estrellas son oasis de esos desiertos, el ángel que habia predicho á Daniel la venida del Mesías, y que venia enviado del Eterno para el cumplimiento de aquella gran promesa, se dirigió con la rapidez del pensamiento hacia nuestro pequeño planeta, que cual una estrella nebulosa, descubrió su mirada penetrante en una lontananza inmensa; que despues brilló con el débil resplandor de la via láctea, y que, en fin, tomó la redondez y la luz tranquila de la luna, cuyas fases experimenta.

Al acercarse á este pequeño globo, que el hombre en su orgullo de sabiduria ha dividido en zonas y en hemisferios, y en el cual durante su efímera existencia, se agita con un ardor insensato para amontonar algunas partículas de ese metal que ha hecho su ídolo y su tirano, el ángel comenzó á distinguir lagunas de azuladas aguas, de las que se destacaban puntos negros parecidos á pequeñas rocas sub-marinas, y eran nuestros océanos y nuestras altas montañas. Las ciudades no se distinguian aun, los hombres, cómo habian de verse! ¡Son tan pequeños! La tierra, en fin, que se habia ofrecido al principio á la vista de Gabriel bajo una forma microscópica, se fué desarrollando lentamente en vastas regiones cubiertas de reinos que intermediaban desiertos, cadenas de montañas

8 Non designabat parare et ministrare quas erant necessarias Joseph, hace decir á la Virgen un autor antiguo; y esto está en perfecta conformidad con los usos todavia existentes.

9 Habia cuatro ángeles que no se les veía nunca en la tierra, dicen los rabinos, porque siempre se hallaban cerca del trono de Dios. Estos ángeles son: Miguel, que está á la derecha; Gabriel, que está á la izquierda; Uriel, que está por delante; y Rafael, que está detrás de Dios.—(Bibl. rabin., I, p. 206.)

10 Santo Tomás de Aquino: *Cuestión unica acerca de las criaturas espirituales*, art. 6.

11 *Apocalip.* cap. xxi, v. 21.

12 Los judios representan á los ángeles con alas, lo mismo que los cristianos. El *Koran* dice que el ángel Gabriel tiene ciento cuarenta pares de alas, y que no necesita mas que una hora para venir desde el cielo á la tierra.—(Leyenda de Mahoma.)

ó bosques estensos. Llegando al zenit de la Palestina, el ángel dejó caer su mirada como una bendicion del cielo sobre la linda ciudad de Nazareth, y entonces, descendiendo suavemente de las nubes, á la manera de una de esas estrellas errantes, inclinóse graciosamente como un cisne viajero que plega sus hermosas alas sobre la santa y pobre casa de José, aquel artesano de Galilea, cuyos abuelos habian sido reyes.

El sol declinaba visiblemente hacia el alto promontorio del Carmelo, y muy pronto iba á hundirse en el horizonte del mar de Siria, cuando el ángel se presentó en el modesto oratorio de la Santa Virgen (1). Fiel observadora de las costumbres religiosas de su pueblo, María, con la cabeza vuelta hacia el punto donde quedaba el templo (2), ofrecia entonces al Dios de Jacob su oracion de la tarde (3). "Salud, María, llena de gracia," dijo el enviado celeste, inclinando su radiosa cabeza: "el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mujeres."

María experimentó un terror involuntario á esta maravillosa aparicion. Tal vez temió, como Moisés, ver á Dios y morir; tal vez, segun lo ha creído San Ambrosio, se alarmó su pudor virginal á la vista de este hijo del cielo, que á la manera de los rayos del sol, se introducía en aquella celdita solitaria donde ningun hombre habia penetrado jamas; tal vez fué la actitud respetuosa y el magnífico elogio del ángel, lo que confundió su humildad: mas sea lo que fuere, el Evangelio nos dice que María se sintió muy turbada, y que procuró, aunque en vano, explicarse el objeto de tan maravillosa visita, y el oculto sentido de aquella misteriosa salutación.

El ángel, que se apercibió de su turbacion, le dijo con suma dulzura: "No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor. Concebirás en tu seno, y darás á luz un hijo á quien pondrás por nombre Jesús. Será grande y se llamará el Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de David su padre; y reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin." A estas palabras que habrian producido en otra mujer que no fuese María, un gozo inmoderado, la casta y prudente jóven, no pensó sino en su blanca corona de Virgen, que queria conservar á toda costa; así es que, preguntó con la espresion de un candor ingenuo, cómo podria conciliarse aquella prediccion magífica con el voto de virginidad que la ligaba de por vida (4).

1 Se cree comunmente que la visita del ángel á la Santa Virgen se verificó al declinar el dia, ó mas bien á la hora del crepusculo.

2 Los pueblos de Oriente se vuelven hacia cierto punto del cielo cuando oran lo que se llama el *Kebba*. Los judios se vuelven hacia el templo de Jerusalem; los mahometanos hacia la Meca; los sabios hacia el Mediodia; y los magos hacia el Oriente.

3 Los judios oran tres veces al dia: por la mañana al salir el sol; al medio dia á las tres, que es cuando se ofrece el sacrificio; y por la tarde al ponerse el sol. Segun los rabinos, Abraham estableció la oracion de por la mañana, Isaac la del medio dia, y Jacob la de por la tarde.—(Basn., lib. vii, c. 17.)

4 Calvino, ese orgulloso herejearca, que hacia quemar á Servet al mismo tiempo que predicaba la tolerancia, y que desacreditaba las costumbres del clero católico, bajo el peso de una senten-

El pudor de una jóven es una cosa tan santa á los ojos de los ángeles, que Gabriel, para tranquilizar el de María, no temió revelar una parte del casto misterio de la Encarnacion. "La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, le dijo, y el fruto santo que ha de nacer de tí; será llamado el Hijo de Dios (5)." Entonces, siguiendo la costumbre de los enviados de Jehová, quiso darle una prueba de la verdad de sus palabras: "Elisabet tu prima, prosiguió el ángel, ha concebido un hijo en su ancianidad, y este es el sexto mes de embarazo de la que se reputaba estéril, porque para Dios nada hay imposible."

Sara manifestó con una sonrisa su incredulidad, cuando un ángel viajero, sentado á la sombra de las grandes encinas que cubrian su tienda, le anunció que tendria un hijo, á ella, anciana y estéril; María á quien se anunciaba un prodigio tan nuevo como dice Isaías, un suceso sin ejemplo en el mundo, una maternidad virginal, en fin, creyó al momento en la promesa divina, y humillándose ante AQUEL que la elevaba sobre todas las mujeres, respondió con una voz conmovida y sumisa: "Hé aquí la esclava del Señor; que se haga en mí segun tu palabra." A estas palabras, el ángel desapareció, y el VERBO se hizo carne para habitar entre nosotros (6).

De esta manera fué como el ángel de luz desempeñó la mision de nuestra salud, con la segunda Eva; y para que la culpa de la que habia traido nuestra perdicion con el ángel infernal fuese gloriosamente reparada, una simple mortal habia de ser elevada á la dignidad sin igual de Madre de Dios; y que virgen y madre, todo á un tiempo, se reuniesen en ella por un nuevo prodigio los dos estados mas opuestos y mas sublimes de su sexo. "No pasemos mas adelante en este misterio, dice San Juan Crisóstomo, y no preguntemos cómo el Espíritu Santo ha podido obrar esta maravilla en la Virgen: esta generacion divina es un abismo tan profundo, que ninguna mirada curiosa puede sondearlo." (7)

Hemos adoptado la opinion de los doctores y de los teólogos que sostienen que José era ya legalmente el esposo de María, en el momento de la Encarnacion; sin embargo, esta opinion ha sido

cia que declaraba las suyas infames, se ha atrevido á columbrar á la Virgen, tomando pretexto de esa respuesta para acusarla de incredulidad. San Agustín y San Teofilacto le habian respondido mucho tiempo antes. "La Virgen no duda, dicen estos grandes doctores; ella solamente desea instruirse del modo con que va á obrarse el milagro. San Juan Crisóstomo añade, que esta pregunta es el efecto de una profunda y respetuosa admiracion, y no de una vana curiosidad."

5 Esta narracion evangélica ha sido adoptada por los mismos musulmanes. Hé aqui como refiere el *Koran* la entrevista de la Santa Virgen y el ángel. "El ángel dice á María: Dios te anuncia su Verbo; el se llamará Jesús, el Mesías, hijo de María, grande en este mundo y en el otro, y confidente del Altísimo; los hombres escucharán su palabra desde la infancia hasta la vejez, y será el justo entre los justos.—Señor, respondió María, cómo tendré un hijo si no he conocido ningun hombre?—Pues así será, replicó el ángel: Dios forma las criaturas segun su voluntad; si desea que exista una cosa dice: Hágase, y es hecha." (El *Koran*, cap. 3.)

6 Segun el P. Drexelius, el misterio de la Encarnacion se verificó en la noche del 25 de Marzo.

7 San Juan Crisóstomo, *sermon* 4.

motivo de controversia entre los autores que pretenden que María no era todavía la esposa, sino solamente la prometida de José, y á cuyo frente hallamos al mismo San Juan Crisóstomo [1]. María, no obstante, habitaba, según la opinión de este Santo Padre, la casa de San José en el momento de la aparición del ángel: "Porque era ya antigua costumbre, dice el mismo orador sagrado, hacer venir á las prometidas á la casa de sus esposos; y esto se hace todavía algunas veces. Es sabido que los yernos de Lot, vivieron en la casa de su suegro con sus futuras esposas [2]."

A pesar de la veneración que inspira San Juan Crisóstomo, la Iglesia no se ha adherido á su opinión. La cita de los yernos de Lot, con que ha querido apoyarla, es por otra parte muy mal escogida. La Escritura no dice en ningún pasaje que ellos viviesen con Lot, y todo induce á pensar lo contrario, pues que el patriarca se vió obligado á salir de su casa en un momento de terror y de turbación, cuando el tumulto mas horroroso se propaga sordamente en la ciudad, á fin de advertir á sus yernos futuros que abandonasen á Sodoma. Así pues, suponiendo que los jóvenes que debían casarse con las hijas de Lot hubiesen ya formado parte de la familia de este patriarca, cuyos rebaños cubrían las colinas y los valles de una provincia entera, estos jóvenes, según las costumbres de aquel tiempo, no hubieran sido á las orillas del Jordán, sino lo que Jacob fué mas tarde en Mesopotamia; es decir, activos y vigilantes servidores, sufriendo en las llamas los ardores del sol, y helados por el viento de la noche [3].

No se lee en parte alguna que tuviesen á sus prometidas dentro de sus tiendas; ellas vivían bajo la égida del patriarca de quien ellos no eran mas que los primeros pastores; y nada hay en esto que se oponga á las antiguas costumbres del Asia. Huérfana, aislada, y viviendo bajo el techo del que no era todavía su esposo, la Santa Virgen, se hubiera hallado, por el contrario, en una posición enteramente excepcional. Una costumbre generalmente recibida entre los hebreos, podría solo autorizar semejante suposición; y nosotros no hallamos en su código sino una ley que se opone formalmente á ello [4]. San Crisóstomo, de acuerdo en este punto con los antiguos teólogos, nos dice, que Dios cubrió mucho tiempo con un tupido velo la maternidad milagrosa de María, á fin de preservarla de una sospecha infamante, que hubiera cedido en detrimento peligroso de la divinidad del Hijo, como del respeto que el universo entero debía á la Madre. Así pues, solo el matrimonio podía cubrir con su manto de honor el misterio inefable de la Encarnación; á lo que no bastaba la simple formalidad de los desposorios; y por otra parte, si José y María no hubiesen sido mas que prometidos en

1 M. Descontures ha colocado indebidamente á San Juan Crisóstomo en las filas opuestas: dicho escritor, generalmente juicioso, lo ha citado probablemente por referencia.

2 San Juan Crisóstomo, *sermon* 4.

3 Génesis, cap. XXI, v. 40.

4 Mischna, tom. 3 *Sponsalibus*—Bartenora, Maimónides, Surenus, Selden *Uxor hebraica*.

el momento de la Encarnación del VERBO, no habrían sido otra cosa cuatro meses después, puesto que el Evangelio nos dice que María, después de la Anunciación, *partió con toda diligencia* para la casa de Elisabet, y que hasta su vuelta del viaje á Hebron, que duró tres meses, *fué cuando se le conoció su embarazo*, frase que indica una situación visible á todos. ¿El matrimonio de María se había de haber celebrado cuando ya su maternidad era un hecho patente... inegable! ¿Qué habrían pensado las dos familias? ¿Qué hubiera dicho todo Nazareth, que acudió á presenciar la ceremonia? ¿De qué palabras tan injuriosas no hubiera sido objeto la Virgen pura, en medio de un pueblo en que el honor de las mujeres era una cosa tan sagrada, que infaliblemente era vengado con la pena de muerte? El nacimiento del Mesías, este nacimiento que debía ser puro, como el rocío de la aurora, según la poética expresión del rey David, ¿no habría sido entonces deprimido y mancillado? Los judíos, los de Nazareth, sobre todo, que se manifestaron tan hostiles á Jesucristo á quien por desprecio llamaban *el hijo del carpintero*, ¿no le habrían reprochado duramente la irregularidad de su nacimiento? Si no lo hicieron, fué, sin duda, porque ninguna apariencia podía dar motivo para ello.

He aquí, sin duda, las razones que han decidido á muchos teólogos ilustres á seguir la opinión de que el matrimonio se verificó antes de la Anunciación, á pesar del apoyo que el partido contrario encontraba en las palabras de San Mateo; palabras que parecen prestarse á diferente interpretación, pero que no ofrecen, sin embargo, un sentido bastante claro y preciso para resolver la dificultad [5]. Por lo demás, la disputa no se ha versado acerca del punto principal; esposa ó prometida, ninguno entre los verdaderos cristianos ha puesto jamás en duda que la Madre de Dios no fuese siempre la mas pura y la mas santa de las vírgenes; los mu-

5 El versículo que ha dividido á los doctores, es este: *Cristi autem generatio sic erat: cum esset desponsata mater ejus Maria Joseph, atequam conveniret inventa est in útero habens de Spiritu Sancto*. Los que se detienen en la fuerza de las palabras, dicen que la Virgen no era mas que desposada ó prometida, porque el verbo griego que traduce la expresión hebrea de San Mateo, quiere decir *desponsari*, estar prometido, y que hay otro término para significar el estar casado, así como se halla entre los latinos *desponsari* y *nubere*; de manera que San José no había aún conducido á su casa la Santa Virgen, lo que ellos prueban por aquel pasaje del versículo 20: *noli timere accipere Mariam conjugem tuam; quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est*, que explican así: tomad sin temor á María por vuestra esposa, porque lo que ha nacido en ella ha sido por obra del Espíritu Santo. Pero para traducir así, sería preciso que dijese: *in conjugem tuam*. El partido contrario, que se halla sostenido por Padres de la Iglesia, intérpretes respetables y casi todos los teólogos, se acoge para combatir á sus antagonistas al segundo capítulo de San Lucas; pues que no obstante de que la Virgen estaba ya casada con San José, el Evangelista emplea un término griego que significa *estar prometido*, y dice: *ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore prenante*, á fin de que se declarase con su mujer que era su desposada y estaba en cinta; y en el versículo 19 del cap. I de San Mateo, San José es llamado *vir ejus*, su marido, y no su desposado. Cuando San Mateo llama á la Virgen *sponsa*, desposada, aunque fuese ya esposa, esto no es decir que no hubiese todavía contraído matrimonio, sino solamente para mostrar, según lo observa un santo padre, que ella no tenía relaciones mas íntimas con su marido que si no hubiese sido mas que su desposada ó prometida.

mulmanes mismos convienen en que era *la mina y el manantial de toda pureza* [1].

CAPITULO IX.

VISITACION.

Entretanto instruida María por el Angel de la milagrosa preñez de Elisabet, se resolvió ir á felicitar á su querida y venerable parienta. Esto no fué, como se han atrevido á decir algunos herejes, porque la Virgen quisiese asegurarse por sus mismos ojos de la realidad de aquel acontecimiento que se separaba de las leyes comunes de la naturaleza; ella sabía perfectamente, que nada es imposible á Dios, y ademas no podía suponer que un enviado del cielo fuese el que le trajese de parte del Altísimo, palabras de engaño y de mentira. Partió, pues, no para asegurarse, porque ya estaba segura; partió con precipitación, porque la caridad, dice San Ambrosio, no admite dilaciones ni tardanzas; y porque buena y benévola como lo fué toda su vida, le parecía que tardaba en llevar á unos parientes cuya protección había rodeado su infancia, y que la habían considerado como su hija, una parte de esa santificación y gracias celestiales que inundaban su alma como inagotables manantiales de agua viva, desde que tenía en su casto seno al Criador del Universo.

Con la anuencia de José, cuya alma sencilla y elevada estaba en armonía con la suya, y que no tenía para ella mas que un corazón y una voluntad, María partió de Nazareth en la estación de las rosas, y se dirigió á las montañas de Judea, donde vivía Zacarías. La escritura que olvida los detalles, y refiere los acontecimientos para presentar los hechos, no dice si la Virgen fué acompañada durante este viaje; de esto han inferido algunos autores que lo hizo sola, lo que es contra toda verosimilitud. En efecto, la distancia de Nazareth á la ciudad de Ain (2), es de cinco días de camino; siendo preciso atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria, y casi todas las tierras de Judá. Ademas, el país está erizado de montañas, cortado por torrentes ó intermedado de desiertos (3). Los caminos que después repararon

1 La pureza está de tal manera reconocida aun por los musulmanes, que Abou-Ishac, embajador del califa en la corte del emperador de los griegos, teniendo una conferencia con el patriarca y unos obispos griegos, sobre puntos de religión, los obispos reprochaban á los musulmanes muchas cosas que habían sido dichas en otros tiempos por los mismos musulmanes contra Aischah, viuda de su profeta, lo que había causado divisiones entre ellos. Abou-Ishac, les dijo entonces, que no sabía por qué se admirasen de estas diferencias: cuando entre los cristianos las opiniones habían estado tan divididas acerca de la Concepción de María, Madre de Jesús, "¿á quien se puede llamar, dijo él, *la mina y el manantial de toda pureza*, genáb íamet mealo Kon ofet." [D'Herbelot, *Biblioteca oriental*, t. II, p. 620.]

2 Zacarías habitaba en Ain ó Aen á dos leguas al Sur de Jerusalén; y Santa Helena hizo fabricar una iglesia en el lugar en que estuvo la casa.

3 Aunque la Judea estuvo mucho mas poblada que en la actualidad, quedaban sin embargo algunos distritos de tal manera áridos, que no permitían cultivo alguno: el Evangelio hace men-

los romanos, hundidos entonces por las fuertes pisadas de los camellos, y cubiertos de piedras resbaladizas, amenazaban á cada paso al viajero con una caída terrible. Cuando la noche se acercaba era indispensable dormir en algun parador de caravanas, en que no se encontraba sino un pequeño recinto desprovisto de víveres, y amueblado con una simple esterilla de juncos (4); porque la hospitalidad primitiva había marcado con sucesivos decrecimientos las diferentes fases de la civilización, entonces adelantada entre los hebreos. En semejantes circunstancias ¿es presumible que un hombre de bastante edad y esperiencia como José, hubiese espuesto por gusto únicamente, á una joven bella, delicada, educada lejos del mundo y sencilla como la inocencia misma, á los peligros de todo género y á las incomodidades de toda clase que ofrecía este viaje solitario? Semejante pretension está en contradicción con la historia del pueblo de Dios y con las costumbres del Asia [5]; pues nunca una mujer judía se hubiese atrevido, sin una custodia respetable á alejarse de su casa á semejante distancia.

Si San José, como cree el padre Croisset, no pudo acompañar á María, es probable que la madre de Dios se reuniese á alguna de sus parientas, á quienes su piedad atraía á la ciudad santa con sus esposos y criados, y que desde allí prosiguiese su camino con una escolta segura. Así la vemos viajando siempre en medio de los suyos, ya sea que vaya á Jerusalem á las grandes fiestas, ya sea que siga las predicaciones de Jesús con otras santas mujeres, en un período mucho mas avanzado de su existencia. Aunque no podía tener mejor guardian que ella misma, dice San Ambrosio, nunca se la vió en los caminos sino fielmente escoltada [6].

Habiendo llegado María á la ciudad sacerdotal, donde vivía el levita y su dichosa consorte, se hizo conducir á su habitación, que era bastante conocida, sin tomar un momento de descanso. Informada Elisabet por una de sus esclavas de la visita inesperada de su prima, salió á recibirla con grandes demostraciones de alegría.

Al verla llegar, se inclinó la joven Virgen y colocando la mano sobre su corazón, le dijo: *La paz sea contigo*, apresurándose á ser la primera en saludarla [7]. Elisabet dió un paso atrás; la espres-

ción de desiertos poco apartados de las ciudades, en que Jesucristo iba á orar.

4 No existen mesones en ningún punto de la Siria ni de la Palestina, según dice Mr. de Volney; pero las ciudades y la mayor parte de los pueblos tienen un grande edificio llamado *Kervansaray* que sirve de asilo á todos los viajeros: esos hospedajes situados siempre fuera de las poblaciones se componen de cuatro alas alrededor de un patio cuadrado que sirve de parque, pero allí no hay ni víveres ni muebles.

5 Nadie viaja solo en Siria, y si solamente en tropas ó caravanas; es preciso aguardar que muchos viajeros quieran ir á un mismo punto: estas precauciones son necesarias en un país abierto á los árabes, como la Siria y la Palestina. [Volney, *Viaje á la Siria*.]

6 San Ambrosio, *de Virginitibus* l. II.

7 Esta salutación que Jesucristo empleó con frecuencia, está todavía en uso en todo el Oriente. Cuando los orientales se encuentran después del saludo, dicen: "*La paz sea con vosotros*." *Salem (alacom)*, llevando al mismo tiempo la mano sobre el co-

motivo de controversia entre los autores que pretenden que María no era todavía la esposa, sino solamente la prometida de José, y á cuyo frente hallamos al mismo San Juan Crisóstomo [1]. María, no obstante, habitaba, según la opinión de este Santo Padre, la casa de San José en el momento de la aparición del ángel: "Porque era ya antigua costumbre, dice el mismo orador sagrado, hacer venir á las prometidas á la casa de sus esposos; y esto se hace todavía algunas veces. Es sabido que los yernos de Lot, vivieron en la casa de su suegro con sus futuras esposas [2]."

A pesar de la veneración que inspira San Juan Crisóstomo, la Iglesia no se ha adherido á su opinión. La cita de los yernos de Lot, con que ha querido apoyarla, es por otra parte muy mal escogida. La Escritura no dice en ningún pasaje que ellos viviesen con Lot, y todo induce á pensar lo contrario, pues que el patriarca se vió obligado á salir de su casa en un momento de terror y de turbación, cuando el tumulto mas horroroso se propaga sordamente en la ciudad, á fin de advertir á sus yernos futuros que abandonasen á Sodoma. Así pues, suponiendo que los jóvenes que debían casarse con las hijas de Lot hubiesen ya formado parte de la familia de este patriarca, cuyos rebaños cubrían las colinas y los valles de una provincia entera, estos jóvenes, según las costumbres de aquel tiempo, no hubieran sido á las orillas del Jordán, sino lo que Jacob fué mas tarde en Mesopotamia; es decir, activos y vigilantes servidores, sufriendo en las llamas los ardores del sol, y helados por el viento de la noche [3].

No se lee en parte alguna que tuviesen á sus prometidas dentro de sus tiendas; ellas vivían bajo la égida del patriarca de quien ellos no eran mas que los primeros pastores; y nada hay en esto que se oponga á las antiguas costumbres del Asia. Huérfana, aislada, y viviendo bajo el techo del que no era todavía su esposo, la Santa Virgen, se hubiera hallado, por el contrario, en una posición enteramente excepcional. Una costumbre generalmente recibida entre los hebreos, podría solo autorizar semejante suposición; y nosotros no hallamos en su código sino una ley que se opone formalmente á ello [4]. San Crisóstomo, de acuerdo en este punto con los antiguos teólogos, nos dice, que Dios cubrió mucho tiempo con un tupido velo la maternidad milagrosa de María, á fin de preservarla de una sospecha infamante, que hubiera cedido en detrimento peligroso de la divinidad del Hijo, como del respeto que el universo entero debía á la Madre. Así pues, solo el matrimonio podía cubrir con su manto de honor el misterio inefable de la Encarnación; á lo que no bastaba la simple formalidad de los desposorios; y por otra parte, si José y María no hubiesen sido mas que prometidos en

1 M. Descontures ha colocado indebidamente á San Juan Crisóstomo en las filas opuestas: dicho escritor, generalmente juicioso, lo ha citado probablemente por referencia.

2 San Juan Crisóstomo, *sermon* 4.

3 Génesis, cap. XXI, v. 40.

4 Mischna, tom. 3 *Sponsalibus*—Bartenora, Maimónides, Surenus, Selden *Uxor hebraica*.

el momento de la Encarnación del VERBO, no habrían sido otra cosa cuatro meses después, puesto que el Evangelio nos dice que María, después de la Anunciación, *partió con toda diligencia* para la casa de Elisabet, y que hasta su vuelta del viaje á Hebron, que duró tres meses, *fué cuando se le conoció su embarazo*, frase que indica una situación visible á todos. ¿El matrimonio de María se había de haber celebrado cuando ya su maternidad era un hecho patente... inegable! ¿Qué habrían pensado las dos familias? ¿Qué hubiera dicho todo Nazareth, que acudió á presenciar la ceremonia? ¿De qué palabras tan injuriosas no hubiera sido objeto la Virgen pura, en medio de un pueblo en que el honor de las mujeres era una cosa tan sagrada, que infaliblemente era vengado con la pena de muerte? El nacimiento del Mesías, este nacimiento que debía ser puro, como el rocío de la aurora, según la poética expresión del rey David, ¿no habría sido entonces deprimido y mancillado? Los judíos, los de Nazareth, sobre todo, que se manifestaron tan hostiles á Jesucristo á quien por desprecio llamaban *el hijo del carpintero*, ¿no le habrían reprochado duramente la irregularidad de su nacimiento? Si no lo hicieron, fué, sin duda, porque ninguna apariencia podía dar motivo para ello.

He aquí, sin duda, las razones que han decidido á muchos teólogos ilustres á seguir la opinión de que el matrimonio se verificó antes de la Anunciación, á pesar del apoyo que el partido contrario encontraba en las palabras de San Mateo; palabras que parecen prestarse á diferente interpretación, pero que no ofrecen, sin embargo, un sentido bastante claro y preciso para resolver la dificultad [5]. Por lo demás, la disputa no se ha versado acerca del punto principal; esposa ó prometida, ninguno entre los verdaderos cristianos ha puesto jamás en duda que la Madre de Dios no fuese siempre la mas pura y la mas santa de las vírgenes; los mu-

5 El versículo que ha dividido á los doctores, es este: *Cristi autem generatio sic erat: cum esset desponsata mater ejus Maria Joseph, atequam conveniret inventa est in útero habens de Spiritu Sancto*. Los que se detienen en la fuerza de las palabras, dicen que la Virgen no era mas que desposada ó prometida, porque el verbo griego que traduce la expresión hebrea de San Mateo, quiere decir *desponsari*, estar prometido, y que hay otro término para significar el estar casado, así como se halla entre los latinos *desponsari* y *nubere*; de manera que San José no había aún conducido á su casa la Santa Virgen, lo que ellos prueban por aquel pasaje del versículo 20: *noli timere accipere Mariam conjugem tuam; quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est*, que explican así: tomad sin temor á María por vuestra esposa, porque lo que ha nacido en ella ha sido por obra del Espíritu Santo. Pero para traducir así, sería preciso que dijese: *in conjugem tuam*. El partido contrario, que se halla sostenido por Padres de la Iglesia, intérpretes respetables y casi todos los teólogos, se acoge para combatir á sus antagonistas al segundo capítulo de San Lucas; pues que no obstante de que la Virgen estaba ya casada con San José, el Evangelista emplea un término griego que significa *estar prometido*, y dice: *ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore prenante*, á fin de que se declarase con su mujer que era su desposada y estaba en cinta; y en el versículo 19 del cap. I de San Mateo, San José es llamado *vir ejus*, su marido, y no su desposado. Cuando San Mateo llama á la Virgen *sponsa*, desposada, aunque fuese ya esposa, esto no es decir que no hubiese todavía contraído matrimonio, sino solamente para mostrar, según lo observa un santo padre, que ella no tenía relaciones mas íntimas con su marido que si no hubiese sido mas que su desposada ó prometida.

mulmanes mismos convienen en que era *la mina y el manantial de toda pureza* [1].

CAPITULO IX.

VISITACION.

Entretanto instruida María por el Angel de la milagrosa preñez de Elisabet, se resolvió ir á felicitar á su querida y venerable parienta. Esto no fué, como se han atrevido á decir algunos herejes, porque la Virgen quisiese asegurarse por sus mismos ojos de la realidad de aquel acontecimiento que se separaba de las leyes comunes de la naturaleza; ella sabía perfectamente, que nada es imposible á Dios, y ademas no podía suponer que un enviado del cielo fuese el que le trajese de parte del Altísimo, palabras de engaño y de mentira. Partió, pues, no para asegurarse, porque ya estaba segura; partió con precipitación, porque la caridad, dice San Ambrosio, no admite dilaciones ni tardanzas; y porque buena y benévola como lo fué toda su vida, le parecía que tardaba en llevar á unos parientes cuya protección había rodeado su infancia, y que la habían considerado como su hija, una parte de esa santificación y gracias celestiales que inundaban su alma como inagotables manantiales de agua viva, desde que tenía en su casto seno al Criador del Universo.

Con la anuencia de José, cuya alma sencilla y elevada estaba en armonía con la suya, y que no tenía para ella mas que un corazón y una voluntad, María partió de Nazareth en la estación de las rosas, y se dirigió á las montañas de Judea, donde vivía Zacarias. La escritura que olvida los detalles, y refiere los acontecimientos para presentar los hechos, no dice si la Virgen fué acompañada durante este viaje; de esto han inferido algunos autores que lo hizo sola, lo que es contra toda verosimilitud. En efecto, la distancia de Nazareth á la ciudad de Ain (2), es de cinco días de camino; siendo preciso atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria, y casi todas las tierras de Judá. Ademas, el país está erizado de montañas, cortado por torrentes ó intermediado de desiertos (3). Los caminos que después repararon

1 La pureza está de tal manera reconocida aun por los musulmanes, que Abou-Ishac, embajador del califa en la corte del emperador de los griegos, teniendo una conferencia con el patriarca y unos obispos griegos, sobre puntos de religión, los obispos reprochaban á los musulmanes muchas cosas que habían sido dichas en otros tiempos por los mismos musulmanes contra Aischah, viuda de su profeta, lo que había causado divisiones entre ellos. Abou-Ishac, les dijo entonces, que no sabía por qué se admirasen de estas diferencias: cuando entre los cristianos las opiniones habían estado tan divididas acerca de la Concepción de María, Madre de Jesús, "¿á quien se puede llamar, dijo él, *la mina y el manantial de toda pureza*, genáb íamet mealo Kon ofet." [D'Herbelot, *Biblioteca oriental*, t. II, p. 620.]

2 Zacarias habitaba en Ain ó Aen á dos leguas al Sur de Jerusalén; y Santa Helena hizo fabricar una iglesia en el lugar en que estuvo la casa.

3 Aunque la Judea estuvo mucho mas poblada que en la actualidad, quedaban sin embargo algunos distritos de tal manera áridos, que no permitían cultivo alguno: el Evangelio hace men-

los romanos, hundidos entonces por las fuertes pisadas de los camellos, y cubiertos de piedras resbaladizas, amenazaban á cada paso al viajero con una caída terrible. Cuando la noche se acercaba era indispensable dormir en algun parador de caravanas, en que no se encontraba sino un pequeño recinto desprovisto de víveres, y amueblado con una simple esterilla de juncos (4); porque la hospitalidad primitiva había marcado con sucesivos decrecimientos las diferentes fases de la civilización, entonces adelantada entre los hebreos. En semejantes circunstancias ¿es presumible que un hombre de bastante edad y esperiencia como José, hubiese espuesto por gusto únicamente, á una joven bella, delicada, educada lejos del mundo y sencilla como la inocencia misma, á los peligros de todo género y á las incomodidades de toda clase que ofrecía este viaje solitario? Semejante pretension está en contradicción con la historia del pueblo de Dios y con las costumbres del Asia [5]; pues nunca una mujer judía se hubiese atrevido, sin una custodia respetable á alejarse de su casa á semejante distancia.

Si San José, como cree el padre Croisset, no pudo acompañar á María, es probable que la madre de Dios se reuniese á alguna de sus parientas, á quienes su piedad atraía á la ciudad santa con sus esposos y criados, y que desde allí prosiguiese su camino con una escolta segura. Así la vemos viajando siempre en medio de los suyos, ya sea que vaya á Jerusalem á las grandes fiestas, ya sea que siga las predicaciones de Jesús con otras santas mujeres, en un período mucho mas avanzado de su existencia. Aunque no podía tener mejor guardian que ella misma, dice San Ambrosio, nunca se la vió en los caminos sino fielmente escoltada [6].

Habiendo llegado María á la ciudad sacerdotal, donde vivía el levita y su dichosa consorte, se hizo conducir á su habitación, que era bastante conocida, sin tomar un momento de descanso. Informada Elisabet por una de sus esclavas de la visita inesperada de su prima, salió á recibirla con grandes demostraciones de alegría.

Al verla llegar, se inclinó la joven Virgen y colocando la mano sobre su corazón, le dijo: *La paz sea contigo*, apresurándose á ser la primera en saludarla [7]. Elisabet dió un paso atrás; la espres-

cion de desiertos poco apartados de las ciudades, en que Jesucristo iba á orar.

4 No existen mesones en ningún punto de la Siria ni de la Palestina, según dice Mr. de Volney; pero las ciudades y la mayor parte de los pueblos tienen un grande edificio llamado *Kervansaray* que sirve de asilo á todos los viajeros: esos hospedajes situados siempre fuera de las poblaciones se componen de cuatro alas alrededor de un patio cuadrado que sirve de parque, pero allí no hay ni víveres ni muebles.

5 Nadie viaja solo en Siria, y si solamente en tropas ó caravanas; es preciso aguardar que muchos viajeros quieran ir á un mismo punto: estas precauciones son necesarias en un país abierto á los árabes, como la Siria y la Palestina. [Volney, *Viaje á la Siria*.]

6 San Ambrosio, *de Virginitibus* l. II.

7 Esta salutación que Jesucristo empleó con frecuencia, está todavía en uso en todo el Oriente. Cuando los orientales se encuentran después del saludo, dicen: *"La paz sea con vosotros."* *Salem (alacom)*, llevando al mismo tiempo la mano sobre el co-

sion animada y amistosa de su fisonomía, había causándole un profundo respeto; sus facciones se animaron gradualmente; veíase que una cosa extraña y prodigiosa pasaba en su interior. La simple fórmula de política, que la Virgen había pronunciado con su dulce y suave voz, había conmovido á su parienta. Repentinamente el espíritu profético descendió sobre Isabel, y exclamó: "Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde me viene esta dicha, añadió, de que la madre de mi Señor venga hacia mí? porque apenas tu voz ha sonado en mi oído, he sentido que mi hijo se ha estremecido de gozo en mi seno. Eres bienaventurada por haber creído, pues se cumplirá lo que te han dicho de parte del Señor."

La respuesta de María fué la sublime improvisación del *Magnificat*, el primer cántico del Nuevo Testamento, y el mas bello de las Santas Escrituras.

"Glorifica mi alma al Señor, y mi espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad de Dios mi Salvador.

"Porque ha puesto la mira en la humilde sierva suya; y ved aquí el motivo porque me tendrán por dichosa y feliz todas las generaciones.

"Pues ha hecho en mi favor cosas grandes y maravillosas, el que es *Todo-Poderoso*, y su nombre infinitamente Santo.

"Su misericordia se estiende, de generacion en generacion, á todos cuantos le temen.

"Estendió el brazo de su poder, y dispuso el orgullo de los soberbios, trastornando sus designios.

"Desposeyó á los poderosos, y elevó á los humildes.

"A los necesitados llenó de bienes, y á los ricos los dejó sin cosa alguna.

"Escaló á Israel su siervo, acordándose de él por su gran misericordia y bondad.

"Así como lo había prometido á nuestros padres, á Abraham y á toda su descendencia."

De este modo fué como la Virgen vió de un golpe, con una luz sobrenatural, esas antiguas profecías y su perfecto cumplimiento, siendo mil veces mas ilustrada y privilegiada que todos los profetas juntos. "En esta célebre entrevista, y en esta admirable conversacion, dice San Ambrosio, María é Isabel profetizaron ambas por el Espíritu Santo que las iluminaba, y por el mérito de sus hijos."

La Virgen permaneció tres meses en el país de los Hethéos, teniendo lugar esta larga visita á corta distancia de la ciudad de Ain, en el fondo de un sombrío y fértil valle, donde tenia Zacarías su casa de campo (1). Entonces fué cuando la hija de David, también profetisa y dotada de un génio igual al del ilustre gefe de su familia, pudo contemplar á su satisfacción el estrellado cielo, los

razon. Esta salutación se acostumbraba desde el tiempo de Abraham (Savary, *Nota sobre el cap. II del Koran.*)

1 Esta casa de campo estaba á una corta distancia de Ain en el fondo de un valle agradable y fértil, que sirve ahora de Jardín al pueblo de San Juan. Habíase construido en este paraje en honor de la Visitacion una iglesia, que en la actualidad no es mas que un monton de ruinas. (*Viajes de Jesucristo, pág. 4.*)

sonoros bosques, y el espacioso mar que estendia al horizonte, sus agitadas ó apacibles olas sobre las azuladas y resonantes playas de la Siria. La Santa Virgen no miraba por cierto con indiferencia esas magníficas escenas de la creacion. Todas las obras de la naturaleza le hablaban de su grande Autor, y venian á arrobar dulcemente su alma, despues de haber encantado sus ojos. La llanura que se estendia á su vista, mas allá de los montes de la Arabia, la bóveda azulada que se desplegaba cual un estenso pabellon sobre las habitaciones de los hombres, le daban una idea de la inmensidad del Dios criador; las doradas espigas de las cosechas, los sabrosos frutos, y la frescura de los manantiales de las montañas, le anunciaban su providencia; el estruendo de las tempestades, su poder; la armonía de los cielos su sabiduría; y el cuidado que toma por los pajarillos y los insectos, atestiguaban su bondad providente.

En esas escursiones campestres, algunas veces se reclinaba en el borde de una cristalina fuente, pues le agradaba ver la espuma y escuchar el murmullo de las aguas; este manantial llamado Nephthoa, en tiempo de Josué, tiene hoy el nombre de María (2).

Tras de la elegante *casa de campo* del pontífice hebreo, se estendia uno de esos jardines llamados *paraísos* entre los persas, y cuyos adornos y disposicion habian imitado los cautivos de Isarel, del pueblo de Ciro y de Semíramis; veíanse allí los mas hermosos árboles de la Palestina, el conjunto de grupos de flores arrojados como á la ventura en las llanuras, el suave perfume de los naranjos, y los arroyos que se deslizaban bajo las ramas pendientes de los sauces, proyectando una sombra encantadora. Allí era donde la dulce y grata conversacion de María, hacia olvidar á Israel sus temores sobre un acontecimiento cuya esperanza la colmaba de alegría, pero que su avanzada edad podia contribuir á que tuviese un funesto resultado. ¡Cuán religiosa debia de ser la conversacion de aquellas santas mujeres! La una joven, sencilla é ignorante del mal, como Eva al salir de las manos del Señor; la otra cargada de años y rica con la larga esperiencia de las cosas de la vida; ambas profundamente piadosas, y objeto á la vez de las complacencias de Jehová: la una llevando en su seno, tan largo tiempo estéril, un hijo que debia ser, *profeta y mas que profeta*; la otra el fruto bendito del Altísimo, el gefe y el libertador de Israel.

En las hermosas noches del estío, cuando la pálida luz de la luna alumbraba el ramaje de los árboles, se colocaba la comida de la familia opulenta bajo una ancha higuera, ó bajo los verdes pámpanos de una frondosa vid (3); el corderillo alimentado en los profundos valles que rodean á Belen,

2 De esta fuente mana tan grande abundancia de agua como que riega y fecunda todo el valle. La tradicion refiere que María iba á ella algunas veces, y esta fuente que llevaba el nombre de Neplita en tiempo de Josué, lleva hoy el de *Fuente de la Virgen.*

3 Los hebreos comian gustosos en los jardines bajo los árboles y emparraados, porque es natural en los países cálidos buscar el aire fresco. (Fleury, *Costumbres de los israelitas*, pág. 101.)

el cabrito de las aromáticas montañas de Bethel, las aves que cazaban los israelitas, los pescados cogidos por los pescadores sidonenses, la manteca, el queso, las natas, el panal de miel; todo se reunia en aquella abundante mesa; así como se llevaban en canastos de hojas de palmera, las granadas, los higos, las uvas de Galilea y los dátiles de Jericó (1), que figuraban en la mesa misma del César; veíanse también los albérchigos de Armenia, las ciruelas de Damasco, los allónsigos de Aleppo, los melones que se producian en las riberas del Nilo, y esa caña dulce de las huertas de Egipto, de las que habla Herodoto, como de un manjar exquisito; en fin, circulaba en ricas copas el dorado vino del Libano, el perfumado de Chipre, que el mayordomo tenia guardado en jarras de piedra (2). María, sôbria como siempre, se contentaba en medio de esta abundancia, con algunas frutas y una copa de agua. La frugalidad no era para ella una virtud obligatoria, una abstinencia de circunstancias, sino una virtud de eleccion (3).

Algunos autores para realzar la humildad de la Santa Virgen, que no tiene necesidad de que ninguno la apoye, han pretendido que desempeñaba al lado de Elisabet el oficio de *criada*, y casi el de esclava.

Esto no es mas que una inconsecuencia: Elisabet no habria jamas permitido que una mujer á quien ella misma habia proclamado la Madre de su Señor, y á quien habia ensalzado altamente sobre todas las hijas de Sion, humillarse así en su presencia.

A la santa esposa de Zacarías (4), no debian faltar criados ni esclavos. Segun la confesion de los cristianos y de los judíos, esta familia era distinguida, y el nacimiento ilustre de San Juan Bautista oscureció en cierto modo el de Jesucristo, nacido de padres mucho menos notables, y viviendo pobremente segun las costumbres humildes del pueblo.

Los cuidados que la amable y dulce Virgen pro-

1 Los dátiles de Siria y de Judea son amarillos y negros, casi redondos como manzanas y muy dulces. Plinio cuenta hasta cuarenta y nueve especies de esta fruta.

2 Los judíos establecidos en Yemen se sirven todavia de estas jarras. (Niebuhr, *Viaje á la Arabia.*)

3 Su abstinencia no parecia un ayuno, porque era mas bien una costumbre de no hacer uso de alimentos, si así puede decirse. (El padre Valverde, *Vida de Jesucristo*, tom. 1, pág. 60.)

4 Zacarías descendia de Abdias, padre de la octava familia sacerdotal. Estas antiguas familias eran raras, y algunas de ellas se habian fijado en Persia despues del cautiverio. Elisabet descendia de Aaron y de David. (Valverde, *Vida de Jesucristo*, tom. 1, pág. 63.)—Los judíos ponian á San Juan Bautista muy superior á Jesucristo, porque habia pasado su vida en el desierto y era hijo de un gran sacerdote. Jesucristo, por el contrario, nacido de una pobre mujer, parecia un hombre comun. (Crisóstomo, sobre San Mateo, serm. 12.)—Los musulmanes han conservado una grande idea de San Juan Bautista, á quien llaman *Jahia ben Zacarías*, Juan, hijo de Zacarías. Soadi, en su *Gulistan*, hace mención del sepulcro de San Juan Bautista venerado en el templo de Damasco: en él hacia sus oraciones, y refiere las de un rey árabe que fué allí en peregrinacion. El califa Abdal Maleek quiso comprar esta Iglesia á los cristianos; pero habiendo rehusado éstos la cantidad de cuatro mil *dinars* ó doblas de oro que les habia ofrecido, se apoderó de ella. (Herbelot, *Bibliot. orient.* tom. 2.)

digaba á Elisabet, nada tenían de penoso ni de servil; eran tan solo aquellas atenciones afectuosas y delicadas, que habria prodigado á su madre, si el cielo se la hubiera conservado; y muchas veces, creyó volver á ver á los autores de sus dias en la pareja cariñosa, devota y venerable que la amaba paternalmente, y que le acreditaba, desde la primera entrevista, en que se revelaron sus grandezas tan maravillosamente, un sentimiento de admiracion mezclado de respeto, que María se esforzaba en evitar humildemente, aunque sin poder conseguirlo.

Fácilmente se comprende, dicen los Santos Padres, cuántas bendiciones atrajo la visita de la Virgen sobre aquella familia sacerdotal, que con tanta ternura la habia recibido. Si el Señor bendijo á Obededon y á cuanto le pertenecia, hasta el extremo de inspirar zelos al santo rey David, por haber guardado tres meses en su casa el Arca de la alianza; cuántas gracias no debieron inundar desde lo alto el corazón de Zacarías y de todos sus parientes, durante los tres meses que vivió con ellos Aquella, de quien no era mas que el emblema el Arca de la antigua ley, por santa y respetable que fuese! "La pureza con que vivió siempre San Juan, dice San Ambrosio, fué efecto de esa uncion y de esa gracia derramadas en su alma por la presencia de la Virgen."

No se sabe de una manera precisa si la Madre de Dios asistió al alumbramiento de su prima. Orígenes, San Ambrosio y otros autores respetables, tanto antiguos como modernos, se deciden por la afirmativa; y esta opinion es la mas verosímil; porque hubiera sido muy extraño que María, despues de haber estado tanto tiempo al lado de su parienta, la abandonase en la hora del peligro, y sin ningun motivo que justificase una marcha tan intempestiva y precipitada. La costumbre escigia que todas las matronas de la familia rodeasen á la nueva madre, para regocijarse con ella de su felicidad; el Evangelio nos enseña que Elisabet no estuvo abandonada en estos momentos solemnes, y que el nacimiento de San Juan Bautista atrajo á la casa de su padre un gran concurso de parientes y amigos. Se alega que las vírgenes no asistian á esta especie de reuniones; esto es racional: pero María era casada, y por consiguiente estaba obligada á desempeñar los deberes de urbanidad, de que no podia dispensarse, sin faltar á las costumbres admitidas desde el tiempo de los patriarcas. De las costumbres sencillas y recatadas de la Virgen, se infiere que la sola procsimidad de las fiestas con que se celebró el nacimiento del precursor de Jesucristo, la haria alejarse de allí cual una tierna paloma espantada. Este argumento no tiene fuerza. María pudo conciliar muy bien su poca inclinacion al mundo, con ese sentimiento exquisito de conveniencia que los Santos Padres le atribuyen, y con la tierna solicitud por la sobrina de su madre; así es que debió permanecer bajo el techo del pontífice hasta que Elisabet estuviese fuera de peligro; y huyendo de la admiracion que nunca dejaba de escitar, debió dejar las montañas de Judea,

después de haber abrazado y bendecido al nuevo Elías [1].

Un autor religioso observa que la bienaventurada hija de Joaquín había ido á toda prisa á visitar á su prima, pero que se alejó lentamente, y como á su pesar, de aquellos frondosos valles, cuyas encinas habían abrigado á los ángeles (2): tal vez como el pájaro de los mares, tenía ella el presentimiento de las tormentas.

CAPITULO X.

EMBARAZO VIRGINAL DE MARIA.

Vuelta María á Nazareth, se entregó sin esfuerzo á la vida del pueblo, y continuó las humildes ocupaciones que había tenido que suspender, en la esfera mas elevada en que acababa de hallarse. Volvió á ser la jóven ama de su casa, activa y diligente, que tenía tiempo para el trabajo, para la oración, para la lectura de los libros santos, que establecían la comunicacion con el cielo; y que parecía haberse aplicado aquellas hermosas y sábias palabras del salmista: "todo el honor de la hija de un príncipe consiste en el interior de su casa." Entretanto, adelantaba su embarazo virginal, y José comenzaba á manifestarse melancólico y sombrío.

Una terrible incertidumbre, una dolorosa vacilacion, atormentaban el alma recta y noble del patriarca. Al principio no dió crédito á sus propios ojos, y le parecia mejor, dudar del testimonio de sus sentidos que de la pureza de una mujer, que siempre le había parecido un prodigio de candor y santidad. Pero el estado de María se presentaba mas visible cada día: se conoció su preñez, dice el Evangelio, lo que significa que todo Nazareth lo advirtió, y que los parientes de José le ofrecieron con la inocencia de su corazón felicitaciones crueles, que debió recibir sin que su rostro se alterase, y que iluminaron repentinamente su espíritu con la funesta claridad del relámpago. Según el proto-evangelio de Santiago, en el primer impulso

1 Los teólogos que han abrazado la opinion contraria á la de Orígenes y de San Ambrosio, se apoyan sobre el pasaje de San Lucas, que no habla del alumbramiento de Santa Isabel, sino después de la vuelta de la Santísima Virgen á Galilea. Parecemos que deba muy bien reflexionarse acerca de este punto: tambien hemos examinado cuidadosamente el evangelio de este apóstol, y este exámen minucioso nos ha convencido de que esta razon no es concluyente, atendiendo á la manera con que San Lucas acostumbra hacer sus trasposiciones, de que podíamos citar muchos ejemplos; pero uno solo basta á nuestro propósito. Después de haber seguido la predicacion de San Juan Bautista, y anunciado su aprehension, San Lucas habla en el versículo siguiente del bautismo de Jesucristo, que no puede haber duda antecedió á la prision y á la muerte trágica del Precursor. Ved aqui lo que nos induce á adoptar la opinion de San Ambrosio, cuya verosimilitud se palpa desde luego.—El padre Valverde, que ha estudiado profundamente á los Santos Padres de la Iglesia, es igualmente de opinion que la Santa Virgen no dejó á sus parientes, sino después de haber abrazado y bendecido al precursor del Mesías.

2 En el valle de Mambré, que no está mas que á seis estadios del Hebron, se mostraba todavía en el tiempo de San Gerónimo un árbol de una estremada corpulencia, bajo el cual se suponía había recibido Abraham la visita de los tres ángeles que le anunciaron el nacimiento de Isaac.

de su dolor, José se prosternó delante del Señor, y con el rostro inclinado y lloroso exclamó: "¿Quién me ha traicionado? ¿Quién ha traído el deshonor á mi casa?" Después, cediendo á su ternura por la jóven huérfana, á quien siempre había mirado como la perla y el honor de su secso, se acusó amargamente de no haberla guardado bastante. "Ay! se decía, mi historia es la de Adam: cuando descansaba con mayor confianza en su gloria y en su felicidad, entonces fué cuando Satanás engañó á Eva con palabras mentirosas y la sedujo." (3) Cuando José se calmó lo suficiente para reflexionar, se encontró en una alternativa cruel.

Según la ley de los judíos, la adúltera era castigada con la muerte. Cuando no había testigos, (bastaba uno solo), y si la mujer negaba la acusacion, se la conducía por órden del Sanhedrin á la puerta oriental del templo, y allí, en presencia de todos, después de arrancarle violentamente su velo, se le ponía en la garganta una cuerda traída de Egipto, para que recordase los milagros que Dios había hecho en aquel país, y con los cabellos esparcidos sobre las espaldas, lo cual era una señal de infamia para las judías; un sacerdote se presentaba pronunciando una fórmula de maldición terrible, y á la que debía responder, *Amen*; la célebre copa de las aguas de los zelos, que tambien se llamaban *aguas amargas*, porque tenían el sabor del absinto (4). Esta copa maldita hacia morir infaliblemente á la esposa criminal, á menos que el marido hubiese sido igualmente infiel, porque entonces el milagro no se verificaba, "atendiendo, decían los doctores de Israel, á que no hubiera sido justo que uno de los culpables fuese absuelto, mientras el otro era castigado por Dios (5)." Un esposo de carácter violento, no habría dejado de conducir á María á presencia de los sacerdotes del Señor, con el fin de someterla á la terrible prueba de las aguas amargas; pero José, el mas moderado y al mismo tiempo el mas justo de los hombres, no pensó ni por un momento adoptar este partido estremo. No pudiendo conservar á María bajo su techo, porque el honor y la ley de Moisés se lo prohibían, quiso tomar al menos todas las precauciones posibles para que esta separacion dolorosa no causase ninguna mancha sobre su virtud; porque él era justo y no quería deshonrarla. "La repudiaré, se decía tristemente José, pero delante de Dios y no en presencia de los jueces, que la condenarian á morir, y á mí á arrojarle la primera piedra (6); quiero salvarla de los disgustos y recriminaciones de su familia, y del desprecio del mundo, pero cómo salir de este oscuro dedalo en que el deshonor y la muerte se presentan en todos los senderos?" Y el hijo de David quedó sumergido en un abatimiento estremo.

No pudo ocultarse á María la sombría tristeza

3 *Proto-evangelio de Santiago* en los apócrif. de Fabric, t. I, pág. 97.

4 Basnage, lib. vii, cap. 22.

5 *Wagenseil, in Sotah*, p. 241.

6 La ley de los judíos prevenía que el acusador arrojase la primera piedra contra el que había hecho condenar. [*Inst. de Moisés*, tom. II, pág. 65.]

del hombre justo á quien la había confiado Dios mismo; y debió costarle mucho ocultar á José la gloriosa embajada del ángel. ¿Pero cómo revelar un acontecimiento tan inaudito, tan milagroso como el de su maternidad divina, sin otra prueba que su palabra? Persuadida y con razon de que para que fuese creído el misterio de la *Encarnacion del Verbo*, debía revelarse por medios sobrenaturales, y dejar á *Aquel* que había operado en ella cosas tan grandiosas, el cuidado de convencer á José, de su inocencia; "la hija de David, dice el gran obispo de Meaux, con riesgo de verse no solamente abandonada y rodeada de sospechas, sino aun perdida y deshonrada, descansó en Dios, y permaneció tranquila."

El Eterno desde lo alto de su refulgente trono se complacia en ver al hombre justo á quien había sometido á tan dura prueba (1) antes de elevarle al supremo honor de ser su representante sobre la tierra; y los ángeles, fijos los ojos en la santa casa de Nazareth, esperaban con ansia el resultado de esa lucha íntima y secreta, en que combatían la humanidad, el deber, y los mas nobles sentimientos del alma. Al fin se decidió el patriarca por una idea tan generosa como heroica, y que casi le coloca al nivel de la Reina de los ángeles: resolvió sacrificar su honor, la estimacion que le había valido una vida sin mancha, los medios de subsistencia que le proporcionaban el sustento del día, y en fin, el aire de su país natal, que tan grato es respirar cuando uno se acerca á la tumba, y todo por salvar la reputacion de una esposa que ni procuraba justificarse, y á quien las apariencias acusaban tan cruelmente. No había mas que un medio de abandonar á María sin perderla, pues su familia habría provocado esplicaciones que se hubieran terminado de un modo fatal; ese medio era el de espatriarse, ir á morir lejos en el suelo del destierro, y atraer sobre sí propio toda la odiosidad de semejante abandono. Hay resignaciones tan gloriosas como los triunfos y dolores sufridos pacientemente, que el cielo premia con tanta munificencia como el martirio: el sacrificio desconocido del esposo de la Virgen, fué de este número. Para conciliar su deber y su humanidad, aceptó de antemano las tristes calificaciones de esposo sin corazón, de padre sin entrañas, de hombre sin conciencia ni fe, aceptó de antemano el menosprecio de sus parientes, el odio mortal de los de María, y resolvió arrancarse con su propia mano la corona de su honor, para arrojarla á los pies de esa jóven, cuyo estado misterioso é inesplicable llenaba su corazón de tristeza, y de amargura su existencia.

San Juan Crisóstomo no cesa de admirar la bella y noble conducta de San José. "Era preciso, dice este gran santo, que al acercarse la gracia del Salvador, apareciesen ya muchas señales de una

1 "Sin duda, dice Bossuet (*Elev. sur les Myst.*) Dios habría podido evitar á José todas estas penas revelándole desde luego el misterio de la preñez virginal de María; pero entonces no se hubiera sometido su virtud á aquella prueba, y venido después la victoria que obtiene el Santo Patriarca sobre la mas indomable de las pasiones, y cómo los mas justos y fundados zelos quedan vencidos á los pies de la virtud.

perfeccion mas heroica, que todo lo que hasta esa época se había creído de mas perfecto sobre la tierra. Como cuando el sol va á aparecer, el oriente se colora de vivos resplandores, antes que los primeros rayos del día hayan tocado al horizonte; del mismo modo Jesucristo, antes de salir del seno de la Virgen, iluminaba ya el mundo antes de nacer. Esta es la razon porque aun antes de su divino nacimiento, los profetas se estremecieron de gozo en el seno de sus madres, las mujeres profetizaron, y José resplandeció con una virtud sobrehumana."

Hemos adoptado la opinion de San Juan Crisóstomo mejor que la de San Bernardo, que supone que José penetró por sí mismo el misterio de la encarnacion de Jesucristo, y que viendo á María en cinta no dudó, atendida la profunda veneracion que le tenía, de que fuese la Virgen milagrosa de Isaías. "Lo creyó, dice el apóstol de las cruzadas, y solo por un sentimiento de humildad y respeto, semejantes á aquel que hizo decir después á San Pedro: *Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador*;" fué por lo que San José, que no era menos humilde que Pedro, pensó tambien alejarse de la Virgen, no dudando que llevaba en su santo seno al Salvador de los hombres."

Esta interpretacion sumamente piadosa, y digna del que ha sido honrado con el título de *devo'o capellan de María*, está mas conforme con las ideas ascéticas de la edad media que con las costumbres antiguas de los hebreos, y se pulveriza por consiguiente, con el exámen detenido del testo. En efecto, las palabras del evangelista, son tan claras que es necesario un gran talento para obscurecerlas. Lo que sugirió á José la idea de abandonar á María, no fué el movimiento instintivo de temor que nos hace permanecer á distancia de un objeto sagrado, sino un pensamiento de conciencia y de deber. "El era justo, dice Bossuet, y su justicia no le permitía estar en compañía de una mujer que no podía creer inocente; porque sospechar tan solo que aquella encarnacion se había verificado por obra del Espíritu Santo, milagro verdaderamente sin ejemplo, era cosa que no podía caber en el espíritu humano." (2)

Según la hipótesis de San Bernardo, las palabras del ángel no habrían tenido sentido, ó lo tendrían falso, lo que no es posible. "No temas, dijo el enviado del Altísimo, guarda á esa mujer en tu compañía, porque ninguna mancha humana la ha deshonrado; lo que de ella ha de nacer es obra del Espíritu Santo." ¿Protesta José de su indignidad en el instante que sabe con certeza que María lleva en su seno al mismo Autor de la naturaleza? ¿Espone al ángel sus dudas, que entonces debían ser mas fuertes que nunca? ¿Pide que esa preciosa copa de honor que le presenta el enviado celeste pase á un mortal mas digno que él? Nada de esto hace; las borrascas de su alma se calman, y entra en la profunda tranquilidad que sucede á las grandes tormentas morales.

Arguyen arguyen diciendo que las profecías del

2 Bossuet, *Elev. sur les Myst.*, tom. II, pág. 135.

después de haber abrazado y bendecido al nuevo Elías [1].

Un autor religioso observa que la bienaventurada hija de Joaquin había ido á toda prisa á visitar á su prima, pero que se alejó lentamente, y como á su pesar, de aquellos frondosos valles, cuyas encinas habían abrigado á los ángeles (2): tal vez como el pájaro de los mares, tenía ella el presentimiento de las tormentas.

CAPITULO X.

EMBARAZO VIRGINAL DE MARIA.

Vuelta María á Nazareth, se entregó sin esfuerzo á la vida del pueblo, y continuó las humildes ocupaciones que había tenido que suspender, en la esfera mas elevada en que acababa de hallarse. Volvió á ser la jóven ama de su casa, activa y diligente, que tenía tiempo para el trabajo, para la oración, para la lectura de los libros santos, que establecían la comunicacion con el cielo; y que parecía haberse aplicado aquellas hermosas y sábias palabras del salmista: "todo el honor de la hija de un príncipe consiste en el interior de su casa." Entretanto, adelantaba su embarazo virginal, y José comenzaba á manifestarse melancólico y sombrío.

Una terrible incertidumbre, una dolorosa vacilacion, atormentaban el alma recta y noble del patriarca. Al principio no dió crédito á sus propios ojos, y le parecia mejor, dudar del testimonio de sus sentidos que de la pureza de una mujer, que siempre le había parecido un prodigio de candor y santidad. Pero el estado de María se presentaba mas visible cada día: se conoció su preñez, dice el Evangelio, lo que significa que todo Nazareth lo advirtió, y que los parientes de José le ofrecieron con la inocencia de su corazón felicitaciones crueles, que debió recibir sin que su rostro se alterase, y que iluminaron repentinamente su espíritu con la funesta claridad del relámpago. Según el proto-evangelio de Santiago, en el primer impulso

1 Los teólogos que han abrazado la opinion contraria á la de Orígenes y de San Ambrosio, se apoyan sobre el pasaje de San Lucas, que no habla del alumbramiento de Santa Isabel, sino después de la vuelta de la Santísima Virgen á Galilea. Parecenos que deba muy bien reflexionarse acerca de este punto: tambien hemos examinado cuidadosamente el evangelio de este apóstol, y este exámen minucioso nos ha convencido de que esta razon no es concluyente, atendiendo á la manera con que San Lucas acostumbra hacer sus trasposiciones, de que podíamos citar muchos ejemplos; pero uno solo basta á nuestro propósito. Después de haber seguido la predicacion de San Juan Bautista, y anunciado su aprehension, San Lucas habla en el versículo siguiente del bautismo de Jesucristo, que no puede haber duda antecedió á la prision y á la muerte trágica del Precursor. Ved aqui lo que nos induce á adoptar la opinion de San Ambrosio, cuya verosimilitud se palpa desde luego.—El padre Valverde, que ha estudiado profundamente á los Santos Padres de la Iglesia, es igualmente de opinion que la Santa Virgen no dejó á sus parientes, sino después de haber abrazado y bendecido al precursor del Mesías.

2 En el valle de Mambré, que no está mas que á seis estadios del Hebron, se mostraba todavía en el tiempo de San Gerónimo un árbol de una estremada corpulencia, bajo el cual se suponía había recibido Abraham la visita de los tres ángeles que le anunciaron el nacimiento de Isaac.

de su dolor, José se prosternó delante del Señor, y con el rostro inclinado y lloroso exclamó: "¿Quién me ha traicionado? ¿Quién ha traído el deshonor á mi casa?" Después, cediendo á su ternura por la jóven huérfana, á quien siempre había mirado como la perla y el honor de su secso, se acusó amargamente de no haberla guardado bastante. "Ay! se decía, mi historia es la de Adam: cuando descansaba con mayor confianza en su gloria y en su felicidad, entonces fué cuando Satanás engañó á Eva con palabras mentirosas y la sedujo." (3) Cuando José se calmó lo suficiente para reflexionar, se encontró en una alternativa cruel.

Según la ley de los judíos, la adúltera era castigada con la muerte. Cuando no había testigos, (bastaba uno solo), y si la mujer negaba la acusacion, se la conducía por órden del Sanhedrin á la puerta oriental del templo, y allí, en presencia de todos, después de arrancarle violentamente su velo, se le ponía en la garganta una cuerda traída de Egipto, para que recordase los milagros que Dios había hecho en aquel país, y con los cabellos esparcidos sobre las espaldas, lo cual era una señal de infamia para las judías; un sacerdote se presentaba pronunciando una fórmula de maldición terrible, y á la que debía responder, *Amen*; la célebre copa de las aguas de los zelos, que tambien se llamaban *aguas amargas*, porque tenían el sabor del absinto (4). Esta copa maldita hacia morir infaliblemente á la esposa criminal, á menos que el marido hubiese sido igualmente infiel, porque entonces el milagro no se verificaba, "atendiendo, decían los doctores de Israel, á que no hubiera sido justo que uno de los culpables fuese absuelto, mientras el otro era castigado por Dios (5)." Un esposo de carácter violento, no habría dejado de conducir á María á presencia de los sacerdotes del Señor, con el fin de someterla á la terrible prueba de las aguas amargas; pero José, el mas moderado y al mismo tiempo el mas justo de los hombres, no pensó ni por un momento adoptar este partido estremo. No pudiendo conservar á María bajo su techo, porque el honor y la ley de Moisés se lo prohibían, quiso tomar al menos todas las precauciones posibles para que esta separacion dolorosa no causase ninguna mancha sobre su virtud; porque él era justo y no quería deshonrarla. "La repudiaré, se decía tristemente José, pero delante de Dios y no en presencia de los jueces, que la condenarian á morir, y á mí á arrojarle la primera piedra (6); quiero salvarla de los disgustos y recriminaciones de su familia, y del desprecio del mundo, pero cómo salir de este oscuro dedalo en que el deshonor y la muerte se presentan en todos los senderos?" Y el hijo de David quedó sumergido en un abatimiento estremo.

No pudo ocultarse á María la sombría tristeza

3 *Proto-evangelio de Santiago* en los apócrif. de Fabric, t. I, pág. 97.

4 Basnage, lib. vii, cap. 22.

5 *Wagenseil, in Sotah*, p. 241.

6 La ley de los judíos prevenía que el acusador arrojase la primera piedra contra el que había hecho condenar. [*Inst. de Moisés*, tom. II, pág. 65.]

del hombre justo á quien la había confiado Dios mismo; y debió costarle mucho ocultar á José la gloriosa embajada del ángel. ¿Pero cómo revelar un acontecimiento tan inaudito, tan milagroso como el de su maternidad divina, sin otra prueba que su palabra? Persuadida y con razon de que para que fuese creído el misterio de la *Encarnacion del Verbo*, debía revelarse por medios sobrenaturales, y dejar á *Aquel* que había operado en ella cosas tan grandiosas, el cuidado de convencer á José, de su inocencia; "la hija de David, dice el gran obispo de Meaux, con riesgo de verse no solamente abandonada y rodeada de sospechas, sino aun perdida y deshonrada, descansó en Dios, y permaneció tranquila."

El Eterno desde lo alto de su refulgente trono se complacia en ver al hombre justo á quien había sometido á tan dura prueba (1) antes de elevarle al supremo honor de ser su representante sobre la tierra; y los ángeles, fijos los ojos en la santa casa de Nazareth, esperaban con ansia el resultado de esa lucha íntima y secreta, en que combatían la humanidad, el deber, y los mas nobles sentimientos del alma. Al fin se decidió el patriarca por una idea tan generosa como heroica, y que casi le coloca al nivel de la Reina de los ángeles: resolvió sacrificar su honor, la estimacion que le había valido una vida sin mancha, los medios de subsistencia que le proporcionaban el sustento del día, y en fin, el aire de su país natal, que tan grato es respirar cuando uno se acerca á la tumba, y todo por salvar la reputacion de una esposa que ni procuraba justificarse, y á quien las apariencias acusaban tan cruelmente. No había mas que un medio de abandonar á María sin perderla, pues su familia habría provocado esplicaciones que se hubieran terminado de un modo fatal; ese medio era el de espatriarse, ir á morir lejos en el suelo del destierro, y atraer sobre sí propio toda la odiosidad de semejante abandono. Hay resignaciones tan gloriosas como los triunfos y dolores sufridos pacientemente, que el cielo premia con tanta munificencia como el martirio: el sacrificio desconocido del esposo de la Virgen, fué de este número. Para conciliar su deber y su humanidad, aceptó de antemano las tristes calificaciones de esposo sin corazón, de padre sin entrañas, de hombre sin conciencia ni fe, aceptó de antemano el menosprecio de sus parientes, el odio mortal de los de María, y resolvió arrancarse con su propia mano la corona de su honor, para arrojarla á los pies de esa jóven, cuyo estado misterioso é inesplicable llenaba su corazón de tristeza, y de amargura su existencia.

San Juan Crisóstomo no cesa de admirar la bella y noble conducta de San José. "Era preciso, dice este gran santo, que al acercarse la gracia del Salvador, apareciesen ya muchas señales de una

1 "Sin duda, dice Bossuet (*Elev. sur les Myst.*) Dios habría podido evitar á José todas estas penas revelándole desde luego el misterio de la preñez virginal de María; pero entonces no se hubiera sometido su virtud á aquella prueba, y venido después la victoria que obtiene el Santo Patriarca sobre la mas indomable de las pasiones, y cómo los mas justos y fundados zelos quedan vencidos á los pies de la virtud.

perfeccion mas heroica, que todo lo que hasta esa época se había creído de mas perfecto sobre la tierra. Como cuando el sol va á aparecer, el oriente se colora de vivos resplandores, antes que los primeros rayos del día hayan tocado al horizonte; del mismo modo Jesucristo, antes de salir del seno de la Virgen, iluminaba ya el mundo antes de nacer. Esta es la razon porque aun antes de su divino nacimiento, los profetas se estremecieron de gozo en el seno de sus madres, las mujeres profetizaron, y José resplandeció con una virtud sobrehumana."

Hemos adoptado la opinion de San Juan Crisóstomo mejor que la de San Bernardo, que supone que José penetró por sí mismo el misterio de la encarnacion de Jesucristo, y que viendo á María en cinta no dudó, atendida la profunda veneracion que le tenía, de que fuese la Virgen milagrosa de Isaías. "Lo creyó, dice el apóstol de las cruzadas, y solo por un sentimiento de humildad y respeto, semejantes á aquel que hizo decir después á San Pedro: *Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador*;" fué por lo que San José, que no era menos humilde que Pedro, pensó tambien alejarse de la Virgen, no dudando que llevaba en su santo seno al Salvador de los hombres."

Esta interpretacion sumamente piadosa, y digna del que ha sido honrado con el título de *devo'o capellan de María*, está mas conforme con las ideas ascéticas de la edad media que con las costumbres antiguas de los hebreos, y se pulveriza por consiguiente, con el exámen detenido del testo. En efecto, las palabras del evangelista, son tan claras que es necesario un gran talento para obscurecerlas. Lo que sugirió á José la idea de abandonar á María, no fué el movimiento instintivo de temor que nos hace permanecer á distancia de un objeto sagrado, sino un pensamiento de conciencia y de deber. "El era justo, dice Bossuet, y su justicia no le permitía estar en compañía de una mujer que no podía creer inocente; porque sospechar tan solo que aquella encarnacion se había verificado por obra del Espíritu Santo, milagro verdaderamente sin ejemplo, era cosa que no podía caber en el espíritu humano." (2)

Según la hipótesis de San Bernardo, las palabras del ángel no habrían tenido sentido, ó lo tendrían falso, lo que no es posible. "No temas, dijo el enviado del Altísimo, guarda á esa mujer en tu compañía, porque ninguna mancha humana la ha deshonrado; lo que de ella ha de nacer es obra del Espíritu Santo." ¿Protesta José de su indignidad en el instante que sabe con certeza que María lleva en su seno al mismo Autor de la naturaleza? ¿Espone al ángel sus dudas, que entonces debían ser mas fuertes que nunca? ¿Pide que esa preciosa copa de honor que le presenta el enviado celeste pase á un mortal mas digno que él? Nada de esto hace; las borrascas de su alma se calman, y entra en la profunda tranquilidad que sucede á las grandes tormentas morales.

Arguyen arguyen diciendo que las profecías del

2 Bossuet, *Elev. sur les Myst.*, tom. II, pág. 135.

ellos ejecutaban sin saberlo. Su hijo debía nacer en Betlen, la humilde patria del rey David, por que así lo había revelado por medio de su profeta mas de setecientos años antes, y hé aquí la razon de que todo el universo se conmovia para que se realizara esta profecía.

Parece que los judíos, siguiendo una costumbre antigua, se inscribían por familias y por tribus. Habiendo nacido David en Betlen, sus descendientes miraban aquella pequeña ciudad como su país natal y el origen de su casa; por lo mismo se reunieron allí, para manifestar el estado de sus bienes y decir sus nombres, conforme lo prevenia el edicto de César.

El otoño estaba próximo á concluir, los torrentes se desbordaban con gran ruido al fondo de los valles, el viento del norte soplabá en los elevados terebintos, y el cielo cargado de cenicientas nubes anunciaba la estacion de las nieves. En una mañana triste y sombría del año 748 de Roma (1), se vió á un nazareno muy afanado en los preparativos de un viaje, que sin duda no podia dilerir, pues que la ocasion seria inoportuna; y la jóven que lo acompañaba, y á quien hacia sentar con precaucion sobre la suave cabalgadura que usan todavia las hijas del Oriente, estaba muy adelantada en su embarazo. De la silla del hermoso animal (2) sobre que iba sentada la jóven galilea, pendia una cesta de hojas de palma, que contenia las provisiones para el viaje, la cual se componia de dátiles, higos y racimos secos, algunos panes de cebada, y una jarra de barro de Ramla, para sacar agua de la fuente ó de la cisterna; y otra construída en Egipto estaba suspendida del lado opuesto. El viajero se echó á la espalda un saco que contenia algunos vestidos, ciñóse con una faja la cintura y envolvióse en un manto de piel de cabra, empuñando en una mano su palo curvo y tomando con la otra la brida del jumento que conducia á su jóven esposa. Así abandonaron su pobre casa que por sí sola quedaba segura, y atravesaron las estrechas calles de Nazareth en medio de sus parientes y de los vecinos que les gritaban de todas partes: *Id en paz.* Esos viajeros que emprendian su marcha en una nebulosa mañana de invierno, eran los humildes descendientes de los grandes reyes de Judá, José y María, que obedientes á la órden de un pagano extranjero, iban á inscribir sus oscuros nombres al lado de los mas ilustres del reino.

Ese viaje, verificado en una estacion rigorosa, y atravesando un país como la Palestina, debió ser sumamente penoso para la Santa Virgen en la situacion en que se hallaba; y sin embargo, no se oyó salir de sus lábios una sola queja. Esta jóven tierna y delicada, tenia un espíritu fuerte y animoso, una alma elevada, que no se enorgulle-

1 Ninguna ha sido mas controvertida que la del nacimiento de Jesucristo. Nosotros adoptamos la de los autores del *Arte de verificar las datas*, que nos parece la mas fundada, y que fija la del nacimiento del Salvador en el día 25 de Diciembre del año 748 de Roma, seis antes de la era vulgar. Según opina Baronio, el día del nacimiento de Nuestro Señor fué en viernes.

2 Los asnos son en Palestina de una belleza notable.

cia con las grandezas, que sabia moderarse en la alegría, y aceptaba en silencio el infortunio. José, que caminaba pensativo á su lado dirigiéndose hacia Betlen, donde lo conducia la voluntad suprema de un romano, meditaba sobre los antiguos oráculos que prometian hacia cuatro mil años un salvador á su pueblo; y pensaba en las palabras de Micheas; "Y tú, Betlen, llamada Efrata, eres pequeña entre las ciudades de Judá; pero de tí saldrá el que debe reinar en Israel." (3) Dirigiéndose despues una ojeada sobre su pobre equipaje y su modesta compañera, cuyo sencillo traje correspondia á su humilde condicion, recordaba en su espíritu los grandes oráculos de Isaías: "El se elevará á la vista del Señor, como un vástago que sale de una tierra seca; no tendrá hermosura ni esplendor. . . . nos ha parecido un objeto de desprecio, el último de los hombres." (4) Y el patriarca empezaba á comprender los designios de Dios sobre su CRISTO.

Despues de cinco dias de una marcha penosa, los viajeros, divisaron á lo lejos á Betlen, la ciudad de los reyes, situada sobre una elevada eminencia en medio de risueños colinas plantadas de viñedos, de olivos y de bosquecillos de encinas. Camellos que conducian á mujeres envueltas en mantos de púrpura y con la cabeza cubierta de velos blancos; hacaneas árabes, aguijoneadas por jóvenes caballeros espléndidamente vestidos, y grupos de ancianos montados sobre blancas pollinas, conversando gravemente como los antiguos jueces de Israel (5), subian á la ciudad de David que ocupaban ya multitud de hebreos llegados los dias anteriores. Fuera de la ciudad, aunque poco distante de ella, elevábase un edificio de forma cuadrada, cuyas blancas paredes se destacaban del verde claro de los olivos que cubrian la colina; se le hubiera tomado por un gran parador de la Persia, pues en su espacioso patio, se veia discurrir en todas direcciones una multitud de esclavos y criados; era en efecto, una posada. José haciendo apresurar el paso á la cabalgadura de la Virgen, se dirigió á ese lado esperando llegar á tiempo de conseguir uno de aquellos aposentos, que de derecho pertenecian al que llegase primero, y que á nadie se rehusaban (6), pero la posada estaba llena de mercaderes y de viajeros: no quedando siquiera un lugar disponible: tal vez á precio de oro no hubiera sido difícil hallarlo pues el meson era *judío*, y judío de Betlen; pero José era pobre.

El patriarca volvió melancólico al lado de Ma-

3 Micheas, cap. V, versículo 2.

4 Isaías, cap. LIII, v. 2.

5 El caballo entre los judíos servia especialmente para la guerra; así es que se le consideraba como el simbolo de los combates. Los jueces, por el contrario, cabalgaban sobre asnos de una raza perfectamente bella: de ahí toman origen las palabras bíblicas: *¡Vosotros que estais montados sobre jumentas blancas y que os sentais en la silla de la justicia; hablad!*—[Judic., cap. V., verso 10.]

6 No se encuentra en estas celditas para albergue de las caravanas mas que las cuatro paredes, polvo y algunas veces escorpiones. El guardian está encargado de dar la llave y una estera; el viajero tiene que proveerse de lo demas; y así debe llevar consigo su cama, su batería de cocina y hasta sus provisiones.—[Volney, *Viaje á la Siria.*]

ría, quien le recibió con una sonrisa de resignacion, y tomando de nuevo las riendas del pobre animal rendido por la fatiga, comenzó á recorrer aunque en vano las plazas y las calles de la pequeña ciudad, con la esperanza de que algun paisano caritativo le ofreciese asilo por amor de Dios. Nadie lo hizo. El viento de la noche era frio y penetrante; la tierna Virgen lo sufría sin proferir ni una sola queja, pero á cada paso se iba poniendo mas y mas pálida; apenas podia sostenerse. José, muy afligido, continuaba sus infructuosas tentativas; y ¡ay! mas de una vez vió abrirse ante un extranjero rico la puerta que bruscamente le acababan de cerrar á él. Era necesario, que el interés, esa pasion dominante de los judíos, hubiese petrificado todas las almas, para que la situacion de María no inspirase compasion alguna á sus codiciosos compatriotas. Se acercaba la noche; viéndose rechazados los dos esposos de todas partes, y desesperando de encontrar un asilo en la ciudad de sus mayores, salieron de Betlen, sin saber á dónde dirigir sus pasos, y se encaminaron á la campiña alumbrada por los pálidos resplandores del crepúsculo, donde resonaban los agudos gritos de los chacales que buscaban su presa.

Al Mediodía, y á corta distancia de la ciudad inhospitalaria, se descubria una caverna oscura abierta en la cavidad de una roca: esta caverna, cuya entrada miraba al Norte, y que se estrechaba en el fondo, servia de establo comun á los de Betlen, y á veces de asilo á los pastores durante las noches tempestuosas del verano. Los dos esposos bendijeron al cielo por haberles conducido á aquel albergue salvaje; y María, apoyándose en el brazo de José, fué á sentarse sobre una roca aislada, que formaba una especie de asiento estrecho é incómodo en lo mas profundo de la cueva.

Allí fué, en la caverna construída en la dura piedra, como lo habia predicho Isaías (1), y en el momento en que la aparicion de la misteriosa constelacion de la Virgen, marcaba la media noche (2), cuando el *halma* (3) de la gran profecía del Mesías, en medio del silencio solemne de la naturaleza, cubierta por una nube luminosa (4), dió á luz á aquel que Dios mismo habia criado antes que las colinas (5), y cuya generacion venia de la eternidad. Apa-

1 En virtud del nacimiento de Jesucristo en una caverna. Justino el filósofo invoca la profecía de Isaías XXXIII, 16: "El justo habitará en la caverna formada de piedra fuerte."

2 "Es un hecho independiente de todas las hipótesis, dice Dupuis, independiente de todas las consecuencias que he querido sacar, el de que precisamente á la hora de la media noche, el 25 de Diciembre, en estos siglos en que apareció el cristianismo, el signo celeste que se vió subir en el horizonte y que presidia al comienzo de la nueva revolucion solar, era la *Virgen de las constelaciones.*"

3 La palabra *halma* de que se servia Isaías, significa en hebreo una virgen en toda su inocencia. Ya hemos dicho en la nota 2 de la página 25, que esta palabra ha dado motivo á muy grandes controversias entre los judíos y los cristianos.

4 *Proto-Evang. de Santiago*, c. 11.

5 Según la opinion de los rabíes, el Mesías se halla en el paraíso terrestre al lado de nuestros primeros padres.—[*Soar Chadasch*, f. 82, 4.]—El ecstasia antes que fuese el mundo.—[*Nezach Israel*, c. 35.]—Y antes de ser hombre estaba en el estado de gloria al lado de Dios.—[*Phil.*, c. II, verso 6.]—De este modo, inmediatamente antes de la venida de Jesucristo; la idea de una preexistencia del Mesías, se hallaba en la alta teología de los judíos.

reció de repente como rayo del sol que se desprendió del seno de la noche á los ojos de su pura y jóven madre; viniendo á tomar posesion del trono de su pobreza, mientras que todos los ángeles de Dios, arrodillados ante él, le adoraban bajo su forma humana (6). Este alumbramiento virginal fué esento de dolores, y ningun gemido vino á turbar el sagrado silencio de aquella noche llena de prodigios y misterios. Jesus, concebido milagrosamente, nació todavia mas milagrosamente.

Dios preparaba al mundo un espectáculo nuevo y grande cuando hizo nacer un rey pobre. El palacio que le destinó fué un establo abandonado y desierto, asilo propio para el que en el curso de su vida debia decir: "Las raposas tienen su guarda, los pájaros sus nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene donde descansar su cabeza." Moisés, proscripito al nacer, tenia al menos una cuna de junco, cuando su hermana la jóven María, le abandonó entre las cañaverales y los lotos sagrados que sumergen sus hojas en el Nilo al caer la tarde (7); pero Jesus, que vino al mundo para sufrir y morir, no tuvo siquiera esta magnificencia, fué acostado en un pesebre, sobre un monton de paja húmeda, olvidada providencialmente por algun conductor de camellos del Egipto ó de la Siria, que se vió obligado á partir antes del alba. Dios proveyó la cuna de su único Hijo, como provee á los nidos de las aves del cielo.

Era necesario cubrir á este nuevo Adán, cuyos tiernos miembros hubiera devorado el viento helado de la noche, y á quien el pudor debia vestir tanto como la indigencia. María hizo de su velo el lienzo con que ella misma le envolvió con sus castas manos; despues el Dios recién nacido fué adorado por los dos santos esposos, como en otro tiempo lo habia sido por sus padres el antiguo José, el mas bello tipo de Jesucristo.

San Basilio, iniciándose en los misterios de fervor y arrobamiento que tenían lugar en el alma de la Virgen, nos la presenta entre el amor de madre y la adoracion de la santa. "¿Cómo os deberé llamar? decía, dirigiéndose á su Hijo-Dios, ¿cómo debo nombraros? . . . ¿Un mortal? . . . pero yo os he concebido por obra divina. . . . ¿Un Dios? . . . pero tenéis forma humana. ¿Debo acercarme á vos con incienso para ofreceros la leche de mis pechos? ¿Debo prodigaros los cuidados de una madre tierna, ó serviros como vuestra esclava, con la frente humillada en el polvo? ¡Oh contraste maravilloso! ¡el cielo es vuestra morada, y os tengo sobre mis rodillas! ¡Estais en la tierra, y no estais separado de las regiones celestiales; los cielos están con vos!"

Así es como se cumplieron los grandes oráculos de Micheas y de Isaías.

"Ademas, habia en las cercanías unos pastores, que pasaban la noche en el campo, velando suce-

6 Hebr. I, 6.—Salmo XLVI, 7.

7 El *lotus*, que estaba consagrado al sol, es una planta acuática cuyas hojas se sumergen en el Nilo cuando el sol se pone, y salen á flor de agua cuando sale. Esta planta tiene una virtud soporífera. Se decía á los que habian hecho un largo viaje que habian comido del *lotus*, es decir, que habian olvidado su patria. [Basnage, lib. IX, cap. 15.]

sivamente para guardar sus rebaños. De repente presentóse ante ellos un ángel del Señor, y vieron-se rodeados de una luz divina, lo que los llenó de un temor inmenso.—Entonces el ángel les dijo: "No temáis, porque vengo á traeros una nueva que será para todo el pueblo motivo de grande regocijo; hoy mismo, en la ciudad de David, ha nacido un Salvador, que es el CRISTO. He aquí la señal por la cual le conoceréis: encontrareis un niño envuelto en mantillas y recostado en un pesebre." En el instante reunióse al ángel un grande ejército de espíritus celestiales, alabando á Dios y diciendo: "GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS, Y PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD." (1)

La vision maravillosa habia desaparecido, los canticos celestiales habian cesado, y los pastores, inclinados sobre sus nudosos cayados, escuchaban todavía. Cuando las brisas de la noche gimieron solas en el valle, y no quedó en el cielo un solo punto blanco y radioso que pudiese parecer un ángel, los pastores consultaron entre sí, y dijeron unos á otros: *Vamos hasta Belen, y veámos lo que ha sucedido.* Entonces, llenaron sus canastos con sencillos presentes, tales como podian proporcionar sus cabañas, abandonaron sus rebaños á los ángeles de la soledad; y á la brillante claridad de las estrellas, se encaminaron á la peñena ciudad de David. A la vista del establo, sintieron como los discípulos de Emmaus, arder su corazón, y exclamaron: *¡Tal vez aquí es! porque sabian que el Niño divino no habia nacido bajo dorados artesones,*

1 En una llanura muy agradable, situada á un cuarto de legua al Norte de la ciudad de Belen, se encuentra la aldea de los pastores, y en el fondo de un valle el campo tan célebre en que esos pastores apacentaban sus rebaños durante la noche de Navidad.—Segun opinion de autores graves, tanto sagrados como profanos, la aparición de los ángeles á los pastores, no es el solo prodigio que haya señalado el nacimiento del Dios niño. Refiérese que durante esta noche santa florecieron las viñas de Engaddi, que en Roma, el templo de la paz, se desplomó subitamente, y que los oráculos de los demonios callaron para siempre. El solo nacimiento de Nuestro Señor, fué una sentencia de destierro para esas divinidades paganas, á quienes habia sido permitido hasta entonces el profetizar oráculos. Milton, con un astro poético admirable, describe así en una de sus primeras piezas de verso la fuga de esas pretendidas deidades en la noche de Navidad.

"Los oráculos enmudecen; ninguna voz, ningún murmullo nuestro hace resonar palabras falaces bajo las bóvedas de los templos. Apelo, abandonando con un grito de desesperacion la colina de Delfos, no puede pronosticar lo futuro. Ningún éstasis nocturno, ninguna inspiracion secreta saliendo de una caverna profética, se hace sentir al sacerdote de ojos espantados."

"Sobre las montañas solitarias y á lo largo de las resonantes riberas, no se oyen mas que llantos y lamentaciones. Ligénio se ve forzado á alejarse, suspirando, de las fuentes y de los valles que habitaba en medio de los pálidos chopos; y las niñas despojadas de sus guirnaldas de flores, gimen á la sombra de los espesos matorrales."

"Los Inares y las Larvas hacen oír sus quejas nocturnas en la tierra consagrada y sobre los santos hogares. Las urnas y los altares, despiden sonos lugubres y desfallecidos que espantan á los flámenes ocupados en su servicio, y el mármol helado parece cubrirse de sudor, mientras que cada deidad abandona su sitio ecostumbreado."

"Peor y Baal huyen de sus opacos templos con el dios arrojado de la Palestina. Astaroth, bajo el nombre de la luna, reina y madre del cielo al mismo tiempo, ya no brilla mas cerca del santo resplandor de las autorchas. El Hammon de la Libia oculta sus cuernos, y las hijas de Tiro lloran en vano su Thammuz herido."

"El sombrío Moloch se escapa, dejando en la sombra á su ídolo reducido á negros carbonos: en vano el ruido de los instrumentos y de la danza, llama al rey feroz cerca de un horno ardiente. Los dioses del Nilo de la raza de los brutos, se alejan también rápidamente, y el perro Annubis sigue á Isis y á Osiris."

ni estaba acostado en una cuna suntuosa como un trono; nada de eso les habia anunciado el ángel. Se adelantaron pues con fé, con esperanza y con amor, hácia el pesebre abandonado, donde tuvieron la felicidad de encontrar al Salvador prometido, pues ellos le venian á buscar con intenciones rectas y almas puras.

Mirando al fondo de la caverna, para asegurarse de si habian llegado ó nó al término de su peregrinacion nocturna, esos hombres de corazón sencillo descubrieron á aquel que venia á anunciar el Evangelio á los pobres, y á abolir la maldicion de la esclavitud, bajo la humilde forma de un niño tranquilamente dormido en un pesebre.

La Virgen, inclinada sobre su hijo recién-nacido, le contemplaba con humildad afectuosa y ternura profunda; José, detrás de ellos, inclinaba también respetuosamente su cabeza de anciano, ante ese hijo adoptivo, que era Dios mismo. Un rayo apacible de la luna alumbraba ese grupo divino, que se destacaba de las paredes rojizas de la cueva; fuera de ella, todo dormia bajo la bóveda de una noche estrellada (2).

Aquí es, dijeron los pastores, y prosternándose con respeto ante la cuna del Rey de los reyes, ofrecieron al Dios pobre que acababa de nacer, el obolo y los homenajes del pobre.

Después se pusieron á cantar la aparición de los ángeles, sus armoniosos conciertos, sus palabras de esperanza, de paz y de amor. José admiró aquella manifestacion divina; y María, que escuchaba en silencio esta sencilla narracion, grababa en su corazón cada una de sus palabras. Cumplido aquel deber y terminada su mision, los pastores de Judá se retiraron alabando á Dios, y esparcieron en las montañas la nueva de las maravillas de aquella santa noche. Llenos de asombro los que les escuchaban, se decian entre sí: "Es esto posible? ¿Estamos acaso en los tiempos de Abraham, en que los ángeles visitaban á los pastores?"

Tal vez fueron esas narraciones hechas al caer de la tarde á la orilla de los bosques, ó en el fondo de los barrancos, mientras que los camellos bebían juntos en una fuente solitaria, los que indujeron á una tribu de árabes del desierto á divinizar á María y al niño Jesus. La dulce imagen de la Virgen, teniendo á su hijo sobre sus rodillas, fué grabada en una de las columnas de la Caaba, y comprendida solemnemente en el número de las trescientas sesenta divinidades de las tres Arabias. Allí permanecia aun en tiempo de Mahoma, como lo atestiguan los historiadores árabes (3). Después de la degollacion de los Santos Inocentes, esta valiente tribu se levantó instantáneamente, lanzó un grito de venganza, y sin espantarse por el número,

2 Los persas llaman la noche de Navidad *sheb jaldai*, noche clara y luminosa, á causa de la aparición de los ángeles. [D'Herbelot, *Biblioth. orient.*, tom. II, pág. 294.]

3 El Azrakí alega el testimonio ocular de muchas personas respetables para probar un hecho muy singular, del que no creo se haya hecho mención hasta este momento: que la figura de la Virgen María con el niño *Atsa* [Jesus] sobre sus rodillas, estaba esculpida como una divinidad sobre una de las columnas más inmediatas de la puerta de la Caaba. (Burckhardt, *Viaje á la Arabia*, tom. I, pág. 221.)

atacó al hijo de Heródes, sin embargo de que estaba protegido por los romanos (1).

Esta anécdota auténtica, tan curiosa y tan generalmente ignorada, viene á apoyar el hecho sobrenatural referido por San Lúcas; hecho que los filósofos burlones de la escuela volteriana, y sus adeptos mas paganos aun si es posible, del panteísmo, se han atrevido á colocar entre el número de los cuentos fabulosos. La estraña devocion de esos árabes que mezclan la idolatría con el culto del verdadero Dios antes de la predicacion del Evangelio, no puede referirse sino al conocimiento de los milagros de la santa noche de la Navidad.

A los ocho dias de su nacimiento, el hijo de Dios fué circuncidado y llamado Jesus, segun la orden de su Padre celestial. Debió tener sus padrinos como todos los israelitas; pero se ignora completamente en quién recayó este honor. En cuanto á la ceremonia de la circuncision, que siempre se hacia bajo los auspicios de Elías, cuya asistencia invisible, decian los hebreos, no faltaba nunca (2), tuvo lugar, segun San Epifanio, en la cueva misma en que nació Jesus; y San Bernardo presume con bastante verosimilitud, que San José mismo fué su ministro.

Hombres del pueblo, dóciles al llamamiento de los ángeles, habian ido á adorar en su pobre pesebre al Niño-Dios, y á partir con él su pan negro y la leche de sus cabras. Un milagro de un orden mas elevado todavía, ocasionado por un hecho enteramente distinto, condujo poco tiempo después á la misma cuna las primicias de la gentilidad convertida; los pastores de Judá habian tomado la iniciativa; tocábale, pues, su turno á los reyes y á los sábios.

CAPITULO XII.

LA ADORACION DE LOS MAGOS.

Durante el otoño que precedió al nacimiento de Jesucristo, los magos caldeos, tan hábiles en la ciencia del curso de los astros, distinguieron una estrella de primera magnitud, que en su marcha estraordinaria y en otras señales no menos ciertas, reconocieron ser la estrella de Jacob, anunciada mucho tiempo antes por Balaan, y que debia aparecer en el horizonte cuando se verificase el nacimiento del Mesías. Consta de las tradiciones de Irán, recogidas por Abulfarage, que Zoroastro, el restaurador de la religion de los magos, hombre de

1 Esta particularidad, que comprueba la relacion del historiador árabe, se encuentra consignada en *los Toldos*, libro judío muy antiguo, y escrito en un espíritu de odio furioso contra el cristianismo. Por el se ve que Heródes el grande y su hijo, tuvieron que sostener una guerra contra una tribu del desierto, que adoraba á la imagen de Jesus y de María su Madre. Esta tribu intentó aliarse con algunas ciudades de la Palestina y especialmente con la de Hai. Luego ya que los judíos mismos colocan este suceso durante la vida de Heródes, es preciso que haya sido motivado por el degüello de los Santos Inocentes, pues el anciano Rey no sobrevivió mas que un año al nacimiento del Salvador.

2 Basnage, lib. 7, cap. 10.

gran sabiduría, astrónomo distinguido, y ademas muy versado en la teología de los hebreos (3), habia anunciado bajo los primeros sucesores de Ciro, y poco después del restablecimiento del templo, que un Niño divino, destinado á cambiar la faz del mundo, naceria de una Virgen pura é inmaculada en la region mas occidental del Asia. Añadió que una estrella desconocida en su horizonte, señalaria este notable acontecimiento, y que á su aparición, los magos deberian llevar por sí mismos, diversos presentes á este joven rey. Ejecutores fieles y obedientes de las voluntades de Zoroastro, tres de los mas ilustres sábios de Babilonia (4), no bien hubieron notado la estrella predicha, cuando hicieron sonar los címbalos para dar la señal de marcha.—Dejando tras de ellos la ciudad de los Selúcidas con sus elegantes edificios de madera de palmera (5), y Babilonia á donde el viento del desierto gimiendo sobre las inmensas ruinas, parecia contar á estos silenciosos restos los siniestros oráculos del hijo de Amoi, salieron del país de los dátiles y tomaron la senda arenosa de la Palestina. Delante de ellos, cual columna luminosa que guiaba hácia las desiertas playas del mar Rojo, á las cohortes fugitivas de Israel, marchaba la estrella del Mesías. Ese nuevo astro, esento de las leyes invariables que rigen á los demas cuerpos planetarios, no tenia un movimiento regularizado y que le fuese propio; así es que, ó se adelantaba al frente de la caravana, siguiendo siempre en línea recta hácia el occidente, ó permanecia estacionaria encima de las tiendas durante las paradas nocturnas, y parecia balancearse suavemente en el seno de las nubes como un alabastro: al despuntar el día daba la señal de partida, como habia marcado la hora del descanso (6).

Al fin las altas torres de Jerusalem, se dibujaron en el fondo del lejano horizonte: en medio de las cimas desnudas y agrestes de sus montañas, los camellos y las yeguas apagan su sed en una cis-

3 Algunos hacen á Zoroastro discípulo de Jeremías; pero las épocas no concuerdan, y es mucho mas probable que lo fuese de Daniel.

4 No se está precisamente de acuerdo acerca del país de los Magos; unos los hacen venir del fondo de la Arabia feliz, otros de las Indias, lo cual es de todo punto improbable. Los mejores autores les dejan por patria á la Persia, y esta opinion es la que mas ha prevalecido. Los nombres de Gaspar, Melchor y Baltasar, que se dan á los Magos, son babilónicos. En efecto, Babilonia, y después de su ruina Seléucia situada á una corta distancia, fueron la morada de los mas célebres astrónomos de la antigüedad. Además, esas ciudades están al Oriente de Jerusalem; y se puede en veinte dias de marcha trasportarse desde las orillas del Eufrates hasta Belén. Orígenes, que era un sábio y muy instruido, asegura que los Magos se ocupaban de astrología. Drexelius se burla de Orígenes con este motivo, lo que prueba que estaba poco versado en la historia del antiguo Oriente, en que todo astrónomo era astrólogo.—D'Herbelot, cuyo nombre hace autoridad cuando se trata del Oriente, afirma también que los Magos vinieron de la Persia.

5 Strabon, lib. 17.

6 Véase á S. Juan Crisóstomo, *sermon 6*, sobre San Mateo.—Colidido, filósofo pagano que vivió hácia el fin del siglo tercero, hace mención de esta estrella y de los sábios del Oriente que ella guió á la cuna de Cristo. Hé aquí lo que dice San Agustín, el águila de los doctores: "Aquel cuya muerte debia oscurecer el antiguo sol, hizo comparecer en su nacimiento una nueva estrella. ¿Cuál, era pues, esa estrella que jamas habia aparecido en medio de los astros, y que después nadie ha podido encontrar en el firmamento? ¿No era este un lenguaje magnífico del cielo para contar la gloria de Dios y el alumbramiento de una Virgen?"

Mesías eran familiares á José como á todos los hebreos; que debía saber que los tiempos del Mesías estaban cercanos, y que considerada la santidad de María, debía saber también que llevaba en su seno al Salvador del mundo. La inteligencia de las profecías que trataban del misterio de la Redención, no era tan fácil de obtener como se cree á primera vista. Ya sea que las descripciones alegóricas del reino glorioso del Emmanuel de Isaías hubiesen inducido al error á los doctores de la Sinagoga; ya sea que el espíritu codicioso de los judíos no pudiese remontarse sobre la tierra, sino que todo lo refriese á los bienes del mundo; el resultado es que el pueblo hebreo, *ese pueblo de dura cerviz* había entrado en un falso camino, y no quería apartarse de él. El enviado de Dios, el Deseado de las naciones, debía ser un legislador, un guerrero, un monarca magnífico y temible como Salomón. Los mismos apóstoles estuvieron engañados por largo tiempo acerca de la misión humilde y pacífica del *Rey pobre que pasaba sin hacer ruido*: se mecían en sueños dorados y esperanzas de reinos, aun á la vista de la ciudad deicida, en la que entraba su *Maestro* para morir. Nuestro Señor pudo conducirlos al camino del espiritualismo con grandes esfuerzos, rectificando sus ideas siempre dispuestas á entrar en el estrecho círculo de los bienes materiales y palpables, en que les retenían las ilusiones ambiciosas de los doctores y fariseos tradicionales.

Si los Apóstoles, esos hombres divinos que fundaron el cristianismo, tuvieron tanto trabajo para despojarse de las preocupaciones de su infancia, á los que vivían en medio de los milagros y en intimidad con el Mesías, cómo lo hubiera hecho por sí mismo José y sin socorro del Altísimo? El vestido de paño burdo del cortesano, tenía poca analogía con la púrpura de los reyes de Judá, y lo que menos esperaba era al Mesías nacido del pueblo. Además, la Galilea era el último país en que se habría pensado. "Leed la Escritura, decían los doctores de la ley á los discípulos de Cristo, y vereis que nada podemos esperar de la Galilea." En efecto, los profetas habían designado nominativamente á Belén de Judá, Belén, *la casa del pan*, como el lugar del nacimiento del Mesías; y los comentaristas rabinos, adelantándose á los profetas, designaban hasta el barrio, de la ciudad donde debía nacer (1). José era demasiado humilde para creer que su modesta morada debía abrigar tanta grandeza, y el silencio de María nada tampoco le permitía conjeturar.

En cuanto á la idea de restituir la Virgen á su familia, por puro respeto, como pretenden los sabios teólogos que se adhieren á la opinión de San Bernardo, habría sido impracticable en una nación tan recelosa en todo lo que se dirigía al honor de las mujeres. María estaba huérfana, y por consiguiente dependía de sus parientes, que no tenían un carácter pacífico, y por lo que algunos no apro-

1 ¿De dónde es el Mesías? de la ciudad real de Belén de Judá. ¿Dónde se hallan sus parientes? en el barrio *Birat-Harba* de Belén de Judá. [*Talmud de Jerusalem.*]

baron la unión de su joven parienta con el oscuro nazareno. Es poco probable que se hubiesen contentado con las razones de José y que hubiesen admitido sin más datos, que la Virgen tenía en su seno al Rey Mesías. Es mucho más presumible que hubiesen hecho comparecer al esposo ante el tribunal de los ancianos, para obligarlo á manifestar las razones que tenía para observar aquella conducta; pues no se trataba de un simple divorcio, sino también del estado del niño que llevaba en su vientre María, mujer joven, de *sangre ilustre*, y mal casada en cuanto á fortuna, si contamos los once que, según San Gerónimo, se habían disputado el honor de enlazarse con la bella heredera de Joaquín.

De aquí habrían resultado dos hechos graves; ó José hubiera guardado silencio, y entonces se le habría condenado á tomar por segunda vez á su mujer, con prohibición de no separarse jamás de ella (2); ó afirmaba bajo de juramento que el niño que llevaba María no era suyo, y entonces ese hijo no reconocido, no podía desempeñar todos los cargos públicos; su nacimiento, manchado en su origen, le prohibía la entrada en las asambleas nacionales, las escuelas públicas y las sinagogas; su posteridad heredera de su ignominia no habría sido admitida á gozar de los privilegios de los hebreos, sino hasta la décima generación; finalmente, hubiera sido un *paria* sin asilo, sin derechos, sin patria; y la sentencia que deshonraba á su madre, condenándola á ser apedreada, habría también marcado su frente y la de sus hijos con el signo reprobador de Cain. Pero no hubiera sucedido esto; los orgullosos descendientes de David, antes de haber aceptado esa mancha sobre su real genealogía, habrían quizá ellos mismos inmolado á la Virgen. Tales ejemplos no son raros, y se reproducen todavía en nuestros días, así en la Judea como en la Arabia (3).

José era demasiado prudente y humano para colocarse en una ó otra alternativa, y encontró como siempre, que el partido más generoso era también el mejor. Se resolvió, pues, á abandonar su

2 *Instit. de Moisés*, tom. 2, lib. 7.

3 Niebuhr refiere que en un café del Yemen habiendo un árabe preguntado á uno de sus compatriotas si era el padre de una joven y hermosa mujer recientemente casada en su tribu, el padre que sospechó una intención burlesca en esta pregunta, y que creyó comprometido el honor de su familia, se levantó irriamente, corrió á casa de su hija, y sin decir una palabra le clavó un puñal en el corazón. El P. de Geram refiere una anécdota de la misma especie. Véase aquí.

"La vida de un belemita católico, dice él, fué objeto de una sospecha infamante; no sabiendo cómo sustraerse á la venganza de sus parientes, se refugió al convento de los padres de Tierra Santa, y se puso bajo la protección sagrada del altar; pero su asilo fué descubierto, y forzadas las puertas del santuario, fué arrancada de él y arrestrada á la plaza pública en medio de los gritos del populacho, que sofocaban las voces suplicantes de los religiosos que imploraban en el nombre del Dios Crucificado, gracia y misericordia para aquella desgraciada que protestaba llorando su inocencia. En su desesperación llamaba á su padre, á sus hermanos, conjurándoles de la manera más tierna á que la salvaran de una muerte cruel. Ellos se adelantaron con un aspecto sombrío y terrible, llevando cada uno un puñal; la infeliz se estremece al verlos, y un instante después los tres puñales se habían hundido en su seno; los asesinos empapando sus manos en la sangre de su hija y de su hermana, se felicitaban irriamente de haber lavado de este modo la afrenta de su familia."

pueblo y á su esposa, que le había proporcionado desde su casto himeneo una vida tan grata y feliz. Cuando se preparaba á esta triste separación, y dormía con un sueño agitado en su lecho solitario, apareciósele el ángel del Señor: "José, hijo de David, le dijo el enviado del cielo, no temas estar en compañía de María tu esposa, porque lo que de ella ha de nacer, ha sido formado por obra del Espíritu Santo. Dará á luz un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús, porque él será quien libertará á su pueblo, librándolo de sus pecados."

José después de aquel sueño, y de las palabras del ángel, experimentó una gran mutación en su alma. El honor que Dios le había hecho, transmitiéndole sus derechos sobre su hijo único, no le hizo olvidar su humildad; pero iba á ser padre, y era esposo por el corazón, y así es que solo pensó en tener cuidado de María y de su divino Hijo.

San Juan Crisóstomo se ha preguntado á sí mismo, ¿por qué el ángel del Señor se apareció en sueños á José, y no de una manera manifiesta como se presentó á los pastores, á Zacarías y á la Virgen? Y se responde: la razón es, porque José tenía mucha fe y no necesitaba de una revelación más clara. En cuanto á la Virgen, como se le debían anunciar cosas más grandes é increíbles que lo que se había comunicado á Zacarías, era indispensable que se le anunciaran antes de que se ejecutasen, por medio de una revelación manifiesta. Los pastores por su limitada inteligencia, necesitaban también de una manifestación visible y patente. Pero José, habiendo advertido ya la situación de María, de la que concibió dolorosas sospechas, y sintiéndose dispuesto á trocar su dolor en alegría, si alguno se anticipaba á aclararle el misterio, recibió con indecible gozo la revelación del ángel. . . . Esta conducta de la Providencia fué infinitamente sabia, puesto que ha servido para hacer conocer la excelencia de la virtud de José, y mas creíble la historia evangélica, representándole agitado por los mismos sentimientos de que es susceptible cualquier hombre en iguales circunstancias (1).

CAPITULO XI.

NACIMIENTO DEL MESIAS.

En este intervalo, el imperio de la impiedad (2) había conducido sus aguijas hasta las estremidades del globo; los romanos habían encerrado al mundo oriental como en una red; el Sarmata temblaba á su presencia en el fondo mismo de sus desiertos y los pueblos más distantes del Asia, los pacíficos chinos, enviaban al César una solemne embajada para solicitar su poderosa amistad. Ya el Egipto y la Siria no eran mas que provincias romanas; la Judea también era tributaria, y el rey de los ju-

1 San Juan Crisóstomo, *sermon* 4.—Véase también el P. Valverde, *Vida de J. C.* tom. I, pág. 114.

2 Los judíos designaban el imperio romano con el nombre de *Imperio impio*.

díos, comprando á precio de oro una protección caprichosa, no era otra cosa que esclavo coronado. El tiempo cuya marcha no puede detenerse, había por fin llegado; los oráculos del Mesías iban á cumplirse, el poder de Roma estaba en su apogeo, como lo había predicho Balaam, y según la gran profecía de Jacob, el cetro se había escapado de las manos de Judá, porque el fantasma de dignidad real que dominaba aun en la ciudad santa, no era siquiera un simulacro nacional. Entonces fué cuando se publicó en la Judea un edicto de César Augusto, mandando practicar un empadronamiento de todos los pueblos sujetos á su dominio. Dicho padrón era mucho más exacto y completo que el que se había hecho en el sexto consulado del sobrino de Julio César (3), pues comprendía no solamente á las personas, sino los bienes y las diversas calidades de las tierras; tal era la base sobre la cual se quería fijar el tributo de la servidumbre (4).

Cada uno de los gobernadores romanos en su departamento, quedaron encargados de la ejecución del edicto imperial (5). Sexto Saturnino, gobernador de Siria, comenzó desde luego por la Fenicia y la alta Siria, comarcas ricas y populosas que exigieron un largo y minucioso trabajo. Puede dar una idea de este padrón el que Guillermo el Conquistador mandó hacer en nuestra Europa mil años después, con el fin de formar el famoso registro tan conocido de los ingleses con el nombre de *domesday-book*. Después de haber ejecutado las órdenes de César en el imperio romano, y en los reinos y tetrarquías que dependían de él, tres años después del decreto (6), llegó á Betlen precisamente en la época del memorable nacimiento del Salvador. César y sus agentes, al practicar la averiguación acerca de la población y de los recursos del imperio, solo creyeron hacer una operación administrativa, pero Dios tenía otros designios que

3 Augusto mandó hacer tres empadronamientos generales en todas las provincias del imperio: el primero durante su sexto consulado con Marco Agripa en el año 28 antes de la era cristiana; el segundo bajo el consulado de Cayo Mario Censorino y de Cayo Asinio Gallo el año 9 antes de la misma era; y el tercero y último bajo el consulado de Sexto Pompeyo Nepos y de Sexto Apuleyo Nepos el año 14 de dicha era. El segundo empadronamiento es el de que habla San Lucas, y el decreto que lo ordenaba se espació el año nono antes de la era cristiana. [Sueton. *in Octav.* 27.]

4 Augusto hacía trabajar entonces una obra que contenía la descripción del imperio romano y de los países que tenía bajo su dependencia. Tácito, Suetonio y Dion Casio, hacen mención de aquel libro, y dan todas las descripciones ó mapas particulares que se levantaron en las provincias. Atendido el modo con que del mismo hablan, era preciso que fuese alguna cosa muy semejante al *Domesday-book*.

5 Tertuliano asegura que este fué el caso en que se halló con respecto á la Siria Sexto Saturnino, que era su presidente.

6 Los tres años que se emplearon en este empadronamiento ejecutado por el prefecto romano, no pueden ofrecer dificultad; porque ciertamente era necesario este tiempo para levantar el catastro de la Siria, de la Sel-Siria, de la Fenicia y de la Judea. Joab había empleado cerca de diez meses en hacer la simple clasificación de los hombres aptos para las armas en las diez tribus; y el empadronamiento mandado hacer por Augusto á la época del nacimiento de Jesucristo, presentaba muchas más dificultades y exigía más detalles, pues que no solo se extendía á todos los individuos, sino también á todas las calidades de sus tierras. Guillermo el conquistador, que mandó ejecutar un trabajo semejante entre los ingleses, empleó seis años enteros, aunque el *Domesday-book* no comprendió ni la Escocia, ni la Irlanda, ni el país de Gales, ni las islas Normandas.

sivamente para guardar sus rebaños. De repente presentóse ante ellos un ángel del Señor, y viéronse rodeados de una luz divina, lo que los llenó de un temor inmenso.—Entonces el ángel les dijo: “No temáis, porque vengo á traer una nueva que será para todo el pueblo motivo de grande regocijo; hoy mismo, en la ciudad de David, ha nacido un Salvador, que es el CRISTO. He aquí la señal por la cual le conoceréis: encontrareis un niño envuelto en mantillas y recostado en un pesebre.” En el instante reunióse al ángel un grande ejército de espíritus celestiales, alabando á Dios y diciendo: “GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS, Y PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD.” (1)

La vision maravillosa había desaparecido, los cánticos celestiales habían cesado, y los pastores, inclinados sobre sus nudosos cayados, escuchaban todavía. Cuando las brisas de la noche gimieron solas en el valle, y no quedó en el cielo un solo punto blanco y radioso que pudiese parecer un ángel, los pastores consultaron entre sí, y dijeron unos á otros: *Vamos hasta Belén, y veámos lo que ha sucedido.* Entonces, llenaron sus canastos con sencillos presentes, tales como podían proporcionar sus cabañas, abandonaron sus rebaños á los ángeles de la soledad; y á la brillante claridad de las estrellas, se encaminaron á la pegueña ciudad de David. A la vista del establo, sintieron como los discípulos de Emmaus, arder su corazón, y exclamaron: ¡Tal vez aquí es! porque sabían que el Niño divino no había nacido bajo dorados artesones,

1 En una llanura muy agradable, situada á un cuarto de legua al Norte de la ciudad de Belén, se encuentra la aldea de los pastores, y en el fondo de un valle el campo tan célebre en que esos pastores apacentaban sus rebaños durante la noche de Navidad.—Segun opinion de autores graves, tanto sagrados como profanos, la aparición de los ángeles á los pastores, no es el solo prodigio que haya señalado el nacimiento del Dios niño. Refiérese que durante esta noche santa florecieron las viñas de Engaddi, que en Roma, el templo de la paz, se desplomó subitamente, y que los oráculos de los demonios callaron para siempre. El solo nacimiento de Nuestro Señor, fué una sentencia de destierro para esas divinidades paganas, á quienes había sido permitido hasta entonces el proferir oráculos. Milton, con un astro poético admirable, describe así en una de sus primeras piezas de verso la fuga de esas pretendidas deidades en la noche de Navidad.

“Los oráculos enmudecen; ninguna voz, ningún marmallo sin nuestro hace resonar palabras falaces bajo las bóvedas de los templos. Apolo, abandonando con un grito de desesperacion la colina de Delfos, no puede pronosticar lo futuro. Ningun éstasis nocturna, ninguna inspiracion secreta saliendo de una caverna profética, se hace sentir al sacerdote de ojos espantados.”

“Sobre las montañas solitarias y á lo largo de las resonantes riveras, no se oyen mas que llantos y lamentaciones. Ligénio se ve forzado á alejarse, suspirando, de las fuentes y de los valles que habitaba en medio de los pálidos chopos; y las niñas despojadas de sus guirnaldas de flores, gimen á la sombra de los espesos matorrales.”

“Los lares y las larvas hacen oír sus quejas nocturnas en la tierra consagrada y sobre los santos hogares. Las urnas y los altares, despiden sonos lugubres y desfallecidos que espantan á los flámines ocupados en su servicio, y el mármol helado parece cubrirse de sudor, mientras que cada deidad abandona su sitio ecotumbado.”

“Peor y Baal huyen de sus opacos templos con el dios arrojado de la Palestina. Astaroth, bajo el nombre de la luna, reina y madre del cielo al mismo tiempo, ya no brilla mas cercana del santo resplandor de las autorchas. El Hammon de la Libia oculta sus cuernos, y las hijas de Tiro lloran en vano su Tammuz herido.”

“El sombrío Moloch se escapa, dejando en la sombra á su ídolo reducido á negros carbonos: en vano el ruido de los instrumentos y de la danza, llama al rey feroz cerca de un horno ardiente. Los dioses del Nilo de la raza de los brutos, se alejan tambien rápidamente, y el perro Annubis sigue á Isis y á Osiris.”

ni estaba acostado en una cuna suntuosa como un trono; nada de eso les había anunciado el ángel. Se adelantaron pues con fé, con esperanza y con amor, hácia el pesebre abandonado, donde tuvieron la felicidad de encontrar al Salvador prometido, pues ellos le venían á buscar con intenciones rectas y almas puras.

Mirando al fondo de la caverna, para asegurarse de si habían llegado ó nó al término de su peregrinacion nocturna, *esos hombres de corazón sencillo descubrieron á aquel que venia á anunciar el Evangelio á los pobres, y á abolir la maldicion de la esclavitud*, bajo la humilde forma de un niño tranquilamente dormido en un pesebre.

La Virgen, inclinada sobre su hijo recién-nacido, le contemplaba con humildad afectuosa y ternura profunda; José, detrás de ellos, inclinaba tambien respetuosamente su cabeza de anciano, ante ese hijo adoptivo, que era Dios mismo. Un rayo apacible de la luna alumbraba ese grupo divino, que se destacaba de las paredes rojizas de la cueva; fuera de ella, todo dormia bajo la bóveda de una noche estrellada (2).

Aquí es, dijeron los pastores, y prosternándose con respeto ante la cuna del Rey de los reyes, ofrecieron al Dios pobre que acababa de nacer, el óbolo y los homenajes del pobre.

Después se pusieron á cantar la aparición de los ángeles, sus armoniosos conciertos, sus palabras de esperanza, de paz y de amor. José admiró aquella manifestacion divina; y María, que escuchaba en silencio esta sencilla narracion, grababa en su corazón cada una de sus palabras. Cumplido aquel deber y terminada su mision, los pastores de Judá se retiraron alabando á Dios, y esparcieron en las montañas la nueva de las maravillas de aquella santa noche. Llenos de asombro los que les escuchaban, se decían entre sí: “¿Es esto posible? ¿Estamos acaso en los tiempos de Abraham, en que los ángeles visitaban á los pastores?”

Tal vez fueron esas narraciones hechas al caer de la tarde á la orilla de los bosques, ó en el fondo de los barrancos, mientras que los camellos bebían juntos en una fuente solitaria, los que indujeron á una tribu de árabes del desierto á divinizar á María y al niño Jesus. La dulce imagen de la Virgen, teniendo á su hijo sobre sus rodillas, fué grabada en una de las columnas de la Caaba, y comprendida solemnemente en el número de las trescientas sesenta divinidades de las tres Arabias. Allí permanecía aun en tiempo de Mahoma, como lo atestiguan los historiadores árabes (3). Después de la degollacion de los Santos Inocentes, esta valiente tribu se levantó instantáneamente, lanzó un grito de venganza, y sin espantarse por el número,

2 Los persas llaman la noche de Navidad *sheb jaldai*, noche clara y luminosa, á causa de la aparición de los ángeles. [D’Herbelot, *Biblioth orient.*, tom. II, pág. 294.]

3 El Azrakí alega el testimonio ocular de muchas personas respetables para probar un hecho muy singular, del que no creo se haya hecho mencion hasta este momento: que la figura de la Virgen María con el niño *Atsa* [Jesus] sobre sus rodillas, estaba esculpida como una divinidad sobre una de las columnas mas inmediatas de la puerta de la Caaba. (Burckhardt. *Viaje á la Arabia*, tom. I, pág. 221.)

atacó al hijo de Heródes, sin embargo de que estaba protegido por los romanos (1).

Esta anécdota auténtica, tan curiosa y tan generalmente ignorada, viene á apoyar el hecho sobrenatural referido por San Lucas; hecho que los filósofos burlones de la escuela volteriana, y sus adeptos mas paganos aun si es posible, del panteísmo, se han atrevido á colocar entre el número de los cuentos fabulosos. La estraña devocion de esos árabes que mezclan la idolatría con el culto del verdadero Dios antes de la predicacion del Evangelio, no puede referirse sino al conocimiento de los milagros de la santa noche de la Navidad.

A los ocho dias de su nacimiento, el hijo de Dios fué circuncidado y llamado Jesus, segun la orden de su Padre celestial. Debí tener sus padrinos como todos los israelitas; pero se ignora completamente en quién recayó este honor. En cuanto á la ceremonia de la circuncision, que siempre se hacia bajo los auspicios de Elías, cuya asistencia invisible, decian los hebreos, no faltaba nunca (2), tuvo lugar, segun San Epifanio, en la cueva misma en que nació Jesus; y San Bernardo presume con bastante verosimilitud, que San José mismo fué su ministro.

Hombres del pueblo, dóciles al llamamiento de los ángeles, habían ido á adorar en su pobre pesebre al Niño-Dios, y á partir con él su pan negro y la leche de sus cabras. Un milagro de un orden mas elevado todavía, ocasionado por un hecho enteramente distinto, condujo poco tiempo después á la misma cuna las primicias de la gentilidad convertida; los pastores de Judá habían tomado la iniciativa; tocábale, pues, su turno á los reyes y á los sábios.

CAPITULO XII.

LA ADORACION DE LOS MAGOS.

Durante el otoño que precedió al nacimiento de Jesucristo, los magos caldeos, tan hábiles en la ciencia del curso de los astros, distinguieron una estrella de primera magnitud, que en su marcha estraordinaria y en otras señales no menos ciertas, reconocieron ser la estrella de Jacob, anunciada mucho tiempo antes por Balaan, y que debía aparecer en el horizonte cuando se verificase el nacimiento del Mesías. Consta de las tradiciones de Irán, recogidas por Abulfarage, que Zoroastro, el restaurador de la religion de los magos, hombre de

1 Esta particularidad, que comprueba la relacion del historiador árabe, se encuentra consignada en *los Toldos*, libro judío muy antiguo, y escrito en un espíritu de odio furioso contra el cristianismo. Por el se ve que Heródes el grande y su hijo, tuvieron que sostener una guerra contra una tribu del desierto, que adoraba á la *imagen de Jesus y de María su Madre*. Esta tribu intentó aliarse con algunas ciudades de la Palestina y especialmente con la de Hai. Luego ya que los judíos mismos colocan este suceso durante la vida de Heródes, es preciso que haya sido motivado por el deguello de los Santos Inocentes, pues el anciano Rey no sobrevivió mas que un año al nacimiento del Salvador.

2 Basnage, lib. 7. cap. 10.

gran sabiduría, astrónomo distinguido, y ademas muy versado en la teología de los hebreos (3), había anunciado bajo los primeros sucesores de Ciro, y poco después del restablecimiento del templo, que un Niño divino, destinado á cambiar la faz del mundo, naciera de una Virgen pura é inmaculada en la region mas occidental del Asia. Añadió que una estrella desconocida en su horizonte, señalaría este notable acontecimiento, y que á su aparición, los magos deberian llevar por sí mismos, diversos presentes á este joven rey. Ejecutores fieles y obedientes de las voluntades de Zoroastro, tres de los mas ilustres sábios de Babilonia (4), no bien hubieron notado la estrella predicha, cuando hicieron sonar los címbalos para dar la señal de marcha.—Dejando tras de ellos la ciudad de los Selúcidas con sus elegantes edificios de madera de palmera (5), y Babilonia á donde el viento del desierto gimiendo sobre las inmensas ruinas, parecía contar á estos silenciosos restos los siniestros oráculos del hijo de Amoi, salieron del país de los dátiles y tomaron la senda arenosa de la Palestina. Delante de ellos, cual columna luminosa que guiaba hácia las desiertas playas del mar Rojo, á las cohortes fugitivas de Israel, marchaba la estrella del Mesías. Ese nuevo astro, esento de las leyes invariables que rigen á los demas cuerpos planetarios, no tenia un movimiento regularizado y que le fuese propio; así es que, ó se adelantaba al frente de la caravana, siguiendo siempre en línea recta hácia el occidente, ó permanecía estacionaria encima de las tiendas durante las paradas nocturnas, y parecía balancearse suavemente en el seno de las nubes como un alabastro: al despuntar el dia daba la señal de partida, como había marcado la hora del descanso (6).

Al fin las altas torres de Jerusalem, se dibujaron en el fondo del lejano horizonte: en medio de las cimas desnudas y agrestes de sus montañas, los camellos y las yeguas apagan su sed en una cis-

3 Algunos hacen á Zoroastro discípulo de Jeremías; pero las épocas no concuerdan, y es mucho mas probable que lo fuese de Daniel.

4 No se está precisamente de acuerdo acerca del país de los Magos; unos los hacen venir del fondo de la Arabia feliz, otros de las Indias, lo cual es de todo punto improbable. Los mejores autores les dejan por patria á la Persia, y esta opinion es la que mas ha prevalecido. Los nombres de Gaspar, Melchor y Baltasar, que se dan á los Magos, son babilónicos. En efecto, Babilonia, y después de su ruina Seléucia situada á una corta distancia, fueron la morada de los mas célebres astrónomos de la antigüedad. Ademas, esas ciudades están al Oriente de Jerusalem; y se puede en veinte dias de marcha trasportarse desde las orillas del Eufrates hasta Belén. Orígenes, que era un sábio y muy instruido, asegura que los Magos se ocupaban de astrología. Drexelius se burla de Orígenes con este motivo, lo que prueba que estaba poco versado en la historia del antiguo Oriente, en que todo astrónomo era astrólogo.—D’Herbelot, cuyo nombre hace autoridad cuando se trata del Oriente, afirma tambien que los Magos vinieron de la Persia.

5 Strabon, lib. 17.

6 Véase á S. Juan Crisóstomo, *sermon 6*, sobre San Mateo.—Colocido, filósofo pagano que vivió hácia el fin del siglo tercero, hace mencion de esta estrella y de los sábios del Oriente que ella guió á la cuna de Cristo. Hé aquí lo que dice San Agustín, el águila de los doctores: “Aquel cuya muerte debía oscurecer el antiguo sol, hizo comparecer en su nacimiento una nueva estrella. ¿Cuál, era pues, esa estrella que jamas había aparecido en medio de los astros, y que después nadie ha podido encontrar en el firmamento? ¿No era este un lenguaje magnífico del cielo para contar la gloria de Dios y el alumbramiento de una Virgen?”

terna colocada al lado del camino, cuando los magos lanzaron un grito de terror y de sorpresa: la estrella acaba de ocultarse en las inmensidades del cielo, cual si al modo de un ser inteligente quisiera descubrir un próximo peligro (1).

Tan desorientados entonces como los primitivos navegantes cuando una faja de oscuras nubes les ocultaba la estrella polar, los magos se detuvieron á consultar entre sí un instante. "¿Qué significaba la repentina desaparición de su brillante conductora? ¿Habían llegado acaso al término de su largo viaje, ó debían levantar la tienda de su morada? Que el Rey niño á quien venían á adorar desde las riberas del Tigris se hallase en Jerusalem, era muy posible y aun probable." *El Dios del cielo*, dijeron ellos para sí, no prolonga inútilmente sus milagros, éstos cesan desde el momento en que son suficientes los agentes humanos; esto es consecuente. ¿Qué importa que la estrella nos haya dejado? Podemos muy bien, sin su auxilio hallar al que venimos buscando en la capital de sus Estados. Para descubrir á donde está la cuna del joven rey Mesías, nos basta dirigirnos por la primera calle que veamos alfombrada de verdes ramos, perfumada con esencia de rosa, y tapizada de ricas colgaduras bordadas de oro; el sonido de las arpas de los hebreos, sus coros de danzas y sus alegres aclamaciones, nos indicarán bastante el punto á donde debemos dirigir nuestros pasos." Siguiendo esta inspiración apresuraron el paso á sus cabalgaduras, y entrando por la puerta de la muralla, penetraron en la antigua Sion por entre dos filas de soldados bárbaros.

El aspecto de Jerusalem era triste y taciturno; su población afanada y silenciosa, no tenía aire de gozo ni de fiestas; únicamente algunos grupos que se formaban de distancia en distancia, veían pasar á los viajeros, á quienes se reconocía por los sátrapas del gran rey, en sus largas túnicas blancas ajustadas con magníficos cinturones de color de aurora, en sus *bazubands* (2) ó brazaletes guarnecidos de piedras preciosas, y mas que todo, en la belleza varonil de sus nobles facciones. Continuando su camino, los caballeros orientales se inclinaban á veces sobre el cuello de sus dromedarios, para preguntar á alguno de los numerosos espectadores que en torno suyo iban agrupándose, dónde se hallaba el recién-nacido Rey de los judíos, y cuya estrella habían visto en Babilonia: Los jerosolimitas se miraban con sorpresa y no sabían qué responder á esta pregunta: "¿Un rey de los judíos. . . .?" ¿Qué rey? Ellos no conocían sino á Heródes, á quien aborrecían en el fondo de su alma, y que no tenía ningún hijo en la cuna. Admirados á su vez de que todos los que oían su pregunta protestasen su ignorancia, y no viendo por otra parte en derredor de ellos ninguna señal de regocijo, los

magos subieron confundidos y consternados la populosa calle que conduce al antiguo palacio de David, y levantaron sus tiendas en sus patios ruinosos y sombríos.

Entre tanto la aparición de estos magnates de la Persia que viajaban, cosa muy rara entonces, por las montañas de la Judea, sus estrañas preguntas, que sorprendieron é intimidaron al mismo tiempo á aquel pueblo, á quien el vasto sistema de espionaje organizado por Heródes (3) tenía en la mayor sujeción, pusieron en movimiento á la ciudad mas inquieta y sediciosa de todo el Oriente. El nombre del rey Mesías pronunciado por los fariseos, siempre solícitos en alarmar al anciano monarca sobre el porvenir de su casa y la duración de su propio poder, cayó en medio de los grupos de los curiosos como una chispa sobre la paja. El rey Mesías, ¡Oh, esto era la libertad! ¡la conquista! ¡la gloria! ¡era la bandera de Judá ondeando victoriosa sobre el mundo vencido! Los sátrapas de Persia estaban reputados por los primeros astrólogos del mundo (4), ellos habrían sin duda leído en los astros el nacimiento del *Goel* (5) hebreo. El heredero de los reyes de Judá, iba á subir sin duda al trono de sus antecesores y á lanzar de él á la raza de los Heródes, estos *semi-judíos* que no eran mas que los esclavos de Roma! Un sordo rumor, parecido al que precede á las tempestades del Océano, circuló instantáneamente en las casas, en las calles, en las plazas públicas; jamas los judíos jerosolimitas se sintieron menos dispuestos á obedecer el edicto real que les prescribía *no mezclarse en otra cosa que en sus propios negocios* (6). En vano los feroces soldados de Heródes coronaban las murallas y los fuertes, y las plataformas de las torres; el pueblo había recobrado su fuerza, no temía, y conspiraba descubiertamente. *Toda Jerusalem estaba en conmoción*, dice el Evangelio, y había llegado su vez al tirano de temer también.

Heródes habitaba entonces en su palacio de Jerusalem, cuyos jardines llenos de flores preciosas, poblados de pájaros raros, y surcados de cristalinos arroyos que iban á perderse bajo las sombras de un frondoso bosquecillo (7), no podían distraerle de los terribles recuerdos, y de las siniestras provisiones que llenaban de sobresalto y amargura su cansada existencia. Instruido por el jefe de sus espías de la llegada de los magos y de las estrañas preguntas que habían hecho á la multitud, su ancha frente que habían rugado continuos y recelosos pensamientos, se obscureció como un cielo bor-

3 Véase Josefo, *Antig. de los judíos* l. XV, cap. 13.

4 Todo el Oriente creía entonces en la astrología, y Philon nos refiere que los sátrapas de Persia pasaban por los primeros astrólogos del mundo.

5 *Goel* [Salvador] uno de los nombres con que designan los hebreos al Mesías.

6 Heródes había prohibido á los judíos severamente hablar de los negocios del Estado; y no podían ni aun reunirse en familia, para celebrar, según la costumbre, grandes festines. Los espías diseminados en Jerusalem y hasta en los caminos principales, arrestaban al momento á los que infringían el edicto del rey; se les conducía secretamente, y algunas veces en la mitad del día á las fortalezas, á donde eran castigados severamente.—(Josef, *Antig. Jud.* lib. XV, cap. 13.)

7 Josefo, de Bello, lib. O, cap. 13.

rascoso, haciendo á todos visible su temerosa inquietud.

Se concibe desde luego la turbación del rey de los judíos y se explica muy bien por su posición. Heródes no era ni el ungido del Señor ni el elegido del pueblo: un ramo de laurel cogido en el recinto idólatra del Capitolio, formaba su corona tributaria, corona de servidumbre entremezclada de espinas, y de la que cada hoja había sido pagada con montones de oro, estraido de las economías del rico y de la indigencia del pobre. Odiado de los grandes cuyas cabezas hacia rodar á la menor sospecha, temido de sus parientes, cuyas tumbas había llenado por medios alevosos y sangrientos; inspirando horror a los sacerdotes cuyos privilegios había hollado atrevidamente, detestado del pueblo por su religión problemática y por su origen extranjero, Heródes no podía oponer sino sus cortesanos, sus sicarios, sus artistas y la secta opulenta, pero poco numerosa de los herodianos, que había fascinado su magnificencia al odio activo, ardiente y abiertamente declarado del resto de la nación. Frecuentemente el amigo del César era insultado cara á cara por sus súbditos obstinados: los fariseos, secta astuta y poderosa le habían rehusado con burla y menosprecio el juramento de fidelidad, los esenios, cuyo valor en los combates hacia tan temibles, habían seguido el ejemplo de los fariseos; y los jóvenes y fogosos discípulos de los doctores de la ley, acababan de derribar á la luz del medio día el águila de oro que había hecho colocar sobre la puerta del templo para adular á los romanos.

Por todas partes se tramaban sordamente conspiraciones contra la vida del representante del César, en las que tomaban parte sus mas cercanos parientes y sus mas queridos amigos, faltando muy poco para que muriese en escena pública, bajo el puñal de algunos jóvenes escaltados que creyeron perpetrar un acto de virtud y patriotismo, desembarazar á la tierra de un príncipe que reinaba como un frenético (1). Atribuyendo este atentado inaudito al menosprecio que inspiraba su ancianidad, ensayaba todos los secretos del arte para rejuvenecerse (2). Bien hubiera querido persuadirse á sí propio tanto como á los demás que era siempre el Heródes de otro tiempo, el joven arrogante que aventajaba á la mayor parte de los hebreos en los ejercicios gimnásticos; Heródes el altivo caballero, el diestro cazador, el bello y desdeñoso monarca, que había despreciado el amor de aquella célebre reina de Egipto, por la cual Antonio había perdido el imperio del mundo. ¡Pero ay! los cabellos emblanquecidos que empezaban á mezclarse con la negra cabellera de sus hijos, su impaciente afán de reinar, el espíritu de subversión y de trastorno que se hacia sentir en el pueblo, y la insolencia de los bandidos que comenzaban de nuevo sus depredaciones en toda la Galilea, todo esto, le

1 Tan lejos estaba el pueblo de aplaudir el descubrimiento de esta conspiración y de regocijarse en la salvación del rey, que por el contrario, se apoderó del delator y haciéndolo trizas lo dió por pasto á los perros.—(Josefo, *Antig. Jud.* lib. XV, cap. 11.)

2 Heródes con el fin de parecer joven todavía, se hacia teñir de negro los cabellos y la barba.—(Ibid. l. XVI, 11.)

hacia comprender muy á su pesar que su terrible reinado tocaba ya á su fin. Hostigado de vivir en continuas sospechas, y desconfiando aun de sus mismos espías, vagaba algunas veces por la noche solo y disfrazado en las calles y en las plazas públicas de su capital (3); en ellas oía por sí mismo las sordas imprecaciones, y las sangrientas amenazas y las amargas burlas que acumulaban sobre el hombre sin abuelos, el *Ascalonita*, la *bestia salvaje* que había asesinado á su inocente esposa, una perla de belleza, un modelo de honor, y que había hecho en seguida ahorcar á los hijos que tuvo en ella, aquellos dos príncipes tan melancólicos, tan bellos y tan valerosos, que el pueblo tomaba y tenía en grande estima porque le recordaban á los héroes asmoneos sus antecesores, y á su infortunada madre! El día siguiente de estas correrías nocturnas era un día de duelo y de suplicios; ninguno alcanzaba la gracia de aquel monstruo: la hacha del verdugo despues de haber hecho caer las cabezas mas nobles, descendía hasta el polvo. Así, pues, por todas partes se hacían votos contra la vida del príncipe, y cada vez que el rumor de su muerte, fuese por casualidad, ó con intención se esparcía en las lejanas provincias, el pueblo acogiendo ávidamente el cebo engañoso que lisonjeaba tanto sus deseos, se apresuraba á encender luminarias de regocijo, las cuales se apagaban en seguida con su misma sangre.

En medio de estos elementos de discordias civiles, cuando el espíritu de sublevación se propagaba sordamente en las filas del ejército, y que la revolución, cual si fuese un fruto en sazón, parecia invitar á la mano del sedicioso á cogerlo, llegaba á Jerusalem unos extranjeros, cuyo aspecto denotaba una alta gerarquía, y que sin misterio ni reserva preguntan por un rey de los judíos, del que habían visto la estrella anunciadora de su reciente nacimiento. Heródes se admira; interroga ansiosamente á sus recuerdos; y las predicciones fatales á su dinastía que hacen circular los fariseos, los oráculos de los antiguos profetas, á los cuales no había prestado hasta entonces sino una atención indiferente y secundaria, todo viene á ofrecerse á su memoria, todo le conturba y altera. Ese Mesías guerrero, ese profeta de la descendencia de David, que desde el Oriente hasta el ocaso debe pasear su victoriosa enseña, comienza á inspirarle vagas inquietudes; no es Dios, es el príncipe el que hace así soñar al anciano rey. Mientras mas discurre, mas le parece entrever en este acontecimiento misterioso la señal de un vasto complot que tiende á levantar sobre las ruinas de su poder, otro poder oculto y rival. ¡Y qué! habría él derramado como el agua la sangre ilustre de los Macabeos, sin inquietarse de que este hecho hiciese latir el corazón de su esposa y de sus hijos; habría despedazado bajo las ruedas de hierro de su despotismo, todo lo que le opusiera alguna resistencia; habría

3 Frecuentemente se mezclaba de noche y á favor de un disfraz entre el populacho, según dice Josefo, para saber la opinión que se tenía de su gobierno; castigando despues sin misericordia á los que desaprobaban sus medidas.—(Ibid. l. XV, cap. 13.)

perdido su alma, su honor, el reposo de sus noches, en las que las víctimas sangrientas que había inmolado venían á turbar su sueño... (1) y todo esto, ¿para qué? para allanar el camino del trono á la familia de David...! (2). Este cetro, tan caramente adquirido; este cetro, húmedo todavía con la sangre de los suyos, no sería sino una caña estéril y maldita que el viento de la muerte haría caer rota sobre su tumba!... Debería, pues, pasar como el meteoro funesto de una noche tempestuosa sobre esta tierra, cuya antigua gloria volvería á renacer despues de su reinado, mas brillante que nunca!... Y vería él á ese pueblo que le aborrecía con un odio tan profundo, tan terrible, tan encarnizado, que sus mismos beneficios no podían extinguirle, rodear con su amor y sus simpatías al vástago illustre de sus antiguos reyes! Este último pensamiento caía amargo como el absinto, sobre el corazón sombrío y desolado del viejo monarca, porque en medio de sus actos de violencia experimentaba la necesidad íntima de ser amado, necesidad estraña por cierto, pero demasiado real en aquella naturaleza excepcional, que parecía un compuesto de contrariedades; y en que había cualidades muy nobles avasalladas á la pasión mas cruel, mas dominante que pueda devastar el alma del hombre, la ambición.

"Que ese Niño, ya sea un príncipe de la tierra, ó un profeta de Dios, dijo Heródes despues de una pausa, es preciso que muera... y morirá; aun cuando estuviese seguro de extinguir con esa débil centella todas las glorias que nuestros inspirados sueñan para el porvenir. Atalía, aquella mujer tan hábil en reinar, no olvidó sino á un niño que se hallaba en la cuna, en la matanza de la familia real de Judá... y este niño le arrebató el trono y la vida! Yo procuraré no olvidar á ninguno. Pero ¿á dónde, por fin, se oculta ese rey de los judíos recién nacido que anuncian los astros, y que estos sátrapas insolentes vienen á buscar á la puerta misma de mi palacio?... Será en efecto el *Schilo* profetizado por Jacob?... ó no son mas que delirios de astrólogos tal vez?... No importa, es necesario asegurarse." Pocas horas despues, los doctores de la ley y los príncipes de los sacerdotes, reunidos en consejo bajo la presidencia de Heródes, oían esta pregunta que debió parecerles bien estraña en los labios de semejante príncipe: "¿Sabeis, por ventura, en qué lugar debe nacer el Mesías?"

La respuesta que no se hizo esperar fué concisa y unánime: *En Betlen de Judá*. Y los ancianos de Israel contentos de hallar ocasion para po-

1 *Ibid.* lib. V, cap. 13.

2 Algunos se han admirado de los temores que causaba á Heródes un vástago de la familia de David; sin embargo, no fué Heródes el único que persiguió á esta noble familia en odio de sus antiguos derechos y de sus gloriosas esperanzas. Eusebio, segun el testimonio de Hégesipo refiere que despues de la conquista de Jerusalen, Vespasiano ordenó buscar y destruir la posteridad de David: bajo el imperio de Trajano, la persecucion duraba aún. Finalmente, Domiciano se hizo conducir á Roma dos vástagos de esa raza illustre, que descendían del apóstol San Judas. El emperador, despues de haberles interrogado, sabiendo que solo poseían 39 fanegas de tierra que cultivaban con sus propias manos, les permitió volver á su patria, tranquilizada su ambición por su pobreza.

ner en cuidado al amigo de los romanos, no dejaron de añadir que, tocando á su término la última semana de Daniel, estaban ya próximos los tiempos del Mesías. Estas indicaciones poco satisfactorias no bastaron á Heródes que deseaba saber con toda certeza á dónde debía dirigir sus golpes; por lo tanto resolvió interrogar á los magos para inquirir de ellos, si era posible, la época precisa del nacimiento del niño, calculada por la de la aparición de la estrella. Profundamente político para conceder á los sábios de Irán una audiencia pública que hubiera dado mayor interes á un rumor que á él importaba tanto sofocar, el rey los hizo llamar en secreto, y los estrechó con repetidas preguntas sobre el tiempo en que se les había aparecido la estrella. "El se informó minuciosamente, no acerca del niño sino de la estrella, dice San Juan Crisóstomo, á fin de guardar toda la circunspeccion posible y hacerles caer en el lazo que les tendía." Instruido ya de lo que deseaba saber, el sanguinario Heródes, despidió á los extranjeros de una manera cortésana y afable. *Id, les dijo, id á Betlen, informaos exactamente de este niño, y cuando le háysis encontrado, venid á avisarme porque quiero yo ir á adorarle.*

Los magos, que como todos los hombres superiores, como todos los hijos de la meditación y de la ciencia, eran buenos, sinceros y no inclinados á sospechar de las intenciones, si bien comprendían la tiranía y la crueldad en un príncipe, no creían posible la mentira, puesto que lo primero que los reyes de Persia aprendían en su infancia era á decir la verdad. Creyendo por lo tanto en las falsas palabras del Idumeo, y volviendo á pasar bajo los elegantes pórticos de aquel palacio que competía en magnificencia con los del gran rey, pero que no tenía en medio de sus bronces y de sus soberbios arcos, la campana de oro de los *suplicantes* (3), dejaron á Betzetha (4), y haciendo doblar sus tiendas, atravesaron segunda vez la ciudad Santa para dirigirse al lugar en que se presumía había nacido el Mesías. Al tiempo de pasar por los muros cargados de trofeos del nuevo anfiteatro, cuya decoracion inusitada era un objeto inagotable de sarcasmos para los fariseos, volvieron á encontrar á Heródes que se encaminaba á Jericó (5).

3 Los reyes de Persia administraban la justicia de un modo enteramente patriarcal. Ellos tenían encima de su cabeza una campana de oro, y á esta campana estaba atada una cadena cuyo extremo pendía en la parte exterior de las paredes del palacio: cada vez que sonaba la campana, los oficiales del príncipe salían de sus habitaciones é introducían delante del *Gran Rey* á los suplicantes que pedían justicia al mismo príncipe, y éste se la administraba inmediatamente y con equidad. (*Antar. Trad. de Arab.*)

4 El cuartel llamado *Betzetha* ó la ciudad nueva que Heródes había incorporado á Jerusalen, estaba situado al Norte del templo, y encerraba la piscina inferior, la piscina probática y el palacio de Heródes.

5 Nosotros hemos seguido á los autores que pretenden que Heródes pasó á Jericó, donde estuvo algun tiempo enfermo, en el momento en que los magos se dirigieron hacia Betlen: esto concuerda de todo punto con lo que refiere el Evangelio; porque si Heródes se hubiese hallado en Jerusalen al tiempo del regreso de los persas, estos le hubieran visto probablemente antes del aviso del ángel, que no les comunicó los proyectos del rey hasta la primera noche de viaje. La enfermedad de Heródes, desviando su atención de los magos y del Niño, dejó á aquellos la libertad de volver pa-

rodeado de un bosque de lanzas que empuñaban sus guardias compuestas de tracios y germanos.

Los persas salieron por la puerta de Damasco, y tomando la izquierda se encontraron á poco entre barrancos profundos, entrecortados, por colinas á las que era necesario trepar. Llevaban á lo mas una hora de marcha de la capital de la Judea, y dejaban beber á sus camellos en las aguas de una cisterna, cuando percibieron en el zenit un punto brillante que descendió hacia ellos con la rapidez de una exhalacion: *¡La estrella! ¡nuestra estrella!* gritaron los esclavos transportados de gozo; *¡La estrella!* repitieron con el mismo entusiasmo sus señores; y seguros ya en esta vez de haber hallado el buen camino, se volvieron á poner en marcha con nuevo ardor.

Disponiase á entrar en la ciudad de David, cuando la estrella inclinandose al mediodía se detuvo de repente encima de una caverna que tenía el aspecto de un establo rústico, y descendiendo al parecer mas abajo de las primeras capas de la atmósfera, vino á colocarse, por decirlo así, sobre la cabeza del Niño Dios. La vista de este astro inmóvil cuyos mas apacibles destellos caían como una manga luminosa sobre aquella gruta abierta en las rocas, llenó á los magos de una gran fe; y era necesario en efecto que su fe fuese grande para reconocer al rey-Mesías, en un niño desprovisto de todo, en tan agreste y pobre morada, acostado en un pesebre, y cuya madre, aunque hermosa y llena de gracia, manifestaba evidentemente pertenecer á una condicion obscura.

Dios que queria hacer avergonzar á los judíos de la dureza de sus corazones, presentándoles como contraste el celo religioso y la fe dócil de los infieles, permitió que la extraordinaria humillacion de la Santa Familia, no hiciese vacilar la firme creencia de los magos.

Los adoradores del sol, los gentiles á quienes la cruz venia á salvar lo mismo que á los hijos del pueblo predilecto, penetraron en la humilde morada de Cristo con tanta veneracion, como en sus templos edificadas sobre fuegos subterráneos y á donde giran esferas estrelladas (1). Segun el uso de su nacion, inclinaron sus frentes hasta tocar en el polvo de aquel albergue miserable, y despues de haberse quitado sus ricas sandalias adoraron al recién nacido, como todo hijo de Oriente adoraba entonces á sus dioses y señores. Abriendo en seguida los cofrecitos de maderas olorosas en que estaban los presentes destinados al Mesías, sacaron el oro purísimo recogido en los contornos de Ninive la Grande, y los perfumes cambiados por frutos y perlas con los árabes del Yemen. Estos dones misteriosos no tenían nada de carnal ni de repugnante como las ofrendas de los judíos. La cuna de AQUEL que venia á abolir los sacrificios de la sinagoga, no debía regarse con sangre; así es que

eficazmente á su patria, y á la Santa Familia el tiempo de emprender otra vez el camino de Nazareth.

1 Estas esferas, compuestas de círculos de oro agujeradas como el de nuestras armilares, dan rápidas vueltas cuando nace el sol. Véase todavía en Oulan, en donde los güebros tienen un templo. (*Rabbi Benjamin.*)

los magos no le inmolaron corderos sin mancha ni blancas terneras; sino que le presentaron el oro como á príncipe de la tierra, y el incienso y la mirra como oblacion debida á Dios (2). Despues de esto, inclinando la frente ante Maria, á quien encontraron *bella como la luna y humilde como la flor de Nenufar*, invocaron sobre ella las bendiciones de Dios, manifestándole el deseo de *que nunca la mano de la desgracia pudiese alcanzarla*. ¡Ah! este voto no podia variar lo que estaba escrito en los decretos eternos!

Esta fué la última escena de esplendor y grandeza en que figuró la santa Virgen. El primer período de su vida se había deslizado como un dulce sueño del Ginnistan, bajo los artesones de cedro y oro, en medio de los perfumes sagrados, de los cánticos melodiosos y de las místicas armonías de las arpas y de las liras; el segundo lleno de maravillas y de misterios, la había puesto en comunicacion con los espíritus celestes y con los príncipes del Asia; el tercero iba á abrirse bajo muy diferentes auspicios; llegábales su vez á las persecuciones, á las angustias infinitas, á los inesplicables dolores.

Entre tanto los Magos á quienes nada detenía ya en la Judea, se dispusieron á alejarse de Betlen, pero antes se propusieron, cumpliendo su promesa, ir á buscar al rey á su palacio de Jericó, para decirle á donde se hallaba el Mesías. A fin de evitarlo, el Ángel del Señor les reveló en sueños los negros designios de aquel príncipe pérfido, intimándoles la orden de cambiar de camino. Los hijos de Ormuzd, tributaron acciones de gracias al *Señor del sol y de la estrella de la mañana*, atribuyendo el honor de esta revelacion nocturna á su genio bienhechor (3), mas su perfecta docilidad los hizo merecedores del bien inefable de la fe que mas tarde obtuvieron (4); y en lugar de costear las playas estériles y peligrosas del lago Asfaltito que refleja en sus aguas pesadas é inmóviles las sombras de las ciudades malditas, volvieron la cabeza de sus camellos hacia el lado del gran Océano, y se imaginaron en las llanuras plantadas de dátiles (5) y pobladas de rosas que bañan el

2 Se han elogiado con justicia estos versos de Juvenio, el mas antiguo de los poetas cristianos de cuyas obras tengamos noticia, sobre los presentes de los reyes magos:

"Homini que Aurum, thus, myrraham, regique, Desoque, Dona ferunt....."

3 De Ormuzd en *Zend akvú mazdao* (el rey muy sabio), y de Ahriman, en *zend ahyro mainqus* (el malo inteligente), segun la mitología persiana, nacieron genios buenos y malos, á los que atribuyeron diversas funciones en el universo, ya para inspirar el bien, ya para propagar el mal. Uno de estos buenos genios llamado Srosch, daba cada noche siete vueltas alrededor de la tierra para velar por la seguridad de los servidores de Ormuzd, (*Viaje al Amshaspand-Named*, y el *Libro de los reyes*, de Firdousi.)

4 Autores muy antiguos afirman que los Magos recibieron el bautismo de manos de Santo Tomas: créese que sufrieron el martirio en la India á donde predicaban el Evangelio.

5 Los palmeros de Babilonia, dice Diodoro de Sicilia, producen dátiles esquisitos; son de medio pié de largo, unos amarillos, otros rojos y otros de color de púrpura; de manera que no son menos agradables á la vista que al paladar. El tronco del árbol es de una altura sorprendente, derecho y redondo por todas partes; pero la copa ó el ramaje no es en todos de la misma forma. Algunos palmeros estienen sus hojas en derredor, y el fruto sale en rici-

Eufrates y el Bend-Emyr, reconociendo las hermosas comarcas de la Siria.

CAPITULO XIII.

LA PURIFICACION.

Cuarenta dias despues del nacimiento del Salvador, la Virgen se creyó en el deber de ir á Jerusalem, para cumplir con el precepto del Levítico que prescribía la purificación de las madres y el rescate de los primogénitos. Esta ley no obligaba á María indudablemente; porque si había sido madre para dar vida al Redentor, había permanecido virgen para sí misma, y ninguna necesidad tenía de purificarse la que era la pureza misma, puesto que á su concepción sin pecado había seguido un alumbramiento sin mancha; "pero ella se sometió voluntariamente para dar ejemplo al mundo, como dice Bossuet, á una ley penal á la cual no estaba sometida, sino porque no fuese conocido el secreto de su alumbramiento virginal."

Pobremente equipados y confundidos en la multitud, como en la época de su primera aparición en el camino de Ephrata, José y María, que no habían atraído las miradas de nadie, ni habían dejado tras sí ni uno solo de esos recuerdos, que pasan al grado de tradicion entre los pueblos; no fué lo mismo, sin embargo, en esta vez de su vuelta á Jerusalem, gracias, sin duda, á las maravillosas relaciones de los pastores y á la visita brillante y ruidosa de los Magos. A alguna distancia de Betlen, María se detuvo á descansar bajo de un frondoso terebinto, á fin de dar el pecho á su Divino Niño, y aquel árbol que cubrió con su sombra al Mesías y á su casta Madre, tuvo desde entonces, segun la creencia popular, una virtud oculta, por la cual se obraron durante seis siglos una multitud de curaciones milagrosas. Así lo refieren por lo menos, tanto los cristianos del Asia como los mismos turcos; porque este árbol era todavía hace doscientos años un objeto de respeto religioso y un lugar de peregrinacion (1).

Despues de esta breve detencion en el camino de que se ha conservado memoria, los Santos Esposos llegaron á la tumba de Raquel (2) en la cual todo

mos que brotan de la corteza hendida hacia el medio; otros llevan todas sus ramas á un solo lado, y el peso de ellas las hace inclinarse hacia la tierra, tomando el árbol la figura de una lámpara suspendida en el aire; y otros, en fin, separan sus ramas en dos partes iguales y las dejan caer á derecha é izquierda en una perfecta simetría.—En cuanto á los campos y á los jardines de resas tan comunes en la antigua Persia, véase á Firdousi en el *Libro de los reyes*.

1 Este árbol, bajo el cual descansó María para dar de mamar al Niño Jesus, fué destruido antes del último siglo, pero se conserva la memoria del paraje á donde se hallaba.

2 Segun los doctores judíos, Jacob al enterrar á su muy querida esposa á orillas del camino de Betlen, fué porque su ciencia profética le hizo descubrir que una parte de sus descendientes seguirian esta misma ruta en calidad de cautivos de los asirios, y quiso por lo mismo que Raquel pudiese interceder por ellos con Jehová, á medida que fueran pasando por enfrente de su tumba. Los protestantes han declamado mucho contra los talmudistas, á propósito de este pasaje que favorece la intercesion de la Virgen y de los santos.

pasajero hebreo estaba obligado á hacer oracion. Este túmulo de los tiempos primitivos que se componia de doce gruesas piedras carcomidas por el musgo, sobre cada una de las cuales se leía el nombre de una tribu de Israel, no tenia por epítafio sino una rosa blanca de Siria, dulce y frágil emblema de la belleza de aquella jóven, que como la flor de que habla Job, se había marchitado en el mismo momento de abrirse. Al detenerse para rezar la oracion de los muertos sobre el polvo venerado de una de las santas de su pueblo, la Virgen y José no presumieron siquiera que los gemidos de la paloma con que la escritura espresa el dolor de aquella hermosa asiria, tendrían una tan pronta aplicación, y que la madre de José y de Benjamin era el tipo de las madres desoladas que habían de ir á llorar algunos dias despues sobre las montañas de la Judea, á sus hijos asesinados en lugar de Jesucristo.

Saliendo del valle de Rephaim, cuyas antiguas encinas sombreaban las herbosas tumbas de los gigantes de la raza de Enoc, la Virgen fijó la vista en un árbol, cuyo aspecto siniestro sintió estremecerse el corazón: Era un olivo estéril que desplegaba al sople de las brisas de la tarde su pálido follaje, y cuyo lúgubre susurro parecía imitar un quejido humano. Pasando la Virgen bajo el triste ramaje, que ningun pájaro del cielo venia á alegrar con sus cantos, esperiméntó esa sensación de frio mortal que derrama la sombra funesta del manzanillo. Este árbol, si ha de estimarse en algo la tradicion local, era el madero infame en que había de ser enclavado el Cristo (3).

En el momento en que José y María penetraron en el sagrado recinto del templo, con los siclos de plata del rescate y las palomas del sacrificio, un santo anciano llamado Simeon (4), á quien una revelacion divina le había hecho saber que no moriria antes de haber visto al Cristo del Señor, entró en el átrio impulsado del espíritu de Dios. A la vista de la Santa Familia, brillaron los ojos del hombre justo, con la luz de la inspiracion; adivinando al rey Mesías, bajo los pobres lienzos del niño del pueblo, le tomó de los brazos de su Madre, le levantó á la altura de su rostro, y se puso á contemplarle con arrobamiento, en tanto que gruesas lágrimas de alegría rodaban por sus mejillas ve-

Esta tumba de Raquel era tan venerada, que todos los judíos que pasaban cerca de ella, se creían obligados á visitarla y á grabar su nombre en alguna de las piedras: estas piedras eran enormes y en número de doce, como símbolo de las doce tribus. (*Talmud de Jerre*).—Se sabe que las lágrimas de Raquel de que habla Jeremías, no eran sino la figura de las lágrimas vertidas por las mujeres judías despues de la matanza de los inocentes. (San Mateo, cap. II, v. 17, 18.)

3 A una media legua de Jerusalem se halla el monasterio de la Santa Cruz. Se muestra en la iglesia de este monasterio el paraje que ocupaba el olivo estéril del cual se sirvieron los jerusalemitas para construir la cruz de Nuestro Señor. En el lugar que ocupaba el tronco del olivo se halla ahora una piedra de mármol que está en el fondo de un pequeño nicho bajo el grande altar, en donde se ve una lámpara que arde constantemente.

4 Los árabes dan á Simeon el título de *Siddik* (el que verifica) á causa de haber dado testimonio de la venida del verdadero Mesías en la persona de Jesus, hijo de María, que todos los musulmanes están obligados á reconocer como tal. (Herbelot, *Biblioth. orient.*, tom. III, pág. 266.)

nerables. "Ahora sí, Señor," exclamó el piadoso anciano levantando sus ojos humedecidos al cielo, "ahora sí dejareis morir en paz á vuestro siervo, segun vuestra promesa, pues que mis ojos han visto al Salvador que nos enviáis, y que habeis destinado para ser espuesto á la vista de todos los pueblos, como la luz de las naciones y la gloria de Israel." Acabando de decir estas palabras, Simeon bendijo solemnemente á los esposos, y dirigiéndose en seguida á María, despues de un silencio grave y triste, añadió que aquel niño nacido para la ruina y para la salvacion de muchos de Israel, sería un objeto de contradiccion entre los hombres, y que el dolor penetraría como la punta acerada de un cuchillo, en el alma de su Madre.

A esa luz inesperada que arrojaba una lúgubre claridad sobre el gran destino del Cristo, reveláronse de repente á la Santa Virgen, las ignominias, los sufrimientos y las agonias de la Cruz. Las fatídicas palabras de Simeon, cual el viento de la tempestad, hicieron encorvar su cabeza, y sintió comprimirse el corazón dolorosamente (1).

Pero María sabía aceptar sin quejarse ni murmurar cuanto le venia de Dios; sus labios pálidos se acercaron á ese cáliz de hiel y de absinto que agotó hasta las heces; y en seguida, devorando sus lágrimas, dijo con el acento de una dulce y santa resignacion: "Señor, hágase vuestra voluntad!" En este momento de grandeza sublime, la hija de Abraham se elevó mas allá del jefe y del padre de su pueblo: como él, sacrificaba también á su hijo en el altar del Señor; pero con la triste certidumbre de que el sacrificio sería aceptado, y ella era Madre...

Todavía se ofrecían á su espíritu estos altos pensamientos, cuando llegó una profetisa llamada Ana, hija de Paniel, de la tribu de Aser, que era de edad muy avanzada: esta santa viuda estaba continuamente en el templo, sirviendo á Dios noche y dia, y entregada al ayuno y á la oracion. A la vista del divino Niño, se puso á alabar al Señor en alta voz, y á hablar de él á todos los que esperaban la redencion de Israel.

"No solamente, dice á propósito de esto San Ambrosio, los ángeles, los profetas y los pastores, publican el nacimiento del Salvador, sino que también los justos y los ancianos de Israel, hacen brillar esta verdad. Los jóvenes y viejos de uno y otro sexo, autorizan esta creencia confirmada con tantos milagros. Una Virgen concibe; una mujer estéril pare; un mudo habla; Elizabet profetiza; el mago adora; un niño hace sentir su gozo en el seno de su madre; una viuda confiesa este suceso maravilloso, y el justo le aguarda."

Como el último patio del templo estaba vedado á las mujeres, y el Niño, por razon de su seco debía ser allí ofrecido al Señor, José le llevó por sí mismo á la sala de los primogénitos; preguntándose si las escenas que acababan de pasar á la entrada de Jesus en la Casa Santa, se renovarían en el

1 "María, mi soberana, decia á este propósito San Anselmo: yo no puedo creer hubieseis podido vivir un solo instante con semejante dolor, si Dios que dá la vida no os hubiese confortado."

átrio de los pontífices hebreos. Pero nada descubrió al Niño Dios en esta parte privilegiada del templo; todo permaneció allí místico y helado, bajo los rayos nacientes del nuevo Sol de justicia! Un sacrificador que no conocia José, recibió indiferentemente de las manos callosas del hombre del pueblo, á quien miraba como la basura del mundo (2), las tímidas palomas que ordenaba la ley, y no se dignó ni aun honrar con una mirada al Cristo. El amor del oro, esa humillante idolatría que oculta entre las sombras su culto desconocido, cuando todavía le queda un resto de pudor, bastante sin embargo para avergonzarse, había convertido en dura piedra el corazón mezquino, egoísta y rencoroso (3) de los príncipes de la Sinagoga: dejando exclusivamente el trabajo y las privaciones á los simples levitas, á quienes se reducía á vivir con yerbas é higos secos (4), pasaban cerca del indigente, estendido sobre su pavimento de mármol, volviendo la cabeza con indiferencia, lo mismo que cuando distinguían al viajero herido en el sendero de la montaña. En el fondo no amaban ni á Dios ni á los hombres; y hé aquí lo que Nuestro Señor que instituyó en el sacerdocio un ministerio todo de caridad, les reprocha con una santa y punzante ironía en la parábola del Samaritano. Así como lo había anunciado Malaquias, Dios maldecía sus bendiciones y apartaba sus miradas de un templo, que iba á entregar bien pronto al hierro y al fuego de los romanos.

La presencia del Mesías que abrasaba el corazón de los discípulos de Emmaus, aun antes que ellos reconociesen á su maestro en la fraccion del pan, resbaló sobre el espíritu de los Aaronitas, como el rayo de la primavera resbala sobre las eternas nieves del Ararat. Este momento solemne que suspendía los conciertos que resuenan en torno de la Divinidad, y fijaba las miradas de toda la milicia celeste sobre un solo punto del universo, este momento anunciado por Ageo, en que la gloria del segundo templo debía ofuscar la del primero, pasó desapercibido ante los ojos oscurecidos de los sacerdotes y de los doctores. Ninguno reconoció la ofrenda pura y nunca mancillada que había profetizado Malaquias. El deseado de las naciones, AQUEL cuyos ángeles habían preparado el camino, el gran Redentor tan prometido y tan esperado, estaba allí, corporalmente, en su casa santa, y nadie hubo que pensase ir á recibirle con palmas, gritando sobre los muros almenados y sobre los techos de Jerusalem: *Hossana al Hijo de David!* Ellos sabían reconocer muy bien, como dice el Evangelio, la aproci-

2 Pridéaux, *Historia de los Judíos*.

3 Los doctores judíos tenían entonces y aun conservan una máxima que horroriza: ellos enseñan que aquel que no alimenta su odio y no se venga, es indigno del título de rabino. [Basnage, l. VI, cap. 17.]

4 El lujo y la avaricia de los príncipes de los sacerdotes de Jerusalem eran increíbles. Los pontífices enviaban por los campos á arrebatarse los diezmos de las haciendas y se los apropiaban; lo que reducía á los simples sacerdotes á vivir de muscos y de higos. A la primera queja, los desgraciados levitas, acusados de revuelta y de insubordinacion, eran entregados á los romanos: el gobernador Félix, echó una vez cuarenta en la cárcel para complacer á los príncipes de la Sinagoga. (Véase Josefo, *Antigüedades judaicas*, lib. I, y Basnage l. I, cap. 4, pág. 123.)

macion de la lluvia cuando las nubes se amontonaban de la parte de Occidente, sabian prever el calor cuando soplaban el viento del Mediodía; pero estos hombres tan hábiles en deducir presagios del tiempo de los diferentes aspectos de la atmósfera, no vieron que la higuera de Salomón iba á dar su fruto (1) y el hijo del pueblo no les hizo presagiar la presencia del hijo de Dios. ¡Oh pobreza! ¡qué buen disfraz eres aun para la misma naturaleza divina! El verdadero Cristo estaba en medio de los suyos; pero era pobre, y los suyos no lo reconocieron; así, pues, ellos se han quedado sin salvador, porque ningun Mel-Hamachiak vendrá á satisfacer á su incredulidad y á demostrar la injusticia de sus menosprecios contra el Divino Hijo de María; y se hallan reducidos á decir con una rabia fría é impotente: *¡Perezcan los que computan los tiempos del Mesías!* (2).

Entre tanto, el Niño Dios que habia reconocido, atravesando á Jerusalem, los sitios de la redencion, contaba en silencio á sus verdugos entre aquella multitud grave y ostentosa; entre los coros que cantaban con el arpa himnos de alabanza al Eterno, el Cristo distinguía las voces arrogantes y siniestras que debían gritar algunos años despues: *¡Crucifícadle! ¡Crucifícadle!*

¿Raza de Aaron qué te has hecho? El soplo vengador del crucificado te ha esparcido cual ligera paja en todas las direcciones de la tierra! ¡Absorbida en esas masas que tu despreciabas, ya no te reconocen ni aun tus mismos compañeros de destierro! Pero entonces poco cuidadosos de su porvenir que se iba obscurciendo sobre sus cabezas, los sacrificadores hebreos ofrecían á Dios, que los rechazaba, las víctimas escogidas por los grandes y por el pueblo. Uno de ellos tomó las palomas de José, subió las fáciles gradas del altar de los holocaustos, y ofreció al Señor este pobre y sencillo sacrificio.

“Despues de que José y María hubieron cumplido lo que estaba ordenado por la ley del Señor, dice San Lucas, ellos se volvieron á Galilea y á su casa de Nazareth, su ciudad nativa.” (3)

CAPITULO XIV.

LA HUIDA A EGIPTO.

No bien José y María se hallaron de vuelta en la baja Galilea, cuando se vieron compelidos á em-

1 San Lucas, cap. XII, v. 55 y 56 y cap. XXII, v. 29 y 30.

2 Basnage, lib. VI, cap. 25.—Talmud. 319.

3 Hemos seguido la opinion de San Lucas, San Juan Crisóstomo y otros autores, haciendo marchar la Santa Familia para Nazareth despues de la purificacion. Este es el único medio de concordar á San Mateo, que no habla de los maravillosos sucesos de la presentacion al templo, con San Lucas que nada dice sobre el deguello de los inocentes y de la huida á Egipto. “¿Qué diremos nosotros para conciliar esos dos evangelistas, dice San Juan Crisóstomo, sino es que el regreso á Nazareth precedió á la huida á Egipto? Porque Dios no mandó á José y á María el huir á Egipto antes de la purificacion, á fin de que la ley en nada fuese violada. Pero llenado este deber, ellos volvieron espontáneamente á Nazareth, donde recibieron la orden de huir á Egipto.”

prender otro viaje mas largo y peligroso, y cuyo término era la tierra del destierro. Una noche el ángel del Señor se apareció en sueños á José y le dijo: “Levántate, toma al Niño y á su Madre, vé á Egipto y permanece allí, hasta tanto que yo te avise que es tiempo de volver, porque Heródes busca al Niño para matarlo.” A estas palabras levantóse José espantado, adoró al Señor y corrió á despertar á María, que dormía el sueño dulce y ligero de los ángeles cerca de la cuna de su hijo. La jóven Madre comprendió desde luego la necesidad de apresurar esta pronta y oculta marcha. Arroja sobre su hijo una mirada llena de angustia, reúne á toda prisa algunas provisiones, algunos lienos y vestidos de que tenian necesidad en su fuga, despues de lo cual precedida de José y llevando á Jesus en sus brazos, se alejan los santos viajeros de su ciudad natal, en donde todo reposa á la ténue claridad de los ástros nocturnos.

Las profecías de Simeon empezaban á verificarse demasiado pronto. Apenas habia nacido Jesus, la persecucion de un tirano venia á buscarlo en su cuna; y su Madre, tan pura, tan jóven y tan santa, se veía obligada á huir durante la noche cual un criminal, acompañada de un hombre de cabellos blancos, que no podia oponer sino la resignacion y la súplica á la lanza del árabe emboscado en los desfiladeros de las montañas, ó á la persecucion homicida de los soldados de Heródes: habian dicho que Dios mismo abandonaba á su suerte á esta Santa Familia, porque al intimar su enviado á José la orden de partir, no le habia prometido, como en otro tiempo el ángel Rafael al jóven viajero de Ragés, el resguardarlos de todo daño y peligro durante el viaje. El esposo de la Virgen comprendió que no habiendo llegado el momento solemne de la manifestacion del Cristo, Dios queria salvarle de las asechanzas de Heródes por los medios comunes que adopta la prudencia humana. A José, pues, se remitía todo el cuidado y todo el honor de esta difícil empresa; á el proletario pobre y obscuro, el trastornar los planes, deshacer las tramas y engañar la suspicaz vigilancia de un tirano receloso, hábil y servido por sus emisarios como un déspota de Oriente. ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar si tenian algun fatal encuentro en el camino de Jerusalem? La pronta partida de los Magos habia despertado las sospechas de Heródes, y estas sospechas se habian robustecido con las palabras de Ana y de Simeon: investigaciones ocultas, las sordas pesquisas empezaban ya, y nadie podia decir hasta dónde llegaría el príncipe sanguinario que prodigaba el oro con profusion en las manos enrojecidas del asesino. Cuanto mas José profundizaba en pensamiento, tanto mas presentía una medida horrible, cuyo vago terror le enfriaba la sangre en las venas. María, por su parte, pálida y muda como la muerte, paseaba sus tímidas miradas por las profundidades de los valles, por entre la espesura de los bosques, ó á lo largo de las sinuosidades solitarias del sendero pedregoso y difícil, que José habia escogido como el mas seguro y el mas apartado de las habitaciones de los hombres. La luna alumbraba con su luz pá-

lida y melancólica aquella marcha silenciosa, que una hermosa noche oriental ocultaba bajo sus velos azulados.

“Era aún la estacion del invierno (1), dice San Bernardo, y para atravesar la Palestina, la Santa Familia debió escoger los caminos mas ásperos y menos frecuentados. ¿A dónde se alojaria durante las noches? ¿Qué sitios pudo encontrar durante el dia para descansar un poco de las fatigas de tan largo viaje? ¿Dónde, en fin, habrá tomado la comida frugal que debia reparar un tanto sus fuerzas (2)?”

La tradicion está muda respecto á una gran parte de aquel interesante y peligroso itinerario. Sin duda los santos viajeros hicieron penosas y dilatadas marchas á través de las montañas, aprovechando las primeras horas del dia, aguardando asimismo con frecuencia, el que la luna apareciese para continuar su camino. Mientras que atravesaron la Galilea, las grutas profundas que se cruzan en ella en ramificaciones desconocidas, debieron ofrecerles un lugar de descanso y abrigo; pero estos ántros de las montañas presentaban nuevos peligros en sus cavernosas profundidades, porque numerosas bandas de ladrones, que largo tiempo tuvieron en movimiento todas las fuerzas del reino, y á quienes la enfermedad de Heródes animaba á salir de nuevo á sus depredaciones (3), escogian aquellos sitios como los mas propios para su seguridad. El temor de penetrar sin saberlo en una de estas guaridas de malhechores, debió mas de una vez hacer vacilar á José á la entrada protectora de estas apartadas cavernas.

En fin, despues de mil peligros, de mil incomodidades de todo género, la Santa Familia habia llegado á las inmediaciones de Jerusalem. Aquí se multiplicaron las inquietudes y las precauciones en razon de la inminencia del peligro; los fugitivos no se atrevían á acercarse á las ciudades ni aun á las villas populosas, en donde una nube de espías y delatores tenian la vista fija sobre los extranjeros (4): ellos, pues, seguían las sinuosas márgenes de las corrientes, perdiéndose por sendas estraviadas, ú ocultándose bajo el húmedo ramaje de los bosques, sin atreverse á salir de aquellos sitios para renovar sus ya agotadas provisiones, y sufriendo á la vez del temor, el hambre y el frio. Habian pasado mas allá de Anathot, y se dirigían por el lado de Ramla para bajar á las llanuras de la Siria; obligados siempre á sustraerse á una vecindad peligro-

sa, habian aprovechado algunas horas de la noche, cuando vieron desembocar de una sombría barranca varios hombres armados que les impidieron el paso. El que parecia el gefe de esta tropa de bandidos, se destacó de entre ellos para reconocer á los viajeros. José y María se detuvieron y se miraban llenos de temor; Jesus dormía. El bandido que venia á tomar sangre ú oro, arrojó una mirada de admiracion sobre aquel anciano desarmado, tan semejante á un patriarca de los antiguos tiempos, y sobre aquella jóven cubierta de un velo y que parecia querer ocultar á su hijo dentro de su corazon; tanto era lo que lo estrechaba á su seno con un afán doloroso. “¡Son pobres! dijo á sí mismo el bandido, y viajan de noche como los fugitivos!” Tal vez tenia él tambien un hijo en la cuna, tal vez la atmósfera de dulzura y de misericordia que circundaba á Jesus y á María obrase sobre aquella alma endurecida con el crimen, lo cierto es que él bajó la punta de su lanza y tendiendo á José una mano amiga, le ofreció un albergue para pasar la noche en su fortaleza, suspendida sobre el ángulo saliente de una roca como el nido de una ave de rapiña. Esta oferta hecha lealmente fué aceptada con una santa confianza, y el techo del bandolero fué en esta ocasion tan hospitalario como la tienda del árabe (5). El dia siguiente, hácia la mitad de él, la Santa Familia se detuvo en medio de un extenso bosque de palmeras, de nopales, de higueras silvestres que se estiende á corta distancia de Ramla (6); sobre una alfombra de siemprevivas, de narcisos y de anémonas, descansaron los infantiles miembros del Soberano del cielo y de la tierra: los calores del estío reinaban en la llanura; y el gorjeo de los pájaros, el perfume de las plantas, la fresca sombra de las higueras y el murmurio lejano de una fuente, arrullaron el sueño de Cristo. Despues de un corto descanso, cuyos momentos debieron ser contados, los viajeros volvieron á emprender su marcha. Ignórase el motivo que los determinó á dirigirse hácia Betlen; la tradicion ha conservado la memoria de su tránsito por las cercanías de aquella ciudad, y los cristianos han erigido un altar en la gruta donde María se ocultó con su Hijo (7), en tanto que José subía á la ciudad, ya fuese para informarse de la partida de alguna caravana, ó ya para trocar por un camello la lenta cabalgadura de la Santa Virgen. Cualquiera que fuese el motivo que condujo á José y María hasta el cráter del

5 El sitio en que la tradicion local ha colocado esta escena y en el que se ven todavia las ruinas de la fortaleza del bandido, continúa en tener muy mala fama. Durante las cruzadas, los francos, á quienes era familiar dicha tradicion, habian transformado al gefe de bandidos en un señor feudal; es raro, sin embargo, dice el padre Nan con una seriedad admirable, que un señor tan notable se convirtiera en ladrón de caminos reales: los cruzados entendian mejor la historia que el padre Nan. Háse añadido á esta leyenda que parece auténtica, un cuento que nosotros no garantizamos, pretendiendo que el bandido hospitalario era el buen ladrón en propia persona.

6 Es un paraje amenísimo, en el que la tradicion coloca uno de los altos ó paradas de la Santa Familia: véase en el todavia las ruinas de un monasterio. (Itiner. de Paris á Jerus., tom. 2).

7 Esta gruta se llama la gruta de leche de la Virgen, porque se cree que algunas gotas de leche de la Madre de Dios, cayeron sobre la peña, en tanto que daba de mamar al niño Jesus.

1 Hácia la mitad de Febrero, estacion aun fria en las montañas del interior, en que la temperatura, segun Mr. de Volney, es muy semejante á la nuestra, las llanuras de la Siria por el contrario sufrían ya los calores del verano. (Véase la tercer nota del capítulo IV).

2 San Buenaventura, de vita Christi.

3 Esas bandas armadas, fuertes á veces de dos ó tres mil hombres, eran mandadas por gefes experimentados que dieron mucho que hacer á Heródes y á los romanos. Algunas tenian un objeto político y hacían una especie de guerra de partidarios: otras no eran mas que una reunion de asesinos que llevaban unos largos puñales ocultos bajo sus vestidos, y mataban á aquellos de quienes querian deshacerse hasta en las calles de Jerusalem. (Josefo, de bello jud. l. 2).

4 Heródes, que perfeccionó el espionaje en el Oriente, cubria con sus espías los grandes caminos de la Judea.

volcan, es de creerse que no se detuvieran sino pocas horas, y que se encaminasen á toda prisa á una ciudad marítima de los filisteos, para reunirse á la primera caravana que saliese en direccion á Egipto.

Si uno se atiene á los sabios cálculos de los cronologistas que no admiten punto de intervalo en este largo viaje, los Santos Esposos debieron encontrar una que se ponía desde luego en marcha para las costas de la Siria. Esto es tanto mas verosímil, cuanto que acercándose el equinoccio de primavera, cada uno de los viajeros quería anticiparse á la estación en que el *Sinoun* (1) ejerce su imperio sobre el desierto, y hace que su mar de arenas sea tan pérfida y temible como las olas del océano mismo. Sin la inquietud mortal que producía la encarnizada persecucion de Heródes, la segunda parte del viaje de la Santa Familia, no le cedió á la primera ni en fatiga, ni en sufrimiento, ni aun en inseguridad. Al partir de Gaza, cuyas torres ruinosas resonaban con el mugido moribundo de las olas, los viajeros no vieron ya delante de sí, sino inmensas soledades de arena, de un aspecto desolador y de una tétrica desnudez, en que abría profundos sulcos el viento caliente del desierto y sobre las cuales pesaba un cielo inflamado. Ni un vestigio parecía quedar de vegetación, pues si acaso, algunos secos arbustos que brotaban de distancia en distancia sobre aislados montecillos de arena, era lo que interrumpía la triste monotonía del desierto; ni la agua que refrigera al cansado viajero, si no era algun manantial salobre en donde la Virgen y José, que estaban cansados, que eran pobres y á quienes nadie protegía, no podían apagar su sed sino hasta que los ricos mercaderes, sus esclavos y sus camellos lo habían casi agotado, y que de esa agua cenagosa y escasa no quedaba mas que lo que podía caber en el hueco de la mano. Mientras mas se alejaban de las fronteras de la Siria, mas se hacia sentir la sed, y mas difícil era encontrar alguna fuente. Algunas veces se distinguía á lo lejos en medio de una llanura sin límites, un gran lago azul y transparente como el lago de Genazaret; el cielo se reflejaba en sus límpidas y tersas aguas, en las que se veía como en un espejo la imagen de una palmera solitaria. Un grito de alegría anunciaba este descubrimiento; se apresuraba el paso de los camellos, y María levantaba su lánguida cabeza como una rosa de Jericó cuando presiente que va á caer la lluvia (2). Tocábase ya á este lago bendito, en el que todos se figuraban ya apagar su sed; pero ¡oh desgracia! un demonio maligno y engañador se llevaba el lago algunas leguas mas lejos y no dejaba en su lugar sino una sábana de abrasada arena. (3)

1 Los árabes llaman así al viento cálido del desierto. *Sinoun* ó veneno: púedese comparar su impresion á la que se recibe de la boca de un horno ardiente en el momento de sacar el pan. Esos vientos soplan con mayor frecuencia durante los cincuenta dias que rodean á los equinoccios. [Volney, *Viaje á la Siria*.]

2 Esta rosa, cuya corola se abre y se cierra segun las variaciones atmosféricas, es para los árabes lo mismo que un barómetro. (El vizconde de Marcellin en su *Viaje á Oriente*, tom. II.)

3 Tal es el fenómeno conocido bajo el nombre de *miraje* ó reverbero. Durante la expedicion que hicieron los franceses en Egipto en 1798, los soldados recorriendo los áridos desiertos de este país

Otra ilusion de óptica que se reproduce frecuentemente en estas áridas y ardientes regiones, hacia el que los viajeros que venian de lejos pareciesen de proporciones gigantescas. Divisáronse á distancia unos caballeros árabes con sus mantos flotantes de rayas pardas y blancas y armados del *d'jombié*, ó gumia, puñal de hoja curva que todo habitante del desierto lleva en su cinturón, y se les veía altos como torres y que parecian moverse en el aire. La Virgen temblaba y estrechaba fuertemente á Jesus contra su corazón; pero el aspecto severo de José calmaba sus temores, si bien ella no podía explicarse el fenómeno que se los habia causado (4).

Al caer de la tarde, cesaba el canto de los camellos (5); el jefe de la caravana desplegabala bandera, que designa el lugar de descanso; y todos los viajeros venian á agruparse en torno de aquella señal de reunión. Una escena animada seguía inmediatamente al tiempo de hacer alto. Se descargaba á los camellos arrodillados á los pies de sus dueños, se amontonaban los fardos y equipajes formando una figura piramidal, y se plantaba un círculo de gruesas estacas para atar á las bestias de carga. Los viajeros ricos hacían aderezar sus tiendas, y el jefe de la caravana colocaba centinelas avanzados que debían avisar la aproximación de los beduinos, estos foragidos del desierto, que eran y son todavía ladrones como Ismael y hospitalarios como Abraham. Cada uno de los mercaderes, despues de haber tomado su comida de dátiles y leche, se entregaba al sueño bajo su tienda de fieltro, mientras llegaba la hora de la salida de la luna. Los esclavos y los viajeros pobres, en cuyo número estaban el hijo de Dios, su divina Madre y José, se reclinaban sobre una esterilla de juncos extendida en la arena, sin otra techumbre que el cielo, y recibiendo sus miembros languidecidos por el calor y quebrantados por la fatiga, el viento helado de la noche (6). Alguna vez se hacia oír un grito de alarma; eran los árabes del desierto que rondaban al derredor de la dormida caravana: des-

abrasador, devorados por la sed eran con frecuencia engañados por esta cruel ilusion. Todos los objetos que sobresalian de la tierra y se ofrecían á sus ojos en medio de esos mares de arena, les parecían rodeados de agua: así un montecillo que descubria de lejos, les parecia que se elevaba en medio de un lago; pereciendo de necesidad corrían allí, pero llegados al mismo lugar reconocían su error: el lago habia huido y se mostraba mas lejos á sus ávidas miradas. [Fellens, del *Miraje*, art. 6.]

4 "Yo tuve ocasion de notar, dice Niebuhr un fenómeno que me conmovió extraordinariamente, pero que con el tiempo llegó á serme muy familiar. Un árabe montado sobre un camello que vi venir de lejos me pareció tan alto como una torre que se moviese en el aire, y él venia lo mismo que nosotros, caminando sobre la arena. Esta ilusion de óptica proviene de una refracción en la atmósfera, tan fuerte en estas áridas regiones tan cargadas de vapores de una naturaleza muy diferente de los que impregnan el aire en los países de una temperatura templada. (*Viaje á la Arabia*, tom. I, pág. 208).

5 Es una costumbre muy general en Oriente la de animarse para la marcha ó para el trabajo entonando alguna canción. Un peregrino musulmán ha hecho una descripción sumamente pintoresca de la marcha nocturna de una caravana de la Meca á la luz misteriosa de las linternas colocadas sobre los camellos, y el canto cadencioso y melancólico de los conductores de aquellos animales. (*Viaje de Abdou Kerim*). Los camellos cantan todavía esas canciones que son propias del Egipto y de la Siria. (*Correspondencia de Oriente*, tom. IV.)

6 Aunque los dias sean ardentísimos en el desierto en esta estación, las noches son muy frias. [Vol-Sav.]

concertados por la vigilancia de los guardas del campo, anunciaban su partida con una descarga de flechas á que acompañaban los gritos de los heridos. Entonces la Virgen que escudaba con su mismo cuerpo á su adorado hijo, levantaba hacia el cielo sus ojos húmedos de lágrimas y su frente palidísima por el terror: ¡ah, ella sabia muy bien que su tierro Jesus podía morir como el último de los hijos de los hombres!

Cuando la luna derramaba su blanca luz sobre ese desierto en donde ningún tronco ó peña proyectaba una sombra, en donde las brisas de la soledad no encontraban ni una sola mata de yerba para formar un suspiro, plegábanse las tiendas; la carga se colocaba de nuevo sobre el lomo de las bestias; el jefe de la caravana consultaba la estrella del Polo, y la penosa marcha volvía á comenzar con todas las incomodidades, con todos los sufrimientos y todos los terrores espeimentados el dia anterior.

En fin, llegóse á los límites de esta region de los prestigios del silencio: el Egipto y esa antigua cuna de la primitiva ilustración y de la estúpida idolatría, se ofreció á la vista de los viajeros con sus obeliscos de granito color de rosa, sus templos con cúpulas de pulido acero (1); sus pirámides colosales, sus pueblos parecidos á islas y su rio providencial, orlado de cañas y cubierto de bateles. Este país parecia mas rico, mas populoso, mas comerciante que la Judea, pero era la tierra del desierto! Del otro lado del desierto estaba la patria; y el corazón desterrado de los de Israel se habia quedado en ella!

Despues de un viaje de ciento cuarenta leguas (2), los fugitivos llegaron á Heliópolis, en donde su pueblo habia fundado una colonia. En esta ciudad se elevaba el templo de Jehová, que Onias habia hecho construir por el mismo plan de la Casa Santa. Los adornos de ese templo egipcio igualaban casi á los del otro; únicamente en muestra de infelicidad, una lámpara de oro macizo suspendida de la bóveda, reemplazaba al famoso candelero de los siete brazos de Jerusalem. A las puertas de esta ciudad, cuya población se componía en gran parte de egipcios y de árabes idolátras, habia un árbol majestuoso del género de los *mimosa* ó *acacia*, al cual los árabes del Yemen establecidos en las orillas del Nilo tributaban una especie de culto (3). Al acercarse la Santa Familia al árbol idolo, inclinó lentamente sus ramas frondosas, como para ofrecer el *salem* al jóven Señor de la naturaleza que María

llevaba en sus brazos (4), y si ha de creerse al historiador Paladio, en el momento en que los divinos viajeros pasaban bajo los arcos de granito de la puerta que da entrada á la ciudad de Heliópolis, todos los ídolos de un templo cercano cayeron de sus pedestales, hundiendo la faz en el polvo (5).

José y María no hicieron mas que atravesar la ciudad del Sol, y se dirigieron á Matarich, linda aldea sombreada de sicómoros, en donde se encuentra la única fuente de agua dulce que hay en todo el Egipto. Allí, en una habitación semejante á una colmena de abejas, en las que las palomas hacían su nido, la familia refugiada descansó tranquilamente lejos de Heródes.

Este príncipe cruel, despues de haber esperado vanamente á los Magos en su palacio de Jericó, su residencia favorita, supo, en fin, que habían atravesado las fronteras de su reino, y quésin darle cuenta de su mision se volvian á la Persia. Pálido ya por la fiebre lenta que le consumía, el rey de los judíos, palideció aun mas por la cólera que le causó este desengaño. Había sido burlado en el momento mismo en que él se deleitaba con el pensamiento de su sagacidad sin igual para engañar á los demas. burlado por unos incircuncisos que habían penetrado, contra lo que debía esperarse, su política tortuosa y suspicaz! Si los magos no habían encontrado al Niño, hacía el cual les guiaba la estrella misteriosa, ellos hubieran vuelto á decirselo. . . . Luego habrían descubierto su secreto albergue, y este albergue estaba en alguna parte de Betlen ó en sus cercanías, puesto que no habían pasado de allí sus investigaciones. . . . ¿Cómo distinguir entonces á este Niño peligroso de los demas niños del vulgo? No quedaba mas que un último recurso, un recurso extremo para aniquilarlo, y era el de envolverle en un degüello general, sí, no habia mas que este medio. . . . Pero; y el pueblo! . . . A este pensamiento el viejo monarca se detuvo un instante, mas luego una sonrisa sarcástica y desdenosa pasó ligeramente por sus labios: Este pueblo, se dijo, no osaría rebelarse contra rey que lo intenta todo!

"Y envié á sus soldados á matar en Betlen y en todas las comarcas circunvecinas, á todos los niños que no pasasen de dos años, que era el tiempo en que podía comprenderse el que buscaban los magos (6).

4 Debamos á Sozomeno esta particularidad, que es preciso tener algun valor para reproducirla en este siglo burlón, y que sin embargo, apenas puede llamarse un milagro. Es cierto que existía en la Arabia un árbol del género de las *sensitivas* y *mimosas*, que inclina sus ramas al acercarsele un hombre. Niebuhr, que no es sospechoso de credulidad, ha hallado este árbol en el Yemen, y los árabes que le dan el nombre de *árbol hospitalario* le tienen en tanta veneracion, que no permiten arrancar una sola hoja. Si esta *mimosa* por un fenómeno natural abaja sus ramos á la cercanía de un hombre, con mayor razon debió abajarlos á la cercanía del Hijo de Dios.

5 Paladio no es el único que refiere ese milagro: lo atestiguan igualmente Doroteo mártir, Sozomeno, San Anselmo, San Buenaventura, Lira, Dionisio Bartujano, Testado, Ludolfo, Barradio etc.

6 Este hecho evangélico se comprueba no solamente por nuestros libros sagrados, sino tambien por el testimonio de los judíos y los paganos. [Macrobio, lib. II cap. 4 de los Saturnales—Origen es contra Celso, lib. 11, cap. 68—Toldos, Huld., p. 12, 14, 20.]

Segun una multitud de autores respetables (1) que tienen en su favor la tradicion, apoyada en la verosimilitud, la Santa Familia permaneció siete años en Egipto, á donde se encuentran todavía algunos vestigios de su residencia. La fuente en que iba María á lavar los lienzos en que envolvía á su Hijo (2); el otero cubierto de zarzales en que los escondía para secarlos al sol; el sicómoro á cuya sombra se complacía en ir á sentarse con el Niño en sus rodillas (3); allí están todavía despues de diez y ocho siglos! Los peregrinos de Europa y de Asia, conocen el camino, y los descendientes de los Farones les tributan honores. A cada sitio está adherida como el musgo á las paredes humeadas de una ruina religiosa, alguna leyenda sencilla de aquel tiempo pasado (4).

En Nazareth habia llevado María una vida humilde y laboriosa, pero en Heliópolis conoció la miseria bajo todos sus horribles aspectos. Era necesario crearse recursos, cosa tan difícil estando lejos de la patria, y en un pueblo dividido en corporaciones nacionales y hereditarias, que no tenia ningún afecto ni consideracion hácia los extranjeros.

“Como eran tan pobres, observa San Basilio, es evidente que tuvieron que entregarse á los trabajos mas penosos para procurarse lo necesario. . . . Pero ¡ah! ¿este necesario lo tendrían siempre. . . ? con frecuencia, dice Landolfo de Sajonia, el Niño Jesús, acosado por el hambre pedia pan á su madre que no podía darle mas que sus lágrimas. . . .”

Entre tanto Herodes habia muerto de un mal horrible y desconocido, despues de verse devorado en vida por los gusanos del sepulcro. Preocupado

1 Vid. Trombel, in Vit. Deip. Zachariam in dis ad Hist. Ecl. — Ansel Cantual. — Euseb. — Santo Tomás.

2 Esta fuente se llama todavía Fuente de María: una antigua tradicion refiere que la Santa Virgen bañaba en ella al Niño Jesús. Desde los primeros tiempos del cristianismo los fieles edificaron en este lugar una iglesia; mas adelante los musulmanes construyeron una mezquita, y los discípulos de ambas creencias iban á pedir á la Fuente de María la curacion de sus males. La fuente todavía existe: las peregrinaciones continúan; pero no queda ningún vestigio ni de la iglesia ni de la mezquita. [Savary, tom. I, pág. 122. — Correspon. de Orient., tom. 6 pág. 3.]

3 No lejos de la fuente se me hizo entrar en un cercado plantado de árboles; un musulman que nos conducía nos hizo detener delante de un sicómoro, y nos dijo: “He aquí el árbol de Jesús y de María.” — Vansleb, cura de Fontainebleau, refiere que el antiguo sicómoro habia caído de vejez en el año 1058; los padres franciscanos del Cairo conservaban piadosamente en su sacristía los últimos restos de ese árbol: ya no quedaba en el jardín mas que un tronco, del que provino sin duda el árbol que hemos visto. El general Kleber despues de su victoria de Heliópolis, quiso visitar como peregrino el árbol de la Santa Familia, y escribió su nombre en la corteza de una de sus ramas; pero este nombre ha desaparecido despues, borrado por el tiempo ó por una mano envidiosa. [Correspondencia de Oriente, tom. VI, carta 141.]

4 Hé aquí una de esas leyendas traídas de los países de ultramar por uno de los antiguos barones franceses, el Señor de Englebre: el autor de esta obra la traslada con toda la gracia nativa del tiempo antiguo, que no es posible conservar en la traduccion; pero procuraremos imitar toda su sencillez. “Cuando Nuestra Señora, Madre de Dios, hubo pasado el desierto y llegó á este lugar, puso á Nuestro Señor en tierra y se fué á buscar agua por el campo, pero no pudo hallarla: volvióse muy triste á su querido hijo que yacía tendido sobre la arena, el cual hirió con los talones el suelo, y salió inmediatamente una fuente de agua muy buena y dulce, de lo que quedó muy alegre Nuestra Señora, y dió gracias á su amado Hijo, á quien recostó otra vez y lavó sus pañales en el agua de dicha fuente, y despues los estendió por encima de tierra á fin de enjugarlos; y del agua que destilaban al tiempo de enjugarlos, por cada gota nacia un arbolillo, cuyos arbolillos producen el bálsamo, etc.”

hasta el último soplo de su conciencia con la idea amarga de la grande alegría que iba á sentir el pueblo al saber su muerte, pidió con lágrimas á su hermana Salomé, que era una mujer infame, que hiciese inmolar á flechazos á la flor de la nobleza judía, á quien hizo prender con este designio, para que así de grado ó por fuerza llorasen en sus funerales (5). El cadáver fué conducido al palacio de Herodion en una litera de oro, adornada de paño color de escarlata y sembrada de piedras preciosas. Sus hijos y su ejército seguian el lecho fúnebre con un aire abatido, en tanto que el pueblo, irradiando en los ojos el gozo de la libertad, le arrojaba al paso secretamente tantas maldiciones como gotas de agua espasme una nube.

Advertido en sueños por el ángel del Señor, acerca de la muerte del tirano, José volvió con el Niño y María al país de Israel; “mas habiendo sabido que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo recelo de ir allí y se retiró á Galilea.”

CAPITULO XV.

LA VUELTA A NAZARETH.

¡Ah! cuán triste es el destierro, y cuán dulce volver á respirar el aire del país natal! El pan del extranjero, así como el del malvado, deja arena en la boca y amargura en el corazón; nos recuerdan los juegos de nuestra infancia; falta una nota melodiosa en el canto de los pájaros; sus sitios están desnudos de ese atractivo dulce y encantador que tienen los sitios de la patria! . . .

¿Cuál debió ser la alegría de los dos Santos Esposos al volver á ver esa tierra de Canaan, cuyas líneas grandiosas, suaves contornos, armonía del conjunto y variedades de aspectos, contrastaban de una manera tan feliz y tan sorprendente con el esplendor frío y monótono de la tierra de Egipto? Aquí una poblacion, rústica y activa, de marcial continente, trato franco, ó bien civilizado, grave y puro; allá esclavos marcados por castas, adunados al robo, mezclando á su culto insensato prácticas infames, y consagrando todos los productos de su trabajo é industria á construir templos al buey Apis, al cocodrilo y á la cebolla albarrana! Es necesario ser profundamente religioso, como lo eran José y María; es necesario amar á su país como lo amaban los hebreos, para comprender las impresiones dulces y piadosas, que los dos esposos galileos experimentaron al descubrir la tierra de Jehová, y su linda ciudad de Nazareth, de que tantos y tan tiernos recuerdos habian hecho en Egipto.

Despues de una ausencia de tantos años, la San-

5 Josefo, Ant. Jud., I. XVII, c. 8.—La memoria de Herodes fué maldicida por los príncipes del pueblo y los sacerdotes, quienes instituyeron una fiesta que se celebraba el 25 de Setiembre en recuerdo de la muerte de este cruel príncipe. Hoy una fiesta el 7 de chisleu [dice el calendario judío] á causa de la muerte de Herodes; porque habis merecido el odio de los sabios, y es motivo de regocijo ante el Señor el que los impius salgan de este mundo. [Basnage, tom. I, lib. II, cap. 8].

ta Familia volvió á entrar bajo el humilde techo de su hogar, en medio de las felicitaciones, de la expresion de asombro y de las reiteradas preguntas de sus parientes, que todos á porfia la obsequiaban celebrando su vuelta. Mas bien pronto la desolacion y las mas amargas consideraciones tuvieron lugar á traves de toda aquella alegría. La abandonada mansion de la pobre familia estaba casi inhabitable: el techo roto y hundido en varios parajes, ostentaba aquí y allá espesas matas de crecidas yerbas, dejando penetrar libremente en el interior el viento helado del invierno y las recias lluvias de los equinoccios (1); la sala baja era fria, húmeda y á trechos cubiertas sus paredes de verde musgo: unas palomas silvestres hacian sus nidos en la celdita misteriosa en donde el Verbo se hizo carne; las zarzas estendian sobre las quebradas piedras del pequeño patio sus guirnaldas pardas y espinosas; todo, en fin, en esta antigua casa que el transcurso de los siglos habia puesto ya de un color amarillo rojizo, tenia el aspecto ruinoso y desolado, que cual el sello que marca la ausencia de su dueño, se nota en los edificios abandonados. Era preciso hacer urgentes reparaciones; era preciso reemplazar los útiles y los muebles que estaban inservibles ó que habian desaparecido, era preciso tal vez satisfacer un préstamo contraído en Egipto para poder verificar la vuelta. Entonces fué sin duda cuando hubo de venderse hasta el jubulado, es decir, los campos paternos. De todo lo que poseian José y María antes de su largo viaje, no les quedó sino la casa derruida de Nazareth, el taller de José y sus brazos; pero Jesús estaba allí. Aunque niño todavía, Jesús tomó el hacha y seguía á su anciano padre á los pueblos en donde se les procuraba ocupacion (2); su trabajo, proporcionado á su edad y á sus fuerzas, no faltó nunca á su madre. El bienestar habia desaparecido por mucho tiempo; pero al fin se proveyó á fuerza de privaciones, de vigiliás y de animosos esfuerzos á las atenciones de primera necesidad. Jesús, María y José se entregaron á los mas duros trabajos, y Aquel que podía mandar á legiones de ángeles, jamas pidió á Dios otra cosa para él y para los suyos, que el pan de cada dia.

La vida interior de esta bienaventurada familia, á quien se ha llamado la Trinidad de la tierra, no ha llegado al conocimiento de los hombres; es un hilo de agua perdido entre las yerbas, es el Santo de los Santos con su nube de perfumes y su doble velo. No obstante, estudiando minuciosamente, ecsaminando uno á uno y bajo todas sus faces los hechos evangélicos, lo que se sabe hace adivinar hasta cierto punto lo que se ignora; y la vida pública de Jesucristo arroja algunos reflejos bri-

1 El tiempo de las lluvias en la Judea, es el de los equinoccios, y sobre todo, el del equinoccio de Otoño; y es tambien la estación de las tempestades, que regularmente van acompañadas de ráfagas violentas ó de granizo. (Volney, Viaje á Siria.)

2 San Justino mártir, en el diálogo cum Triphone, refiere que Jesucristo ayudaba á su padre putativo á fabricar coyundas y carros; y hasta Godescardo (tom. 14, pág. 436, Vida de la Santa Virgen,) dice: “un autor muy antiguo asegura que en su tiempo se enseñaban todavía las coyundas que el Salvador habia fabricado con sus manos.”

llantes sobre su vida privada y la de su santa Madre. Vamos á procurar llenar este vacío, con toda la reserva, con toda la aplicacion concienzuda que tan grave asunto requiere.

Jesús, en quien estaban ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (3), no tenia necesidad alguna de la enseñanza de los hombres; así pues, toda suposicion contraria, está positivamente reprobada por la Iglesia. Asimismo nos enseña S. Juan en su evangelio, que los judíos contemporáneos de Jesucristo le miraban como un jóven sin estudios (4); y la admiracion de los nazarenos al verle tan profundamente versado en las sagradas letras, testifica lo bastante que ellos ignoraban hubiese sido educado, como S. Pablo, á los pies de un maestro. Los talmudistas y los autores judíos de los Toldos, sostienen, por el contrario, que un célebre rabino inició á Jesús en los misterios de la ciencia y de la magia; pero la consecuencia que se deduce de la segunda parte de esta asercion, es absurda y no se toma la cosa sino bajo el punto de vista puramente humano, como lo hacen los racionalistas: tal asercion es evidentemente falsa, por dos razones: Jesús, en primer lugar, no era ni cecador ni tradicionalista; y se ve en todo el discurso del Evangelio, que desaprobaba altamente las miras estrechas, las distinciones caprichosas y las pobres sutilezas de la Sinagoga. En segundo lugar, que el rabino Juan Peradua, á quien se le da por preceptor, no habia nacido todavía, pues que no floreció sino hasta cien años despues.

Colocar á Jesús en medio de los rabinos como educando suyo, es una suposicion tan poco lógica como la de querer sostener una encina rodeándola de débiles cañas. El no enseñaba como ellos, dice un evangelista (5); y esto se concibe muy bien, porque sacaba su sabiduría de sí mismo; y sus doctrinas aun tomadas bajo el punto de vista natural, se comprende desde luego que dimanaban de una alma muy elevada, muy pura y muy recta, y de un espíritu tan vasto y tan uniformemente sano, que seguramente no habia sido falseado en las disputas escolásticas.

Strauss, conviene en que toda la sabiduría y toda la ciencia de la época habrian sido impotentes para formar un hombre tal como Jesucristo. “Aun cuando Jesús, dice ese escritor, hubiese agotado todas las fuentes de instruccion de su tiempo, no es menos cierto que ninguno de aquellos elementos habria bastado, ni con mucho, para hacer una revolucion en el mundo, y dar la consistencia necesaria á una obra tan grande, si él no la hubiera sacado de las profundidades de su alma.”

Su elocuencia era esclusivamente suya, lo mismo que su moral. No eran las ecsageraciones enfáticas de los rabinos, ni la dicción majestuosa, enérgica y violentamente contrastada de los antiguos profetas: era así como lo decia él mismo, un manantial de agua viva que reflejaba en su corriente los pájaros del cielo, las nieves y las flores

3 San Pablo, Ep. ad Coloss. c. II, v. 9.

4 San Juan, cap. VII, v. 15.

5 San Mateo, cap. VII, v. 29.

Segun una multitud de autores respetables (1) que tienen en su favor la tradicion, apoyada en la verosimilitud, la Santa Familia permaneció siete años en Egipto, á donde se encuentran todavía algunos vestigios de su residencia. La fuente en que iba María á lavar los lienzos en que envolvía á su Hijo (2); el otero cubierto de zarzales en que los escondía para secarlos al sol; el sicómoro á cuya sombra se complacía en ir á sentarse con el Niño en sus rodillas (3); allí están todavía despues de diez y ocho siglos! Los peregrinos de Europa y de Asia, conocen el camino, y los descendientes de los Farao-nes les tributan honores. A cada sitio está adherida como el musgo á las paredes humeadas de una ruina religiosa, alguna leyenda sencilla de aquel tiempo pasado (4).

En Nazareth habia llevado María una vida humilde y laboriosa, pero en Heliópolis conoció la miseria bajo todos sus horribles aspectos. Era necesario crearse recursos, cosa tan difícil estando lejos de la patria, y en un pueblo dividido en corporaciones nacionales y hereditarias, que no tenia ningún afecto ni consideracion hácia los extranjeros.

“Como eran tan pobres, observa San Basilio, es evidente que tuvieron que entregarse á los trabajos mas penosos para procurarse lo necesario. . . . Pero ¡ah! ¿este necesario lo tendrían siempre. . . ? con frecuencia, dice Landolfo de Sajonia, el Niño Jesús, acosado por el hambre pedia pan á su madre que no podía darle mas que sus lágrimas. . . .”

Entre tanto Herodes habia muerto de un mal horrible y desconocido, despues de verse devorado en vida por los gusanos del sepulcro. Preocupado

1 Vid. Trombel, in Vit. Deip. Zachariam in dis ad Hist. Ecl. — Ansel Cantual. — Euseb. — Santo Tomás.

2 Esta fuente se llama todavía Fuente de María: una antigua tradicion refiere que la Santa Virgen bañaba en ella al Niño Jesús. Desde los primeros tiempos del cristianismo los fieles edificaron en este lugar una iglesia; mas adelante los musulmanes construyeron una mezquita, y los discípulos de ambas creencias iban á pedir á la Fuente de María la curacion de sus males. La fuente todavía existe: las peregrinaciones continúan; pero no queda ningún vestigio ni de la iglesia ni de la mezquita. [Savary, tom. I, pág. 122. — Correspon. de Orient., tom. 6 pág. 3.]

3 No lejos de la fuente se me hizo entrar en un cercado plantado de árboles; un musulman que nos conducía nos hizo detener delante de un sicómoro, y nos dijo: “He aquí el árbol de Jesús y de María.” — Vansleb, cura de Fontainebleau, refiere que el antiguo sicómoro habia caído de vejez en el año 1058; los padres franciscanos del Cairo conservaban piadosamente en su sacristía los últimos restos de ese árbol: ya no quedaba en el jardín mas que un tronco, del que provino sin duda el árbol que hemos visto. El general Kleber despues de su victoria de Heliópolis, quiso visitar como peregrino el árbol de la Santa Familia, y escribió su nombre en la corteza de una de sus ramas; pero este nombre ha desaparecido despues, borrado por el tiempo ó por una mano envidiosa. [Correspondencia de Oriente, tom. VI, carta 141.]

4 Hé aquí una de esas leyendas traídas de los países de ultramar por uno de los antiguos barones franceses, el Señor de Engle- re; el autor de esta obra la traslada con toda la gracia nativa del tiempo antiguo, que no es posible conservar en la traduccion; pero procuraremos imitar toda su sencillez. “Cuando Nuestra Señora, Madre de Dios, hubo pasado el desierto y llegó á este lugar, puso á Nuestro Señor en tierra y se fué á buscar agua por el campo, pero no pudo hallarla: volvióse muy triste á su querido hijo que yacía tendido sobre la arena, el cual hirió con los talones el suelo, y salió inmediatamente una fuente de agua muy buena y dulce, de lo que quedó muy alegre Nuestra Señora, y dió gracias á su amado Hijo, á quien recostó otra vez y lavó sus pañales en el agua de dicha fuente, y despues los estendió por encima de tierra á fin de enjugarlos; y del agua que destilaban al tiempo de enjugarse, por cada gota nacia un arbolillo, cuyos arbolillos producen el balsamo, etc.”

hasta el último soplo de su conciencia con la idea amarga de la grande alegría que iba á sentir el pueblo al saber su muerte, pidió con lágrimas á su hermana Salomé, que era una mujer infame, que hiciese inmolar á flechazos á la flor de la nobleza judía, á quien hizo prender con este designio, para que así de grado ó por fuerza llorasen en sus funerales (5). El cadáver fué conducido al palacio de Herodion en una litera de oro, adornada de paño color de escarlata y sembrada de piedras preciosas. Sus hijos y su ejército seguian el lecho fúnebre con un aire abatido, en tanto que el pueblo, irradiando en los ojos el gozo de la libertad, le arrojaba al paso secretamente tantas maldiciones como gotas de agua espasme una nube.

Advertido en sueños por el ángel del Señor, acerca de la muerte del tirano, José volvió con el Niño y María al país de Israel; “mas habiendo sabido que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo recelo de ir allí y se retiró á Galilea.”

CAPITULO XV.

LA VUELTA A NAZARETH.

¡Ah! cuán triste es el destierro, y cuán dulce volver á respirar el aire del país natal! El pan del extranjero, así como el del malvado, deja arena en la boca y amargura en el corazón; nos recuerdan los juegos de nuestra infancia; falta una nota melodiosa en el canto de los pájaros; sus sitios están desnudos de ese atractivo dulce y encantador que tienen los sitios de la patria! . . .

¿Cuál debió ser la alegría de los dos Santos Esposos al volver á ver esa tierra de Canaan, cuyas líneas grandiosas, suaves contornos, armonía del conjunto y variedades de aspectos, contrastaban de una manera tan feliz y tan sorprendente con el esplendor frío y monótono de la tierra de Egipto? Aquí una poblacion, rústica y activa, de marcial continente, trato franco, ó bien civilizado, grave y puro; allá esclavos marcados por castas, adunados al robo, mezclando á su culto insensato prácticas infames, y consagrando todos los productos de su trabajo é industria á construir templos al buey Apis, al cocodrilo y á la cebolla albarrana! Es necesario ser profundamente religioso, como lo eran José y María; es necesario amar á su país como lo amaban los hebreos, para comprender las impresiones dulces y piadosas, que los dos esposos galileos experimentaron al descubrir la tierra de Jehová, y su linda ciudad de Nazareth, de que tantos y tan tiernos recuerdos habian hecho en Egipto.

Despues de una ausencia de tantos años, la San-

5 Josefo, Ant. Jud., I. XVII, c. 8.—La memoria de Heródes fué maldicida por los príncipes del pueblo y los sacerdotes, quienes instituyeron una fiesta que se celebraba el 25 de Setiembre en recuerdo de la muerte de este cruel príncipe. Hoy una fiesta el 7 de chisleu [dice el calendario judío] á causa de la muerte de Heródes; porque habis merecido el odio de los sabios, y es motivo de regocijo ante el Señor el que los impijts salgan de este mundo. [Basnage, tom. I, lib. II, cap. 8].

ta Familia volvió á entrar bajo el humilde techo de su hogar, en medio de las felicitaciones, de la expresion de asombro y de las reiteradas preguntas de sus parientes, que todos á porfia la obsequiaban celebrando su vuelta. Mas bien pronto la desolacion y las mas amargas consideraciones tuvieron lugar á traves de toda aquella alegría. La abandonada mansion de la pobre familia estaba casi inhabitable: el techo roto y hundido en varios parajes, ostentaba aquí y allá espesas matas de crecidas yerbas, dejando penetrar libremente en el interior el viento helado del invierno y las recias lluvias de los equinoccios (1); la sala baja era fria, húmeda y á trechos cubiertas sus paredes de verde musgo: unas palomas silvestres hacian sus nidos en la celdita misteriosa en donde el Verbo se hizo carne; las zarzas estendian sobre las quebradas piedras del pequeño patio sus guirnaldas pardas y espinosas; todo, en fin, en esta antigua casa que el transcurso de los siglos habia puesto ya de un color amarillo rojizo, tenia el aspecto ruinoso y desolado, que cual el sello que marca la ausencia de su dueño, se nota en los edificios abandonados. Era preciso hacer urgentes reparaciones; era preciso reemplazar los útiles y los muebles que estaban inservibles ó que habian desaparecido, era preciso tal vez satisfacer un préstamo contraído en Egipto para poder verificar la vuelta. Entonces fué sin duda cuando hubo de venderse hasta el jubulado, es decir, los campos paternos. De todo lo que poseian José y María antes de su largo viaje, no les quedó sino la casa derruida de Nazareth, el taller de José y sus brazos; pero Jesús estaba allí. Aunque niño todavía, Jesús tomó el hacha y seguía á su anciano padre á los pueblos en donde se les procuraba ocupacion (2); su trabajo, proporcionado á su edad y á sus fuerzas, no faltó nunca á su madre. El bienestar habia desaparecido por mucho tiempo; pero al fin se proveyó á fuerza de privaciones, de vigilijs y de animosos esfuerzos á las atenciones de primera necesidad. Jesús, María y José se entregaron á los mas duros trabajos, y Aquel que podía mandar á legiones de ángeles, jamas pidió á Dios otra cosa para él y para los suyos, que el pan de cada dia.

La vida interior de esta bienaventurada familia, á quien se ha llamado la Trinidad de la tierra, no ha llegado al conocimiento de los hombres; es un hilo de agua perdido entre las yerbas, es el Santo de los Santos con su nube de perfumes y su doble velo. No obstante, estudiando minuciosamente, ecsaminando uno á uno y bajo todas sus faces los hechos evangélicos, lo que se sabe hace adivinar hasta cierto punto lo que se ignora; y la vida pública de Jesucristo arroja algunos reflejos bri-

1 El tiempo de las lluvias en la Judea, es el de los equinoccios, y sobre todo, el del equinoccio de Otoño; y es tambien la estacion de las tempestades, que regularmente van acompañadas de ráfagas violentas ó de granizo. (Volney, Viaje á Siria.)

2 San Justino mártir, en el diálogo cum Triphone, refiere que Jesucristo ayudaba á su padre putativo á fabricar coyundas y carros; y hasta Godescardo (tom. 14, pág. 436, Vida de la Santa Virgen,) dice: “un autor muy antiguo asegura que en su tiempo se enseñaban todavía las coyundas que el Salvador habia fabricado con sus manos.”

llantes sobre su vida privada y la de su santa Madre. Vamos á procurar llenar este vacío, con toda la reserva, con toda la aplicacion concienzuda que tan grave asunto requiere.

Jesús, en quien estaban ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (3), no tenia necesidad alguna de la enseñanza de los hombres; así pues, toda suposicion contraria, está positivamente reprobada por la Iglesia. Asimismo nos enseña S. Juan en su evangelio, que los judíos contemporáneos de Jesucristo le miraban como un jóven sin estudios (4); y la admiracion de los nazarenos al verle tan profundamente versado en las sagradas letras, testifica lo bastante que ellos ignoraban hubiese sido educado, como S. Pablo, á los pies de un maestro. Los talmudistas y los autores judíos de los Toldos, sostienen, por el contrario, que un célebre rabino inició á Jesús en los misterios de la ciencia y de la magia; pero la consecuencia que se deduce de la segunda parte de esta asercion, es absurda y no se toma la cosa sino bajo el punto de vista puramente humano, como lo hacen los racionalistas: tal asercion es evidentemente falsa, por dos razones: Jesús, en primer lugar, no era ni cecador ni tradicionalista; y se ve en todo el discurso del Evangelio, que desaprobaba altamente las miras estrechas, las distinciones caprichosas y las pobres sutilezas de la Sinagoga. En segundo lugar, que el rabino Juan Peradua, á quien se le da por preceptor, no habia nacido todavía, pues que no floreció sino hasta cien años despues.

Colocar á Jesús en medio de los rabinos como educando suyo, es una suposicion tan poco lógica como la de querer sostener una encina rodeándola de débiles cañas. El no enseñaba como ellos, dice un evangelista (5); y esto se concibe muy bien, porque sacaba su sabiduría de sí mismo; y sus doctrinas aun tomadas bajo el punto de vista natural, se comprende desde luego que dimanaban de una alma muy elevada, muy pura y muy recta, y de un espíritu tan vasto y tan uniformemente sano, que seguramente no habia sido falseado en las disputas escolásticas.

Strauss, conviene en que toda la sabiduría y toda la ciencia de la época habrian sido impotentes para formar un hombre tal como Jesucristo. “Aun cuando Jesús, dice ese escritor, hubiese agotado todas las fuentes de instruccion de su tiempo, no es menos cierto que ninguno de aquellos elementos habria bastado, ni con mucho, para hacer una revolucion en el mundo, y dar la consistencia necesaria á una obra tan grande, si él no la hubiera sacado de las profundidades de su alma.”

Su elocuencia era esclusivamente suya, lo mismo que su moral. No eran las ecsageraciones enfáticas de los rabinos, ni la dición majestuosa, enérgica y violentamente contrastada de los antiguos profetas: era así como lo decia él mismo, un manantial de agua viva que reflejaba en su corriente los pájaros del cielo, las nieves y las flores

3 San Pablo, Ep. ad Coloss. c. II, v. 9.

4 San Juan, cap. VII, v. 15.

5 San Mateo, cap. VII, v. 29.

de los campos. . . . Esta elocuencia tan sencilla, penetraba en el fondo de las cosas y se ligaba sin esfuerzo á los grandes pensamientos. Cada palabra era una simiente preciosa de virtud; cada lección proyectaba en los misteriosos espacios del porvenir, un dilatado surco de luz que debía engrandecerse y extenderse insensiblemente hasta el día de la perfecta regeneración del mundo. Aun los mismos que han negado osadamente sus milagros, no han podido menos de convenir en que sus palabras eran las de un Dios (1).

Jesús estaba dotado de una alma elevada y meditada, que tenía necesidad de un inmenso espacio para extenderse; obligado durante el día á ocuparse de un trabajo manual que absorbía todos sus instantes, se indemnizaba por la noche de sus humildes fatigas, y se convertía en legislador y en profeta á la presencia del estrellado cielo. De pie, sobre el terrazo elevado, desde donde se descubrían las montañas y los grandes bosques de la tierra de Canaan, daba expansión á su grande alma delante del Autor de la naturaleza, de quien era el Enviado, el hijo y el igual. Estas comunicaciones íntimas y solitarias con Dios en el silencio de la noche, del desierto y del pensamiento, fueron una de las costumbres de Jesucristo; de la que se hallan muchos ejemplos en el Evangelio. El hombre modelo, el Verbo encarnado quería sin duda enseñar á los suyos á separar el oro puro de la oración, de la liga monstruosa de ostentación y de hipocresía, que mezclaban tan frecuentemente los fariseos de su tiempo.

La Virgen, que no fué nunca ni importuna ni exigente, no se oponía de ningún modo á este aislamiento: ella sabía que Jesús echaba entonces la sonda al fondo del abismo incommensurable que se entreabría bajo los pasos de la humanidad, y que la redención del mundo sería el fruto de aquellas meditaciones silenciosas. Respetando el trabajo de ese espíritu poderoso que se concentraba en sí mismo, y dirigiendo sus miradas sobre el porvenir de gloria que cada momento se acercaba, María veía ya el cielo abierto, vencida á la muerte, y al Mesías reuniendo á todos los pueblos del globo bajo de su estandarte. . . . Pero de repente la profecía del anciano Simeon, lúgubre y sombría como un sepulcro, se ofrecía á su mente, al extremo de esta perspectiva magnífica y gloriosa; un temblor involuntario recorría los miembros, y el frío del espanto circulaba por las venas de la pobre madre; su corazón, en que dominaba el amor de Jesús, se hundía en angustias inexplicables. Gritábale una voz secreta: "Es preciso una expiación de sangre! es preciso que Cristo muera!" Entonces, abandonando el humilde trabajo á que su indigen-

1 Yo os aseguro que la majestad de las Escrituras me admira, dice Rousseau; la santidad del Evangelio habla profundamente á mi corazón. Hé ahí los libros de los filósofos con toda su pompa, qué pequeños son junto de la Biblia! Puede creerse que este libro tan sencillo y sublime á la vez, sea obra de los hombres? ¿Que áquel de cuya historia se trata sea no más que un hombre? ¿Es este el tono de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¿Qué dulzura! qué pureza en sus costumbres! qué admirable gracia en sus instrucciones! qué elevación en sus máximas! qué profunda sabiduría en sus discursos. . . . [Emilio, t. III, pág. 365.]

cia la condenaba (2), la hija de David iba á buscar presurosa á su Hijo, tenía necesidad de verle, de asegurarse con un abrazo maternal de que estaba todavía allí, de que vivía aún. . . .

A su vista, Jesús inclinaba á la tierra sus ojos pensativos fijos en los astros, su joven frente que había arrugado un pensamiento vasto como el mundo, recobraba la ternura y pulidez de la infancia: María entonces ocultando en el fondo de su corazón sus siniestros temores, le prescribía el reposo tan necesario después de una larga vigilia, debía recobrar las fuerzas para el día siguiente. . . . El curso sería fatigoso y duro el trabajo. . . . El Hijo de Dios seguía en silencio á su madre mortal, porque él la amaba, y estaba sometido á ella.

Un incidente extraordinario, que llenó de congoja el alma de María, señaló la entrada de Jesús en la adolescencia. José y María, religiosos observadores de la ley de sus padres, iban regularmente cada año á Jerusalén en el tiempo de la Pascua. Este viaje que habían hecho furtivamente y ocultos entre la multitud cuando el hijo del enemigo de Dios ocupaba el trono de los Macabeos, se había hecho más fácil después del destierro de Arquelao y de la ocupación de los romanos. Así pues, luego que Cristo hubo llegado á los doce años, sus padres, libres ya de toda inquietud por parte de Heródes le llevaron consigo á Jerusalén. Los peregrinos hebreos salieron todos juntos de Nazaret, mas luego dividiéronse en el camino en pequeños grupos, según la edad, el sexo y las relaciones de familia ó de intimidad (3).

En derredor de la Virgen iban María Cleofas la cuñada de José; otra María designada en el Evangelio bajo el nombre de *altera María*, Salomé mujer de Zebedeo que había llegado de Betsaida con su esposo y sus hijos; Juana, esposa de Chus, y una multitud de nazarenos de su vecindad y parentesco. José les seguía á alguna distancia conversando gravemente con Zebedeo el pescador y los ancianos de su tribu. Jesús marchaba en medio de los jóvenes galileos que el Evangelio, conforme á la índole de la lengua hebraica, ha llamado sus hermanos, y que no eran más sino sus inmediatos parientes.

Entre ese grupo de jóvenes que iban delante de los demás, se distinguía á los hijos del Zebedeo: Santiago, impetuoso como el lago de Tiberiades en un día de tempestad; Juan, más joven que Jesús, y cuya dulce fisonomía vista al lado de la de su hermano, parecía personificar el cordero de Isaías viviendo en paz con el león del Jordán. Al lado de los pescadores de Betsaida, que Jesús designó más tarde con el sobre nombre de *Boanerges* (hijos del

2 Tertuliano dice en el tercer siglo, que María ganaba su vida trabajando; y Celso en el segundo, reprochaba á los cristianos que María era una mujer que se había mantenido con el trabajo de sus manos.

3 San Epifanio y San Bernardo nos enseñan que en estos viajes los hombres iban por grupos separados de las mujeres; y que hallándose San José y la Santa Virgen el uno en un grupo y el otro en otro, esto fué causa de que no se inquietaron al principio de la desaparición de Jesús, y no repararon en ella hasta la noche, en ocasión de renunciar todos los viajeros. — Véase también Aelredo abad de Reverbry: *Serm. seu tractatus de Jesu duodenni-Dominica infra octav. Epiphany.*

rayo] caminaban los cuatro hijos de Alfeo: Santiago que fué obispo de Jerusalén, joven grave y austero de largos cabellos, semblante pálido y aspecto frío y mortificado. Enorgullecido por haber sido votado al nazareato, se daba con aquel á quien no consideraba entonces sino como el hijo del carpintero, un aire de superioridad desagradable; descubriase con todo en este carácter las virtudes y las imperfecciones inherentes al país: una firmeza incontrastable, inclinaciones rectas y religiosas; pero también un marcado desprecio por todo lo que venía de la casa de Abraham, y una alta opinión de sí mismo. Judas, Simón y José, los otros hijos de Alfeo, eran jóvenes de aspecto rudo, sencillez y guerrero, que habían llegado ya á la adolescencia, y que consideraban al Hijo de la humilde María por inferior á ellos en todo; cosa de que tuvieron trabajo en deshacerse más tarde, según se ve en el Evangelio (1). ¿Y Jesús? Jesús no afectaba nada, ni la devoción, ni la austeridad, ni la sabiduría, ni la ciencia, porque poseía la plenitud de todas estas cosas; y ordinariamente solo se afecta lo que no se tiene.

Al verle vestido sencillamente como un esenio, sus largos cabellos, color de bronce antiguo (2), separados sobre su tersa frente y flotando con gracia sobre sus hombros, se le hubiera tomado por David en el momento en que el profeta Samuel le vió venir, pequeño, tímido, en traje de simple pastor para recibir la unción Santa. Había, sin embargo, en los ojos garzos y aterciopelados de Cristo (3) alguna cosa más que no tenía el ojo lleno de poesía ó inspiración de su grande abuelo: se distinguía un no sé qué de penetrante y de divino que ponía á descubierto el pensamiento y sondeaba los más ocultos pliegues del corazón; pero Jesús templaba entonces el resplandor de sus miradas, como Moisés su frente radiosa cuando salía del tabernáculo. El marchaba conversando discretamente, si bien apropiando sus discursos á su edad, con sus jóvenes parientes según la carne, á los que pensaba desde luego hacer sus apóstoles; adivinaba bajo su grosera apariencia el peso y el valor de aquellos diamantes sin pulir, que debían brillar un día con una luz tan viva; y amábales en su porvenir. Su esperanza no fué engañada, pues aquellos hombres que había tenido como los demás de su nación, sus sueños de oro y de poder con respecto al Mesías de quien lo esperaban todo, se despojaron á su voz de todas sus preocupaciones religiosas y nacionales

1 Véase San Juan Crisóstomo, sermón 44.

2 Los rabinos han tomado ocasión del color que se notaba en la extremidad de los cabellos de Jesús, para entregarse á odiosas imprecaciones contra él; pero ¿qué extraño es que le dirigiesen los mismos reproches del rey David: *El era rojo como Baal tenía la sangre sobre la cabeza: el alma de Esau había pasado á él.*

3 Véase Nicéforas, *Hist. ecles.*, tom. I, pág. 125.—El retrato de Nuestro Señor, trazado según la tradición, es el más auténtico que nos haya quedado.—El reverendo Mr. Walsh, autor de un libro muy reciente consagrado á los monumentos raros ó inéditos de la primera edad del cristianismo, acaba de llamar la atención sobre una medalla muy curiosa conocida ya hacia el siglo XV. El anverso representa la cabeza de Nuestro Señor vista de perfil, los cabellos están divididos en iguales partes á estilo de los nazarenos, asentados hasta las orejas; y ondulantes sobre las espaldas; la barba espesa, poco larga pero hendida; el semblante hermoso como también el busto, sobre el que cae la túnica en graciosos pliegues.

para adoptar una doctrina calumniada, cuyos principios y promesas, semejantes á las maldiciones de la antigua ley, no hablaban más que de persecuciones y sufrimientos. Uniéronse á él con lazos tan fuertes, que ni los príncipes de la tierra, ni el frío, ni la desnudez, ni el hambre, ni el hierro homicida pudieron separarlos de su amor. Marcharon por su camino, hollando valerosamente las espinas que el mundo arrojaba bajo de sus plantas; y dejándose tratar cual si fuesen la escoria del género humano. ¡Ellos no se avergonzaron nunca del Hijo del Hombre ni de su Evangelio, ni de la locura de la cruz! ¿Y por qué había de ser? Los impostores son los únicos que deben avergonzarse, y los apóstoles no predicaron jamás sino según su convicción íntima. Aquellos corazones rectos y sencillos, dieron á su testimonio todo lo que podía hacerle auténtico y sagrado á los ojos de los hombres; lo abandonaron todo, sufrieron todo; lo perdonaron todo, y sellaron con su sangre el Evangelio de su divino Maestro (4).

Más en la época de que hablamos aun no habían florecido esas virtudes heroicas; y esos jóvenes galileos, no imaginaban siquiera que llegaría un día en que habrían de dar la vida, por sostener la divinidad de su compañero de viaje.

Al cabo de cuatro días de marcha, los peregrinos llegaron á la ciudad Santa, á donde aflúa un inmenso concurso de nacionales y extranjeros (5). La familia de José y de María, se reunió para comer el cordero pascual, que los sacerdotes tenían cuidado de inmolar entre las dos vísperas (6) en el patio del templo, y al que se añadieron panes ázimos, lechugas amargas, y todo lo que constituía esta ceremonia antigua.

Pasados los días de la fiesta, los parientes de Cristo se reunieron para tomar de nuevo el camino de su provincia; y como volvían en el mismo orden en que habían venido, los dos esposos no echaron de ver que Jesús no venía con ellos. María le creyó con José ó con los dos Santiagos; José creyó por su parte que venía con sus jóvenes parientes ó con María. A la caída de la noche los diversos grupos se reunieron, y la Santa Virgen buscó, pero en vano, á Jesús, en la multitud de viajeros que llegaban sucesivamente á la posada; ¡nadie sabía lo que al Salvador había sucedido! El dolor de los dos Santos Esposos fué inexplicable. "¿El depósito del cielo! el hijo de Dios!" exclamaba tristemente José. "¿Mi Hijo!" decía la pobre madre, embargando las lágrimas su voz. Buscáronle durante la noche, y siguiéronle buscando durante el día; preguntaban por él en los caminos dando sus señas á los viajeros, llamábanle por los bosques;

4 Pascal ha dicho: "Yo creo de muy buena gana las historias cuyos testigos se dejan degollar."

5 La pascua reunía en Jerusalén hasta dos millones y quinientas mil personas. (*De Bello*, lib. VII, cap. 17.)—Cesto queriendo persuadir á Nerón que la nación judía no era tan despreciable como se la juzgaba, computaba al pueblo por el número de los sacrificadores. En la fiesta de la pascua se degollaban seiscientos cincuenta y seis mil seiscientos corderos, y había un cordero por cada familia.

6 Es decir, después de medio día, ó una hora hasta la puesta del sol. (Basnage; t. V, l. VII, cap. 2.)

sondeaban con sus miradas los precipicios, temiendo ya por su vida, ó bien por su libertad; y no sabiendo qué hacerse si se había perdido. Por fin, entraron otra vez en Jerusalem, acudieron primero á la casa de sus amigos, y después de recorrer los diferentes cuarteles de aquella gran ciudad, penetraron al último en el templo. Bajo el pórtico en que se reunían los doctores de la ley, estaba un niño que asombraba á los ancianos de Israel; con la profunda sabiduría de sus discursos, y por la exactitud y claridad con que resolvía las cuestiones mas difíciles. Formaban un círculo en derredor de él, y todos se maravillaban de su precocidad y maravillosa inteligencia. "Es un Daniel ó un ángel!" decían á pocos pasos de la acovejada Virgen. "Es Jesús!" dijo la joven madre, adelantándose por el lado que estaban los doctores. Entonces, acercándose al Mesías con la espresion de una ternura infinita, que se tenía, por decirlo así, de los últimos reflejos del pesar: "Hijo mio! le dice con dulzura, ¿por qué haces esto con nosotros? mira aquí á tu padre y á mí que te buscamos llenos de aflicción!"

El niño desaparecía ante el Dios; la respuesta fué por lo mismo seca y misteriosa: "¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que es preciso que yo me ocupe en lo que toca al servicio de mi padre?" Los dos esposos guardaron silencio; pues que no comprendieron inmediatamente el sentido de la respuesta del Mesías.

Jesús se levantó y les siguió á Nazareth. Su perfecta sumisión á la voluntad de sus padres, deshizo bien pronto aquella ligera nube. "Pero María conservaba en su corazón todas estas cosas. Y Jesús crecía en edad y en gracia delante de Dios y delante de los hombres."

CAPITULO XVI.

MARIA EN LAS PREDICACIONES DE JESUS.

"Dos mundos hay en la historia, ha dicho uno de los mas bellos talentos de nuestra época: el uno mas allá, el otro mas acá de la Cruz." El mundo primitivo, ya en la decrepitud cuando tuvo lugar la mision regeneradora de Jesucristo, presentaba el mas extraño espectáculo, pues que en él lo ridículo se hallaba muy cerca de lo horrible. El árabe y el galo, después de haber conservado durante muchos siglos la idea primordial de la unidad de Dios, adoraban la acacia y la encina (1); el habitante de la India divinizaba el Ganges, é inmolaba víctimas humanas á Sactis, diosa de la muerte (2); el Egipto, el país clásico de la sabiduría, tributaba un devoto culto al ajo, al loto y á casi todas las plantas

1 Los galos paganos del sexto y séptimo siglo, divinizaban á las encinas, encendían antorchas delante de ellas, y las invocaban como si hubiesen podido oírles; las piedras enormes vecinas de esos árboles, participaban del honor que se les rendía.—[Hist. ecles. de Bretaña, tom. 4, siglo séptimo.—Capitul. Caroli Magni, l. 1, tit. 64.]

2 Véase Cuadro de la India, por Buckingham.

bulbosas (3); los pueblos desconocidos de la joven América adoraban al tigre, al buitre, á las tempestades y á las ruidosas cataratas (4); por último, los griegos y los romanos, según su propia confesion, llenaban sus templos de demonios (5); y esas naciones de tanto ingenio, tan civilizadas y que contaban entre sus hijos tantos hombres de un mérito superior, habían divinizado el vicio en sus formas mas asquerosas, y colocado en su olimpo ladrones, adúlteras y homicidas. Conforme á sus creencias eran sus costumbres: la corrupcion, descendiendo como un torrente impetuoso de lo alto de las siete colinas imperiales, inundaba las mas distantes provincias. La Judea, que no había podido salvarse del contagio del vicio, se iba corrompiendo con una rapidez espantosa: sus dogmas fundamentales no constituían ya su religion, sino una multitud innumerable de superfetaciones parásitas, en tanto que los delirios de sus rabinos resonaban en la cátedra de Moisés (6).

En medio de esas deplorables aberraciones; qué había de ser la soberbia razon, esa reina de las inteligencias, para quien son un horizonte mezquino los límites del universo, y coloca á los dioses sobre el lecho de Procusto? ¿Dónde estaba su imperio? ¿Dónde había plantado su bandera, mientras que por todas partes eran batidos en brecha sus baluartes? Si podía, sin extraño auxilio, reconquistar el terreno que había perdido, ¿por qué no lo hizo?... Pero bien conoció que el torrente traspasaría sus débiles diques, é impotente para contenerlo se contentó con observar sus estragos. Apoyada en la filosofía, lloraba sobre los restos inanimados del cuerpo social, cuya ruina no pudo evitar. Sobrevino el cristianismo, que dijo al cadáver: "levántate y marcha".... y se levantó y anduvo.

Desde este día una nueva raza, curada de todos sus males y lavada de todas sus manchas en la piscina santa, se agrupa en torno de la cruz, que el Hijo de María enarbolara sobre el mundo regenerado, como el trofeo de Dios sobre el infierno.

Esta gloriosa revolucion que colocó la caridad sobre el trono, dándole por acompañamiento todas las virtudes; este suceso para siempre memorable, que cambió la faz del mundo y cuyo eco resonará hasta la consumacion de los siglos, tuvo por punto de partida á Nazareth: de lo hondo de aquella cue-

3 Bien conocido es el sarcasmo de Juvenal: *O sanctas gentes quibus hæ nascuntur in hortis mûmina*.—[Sátira 15, v. 10.]

4 Véase Garcilaso, lib. 1, cap. 2 y 12.

5 P. ríñio, que conocia muy bien los resortes del politeísmo, confiesa que los demonios eran el objeto del culto de los gentiles. "Hay, dice, espíritus impuros, engañadores, malvados, que quieren pasar por dioses y hacerse adorar de los hombres. Es preciso arcaarlos, de miedo que no nos dañen. Los unos alegres y divertidos, se dejan ganar con espectáculos y juegos, el humor sombrío de los otros quiere el olor de grasa, y se complace en los sacrificios de sangre."

6 Es una máxime entre los judíos, que la alianza se hizo con ellos en el monte Sinaí bajo el pie de la ley natural, no bajo el de la escrita. Destruyen la segunda para entronizar la primera, reduciendo toda su religion á la tradicion. Llegó á tal punto esta corrupcion entre los judíos, aun en tiempo de nuestro Señor, que es reprendido en San Marcos haber destruido la palabra de Dios por sus tradiciones. Actualmente es mayor su error, pues comparan el texto sagrado al agua, y el Misnah ó el Talmud al mejor vino; demás, dicen que la ley escrita es la sal, y el Talmud la pimienta, la canela, etc.

va sin nombre, fluyó el humilde cristianismo, "manantial oscuro, gota de agua inapercibida en que dos pajaritos no hubieran podido apagar la sed, que un solo rayo del sol habría podido secar, y que hoy, cual el grande Océano de los espíritus, ha llenado la profundidad del saber humano, y bañado con sus aguas inagotables el pasado, el presente y el porvenir." (1)

Ocultos permanecen los medios que prepararon este grande acontecimiento, que tan altamente domina la historia de los tiempos modernos. Desde su presentacion en el templo, el hijo de Dios llevaba una vida oculta y meditativa en compañía de su madre y de su padre adoptivo. Esta época, perdida para el mundo, fue sin duda aquella en que pasó la Santa Virgen sus mas serenos días; porque la vida no es mas feliz cuando corre con estruendo cual un torrente de invierno, sino cuando semeja á una corriente silenciosa que se desliza en plateados hilos por entre la yerba de las praderas. María, privada de todos los goces del lujo y de todas las dulzuras del bienestar, pero viviendo al lado de su Hijo, trabajando para él, estudiando sus inclinaciones, mirándolo á todas horas, ofreciéndose á él como primicias de su santa cosecha, haciéndose la primera, la mas humilde, la mas dócil de sus discípulas, y sometiendo su razon perfeccionada ante la razon superior y la divinidad de su Hijo, María debió ser entonces la mas feliz de las madres! Si alguna vez mientras que Jesús le revelaba el sentido mas profundo de las profecías, encontraba algun pasaje en que se hablase de tormentos venideros, una sombría nube se estendia sobre la casta frente de la Virgen; mas muy pronto volvía á serenarse su dulce y agraciado semblante. La tempestad estaba todavía lejana, y su barquilla estaba amarrada en una bahía tranquila. "Su Hijo estaba allí! y ella pendiente de sus miradas, de sus palabras, de sus menores gestos. ¿Cuánto se afanaba en servir á su Hijo! ¿Con qué placer velaba noches enteras hilando, tejiendo sus túnicas de trabajo y sus vestidos de fiesta, ese ropaje sin costuras, obra maestra de habilidad y de paciencia, que mas tarde....! Ah! mas entonces el Señor no había consagrado aún á su Cristo sino con aceite de alegría. Compañera del Esposo, la prudente Virgen del Evangelio, dejaba que el día siguiente se proveyesse á sí mismo, "y la paz de Dios, que es superior á toda otra idea, animaba su corazón y su espíritu."

Jesús era la perfeccion misma, el omniscio, el tres veces Santo, el Poderoso, el sábio por excelencia; como Dios no podía deber nada á sus criaturas, pero como hombre le debía algo á María. Ella fué quien le inició desde su mas tierna infancia, en las humildes virtudes inherentes á la humanidad, y en sus gustos poéticos y sencillos. En esa dulzura paciente é inalterable que supo él adunar á la energía del legislador y del profeta: en esa compasion misericordiosa que calmaba la indignacion del Dios irritado, y hacia de él, el hombre-modelo, el

1 Mr. de Lamartine, *Viaje á Oriente*.

Justo entre los justos, el sostén del pecador miserable: en esa ternura tan buena, tan cándida para con los niños, á los que le complacia tanto acariciar y bendecir durante su mision divina; en esos mil imperceptibles celajes; en esos mil reflejos semi-absorbidos por los rayos de viva luz que alumbran la vida mortal de Jesucristo, se observa la influencia maternal de María (2). Así es como el cielo se perfuma gozoso con el aroma de las flores, aunque las flores sean hijas de la tierra.

Es indudable que Jesús devolvió á la Virgen ternura por ternura, y cuidados por cuidados: una mujer de tan noble sangre y de tan elevado corazón, debía ser acatada por todos, y especialmente por un Hijo, por cuyo amor se había impuesto, en la primavera de su vida, tantas privaciones, tantos trabajos y sacrificios. Aquel que lleva cuenta en el cielo hasta de un simple vaso de agua fria dado en su nombre, debió guardar con el mayor cariño el recuerdo de las obligaciones que le ligaban á María; y si observamos en el Evangelio que le hablaba menos veces á su divina Madre como hijo que como Señor, es porque se aislaba entonces de toda afeccion terrestre para glorificar mejor á su Padre, cuyo interes colocaba siempre en primer lugar. La Virgen conocia demasiado la sagrada mision de su Hijo para extrañar que sus palabras fuesen alguna vez severas: aguardaba siempre á que ocupase el lugar del legislador el joven de Galilea que había amamantado á sus pechos, y nunca tardaba en ver lograda aquella transformacion: la naturaleza humana concedía desde luego lo que había rehusado la naturaleza divina.

Próximo ya Jesús á cumplir veintinueve años, vino el ángel de la muerte á diezmar la Santa Familia. José, ese patriarca de antiguas costumbres, cuya sumisa fé y cuya sencillez de corazón recordaban á Abraham y á la feliz era de las tiendas; José, á quien el mismo Espíritu Santo ha condecorado con el hermoso título de *Justo*, se durmió dulcemente en el seno del Señor, entre su hijo adoptivo y su castísima esposa. Lloráronle Jesús y María y velaron con cariño sus frios despojos; los gemidos del viento de media noche venían á mezclarse únicamente á los lamentos de la pobre familia. ¿Con cuánto mayor fausto morían los nababs de Galilea, aunque no tuviesen al inclinar la cabeza para atravesar la puerta baja de la tumba, las magníficas esperanzas del carpintero de Nazareth.

Los funerales del hijo de David fueron humildes como su fortuna; pero María derramó abundantes lágrimas sobre su lecho fúnebre, y el Hijo de Dios condujo el sencillo duelo. ¿Qué emperador, qué grande de la tierra ha obtenido jamas honores semejantes?

Al fin, aprocsimóse el tiempo de predicar el Evangelio, y Aquel que Dios destinaba á ser su

2 *Nel vestire il Verbo d'umana carne non gli diedo ella [la Virgen] punto, o di potenza, o di santità, o di giustizia che egli [Jesús] grá da se solo non possedesse; ma gli dié molto bensì di misericordia.* [P. Paolo Segneri, *Magnificat spiegato*.]

sondeaban con sus miradas los precipicios, temiendo ya por su vida, ó bien por su libertad; y no sabiendo qué hacerse si se había perdido. Por fin, entraron otra vez en Jerusalem, acudieron primero á la casa de sus amigos, y después de recorrer los diferentes cuarteles de aquella gran ciudad, penetraron al último en el templo. Bajo el pórtico en que se reunían los doctores de la ley, estaba un niño que asombraba á los ancianos de Israel; con la profunda sabiduría de sus discursos, y por la exactitud y claridad con que resolvía las cuestiones mas difíciles. Formaban un círculo en derredor de él, y todos se maravillaban de su precocidad y maravillosa inteligencia. "Es un Daniel ó un ángel!" decían á pocos pasos de la acovejada Virgen. "Es Jesús!" dijo la joven madre, adelantándose por el lado que estaban los doctores. Entonces, acercándose al Mesías con la espresion de una ternura infinita, que se tenía, por decirlo así, de los últimos reflejos del pesar: "Hijo mio! le dice con dulzura, ¿por qué haces esto con nosotros? mira aquí á tu padre y á mí que te buscamos llenos de aflicción!"

El niño desaparecía ante el Dios; la respuesta fué por lo mismo seca y misteriosa: "¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que es preciso que yo me ocupe en lo que toca al servicio de mi padre?" Los dos esposos guardaron silencio; pues que no comprendieron inmediatamente el sentido de la respuesta del Mesías.

Jesús se levantó y les siguió á Nazareth. Su perfecta sumisión á la voluntad de sus padres, deshizo bien pronto aquella ligera nube. "Pero María conservaba en su corazón todas estas cosas. Y Jesús crecía en edad y en gracia delante de Dios y delante de los hombres."

CAPITULO XVI.

MARIA EN LAS PREDICACIONES DE JESUS.

"Dos mundos hay en la historia, ha dicho uno de los mas bellos talentos de nuestra época: el uno mas allá, el otro mas acá de la Cruz." El mundo primitivo, ya en la decrepitud cuando tuvo lugar la mision regeneradora de Jesucristo, presentaba el mas extraño espectáculo, pues que en él lo ridículo se hallaba muy cerca de lo horrible. El árabe y el galo, después de haber conservado durante muchos siglos la idea primordial de la unidad de Dios, adoraban la acacia y la encina (1); el habitante de la India divinizaba el Ganges, é inmolvaba víctimas humanas á Sactis, diosa de la muerte (2); el Egipto, el país clásico de la sabiduría, tributaba un devoto culto al ajo, al loto y á casi todas las plantas

1 Los galos paganos del sexto y séptimo siglo, divinizaban á las encinas, encendían antorchas delante de ellas, y las invocaban como si hubiesen podido oírles; las piedras enormes vecinas de esos árboles, participaban del honor que se les rendía.—[Hist. ecles. de Bretaña, tom. 4, siglo séptimo.—Capitul. Caroli Magni, l. 1, tit. 64.]

2 Véase Cuadro de la India, por Buckingham.

bulbosas (3); los pueblos desconocidos de la joven América adoraban al tigre, al buitre, á las tempestades y á las ruidosas cataratas (4); por último, los griegos y los romanos, según su propia confesion, llenaban sus templos de demonios (5); y esas naciones de tanto ingenio, tan civilizadas y que contaban entre sus hijos tantos hombres de un mérito superior, habían divinizado el vicio en sus formas mas asquerosas, y colocado en su olimpo ladrones, adúlteras y homicidas. Conforme á sus creencias eran sus costumbres: la corrupcion, descendiendo como un torrente impetuoso de lo alto de las siete colinas imperiales, inundaba las mas distantes provincias. La Judea, que no había podido salvarse del contagio del vicio, se iba corrompiendo con una rapidez espantosa: sus dogmas fundamentales no constituían ya su religion, sino una multitud innumerable de superfetaciones parásitas, en tanto que los delirios de sus rabinos resonaban en la cátedra de Moisés (6).

En medio de esas deplorables aberraciones; qué había de ser la soberbia razon, esa reina de las inteligencias, para quien son un horizonte mezquino los límites del universo, y coloca á los dioses sobre el lecho de Procusto? ¿Dónde estaba su imperio? ¿Dónde había plantado su bandera, mientras que por todas partes eran batidos en brecha sus baluartes? Si podía, sin extraño auxilio, reconquistar el terreno que había perdido, ¿por qué no lo hizo?... Pero bien conoció que el torrente traspasaría sus débiles diques, é impotente para contenerlo se contentó con observar sus estragos. Apoyada en la filosofía, lloraba sobre los restos inanimados del cuerpo social, cuya ruina no pudo evitar. Sobrevino el cristianismo, que dijo al cadáver: "levántate y marcha".... y se levantó y anduvo.

Desde este dia una nueva raza, curada de todos sus males y lavada de todas sus manchas en la piscina santa, se agrupa en torno de la cruz, que el Hijo de María enarbolara sobre el mundo regenerado, como el trofeo de Dios sobre el infierno.

Esta gloriosa revolucion que colocó la caridad sobre el trono, dándole por acompañamiento todas las virtudes; este suceso para siempre memorable, que cambió la faz del mundo y cuyo eco resonará hasta la consumacion de los siglos, tuvo por punto de partida á Nazareth: de lo hondo de aquella cue-

3 Bien conocido es el sarcasmo de Juvenal: *O sanctas gentes quibus hæ nascuntur in hortis mûmina.*—[Sátira 15, v. 10.]

4 Véase Garcilaso, lib. 1, cap. 2 y 12.

5 P. ríñio, que conocia muy bien los resortes del politeísmo, confiesa que los demonios eran el objeto del culto de los gentiles. "Hay, dice, espíritus impuros, engañadores, malvados, que quieren pasar por dioses y hacerse adorar de los hombres. Es preciso arrearlos, de miedo que no nos dañen. Los unos alegres y divertidos, se dejan ganar con espectáculos y juegos, el humor sombrío de los otros quiere el olor de grasa, y se complace en los sacrificios de sangre."

6 Es una máxima entre los judíos, que la alianza se hizo con ellos en el monte Sinaí bajo el pie de la ley natural, no bajo el de la escrita. Destruyen la segunda para entronizar la primera, reduciendo toda su religion á la tradicion. Llegó á tal punto esta corrupcion entre los judíos, aun en tiempo de nuestro Señor, que es reprendido en San Marcos haber destruido la palabra de Dios por sus tradiciones. Actualmente es mayor su error, pues comparan el texto sagrado al agua, y el Misnah ó el Talmud al mejor vino: demás, dicen que la ley escrita es la sal, y el Talmud la pimienta, la canela, etc.

va sin nombre, fluyó el humilde cristianismo, "manantial oscuro, gota de agua inapercibida en que dos pajaritos no hubieran podido apagar la sed, que un solo rayo del sol habría podido secar, y que hoy, cual el grande Océano de los espíritus, ha llenado la profundidad del saber humano, y bañado con sus aguas inagotables el pasado, el presente y el porvenir." (1)

Ocultos permanecen los medios que prepararon este grande acontecimiento, que tan altamente domina la historia de los tiempos modernos. Desde su presentacion en el templo, el hijo de Dios llevaba una vida oculta y meditativa en compañía de su madre y de su padre adoptivo. Esta época, perdida para el mundo, fue sin duda aquella en que pasó la Santa Virgen sus mas serenos dias; porque la vida no es mas feliz cuando corre con estruendo cual un torrente de invierno, sino cuando semeja á una corriente silenciosa que se desliza en plateados hilos por entre la yerba de las praderas. María, privada de todos los goces del lujo y de todas las dulzuras del bienestar, pero viviendo al lado de su Hijo, trabajando para él, estudiando sus inclinaciones, mirándolo á todas horas, ofreciéndose á él como primicias de su santa cosecha, haciéndose la primera, la mas humilde, la mas dócil de sus discípulas, y sometiendo su razon perfeccionada ante la razon superior y la divinidad de su Hijo, María debió ser entonces la mas feliz de las madres! Si alguna vez mientras que Jesús le revelaba el sentido mas profundo de las profecías, encontraba algun pasaje en que se hablase de tormentos venideros, una sombría nube se estendia sobre la casta frente de la Virgen; mas muy pronto volvía á serenarse su dulce y agraciado semblante. La tempestad estaba todavía lejana, y su barquilla estaba amarrada en una bahía tranquila. "Su Hijo estaba allí! y ella pendiente de sus miradas, de sus palabras, de sus menores gestos. ¿Cuánto se afanaba en servir á su Hijo! ¿Con qué placer velaba noches enteras hilando, tejiendo sus túnicas de trabajo y sus vestidos de fiesta, ese ropaje sin costuras, obra maestra de habilidad y de paciencia, que mas tarde....! Ah! mas entonces el Señor no había consagrado aún á su Cristo sino con aceite de alegría. Compañera del Esposo, la prudente Virgen del Evangelio, dejaba que el dia siguiente se proveyesse á sí mismo, "y la paz de Dios, que es superior á toda otra idea, animaba su corazón y su espíritu."

Jesús era la perfeccion misma, el omniscio, el tres veces Santo, el Poderoso, el sábio por excelencia; como Dios no podía deber nada á sus criaturas, pero como hombre le debía algo á María. Ella fué quien le inició desde su mas tierna infancia, en las humildes virtudes inherentes á la humanidad, y en sus gustos poéticos y sencillos. En esa dulzura paciente é inalterable que supo él adunar á la energía del legislador y del profeta: en esa compasion misericordiosa que calmaba la indignacion del Dios irritado, y hacia de él, el hombre-modelo, el

1 Mr. de Lamartine, *Viaje á Oriente*.

Justo entre los justos, el sostén del pecador miserable: en esa ternura tan buena, tan cándida para con los niños, á los que le complacia tanto acariciar y bendecir durante su mision divina; en esos mil imperceptibles celajes; en esos mil reflejos semi-absorbidos por los rayos de viva luz que alumbran la vida mortal de Jesucristo, se observa la influencia maternal de María (2). Así es como el cielo se perfuma gozoso con el aroma de las flores, aunque las flores sean hijas de la tierra.

Es indudable que Jesús devolvió á la Virgen ternura por ternura, y cuidados por cuidados: una mujer de tan noble sangre y de tan elevado corazón, debía ser acatada por todos, y especialmente por un Hijo, por cuyo amor se había impuesto, en la primavera de su vida, tantas privaciones, tantos trabajos y sacrificios. Aquel que lleva cuenta en el cielo hasta de un simple vaso de agua fria dado en su nombre, debió guardar con el mayor cariño el recuerdo de las obligaciones que le ligaban á María; y si observamos en el Evangelio que le hablaba menos veces á su divina Madre como hijo que como Señor, es porque se aislaba entonces de toda afeccion terrestre para glorificar mejor á su Padre, cuyo interes colocaba siempre en primer lugar. La Virgen conocia demasiado la sagrada mision de su Hijo para extrañar que sus palabras fuesen alguna vez severas: aguardaba siempre á que ocupase el lugar del legislador el joven de Galilea que había amamantado á sus pechos, y nunca tardaba en ver lograda aquella transformacion: la naturaleza humana concedía desde luego lo que había rehusado la naturaleza divina.

Próximo ya Jesús á cumplir veintinueve años, vino el ángel de la muerte á diezmar la Santa Familia. José, ese patriarca de antiguas costumbres, cuya sumisa fé y cuya sencillez de corazón recordaban á Abraham y á la feliz era de las tiendas; José, á quien el mismo Espíritu Santo ha condecorado con el hermoso título de *Justo*, se durmió dulcemente en el seno del Señor, entre su hijo adoptivo y su castísima esposa. Lloráronle Jesús y María y velaron con cariño sus frios despojos; los gemidos del viento de media noche venían á mezclarse únicamente á los lamentos de la pobre familia. ¿Con cuánto mayor fausto morían los nababs de Galilea, aunque no tuviesen al inclinar la cabeza para atravesar la puerta baja de la tumba, las magníficas esperanzas del carpintero de Nazareth.

Los funerales del hijo de David fueron humildes como su fortuna; pero María derramó abundantes lágrimas sobre su lecho fúnebre, y el Hijo de Dios condujo el sencillo duelo. ¿Qué emperador, qué grande de la tierra ha obtenido jamas honores semejantes?

Al fin, aprocsimóse el tiempo de predicar el Evangelio, y Aquel que Dios destinaba á ser su

2 *Nel vestire il Verbo d'umana carne non gli diedo ella [la Virgen] punto, o di potenza, o di santità, o di giustizia che egli [Jesús] grá da se solo non possedesse; ma gli dié molto bensì di misericordia.* [P. Paolo Segneri, *Magnificat spiegato*.]

pontifice y su apóstol por toda la eternidad, dejó á Nazareth para dirigirse á las orillas del Jordán, donde Juan administraba las aguas del bautismo. Debió haber entonces entre la Santa Virgen y su divino Hijo una tierna y solemne escena de separación. La vida pública de Jesús iba á comenzar. Solo, pobre, salido del pueblo, sin mas recursos que su valor, su paciencia y ese don de milagros que no empleó jamás para sí mismo, iba á afrontar un orden de cosas *no bastante fuerte para resistirle, pero sí demasiado fuerte para hacerle morir* (1). La Virgen no pudo contener un movimiento de terror al ver á Jesús lanzarse á ese mar borrascoso del mundo judaico, en que tantos y tan ilustres profetas habian naufragado. Conocía el orgullo indomable de los fariseos, el fanatismo mezquino y rencoroso de los príncipes de la Sinagoga, y los caprichos sanguinarios de Heródes Antipas; conocía también los oráculos del Mesías, que hablaban de tormentos y de ignominia!... La hija de los reyes de Judá, que no era de un linaje débil, y que sabía que su Hijo era Dios, no dejó por eso de tener lacerada su alma por esta primera separación, que consideraba como el preludio y la imagen de otra todavía mas cruel. Dejó partir á Jesús sintiendo despedazarse el corazón; y cuando el sonido de sus pasos se fué perdiendo poco á poco, á medida que se alejaba; cuando se encontró sola, enteramente sola, en esa casa donde habia pasado tantas y tan dulces horas con su Hijo y su esposo, dejó caer la cabeza entre sus manos y quedó silenciosa y pensativa, como la estatua del dolor sobre la piedra de un sepulcro.

La ausencia de CRISTO se prolongó bastante; la Virgen supo con admiración profunda, pero sin sorpresa, las maravillas de su bautismo, durante el cual la Trinidad, por decirlo así, se habia manifestado y revelado á los hombres. Dijosela que una blanca paloma estendió sus divinas alas sobre el salvador de los hombres, mientras que una voz celestial proclamaba al Hijo del Altísimo. Al gozo que recibiera por estas nuevas, siguió una inquietud extrema, cuando supo que despues de salir de las aguas del Jordán, se habia internado Jesús solo en las profundas y peligrosas gargantas de la alta montaña de la *Cuarentena* (2), para prepararse por medio de la meditación, de la oración y del ayuno, á la grande obra de la salvación del

1 Mr. de Lamartine, libro citado.

2 El nombre de Cuarentena, dado al desierto en que ayunó Jesucristo por espacio de cuarenta días, es debido á esta circunstancia. Este desierto se halla situado en las montañas de Jericó á una legua de esta ciudad, en la ribera occidental del Jordán. La montaña de la Cuarentena es una de las mas elevadas que se encuentran hacia el Norte, y presenta un abismo profundo en su falda como para impedir el acceso: del Poniente al Norte ofrece una cadena de rocas escarpadas que se abren en muchos lugares y forman grutas naturales. No puede llegarse hasta la cuarta parte de la altura de la montaña mas que por una pendiente rápida en extremo, sembrada de guijarros que ruedan al poner sobre ellos la planta. Cuando se ha llegado á este punto se encuentra un sendero estrecho que conduce á una especie de escalera rodeada de horribles precipicios, por cuya cima es preciso pasar exponiéndose á grandes peligros, ayudándose de algunas piedras salientes á que es preciso agarrarse con piés y manos, porque si faltasen estos puntos de apoyo, era inevitable la caída en el precipicio mas espantoso. *[Viajes de Jesucristo, XI.]*

mundo. ¿Cuánto no debió sufrir su corazón maternal, al pensar que Jesús iba errante por una region estéril y desolada, donde los pájaros no pueden encontrar ni musgo para construir sus nidos, ni una flor silvestre para mantener su vida, y donde no hay mas que piedras y fuego! ¿Qué angustia cuando oía bramar á lo lejos la tempestad! ¿Dónde se hallaba Jesús? ¿Qué hacia solo, sin abrigo en esas montañas de Jericó, cuyos peligrosos senderos, cubiertos de guijarros serpean por en medio de espantosos precipicios? (3) ¿Ningun medio de salvarse tendria si acaso resbalaba á la orilla de un abismo! ¿Ningun socorro si durante este ayuno tan austero, tan largo y tan superior á las fuerzas humanas, caía de debilidad sobre el camino! Esos cuarenta días fueron para María cuarenta siglos: la inquietud maternal hace de cada minuto pasado de este modo una eternidad; mas Jesús tornó al cabo á Nazareth con sus discípulos, y su deseada presencia fué para María como la brisa embalsamada de la primavera, despues de los días nebulosos y helados del invierno.

Entonces fué cuando se celebraron unas bodas en Caná de Galilea. Los esposos, que eran parientes de la Santa Virgen (4), convidaron á María, á Jesús y á sus discípulos. Aceptaron todos aquella cordial invitación; y la Virgen, siempre buena y obsequiosa, se anticipó á los demas para ayudar á preparar el festín, en que las costumbres del país escogian cierto grado de esplendor. Sin embargo, la reunión era numerosa y la familia pobre; el esposo habia calculado mal, y el vino casi se habia agotado, cuando Nuestro Señor, que queria elevar el matrimonio al rango de las cosas santas purificándole con su presencia, entró en la sala del banquete, seguido de Pedro, de Andrés, de Felipe y de Nathanael, cuatro jóvenes pescadores, á quienes habia inspirado la confianza de su misión y de su genio.

Á la mitad de la comida faltó completamente el vino, y habiéndolo observado al instante María por una seña de los esposos, volviósela hacia Jesús que se hallaba á su lado, y le dijo con santa intención: "Ya no tienen vino!" Mas Jesús la respondió en voz baja y acentuada: "Mujer, ¿qué hay de comun entre vos y yo? Mi hora no ha llegado aun!" (5)

3 El santo retiro donde pasó cuarenta días el Hombre-Dios, es una gruta natural á que no se puede llegar sino despues de haber pasado por un sendero practicado en la roca. Se ha abierto un nicho en uno de sus costados como para colocar un altar. Aunque casi borradas, se distinguen aun algunas pinturas al fresco representando ángeles. Una sólida pared cierra esta especie de capilla que recibe la luz por una ventana, desde la cual no puede verse hacia abajo sin temor. *(Ibid.)*

4 La tradición oriental que los mahometanos recibieron de los cristianos, es que San Juan Evangelista era el esposo de las bodas de Caná, y que al ver el milagro obrado por Jesucristo, dejó inmediatamente á su esposa por seguirlo. *[D'Herbelot, Biblioteca oriental, tom. II.—Baronius, tom. I, p. 106.]* Mald. *(in Johán.)* adopta también esta opinión, de la que no salimos garantidos.

5 La respuesta de nuestro Señor á su santa Madre debió ser, en nuestra opinión, un *aparte*; lo que se comprende por el tenor de la narración evangélica. Parece, en efecto, imposible que Jesucristo hiciese en alta voz semejante respuesta enigmática á su Madre; los convidados, que no estaban en el secreto, la hubieran mirado como muy dura para María. Obsérvese que los criados al oír lo que les dice la Santa Virgen, ignoran la negativa aparente del Salvador.

La Virgen, que queria evitar á sus parientes una humillación que los habria sonrojado mucho, no desistió de su deseo á pesar de la respuesta severa y enigmática de CRISTO. Juzgó, pues, que si no habia llegado aun la hora de la manifestación, Jesús la adelantaria en consideración á ella; y con una fé que haria mudar de sitio á las montañas, dijo con la mayor dulzura á los criados: "Haced todo lo que os diga." Había allí seis grandes ánforas de piedra que servían para las purificaciones; pues bien, por orden de Jesús las llenaron hasta el borde del agua pura de una fuente vecina, y esta agua se convirtió al punto en un vino delicioso.

De este modo fué como la Santa Virgen obtuvo las primicias de los milagros de su divino Hijo, doblegándose, por su intercesión caritativa, la voluntad misma de Dios.

Al milagro obrado en Caná siguieron otros muchos, que marcaron con el sello de la divinidad la misión sublime y providencial del Salvador. Á su voz se calmaban las tempestades, las enfermedades humanas desaparecían, los demonios eran espelidos, y vueltos á su sombrío reino: los cadáveres se levantaban de su ataúd, y en donde quiera que ponía sus benditas plantas se aliviaban y calmaban todos los dolores del cuerpo y del alma (1). Venian á él de Sidon, de Tyro, de la Idumea y de la Arabia; los pueblos agrupándose en gran número á su paso, besaban la orla de sus vestidos, y le pedían humildemente la salud y la vida, cosas que solo un Dios puede conceder.

María, á quien Nuestro Señor no habia juzgado aun conveniente asociar á su vida trabajosa y errante, escuchaba estas narraciones maravillosas con un gozo mezclado de sobresalto y con una inquieta admiración. Sus temores y recelos eran fundados; porque si el pueblo seguía al Mesías colmándole de bendiciones, los fariseos, los escribas y los príncipes de la Sinagoga, comenzaban á escandalizarse en gran manera de la conducta del Hijo de Dios. El perdonaba los pecados... ¡gran blasfemia! convertía á los pecadores... ¡humillante degradación! Curaba á los enfermos el día del Sábado... ¡impiedad horrible y notoria...! Su doctrina caía de sus labios como un benéfico rocío, y no como la lluvia de la tempestad; en nada, pues, se semejaba á los antiguos profetas. El predicaba la humildad, el perdón de las injurias, la pobreza voluntaria, la limosna hecha por amor de Dios, la caridad universal... ¡Cuál doctrina de innovador alguno pudo ser nunca como esta? A cada nueva predicación, una multitud de enemigos se alzaba contra él, ya la hiciese en las

1 Un poeta musulmán ha descrito en versos elegantes aquel imperio que Jesucristo ejercía sobre los males del alma, hé aquí su traducción hecha por D'Herbelot:

"El corazón del hombre afligido saca todo su consuelo de vuestras palabras."

"El alma recobra su vida y su vigor oyendo solamente pronunciar vuestro nombre."

"Si jamás el espíritu del hombre puede elevarse á la contemplación de los misterios de la Divinidad."

"De vos es de quien saca sus luces para conocerlos, y sois vos quien le llenáis del atractivo de que se halla penetrado."

Un cristiano no podria expresarse con mas energía y propiedad, observa el sábio orientalista.

poblaciones ó ya en el desierto. El no podía atacar á la hipocresía sin herir á los fariseos, clamar contra la avaricia, sin concitarse la animadversión de los doctores de la ley. Los descontentos, pronto siempre á urdir tenebrosos planes que estallaban luego en locas y sangrientas revueltas, se escandalizaban de que no practicase la sedición contra el César; los herodianos le acusaban de aspiraciones al trono, y los saduceos no podían sufrir que predicase la vida eterna. Esos hombres divididos en miras, en creencias é intereses políticos, daban tregua á sus sordas animosidades para unirse en su odio al Galileo. Hacían, pues, causa común con el fin de dañarle, y se reunían contra él para perderle. Cada palabra era un lazo que le tendían, cada sonrisa de favor envolvía una traición. Tratábanle unos sin consideración alguna de impostor, de sedicioso y de *Samaritano*; otros insinuaban con aire de falsa compasión que no era mas que un loco; la mayor parte, la que componían los envidiosos, que se sienten ofendidos del brillo y de la superioridad de otro, cansados de las alabanzas que por do quiera prodigaba el pueblo al nuevo profeta, y no pudiendo negar sus milagros, le arrebatában el honor de ellos para atribuirselo á Satanás. "Si arroja á los demonios, de quién es, por medio de Belzebú príncipe de los demonios, *in Beelzebud, príncipe demoniorum eiecit demonia* (2)." Esos vagos rumores llenaban de temor el corazón de María, y el maligno espíritu de los que la rodeaban, no era sin duda el mas propio para tranquilizarla. De todas las ciudades de la Galilea, Nazareth era la mas inerédula y la mas endurecida á la palabra santa; de todas las familias de Nazareth, la de Jesucristo, era, á lo que parece, la única en aceptarle y reconocerle por el rey Mesías. Como el divino alumbamiento no habia sido jamás revelado á sus parientes, y los milagros de la infancia de SALVADOR habian acontecido en comarcas distantes, ellos no veían en el supuesto hijo de José, sino un joven israelita, sin estudios, educado entre ellos, alimentado como ellos, y mas pobremente alojado; vestido con mas sencillez que ellos, y viviendo diariamente de un trabajo rudo y material que no le podia dar lugar sino entre las clases inferiores del pueblo.

El CRISTO, que queria ennoblecer la pobreza aceptandola como un patrimonio, tuvo que sufrir las consecuencias de la obscura posición que él mismo se habia escogido. "Sus hermanos, dice San Juan, no creían en él (3)." El rumor de los milagros que acompañaban á la predicación del Evangelio, llenó de admiración á aquellos obceca-

2 El *Methnevi Manevi* hablando del odio impotente y envidioso de los judíos contra Jesucristo, expresa su opinión en estos términos sobre esos ataques tan comunes contra todo lo que obtiene un buen éxito, ataques que en último análisis no dañan sino á sus autores.—"La luna despide su luz y el perro ladra: dice el autor persa, pero los ladridos del perro no quitan á la luna su resplandor. Arrojanse también basuras en el agua corriente de un río, y esas basuras sobrenadan en la superficie del agua sin que puedan ni detenerla ni enmarcarla. El Mesías por un lado resucita á los muertos, y por otro ve á los judíos consumidos de envidia, que se muerden los dedos y se arrancan la barba." *(Hussien-Yez.—D'Herbelot.)*

3 San Juan, cap. VII, v. 5.

dos nazarenos sin poder convencerlos. Sabiendo que toda la Galilea saludaba á Jesus con el dictado peligroso de "Hijo de David," y que turbas de dos ó tres mil personas corrían hacia él con el deseo de oírle, temieron que estas reuniones numerosas causasen recelos á Heródes Antipas, y que fuesen perseguidos por causa del joven profeta. Poseídos de esta idea, se apresuraban á decir públicamente que Jesus era un insensato, y juraron que ellos mismos le conducirían á Nazareth con una buena escolta. Ocultando á María este complot de familia, se la llevaron consigo á Cafarnaúm, á fin de servirse de su nombre como de una autoridad, para poder llegar fácilmente hasta Jesus (1).

El Mesías enseñaba en la Sinagoga, en medio de una muchedumbre que le oía atenta y respetuosa, á tiempo que llegaron los nazarenos. Haciendo muestra de una autorización que deseaban hacer valer mucho á los ojos de la multitud, como lo observa San Juan Crisóstomo, indicaron deliberadamente al Salvador que su Madre y sus hermanas le aguardaban fuera de allí; pero Jesucristo, leyendo en el pensamiento de sus parientes según la carne, y asiendo de esta ocasión para ensanchar los estrechos límites de la ley antigua, adoptando solemnemente y sin excepción de personas á toda la gran familia humana, dió esta respuesta admirable al mensaje indiscreto y capcioso de sus parientes: "¿Quién es mi Madre, y quiénes son mis hermanos?" Y luego, paseando sus ojos por todos sus discípulos, añadió estas palabras: "Mi Madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la practican." Después de esta severa reprimenda, que los hijos de Alfeo pudieron comprender, Jesus salió al momento, dice San Juan Crisóstomo, para tributar á su Madre todo el respeto que el bien parecer exigía de él.

Luego que hubo saludado á María y que se hubo detenido con ella algun tiempo á la orilla del mar, el Salvador subió á una barca desde donde se puso á enseñar al pueblo. La Virgen, confundida entre la multitud, pero profundamente atenta, escuchaba en religioso silencio la parábola del sembrador. Los nazarenos, embargados por aquella elocuencia irresistible y por la dignidad sobrehumana de Jesucristo, se preguntaban sorprendidos si era en efecto el hijo de María: ellos experimentaban esa especie de fascinación que entumece y encanta á la serpiente de los desiertos de la América del Sud, cuando oye en el fondo de los bosques las suaves armonías que la atraen. Habían venido con la presteza que inspira el temor, con la elocuencia que anima el egoísmo, con la arrogancia de la superioridad, para apartar á Cristo de su misión comprometida y peligrosa, y flaquearon al fijar sobre ellos una sola mirada, hasta el punto de no osar desplegar los labios en su presencia. Así lo indica claramente el texto de San Marcos, quien después de habernos iniciado en las intenciones hostiles de los hijos de Alfeo, no deja entender en

1 San Marcos, cap. III, v. 21, 23, 33, 34, 35.

ningun otro pasaje de sus escritos, que ellos se atreviesen á hablar siquiera á Nuestro Señor.

Algun tiempo después, Jesus volvió á Nazareth. Grande fué el gozo de la Santa Virgen. Ver á su Hijo sentarse sobre la misma estera en que se sentaba cuando niño; comer el pan que había partido bendiciéndole; conducirlo ocultamente á la cabecera de algun enfermo á quien volvía la salud, encargándole el secreto; ver, en fin, poderoso en palabras y en obras, al que había sido por tanto tiempo el hombre del silencio y del trabajo, era demasiada dicha en la copa de su existencia! Así, pues, Dios que aflige muchas veces á los que mas ama, vertió luego en aquella copa una gota de amarga hiel. El día del sábado, el Hijo y la Madre se dirigieron juntos á la Sinagoga. Un gran concurso de pueblo se había reunido allí para ver y oír á Jesus; mas el zelo y solicitud de los nazarenos no tenía aquel carácter de respeto y confianza que Cristo había encontrado tan frecuentemente en otras partes. Estaban allí, pero manifestándose de antemano escandalizados de lo que iba á decir y hacer el Hijo de María, y perfectamente dispuestos á arrojarle la primera piedra, si la ocasión se presentaba á ello.

Hay países decididamente hostiles á todo lo que les honra y distingue, hasta que la yerba del cementerio crece sobre la sepultura de lo que fué el objeto de su encono y envidia.

Uno de los ancianos presentó al Salvador de los hombres el libro del profeta Isaías, y Jesus desenrollando el pergamino, leyó este pasaje con una gracia sencilla y una dignidad maravillosa: "El espíritu del Señor ha descendido sobre mí; por esto me ha consagrado con su unción: él me ha enviado para predicar el Evangelio á los pobres, para curar á los que tienen el corazón lacerado, para anunciar á los cautivos su libertad, y á los ciegos el recobro de la vista; para poner en libertad á los que sufren entre cadenas; para anunciar el triunfo del Señor."

Cerrando entonces el libro se sentó, y hablando con aquella elocuencia viva y natural que impresionaba tan fuertemente á sus oyentes, se hizo la aplicación del oráculo mesiánico, y enseñó, no como un discípulo, sino como un maestro de la Sinagoga. Un sordo murmullo circuló en la numerosa asamblea: unos se maravillaban de la fuerza y de la gracia de sus discursos, mientras que otros, fieles á su sistema de difamación despreciativa, decían en tono muy perceptible: "¿No es este el hijo del carpintero?" Y Jesus, penetrando sus pensamientos y leyendo como en un libro abierto en aquellos corazones falsos y envidiosos, les arrojó estas palabras tan verdaderas que han venido á ser proverbiales: "Un profeta en todas partes es honrado, menos en su patria, en su casa, y entre sus parientes." Como él sabía que llevaban la intención de pedirle que obrase algun prodigio semejante á los de Cafarnaúm, les dijo claramente que su incredulidad les había hecho indignos de ellos, y que para obtener milagros es preciso solidarlos con fé. Aludiendo después á la propaga-

ción de su Evangelio, y á aquel olivo silvestre ingerido en el antiguo tronco de la Sinagoga que simbolizaba la vocación de los gentiles: "Yo os digo en verdad que había muchas viudas en Israel en el tiempo de Elias, cuando dejó de llover durante tres años y seis meses, y una hambre horrorosa en toda la tierra; y sin embargo, Elias no fué enviado á casa de ninguna de ellas, sino á la de una mujer de Sarepta en el país de los Sidonios. Había tambien muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Eliseo; y sin embargo, ninguno de ellos fué curado, sino únicamente Naam que era de Siria."

Estas últimas palabras fueron como la gota de agua que hace rebosar el vaso. Heridos en su orgullo nacional, en sus odios hereditarios, en sus esperanzas tradicionales, todos los de la Sinagoga llenáronse de un furor que quería sangre: *Se levantaron en tumulto, arrojaron á Jesus fuera de la ciudad, conduciéndole hasta la punta de la montaña en que estaba edificada, con el fin de precipitarle.*

Sentada entre las mujeres del pueblo, en una tribuna enrejada, la Virgen había estado observando con una ansiedad mezclada de espanto los progresos crecientes de la tormenta. Leyendo los proyectos siniestros de los nazarenos en sus hocas miradas y en sus gestos furiosos, no titubeó en afrontar el peligro para abrirse paso hasta donde se hallaba su Hijo; pero sus fuerzas engañaron su valor. Esos judíos que siempre tuvieron los pies tan ligeros para derramar sangre, corrían presurosos, y María temblando como la hoja en el árbol, y pudiendo apenas sostenerse, marchaba lejos tras ellos como en un extraño enagenamiento. Ella vé á Jesus en la cumbre de la escarpada roca que domina un horroroso precipicio; oye desde lejos los gritos de muerte; se doblan sus rodillas, una nube se estiende sobre sus ojos, su voz espira en un gemido doloroso, y cae desfallecida, como una rama que ha roto á su paso el viento de la tempestad, quedando postrada con la faz en la tierra sobre la falda de la colina [1].

Entre tanto, los lobos encarnizados en la persecución del Cordero, habían sido burlados en sus intentos: la hora del sacrificio no había sonado todavía para el Hijo del Hombre, y ninguno podía tomar su vida si él no se la entregaba. Tocando de ceguera [2] á aquella turba homicida, Jesus pasó en medio de sus enemigos sin ser conocido, y

1 "Entre la montaña, escarpada en que los judíos habían formado el proyecto de precipitar á Jesucristo y la ciudad de Nazareth, descúbrese á mitad del camino, dice el P. de Geram, las ruinas de un monasterio habitado en otro tiempo por unos religiosos, y las de una iglesia muy hermosa, edificada por Santa Elena y dedicada á la Santa Virgen, bajo el título de Nuestra Señora del Tremor, ó sea del temblor. Según algunos autores, María se hallaba ya en este lugar cuando los judíos conducían á su Hijo hacia la cumbre de la montaña para precipitarle. Según otros, á la primera noticia de los homicidas proyectos de esos hombres furiosos, ella corrió allí apresuradamente, pero llegó ya demasiado tarde, sobrevenida de espanto, no pudo pasar mas adelante."

2 Los mas antiguos herejes, abriendo la puerta al racionalismo moderno, que se adorna sin decirlo con los viejos andrajos, pretenden que nuestro Señor había pasado gracias á una ilusión producida por una niebla, *illudere per caliginem*. Tertuliano se declara enérgicamente contra esta suposición. (*Adv. Mare*, 4, 8.)

tomó de nuevo el camino de Cafarnaúm, á donde se le reunieron su Madre, María Cleofas y los hijos de Alfeo.

Jesus, después de haber predicado el Evangelio en las orillas del bello lago de Tiberiades, cuyas olas brillan como la luz, y haber obrado el gran milagro de la multiplicación de los panes en el desierto de Betsaida, remontó el Jordan con sus discípulos, para ir á Cesarea de Filipo, la antigua Dan de Nephtali, á quien Filipo, hijo de Heródes, acababa de cambiar el nombre, y visitó de paso los pueblos y las aldeas situados en el camino.

En esta época probablemente, porque Eutimio (3) que cuenta aquel hecho tradicional deja la fecha indecisa, cuando en las aguas ya santificadas del Jordan tuvo lugar una santa y tierna ceremonia. Jesus, la Virgen y los Apóstoles, se dirigieron un día al salir el sol, hacia este rio profundamente encajonado, y corriendo entre dos lagos, como dice Tácito, va á arrojar en el tercero (4). Una vegetación magnífica adorna sus orillas; acá y allá se levantan de su húmedo seno pequeños islotes, estendiéndose cual graciosos canastillos de verdura, de fruta y de flores, en medio de las doradas ondas: las garzas azules se cernían sobre estas floridas islas donde las palomas campesinas y las tortolillas blancas, suspenden todavía sus nidos de musgo de las ramas de los ganados silvestres. El rocío brilla como el aljofar sobre el verde follaje de los árboles, y los juncos del Jordan que ocultan alguna vez á los tigres, se inclinaban suavemente al impulso de la ligera brisa que agitaba las cimas de las palmeras, de donde pendían bellos racimos de dátiles color de coral. A lo lejos, en la ribera opuesta, se veían pacer numerosos rebaños de gacelas sobre los declives de las altas montañas grises y jaspeadas de rojo; y en las llanuras arenosas volaban sobre sus corceles rápidos como el viento, algunos feroces hijos del desierto, armados con aquellas largas lanzas de cañas de las riberas del Eufrates, de las cuales se sirvieron desde los tiempos que sucedieron al diluvio, si ha de creerse á las leyendas persas (5). Algunas nubecillas de un violeta del mas rico tinte, ó de un color de rosa dulce y pálido, flotaban como bellas flores sobre el fondo azul del firmamento; y el ruiseñor hacia oír sus melodiosos trinos entre el ramaje de los altos sicómoros que sombrean el rio sagrado de la Palestina. La naturaleza estaba de fiesta para el bautismo de María.

La Virgen se hallaba vestida toda de blanco según la costumbre de los hebreos, cuando figuraban

3 Según San Eutimio, Nuestro Señor no bautizó mas que á la Santísima Virgen y San Pedro, quien bautizó después á los demás apóstoles. Algunos, dice este Santo escritor, que floreció en Palestina en el cuarto siglo, han escrito que el mismo Jesucristo bautizó á la Santa Virgen y á San Pedro.

4 *Nec Jordanes pelago accipitur: sed unum atque alterum lacum interger perfluit; tertio retinetur.* Tacit. HISTORIARUM, lib. V.

5 Crecen á las márgenes del Eufrates cañas que valen tanto como los mambús de las Indias. Desde los primeros tiempos se sirvieron de ellas para sus lanzas los árabes y los asirios. (Fir dousi, *El libro de los Reyes*.)

aisladamente en alguna ceremonia religiosa, y se mantenía grave y profundamente recogida al lado de su Hijo y de su Salvador; ellos entraron juntos en el río: Levantando entonces con su mano divina el velo oriental de su bella y casta Madre, Cristo fijó sobre ella su dulce y penetrante mirada con una ternura infinita; y después dejó caer sobre la frente de la Virgen sin mancha, el agua sagrada que regenera para la vida eterna, y El que era una de las Tres Divinas Personas, la bautizó en el nombre de la Santísima Trinidad.

Desde entonces la Santa Virgen dejó sus costumbres solitarias para seguir á su Hijo en sus viajes. Ella le había servido durante treinta años en la tierra extranjera y en el país de sus abuelos; había trabajado para El, llorado sobre El, sufrido por El, y como nos lo dice Alberto el Grande, le había adorado continuamente de día y de noche, desde que el Niño todavía exhalaba en su cuna tiernos vagidos. Era, pues, natural, que adhiriéndose á su suerte perseguida, abandonase el techo pacífico que la había visto nacer, para seguir sus huellas benditas, en tanto que predicaba el Evangelio á los hebreos.

En medio de esa vida de agitacion y de lágrimas, la Virgen fué admirable como lo había sido en todas ocasiones. Amando á Jesus como ninguna madre ha amado nunca á su hijo, y siendo la única que podía llevar este amor sin cometer pecado, hasta los límites de la adoracion, jamás quiso convertir su influencia en provecho de su ternura maternal, distrayéndole de los momentos cortos y preciosos de su mision regeneradora; jamás le habló de sus fatigas, de sus temores, de sus previsiones siniestras ni de sus necesidades personales. María no era solamente una paloma santa que se escondía en el hueco de una peña, una virgen pura destinada á alimentar con su leche y á mecer en sus brazos al Hijo del Eterno; era una mujer fuerte que el Señor se complacia en colocar sucesivamente en todas las situaciones de la vida, á fin de dejar á todas las personas de su sexo un ejemplo que seguir y un modelo que imitar.

No hubiera sido conveniente que la Madre de Dios siguiese sola á Jesus y á sus apóstoles por toda la Judea; así pues, Maria Cleofas, madre de Santiago, de Simon, de José y de Judas, vulgarmente llamados los *hermanos del Señor*; Salomé, madre de los hijos del Zebedeo, á quienes el Salvador amaba mucho; Susana, mujer del intendente del Tetrarca, y algunas galileas, que habiendo estado en la opulencia se habían hecho pobres por Jesus Cristo, componían el acompañamiento de María. Entre las últimas había una jóven judía, rica, noble y de una deslumbrante hermosura, la cual se manifestaba mas tiernamente adicta á la divina Madre de su Señor. Esa mujer, cuyo corazón ardiente, pero combatido por las tormentas como las olas del mar Egeo; había alimentado mil llamas impuras á la faz del mundo, y desafiado la pública opinion con desdeñosa burla é insultante menosprecio; había venido sumisa y penitente á inclinarse su altiva cabeza á los pies de Cristo, y á pedirle

al que reconocía por su Dios la curacion de los males de su alma; y el casto amor del Señor había absorbido todos los vanos amores y todas las inclinaciones mundanas de la jóven cortesana de Magdalo. Ella había pisoteado sus collares de perlas, sus cadenas de oro y sus pedrerías, vendido su palacio, edificado entre bosques de adelfas y laureles que ciñen las costas del hermoso mar de Galilea, y después, sin otro adorno que una tosca túnica y sueltos sus magníficos cabellos con que había enjugado los pies del Señor, la jóven patricia, rica de sus limosnas, y ataviada con sus virtudes, derramaba las lágrimas de su arrepentimiento en el seno puro y misericordioso de María. La Virgen Inmaculada había recibido en sus brazos y acogido en su corazón á la escandalosa pecadora, y cultivaba en ese suelo fértil, pero largo tiempo inculco, las flores que se abrían para el cielo.

Después de muchos sufrimientos y terrores que sería largo referir, la Virgen entró en Jerusalem, la ciudad fatal, en seguimiento de Jesucristo para celebrar la última pascua que el Señor hizo con sus discípulos. Ella vió á los habitantes de la ciudad de los reyes salir en gran número al encuentro del Hijo de David, que venía hacia ellos lleno de dulzura, montado como era la costumbre entre los jóvenes príncipes de su linaje, y recibiendo con benignidad los sencillos honores que esa multitud deseosa de ver á su profeta, le ofrecía espontáneamente; porque Jesucristo no desechó jamás los humildes testimonios de gratitud y de amor que le ofrecieron sus criaturas. Por poco que fuesen esas muestras de afeccion y de agradecimiento, eran aceptadas con una bondad divina desde el momento en que salían del corazón.

Magdalena, contemplando alternativamente á su Señor y á aquella multitud de pueblo que hacía resonar el aire con su *hossana* y aclamaciones, lloraba dulcemente bajo su velo. María tenía también los ojos humedecidos, pero sus miradas se volvían hacia el Noroeste en direccion al Calvario.

CAPITULO XVII.

MARIA EN EL CALVARIO.

Las palmas que los hijos de los hebreos habían arrojado bajo los pies de Cristo, cubrían todavía con sus verdes hojas el áspero camino de Bethania; el eco del valle de los cedros (1) repetían aún los últimos sonidos de las aclamaciones de gozo y de triunfo con que la hija de Sion había saludado al *Rey pobre*, cuando Jerusalem fué profundamente conmovida por un acontecimiento tan grande y tan triste cual no ha habido otro en la historia del mundo.

Los príncipes de los sacerdotes, los sendores y los fariseos, deseaban apoderarse aunque fuese á pre-

1 *Valle de los Cedros*, que era el antiguo nombre de Valle de Josaphat.

cio de oro y sin desecharlo ni aun el medio de la traicion doméstica, de un *gran culpable* que ponía en grave riesgo, segun decían ellos, el culto del Estado. Preciso era, en efecto, que este hombre fuese muy peligroso; pues aquellos *respectables* personajes se habían impuesto un ayuno extraordinario, para conseguir su designio, y habían hecho asimismo, á son de trompeta, diversas limosnas en la ciudad (1). Los fariseos, esos judíos de *conciencia* que no robaban sino á los incircuncisos, y que por escrúpulo de ocuparse en algo habrían dejado á su prójimo ahogarse en el fondo de un pozo en el día del sábado; pero que si habrían sacado prontamente á su buey ó su asno; estos hombres, repetimos, fueron los que se encargaron de esparcir entre el pueblo, tan fácil de seducir y fascinar, rumores alarmantes y vagas noticias que le habían puesto en una especie de inquietud febril, la cual era muy posible que le precipitase en un acceso de ferocidad. Estando así las cosas, se vió una noche descender del monte Moria una tropa bien armada, entre la cual se hallaban algunos senadores, y que mandaba el capitán de los guardias del templo (2); los criados de los príncipes de los sacerdotes venían después, y á la cabeza de este batallon que marchaba con paso mesurado á la luz de antorchas de resina y de esas grandes linternas que los asiáticos ponen al extremo de largos palos á fin de elevarlas en alto; al frente, repetimos, de esta turba se veía á un hombre de frente comprimida, de mirar receloso y fisonomía abyecta, cuyo cinto estaba henchido del oro defraudado á los pobres (3), al que reunía ya en su imaginacion los treinta siclos de plata que iba á ganar entregando á los príncipes de la Sinagoga, (demasiado judíos para pagar adelantada una traicion), á su maestro, á su amigo, á su Dios! Porque era el hijo de David, el triunfador de la víspera, Jesus de Nazareth, el gran profeta galileo á cuya voz la muerte avara soltaba su presa, y á cuyo mandato se aplacaban los vientos y se amansaban las olas; era á El, en fin, á quien los sicarios de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos iban á buscar en la montaña de los Olivos, á donde segun refiere San Lucas se retiraba en la noche después de haber enseñado en el templo. No se habrían atrevido á prenderle á la luz del día, teniendo la resistencia que opondría la multitud de discípulos que desde muy temprano venían á escucharlo bajo el pórtico del templo de Salomon.

1 Hállase esta anecdota en el *Toldos* publicado por Huldric, pag. 56 y 60.

2 Este empleo es conocido por el Evangelio, que habla frecuentemente de estos capitanes del templo, á quienes distingue del comandante romano que vigilaba con su cohorte en torno de este grande edificio, para impedir los agolpamientos de la gente y los desórdenes que la multitud podía causar. Los capitanes de que hablamos eran necesariamente judíos y se elegían entre las familias sacerdotales; confiándose con las llaves la guardia del templo á fin de proveer á la seguridad del tesoro y de los vasos sagrados; además, en virtud de su nacimiento tenían la libertad de entrar en todos los consejos de los sacerdotes. [Basnage, libro I, cap. 4.]

3 Entonces Judas Iscariote, que era el que había de traicionar á Jesus, dijo: "¿Por qué mejor no se venden esos perfumes en trescientos dineros para dárselos á los pobres?" Y esto decía, no por compasion á los pobres, sino que como era ladrón y él llevaba la bolsa del dinero, queria introducir en ella esa suma. San Juan, cap. XII, v. 4, 5 y 6.

La tropa armada y conducida por Iscariote franqueó el paso al traves de una estrecha barranca por donde corre el Cedron, ese torrente de aguas tenebrosas (4) que vió pasar al rey David cuando huía con solo un puñado de fieles servidores, de la soldadesca sublevada por su hijo Absalón. En tanto que los soldados del templo seguían silenciosos y feroces las orillas del torrente, donde se reflejaba la luz de sus antorchas, á fin de ganar las alturas de Gethsemani, y cuando el viento de la noche agitaba la larga cabellera de los sauces, que debían ver muy pronto á Judas suspendido de una de sus ramas, suplicio demasiado suave para un traidor semejante, pero al que añade continuamente alguna cosa el eterno desprecio de las generaciones que se suceden sobre la tierra; mientras que esto sucedía, decimos, una escena solemnemente triste pasaba en aquel jardín de los Olivos, á donde el indigno apóstol iba á buscar á su Maestro para perderle.

Después de haber orado largo tiempo con el rostro pegado á la tierra, y de haber sufrido aquella congojosa agonía que cubrió su divina frente de un sudor de sangre, el Salvador de los hombres se alzó del suelo penetrado de una sumisa resignacion á la terrible voluntad de su Padre, y dispuesto á apurar hasta las heces el cáliz de amargura en que se contenían todas las miserias y desdichas humanas. Levantó sus grandes ojos, dulces y penetrantes, hacia el estrellado cielo, en lo alto del cual brillaba la luna, esa bella lámpara del firmamento, cuyos apacibles y benéficos resplandores bendecían los hijos de Abraham en sus oraciones (5); era la noche del plenilunio; así es que un velo transparente de luz cubría todo aquel austero paisaje, cuyas sombrías montañas se destacaban sobre el límpido azul de los cielos. Jerusalem medio sumergida en las sombras y espléndidamente iluminada á trechos, enviaba á lo lejos los efluvios aromáticos de las raras plantas de sus jardines, y balanceaban al soplo de la fragante brisa los gallardos ramos de sus palmeras, de en medio de los cuales se elevaban blancas torres de pulido mármol. El silencio era profundo de la parte de las montañas, pero un ligero y sordo murmullo se oía salir del fondo del valle; Jesus se estremeció; ¡son ellos! se dijo á sí mismo; y en seguida se dirigió lentamente hacia el paraje á donde había dejado á aquellos tres discípulos que escogió entre todos para que le

4 El *Cedron* es un torrente que pasa por el valle de Josaphat entre Jerusalem y la montaña de los Olivos. Se le llamó *Cedron* porque tiene su curso por entre oscuras profundidades; su nombre hebreo significa *tenebrosos fuit*.

5 El día de la luna nueva es festivo para los hebreos; las mujeres se abstienen del trabajo y los devotos ayunan desde la víspera. Después de haber leído cierto número de suplicas en la Sinagoga, se daba en seguida un banquete, en el que reinaba el mayor regocijo. Tres días después se reunían los judíos en una plataforma en donde se ponían á mirar fijamente la luna, y bendecían á Dios por medio de una larga oracion de haberla criado, y porque la renueva constantemente para enseñar de este modo á los israelitas que deben también renovarse las criaturas. ¡Oh luna! bendito sea tu Criador, bendito sea Aquel que te ha hecho! y entonces saltan tres veces lo mas alto que pueden, diciendo: *Como nos salvamos hacia tí sin poder tocarte, puedan nuestros enemigos levantarse sin poder llegar á nosotros....* [Basnage, libro VII, cap. 16.]

aisladamente en alguna ceremonia religiosa, y se mantenía grave y profundamente recogida al lado de su Hijo y de su Salvador; ellos entraron juntos en el río: Levantando entonces con su mano divina el velo oriental de su bella y casta Madre, Cristo fijó sobre ella su dulce y penetrante mirada con una ternura infinita; y después dejó caer sobre la frente de la Virgen sin mancha, el agua sagrada que regenera para la vida eterna, y El que era una de las Tres Divinas Personas, la bautizó en el nombre de la Santísima Trinidad.

Desde entonces la Santa Virgen dejó sus costumbres solitarias para seguir á su Hijo en sus viajes. Ella le había servido durante treinta años en la tierra extranjera y en el país de sus abuelos; había trabajado para El, llorado sobre El, sufrido por El, y como nos lo dice Alberto el Grande, le había adorado continuamente de día y de noche, desde que el Niño todavía exhalaba en su cuna tiernos vagidos. Era, pues, natural, que adhiriéndose á su suerte perseguida, abandonase el techo pacífico que la había visto nacer, para seguir sus huellas benditas, en tanto que predicaba el Evangelio á los hebreos.

En medio de esa vida de agitacion y de lágrimas, la Virgen fué admirable como lo había sido en todas ocasiones. Amando á Jesus como ninguna madre ha amado nunca á su hijo, y siendo la única que podía llevar este amor sin cometer pecado, hasta los límites de la adoracion, jamás quiso convertir su influencia en provecho de su ternura maternal, distrayéndole de los momentos cortos y preciosos de su mision regeneradora; jamás le habló de sus fatigas, de sus temores, de sus previsiones siniestras ni de sus necesidades personales. María no era solamente una paloma santa que se escondía en el hueco de una peña, una virgen pura destinada á alimentar con su leche y á mecer en sus brazos al Hijo del Eterno; era una mujer fuerte que el Señor se complacia en colocar sucesivamente en todas las situaciones de la vida, á fin de dejar á todas las personas de su sexo un ejemplo que seguir y un modelo que imitar.

No hubiera sido conveniente que la Madre de Dios siguiese sola á Jesus y á sus apóstoles por toda la Judea; así pues, Maria Cleofas, madre de Santiago, de Simon, de José y de Judas, vulgarmente llamados los *hermanos del Señor*; Salomé, madre de los hijos del Zebedeo, á quienes el Salvador amaba mucho; Susana, mujer del intendente del Tetrarca, y algunas galileas, que habiendo estado en la opulencia se habían hecho pobres por Jesus Cristo, componian el acompañamiento de María. Entre las últimas había una joven judía, rica, noble y de una deslumbrante hermosura, la cual se manifestaba mas tiernamente adicta á la divina Madre de su Señor. Esa mujer, cuyo corazon ardiente, pero combatido por las tormentas como las olas del mar Egeo; había alimentado mil llamas impuras á la faz del mundo, y desafiado la pública opinion con desdeñosa burla é insultante menosprecio; había venido sumisa y penitente á inclinar su altiva cabeza á los pies de Cristo, y á pedirle

al que reconocia por su Dios la curacion de los males de su alma; y el casto amor del Señor había absorbido todos los vanos amores y todas las inclinaciones mundanas de la joven cortesana de Magdalo. Ella había pisoteado sus collares de perlas, sus cadenas de oro y sus pedrerías, vendido su palacio, edificado entre bosques de adelfas y laureles que ciñen las costas del hermoso mar de Galilea, y después, sin otro adorno que una tosca túnica y sueltos sus magníficos cabellos con que había enjugado los pies del Señor, la joven patricia, rica de sus limosnas, y ataviada con sus virtudes, derramaba las lágrimas de su arrepentimiento en el seno puro y misericordioso de María. La Virgen Inmaculada había recibido en sus brazos y acogido en su corazon á la escandalosa pecadora, y cultivaba en ese suelo fértil, pero largo tiempo inculco, las flores que se abrian para el cielo.

Después de muchos sufrimientos y terrores que sería largo referir, la Virgen entró en Jerusalem, la ciudad fatal, en seguimiento de Jesus Cristo para celebrar la última pascua que el Señor hizo con sus discípulos. Ella vió á los habitantes de la ciudad de los reyes salir en gran número al encuentro del Hijo de David, que venia hacia ellos lleno de dulzura, montado como era la costumbre entre los jóvenes príncipes de su linaje, y recibiendo con benignidad los sencillos honores que esa multitud deseosa de ver á su profeta, le ofrecia espontáneamente; porque Jesus Cristo no desechó jamás los humildes testimonios de gratitud y de amor que le ofrecieron sus criaturas. Por poco que fuesen esas muestras de afeccion y de agradecimiento, eran aceptadas con una bondad divina desde el momento en que salian del corazon.

Magdalena, contemplando alternativamente á su Señor y á aquella multitud de pueblo que hacía resonar el aire con su *hossana* y aclamaciones, lloraba dulcemente bajo su velo. María tenía también los ojos humedecidos, pero sus miradas se volvian hacia el Noroeste en direccion al Calvario.

CAPITULO XVII.

MARIA EN EL CALVARIO.

Las palmas que los hijos de los hebreos habían arrojado bajo los pies de Cristo, cubrian todavía con sus verdes hojas el áspero camino de Bethania; el eco del valle de los cedros (1) repetian aún los últimos sonidos de las aclamaciones de gozo y de triunfo con que la hija de Sion había saludado al *Rey pobre*, cuando Jerusalem fué profundamente conmovida por un acontecimiento tan grande y tan triste cual no ha habido otro en la historia del mundo.

Los príncipes de los sacerdotes, los sendores y los fariseos, deseaban apoderarse aunque fuese á pre-

1 Valle de los Cedros, que era el antiguo nombre de Valle de Josaphat.

cio de oro y sin desecharlo ni aun el medio de la traicion doméstica, de un *gran culpable* que ponía en grave riesgo, segun decian ellos, el culto del Estado. Preciso era, en efecto, que este hombre fuese muy peligroso; pues aquellos *respectables* personajes se habían impuesto un ayuno extraordinario, para conseguir su designio, y habían hecho asimismo, á son de trompeta, diversas limosnas en la ciudad (1). Los fariseos, esos judíos de *conciencia* que no robaban sino á los incircuncisos, y que por escrúpulo de ocuparse en algo habrían dejado á su prójimo ahogarse en el fondo de un pozo en el día del sábado; pero que si habrían sacado prontamente á su buey ó su asno; estos hombres, repetimos, fueron los que se encargaron de esparcir entre el pueblo, tan fácil de seducir y fascinar, rumores alarmantes y vagas noticias que le habían puesto en una especie de inquietud febril, la cual era muy posible que le precipitase en un acceso de ferocidad. Estando así las cosas, se vió una noche descender del monte Moria una tropa bien armada, entre la cual se hallaban algunos senadores, y que mandaba el capitán de los guardias del templo (2); los criados de los príncipes de los sacerdotes venian después, y á la cabeza de este batallon que marchaba con paso mesurado á la luz de antorchas de resina y de esas grandes linternas que los asiáticos ponen al extremo de largos palos á fin de elevarlas en alto; al frente, repetimos, de esta turba se veía á un hombre de frente comprimida, de mirar receloso y fisonomía abyeeta, cuyo cinto estaba henchido del oro defraudado á los pobres (3), al que reunia ya en su imaginacion los treinta siclos de plata que iba á ganar entregando á los príncipes de la Sinagoga, (demasiado judíos para pagar adelantada una traicion), á su maestro, á su amigo, á su Dios! Porque era el hijo de David, el triunfador de la víspera, Jesus de Nazareth, el gran profeta galileo á cuya voz la muerte avara soltaba su presa, y á cuyo mandato se aplacaban los vientos y se amansaban las olas; era á El, en fin, á quien los sicarios de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos iban á buscar en la montaña de los Olivos, á donde segun refiere San Lucas se retiraba en la noche después de haber enseñado en el templo. No se habrían atrevido á prenderle á la luz del día, teniendo la resistencia que opondría la multitud de discípulos que desde muy temprano venian á escucharlo bajo el pórtico del templo de Salomon.

1 Hállase esta anécdota en el *Toldos* publicado por Huldric, pag. 56 y 60.

2 Este empleo es conocido por el Evangelio, que habla frecuentemente de estos capitanes del templo, á quienes distinguia del comandante romano que vigilaba con su cohorte en torno de este grande edificio, para impedir los agolpamientos de la gente y los desórdenes que la multitud podía causar. Los capitanes de que hablamos eran necesariamente judíos y se elegian entre las familias sacerdotales; confiándoles con las llaves la guardia del templo á fin de proveer á la seguridad del tesoro y de los vasos sagrados; además, en virtud de su nacimiento tenían la libertad de entrar en todos los consejos de los sacerdotes. [Basnage, libro I, cap. 4.]

3 Entonces Judas Iscariote, que era el que había de traicionar á Jesus, dijo: "¿Por qué mejor no se venden esos perfumes en trescientos dineros para dárselos á los pobres?" Y esto decía, no por compasion á los pobres, sino que como era ladrón y él llevaba la bolsa del dinero, queria introducir en ella esa suma. San Juan, cap. XII, v. 4, 5 y 6.

La tropa armada y conducida por Iscariote franqueó el paso al traves de una estrecha barranca por donde corre el Cedron, ese torrente de aguas tenebrosas (4) que vió pasar al rey David cuando huía con solo un puñado de fieles servidores, de la soldadesca sublevada por su hijo Absalón. En tanto que los soldados del templo seguian silenciosos y feroces las orillas del torrente, donde se reflejaba la luz de sus antorchas, á fin de ganar las alturas de Gethsemani, y cuando el viento de la noche agitaba la larga cabellera de los sauces, que debian ver muy pronto á Judas suspendido de una de sus ramas, suplicio demasiado suave para un traidor semejante, pero al que añade continuamente alguna cosa el eterno desprecio de las generaciones que se suceden sobre la tierra; mientras que esto sucedia, decimos, una escena solemnemente triste pasaba en aquel jardín de los Olivos, á donde el indigno apóstol iba á buscar á su Maestro para perderle.

Después de haber orado largo tiempo con el rostro pegado á la tierra, y de haber sufrido aquella congojosa agonía que cubrió su divina frente de un sudor de sangre, el Salvador de los hombres se alzó del suelo penetrado de una sumisa resignacion á la terrible voluntad de su Padre, y dispuesto á apurar hasta las heces el cáliz de amargura en que se contenian todas las miserias y desdichas humanas. Levantó sus grandes ojos, dulces y penetrantes, hacia el estrellado cielo, en lo alto del cual brillaba la luna, esa bella lámpara del firmamento, cuyos apacibles y benéficos resplandores bendecian los hijos de Abraham en sus oraciones (5): era la noche del plenilunio; así es que un velo transparente de luz cubria todo aquel austero paisaje, cuyas sombrías montañas se destacaban sobre el límpido azul de los cielos. Jerusalem medio sumergida en las sombras y espléndidamente iluminada á trechos, enviaba á lo lejos los efluvios aromáticos de las raras plantas de sus jardines, y balanceaban al soplo de la fragante brisa los gallardos ramos de sus palmeras, de en medio de los cuales se elevaban blancas torres de pulido mármol. El silencio era profundo de la parte de las montañas, pero un ligero y sordo murmullo se oía salir del fondo del valle; Jesus se estremeció; ¡son ellos! se dijo á sí mismo; y en seguida se dirigió lentamente hacia el paraje á donde había dejado á aquellos tres discípulos que escogió entre todos para que le

4 El Cedron es un torrente que pasa por el valle de Josaphat entre Jerusalem y la montaña de los Olivos. Se le llamó Cedron porque tiene su curso por entre oscuras profundidades: su nombre hebreo significa *tenebrosos fuit*.

5 El día de la luna nueva es festivo para los hebreos; las mujeres se abstienen del trabajo y los devotos ayunan desde la víspera. Después de haber leído cierto número de suplicas en la Sinagoga, se daba en seguida un banquete, en el que reinaba el mayor regocijo. Tres días después se reunian los judíos en una plataforma en donde se ponian á mirar fijamente la luna, y bendecian á Dios por medio de una larga oracion de haberla criado, y porque la renueva constantemente para enseñar de este modo á los israelitas que deben también renovarse las cristuras. *¡Oh luna! bendito sea tu Criador, bendito sea Aquel que te ha hecho! y entonces saltan tres veces lo mas alto que pueden, diciendo: Como nos salvamos hacia tí sin poder tocarle, puedan nuestros enemigos levantarse sin poder llegar á nosotros....* [Basnage, libro VII, cap. 16.]

acompañasen en su vigilia solitaria. ¡Mas ay! la fatiga ó el aire embriagante de la noche, que suurraba suavemente entre el ramaje de los olivos, había adormecido poco á poco á aquellos descuidados centinelas. Jesús se detuvo un instante viéndolos dormir, con una santa amargura: ¡ah! El les había anunciado que su muerte estaba próxima, que la hora del peligro había llegado; y dormían sin embargo, ellos, sus amigos, sus parientes, sus discípulos escogidos, indiferentes al parecer á su peligro y á su muerte... ¡Oh vanidad de los dones, de los vínculos de la sangre y de la amistad! Esos mismos discípulos estaban muy despiertos sobre la cumbre del Thabor en la hora de la transfiguración gloriosa; ¡y dormían cuando se acercaba el momento de la prueba y del infortunio...!

Oyóse entonces un ruido sordo de pasos en el hondo camino que conduce á la pequeña aldea de Gethsemani: á poco la luz de las antorchas brilló entre las hojas de los árboles; y Jesús inclinándose sobre sus apóstoles que dormían aún, les dijo en voz baja pero con acento profundo: "¡Levantaos! Vamos! El que debe entregarme está ya cerca de aquí." No bien acababa de pronunciar estas palabras, cuando Judas y su banda se presentaron. Adelantóse hacia Jesús con la audacia de la iniquidad en los ojos y la sonrisa de la perfidia en los labios, y dándole aquel beso sacrilego que ha tomado su nombre, le designó á la turba hostil que le buscaba. Así estaba convenido. Jesucristo recibió benignamente al traidor y le dijo con una penetrante dulzura: "Amigo mio; ¿qué has venido á hacer aquí?"

¿Qué había venido á hacer...! Había venido á ganar los treinta siclos de plata de la sinagoga. La codicia, que es una pasión fría y calculadora, es mas temible diez veces que la violencia; y comete crímenes mucho mas negros.

Judas no tuvo tiempo de responder á esta embarazosa pregunta, porque avanzando todos los que le acompañaban se arrojaron sobre Jesús y se apoderaron de él. Entonces la cólera se encendió en el corazón de Pedro Ben-Cephas (1), el príncipe de los apóstoles, y tirando de su espada hirió á uno de los criados del gran sacerdote; pero Jesús conteniendo aquel brazo que era el único que se levantaba en su defensa, le mandó que volviese la espada á la vaina: "Es necesario que se cumplan las Escrituras, dijo la víctima santa; es necesario que las cosas pasen así." El Cordero de Dios quería inmolarse por los pecados del mundo.

Dejóse oír en este momento y á poca distancia de aquel recinto el rumor de pasos precipitados y de voces sofocadas por el terror, y vióse á algunos hombres avalanzarse por encima del pequeño muro que cercaba el jardín, y que apenas tendría tres pies de alto (2); ¡eran los discípulos de Jesús que huían...!

1 Pedro ben Cephas (Pedro hijo de Pedro). Con este nombre se conocía al príncipe de los apóstoles en el Oriente.

2 El jardín de Gethsemani ó de los Olivos, situado en la parte baja de la montaña de aquel nombre, está rodeado de una pared de

La tropa enemiga después de haber atado á Jesús como á un criminal, tomó de nuevo el camino de la ciudad santa, dirigiéndose hacia el puente de piedra que los príncipes asmoneos habían erigido sobre el Cedron; pero el pueblo de Jerusalem que en gran multitud había acudido al encuentro del preso, le ocupaba ya; y la tradición refiere que Jesús fué arrastrado á través de la corriente; con lo cual se cumplió á la letra la profecía que dice: "El beberá en el camino el agua del torrente." Las santas huellas de los pies del Salvador y una de sus rodillas quedaron impresas en el álveo y sobre las márgenes de piedra del Cedron; así á lo menos lo aseguran los cristianos de Jerusalem. Después de haber subido la cuesta de Sion, entraron en la ciudad por la puerta Esterquilina, dirigiéndose sin detención á la casa de Caifás, gran sacerdote, donde ya estaban reunidos los escribas y los ancianos. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas preguntaron desde luego á Jesús si él era el Cristo. "Si os lo dijese, respondió dulcemente el Salvador, no me creeríais."—Sois el Hijo de Dios? preguntó entonces Caifás.—Lo soy, respondió Jesús.—¡Ha blasfemado! exclamó el gran sacerdote, desgarrando sus vestidos.—¡Merece la muerte! gritaron á su vez los escribas y los fariseos.

Entonces le escupieron el rostro, le golpearon con los puños, y dándole algunos de bofetadas, le decían con acento de burla: "CRISTO, profetiza, y adivina quién te ha dado."

Entre tanto, Pedro, que había jurado morir antes que abandonar á su Maestro, le negaba tres veces, como se lo había predicho en el patio del gran sacerdote!

Al día siguiente los príncipes de los sacerdotes y los fariseos arrastraron á Jesús al pretorio de Poncio Pilato, á quien profundamente aborrecían desde que había hecho la innovación de introducir las insignias imperiales en Jerusalem (3); mas como aborrecían mas al Hijo de Dios, y solo los romanos podían condenarle á muerte (4), se vieron precisados á comparecer ante aquel ídola; si bien tomando las precauciones mas minuciosas para no esponerse al contacto inmundo de sus vestidos, de sus estandartes y aun de su tribunal, lo cual los hubiera contaminado de impureza para toda la vida. Después de haber hecho cuanto es-

tres pies de altura; su longitud es de doscientos pasos, sobre ciento cuarenta de ancho. Encuéntrase allí una gruta de piedra roja, á donde se dice, se durmieron los tres apóstoles. (Viajes de Jesucristo, viaje 44). El nombre de Gethsemani le vino de la bondad del terreno, pues en hebreo significa valle fértil.

3 Josepho, *Antig. Jud.*, l. XVIII, cap. 4.

4 Antes de que la Judea fuese sometida á los romanos, el *Sanherin* tenía el derecho de vida ó de muerte; pero estos conquistadores los despojaron de él. Era costumbre de los romanos dejar á los pueblos vecinos sin templos y sin dioses; mas por lo relativo al orden civil se les obligaba á seguir las leyes y las disposiciones de la república. En el tiempo en que Jesucristo fué sentenciado, los romanos eran los señores absolutos de la jurisdicción temporal, y la autoridad de los judíos se limitaba á los asuntos puramente religiosos. Los talmudistas reconocían este hecho, pues que ellos confiesan que el poder de juzgar se había quitado á los judíos cuarenta años antes de la ruina de Jerusalem, es decir, tres años antes de la muerte de Jesucristo. [Véase Basnage, lib. VII, cap. 4].

taba en su posibilidad para evitar tan grave inconveniente, aquellos hombres *escrupulosos* acusaron á Jesús de haber pervertido al pueblo por su doctrina, de haber impedido pagar el tributo al César, de haber, en fin, tomado el título sedicioso de Rey de los judíos... ¡Tantas mentiras como palabras! Jesús no opuso mas que el silencio á tan falsas acusaciones; y convencido Pilato de la profunda malignidad y perversa intención de los acusadores, así como de la perfecta inocencia del acusado; hubiera querido salvar á Jesús, pero no lo consiguió. Hábiles los fariseos en suscitar sublevaciones populares, indujeron al pueblo á que pidiese tumultuariamente la muerte del último vástago de sus antiguos reyes; y el gobernador que sabía muy bien acallar cuando él quería los clamores de los judíos, de un modo espeditivo y determinante, se contentó con defender flojamente contra los fariseos que le escitaban á dar una sentencia inicua, al que reconocía inocente y que debía proteger enérgicamente con todo su poder. Fastidiado de sus gritos y vencido por la persistencia de aquellos frenéticos, el romano se lavó las manos de su sentencia y la pronunció conforme á los deseos del pueblo de Jerusalem (1). Después, y para hacerse perdonar, sin duda, sus impulsos de lemeancia hacia Jesucristo, y recobrar el favor de ese mismo pueblo, á quien había hecho apalearse por sus lictores en un motin producido con motivo de querer apoderarse del tesoro sagrado (2), con el pretexto de construir un acueducto que no era necesario, hizo azotar con varas cruelmente al Hijo de David y de Salomón, en medio de los aplausos del pueblo deicida, que osaba atraer sobre sí y sobre sus hijos la tremenda responsabilidad de su muerte. Cuando Pilato hubo hecho esto, compadeciéndose y admirando á Jesús (3), le entregó sin embar-

1 Se conserva en Jerusalem la sentencia pronunciada por Pilato contra nuestro Señor. Nosotros la damos no como documento auténtico, sino como tradición local; hela aquí: *Jesum Nazarenum subversorem gentis, contemptorem Cesaris, et falsum Messiam, ut majorum suae gentis testimonio probatum est; ducite ad communis supplicii locum, et cum ludibrio regiae majestatis in mediis duorum latronum affigite. I. licitor, expedi cruce.* Conducid al lugar ordinario del suplicio á Jesús de Nazareth, seductor del pueblo, rebelde á la autoridad del César, y que se ha manifestado como falso Mesías, según se le ha probado por el testimonio de los ancianos de su nación: crucifícale entre dos ladrones con el título irrisorio de rey. Vé, licitor y prepara las cruces. (Adricom., *In descrip. Jesus.*)

2 Pilato emprendió construir un acueducto con el dinero del tesoro sagrado, á fin de conducir el agua á Jerusalem desde una distancia de doscientos estadios. Irritado el pueblo violentamente contra el emperador romano, cuyas intenciones penetraba, invadía en grupos de millares de personas las calles y las plazas de Jerusalem, que hacia resonar con gritos é inculpaciones contra Pilato, y en fin, como dice Josepho, agasajaron al gobernador con esas bellas injurias con que se manifiesta un pueblo amotinado. Pilato, que no se espantaba por tan poco, hizo que sus gentes armadas de peslos gruesos que llevaban ocultos bajo de los vestidos, rodeasen á este populacho alborotado, y cuando los principales sediciosos después de haber cobrado aliento, empezaron de nuevo sus clamores y ultrajes, Pilato hizo una señal á sus gentes, que empezaron al momento á descargar golpes en todas direcciones y sin hacer distinción de los provocadores á los pacíficos y curiosos. Estos pobres, que no tenían armas ningunas, aúde con una compasiva simpatía á su nación el historiador Josepho, fueron tratados inhumanamente: algunos murieron de los golpes, y otros muchos quedaron lastimados, apaciguándose el tumulto por este medio. [Josepho, *Antig. Jud.*, lib. XVIII, cap. 4].

3 Tiberio por las relaciones que le envió Poncio Pilato, pro-

puso al senado el conceder á Jesucristo honores divinos. Tertuliano lo refiere como un hecho notorio en su apologética, que presentó al senado en nombre de la Iglesia, y seguramente no hubiera el querido debilitar una causa tan buena como la suya con hacer mérito de un hecho sobre el que hubieran podido confundirlo fácilmente. Tert., *apolog.* 5.—Eusebio, *Historia Ecclesiástica*, II, 2.

4 Mr. Salvador, autor de las *Instituciones de Moisés*, quisiera disculpar á sus correligionarios, atribuyendo á los soldados romanos los ultrajes inauditos que Jesús recibió en el pretorio; pero es evidente que los romanos no obran en esto sino por las instigaciones de los enemigos de Jesucristo. He aquí sobre este punto la opinión de San Juan Crisóstomo: "Los mismos judíos son quienes condenan á Jesús á muerte, aunque se cubren con el nombre de Pilato. Ellos quieren que su sangre caiga sobre sí y sobre sus hijos. Ellos son los que le insultan, que le atan, que le conducen á Pilato, y que le hacen tratar tan cruelmente por los soldados. Nada de esto había mandado Pilato." [Sermon 77, sobre San Mateo].

5 Esta columna que es de mármol gris y que no tiene mas de dos pies de alto, está en Roma en la iglesia de Santa Praxedis.

6 Los espinos separados que se poseen de esta corona, se han reconocido por el *rhamus spina Christi* que ha clasificado Linceo.

7 San Jerónimo (*in Philem*) dice que el mouton que Abraham vió subir en el buitron, era la figura de Jesucristo coronado de espinas.

íntima; porque para aquellos hombres venerables la piedad la reputaban por bajeza de alma (1).

Cuando creyeron los fariseos que los soldados idólatras habían envilecido á Jesús á los ojos del pueblo lo bastante para destruir toda idea de su divinidad, apremiándeles la proximidad del sábado, se apoderaron de su víctima que el procurador romano les entregó con repugnancia, y despues de haberle puesto sus ropas y cargado con el peso enorme de la cruz sus espaldas sangrientas y destrozadas, golpeándole con el asta de las lanzas le obligaron á emprender la marcha dolorosa y tardía hacia el Calvario á donde iban á crucificarle!

Una gran multitud de espectadores inundaba las calles y obstruía las plazas. Unos manifestaban altamente una alegría feroz y maldecían á gritos al Hijo de David; otros se apiadaban de la suerte del jóven profeta que no había hecho mas que bienes á los hombres, y á quien aquellos mismos que mas habían disfrutado de sus beneficios habían abandonado y vendido. Pero estas señales de estéril compasión y de simpatía apenas podían notarse en medio de aquella multitud ó estúpida ó enfurecida: los buenos lloraban en silencio; aquellos que había alimentado con cinco panes en el desierto, los que había curado, los que había amado, estaban allí perdidos entre las oleadas de las turbas, y ninguna voz se levantaba que protestase contra su suplicio (2); ¡aquel de sus apóstoles que mas le amaba le había negado cobardemente! ¡los demas, á escepcion de uno solo, habían huido!

Al tiempo que bajaba pensosamente la larga calle que conduce á la Puerta Judiciaria, una mujer penetró por enmedio de la muchedumbre: esta mujer notablemente hermosa y que llevaba el sello de la honestidad impreso en su dulce y modesta fisonomía, parecía enteramente absorta en un inesplicable dolor: sufría tanto, estaba tan pálida, sus ojos que habían ya derramado sus últimas lágrimas, dejaban caer una mirada tan moribunda, tan santamente triste sobre las horrorosas llagas del Salvador; que al verla las hijas de Jerusalem no pudieron menos de murmurar con acento de compasión: ¡Pobre madre! Ella se deslizó por entre el pueblo, que se apartaba por un instinto de lástima y de simpatía para abrirle paso. Algunos fariseos de corazón endurecido arrojaban sobre Jesús

1 Basn., l. VI, cap. 17.—La pena de azotes era muy antigua entre los judíos, y no se la consideraba infamante. Según el Talmud, los mismos reyes estaban sujetos á ella en ciertas ocasiones. La tradición nos enseña, dice Maimonides, que el rey no debía tener mas de diez y ocho mujeres; si tomaba una mas de este número era azotado; si tenía mas caballos que los necesarios para su carro, era azotado; si hacía construir mas monedas de oro ó plata de las que necesitaba para pagar á sus ministros, era azotado. (Maimonides, *Halachá*, Malach., c. 3.)

2 Se lee en el *Mishná* que en el tiempo en que los judíos se gobernaban por sus propias leyes, cuando se conducía á un condenado al lugar del suplicio, un heraldo de armas marchaba delante de él gritando: "Este hombre es condenado por tal crimen; si alguno puede producir alguna cosa en su defensa, que hable." En efecto, si alguno se presentaba se detenía al culpable, y dos jueces que iban á sus lados examinaban la validez de las razones que se esponían, y fallaban en el acto: de este modo podía hasta por cinco veces intentarse la salvación del reo. (*Mishná*, *Tract. de Syned.*, cap. VI, p. 233.)—Jesucristo condenado por las leyes romanas, no pudo aprovecharse de esta costumbre nacional.

cubierto de sudor y espirante de fatiga bajo el peso de su cruz, los dieterios mas insultantes; ella no los oía; los soldados extranjeros que rodeaban á su Hijo, le dirigieron gestos amenazadores, ella no los veía; pero cuando un haz de lanzas con las puntas dirigidas contra su pecho se interpuso entre ella y Jesús, salió de sus ojos inmóviles y desecados un relámpago que reveló la sangre real de David, y su cabeza hermosa é inspirada tomó tal espresion de grandeza dolorosa y de frió menosprecio de la muerte, que los soldados sintiéndose vencidos, bajaron lentamente sus armas ante aquella heroica y sana mujer. Por duros y feroces que los hubiese hecho la vida de los campamentos, ellos se acordaron de sus madres!

María dirigió sus pasos vacilantes hacia el Salvador; detuvo sus miradas llenas de inesplicable angustia sobre aquella figura humillada que se doblegaba sangrienta y medio desnuda bajo la ponderosa carga que la oprimía, sobre ese rostro imponente y á la vez dulce y misericordioso que ella hubiera temido mancillar tocándolo con sus castos labios, y que hinchado, cárdeno, y cubierto de polvo y de sangre, casi ya nada conservaba de la imágen del Criador. Ella pasó tristemente su mano sobre su frente, como para asegurarse de que no era aquello un ensueño horrible. Ningun gemido alivió su corazón comprimido; ningun gesto de desesperación inició á los espectadores en los misterios de su agonía; se creyó solamente que iba á morir; y en efecto, hubiera muerto durante esta pausa horrorosa y solemne, si *AQUEL que mide el viento á la lana de la oveja*, no la hubiese sostenido con todo su poder divino. Jesús percibió bien pronto á algunos pasos de él, esa figura muda é inmóvil, é inclinándose ante ella su frente que encorbaba el peso de su cruz, pronunció con voz apagada el tierno nombre de: *¡Madre!* A esta palabra que resonó como un bronce fúnebre en los oídos de la Virgen Santa, un dolor agudo le traspasó el corazón; vióselo vacilar, palidecer; y en seguida doblándose sus rodillas caer sobre aquellas losas desiguales y enrojecidas, en que Jesús al pasar había dejado sus sangrientas huellas... (3)

Un jóven galileo de semblante sombrío y abatido, una jóven mujer anegada en lágrimas, se abrieron paso hasta donde estaba María; ya no quedaba mas que ella allí rodeada de algunos grupos del pueblo; los soldados habían hecho continuar á su víctima la marcha del suplicio. Debido á los cuidados de aquellos dos amigos, la Virgen de los

3 La tradición, apoyada en la autoridad de San Bonifacio y de San Anselmo, refiere que Jesucristo saludó á su Madre con estas palabras: *Salve, mater*. Como se encuentra á la Santa Virgen al pie de la cruz, esa tradición de los padres nada tiene de improbable. "La fé no se opone á esas tradiciones, dice Mr. de Chateaubriand; ellas muestran hasta qué punto la maravillosa y sublime historia de la Pasión está grabada en la memoria de los hombres. Diez y ocho siglos ha transcurrido; persecuciones sin fin y revoluciones sin número no han podido borrar ni ocultar las huellas de una madre que viene á llorar sobre su hijo."—Construyóse en memoria del *desmayo* de la Santa Virgen una iglesia, que fué consagrada bajo el título de Nuestra Señora del Espasmo; allí fué, dice el P. de Guérard, donde María rechazada por los soldados encontró á su Hijo atrahando el leño ignominioso sobre el cual iba á morir.

dolores recobró el uso de sus sentidos, y con él la conciencia de ese martirio físico y moral, que ningún martirio, según los Padres de la Iglesia, ha igualado ni igualará jamas. Sin duda que Juan y Magdalena hicieron cuanto les fué posible para arrancarla á la escena de sangre y de muerte que se preparaba sobre el Gólgota; pero sus instancias fueron inútiles; porque María, levantándose con esfuerzo, se puso á subir, bajo un sol abrasador, la pendiente mas escarpada del Calvario: era, empero, el camino mas corto, el mismo que habían hecho seguir á Jesús! (1)

Habían llegado ya al sitio fatal y sagrado en que iban á cumplirse los grandes destinos de la humanidad; en que el Cordero de Dios iba á ofrecerse para satisfacer á la justicia del airado cielo como víctima santa y expiatoria en lugar de todas las víctimas, cargando sobre sí todas nuestras iniquidades y miserias. Allí, repetimos, iba á ofrecerse el gran sacrificio, cuya eficacia se remonta por una parte hasta la culpa original, y se estiende por la otra en la noche de las cosas futuras hasta la consumación de los siglos. Esa pequeña esplanada pedregosa, era el nuevo altar desde donde la sangre del Cristo debía correr á torrentes para lavar los pecados del mundo, y destruir para siempre el pacto de perdición que nos entregaba desde el nacer á los ángeles del abismo. ¿Mas qué se había hecho de la adorable y santa víctima? ¿A dónde los sacrificadores la ocultaban á los ojos desolados de su madre? María estendió sus miradas inquietas sobre la desnuda montaña, y vió al pueblo que esperaba moviéndose y formando un sordo murmullo el momento de la ejecución; las cruces puestas en el suelo, y unos trabajadores abriendo con indiferencia los profundos hoyos que debían recibir los tres instrumentos del suplicio... ¿Y Jesús, dónde estaba?

Apareció al fin... ¡mas en qué estado! despojado hasta de sus últimas ropas, sin un harapo siquiera con que cubrir sus llagas sangrientas, sus carnes despedazadas; ¡El, tan casto y tan puro! Sus verdugos, arrastrándole con ignominia, le espusieron de este modo á las miradas curiosas y á las burlas del pueblo; despues, el Justo por esclencia se tendió sobre su cruz, este lecho de honor que por precio de su amor inmenso le ofrecía la gratitud de los hombres! Era este un espectáculo demasiado horroroso para que pudiesen presenciarle aquellos que tanto le amaban: lleváronse, pues, á María á algunos pasos de allí, en una especie de gruta natural; en donde ella permaneció de pié, blanca, fria, inmóvil como una estatua de mármol (2). Llegaba de la parte de afuera un rumor sor-

do, semejante al zumbido que forman las abejas de Engaddi, cuando el pastor de Israel las arroja del hueco de sus encinas. A veces elevábase de repente en medio de aquel murmullo sombrío una tempestad de gritos burlescos, de silbidos y de horribles carcajadas: el populacho de todas las naciones ha tenido siempre instintos feroces; pero el hebreo se escedió á sí mismo en esta ocasion.

Durante un intervalo de profundo silencio, producido sin duda por alguna nueva barba que cautivaba la atención de la multitud, se oyó un golpe de martillo, un golpe sordo, pues que al taladrar el clavo la madera, despedazaba primero las carnes. Magdalena se estrechó temblando contra María, y el discípulo predilecto se arrimó instintivamente á las paredes de la gruta. Un segundo golpe mas sordo, mas apagado, se hizo oír todavía; á él siguieron dos ó tres mas que caían á intervalos iguales, y todo quedó terminado! "¿Ved cuál le elevan en la cruz," observó friamente un soldado romano. Juan y Magdalena se cambiaron una mirada de desolación; dominaba en ellos en aquel momento la impresion de un sentimiento semejante al que se experimenta en medio de una tempestad nocturna, cuando los gritos de los naufragos á quienes no se puede socorrer, llegan sobre las olas y se apagan uno tras otro en el fondo de las aguas. Y María... un sudor frio cubria su cuerpo, un temblor convulsivo agitaba sus miembros; ella también, pobre y débil mujer, acababa de ser crucificada; porque jamas ningun confesor estendido sobre el potro, jamas mártir alguno en medio de las llamas, han sufrido en el alma y en el cuerpo tan espantosos tormentos.

A poco se percibió el rozamiento agudo de las cuerdas sobre las poleas; la cruz se fué enderezando lentamente en los aires, y el Hijo del hombre, con la faz vuelta hacia las regiones del Occidente que aguardaba la luz tanto tiempo hacia, fué enarbolado como un estandarte á la vista de las naciones infieles. Así estaba escrito. En aquel momento, el pueblo réprobo lanzó un ronco y dilatado rugido de gozo, y oyéronse luego estas exclamaciones: "¡Salud al rey de los judíos!—Si Dios le ama, ¡que le salve!—Nazareno, si como dices, eres el Hijo de Dios, ¡baja de la cruz!" Y el ladrón crucificado á su izquierda le maldecía también en medio del estertor de su agonía; el miserable se esforzaba en manifestarse judío hasta su último instante. Jesús, sosteniendo con una dignidad tranquila y sublime su gran carácter de profeta y de Dios salvador, sellaba silenciosamente con su sangre las altas doctrinas de la nueva ley. Ni una queja, ni un reproche se escapó de sus labios en medio del suplicio infame que se le hacía sufrir á la vista de una ciudad entera: él, al contrario, dejaba caer sobre aquel pueblo extraviado miradas de misericordia, y procurando aplacar la justicia divina en favor de los que le crucificaban:

¡Oh, Padre mio! exclamó con voz moribunda; *¡Padre mio, perdónales, porque no saben lo que hacen!*

"Y sin embargo, han pasado diez y ocho siglos, y el Padre universal aun no los ha perdonado; y

1 Este camino, que conducía en otro tiempo al Calvario, y por donde pasó el Salvador, ya no existe: hállase cubierto de casas, en medio de las cuales se ve una gruesa columna que marca la nona estacion: el fanatismo turco se ha complacido en hacer desagradable su proximidad, amontonando inmundicias y obscenidades á fin de alejar á los cristianos. [De Geramb, tom. I, pág. 363.]

2 Cerca del paraje en que la mano de los verdugos enclavó á Nuestro Señor á la cruz, vese una capilla dedicada á Nuestra Señora de los Dolores. Aquí fué donde se retiró la santa Virgen durante los preparativos sangrientos del suplicio de su Hijo. [De Geramb, tom. I, pág. 151.]

ellos arrastran su suplicio por toda la tierra; y por toda la tierra el esclavo se ve obligado á inclinarse para verlos." (1)

La Virgen dejó el asilo en que momentáneamente se había refugiado, y se dirigió lentamente con la cabeza baja hácia el lugar terrible del suplicio. A alguna distancia del árbol de infamia, unos rudos soldados echaban suertes sobre la túnica sin costuras que ella había tejido con sus manos (2); y se distribuían con ruidosa algazara las vestiduras sagradas que habían hecho tantos milagros (3). Una ligera convulsión alteró las facciones de María; habíase ofrecido instantáneamente á su imaginación el tiempo en que rica solamente con el amor de Jesús, pero esenta de próximos cuidados y pesaras inquietudes, trabajaba por las noches temiéndole á su lado, en tejer aquella túnica de fiesta; este recuerdo lastimó cruelmente su corazón; porque la luz que le ofrecía en el pasado la imagen de sus días de felicidad, hacía mas densas y lúgubres las tinieblas de su desdicha actual. Levantó los ojos al cielo para buscar allí, como en otras veces, la fuerza para resistir al sufrimiento, y su mirada vino á encontrarse con la del Dios crucificado. A tan horrible y á tan doloroso espectáculo, los pies lánguidos de María se clavaron repentinamente en el suelo, quedando como petrificada de un horror tan grande, y poseída de un pánico tan atroz, que todo lo que hasta entonces había sufrido no le pareció mas que un sueño triste, una visión espantosa, pero casi desvanecida; todo, entonces, se absorbía en la cruz! (4).

Jesús, dejando caer sobre la santa Virgen una mirada dulce y misteriosa, pareció decirle en ella, como en la víspera á sus apóstoles: "Madre mía, la hora ha llegado ya!"

"¿Qué hora?..."

La hora mas memorable y fecunda en acontecimientos extraordinarios, cuyo paso haya marcado la sombra del sol desde que el hombre había dividido la duración para darse cuenta del tiempo; la hora en que el Hijo de Dios iba á triunfar del mundo, de la muerte, del infierno y aun de la justicia divina; la hora del cumplimiento de los oráculos, de la abolición de los sacrificios, de la rehabilitación de la mujer, de la manumisión del esclavo y de nuestra redención eterna. Y la Virgen creyó ver pasar delante de sus ojos á los patriarcas, á los reyes justos, á los profetas inspirados de Dios, que se inclinaban ante el Cristo como las haces de mieses de los hijos de Jacob ante la haz maravillosa de José. Ella creyó ver á Moisés y á Aaron poniendo al pie

1 Mr. de La-Mennais.

2 Una antigua tradición refiere que la santa Virgen había tejido con sus propias manos la túnica de su Hijo.

3 La catedral de Tréves posee uno de estos vestidos sagrados, y en la exposición del año de 1845, los encargados de la policía han hecho constar en un registro la presencia en dicha ciudad de veinticinco mil peregrinos.

4 Los padres y los doctores de la Iglesia atestán que los sufrimientos de María en el Calvario son superiores á los de todos los mártires reunidos. *Virgo universos martyres tantum excedit quantum sol ad reliquastra*, dice San Basilio; y San Anselmo añade: *Quidquid crudelitatis inflictum est corporibus martyrum leve aut pium comparatione tua passionis. De Ez. Virg., cap. 5.*

del nuevo árbol de vida, el arco de la alianza, el efod, el racional, la lámina de oro y el ramo de almendro, símbolo del sacerdocio hebreo, cuya misión iba á terminar; despues á David, colocando allí también su arpa profética al lado de la espada de Pinées, de la cuchilla sagrada de Abraham y de la serpiente de bronce. Los sacerdotes y las víctimas, los ritos y las ordenaciones, los tipos y los símbolos agrupados en torno de la cruz, aguardando su consumación; en tanto que el libro de los siete sellos de bronce se hallaba abierto á los pies del gran Pontífice, según el orden de Melquizedec que reemplazaba á los Aarónitas. El mundo antiguo, retirándose como las olas que se repliegan lentamente sobre sí mismas, cedió el lugar á otros pensamientos, á otras imágenes. María creyó ver entonces esperando al pie de la cruz á todas las naciones de la tierra, para recibir allí el Evangelio. La Etiopía y las islas estendían sus manos hácia el Mesías; el desierto que comenzaba á regocijarse, *florece como un rosal*; el conocimiento de Dios llenaba la tierra, así como las grandes aguas cubren el lecho arenoso y profundo de los Océanos; y mil voces parecían repetir en mil idiomas bárbaros: "EL CRISTO ha vencido, bendito sea!"

La noble y generosa mujer dió tregua por un momento á los profundos y punzantes dolores que la destrozaban, uniéndose por un sentimiento de simpatía al triunfo de la ley de gracia, y á la grande regeneración de la humanidad; mas aquella visión de gloria no tardó en desvanecerse, y el dolor de madre penetró de nuevo por todos sus poros; como Raquel, María lloraba á su unigénito y deseaba todo consuelo!

Entre tanto, la naturaleza entera parecía participar de los sufrimientos de su Autor. El día fué estinguéndose gradualmente; y su luz moribunda, coloreaba con una tinta lúgubre aquel grande y estéril paisaje tan bien adaptado al horrendo crimen de que era teatro. A cada instante iban las tinieblas haciéndose mas densas; el rocío caía por la interrupción repentina del calor; las águilas buscaban, lanzando agudos gritos, su asilo nocturno; los chacales rugían espantados por las orillas del Cedron; y el Calvario, tan triste ya por sí mismo, tomaba el aspecto de un grande catafalco de mármol negro. El pueblo, fuertemente impresionado á la vista de este acontecimiento extraordinario, empezaba á guardar el silencio del terror, y solo algunas voces aisladas é insolentes continuaban maldiciendo al CRISTO.

Bien pronto al través de los negros crespones que velaban la faz del firmamento, las estrellas aparecieron como antorchas funerales que arden en derredor de un féretro, derramando sobre el teatro del deicidio una luz pavorosa y verduzca, que daba á las masas de espectadores estrañamente agrupados en las quebradas rocas del Ginoch, el aspecto de una asamblea de espectros y de demonios. Ellos se miraban unos á otros pálidos y confusos; en vano los escribas y fariseos, demasiado avanzados en las corrientes del crimen para atreverse á volver á la orilla, se esforzaban en atribuir es

te prodigio á causas naturales; mientras mas se prolongaba la ausencia de la luz, menos concluyentes parecían sus razones. Los ancianos moviendo negativamente sus cabezas encanecidas, decían en seguida que no habían visto jamás un eclipse semejante, y los sabios versados en la ciencia de los caldeos, sostenían por su parte que aquel eclipse ni estaba previsto ni era posible se verificase de una manera natural en la posición en que se hallaba la luna (1).

Este eclipse de tres horas era uno de los prodigios mesiánicos que debían manifestar la ira del cielo cuando el Cristo fuese entregado á la muerte: "En ese día, había dicho el profeta Amós, el sol se ocultará á la mitad del día, y la tierra se cubrirá de tinieblas en medio de la luz." Las sombras que cubrían el Calvario se estendieron hasta el Egipto, en donde se hallaba entonces S. Dionisio el Areopagita, que estudiaba filosofía en Hermópolis. Poseído de terror el joven griego, exclamó dirigiéndose á su maestro Apolofanes: "O el mundo va á perecer, ó sufre el Dios de la naturaleza." (2)

En medio de la consternación general, Jesús se ocupaba de los fieles amigos que se habían reunido cerca de su cruz en la hora de las ignominias. Conmovido al ver el valor de Juan, y la tristeza profunda que aquel joven y amante discípulo no procuraba ocultar, quiso dejarle una prenda de su afecto divino. No podía legar una parte de bienes terrestres "el que no tenía ni una piedra en que reclinarse su cabeza," el que iba á deber á la caridad de su discípulo hasta la limosna de una sepultura; no le quedaba, pues, en el mundo sino su Madre! ¡su Madre, que no le había abandonado nunca, y que sentía morir de dolor al verle á El morir! Pues bien, él la legó solemnemente á su discípulo predilecto, como una prenda de los bienes celestes que le reservaba en el reino de su Padre. Sabiendo hasta qué punto era amado por aquellas dos almas santas, y previendo con su bondad adorable el aislamiento horroroso en que á su muerte iban á quedar, quiso fortificar esos dos arbustos débiles y sin apoyo entrelazando sus abatidas ramas.

Por esta disposición que comunicaba un nuevo y tierno interés á su vida, la Virgen debió comprender que no le estaba concedido el seguir á su hijo al sepulcro; y que no había llegado el término de su peregrinación sobre la tierra. Ella se resignó á los decretos divinos por amor hácia los hombres, á quienes adoptaba en la persona del santo

1 "Phelegon refiere que en la olimpiada 202 correspondiente al año 33 de nuestra era, hubo el mayor eclipse de sol que se haya visto jamás, y que á la hora de medio día se descubrieron las estrellas en el cielo; pero habiendo demostrado la astronomía que en aquel año no hubo ningún eclipse, forzoso es reconocer que la causa de semejante inaudita oscuridad fué toda sobrenatural." (Roselly de Lorgues, *Cristo delante del siglo*, pág. 367). "Nosotros observamos, dice San Dionisio Areopagita (que en aquel momento estaba en Heliópolis), que la luna vino impensadamente á interponerse entre el sol y la tierra, aunque el tiempo de esa conjunción no estuviese en el orden natural de las cosas; yes á que los astros están sometidos, etc." (*Epistola 7 á Policarpo*).

2 *Ibid.*

apóstol. El sacrificio de María igualó casi entonces, humanamente hablando, al del mismo Jesucristo. El consentía voluntariamente en morir por los hombres... Ella en vivir todavía para ellos...! Eran dos corazones fuertes abrasados en amor por la raza culpable de Adán, y que solo ellos podían comprenderse, porque sus pensamientos no eran como los nuestros, y el oro de sus virtudes no tenía liga alguna.

La fórmula en que Jesús legó á María al joven pescador de Betsaida, fué noble y sencilla como todos los actos de su vida mortal: "Mujer, hé ahí á tu hijo!" y luego dirigiéndose al amado discípulo: "Hé ahí á tu madre!"

Si no empleó hablando á María un lenguaje mas tierno, fué porque conocía el poder del nombre que él juzgó conveniente omitir, pues no quería hacer sangrar unas llagas tan vivas ya y tan profundas.

"Despues de esto, Jesús juzgando que todas las cosas estaban cumplidas, y á fin de que se cumpliese una palabra de la Escritura, dijo: "Tengo sed!"

"Y como había allí un vaso lleno de vinagre, mojaron en él una esponja, y rodeándola de hisopo se la acercaron á la boca."

"Infames hasta el fin!"

Habiendo Jesús gustado el vinagre, dijo: "Todo está cumplido;" y despues, queriendo probar al mundo que moría no por el poder de la muerte, sino por un acto formal de su voluntad, exhaló un gran grito, bajó la cabeza y espiró...

En este momento los ídolos del paganismo temblaron sobre sus pedestales: la estrella de Moisés, que no había lucido sino sobre un punto del globo, y que no debía brillar sino en determinado tiempo, descendió al horizonte de los valles, y el sol del Evangelio que debía difundir su luz sobre toda la tierra y hasta el fin de los tiempos, se levantó majestuoso y radiante por la parte de la aurora. Pero Dios debía hacer conocer por medio de terribles prodigios, lo que era la dignidad despreciada de su Hijo; así fué que á las tinieblas sobrenaturales que empezaban á desvanecerse, sucedieron los sacudimientos horribles de un temblor de tierra que destruyó veinte ciudades del Asia (3). Rasgóse al mismo tiempo de arriba abajo el velo del templo, partiéronse las peñas, y muchos cuerpos de santos que dormían el sueño de la muerte, resucitaron y se les vió en Jerusalén, á donde pusieron en mayor espanto á la población consternada.

Entonces fué cuando se obró una reacción maravillosa en favor de Jesús: el Centurion y sus soldados que habían presido á la ejecución, exclamaron todos á una voz, que el Profeta Nazareno era ciertamente mas que un hombre, y aquella multitud inmensa de pueblo que había prodigado á Cristo agonizante los denuestos, los sarcasmos y las burlas, se la vió bajar de la montaña golpeándose los pechos y repitiendo atemorizada: EL ERA VERDADERAMENTE EL HIJO DE DIOS!

3 Plinio y Estrabon hablan de este terremoto, el cual fué tan fuerte, según dicen estos dos autores, que se hizo sentir hasta en Italia.

En medio de los gritos del espantado pueblo que huía atropellándose en todas direcciones, y en tanto que las peñas del Gólgota se chocaban y abrían en profundas grietas, aparecía á la pálida luz que alumbraba aquella escena de horror, una mujer de pié y completamente inmóvil en medio de las convulsiones y de las ruinas de la naturaleza. Esta mujer parecía inaccesible al terror general; con las manos juntas y en actitud de orar, estaba como absorta en la contemplacion dolorosa del Profeta crucificado!

Y las hijas de Jerusalem comenzaron á llorar de nuevo diciendo: ¡Pobre madre!

Era ya el fin de la tarde, y no queriendo los fariseos que los cuerpos permaneciesen en la cruz, por el temor de que se profanase la santidad del sábado que al caer la noche iba á comenzar, fueron á pedir permiso á Pilato para hacerlos quitar. Obtenido aquel, se apoyaron escaleras sobre los patibulos en que los dos ladrones crucificados agonizaban todavía, y despues de haberles desprendido bruscamente los piés y las manos, les hicieron acabar de morir rompiéndoles los brazos y las piernas. En cuanto á Jesus, encontrándolo enteramente muerto, (1) se contentó un soldado con hundirle su lanza en el costado, y la sangre divina que debía lavar al mundo de sus crímenes, corrió en gruesos borbotones empapando la tierra. A alguna distancia dos mujeres cubiertas con sus velos, de las cuales, la una apoyada en la otra, revelaba en su actitud el más profundo dolor, miraban tímidamente lo que hacían los soldados romanos: eran María y Magdalena; porque Magdalena estaba allí también, y un poco más lejos se veía á las otras mujeres de Galilea que habían dejado todo por seguir á Jesus, y que no le habían abandonado en la hora del suplicio y de la ignominia. "¡Honra á ellas! dice Abelardo, porque cuando los discípulos y los apóstoles huían cobardemente á través de las montañas, aquellas criaturas débiles y valerosas acompañaron á Cristo hasta el pié de la cruz, y no le dejaron sino cuando ya estaba colocado en su sepulcro!"

Entonces llegó José de Arimathea, un rico senador que había obtenido de Ponceo Pilato el cadáver de Jesus, de quien había sido secretamente discípulo, para tributarle los honores de la sepultura. Bajólo de la cruz, y ya se disponía á envolverlo en un lienzo de fino lino de Egipto, que había comprado en Jerusalem, cuando vio á sus piés á una

1 Según los musulmanes, Jesucristo no había muerto. "Los judíos no hicieron morir á Jesucristo, dice Mahoma: un cuerpo fantástico es el que ha engañado á su bárbaro, ellos no le crucificaron; Dios lo ha llamado á sí. [Koran c. 4.]—La tradicion musulmana dice que cuando resuena la trompeta del juicio, Aisa (Jesucristo) descenderá del cielo sobre la tierra y anunciará á todos sus habitantes el gran día del juicio final: en seguida morirá y será enterrado al lado de Mahoma; y cuando los muertos hayan salido de sus tumbas los dos se levantarán juntos y subirán al cielo. Burkhardt, que ha visitado la gran mezquita de Medina, en donde se hallan las tumbas de Mahoma, de Abaubecker y de Omar, tres sepulcros de piedras negras cubiertas de telas preciosas y rodeados de magníficos ex-voto, dice que han dejado cerca del que ocupa Mahoma, un lugar vacío destinado á recibir á Jesucristo despues de su muerte. Sobre este espacio de la tumba de Mahoma se hallaba suspendida una magnífica cortina de brocado guarnecida de diamantes, que fué robada por Sioud cuando tomó á Medina.

mujer pálida como la muerte, que le tendía los brazos, espresando en su actitud y en su rostro, todo lo que el dolor tiene de más tierno y sublime, para recibir al Dios crucificado. Aquella mujer, cuyo cuerpo todo temblaba por los estremecimientos de una angustia infinita, no tenía ya voz para articular la súplica que parecía vagar sobre sus labios; pero en su lagrimoso semblante no había un solo músculo que no la espresase. El senador que reconoció á María hizo un gesto de simpática compasion, y depositó sobre sus trémulas rodillas la divina carga que él había puesto respetuosamente sobre sus espaldas. Entonces la Santa Virgen pudo entregarse al amargo consuelo de estrechar contra su corazón dolorido y que sangraba ¡ay! como si lo hubiesen traspasado con mil puñales, el cadáver desfigurado de su Hijo, y de posar sus labios descoloridos sobre las llagas que habían hecho los clavos de la cruz, sobre la honda herida que había abierto la lanza del soldado! Magdalena, de rodillas, gemía como una paloma herida y regaba con sus lágrimas ardientes los piés ensangrentados de su Señor. En segundo término de este cuadro de desolacion, y como no atreviéndose á acercarse por respeto, las mujeres galileas lloraban también silenciosamente (2). Entre tanto, algunos servidores de José preparaban los perfumes sobre la piedra de la Uncion, (3) y otros abrían el sepulcro labrado en la roca que debía recibir el despojo mortal del Hijo de Dios.

CAPITULO XVIII.

MUERTE DE MARIA.

La calma empezaba á renacer, y las señales de la ira celeste habían cesado de atemorizar á los judíos, que acababan de derramar la sangre del Salvador. Como todos los animales feroces, los verdugos de Cristo se habían desprendido de sus instintos salvajes en la hora del peligro. Espantados al principio de lo que habían hecho, temieron que las conmovidas rocas del Calvario no les cogiesen en su caída, y que la tierra abriéndose en anchas grietas no les hiciese descender vivos á las sombrías profundidades del *scheol* (*). Pero sus remordimientos se desvanecieron con sus temores, y al ver que el cielo iba serenándose, volvieron á recobrar gradualmente su índole rencorosa y maligna.

No pudiendo negar los prodigios que un pueblo inmenso había visto y palpado, y que atestiguan los flancos entreabiertos de las montañas, las

2 Algunos autores han supuesto que estas santas mujeres recogieron gran cantidad de aquella tierra, toda empapada en la sangre de Jesucristo, y que por este medio la poseen en algunas iglesias de Francia como en San Dionisio y en la santa capilla de Paris.

3 La piedra de la uncion está hoy en la capilla del Calvario; se ha creído necesario para conservarla, cubrirla de mirról blanco y rodearla con una balaustrada de hierro.

* El lugar de profundas tinieblas á donde debían estar siempre las almas de los réprobos.—N. del T.

mal cerradas tumbas y el velo del templo hecho pedazos, los atribuyeron á la magia, y sostuvieron que ese Jesus tan poderoso en la palabra y en las obras, no era más que un hijo de Belial que había fascinado al pueblo y dominado á los elementos, gracias al nombre inefable de Dios de Israel, que había arrebatado por sorpresa al Santo de los Santos (1). Y el pueblo se dejó persuadir con esta mentira ridícula que sus gefes le arrojaron para que le sirviese de alimento; porque no hay absurdo calumnioso que no encuentre oídos crédulos para acogerlo, y lenguas ligeras para contarlo y difundirlo.

Entretanto una guardia vigilante, escogida entre los satélites del gran sacerdote, velaba sobre las armas en derredor de la tumba de Jesucristo; porque habiendo anunciado que resucitaría al tercer día de su muerte, los principes de la sinagoga afectaban temer que sus discípulos robasen el cuerpo durante la noche, para hacer creer al pueblo en su resurreccion.

El tercer día comenzaba á despuntar, y el Oriente se coloreaba apenas, cuando algunas mujeres de Galilea llevando perfumes y plantas aromáticas para embalsamar á Jesus á la manera de los reyes de Judá (2), aparecieron sobre la montaña del suplicio, encaminándose pensativas hácia el jardín donde estaba la tumba de Cristo. Según la tradicion, María se hallaba entre estas santas mujeres. Su semblante profundamente abatido, asemejaba una hermosa ruina que había assolado el viento tempestuoso de la adversidad; pero su mirada no espresaba en esta vez solamente el dolor, sino también la esperanza. La ciudad deicida dormía aun envuelta entre las nieblas diáfanas de la mañana; las flores entreabrian sus corolas cargadas de rocío: los pájaros cantaban entre el húmedo ramaje de las higueras silvestres, y se hubiera dicho que el sol derramaba rubíes sobre la bóveda azulada del firmamento: la naturaleza parecía revestirse con una alegría insólita de un brillante ropaje de luz; y aquel paisaje grandioso, pero sombrío y triste, que rodeaba á Jerusalem, tomaba una espresion suave y alegre que no había tenido hasta entonces, y que parecía anunciar un glorioso misterio cuyo secreto iba á guardar.

De repente en medio de esta escena risueña, dejó sentir un sacudimiento: la piedra que cierra el sepulcro rueda sobre sí misma como empujada por un brazo poderoso; los guardias caen medio muertos con la faz en tierra, y las mujeres que no habían abandonado á Jesus en la cruz, palidecen y retroceden por el temor de ver renovarse los prodigios terribles que han acompañado la muerte del Hijo del Hombre.

Un ángel cuyas vestiduras igualan en blancura á las nieves de las montañas, y cuyo bello semblante resplandecía como la estrella matinal, se sienta sobre la piedra del sepulcro y tranquiliza á las siervas de Jesucristo. "No temais, las dice con una

1 Véase Basnage, lib. 6. cap. 27 y 28.

2 Es claro que se trataba de un nuevo modo de embalsamar á Jesus, pues que Nicomedes le había ya envuelto con fajas de mirra.

voz dulce y apacible; sé que buscáis á Jesus que ha sido crucificado; no está aquí; ha resucitado como lo había predicho. Venid y ved el lugar en que el cuerpo del Señor había sido colocado." En tanto que las piadosas mujeres de Galilea penetraban llenas de religioso temor, y se admiraban á la vista del sudario y de las fajas perfumadas de mirra que habían quedado sobre los bordes del sepulcro, María, cuya frente irradiaba un gozo inefable, estaba apoyada contra un viejo olivo á alguna distancia: un joven vestido con el traje sencillo del pueblo, hablaba con ella en voz baja (3). Este joven era el primero que volvía al mundo de entre los muertos; el glorioso vencedor del infierno; era, en fin, Jesucristo. Ningun mortal ha sabido lo que pasó en esta entrevista solemne; pero puede creerse que María, cuya alma fuerte y á la vez tan sensible, había sufrido el dolor en su más alto grado, sintiese entonces un gozo tan grande que nosotros no podríamos experimentar sin morir.

Nuestro Señor se dejó ver de sus apóstoles muchas veces durante los cuarenta días que siguieron á su resurreccion; tratando con ellos de muchas cosas concernientes al reino de Dios, y de la regeneracion que iba á obrarse en los hombres por medio del bautismo. Autores piadosos han supuesto que la Virgen fué la más favorecida en estas apariciones consoladoras, y que en ellas disfrutó de antemano de la dicha de los elegidos. Las aguas amargas de su afliccion se habían trocado en manantiales de gracia; y el Salvador la alimentó con el maná oculto que ha reservado á los que observan la paciencia ordenada por su palabra.

En fin, llegó la hora en que los decretos divinos llamaban á Cristo al seno de su Padre: su mision redentora se había cumplido; y los apóstoles, á quienes su resurreccion había convencido plenamente de su divinidad, habían recibido de él las instrucciones necesarias para convertir á las naciones á su admirable Evangelio.

A la mitad del cuadragésimo día salió con ellos de Jerusalem, y se dirigió hácia las alturas de Betania. Esta direccion no se había tomado al acaso: allí estaba ese monte coronado de olivos en donde el Salvador separándose de la multitud que le seguía, había orado frecuentemente, á la hora en que la luna silenciosa alumbraba con su claridad de ópalo las silenciosas y pesadas aguas del mar Muerto, el verde valle del Jordan y las gigantes palmeras de la llanura de Jericó; sitios lejanos que parecían estenderse hasta el pié de la montaña. Allí estaba también ese jardín célebre en donde Jesus había experimentando dolorosamente las primeras angustias de su agonía. Era justo, pues, que su gloria tuviese principio en los mismos lu-

3 San Ambrosio, que vivía en el cuarto siglo, dice que la santa Virgen fué la primera que tuvo la dicha de ver á Jesucristo resucitado; y el poeta Sedulo, que floreció poco tiempo despues de San Ambrosio, consignó igualmente esta tradicion en sus versos. Ambos hablan de ella como de una creencia generalmente recibida entre los cristianos. Los historiadores árabes han conservado igualmente la misma tradicion: Ismael, hijo de Alí, dice que Jesus bajó del cielo para consolar á su madre María que le lloraba amargamente. Hase elevado un altar en el sitio en que ocurrió esa pético entrevista.

En medio de los gritos del espantado pueblo que huía atropellándose en todas direcciones, y en tanto que las peñas del Gólgota se chocaban y abrían en profundas grietas, aparecía á la pálida luz que alumbraba aquella escena de horror, una mujer de pié y completamente inmóvil en medio de las convulsiones y de las ruinas de la naturaleza. Esta mujer parecía inaccesible al terror general; con las manos juntas y en actitud de orar, estaba como absorta en la contemplación dolorosa del Profeta crucificado!

Y las hijas de Jerusalem comenzaron á llorar de nuevo diciendo: ¡Pobre madre!

Era ya el fin de la tarde, y no queriendo los fariseos que los cuerpos permaneciesen en la cruz, por el temor de que se profanase la santidad del sábado que al caer la noche iba á comenzar, fueron á pedir permiso á Pilato para hacerlos quitar. Obtenido aquel, se apoyaron escaleras sobre los patibulos en que los dos ladrones crucificados agonizaban todavía, y después de haberles desprendido bruscamente los piés y las manos, les hicieron acabar de morir rompiéndoles los brazos y las piernas. En cuanto á Jesus, encontrándolo enteramente muerto, (1) se contentó un soldado con hundirle su lanza en el costado, y la sangre divina que debía lavar al mundo de sus crímenes, corrió en gruesos borbotones empapando la tierra. A alguna distancia dos mujeres cubiertas con sus velos, de las cuales, la una apoyada en la otra, revelaba en su actitud el más profundo dolor, miraban tímidamente lo que hacían los soldados romanos: eran María y Magdalena; porque Magdalena estaba allí también, y un poco más lejos se veía á las otras mujeres de Galilea que habían dejado todo por seguir á Jesus, y que no le habían abandonado en la hora del suplicio y de la ignominia. "¡Honra á ellas! dice Abelardo, porque cuando los discípulos y los apóstoles huían cobardemente á través de las montañas, aquellas criaturas débiles y valerosas acompañaron á Cristo hasta el pié de la cruz, y no le dejaron sino cuando ya estaba colocado en su sepulcro!"

Entonces llegó José de Arimathea, un rico senador que había obtenido de Ponceo Pilato el cadáver de Jesus, de quien había sido secretamente discípulo, para tributarle los honores de la sepultura. Bajó de la cruz, y ya se disponía á envolverlo en un lienzo de fino lino de Egipto, que había comprado en Jerusalem, cuando vió á sus piés á una

1 Según los musulmanes, Jesucristo no había muerto. "Los judíos no hicieron morir á Jesucristo, dice Mahoma: un cuerpo fantástico es el que ha engañado á su barba, ellos no le crucificaron; Dios lo ha llamado á sí. [Koran c. 4.]—La tradición musulmana dice que cuando resuena la trompeta del juicio, Aisa (Jesucristo) descenderá del cielo sobre la tierra y anunciará á todos sus habitantes el gran día del juicio final: en seguida morirá y será enterado al lado de Mahoma; y cuando los muertos hayan salido de sus tumbas los dos se levantarán juntos y subirán al cielo. Burkhardt, que ha visitado la gran mezquita de Medina, en donde se hallan las tumbas de Mahoma, de Aubaheker y de Omar, tres sepulcros de piedras negras cubiertas de telas preciosas y rodeados de magníficos ex-voto, dice que han dejado cerca del que ocupa Mahoma, un lugar vacío destinado á recibir á Jesucristo después de su muerte. Sobre este espacio de la tumba de Mahoma se hallaba suspendida una magnífica cortina de brocado guarnecida de diamantes, que fué robada por Sioud cuando tomó á Medina.

mujer pálida como la muerte, que le tendía los brazos, espresando en su actitud y en su rostro, todo lo que el dolor tiene de más tierno y sublime, para recibir al Dios crucificado. Aquella mujer, cuyo cuerpo todo temblaba por los estremecimientos de una angustia infinita, no tenía ya voz para articular la súplica que parecía vagar sobre sus labios; pero en su lagrimoso semblante no había un solo músculo que no la espresase. El senador que reconoció á María hizo un gesto de simpática compasión, y depositó sobre sus trémulas rodillas la divina carga que él había puesto respetuosamente sobre sus espaldas. Entonces la Santa Virgen pudo entregarse al amargo consuelo de estrechar contra su corazón dolorido y que sangraba ¡ay! como si lo hubiesen traspasado con mil puñales, el cadáver desfigurado de su Hijo, y de posar sus labios descoloridos sobre las llagas que habían hecho los clavos de la cruz, sobre la honda herida que había abierto la lanza del soldado! Magdalena, de rodillas, gemía como una paloma herida y regaba con sus lágrimas ardientes los piés ensangrentados de su Señor. En segundo término de este cuadro de desolación, y como no atreviéndose á acercarse por respeto, las mujeres galileas lloraban también silenciosamente (2). Entre tanto, algunos servidores de José preparaban los perfumes sobre la piedra de la Uncion, (3) y otros abrían el sepulcro labrado en la roca que debía recibir el despojo mortal del Hijo de Dios.

CAPITULO XVIII.

MUERTE DE MARIA.

La calma empezaba á renacer, y las señales de la ira celeste habían cesado de atemorizar á los judíos, que acababan de derramar la sangre del Salvador. Como todos los animales feroces, los verdugos de Cristo se habían desprendido de sus instintos salvajes en la hora del peligro. Espantados al principio de lo que habían hecho, temieron que las conmovidas rocas del Calvario no les cogiesen en su caída, y que la tierra abriéndose en anchas grietas no les hiciese descender vivos á las sombrías profundidades del *scheol* (*). Pero sus remordimientos se desvanecieron con sus temores, y al ver que el cielo iba serenándose, volvieron á recobrar gradualmente su índole rencorosa y maligna.

No pudiendo negar los prodigios que un pueblo inmenso había visto y palpado, y que atestiguan los flancos entreabiertos de las montañas, las

2 Algunos autores han supuesto que estas santas mujeres recogieron gran cantidad de aquella tierra, toda empapada en la sangre de Jesucristo, y que por este medio la poseen en algunas iglesias de Francia como en San Dionisio y en la santa capilla de Paris.

3 La piedra de la unción está hoy en la capilla del Calvario; se ha creído necesario para conservarla, cubrirla de mirróol blanco y rodearla con una balaustrada de hierro.

* El lugar de profundas tinieblas á donde debían estar siempre las almas de los reprobos.—N. del T.

mal cerradas tumbas y el velo del templo hecho pedazos, los atribuyeron á la magia, y sostuvieron que ese Jesus tan poderoso en la palabra y en las obras, no era más que un hijo de Belial que había fascinado al pueblo y dominado á los elementos, gracias al nombre inefable de Dios de Israel, que había arrebatado por sorpresa al Santo de los Santos (1). Y el pueblo se dejó persuadir con esta mentira ridícula que sus gefes le arrojaron para que le sirviese de alimento; porque no hay absurdo calumnioso que no encuentre oídos crédulos para acogerlo, y lenguas ligeras para contarle y difundirlo.

Entretanto una guardia vigilante, escogida entre los satélites del gran sacerdote, velaba sobre las armas en derredor de la tumba de Jesucristo; porque habiendo anunciado que resucitaría al tercer día de su muerte, los príncipes de la sinagoga afectaban temer que sus discípulos robasen el cuerpo durante la noche, para hacer creer al pueblo en su resurrección.

El tercer día comenzaba á despuntar, y el Oriente se coloreaba apenas, cuando algunas mujeres de Galilea llevando perfumes y plantas aromáticas para embalsamar á Jesus á la manera de los reyes de Judá (2), aparecieron sobre la montaña del suplicio, encaminándose pensativas hácia el jardín donde estaba la tumba de Cristo. Según la tradición, María se hallaba entre estas santas mujeres. Su semblante profundamente abatido, asemejaba una hermosa ruina que había assolado el viento tempestuoso de la adversidad; pero su mirada no espresaba en esta vez solamente el dolor, sino también la esperanza. La ciudad decidida dormía aun envuelta entre las nieblas diáfanas de la mañana; las flores entreabrían sus corolas cargadas de rocío: los pájaros cantaban entre el húmedo ramaje de las higueras silvestres, y se hubiera dicho que el sol derramaba rubíes sobre la bóveda azulada del firmamento: la naturaleza parecía revestirse con una alegría insólita de un brillante ropaje de luz; y aquel paisaje grandioso, pero sombrío y triste, que rodeaba á Jerusalem, tomaba una espresión suave y alegre que no había tenido hasta entonces, y que parecía anunciar un glorioso misterio cuyo secreto iba á guardar.

De repente en medio de esta escena risueña, dejó sentir un sacudimiento: la piedra que cierra el sepulcro rueda sobre sí misma como empujada por un brazo poderoso; los guardias caen medio muertos con la faz en tierra, y las mujeres que no habían abandonado á Jesus en la cruz, palidecen y retroceden por el temor de ver renovarse los prodigios terribles que han acompañado la muerte del Hijo del Hombre.

Un ángel cuyas vestiduras igualan en blancura á las nieves de las montañas, y cuyo bello semblante resplandecía como la estrella matinal, se sienta sobre la piedra del sepulcro y tranquiliza á las siervas de Jesucristo. "No temáis, las dice con una

1 Véase Basnage, lib. 6. cap. 27 y 28.

2 Es claro que se trataba de un nuevo modo de embalsamar á Jesus, pues que Nicomedes le había ya envuelto con fajas de mirra.

voz dulce y apacible; sé que buscáis á Jesus que ha sido crucificado; no está aquí; ha resucitado como lo había predicho. Venid y ved el lugar en que el cuerpo del Señor había sido colocado." En tanto que las piadosas mujeres de Galilea penetraban llenas de religioso temor, y se admiraban á la vista del sudario y de las fajas perfumadas de mirra que habían quedado sobre los bordes del sepulcro, María, cuya frente irradiaba un gozo inefable, estaba apoyada contra un viejo olivo á alguna distancia: un joven vestido con el traje sencillo del pueblo, hablaba con ella en voz baja (3). Este joven era el primero que volvía al mundo de entre los muertos; el glorioso vencedor del infierno; era, en fin, Jesucristo. Ningun mortal ha sabido lo que pasó en esta entrevista solemne; pero puede creerse que María, cuya alma fuerte y á la vez tan sensible, había sufrido el dolor en su más alto grado, sintiese entonces un gozo tan grande que nosotros no podríamos experimentar sin morir.

Nuestro Señor se dejó ver de sus apóstoles muchas veces durante los cuarenta días que siguieron á su resurrección; tratando con ellos de muchas cosas concernientes al reino de Dios, y de la regeneración que iba á obrarse en los hombres por medio del bautismo. Autores piadosos han supuesto que la Virgen fué la más favorecida en estas apariciones consoladoras, y que en ellas disfrutó de antemano de la dicha de los elegidos. Las aguas amargas de su aflicción se habían trocado en manantiales de gracia; y el Salvador la alimentó con el maná oculto que ha reservado á los que observan la paciencia ordenada por su palabra.

En fin, llegó la hora en que los decretos divinos llamaban á Cristo al seno de su Padre: su misión redentora se había cumplido; y los apóstoles, á quienes su resurrección había convencido plenamente de su divinidad, habían recibido de él las instrucciones necesarias para convertir á las naciones á su admirable Evangelio.

A la mitad del cuadragésimo día salió con ellos de Jerusalem, y se dirigió hácia las alturas de Bethania. Esta dirección no se había tomado al acaso: allí estaba ese monte coronado de olivos en donde el Salvador separándose de la multitud que le seguía, había orado frecuentemente, á la hora en que la luna silenciosa alumbraba con su claridad de ópalo las silenciosas y pesadas aguas del mar Muerto, el verde valle del Jordan y las gigantes palmeras de la llanura de Jericó; sitios lejanos que parecían extenderse hasta el pié de la montaña. Allí estaba también ese jardín célebre en donde Jesus había experimentando dolorosamente las primeras angustias de su agonía. Era justo, pues, que su gloria tuviese principio en los mismos lu-

3 San Ambrosio, que vivía en el cuarto siglo, dice que la santa Virgen fué la primera que tuvo la dicha de ver á Jesucristo resucitado; y el poeta Sedulio, que floreció poco tiempo después de San Ambrosio, consignó igualmente esta tradición en sus versos. Ambos hablan de ella como de una creencia generalmente recibida entre los cristianos. Los historiadores árabes han conservado igualmente la misma tradición: Ismael, hijo de Ahi, dice que Jesus bajó del cielo para consolar á su madre María que le lloraba amargamente. Hase elevado un altar en el sitio en que ocurrió esa pectico entrevista.

gares á donde habian comenzado sus generosos sufrimientos; y que esos campos, esos bosques, esas sombrías soledades que habian sido muchas veces testigos de sus meditaciones, y de sus oraciones á su Padre, recibiesen tambien el sello de los últimos pasos que dió antes de subir al cielo.

Llegando á la cima de aquella alta montaña, desde donde podia descubrir una gran parte de la Judea, y dirigir una mirada de despedida á todos aquellos sitios que habia hecho célebres por sus milagros y su muerte, el Salvador se detuvo en un espacio de terreno despejado, á corta distancia de unos bosques de olivos que estendian su triste ramaje á los abrasadores rayos del sol que brillaba en medio del espacio. Allí, despues de haber elevado sus manos traspasadas aun por los clavos de la cruz, hácia su Padre celestial, como para recomendarle á su Iglesia naciente, las bajó estendiéndolas sobre María y sus discípulos, así como Jacob lo habia hecho para bendecir á los hijos de José; en seguida se elevó por su propia virtud, subiendo lentamente á los cielos. Este último acto del Salvador, selló dignamente su mision divina. Durante su vida, *pasaba haciendo el bien*: sobre el Calvario rogó por sus verdugos, y subió al cielo bendiciendo á los humildes amigos que quedaban sin él sobre la tierra. Y teniendo aun las manos estendidas sobre sus discípulos prosternados, le vieron entrar en una blanca nube que lo ocultó á sus ojos.

La Ascension de Nuestro Señor, no tuvo nada de aquel carácter imponente y terrible que helaba de espanto á los pueblos en los antiguos dias. La ley de Moisés habia sido proclamada al sonido de las trompetas, entre el estruendo de los rayos y á la luz siniestra de los relámpagos. Elías fué arrebatado al cielo en un carro de fuego; mas el Salvador del mundo se trasportó apaciblemente sobre una ligera nube, con aquella majestad serena y tranquila que conviene al genio del Evangelio, y al carácter dulce y paternal de su Autor.

Los ángeles, esos espíritus benévolos, que se complacen tanto en la dicha de los hombres, figuraron tambien en esta escena que desenlazaba el drama sublime de la Redencion. Sus cánticos divinos habian anunciado á los pastores el nacimiento del Rey-Mesías; su voz habia proclamado su resurreccion de entre los muertos; era, pues, conveniente, que sus palabras viniesen á confirmar su ascension gloriosa.

Como los discípulos continuasen atentos en mirar á Jesus subir al cielo, dos jóvenes vestidos de blanco se presentaron á ellos repentinamente y les dijeron: "Varones de Galilea, ¿para qué os deteneis en mirar al cielo? Ese Jesus que se ha separado de vosotros, volverá de la misma manera que lo habeis visto elevarse á los cielos."

A la voz de los ángeles, los apóstoles y los discípulos bajaron sus ojos deslumbrados. ¿Pero la Virgen los bajó tambien? ¿Le fué negado ver á su divino Hijo ocupar majestuosamente su asiento á la derecha de Jehová, en la luz inaccesible de los santos? ¿Fué en efecto menos favorecida que

San Estévan y el discípulo amado? Esto no es presumible. Aquella que se habia crucificado moralmente con Jesus en el Calvario, merecia ser glorificada con él; era su derecho, y cuán caramente lo habia adquirido! Sí, María debió penetrar con su mirada mortal en esa region pacífica y bienaventurada, cuyas puertas acababa Jesus de abrirnos, y donde él mismo enjuga las lágrimas del justo (1). En seguida, las puertas de perlas de la Jerusalem celestial (2) volvieron lentamente á cerrarse apenas habia atravesado por ellas el Dios vencedor; y la Virgen, separada por un poco de tiempo de Aquel á quien tanto amaba, se encontró sola sobre la tierra como una yedra arrancada del tronco que le servia de arrimo.

Cuarenta dias despues, la encontramos otra vez orando en medio de los apóstoles en el Cenáculo, á donde recibió con ellos al Espíritu Santo.

María fué la columna luminosa que guió los primeros pasos de la Iglesia naciente. A ella fué á quien los apóstoles presentaron en homenaje las numerosas espinas que arrancaban en el campo rebelde de la Sinagoga, para guardarlas en los graneros del Padre de familias. Ella aceptaba ese tributo en nombre de su Hijo, con una humildad llena de gracia; y se la veía continuamente rodeada de pobres, de desgraciados y de pecadores; porque amó siempre con predileccion á aquellos á quienes podia hacer bien. Los evangelistas venian á pedirle luces, los apóstoles la uncion, el valor y la constancia que eran necesarias para la predicacion; y los afligidos el bálsamo precioso de los consuelos espirituales; todos al separarse de ella la llenaban de bendiciones. *El sol de justicia* se habia traspuesto en el horizonte sangriento del Gólgota; pero la *Estrella de los mares* reflejaba aun sus mas lucidos resplandores sobre el mundo regenerado; y derramaba benignas influencias sobre la cuna del cristianismo.

La Santa Virgen permaneció en Jerusalem hasta que la terrible persecucion que estalló contra los cristianos, en el año 44 de Nuestro Señor, la obligó á salir de aquella ciudad con sus apóstoles. Su hijo adoptivo la condujo entonces á Efeso, á donde Magdalena quiso seguirlos. Así es como estas tres personas que habian estado mas íntimamente unidas al Salvador, formaron entre si una familia cuyos intereses y afecciones eran los mismos.

Nada nos ha quedado que se refiera á la residencia de María en Efeso, y este vacío se explica fácilmente por las circunstancias de la época. Despues de la resurreccion del Salvador, los apóstoles únicamente ocupados en la propagacion de la fe, consideraban como muy secundario todo lo que no se referia de un modo directo á este grande y esclusivo interes. Penetrados del espíritu de su alta mision, dedicados enteramente á la salud de las almas, se olvidaron de sí mismos tan profundamente, que apenas nos han dejado un pequeño número

1 Véase el Apocalipsis, cap. 21, v. 4.

2 Idem, cap. 21 v. 21.

de documentos incompletos sobre los trabajos evangélicos que cambiaron la faz del mundo; de manera que su historia se parece á un epitafio sublime pero casi borrado, que no tiene ni principio ni fin. Se comprende fácilmente que la Virgen debió participar en cierto modo de la suerte y de los trabajos de los apóstoles: transcurriendo los últimos años de su vida lejos de Jerusalem en una region estraña en la que ningun hecho notable marcó su residencia, no nos ofrecen sino una superficie lisa que no ha dejado vestigio alguno durable en la memoria fugitiva de los hombres. Sin embargo, el estado floreciente de la Iglesia de Efeso, su tierna devocion á María y los elogios que San Pablo tributa á su piedad, indican bastantemente los cuidados fructuosos de la Virgen y las bendiciones divinas que la seguian á donde quiera que dirigia sus pasos. La rosa de Jessé dejó un poco de su perfume en el aire, y este vestigio, por ligero que fuese, es siempre una revelacion preciosa de su presencia pasajera en aquellas comarcas.

Las costas de la Asia Menor sembradas de ciudades opulentas, enriquecidas con una vegetacion admirable y bañadas por las aguas de un mar que surcaban en todas direcciones multitud de bajelos mercantes, habrian ofrecido á los ojos de unos desterrados vulgares una espléndida compensacion de las altas y estériles montañas de la Palestina; pero es dudoso que fuese así á los de la Virgen de Nazareth: ¡los pasos del Hombre-Dios no habian santificado aquella tierra encantada, ni tampoco estaban en ella los sepulcros de sus padres! . . .

¿Cuántas veces sentadas bajo la sombra de un plátano, á las orillas de ese hermoso mar Icarico, cuyas olas venian murmurando á humedecer los delgados troncos de los floridos arrayanes, María y Magdalena seguian con la vista á una galera griega que volvia su proa hácia la Siria, contando vivamente los recuerdos del país natal! Entonces venian á ofrecerse á su memoria las cumbres azuladas del Carmelo, las nieves immaculadas del Líbano y las aguas transparentes del lago de Tiberiades: los sitios de la patria ausente, embellecidos por la distancia, pasaban sucesivamente en su imaginacion, y les parecian mil veces preferibles á esa voluptuosa y risueña Jonia, que era en efecto en comparacion de la tierra de Jehová, lo que la lira alegre de Anacreonte á la arpa austera del rey David.

En ese tiempo de la residencia de María en Efeso, fué cuando perdió á la fiel compañera que, á imitacion de Ruth, habia dejado su país y su pueblo para seguirla mas allá de los mares. Magdalena murió, y María la lloró como Jesus habia llorado á Lázaro (1).

1 Léese en algunos autores griegos del siglo sétimo y siguientes, que despues de la ascension de Jesucristo, Santa María Magdalena acompañó á la Santa Virgen y á San Juan á Efeso, y que en esta ciudad murió y fué enterrada. Esa es tambien la opinion de Modesto, patriarca de Jerusalem, que florecia en 920; de San Gregorio de Tours y de San Guillelmo. Este último, en la relacion de su viaje á Jerusalem, dice que vió en Efeso el sepulcro de Santa Magdalena. El emperador Leon el Filósofo hizo trasportar las reliquias de la Santa de Efeso á Constantinopla, y las depositó en la iglesia de San Lázaro hácia el año de 890.—Otra tradicion, defendida por sabios no menos apreciables, pretende que

De todos sus lazos de afeccion y de parentesco, no le quedaba á la Virgen sino San Juan, el bueno y amable discípulo á quien su hijo moribundo la habia legado. Ella le siguió, á lo que se cree, en sus viajes, y sin duda en sus conversaciones con la Reina de los Profetas, fué donde San Juan se perfeccionó en la ciencia maravillosa que desarrolla en su Evangelio. Ayudado de las luces de Aquella que los Santos Padres han comparado al candelero de oro de los siete brazos, el joven pescador de Betsaida penetró antes que ninguno en el misterio incomprendible de la ciencia increada del VERBO, y su pensamiento se elevó con un vuelo tan atrevido hasta las alturas místicas del cielo, que á su lado los demas Evangelistas, por sublimes que sean en sus escritos, parecen haberse quedado sobre la tierra (2).

Entre tanto, los sembradores de CRISTO habian esparcido el grano fecundo de la palabra santa sobre todos los puntos del mundo romano: la cosecha evangélica estaba en todo su verdor, y los obreros del Padre de familias trabajaban con ardor en el campo sagrado. María juzgó que ya su mision sobre la tierra estaba cumplida, y que la Iglesia podia en lo adelante sostenerse con sus propias fuerzas. Entonces, como una segadora fatigada que busca la sombra y el descanso en medio del dia, ella empezó á suspirar por las hermosas sombras del árbol de la vida inmortal que crece junto al trono del Señor, y por las aguas vivas y santificantes que lo riegan (3). Aquel que sondea los mas altos senos del alma, sorprendió este deseo en el corazon de su Madre; y el ángel que tiene cerca de sí, vino á participar á la futura Reina del cielo que su Hijo la habia escuchado (4).

A esta revelacion divina, en la que se comprendia el dia y la hora de su muerte, la hija de Abraham sintió despertarse poderosamente en su corazon el amor de la patria ausente; ella quiso volver á ver las altas montañas de la Judea, donde estaban aún palpitantes los recuerdos de la redencion, y morir á la vista de la sagrada colina á donde Jesus habia exhalado su último suspiro. San Juan, para quien habian sido siempre órdenes sus menores deseos, hizo al punto los preparativos del viaje para volver á Palestina.

Probablemente se embarcaron los viajeros hebreos en el puerto de Mileto, famoso por ser en donde se reunian las galeras de Europa y de Asia, que navegaban en aquellas aguas. Durante su travesía por los mares de la Grecia, la Virgen y el Evangelista reconocieron á su paso la isla de Chio, cuyo pueblo que poseyó largo tiempo el imperio de los mares, tiene el triste honor de haber introdu-

Santa Magdalena concluyó sus dias en la Provenza: nosotros hemos adoptado la opinion contraria, porque nos ha parecido mas verosímil, pero sin decidir la cuestion.

2 El abad Ruperto, en el libro 1º sobre el *Cántico de los cánticos*, afirma que la Santa Virgen suplia con sus luces lo que el Espíritu Santo, inspirado con medida á los discípulos, no les habia manifestado; y todos los Santos Padres convienen en que por la Santa Virgen sabia San Juan algunas circunstancias maravillosas y particulares de la infancia de Jesucristo.

3 *Apocalipsis*, cap. XIII, v. 1 y 2.

4 La tradicion refiere que la Santa Virgen recibió la noticia de su muerte por el ministerio de un ángel, que le predijo el día y la hora. Descout, p. 235.—El padre Croisset, t. XVIII, p. 135.

cido el primero la odiosa costumbre de la esclavitud que el Evangelio debía abolir lentamente; después á Lesbos, la patria de los poetas líricos, donde los suaves himnos á la Virgen purísima debían suceder á las odas ardientes de Safo y á los cánticos enérgicos de Alceo. Al ver contornearse en las nubes la cúpula del templo de Esculapio, que atraía á la isla de Cos un inmenso concurso de extranjeros, la Madre del Salvador de los hombres se acordó de que su adorado Hijo durante su mansión en la tierra, había empleado su poder único y divino en curar instantáneamente las enfermedades y en resucitar los muertos (1). Delos, la cuna de Apolo, y Rodas, la patria de Júpiter, surgieron sucesivamente de en medio de las aguas con sus verdosas montañas y sus templos antiguos, todos poblados de falsas divinidades á quienes debía relegar á los antros del infierno el Dios verdadero crucificado sobre el Gólgota. A alguna distancia de Chipre se distinguía en la región de las nubes un punto negro que se dibujaba sobre el azul aterciopelado del cielo. Era la alta montaña en que el profeta Elías había erigido en los antiguos días un templo á la futura Madre del Salvador, y donde sus discípulos estaban prontos á ponerse bajo su santa y segura protección. El día siguiente, la galera entraba á fuerza de remos en un puerto de Siria, Sidon tal vez, donde eran frecuentes las relaciones comerciales con la Palestina, según nos lo refieren los libros sagrados.

Al fin, la Virgen Santa y su hijo adoptivo volvieron á ver la tierra de Israel después de una ausencia de muchos años. María se retiró á la montaña de Sion, no lejos del palacio ruinoso y desierto de los antiguos príncipes de su ascendencia, y á la casa que había sido santificada por la venida del Espíritu Santo. San Juan por su parte fué á buscar á Santiago, pariente de la Virgen y primer obispo de Jerusalem, para comunicarle, así como á los fieles que componían su Iglesia, ya numerosa, que la Madre de Jesús volvía á morir entre ellos.

Era el día, y había llegado también la hora; los Santos de Jerusalem volvieron á ver á la hija de David; mostrándose á ellos siempre pobre, siempre humilde, siempre hermosa; porque hubiérase dicho que esta admirable criatura escapada á la acción destructora del tiempo, y que predestinada desde su nacimiento á una completa y gloriosa inmortalidad, nada debía perecer en ella (2). Con un aire grave, pero no enferma, María recibió á los apóstoles y á los discípulos reclinada en un lecho pequeño y de pobre apariencia, que guardaba armonía con su traje de mujer del pueblo que nunca había dejado. Había en su aspecto lleno de nobleza y de modestia, algo de tan solemne y tan tierno, que toda la asamblea se deshacía en lágrimas.

1 Los sectarios de Mahoma han conservado tradicionalmente la memoria de los milagros de Jesucristo. Ellos pretenden que el soplo de nuestro Señor, al que llamaban *bad Messih*, el soplo del Mesías, no solamente resucitaba los muertos, sino que también podía dar la vida á las cosas inanimadas. (D'Herbelot, *Bibliot. orient.*, tom. 1, p. 365.)

2 San Dionisio, testigo ocular de la muerte de la Santa Virgen, afirma que en esta época adelantada de su vida era todavía de una belleza admirable.

mas. Solo María permaneció serena en aquel salón vasto y elevado en donde se habían agolpado una multitud de antiguos discípulos y de nuevos cristianos, ansiosos todos de oírla y contemplarla.

Era ya muy adelantada la noche, y las lámparas de muchos mecheros parecían derramar con su blanca luz un no sé qué de misterioso y solemne sobre aquella asamblea melancólica y silenciosa. Los apóstoles vivamente conmovidos se mantenían en pie en derredor del lecho fúnebre. San Pedro, que había amado tanto al Hijo de Dios durante su vida, contemplaba á la Virgen con un sentimiento doloroso; y su espresiva mirada parecía decirle al obispo de Jerusalem: "¿Cómo se parece á Jesucristo?" En efecto, la semejanza era admirable, y hasta la posición inclinada de María que recordaba la del Salvador en el acto de la cena, acababa de completarla (3). Santiago, que había recibido de los mismos judíos el sobrenombre de *justo*, y que sabía reprimir sus emociones, devoraba en secreto sus lágrimas; el príncipe de los apóstoles, hombre sencillo é ingenuo, no se curaba de disimular la profunda afección de su alma; San Juan tenía oculto el rostro con la punta de su manto griego, pero sus sollozos le hacían traición. No había, pues, en toda la asamblea un corazón que no estuviese adolorido, ni ojos de que no brotasen lágrimas. Participando al fin María del enternecimiento general, y olvidando los esplendores que la esperaban en las alturas celestes, tomó la palabra para fortalecer la fé de sus hijos, para reanimar sus esperanzas santas, y avivar el fuego de su caridad. Hablóles con una elocuencia dulce é inefable de esas cosas grandes y sublimes que se escuchan sin respirar, que elevan al hombre que las comprende más allá de sí mismo, y lo hacen capaz de las mayores y más difíciles empresas; su palabra, que la Escritura ha comparado poéticamente á un hilo de miel, se hacía gradualmente mas y mas poderosa; la hija de David y de Salomon, la profetisa inspirada que había improvisado el cántico triunfal del *Magnificat*, elevóse á tan altas consideraciones, á pensamientos de tan profunda sabiduría, que cada uno de los que la escuchaban, olvidaba en medio de su arrobamiento que eran los últimos acentos del canto del cisne. María extendió sus manos protectoras sobre los pobres huérfanos que iba á dejar en el mundo, y alzando sus bellos ojos hacía los astros que brillaban con magestad serena, ella vió á través de los artesones, abrirse los cielos, y al Hijo del Hombre que le tendía los brazos desde el seno de una nube luminosa (4). A esta vision gloriosa, una tinta sonrosada se extendió por el semblante de María; en sus ojos se pintaron todo lo que el amor maternal confundido en el amor divino, el júbilo llevado hasta el último extremo y la adoración hasta el arrobamiento, pueden espresar; y su alma, dejando sin ningun esfuer-

3 Jesucristo inclinaba un poco la cabeza, lo que le hacía perder algo de su talla. Su semblante se parecía mucho al de su Madre, sobre todo en la parte inferior. (Nicéforo. *Hist. Eccles.*, tom. 1, p. 125.)

4 San Juan Damasceno.

zo su hermosa y virginal corteza, cayó dulcemente en el seno del Señor (1).

María no existía ya; pero su semblante que había tomado la espresion de un sueño tranquilo, se ofrecía tan dulce y apacible á la vista, que se hubiera dicho que la muerte vacilaba en plantar su bandera sobre ese trofeo que solo un día podía conservar.

Encendióse la lámpara de los muertos; se abrieron todas las ventanas, y las suaves brisas del este penetraron en el aposento con los pálidos rayos de las estrellas. Dícese que una luz milagrosa llenó la cámara mortuoria en el momento en que María acababa de exhalar el último suspiro: debió ser sin duda la gloria de Dios que circundaba el alma purísima de la Virgen predestinada. Cuando ya fué evidente la muerte de María, no se oyeron al principio mas que sollozos y gemidos; después se elevaron los cánticos fúnebres que los ángeles acompañaron con sus arpas de oro (2), y los ecos del palacio derruido de David, los repitieron tristemente á los sepulcros de los reyes de Judá.

El día siguiente los fieles llevaron con piadosa profusión los mas preciosos perfumes, las telas mas esquisitas para sepultar á la Reina de las Vírgenes. Se la embalsamó, según los usos de su nacion; pero sus restos benditos exhalaban un olor mas suave que las bandas perfumadas con que los cenían. Terminadas las disposiciones fúnebres, se colocó á la Madre de Dios en un lecho portátil lleno de odoríferas sustancias (3), y se la cubrió con un suntuoso velo, colocándola en seguida los apóstoles sobre sus hombros para conducirla al valle de Josafat (4). Todos los cristianos de Jerusalem, llevando antorchas encendidas y cantando himnos y salmos, siguieron con semblante triste y abatido los funerales de la Madre del Salvador.

Al llegar al sitio de la sepultura, se detuvo el

lúgubre acompañamiento. Por el afanoso esmero de las santas mujeres de Jerusalem, la tumba se había despojado de su aspecto siniestro; así es que la gruta sepulcral parecía mas bien una cuna de flores (5). Los apóstoles colocaron suavemente el cadáver de María, derramando al mismo tiempo copiosas lágrimas. De todos los panegíricos que se pronunciaron en esta solemne ocasion, el de Hieroteo fué el mas notable. San Dionisio el Areopagita, testigo ocular de esta escena, refiere que elogiando á la Virgen el orador, se trasportaba fuera de sí mismo (6).

Durante tres dias, los apóstoles y los fieles velaron y oraron cerca de la tumba, donde los conciertos sagrados de los ángeles parecían arrullar el último sueño de María (7).

Un apóstol que volvía de un pais lejano y que no había podido asistir á la muerte de la Virgen, llegó en estas circunstancias: era Santo Tomás, el que todavia dudoso había puesto su mano en las llagas de su maestro resucitado. El corria presuroso por echar una última mirada y regar con sus lágrimas el frio despojo de la mujer privilegiada, que había llevado en su castísimo seno al Autor soberano de la naturaleza. Vencidos por sus instancias y por sus lágrimas, los apóstoles quitaron la roca que cerraba la entrada del sepulcro; pero no encontraron en él mas que las flores apenas marchitas sobre las cuales había descansado el cuerpo de María, y su blanco sudario de lino fino de Egipto que esparcía un olor celestial. El cuerpo purísimo de la Virgen inmaculada no debía ser presa de los gusanos de la tumba; durante su vida, el cielo y la tierra habían tenido parte en la formacion de esta admirable y sin igual criatura; después de su muerte, el cielo lo había tomado todo para sí, concediéndole las preeminencias inefables de una inmortalidad gloriosa (8).

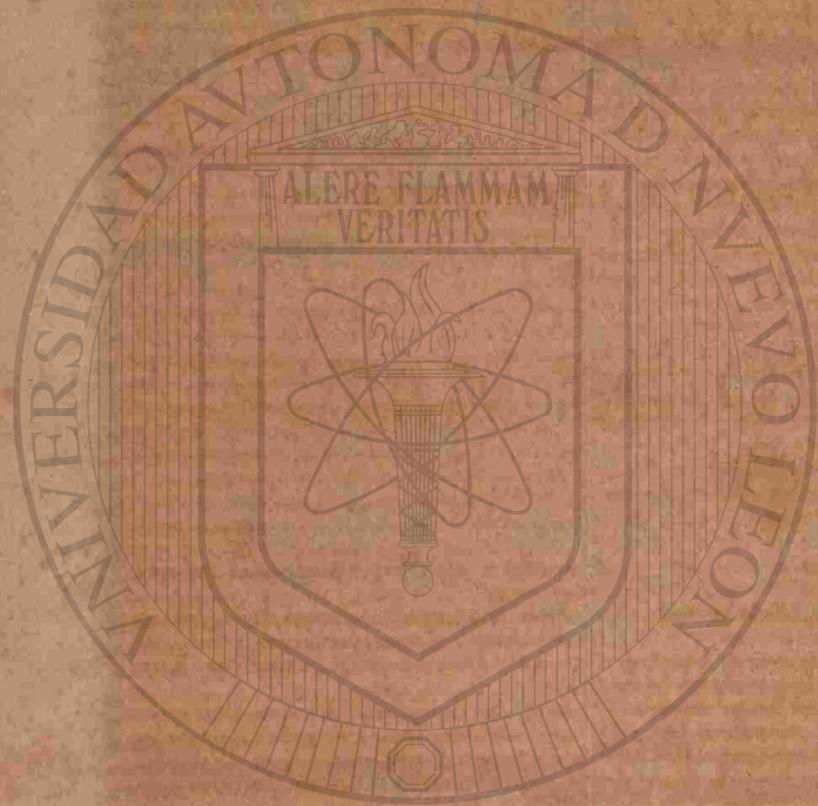
FIN DE LA PRIMERA PARTE.

5 Gregorio Turonense, *sermon* 1 y 2 de la Asuncion.—Damiano y otros.

6 *Libros de los nombres divinos*.—Estos libros de San Dionisio Areopagita han sido despreciados por los protestantes; pero no están menos autorizados por una multitud de testimonios de los mas antiguos padres y doctores de la Iglesia, por el tercer Concilio Canónico de Constantinopla, y por otros mas que no mencionamos.

7 Juvenal, patriarca de Jerusalem, que vivía en el siglo V, escribiendo al emperador Marciano y á la emperatriz Pulcheria, dice que los apóstoles relevándose unos á otros pasaban el día y la noche con los fieles junto al sepulcro de María, mezclando sus voces y sus cánticos con los de los ángeles, que durante tres dias no cesaron de hacer oír las mas celestiales melodías.

8 Una observacion muy juiciosa de Godescardo viene en apoyo de la Asuncion, y consiste en que "ni los latinos ni los mismos griegos, tan amigos de novedades y tan fáciles de persuadir en materia de reliquias, de relaciones y de leyendas; en una palabra, ningún pueblo, ninguna ciudad, ninguna iglesia se ha alabado jamás de poseer los despojos mortales de la santa Virgen, ni parte alguna de su cuerpo. Así, sin prescribir la creencia de la Asuncion corporal de María al cielo, la Iglesia da á entender bastante la opinion á que se inclina." (Godescardo, tom. 14, pág. 449).—Una hermosa iglesia ha sido construida sobre el sepulcro de la santa Virgen, al que se baja por una escalera muy espaciosa que tiene unos cincuenta escalones. El sepulcro está en la parte oriental de la cruz de la iglesia. Hacia la mitad de esta se halla á un lado el sepulcro de san José, y al otro los de San Josquin y Santa Ana. Este hermoso monumento está entre las manos de los cristianos que lo han usurpado á los latinos. [Anales de la propagacion de la fe, tom. 28, pág. 519].



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

PARTE SEGUNDA.

ORIGEN Y ANTIGÜEDAD

DEL

CULTO DE MARÍA.

CAPITULO I.

ORIGEN Y ANTIGÜEDAD DEL CULTO DE MARÍA.

El culto de los santos que algunos hereges nos imputan con tan mala fé á idolatría, y que un ministro de la iglesia protestante no ha vacilado en llamar *la enfermedad de los cristianos del siglo IV*, data tan poco de esa época, respectivamente cercana, que es tradicion apostólica y de origen judaico. Los hebreos pedian á los muertos consejos y curas milagrosas, cuando estos muertos habian sido profetas escogidos de Dios. Los profetas eran sus santos, y santos que leían en el libro abierto del porvenir desde el fondo de la gruta sepulcral, en donde dormían al lado de sus padres. Véase á Saul en la morada de la pitonisa de Endor; la sombra de Samuel, aunque evocada por medio de hechizos que la ley de Moisés condena, aparece, con el permiso del Señor, para asustar al monarca reprobado del cielo. El profeta, envuelto en su manto, sale poco á poco de la tierra con una majestad siniestra; la pitonisa exhala un grito de terror al aspecto de este muerto, á quien ella cree un Dios. Saul, inclinándose ante la sombra de aquel que por tanto tiempo fué el juez supremo de Israel, le interroga sobre el écsito de la batalla que va á dar á los filisteos; y el profeta le responde con una voz que no acompaña ningun sopló de vida, porque su cuerpo está en Ramatha, en donde todo Israel lo ha llorado: "Mañana tú y tu hijo, estareis conmigo! mañana se perderá la batalla, y el Señor abandonará á los filisteos todo el campo de Israel."

Los judíos creían, pues, que sus santos conocían el porvenir.

En el libro cuarto de los Reyes vemos que un muerto resucita tocando los huesos de Eliseo. Hé aquí, pues, cómo los santos de Israel hacían milagros.

En el libro décimo de los Macabeos, leemos que al gran sacerdote Onías, y al profeta Jeremías se les vió, despues de su muerte, orando por el pueblo; y encontramos en la Gemare que Caleb se libertó de las manos de los que le perseguían, porque fué al sepulcro de sus antepasados á suplicarles intercedieran por él, á fin de que pudiese escapar del peligro (1).

Los judíos creían, pues, que la intercesion de los justos que ya habian muerto tenia algun poder.

Desde los primeros tiempos de su establecimiento en Palestina, los israelitas visitaban el sepulcro de Raquel, monumento primitivo compuesto de doce piedras enormes, sobre las cuales cada peregrino escribía su nombre; el sepulcro de José, salvador de Egipto, *cuya osamenta profetizaba* (2), era igualmente un lugar de oracion.

Cuando las tribus de Israel se dispersaron, era tal la muchedumbre de peregrinos que visitaba la gruta sepulcral de Ezequiel, enterrado á las orillas del rio Chobar, donde habia tenido visiones divinas, que los caldeos, temiendo que esas reuniones numerosas no ocultasen bajo el pretexto de la religion algun proyecto de sedicion política, resolvieron destruir estos peregrinos y dispersarlos

1 Wagenseil, *Excorta ex Gem.*
2 *Eclés.*, cap. XLIX, v. 18.

con la punta de la espada; de ello se hubiera seguido infaliblemente una gran mortandad, si el profeta *muerto* no hubiera hecho un milagro para libertar á su pueblo, dividiendo las aguas del Chobar (1). Este sepulcro de un santo de Israel, que estaba rodeado de un suntuoso edificio, y delante del cual ardía de día y de noche una lámpara de oro que los gefes de la cautividad estaban encargados de cuidar no se apagase (2), ha llegado á convertirse en una humilde caverna; pero esta caverna es visitada por todos los judíos del Asia, que nunca pasan junto á Bagdad sin apartarse de su camino para ir á orar en ella.

Al pié del Orontes, cuyas hermosas sombras ondulan sobre mil arroyos argentados que reflejan el esplendor del sol del Asia, existe una ciudad en otro tiempo capital de un reino, y admirada de todos los que á ella llegaban, y que ahora yace tendida en medio de piras destruidas, y de sarcófagos de granito rojo, de templos trastornados llenos de inscripciones escritas en una lengua muerta y perdida: esta ciudad es Ecbatana, la antigua capital de los medos, y hoy la oscura y olvidada Hamadan. En una de sus estremidades se levanta un monumento de ladrillos cuya puerta, segun el antiguo estilo sepulcral del país, es muy pequeña y construida con una piedra muy gruesa; es el sepulcro de una reina bella, joven y piadosa, que despreció á la muerte por salvar su pueblo; de la noble Esther que fué depositada allí, sobre un lecho de marfil realizado de oro y embalsamada con almistle y ámbar, y envuelta en un sudario de seda de China (3), al lado del gran patriota hebreo Mardoqueo (4). Esta tumba ilustre, que los judíos de Persia miran como un lugar de santidad particular, y á donde se dirigen en gran número en la época de la fiesta de Phurim (5), es el objeto de una peregrinacion que dura desde hace dos mil años.

En la edad media, bajo la dominacion saracena y durante una larga sequía que esterilizaba la Siria y la Palestina, amenazando los árabes á los judíos de un degüello general si no caía agua en un día señalado, se reunieron en tropel al rededor de la tumba de Zacarías, que aun subsiste en las inmediaciones de Jerusalem, ayunaron y oraron muchos días cubriéndose con la ceniza y tomando el cilicio para conseguir de Dios, por la intercesion de

1 Benjamin de Toledo, *Itinerario*, pag. 70—80.

2 Epifan., *de Vitis Profetarum*, t. II, pag. 241.

3 "Le construyó un museo al modo de los de los iranienses, (Iran era, antes de Giro, el verdadero nombre del vasto reino que hoy se llama la Persia), llevó su cráneo con almistle y ámbar, envolvió su cuerpo con seda de China, lo colocó sobre un trono de marfil como es costumbre colocar á los reyes, y suspendió su corona sobre él; despues se pintó la puerta de la tumba de encarnado y azul." (Firdousi *Libro de los Reyes*, Key Khosrou.)

4 Viajes de sir Robert Ker Porter en *Armenia y en Persia*.—El sepulcro actual de Esther y de Mardoqueo ocupa el mismo lugar que el antiguo, que fué destruido por Tamerlán.

5 Esta fiesta, que fué instituida en Susa por Mardoqueo y Esther, se celebraba con mucha solemnidad el décimo cuarto ó el décimo quinto día del mes de Ader, que es nuestra luna de Febrero. Los judíos tenían antiguamente la costumbre de hacer una cruz de madera, sobre la que pintaban á Aman á quien arrastraban por la ciudad, á fin de que todo el mundo pudiera verlo. Despues lo quemaban y arrojaban las cenizas al río. El emperador Teodosio les prohibió representar semejante comedia, temeroso de que no hiciera alusion á la muerte de Jesucristo.

este profeta, que los librara de una muerte cierta haciendo llover sobre la tierra.

La costumbre de aplicar á los vivos los méritos de los muertos, es de origen hebraico; la prueba de ello se encuentra en una liturgia de la sinagoga de Venecia. En el oficio intitulado Mazir Nechamot [*recuerdo de las almas*], se lee una oracion concebida en estos términos: "Oyenos, ó Jehovah, por el amor de aquellos que te amaron y que ya no existen; oyenos por el amor de Abraham, de Isaac, de Jacob, de Sara, de Raquel, &c."

Se demuestra, pues, que la invocacion de los santos no es una *invencion católica*.

Ademas de los santos, los judíos oraban á los ángeles, que los antiguos árabes invocaban, y á quienes los asirios, que les atribuían hermosas funciones sobre la tierra, ofrecían sacrificios (6). Jacob confiesa que es deudor á un ángel de haberlo liberado de los males que lo amenazaban, y le ruega bendiga á sus hijos: *Angelus qui eripuit me de cunctis malis benedicat pueris estis* (7); esta oracion se dirige á un ángel. Debe creerse, sin embargo, que los judíos llevaban demasiado lejos el culto de los ángeles, pues que se les atribuía el adorarlos (8). Este culto no ha cesado entre los judíos modernos, sino en la época de la pretendida reforma, en donde lo abandonaron para fraternizar en cierto modo con los innovadores de Alemania. Existe en la biblioteca del Vaticano un manuscrito hebreo, que contiene letanias compuestas por R. Eliezer Hakalir, y en las cuales se le dice al ángel Actariel: "Libertad á Israel de todo conflicto y obtened prontamente su redencion." Se piden gracias semejantes á Barachiet, á Wathiel y á otros príncipes de los ángeles. La letanía acaba diciendo á Miguel: "Príncipe de misericordia, orad por Israel, á fin que domine en una grande elevacion."

Las tumbas de los mártires fueron veneradas desde muy al principio por los cristianos del Asia; la primera donde verosíblemente se ha ido en peregrinacion, fué á la de San Juan Bautista, que es la mas respetada de los orientales, sin distincion de creencia, despues del santo sepulcro y la tumba de la Santísima Virgen. El cuerpo del precursor del Hombre-Dios estaba en Samaria, en donde San Pablo lo visitó en el siglo cuarto; y su cabeza, cuidadosamente embalsamada por sus discípulos, estaba en Hems, de donde fué transportada á Damasco bajo el reinado de Teodosio. Allí la depositaron en una soberbia basílica nombrada de San Zacarías, la que desde entonces tomó el nombre de San Juan. El califa Abdelmeleck se apoderó por me-

6 Entre los persas, cada mes estaba bajo la proteccion de un ángel: se confiaba á los ángeles el cuidado de los mares, de los rios, de los manantiales, de los pastos, de los rebanos, de los árboles, de las yerbas, de las frutas, de las flores y de las semillas; dirigian tambien el curso de los astros; se ofrecian por último oraciones á los ángeles para obtener su proteccion en la desgracia. Los persas modernos sacrifican aún al ángel de la luna. [Firdousi, *Libro de los Reyes*.—Chardin *Viaje en Persia*.]

7 *Gen.*, XLVIII, v. 16.

8 El autor de la *Predicacion de San Pedro*, que es muy antiguo, citado por San Clemente de Alejandria, hace decir á este apóstol que no se debe adorar á Dios con los judíos, porque aunque hagan profesion de no reconocer mas que un solo Dios, adoran á los ángeles. (Clem. alex., I, v.)

dio de la fuerza de esta iglesia, y actualmente el sepulcro venerado del hombre que fué *profeta y mas que profeta*, existe encerrado en una mezquita turca; pero no está allí solitario ni sin honores; los musulmanes vienen á este lugar en peregrinacion, y el célebre Saadi refiere en su Gulistan, que yendo á orar allí, se encontró con varios príncipes de Arabia. Al fin del siglo primero los fieles del Asia Menor se reunian en gran número en Efeso en torno del sepulcro de San Juan Evangelista, cuyas cenizas cuidadosamente recogidas se decía obraban curaciones maravillosas (1). San Estevan, primer mártir, cuyas reliquias hacian tantos milagros atestiguados por San Agustin, y que murió antes de la Santísima Virgen, fué igualmente invocado por los primitivos cristianos, que tambien rindieron culto á los restos benditos de San Ignacio y de San Policarpo (2). San Astero de Amasia nos ha conservado en un sermón sobre los mártires, esta oracion dirigida por una cristiana de los primeros tiempos á un santo cuyo sepulcro visitaba: "Habeis invocado á los mártires antes de serlo vos mismo; buscando habeis hallado: sed, pues, liberal de los bienes que habeis recibido."

Eusebio de Cesarea, que florecia hácia el fin del siglo III, defendiendo nuestros dogmas sagrados contra los sofismas de los idólatras; se apoya en los honores que ellos rendian á sus antiguos héroes para justificar el culto de los santos; y prosigue en estos términos: "Honramos como amigos de Dios á los que han combatido por la verdadera religion; vamos á sus sepulcros, les presentamos nuestros votos, haciendo profesion de creer que somos poderosamente socorridos de Dios por su intercesion (3)."

Estas palabras de Eusebio, que en su doble calidad de obispo y de historiador debía estar bien informado, indican claramente un antiguo uso, una costumbre aprobada por la Iglesia y generalmente recibida. Por otra parte, Vigiliancio y Aerio, enemigos del culto de los santos, fueron tratados públicamente de *novadores* y de *herejes* por San Epifanio, San Gerónimo y San Agustin. ¿Será presumible acaso que estos grandes doctores se hubiesen atrevido á calificar de herejes y de *novadores* á unos hombres que no hubieran trabajado sino en restablecer en su primitiva pureza á la antigua doctrina de la Iglesia? Esta palabra *novadores*, lo dice todo; y no se debe perder de vista que Vigiliancio vivía en una época tan vecina del tiempo

de los apóstoles, que no habia entre ellos y él sino las vidas de tres ancianos!

San Cipriano, que fué martirizado en Cartago el año 261, nos pinta á los cristianos de Alejandria, acudiendo en tropel á los gloriosos sepulcros de los mártires, haciendo en ellos banquetes fúnebres el día de su aniversario, y con tanta prisa para invocarlos, que no esperando aun su muerte, iban á implorar las oraciones de los confesores prisioneros de los paganos, á quienes el tormento dejaba aun algunos restos de vida (4). San Juan Crisóstomo, por su parte, nos enseña que, en su tiempo, los sepulcros de los mártires, eran el mas bello adorno de las capitales; que los días que les eran consagrados, eran días de regocijo; que los dignatarios del imperio y aun el mismo emperador, se despojaban de las fastuosas insignias de su poder antes de atreverse á pasar el umbral de los lugares sagrados en donde se hallaban esos gloriosos sepulcros de los siervos del Dios crucificado.... "Cuánto mas ilustres son esos monumentos levantados á unos proletarios que fueron humildes y pobres entre los hombres, esclama el grande orador cristiano, que las tumbas de muchos grandes de la tierra! Alrededor de los sepulcros de los reyes, solo reina el silencio y la soledad; aquí se agolpa una gran concurrencia (5).

Hé aquí el estado en que se hallaba el culto de *Dulia* (de los santos), que los protestantes califican de *idólatra* y de detestable, en esos siglos en que ellos mismos llamaban los siglos por excelencia, *los siglos puros* (6).

En cuanto al culto de *hyperdulia* [de la Santísima Virgen] que sin ser adoracion, lo cual á Dios no agrada pero que es sin duda muy superior al de los santos, empezó segun la mayor probabilidad en su misma tumba. Los doctores judíos nos han conservado en el Talmud, un hecho histórico largo tiempo desconocido, y por el que consta la remota antigüedad de ese culto piadoso contra el cual se han producido blasfemias. Una tradicion del templo, consignado en sus Toldos, ese libro en donde la Virgen es tratada tan insolentemente, y que sembraron en la Persia, en la Grecia y en todos los lugares en que podía dañar al cristianismo naciente, refiere que los *nazarenos* que venian á orar al sepulcro de la Madre de Jesus, sufrieron una persecucion violenta de parte de los príncipes de la Sinagoga, que costó la vida á cien cristianos, parientes de Jesucristo, por haber erigido un oratorio sobre su tumba (7). Este acto de fanatismo bárbaro del que se vanagloriaban, en un todo conforme con su conducta hácia San Estevan, Santiago y San Pablo, y no teniendo el oratorio erigido sobre un sepulcro venerado cosa alguna que chocase á las tradiciones y costumbres de aquellos hombres; se puede considerar como un hecho auténtico, sin hacer acto de *escesiva credulidad*.

4 S. Cipr., *Epist.* 28.

5 S. Crisóst., *Hom.* 66 ad. pop. antioch.

6 Baillet, en su libro de las tradiciones de los latinos, LIV, c. 16.

7 *Toldos Huld.*, pag. 115.

La tradición testificada con varios monumentos religiosos, asegura que el culto de María es de institución apostólica. San Pedro, yendo á Antioquia, erigió según dicen en una de las ciudades de la antigua Fenicia, un oratorio á la Virgen, y lo inauguró con gran solemnidad: el apóstol San Juan colocó bajo la invocación de su Madre adoptiva la hermosa Iglesia de Sida, la primera Iglesia de Milan fué dedicada á María por San Bernabé apóstol. Nuestra Señora del Pilar en España, y Nuestra Señora del Carmelo en Siria, disputan á estas iglesias la primacía, y tienen una pretensión más atrevida, pero más contestable. Según la tradición española (1), la Santísima Virgen se apareció, antes de su muerte, á Santiago, á orillas del Ebro, y le mandó erigiera una iglesia en el mismo lugar en donde se encontraba. Según la tradición siria, el profeta Agabo, el mismo que predijo el hambre que aconteció bajo el reinado de Claudio, levantó viviendo la Virgen, esa iglesia que se vé en el mar desde tan lejos, y á donde los peregrinos y viajeros de todas las religiones y de todas las naciones del globo reciben, en el nombre de María, una hospitalidad tan tierna. Sin disputar sobre la antigüedad de estos dos santuarios, ciertamente muy venerables, y justamente reverenciados de los pueblos, nos permitiremos decir que es poco probable que la Santísima Virgen, la más humilde de las hijas de Eva, hubiese pedido altares á los apóstoles en el tiempo de su vida. Que el reconocimiento de los pueblos, que la piedad de los apóstoles, se los hayan erigido después de su muerte es una cosa muy puesta en orden; pero que ella los haya ordenado cuando todavía estaba en la tierra, es cuando menos muy dudoso.

En cuanto al oratorio del Carmelo, Flavio Josefo, que habla precisamente de los discípulos de Elías, tratándose de Vespasiano, á quien uno de ellos prometió el imperio, no dice que estuviesen entonces convertidos al cristianismo, y en su relación se dice lo contrario. Esta autoridad negativa es á nuestro entender de mucho peso.

CAPITULO II.

ORIENTE.—LOS ÍDOLOS.

Como lo hemos ya manifestado, el culto de la Madre de Dios tuvo por cuna su mismo sepulcro, y la primera lámpara que se encendió en honor de María, fué una lámpara funeral en derredor de la cual los cristianos de Jerusalem se reunían para orar. Esto no duró mucho tiempo, según parece; la Sinagoga, violenta como todo poder que abriga el temor de sucumbir, y recelosa como todo el que tiene la conciencia de obrar mal, se alarmó con aquellos sencillos homenajes que se tributaban á la Madre del joven Profeta, á quien no solamente había rehu-

1 Cronología Sacra... al año 35 de Cristo

sado de reconocer por el Mesías, á pesar de sus milagros, sino que tratándole de sedicioso é impostor, le había audazmente crucificado entre dos ladrones. Apagó las lámparas, mandó que cesasen los cánticos, y mató sin piedad á los primeros servidores de María. Al menos ella misma lo asegura, y por cierto que era muy capaz de ello! Lo hizo así, no solo por fanatismo, sino también por amor propio, y algo por miedo. No quería, sin duda, que ese Jesus de Nazareth, que había condenado tan injustamente á un suplicio infame, fuese purificado él y los suyos de la afrenta del Gólgota. Le era importuno oír que el Galileo á quien llamaba hijo de Belial, y cuyos milagros trataba de vanos prestigios, era un Dios, y su Madre una gran Santa: además, temía que ese nuevo culto, que se enlazaba á la religión de los sepulcros, apoyado con los milagros incontestables que hacían los apóstoles en Jerusalem, no obrase de un modo irritante sobre el espíritu versátil y móvil de la multitud, y provocase una reacción peligrosa á favor del Profeta crucificado. Luego, así como lo había confesado cándidamente á Pedro y á Juan, ella no quería en manera alguna dar cuenta al pueblo de la sangre del Justo.

Por todas estas consideraciones, los senadores y los príncipes de los sacerdotes dieron un paso más en el camino resbaladizo del crimen, para sostener lo bien juzgado de la sentencia abominable que habían hecho dar á los romanos, y se aplaudieron públicamente de haber ahogado en su nacimiento el culto de la Virgen santísima. Su esperanza inicua quedó, sin embargo, burlada. Los tiranos más furiosos y mejor obedecidos en las tenebrosas fantasías de su crueldad, no pueden destruir el recuerdo, esta flor del alma que se abre, misteriosa y consoladora, en la región inaccesible de las ideas, y que el embate del viento de las persecuciones solo hace arraigar más profundamente. La de la Virgen Madre resistió á este huracán judaico; no se cantó más en la gruta, es verdad; pero siempre se vino á llorar en ella, y las lágrimas que la devoción hace derramar, valen tanto como el incienso de Sabá, que sale también de una corteza hendida, en forma de lágrimas.

Arrancado violentamente por las manos sacrílegas de los príncipes del pueblo reprobado de Dios, el culto de María fué trasplantado por los apóstoles al suelo idólatra del extranjero. Mientras vivieron, se la vió renacer en la Siria, la Mesopotamia, la Asia-Menor, el Egipto y la España. Es verdad que este culto tan tierno y tan poético, y que debía sustituir al culto impuro y seductor de las divinidades del Olimpo, no empezó á brillar no como una pequeña estrella en el zenit de algunas ciudades; porque el cristianismo no fué, en el principio, sino la religión de las ciudades, y tan solo del pueblo bajo de las ciudades. El paganismo, repudiado ya por los espíritus graves, despreciado por los filósofos, molado en los teatros en donde se leía públicamente el testamento del finado Júpiter, y burlado con una malicia volteriana por los jóvenes epicúreos de la corte de los Césa-

res (1), no por eso dejaba de contar todavía un sin número de partidarios: ligado á numerosos intereses, defendido por la preocupación y las supersticiones antiguas, y atraído por el esplendor de sus fiestas, en que se mezclaban todos los recuerdos de gloria, aunque tocase á su fin, deslumbraba todavía. Orguloso de sus ventajas, no temió al hijo del carpintero, ni á la joven hiladora de Nazareth (2). ¿Ni por qué había de temerlos si no los veía? La religión de un Dios pobre y de su humilde y santa Madre, se adelantaba sin hacer ruido por el camino áspero y doloroso del pueblo; ella se dirigía de preferencia al artesano, á la mujer, al esclavo y á todos los que eran pequeños, débiles y oprimidos por la sociedad pagana, esa sociedad profundamente egoísta, codiciosa y corrompida, que se mostraba brillante y fría como sus dioses de mármol.

Muy pronto vino á conocerse que el mundo moral, ese viejo Titan que llegaba á la decrepitud, rejuvenecía bajo la influencia poderosa y oculta de un filtro regenerador. ¿Qué magia había vuelto á ese nuevo Eson la sangre activa y caliente de sus hermosos años? ¿Qué nuevo Prometeo había escalado el cielo para traer al hombre, helado ya por el egoísmo, una chispa del fuego sagrado? Porque no era posible equivocarse; en las entrañas de la sociedad se operaba algo de extraño y de grande, que iba á restituírle su fuerza y vigor juvenil. Palpablemente se le veía transformarse y volver á lo que era en los hermosos tiempos tan sentidos de Horacio, en que despreciaba el fausto, honraba á los dioses, y se vanagloriaba con orgullo de su pobreza. Ya unas manos invisibles, pero perseverantes, parecían haber levantado de las ruinas tendidas entre la yerba, el antiguo altar del Pudor, y los templos austeros de la Fé, del Honor y de la Virtud. La Beneficencia, que no veía ya humear sacrificios desde que los goces materiales eran frenéticamente buscados, volvía á empezar á ser misteriosamente honrada. La antigua igualdad del siglo de Saturno, se mostraba de nuevo en todas partes sobre la haz de la tierra; la Humanidad, en fin, cargaba en sus brazos á los niños que las elegantes matronas de la sociedad pagana, esponían á las orillas de los ríos, en el fondo de los bosques, sobre el borde de los precipicios, en donde las águilas, los perros y las fieras, le arrancaban sus tiernos miembros, sangrientos y palpitantes (3). La Caridad, sosteniendo con mano viril al proletario agobiado bajo el peso del trabajo, tendía la otra al anciano enfermo, abandonado sobre las gradas de los templos. ¡Oh dioses de la Grecia, dioses viajeros que fuisteis hospedados bajo el techo de paja de Filemon y de Baucis! ¡Recorred por ventura otra vez la tierra, para restablecer en ella el

1 Todos saben el chiste de aquel cortesano de Nerón, que injuriado y amenazado por una vieja sacerdotisa, á quien había matado un ánsar sagrado, gritó con acento burlón, arrojándole dos piezas de oro: "Toma, ahí tienes con que comprar dioses y ánsares."

2 Véase Celso.

3 Sobre esta abominable costumbre de esponer los niños abandonados, Filón da pormenores que hacen erizar los cabellos. Los judíos eran los únicos que condenaban entonces ese uso bárbaro.

hermoso reinado de la inocencia y de la virtud? No, porque vosotros sois, como dice la Escritura, unos dioses sordos, dioses impotentes, dioses ciegos, ó más bien dicho, no sois nada!

¡Mirad! En medio de esa sociedad lánguida, risueña, que coronada de rosas bebe en honor de los dioses del Olimpo en copas de oro, se ven de distancia en distancia unos grupos de gentes de facciones nobles y ademan severo, que apartan la vista de esas orgías paganas, con una indignación mezclada de ironía. . . . ¿Acaso son filósofos estoicos? No, porque derraman una lágrima de compasión sobre el indigente que les implora antes de darle, ocultándose la rica limosna que lo admira. ¿Será una vestal aquella joven que camina con las manos unidas y los ojos bajos al lado de su madre, cubierta como ella con un velo? No, porque no tiene ni las cintas bordadas ni la túnica con franjas de púrpura de las amatoe (4); y el pudor es tan solo su único adorno. Esas viudas de veinte años que no vuelven á encender la antorcha del himeneo (5), mientras que las grandes señoras del paganismo cuentan sus divorcios por consulados (6); ¿de dónde vienen? Y esos jóvenes que se inclinan reverentemente ante los ancianos, enrojeciéndose como unos niños, y que en la guerra son valientes como leones, ¿quiénes son? No se les vé en el teatro, no frecuentan el circo, no figuran en las fiestas paganas con guiraldas de flores ó canastas de frutas sagradas en la cabeza, y pasan delante de los templos magníficos de Grecia y de Roma sin entrar á ellos. La vista de un sacrificio los hace huir, y sacuden vivamente sus oscuros mantos cuando por casualidad caen en ellos algunas gotas de agua lustral. En fin, mas bien quisieran morir que tentar las viandas inmoladas á los dioses. ¿Acaso serán impíos, esos hombres cuya mano cierra con oro las llagas horrosas de la miseria, y cuyas costumbres respiran la honestidad? No, porque se reúnen tres veces al día y algunas veces en la noche (7) para orar en comun, con las manos alzadas hácia el cielo, á un Dios desconocido; y sobre el altar de sus antiguos dioses lares, cuya lámpara asida al mármol, arde constantemente (8), se percibe la imagen graciosa de una joven del Asia, medio cubierta en un lige-

4 Las vestales tenían el nombre de amatoe, en memoria de Amata, la primera virgen romana que se consagró al culto de Venus. [Aselu-Gel., lib. 1.º Cap. 12.]

5 La austera continencia de las mujeres cristianas, arrancaba exclamaciones de admiración á los mismos paganos. San Juan Crisóstomo ha referido que el celebre sofista Libanio, de quien recibía lecciones oratorias, sabiendo por él que su madre era viuda desde la edad de veinte años y no había jamás querido tomar un segundo esposo, exclamó volviéndose á su auditorio idólatra: "¡Oh dioses de la Grecia, qué mujeres se encuentran entre esos cristianos!" [Sancti Chrysostomi vita.]

6 Seneca, tratado de los beneficios, I, III.

7 Los primeros cristianos se reunían para orar en las horas de la tarde, sexta y nona, como está anotado en las actas de los apóstoles; pasaban la noche en oración la víspera de las grandes fiestas, y cantaban himnos en honor de Jesucristo, como San Basilio y Sócrates lo atestiguan.

8 Los dioses que nombraban indiferentemente Lares ó Penates, eran los dioses tutelares de las casas. Tenían su culto, se les ofrecía incienso y vino, se coronaban de flores y se encendía una lámpara delante de sus pequeñas estatuas. Se ha encontrado en Lyon en 1506, debajo de tierra, una lámpara de cobre de dos luces,

La tradición testificada con varios monumentos religiosos, asegura que el culto de María es de institución apostólica. San Pedro, yendo á Antioquia, erigió según dicen en una de las ciudades de la antigua Fenicia, un oratorio á la Virgen, y lo inauguró con gran solemnidad: el apóstol San Juan colocó bajo la invocación de su Madre adoptiva la hermosa Iglesia de Sidá, la primera Iglesia de Milán fué dedicada á María por San Bernabé apóstol. Nuestra Señora del Pilar en España, y Nuestra Señora del Carmelo en Siria, disputan á estas iglesias la primacía, y tienen una pretensión más atrevida, pero más contestable. Según la tradición española (1), la Santísima Virgen se apareció, antes de su muerte, á Santiago, á orillas del Ebro, y le mandó erigiera una iglesia en el mismo lugar en donde se encontraba. Según la tradición siria, el profeta Agabo, el mismo que predijo el hambre que aconteció bajo el reinado de Claudio, levantó viviendo la Virgen, esa iglesia que se vé en el mar desde tan lejos, y á donde los peregrinos y viajeros de todas las religiones y de todas las naciones del globo reciben, en el nombre de María, una hospitalidad tan tierna. Sin disputar sobre la antigüedad de estos dos santuarios, ciertamente muy venerables, y justamente reverenciados de los pueblos, nos permitiremos decir que es poco probable que la Santísima Virgen, la más humilde de las hijas de Eva, hubiese pedido altares á los apóstoles en el tiempo de su vida. Que el conocimiento de los pueblos, que la piedad de los apóstoles, se los hayan erigido después de su muerte es una cosa muy puesta en orden; pero que ella los haya ordenado cuando todavía estaba en la tierra, es cuando menos muy dudoso.

En cuanto al oratorio del Carmelo, Flavio Josefo, que habla precisamente de los discípulos de Elías, tratándose de Vespasiano, á quien uno de ellos prometió el imperio, no dice que estuviesen entonces convertidos al cristianismo, y en su relación se dice lo contrario. Esta autoridad negativa es á nuestro entender de mucho peso.

CAPITULO II.

ORIENTE.—LOS ÍDOLOS.

Como lo hemos ya manifestado, el culto de la Madre de Dios tuvo por cuna su mismo sepulcro, y la primera lámpara que se encendió en honor de María, fué una lámpara funeral en derredor de la cual los cristianos de Jerusalén se reunían para orar. Esto no duró mucho tiempo, según parece; la Sinagoga, violenta como todo poder que abriga el temor de sucumbir, y recelosa como todo el que tiene la conciencia de obrar mal, se alarmó con aquellos sencillos homenajes que se tributaban á la Madre del joven Profeta, á quien no solamente había rehu-

1. *Cronología Sacra... al año 35 de Cristo*

sado de reconocer por el Mesías, á pesar de sus milagros, sino que tratándole de sedicioso é impostor, le había audazmente crucificado entre dos ladrones. Apagó las lámparas, mandó que cesasen los cánticos, y mató sin piedad á los primeros servidores de María. Al menos ella misma lo asegura, y por cierto que era muy capaz de ello! Lo hizo así, no solo por fanatismo, sino también por amor propio, y algo por miedo. No quería, sin duda, que ese Jesús de Nazareth, que había condenado tan injustamente á un suplicio infame, fuese purificado él y los suyos de la alienta del Gólgota. Le era importuno oír que el Galileo á quien llamaba hijo de Belial, y cuyos milagros trataba de vanos prestigios, era un Dios, y su Madre una gran Santa: además, temía que ese nuevo culto, que se enlazaba á la religión de los sepulcros, apoyado con los milagros incontestables que hacían los apóstoles en Jerusalén, no obrase de un modo irritante sobre el espíritu versátil y móvil de la multitud, y provocase una reacción peligrosa á favor del Profeta crucificado. Luego, así como lo había confesado cándidamente á Pedro y á Juan, ella no quería en manera alguna dar cuenta al pueblo de la sangre del Justo.

Por todas estas consideraciones, los senadores y los príncipes de los sacerdotes dieron un paso más en el camino resbaladizo del crimen, para sostener lo bien juzgado de la sentencia abominable que habían hecho dar á los romanos, y se aplaudieron públicamente de haber ahogado en su nacimiento el culto de la Virgen santísima. Su esperanza incierta quedó, sin embargo, burlada. Los tiranos más furiosos y mejor obedecidos en las tenebrosas fantasías de su crueldad, no pueden destruir el recuerdo, esta flor del alma que se abre, misteriosa y consoladora, en la región inaccesible de las ideas, y que el embate del viento de las persecuciones solo hace arraigar más profundamente. La de la Virgen Madre resistió á este huracán judaico; no se cantó más en la gruta, es verdad; pero siempre se vino á llorar en ella, y las lágrimas que la devoción hace derramar, valen tanto como el incienso de Sabá, que sale también de una corteza hendida, en forma de lágrimas.

Arrancado violentamente por las manos sacrílegas de los príncipes del pueblo reprobado de Dios, el culto de María fué trasplantado por los apóstoles al suelo idólatra del extranjero. Mientras vivieron, se la vió renacer en la Siria, la Mesopotamia, la Asia-Menor, el Egipto y la España. Es verdad que este culto tan tierno y tan poético, y que debía sustituir al culto impuro y seductor de las divinidades del Olimpo, no empezó á brillar no como una pequeña estrella en el zenit de algunas ciudades; porque el cristianismo no fué, en el principio, sino la religión de las ciudades, y tan solo del pueblo bajo de las ciudades. El paganismo, repudiado ya por los espíritus graves, despreciado por los filósofos, molado en los teatros en donde se leía públicamente el testamento del finado Júpiter, y burlado con una malicia volteriana por los jóvenes epicúreos de la corte de los Césa-

res (1), no por eso dejaba de contar todavía un sin número de partidarios: ligado á numerosos intereses, defendido por la preocupación y las supersticiones antiguas, y atraído por el esplendor de sus fiestas, en que se mezclaban todos los recuerdos de gloria, aunque tocase á su fin, deslumbraba todavía. Orgullosa de sus ventajas, no temió al hijo del carpintero, ni á la joven hiladora de Nazareth (2). ¿Ni por qué había de temerlos si no los veía? La religión de un Dios pobre y de su humilde y santa Madre, se adelantaba sin hacer ruido por el camino áspero y doloroso del pueblo; ella se dirigía de preferencia al artesano, á la mujer, al esclavo y á todos los que eran pequeños, débiles y oprimidos por la sociedad pagana, esa sociedad profundamente egoísta, codiciosa y corrompida, que se mostraba brillante y fría como sus dioses de mármol.

Muy pronto vino á conocerse que el mundo moral, ese viejo Titan que llegaba á la decrepitud, rejuvenecía bajo la influencia poderosa y oculta de un filtro regenerador. ¿Qué magia había vuelto á ese nuevo Eson la sangre activa y caliente de sus hermosos años? ¿Qué nuevo Prometeo había escalado el cielo para traer al hombre, helado ya por el egoísmo, una chispa del fuego sagrado? Porque no era posible equivocarse; en las entrañas de la sociedad se operaba algo de extraño y de grande, que iba á restituírle su fuerza y vigor juvenil. Palpablemente se le veía transformarse y volver á lo que era en los hermosos tiempos tan sentidos de Horacio, en que despreciaba el fausto, honraba á los dioses, y se vanagloriaba con orgullo de su pobreza. Ya unas manos invisibles, pero perseverantes, parecían haber levantado de las ruinas tendidas entre la yerba, el antiguo altar del Pudor, y los templos austeros de la Fé, del Honor y de la Virtud. La Beneficencia, que no veía ya humear sacrificios desde que los goces materiales eran frenéticamente buscados, volvía á empezar á ser misteriosamente honrada. La antigua igualdad del siglo de Saturno, se mostraba de nuevo en todas partes sobre la haz de la tierra; la Humanidad, en fin, cargaba en sus brazos á los niños que las elegantes matronas de la sociedad pagana, esponían á las orillas de los rios, en el fondo de los bosques, sobre el borde de los precipicios, en donde las águilas, los perros y las fieras, le arrancaban sus tiernos miembros, sangrientos y palpitantes (3). La Caridad, sosteniendo con mano viril al proletario agobiado bajo el peso del trabajo, tendía la otra al anciano enfermo, abandonado sobre las gradas de los templos. ¡Oh dioses de la Grecia, dioses viajeros que fuisteis hospedados bajo el techo de paja de Filemon y de Baucis! ¡Recorreis por ventura otra vez la tierra, para restablecer en ella el

1. Todos saben el chiste de aquel cortesano de Nerón, que injuriado y amenazado por una vieja sacerdotisa, á quien había matado un ánsar sagrado, gritó con acento burlon, arrojándole dos piezas de oro: "Toma, ahí tienes con que comprar dioses y ánsares."

2. Véase Celso.

3. Sobre esta abominable costumbre de esponer los niños abandonados, Filón da pormenores que hacen erizar los cabellos. Los judíos eran los únicos que condenaban entonces ese uso bárbaro.

hermoso reinado de la inocencia y de la virtud? No, porque vosotros sois, como dice la Escritura, unos dioses sordos, dioses impotentes, dioses ciegos, ó mas bien dicho, no sois nada!

¡Mirad! En medio de esa sociedad lánguida, risueña, que coronada de rosas bebe en honor de los dioses del Olimpo en copas de oro, se ven de distancia en distancia unos grupos de gentes de facciones nobles y ademan severo, que apartan la vista de esas orgías paganas, con una indignación mezclada de ironía. . . . ¿Acaso son filósofos estóicos? No, porque derraman una lágrima de compasión sobre el indigente que les implora antes de darle, ocultándose la rica limosna que lo admira. ¿Será una vestal aquella joven que camina con las manos unidas y los ojos bajos al lado de su madre, cubierta como ella con un velo? No, porque no tiene ni las cintas bordadas ni la túnica con franjas de púrpura de las *amatoo* (4); y el pudor es tan solo su único adorno. Esas viudas de veinte años que no vuelven á encender la antorcha del himeneo (5), mientras que las grandes señoras del paganismo cuentan sus divorcios por consulados (6); ¿de dónde vienen? Y esos jóvenes que se inclinan reverentemente ante los ancianos, enrojeciéndose como unos niños, y que en la guerra son valientes como leones, ¿quiénes son? No se les vé en el teatro, no frecuentan el circo, no figuran en las fiestas paganas con guirrealdas de flores ó canastas de frutas sagradas en la cabeza, y pasan delante de los templos magníficos de Grecia y de Roma sin entrar á ellos. La vista de un sacrificio los hace huir, y sacuden vivamente sus oscuros mantos cuando por casualidad caen en ellos algunas gotas de agua lustral. En fin, mas bien quisieran morir que tentar las viandas inmoladas á los dioses. ¿Acaso serán impíos, esos hombres cuya mano cierra con oro las llagas horrosas de la miseria, y cuyas costumbres respiran la honestidad? No, porque se reúnen tres veces al día y algunas veces en la noche (7) para orar en comun, con las manos alzadas hácia el cielo, á un Dios desconocido; y sobre el altar de sus antiguos dioses lares, cuya lámpara asida al mármol, arde constantemente (8), se percibe la imagen graciosa de una joven del Asia, medio cubierta en un lige-

4. Las vestales tenían el nombre de *amatoo*, en memoria de Amata, la primera virgen romana que se consagró al culto de Venus. [Aselu-Gel., lib. 1.º Cap. 12.]

5. La austera continencia de las mujeres cristianas, arrancaba exclamaciones de admiración á los mismos paganos. San Juan Crisóstomo ha referido que el celebre sofista Libanio, de quien recibía lecciones oratorias, sabiendo por él que su madre era viuda desde la edad de veinte años y no había jamás querido tomar un segundo esposo, exclamó volviéndose á su auditorio idólatra: "¡Oh dioses de la Grecia, qué mujeres se encuentran entre esos cristianos!" [Sancti Chrysostomi vita.]

6. Seneca, tratado de los beneficios, I, III.

7. Los primeros cristianos se reunían para orar en las horas de la tarde, sexta y nona, como está anotado en las actas de los apóstoles; pasaban la noche en oración la víspera de las grandes fiestas, y cantaban himnos en honor de Jesucristo, como San Basilio y Sócrates lo atestiguan.

8. Los dioses que nombraban indiferentemente Lares ó Penates, eran los dioses tutelares de las casas. Tenían su culto, se les ofrecía incienso y vino, se coronaban de flores y se encendía una lámpara delante de sus pequeñas estatuas. Se ha encontrado en Lyon en 1506, debajo de tierra, una lámpara de cobre de dos luces,

ro manto azul (1) teniendo en sus brazos á un niño divino. Esta mujer, cuya mirada serena y límpida como las olas del mar Egeo cuando el zéfiro las roza con solo la punta de sus ligeras alas, es la emperatriz del pudor, de la castidad y de la misericordia: es la protectora del honor, y del hogar, es, en una palabra, esa dulce Virgen María á quien los griegos han dado el hermoso nombre de *Panagia*, que quiere decir toda santa.

El Asia se disputa el honor de ser la primera en haber levantado oratorios y capillas bajo la invocación de María; el mas antiguo de estos santuarios fue Nuestra Señora de Tortosa, que el mismo San Pedro fundó, según las tradiciones de Oriente sobre las costas de Fenicia. Estas primeras iglesias sirias no fueron al principio mas que edificios muy sencillos con techos de cedro y ventanas enrejadas. El altar estaba vuelto hacia el occidente, como el de Jerusalem, y una ensambladura cerraba el coro, en memoria del célebre velo del Santo de los Santos. En esas iglesias habia cruces; y asimismo hubo desde el principio imágenes de María, pues que la tradición refiere que estaba pintada sobre una de las columnas de la hermosa iglesia de Lidda, que le habia dedicado su hijo adoptivo; y que San Lucas regaló á la catedral de Antioquia un retrato de la Virgen pintado por él mismo. Esta imagen, á la cual aseguraban que la Madre de Dios habia llenado de favores, llegó á ser tan célebre que la emperatriz Pulcheria la mandó traer á Constantinopla, en donde construyó una magnífica iglesia para colocarla.

Edesa, la capital de aquel rey Abgar que estuvo á punto de hacer la guerra á los judios para vengar la muerte de Nuestro Señor, y que solo el temor de atraerse el enojo de los romanos, sus señores, pudo contenerle, tuvo también, según refiere Eusebio, desde el siglo primero, su iglesia de Nuestra Señora, adornada con una imagen milagrosa. El Egipto se vanagloria de haber tenido, por la misma época su iglesia de Nuestra Señora de Alejandría; y Zaragoza la española, que entonces se llamaba Cesar-Augusta, su celebre santuario de Nuestra Señora del Pilar. Pero en ninguna parte del mundo se acogió con mas entusiasmo el culto de María que en el Asia Menor. Efeso, en donde el recuerdo de la Santísima Virgen palpita aún, construyó en honor de María, la *Miriam*, soberbia catedral donde se celebró, en el siglo quinto, el famoso concilio que le aseguró su bello título de Madre de Dios.

Este ejemplo fué seguido de un extremo á otro del inmenso imperio romano. La Frigia cristiana ya, olvidó sus dioses troyanos cantados por Homero; la Capadocia dejó apagarse, por falta de pábulo, los fuegos sagrados que los persas habian en-

cuya cadena estaba sellada en un pedazo de mármol, sobre el cual se leía esta inscripción:

*Laribus Sacrum.
P. F. Romum.*

Lo cual quiere decir: *Publica felicitati Romanorum.*

1 En las mas antiguas imágenes de la Virgen, esas imágenes pintadas sobre madera, cuya remota antigüedad no está comprobada, llevaban casi siempre un velo azul.

cendido al lado de los templos elegantes de las divinidades de la Grecia; y las cavernas que en otros tiempos prestaron sus bóvedas sombrías á los sangrientos misterios de Mithra (2), vinieron á ser durante las persecuciones religiosas, que en ninguna parte estallaron con mas furor que entre esas colonias griegas, un lugar de refugio para los cristianos y para su Dios proscripto. En fin, los dioses de la Grecia, aquellos dioses indígenas, salidos de la espuma brillante del mar Egeo, nacidos bajo las palmeras aun existentes de las Cicladas ó arrollados á la sombra de los bosques que coronan las altas montañas de Creta, fueron abandonados por el Dios muerto sobre el Calvario y la Virgen de Nazareth, y tan bien y tan completamente abandonados, que Plinio el joven á su llegada á la Bitinia, de donde acababa de ser nombrado gobernador, escribia á Trajano que el cristianismo habia invadido no solamente las ciudades, sino también los campos, de manera que habia encontrado los templos de los dioses del imperio desiertos y abandonados (3).

El Asia Menor poseyó, desde los primeros tiempos imágenes milagrosas de Nuestra Señora. Las dos mas célebres eran la de Didimia, en donde San Basilio iba á orar por la iglesia afligida durante el reinado de Juliano, y la de Sosopoli, imagen pintada sobre madera, de la cual destilaba un aceite maravilloso que obraba curaciones sorprendentes, que dieron motivo á una cuestion en el segundo concilio de Nicea.

La Grecia, esta brillante patria de las letras y de las artes, no tardó en tributar honores á María. En tiempo de San Pablo, Corinto, donde la libertad griega, semejante á una lámpara que se apaga, habia dilatado sus últimos resplandores antes de espirar, se convierte casi enteramente al cristianismo. Al principio se reunieron los fieles en los vastos salones de las casas particulares, en donde la Virgen fué solemnemente invocada. Poco á poco se vaciaron los templos del paganismo, y cien años despues los viajeros y los curiosos subian solos los declives escarpados del Acro-Ceramio, para visitar el templo de Venus, cuyos altos pórticos, elevándose sobre el océano de verdura que los circundaban, se dibujaban sobre el azul suave y apacible del cielo griego. La diosa protectora de los corintios habia sido destronada por la Mujer Santa que reabilitaba en su patria voluptuosa el pudor desconocido y la maternidad menospreciada. Gracias á ella, los placeres puros de la familia, los honestos gozes del hogar, se sustituyeron sin es-

2 El culto de Mithra, antes de venir á Grecia y á Roma, habia pasado de la Persia á la Capadocia, en donde Estrabon, que habia viajado por allí, dijo haber visto un gran número de sacerdotes de Mithra. Los misterios de esta divinidad que se celebraban en el fondo de las cavernas, eran una cosa horrible según los santos Padres. En ellos se inmolvaban víctimas humanas, como aparece de un hecho que refiere Socrates en su Historia eclesiástica, á saber: que los cristianos de Alejandría habiendo descubierto una cueva cerrada hacia mucho tiempo, en la cual decia la tradición que en otros tiempos se habian celebrado los misterios de Mithra, encontraron en ella osamentas y cráneos humanos que se sacaron de allí para enseñarlos al pueblo de aquella gran ciudad.

3 Plin, lib. 10, epis. 97.

fuerzo á los desórdenes vergonzosos, á las orgías gigantescas, á las costumbres depravadas de esa pequeña república que se habia siempre visto figurar en primer término, entre los pueblos corrompidos. Corinto transfigurado llegó á ser una Esparta cristiana, y el elogio que San Clemente papa hizo de su iglesia hácia el fin del siglo primero, da una idea maravillosa de su fervor.

La Arcadia, cuyos bosques estaban poblados de dioses campestres, y en donde cada gruta salvaje, cada manantial murmurante tenia su altar dedicado, abjuró tambien aunque con menos presteza, el culto de Pan y de las ninfas por el culto de la humilde Virgen, cuyo Niño divino habia querido recibir por primer homenaje la sencilla adoración de los pastores. Pero como las supersticiones antiguas son mas difíciles de desarraigar en las campiñas que en cualquiera otra parte, creyeron todavía largo tiempo, en las pequeñas aldeas de Arcadia, que Diana cazaba en el fondo de los estensos bosques del Menalo y del Liceo. Los jóvenes y crédulos pastores, participando de las creencias cristianas y de las supersticiones de sus abuelos, se imaginaban ver algunas veces, al resplandor dudoso de la luna, hermosas driadas blancas entre los árboles, náyades inclinando sus cabezas pensativas á la orilla de los manantiales, ó napeas bailando sobre los botones de oro y las margaritas de las praderas. Pero hácia el tiempo de Constantino, la Virgen Santa habia vencido definitivamente á la naturaleza divinizada; y las numerosas iglesias de su nombre, que adornan aún los sitios agrestes de la patria de los antiguos Pelagios, testifican la adhesión profunda de los arcadios á su culto.

La Elida construyó igualmente muy al principio una iglesia en honor de la Santísima Virgen á orillas del Alfeo, de su rio consagrado á las aventuras amorosas, y como estaba rodeada de soberbias viñas, le dió el nombre de Nuestra Señora de las Uvas.

La Macedonia se adelantó á la Grecia propiamente dicha, en el culto de María. Tesalónica tenia un obispado en tiempo de los apóstoles, y aun se ve allí una soberbia basílica con columnas de jaspe, que el pueblo de Alejandro habia dedicado á la Santísima Virgen, y que los turcos han convertido en una mezquita (1).

Neron, viajando por el Peloponeso, no se habia atrevido á pasar las fronteras de la Laconia: la sombra austera de Esparta le infundia temor. Pues bien, la dulce y tímida Virgen de Galilea fué mas valerosa que el César: pasó el Eurotas, que oculta sus ondas humilladas bajo laureles y rosales, y se presentó al pueblo de Leonidas, cuya antigua virtud se habia bañado en las aguas amargas, pero fortificantes de la pobreza. Acogiósele con entusiasmo, y se apresuraron á construir la mas hermosa iglesia de la Grecia á la joven Virgen extranjera, que venia á enseñar á las hijas de Esparta el pudor y la modestia.

Desde entonces, María reina en Esparta con un

1 Wheeler's Travels.

poder absoluto; para ella se abren las primeras violetas que el Eurotas ve florecer en sus orillas; ante su imagen, pintada de rojo y de azul sobre las paredes de sus moradas, es en donde las jóvenes de Lacedemonia encienden todas las noches una lámpara de barro ó de bronce; acción piadosa que los improvisadores griegos que hacen el elogio fúnebre de los muertos, no dejan de celebrar el día de sus funerales. En fin, los habitantes de la Laconia sustituyeron el nombre de Cristo y de la Virgen, en todos los lugares en donde sus abuelos colocaban el nombre de Júpiter, como una aseveración de su nueva creencia; y este juramento se ha hecho tan usual, que los turcos de Misistra, antes de la revolución griega, en lugar de jurar por Allah y por Mahoma, como los demas osmanlis, juraban como los griegos de Esparta por la Virgen Santísima (2).

La elegante y sabia Atenas; célebre por sus monumentos, los mas hermosos del mundo, y por sus escuelas que frecuentaban la flor de la juventud estudiosa de la Europa y del Asia, tardó mas en convertirse al cristianismo que las demas comarcas de la Grecia. Tuvo no obstante desde los primeros tiempos un obispo y una iglesia dedicada á María Nuestra Señora *Spiliotissa* [de la gruta]; pero el politeísmo se mantenía siempre allí bajo la brillante égida de Minerva, y Atenas estaba á la vez llena de iglesias cristianas y de ídolos. En una de esas iglesias fué en donde Juliano el apóstata, por orden del emperador Constancio, hizo el oficio de lector; pero solo en el Partenon era en donde iba á soñar, leyendo á Homero, en el restablecimiento de la idolatría.

Que el culto de la Santísima Virgen ha influido poderosamente en la propagación del Evangelio en Grecia y en Asia, es un hecho que las costumbres y los gustos de los levantinos habrian hecho muy probable, aun cuando no hubiera testificado San Cirilo á presencia de todos los obispos del Oriente, en un discurso pronunciado ante el primer concilio de Efeso. "¡Salud, María, Madre de Dios! decia este Santo y sabio obispo, gracias á vos, en las ciudades, en las aldeas y en las islas han sido fundadas numerosas iglesias por los que han recibido la verdadera fé (3)."

Al otro lado del grande Océano, muchas tribus árabes se habian convertido al cristianismo y honraban solemnemente á María, la *Sultana del cielo*, como la llaman aún. Sentados bajo las palmeras ó de los tamarindos, cuya sverdes ramas florecen á orillas de los manantiales salobres, y aspirando con delicia la frescura que esparce el viento de la noche en sus arenas abrasadoras (4), los narradores de las tribus cristianas referian á la clari-

2 Ponqueville, *Viaje á la Morea*, t. I.

3 S. Cyr. alex. *oper.*, tom. V, pág. 2.

4 Mientras que el sol está sobre el horizonte, por causa del calor excesivo, los árabes se están por lo comun bajo sus tiendas. Salen de ellas cuando se va á poner, y gozan entonces de los encantos del mas hermoso cielo y de la frescura mas grata. La noche es para ellos lo que el día es para nosotros. Por esto sus poetas no celebran jamas los gozes de un hermoso día; pero estas palabras: Léilil! léilil! oh noche! oh noche! están repetidas en todas sus canciones.—[Sav., nota sobre el cap. 7 del Koran.]

dad de esas lámparas eternas de Dios, que creen prendidas con cadenas de oro á la bóveda del firmamento (1), los hechos principales de la vida de la Santísima Virgen, coloreándolos de ese tinte maravilloso que tanto agrada á los hijos de Ismael. Decían, apoyándose en el evangelio árabe, de la infancia y las tradiciones del desierto, cómo los ángeles santos traían á la Virgen, en el templo adonde su tutor Zacarías la había colocado, dátiles admirables, uvas amarillas, higos más dulces que la miel, y flores odoríferas cogidas en los jardines celestes que abundan en las márgenes de arroyos cristalinos: pues el Paraíso, en los climas calientes, se ha imaginado siempre con frescas aguas y hermosos bosques. Después, contaban siempre á su manera, los prodigios del nacimiento de Jesús, que llaman aún *al milad* [el nacimiento por excelencia]. Según ellos, había nacido en un desierto, á orillas de un manantial y al pie de una palmera desecada, sin ramas y sin hojas, la que se cubre improvisamente de hojas y de frutos á la voz del ángel Gabriel, que Dios había enviado á María para enjugar sus lágrimas. Estas relaciones maravillosas aumentaban su veneración por la Virgen Santísima, y en algunas apartadas regiones creían poder adorar en el cielo á la que los ángeles habían servido en la tierra; y en efecto, le ofrecieron oblaciones de tortas amasadas con harina y miel; de donde les vino el nombre de *collyridios*, de la palabra *collirio* [torta]. San Epifanio les reprendió vivamente por este culto que escedía los límites permitidos, y les hizo entender que la oblación y el sacrificio no deben ofrecerse sino á Dios.

Por otra parte, los árabes idólatras habían colocado la imagen de María en la *Caaba*, entre un gran número de los ángeles que representaban bajo la figura de mujeres jóvenes á quienes llamaban *las hijas de Dios* (2). María, á quien habían hecho hermana de esos espíritus puros, recibía con ellos los honores divinos. Se le inmolaban víctimas adornadas de hojas y de flores; se le ofrecían las primeras espigas de las mieses, así como los primeros dátiles de las palmeras, y en unos vasos de oro, la leche espumosa de las hembras de los camellos consagrados á este culto (3). La imagen de la Santísima Virgen, teniendo en sus brazos al divino Niño, quedó en el templo de la Meca hasta el tiempo de Mahoma, que la mandó quitar de allí con los genios y los ángeles.

El santo nombre de María empezaba á invocarse entre los pueblos que habitan entre el mar Caspio y el Ponto Euxino; pero los santuarios de la Judea y los sitios de la Redención estaban, ¡ay! profanados por ídolos griegos y sirios, que no se destruyeron sino hasta el reinado de Constantino.

1 El primer cielo es de plata pura; en su hermosa bóveda están suspendidas las estrellas con fuertes cadenas de oro.—[*Koran*, la leyenda de Mahoma, por Savary, pág. 15.]

2 Geladeddin, nota sobre el cap. 16 del *Koran*.
3 Los árabes idólatras tenían muchas hembras de camello consagradas á los dioses de la *Caaba*; la nata de su leche servía para hacer libaciones.—[Savary, en una nota sobre el cap. 5 del *Koran*.] Los habitantes de la Meca ofrecían una parte de sus frutas y de sus ganados á Dios, y otra á sus ídolos.—[Geladeddin, nota sobre el cap. 6 del *Koran*.]

La estatua de Júpiter se elevaba sacrílegamente en el lugar en que María llorando había visto crucificar á Cristo, y era un Adonis al que se sacrificaba en la gruta de Bethlem!

CAPITULO III.

OCCIDENTE.—LAS CATAUMBAS.

La viña santa del cristianismo daba ya sus frutos en el Asia, extendiendo sus pámpanos sagrados sobre una multitud de pueblos (4); pero sus raices se extendían con mas lentitud hácia el Occidente. Roma, profundamente idólatra; Roma embriagada con la sangre de los mártires, que hacia correr como el agua, defendía el politeísmo con todo su poder, y este poder se extendía sobre todo un mundo. En Oriente, una señal misteriosa, que hacia estremecer á Satanás en el fondo de sus abrasados reinos, anunciaba que el reino de Dios estaba ya próximo; pero en Italia y en las regiones situadas mas allá de los Alpes, el cristianismo se hallaba todavía en el estado de sociedad secreta: en ella se filiaban los creyentes con mucha precaucion y misterio; reconocíanse con algunas señales convenidas, y la señal de la cruz, cuyo origen se ignora, era sin duda uno de esos signos misteriosos que revelaban un cristiano desconocido á sus hermanos diseminados entre la multitud. No era porque los cristianos de los países del Occidente fuesen pocos; hubieran ya podido formar ejércitos; pero perseguidos por los gobernadores idólatras, cazados como fieras y no encontrando ningun apoyo en las leyes romanas, que no los alcanzaban sino para castigarlos, vivían separados como esas gotas de lluvia que el Señor derrama sobre la yerba; que no se aglomeran entre sí, y que no esperan nada de los hijos de los hombres (5).

Las primeras iglesias latinas fueron capillas domésticas, y los primeros altares, cofres de madera portátiles como el arca, de la cual tenían la forma y los anillos de bronce (6). Estas iglesias primitivas de Roma, que existían ya antes de la llegada de San Pablo, se componían en gran parte de griegos y de judíos convertidos al cristianismo; pero el pueblo romano oyó muy pronto hablar de esa nueva ley que enseña que los hombres son hermanos, que son iguales y que deben amarse recíprocamente. La encontró hermosa y santa; quiso seguirla y vino en tropel á recibir el agua re-

4 Sabemos por Arnobe y Eusebio, que el Evangelio, en los tres primeros siglos, se propagó mas allá de la dominación romana, entre los persas, los partos, los escitas, y aun muchos otros que no citan.—[Arnob., *Adv. Gentes*, lib. II, cap. 12.—Euseb., *Demonstr. Evang.*, lib. III, cap. 5.]

5 Mich., V, 7.

6 Uno de esos altares, sobre los que se cree que San Pedro celebró el oficio divino y que el papa San Silvestre encerró bajo el altar mayor de San Juan de Letran, fué examinado el 29 de Marzo de 1658, bajo Alejandro VII, por el caballero Baromini, de acuerdo con el sacristan mayor de la Basílica; tiene cuatro palmos de largo, sobre ocho palmos de ancho. Su forma es la de un cofre. Se trasportaba el altar por medio de muchos anillos.

generadora del bautismo. "Entonces vieron con una profunda sorpresa, dice Tácito, que Roma encerraba una multitud increíble de cristianos (1). Los sacerdotes de los ídolos se conmovieron; Neron, emperador y pontífice supremo, se alarmó, y las persecuciones empezaron (2)."

Reuníanse al principio donde se podía, como respondió San Justino mártir al prefecto de Roma, que quiso saber en qué sitio se tenían las reuniones cristianas, y que por fin no llegó á averiguarlo; pero las salas y los cuartos altos de las casas particulares eran demasiado pequeñas, y las pesquisas del senado de día en día mas rigurosas, por lo cual fué preciso buscar un templo bastante espacioso para contener una gran multitud de pueblo, y bastante oculto para libertarse de las investigaciones de esa nube de delatores, que era entonces para el imperio un azote comparable á las plagas de Egipto. Algunos cristianos de corazón atrevido propusieron las catacumbas. Allí se encontraban salas inmensas y tenebrosas galerías interminables, en donde la obscuridad era tan profunda, dice San Jerónimo, que parecia que uno bajaba en vida al sepulcro, y cuyas paredes estaban revestidas de cuerpos inhumados. Este laberinto de ataúdes, con salidas ocultas, donde el que se internaba sin guía encontraba la muerte; esas bóvedas vertiginosas, bajo las cuales reinaban el silencio y el terror de los sepulcros, no asustaron á los primeros fieles de Roma. El domingo, que se llamaba entonces el día del sol, se reunían en esa pavorosa iglesia metropolitana para leer los escritos de los apóstoles ó de los profetas; despues ofrecían sobre un altar de piedra bruta el sacrificio del pan y del vino, precedido de un sermón y seguido de una colecta para la pobres (3). Algunas toscas pinturas representando al Salvador ó á María, que aun se pueden ver medio borradas en las catacumbas de Nápoles y de Roma, eran el único adorno de ese lugar de oración, cuya asistencia se componía de diez generaciones difuntas y una generación viva. ¡Qué templo! En lugar de vasos de oro incrustados de piedras preciosas, cálices de madera! En lugar de lámparas romanas de plata maciza, antorchas lúgubres; en lugar de ópimos despojos, los terribles trofeos del ángel de la muerte! Al lado, enfrente, delante y atrás del sitio en donde se agolpaba la asamblea de los fieles, largas avenidas subterráneas en donde brillaban algunas veces antorchas lejanas, y donde se movían figuras con sus velos echados que parecían ambulantes espectros! Bajo los piés, el polvo de una república entera que se había llevado sus virtudes entre los pliegues de su gran sudario: en lo interior el ter-

ror, y en lo exterior, en caso de sorpresa, el anfiteatro, cuya área estaba enrojecida como una llaga de la que la sangre de los cristianos corria en arroyos.

Cuando se reflexiona en todo esto, se pregunta uno lleno de estupor: ¿quiénes eran esos héroes que venían á desafiar todos estos terrores...? Esos héroes arrostraban el miedo y la muerte, no eran sino ignorantes proletarios, criados en medio de los augurios, de los presagios y de millares de temores supersticiosos del paganismo; eran vírgenes tímidas acostumbradas á florecer lejos del mundo, como las rosas solitarias (5), opulentas y hermosas patricias servidas por legiones de esclavos que dormían en lechos de oro macizo, que comían sobre mesas de oloroso limonero, que habitaban en aposentos artesonados de marfil, y que andaban sobre baldosas de mármol sembrado de polvo de plata ó de oro; jóvenes envueltos en ricos mantos de escarlata, y cuyos nombres eran: *Anicio, Olibrio, Probo y Graco* (6), la flor del patriciado; caballeros en fin, que se reconocían por su anillo ecuestre; grandes oficiales del palacio, tribunales del pueblo, favoritos, parientes del César, y cuyos hijos estaban designados para sucederle en el imperio (7). ¿Qué mas...? Princesas imperiales que atravesaban de noche, escoltadas por algunos esclavos fieles, el átrio de su palacio de oro del monte Palatino, y se escapaban como crisálidas fuera de la ciudad de Romulo para ir á adorar en el fondo de las catacumbas al *Galileo*, como decia con desdénoso desprecio la alta aristocracia idólatra. é invocar á esa dulce Virgen María, por quien las nobles descendientes de los Gracos y de los Scipiones abandonaron su templo favorito de Juno-Lucina (8).

Si el Tiber se desbordaba, si faltaba la lluvia ó acontecía un gran terremoto, el pueblo romano, para conjurar estos males, gritaba, según su costumbre: "¡Los cristianos á las fieras (9)!" Se llevaban ante el altar ataúdes llenos de osamentas recogidas en el anfiteatro, y entonces un canto de triunfo, suavemente salmodiado, elevándose del seno de la tierra, iba á confundirse con el ruido continuo de los ríos que los acueductos llevaban por encima de las murallas de Roma, y con el dulce y ligero susurro de los grandes álamos de Italia, que imita el murmullo de los arroyos. Frecuentemente el obispo, que era un santo anciano, apoyado sobre un báculo de verdadero pastor, reprendía á los desertores del campo de las riquezas, que venían á adorar al rey pobre con un resto de ape-

5 S. Ambr., de Virg., lib. I, cap. 8.

6 Véase á Prudencio en sus dos libros contra Simaco. Según este autor, la familia de Anicio fué la primera familia patricia que abrazó el cristianismo en Roma.

7 Flavio Clemente, primo hermano de Domiciano, cuyos dos hijos habían sido designados por el emperador en persona por sus sucesores al imperio, fué entregado á la muerte como cristiano al dejar el cargo de cónsul. La princesa Domitila, su mujer, cristiana como él, fué abandonada en una isla. (Hist. Eccles., tom. I, pag. 105.)

8 El templo de Juno-Lucina era frecuentado de preferencia por las mas grandes señoras de Roma. La entrada á él era prohibida á las cortesanas; allí era en donde las madres hacían voto de casar ricamente á sus hijos.

9 Apolog. Tertull.

1 Tacit., *annal.*, lib. XV, cap. 44.

2 Esta primera persecución tuvo por motivo el incendio de Roma, á la cual Neron había puesto fuego personalmente, y cuyo crimen atribuyó á los cristianos. Fué en extremo cruel para castigarlos de lo que no habían hecho; se les revistió de túnicas embaldosadas de pez ú otras materias combustibles; se les pegaba fuego, de manera que servían de antorchas para alumbrar durante la noche. Neron hizo de ellos un espectáculo en sus jardines, en donde él mismo conducía carros á la luz de estas antorchas funestas. (Véase Hist. Eccles., tom. I, pag. 98.)

3 Apolog. S. Just.

dad de esas lámparas eternas de Dios, que creen prendidas con cadenas de oro á la bóveda del firmamento (1), los hechos principales de la vida de la Santísima Virgen, coloreándolos de ese tinte maravilloso que tanto agrada á los hijos de Ismael. Decían, apoyándose en el evangelio árabe, de la infancia y las tradiciones del desierto, cómo los ángeles santos traían á la Virgen, en el templo adonde su tutor Zacarías la había colocado, dátiles admirables, uvas ambarinas, higos más dulces que la miel, y flores odoríferas cogidas en los jardines celestes que abundan en las márgenes de arroyos cristalinos: pues el Paraíso, en los climas calientes, se ha imaginado siempre con frescas aguas y hermosos bosques. Después, contaban siempre á su manera, los prodigios del nacimiento de Jesús, que llaman aún *al milad* [el nacimiento por excelencia]. Según ellos, había nacido en un desierto, á orillas de un manantial y al pie de una palmera desecada, sin ramas y sin hojas, la que se cubre improvisamente de hojas y de frutos á la voz del ángel Gabriel, que Dios había enviado á María para enjuagar sus lágrimas. Estas relaciones maravillosas aumentaban su veneración por la Virgen Santísima, y en algunas apartadas regiones creían poder adorar en el cielo á la que los ángeles habían servido en la tierra; y en efecto, le ofrecieron oblações de tortas amasadas con harina y miel; de donde les vino el nombre de *collyridios*, de la palabra *collirio* [torta]. San Epifanio les reprendió vivamente por este culto que escedía los límites permitidos, y les hizo entender que la oblación y el sacrificio no deben ofrecerse sino á Dios.

Por otra parte, los árabes idólatras habían colocado la imagen de María en la *Caaba*, entre un gran número de los ángeles que representaban bajo la figura de mujeres jóvenes á quienes llamaban *las hijas de Dios* (2). María, á quien habían hecho hermana de esos espíritus puros, recibía con ellos los honores divinos. Se le inmolaban víctimas adornadas de hojas y de flores; se le ofrecían las primeras espigas de las mieses, así como los primeros dátiles de las palmeras, y en unos vasos de oro, la leche espumosa de las hembras de los camellos consagrados á este culto (3). La imagen de la Santísima Virgen, teniendo en sus brazos al divino Niño, quedó en el templo de la Meca hasta el tiempo de Mahoma, que la mandó quitar de allí con los genios y los ángeles.

El santo nombre de María empezaba á invocarse entre los pueblos que habitan entre el mar Caspio y el Ponto Euxino; pero los santuarios de la Judea y los sitios de la Redención estaban, ¡ay! profanados por ídolos griegos y sirios, que no se destruyeron sino hasta el reinado de Constantino.

1 El primer cielo es de plata pura; en su hermosa bóveda están suspendidas las estrellas con fuertes cadenas de oro.—[Koran, la leyenda de Mahoma, por Savary, pág. 15.]

2 Geladeddin, nota sobre el cap. 16 del Koran.

3 Los árabes idólatras tenían muchas hembras de camello consagradas á los dioses de la Caaba; la nata de su leche servía para hacer libaciones.—[Savary, en una nota sobre el cap. 5 del Koran.] Los habitantes de la Meca ofrecían una parte de sus frutas y de sus ganados á Dios, y otra á sus ídolos.—[Geladeddin, nota sobre el cap. 6 del Koran.]

La estatua de Júpiter se elevaba sacrilegamente en el lugar en que María llorando había visto crucificar á Cristo, y era un Adonis al que se sacrificaba en la gruta de Bethlem!

CAPITULO III.

OCCIDENTE.—LAS CATACUMBAS.

La viña santa del cristianismo daba ya sus frutos en el Asia, extendiendo sus pámpanos sagrados sobre una multitud de pueblos (4); pero sus raices se extendían con mas lentitud hácia el Occidente. Roma, profundamente idólatra; Roma embriagada con la sangre de los mártires, que hacia correr como el agua, defendía el politeísmo con todo su poder, y este poder se extendía sobre todo un mundo. En Oriente, una señal misteriosa, que hacia estremecer á Satanás en el fondo de sus abrasados reinos, anunciaba que el reino de Dios estaba ya próximo; pero en Italia y en las regiones situadas mas allá de los Alpes, el cristianismo se hallaba todavía en el estado de sociedad secreta: en ella se filiaban los creyentes con mucha precaucion y misterio; reconocíanse con algunas señales convenidas, y la señal de la cruz, cuyo origen se ignora, era sin duda uno de esos signos misteriosos que revelaban un cristiano desconocido á sus hermanos diseminados entre la multitud. No era porque los cristianos de los países del Occidente fuesen pocos; hubieran ya podido formar ejércitos; pero perseguidos por los gobernadores idólatras, cazados como fieras y no encontrando ningun apoyo en las leyes romanas, que no los alcanzaban sino para castigarlos, vivían separados como esas gotas de lluvia que el Señor derrama sobre la yerba; que no se aglomeran entre sí, y que no esperan nada de los hijos de los hombres (5).

Las primeras iglesias latinas fueron capillas domésticas, y los primeros altares, cofres de madera portátiles como el arca, de la cual tenían la forma y los anillos de bronce (6). Estas iglesias primitivas de Roma, que existían ya antes de la llegada de San Pablo, se componían en gran parte de griegos y de judíos convertidos al cristianismo; pero el pueblo romano oyó muy pronto hablar de esa nueva ley que enseña que los hombres son hermanos, que son iguales y que deben amarse recíprocamente. La encontró hermosa y santa; quiso seguirla y vino en tropel á recibir el agua re-

4 Sabemos por Arnobe y Eusebio, que el Evangelio, en los tres primeros siglos, se propagó mas allá de la dominación romana, entre los persas, los partos, los escitas, y aun muchos otros que no citan.—[Arnob., *Adv. Gentes*, lib. II, cap. 12.—Euseb., *Demonstr. Evang.*, lib. III, cap. 5.]

5 Mich., V, 7.

6 Uno de esos altares, sobre los que se cree que San Pedro celebró el oficio divino y que el papa San Silvestre encerró bajo el altar mayor de San Juan de Letran, fué examinado el 29 de Marzo de 1658, bajo Alejandro VII, por el caballero Baromini, de acuerdo con el sacristán mayor de la Basílica; tiene cuatro palmos de largo, sobre ocho palmos de ancho. Su forma es la de un cofre. Se trasportaba el altar por medio de muchos anillos.

generadora del bautismo. "Entonces vieron con una profunda sorpresa, dice Tácito, que Roma encerraba una multitud increíble de cristianos (1). Los sacerdotes de los ídolos se conmovieron; Nerón, emperador y pontífice supremo, se alarmó, y las persecuciones empezaron (2)."

Reuníanse al principio donde se podía, como respondió San Justino mártir al prefecto de Roma, que quiso saber en qué sitio se tenían las reuniones cristianas, y que por fin no llegó á averiguarlo; pero las salas y los cuartos altos de las casas particulares eran demasiado pequeñas, y las pesquisas del senado de día en día mas rigurosas, por lo cual fué preciso buscar un templo bastante espacioso para contener una gran multitud de pueblo, y bastante oculto para libertarse de las investigaciones de esa nube de delatores, que era entonces para el imperio un azote comparable á las plagas de Egipto. Algunos cristianos de corazón atrevido propusieron las catacumbas. Allí se encontraban salas inmensas y tenebrosas galerías interminables, en donde la obscuridad era tan profunda, dice San Jerónimo, que parecía que uno bajaba en vida al sepulcro, y cuyas paredes estaban revestidas de cuerpos inhumados. Este laberinto de ataúdes, con salidas ocultas, donde el que se internaba sin guía encontraba la muerte; esas bóvedas vertiginosas, bajo las cuales reinaban el silencio y el terror de los sepulcros, no asustaron á los primeros fieles de Roma. El domingo, que se llamaba entonces el día del sol, se reunían en esa pavorosa iglesia metropolitana para leer los escritos de los apóstoles ó de los profetas; despues ofrecían sobre un altar de piedra bruta el sacrificio del pan y del vino, precedido de un sermón y seguido de una colecta para la pobres (3). Algunas toscas pinturas representando al Salvador ó á María, que aun se pueden ver medio borradas en las catacumbas de Nápoles y de Roma, eran el único adorno de ese lugar de oración, cuya asistencia se componía de diez generaciones difuntas y una generación viva. ¡Qué templo! En lugar de vasos de oro incrustados de piedras preciosas, cálices de madera! En lugar de lámparas romanas de plata maciza, antorchas lúgubres; en lugar de ópimos despojos, los terribles trofeos del ángel de la muerte! Al lado, enfrente, delante y atrás del sitio en donde se agolpaba la asamblea de los fieles, largas avenidas subterráneas en donde brillaban algunas veces antorchas lejanas, y donde se movían figuras con sus velos echados que parecían ambulantes espectros! Bajo los piés, el polvo de una república entera que se había llevado sus virtudes entre los pliegues de su gran sudario: en lo interior el ter-

ror, y en lo exterior, en caso de sorpresa, el anfiteatro, cuya área estaba enrojecida como una llaga de la que la sangre de los cristianos corría en arroyos.

Cuando se reflexiona en todo esto, se pregunta uno lleno de estupor: ¿quiénes eran esos héroes que venían á desafiar todos estos terrores...? Esos héroes arrostraban el miedo y la muerte, no eran sino ignorantes proletarios, criados en medio de los augurios, de los presagios y de millares de temores supersticiosos del paganismo; eran vírgenes tímidas acostumbradas á florecer lejos del mundo, como las rosas solitarias (5), opulentas y hermosas patricias servidas por legiones de esclavos que dormían en lechos de oro macizo, que comían sobre mesas de oloroso limonero, que habitaban en aposentos artesonados de marfil, y que andaban sobre baldosas de mármol sembrado de polvo de plata ó de oro; jóvenes envueltos en ricos mantos de escarlata, y cuyos nombres eran: *Anicio, Olibrio, Probo y Graco* (6), la flor del patriciado; caballeros en fin, que se reconocían por su anillo ecuestre; grandes oficiales del palacio, tribunos del pueblo, favoritos, parientes del César, y cuyos hijos estaban designados para sucederle en el imperio (7). ¿Qué mas...? Princesas imperiales que atravesaban de noche, escoltadas por algunos esclavos fieles, el átrio de su palacio de oro del monte Palatino, y se escapaban como crisálidas fuera de la ciudad de Romulo para ir á adorar en el fondo de las catacumbas al *Galileo*, como decía con desdenoso desprecio la alta aristocracia idólatra. é invocar á esa dulce Virgen María, por quien las nobles descendientes de los Gracos y de los Scipiones abandonaron su templo favorito de Juno-Lucina (8).

Si el Tiber se desbordaba, si faltaba la lluvia ó acontecía un gran terremoto, el pueblo romano, para conjurar estos males, gritaba, según su costumbre: "¡Los cristianos á las fieras (9)!" Se llevaban ante el altar ataúdes llenos de osamentas recogidas en el anfiteatro, y entonces un canto de triunfo, suavemente salmodiado, elevándose del seno de la tierra, iba á confundirse con el ruido continuo de los rios que los acueductos llevaban por encima de las murallas de Roma, y con el dulce y ligero susurro de los grandes álamos de Italia, que imita el murmullo de los arroyos. Frecuentemente el obispo, que era un santo anciano, apoyado sobre un báculo de verdadero pastor, reprendía á los desertores del campo de las riquezas, que venían á adorar al rey pobre con un resto de ape-

5 S. Ambr. de Virg., lib. I, cap. 8.

6 Véase á Prudencio en sus dos libros contra Simaco. Según este autor, la familia de Anicio fué la primera familia patricia que abrazó el cristianismo en Roma.

7 Flavio Clemente, primo hermano de Domiciano, cuyos dos hijos habían sido designados por el emperador en persona por sus sucesores al imperio, fué entregado á la muerte como cristiano al dejar el cargo de cónsul. La princesa Domitila, su mujer, cristiana como él, fué abandonada en una isla. (Hist. Eccles., tom. I, pag. 105.)

8 El templo de Juno-Lucina era frecuentado de preferencia por las mas grandes señoras de Roma. La entrada á él era prohibida á las cortesanas; allí era en donde las madres hacían voto de casar ricamente á sus hijos.

9 Apolog. Tertull.

1 Tacit., *annal.*, lib. xv, cap. 44.

2 Esta primera persecucion tuvo por motivo el incendio de Roma, á la cual Nerón había puesto fuego personalmente, y cuyo crimen atribuyó á los cristianos. Fué un extremo cruel para castigarlos de lo que no habían hecho; se les revisó de túnicas embebidas de pez ó otras materias combustibles; se les pegaba fuego, de manera que servían de antorchas para alumbrar durante la noche. Nerón hizo de ellos un espectáculo en sus jardines, en donde él mismo conducía carros á la luz de estas antorchas funestas. (Véase Hist. Eccles., tom. I, pag. 98.)

3 Apolog. S. Just.

go al lujo romano. Decía á las grandes señoras que lo escuchaban con semblante pensativo, que no convenía á mujeres cristianas llevar en anillos y brazaletes la sustancia de mil familias desgraciadas. Algunos días despues se preguntaban qué habia hecho una hija de Anicio de sus alhajas. Los pobres, tanto paganos como cristianos, de su vecindad, hubieran podido responder enseñando el pan y el oro que les habia dado. Otras veces declamaba contra la esclavitud, y al día siguiente repetía en todas partes con una profunda sorpresa, que un prefecto del palacio acababa de dar libertad á mil quinientos esclavos. Allí era donde sobre todas las cosas se enseñaba la caridad, ¡y qué caridad! *La limosna es un misterio*, decía el sacerdote de Jesucristo; cuando la practiquéis, cerrad bien las puertas!

Al salir de estas asambleas en que el fervor se acrecia prodigiosamente, las pobres mujeres del pueblo iban á recoger á orillas del Tiber á los niños que las grandes señoras idolatras abandonaban: los patricios convertían en hospitales una parte de los palacios, y los jóvenes caballeros cristianos emprendían viajes lejanos para ir á socorrer á sus hermanos de Africa ó de Asia. Estos actos de caridad y de abnegación llenaban de sorpresa á los paganos, que no podían comprenderlos: ¡tan incapaces eran de ellos (1)!

Las nobles matronas de Roma llevaban entonces imágenes de María grabadas sobre esmeraldas, cornelinas ó zafiros, y al morir los dejaban á sus hijas como símbolos de su creencia. Galla, viuda de Simaco, mandó construir, mucho tiempo despues, una iglesia magnífica para depositar en ella una de esas piedras preciosas, reliquia de una fé perseguida; su trabajo era tan esquisito que se creyó que solo una mano sobrehumana podía haberlo ejecutado; y la veneraron como un don del cielo (2).

Ademas de estos adornos religiosos, que servían á las mujeres cristianas de señal para reconocerse entre sí, se esponsoraba en medio de flores, sobre el altar doméstico en donde largo tiempo habian reinado los dioses lares, pequeñas figuras de plata ó de oro representando á Jesucristo, la Virgen y los apóstoles. Esas pequeñas estatuas cuyo descubrimiento hubiera arrastrado á una familia entera al anfiteatro, eran por lo comun bastante pequeñas para hacerlas desaparecer á la primera señal, y aun para ocultarlas sobre sí mismo (3).

1 Luciani, de Morte Peregrini.

2 Astolfi, delle Immagini miracolose.

3 Mr. Raoul-Rochette atribuye la invención de esas pequeñas estatuas á los gnósticos; pero los gnósticos mismos les daban una antigüedad mas remota que su secta. Es probable que eso usose estableció entre los primeros patricios de Roma que se convirtieron al cristianismo. Las imágenes de Jesucristo, de la Virgen y de los apóstoles, fueron substituidas á las de la *Fortuna* y de muchas otras divinidades, que se colocaban, coronadas de flores, sobre el altar de los lares y que eran bastante pequeñas para que en caso necesario se pudieran llevar consigo. Una de esas figurillas representando á Harpócrates, dios del silencio, se ha encontrado en Bretaña; era de oro, de dos pulgadas de alto, y pesaba dos luises.—(Véase Hist. Eccl. de Bret. tom III, pag. 358.) Por otra parte, se sabe que los antiguos suspendían de su cuello ó aseguraban á sus vestidos unas pequeñas imágenes de la *Fortuna*. De allí ha venido el uso de llevar Madonas, Espíritus Santos y cruces de oro ó de

Algun tiempo despues, las capillas particulares recibieron los cuerpos de los mártires, á quienes vestían con túnicas blancas muy preciosas y sepultaban magníficamente en sarcófagos de marmol. Durante las últimas persecuciones, Aglaé, opulenta y hermosa matrona romana, los mandó buscar hasta en el fondo de la Bitinia, en donde los gobernadores romanos, por lo comun codiciosos y que traficaban con todo, aun con los cadáveres, los vendían á precios muy caros (4).

En el intervalo de una á otra persecucion, los cristianos reunían á sus muertos en unos cementerios situados fuera del recinto de Roma, á donde iban á orar frecuentemente. Las paredes de esos cementerios pintadas al fresco, representaban á Jesucristo sobre su tribunal, en la actitud imponente y severa que conviene al soberano juez de los hombres; cerca de él, María vestida á la romana, y manifestándose siempre dispuesta á implorar su misericordia en favor de los pecadores (5).

Durante los días de alcyon en el reinado de Alejandro Severo, sabiendo los cristianos de Roma que éste príncipe honraba á Jesucristo, cuya imagen habia colocado en su *lararium*, entre las almas santas (6), y contando con el apoyo de su madre, la emperatriz Mamae que era cristiana, pidieron y obtuvieron, á pesar de los clamores de los sacerdotes de los ídolos, el permiso de construir una iglesia en el sitio que ocupaba una casucha abandonada. Esta iglesia fué la primera que se atrevió á levantar su cruz al lado de los templos de marmol de los dioses del imperio; dedicada á María, se le dió el nombre de Nuestra Señora del otro lado del Tiber.

El cristianismo, violentamente comprimido en Italia, era asimismo perseguido cruelmente en las Galias, en donde no hacia, dice San Sulpicio Severo, que escribia en el cuarto siglo, sino progresos muy lentos. Allí se contaban, sin embargo, desde el siglo tercero, algunos obispos, entre otros, el de París, fundado por San Dionisio, que sufrió el martirio en 272, durante la persecucion de Valeriano; y el de Lyon, en donde San Pothino habia establecido el culto de María, y algunos misioneros que recorrian las Galias, y entre los cuales se veian figurar hasta caballeros romanos. Pero estos sembradores del Evangelio caian frecuentemente bajo la bárbara cuchilla de los gobernadores idolatras, que los cazaban como á bestias salvajes (7), antes de que su mision estuviera muy adelantada. Sus trabajos incompletos, no eran sin embargo perdidos, pues que su sangre generosa fertilizaba el surco que habian trazado, y mas tarde otros trabajadores

pedras preciosas. No pudiendo destruir esta costumbre antigua, la Iglesia, que es perfectamente sabia, cambió no mas el objeto de ellas.

4 Simplicio, gobernador de la Cilicia, vendió á los servidores del mártir Bonifacio el cuerpo de su maestro, en quinientos escudos de oro.

5 Una pintura muy antigua del cementerio de San Calixto, en Roma, representa aun á la Santísima Virgen en ese traje.

6 Lamprid, in Alex. Sev., Cap. 29—31.

7 Si sois cristiano, os habeis fugado, decía Heráclio á San Siro, porque ya no quedaban muchos.

venían á cosechar los frutos de aquella tarea piadosa.

La isla de los bretones se vanagloria de haberse convertido al cristianismo antes que las Galias, y si se ha de dar crédito á sus crónicas mas antiguas, en ella fué donde hubo el primer rey cristiano del mundo. El venerable Beda refiere que en tiempo de los emperadores Marco Aurelio y Comodo, un príncipe llamado Lucio pidió al papa Eleuterio dos misioneros de Italia, para que predicasen el Evangelio en el pequeño reino que gobernaba bajo la dominacion romana. Su demanda fué muy bien acogida, y dos hombres apostólicos, á quienes los galos erigieron posteriormente altares (1), vinieron á predicar el Evangelio á los pueblos de la Gran Bretaña, divididos entre el druidismo aun floreciente y los dioses de los Augustos. Dios bendijo aquellos esfuerzos: los bretones, todavía medio bárbaros, salían en tropel de sus cabañas, semejantes á las colmenas de abejas, para escucharlos; y algunas veces, en el fondo de las tierras desiertas y sembradas de piedras enormes, adonde iban á buscar los sectarios de Esso reunidos á la claridad pálida de la luna (2) para algun sacrificio secreto, una joven sacerdotiza de los antiguos celtas, que habia escuchado con aire pensativo la doctrina santa apoyada contra la encina que proyectaba á lo lejos su sombra gigantesca, dejaba deslizar de sus manos la hoz de oro bajo la cual debia caer el muérdago, esa planta sagrada que crecía en la corteza sulcada de los robles, y doblando ante el ministro de Jesucristo su rubia cabeza adornada aún con la guirnalda sacerdotal que ceñía sus cabellos destrenzados, exclamaba con una voz llena de emoción: "¡Soy cristiana!" Y el sacerdote conduciéndola suavemente al manantial, que era tambien un objeto de idolatría, hacia correr el agua santa del bautismo sobre la frente de la joven y orgullosa neófita, que dejaba su soberbio nombre de *Vheldeda* (sublimidad) para tomar el dulce y extranjero nombre de María (3).

Durante la persecucion de Diocleciano, segun las mejores autoridades, el cristianismo salvó la doble barrera que separaba á los bretones, á quienes sus vencedores habian políticamente enervado, de sus inquietos y agrestes vecinos del Norte. La isla británica, en donde la civilizaci6n romana empezaba á abrirse como una flor pálida y temprana en medio de la barbárie, tenia ciudades adornadas con baños, palacios de marmol, templos resplandecientes de oro, al lado de sus tierras eriales y de sus bosques vírgenes y estensos; pero la Caledonia, en donde no habia penetrado el águila de los Césares, era aún la tierra de los torrentes, de la maleza y de los peñascos, y no tenia otro culto que un druidismo casi borrado, y mezclado de supersticiones

1 Harrisfield, Hist., lib. I, cap. 3.

2 Los galos y los bretones insulares no se juntaban en sus templos sino durante la noche, y cuando la luna estaba en el primer cuarto ó en su lleno; este uso tradicional subia á la mas remota antigüedad. (Hist. Eccl. de Bret., t. IV, pag. 340.)

3 El venerable Beda asegura, en su *Historia Eclesiástica*, que, desde esa remota época, un gran número de druidas se hicieron cristianos.

germánicas. Todo era vago é indeciso, como un paisaje cubierto por la neblina, en las creencias de aquellos pueblos. Los druidas, que mal avenidos con los grandes gefes, fueron espulsados en el IV siglo (4), y sus nociones sobre el Dios unico y verdadero estaban ya casi olvidadas; pero sí creían en el Espíritu de las aguas, en el de los montes, y que en un palacio aéreo estaban las sombras de sus abuelos, que vagaban errantes durante la noche sobre sus carros de nubes, desplegando sus blancos ropajes plateados por la luna, y teniendo á manera de espada en sus diáfanas manos, un meteoro medio apagado (5). Los apóstoles cristianos de esas regiones, casi entonces desconocidas, que un sol frío alumbraba, como á pesar suyo, á través de nubes lluviosas, tomaron posesión de las grutas que los druidas habian abandonado (6), y se establecieron á las orillas de los torrentes, en el fondo de los bosques ó en los declives de las montañas. A veces sucedía que un cazador de los *highlands* (7), descuidando perseguir entre los matorrales á los gamos rojos y á los corzos, venia á sentarse sobre la piedra parduzca y corroída por el moho que indicaba la sepultura de un guerrero, para conversar con el anciano de la gruta, el *culdee* (8) cristiano que le hablaba del Cristo y de su Madre. Con un brazo tendido sobre su arco, y una mano sobre la cabeza de su lebrél favorito echado á sus piés, el gefe escocés escuchaba con un ademán respetuoso y atento, las graves palabras del solitario; despues, cuando la santidad del Evangelio habia, en fin, hablado á su corazon; cuando con las manos juntas y la mirada brillante de entusiasmo, habia dicho: "¡Creo!" todo su cian repetía como un eco fiel: ¡Tambien nosotros creemos!

Poco satisfechos, sin embargo, de haber esparcido su doctrina en los montes y en las llanuras, los sacerdotes de Cristo quisieron arrojar la antigua idolatría hasta del mas antiguo y mas remoto de sus santuarios. La isla de Jona, una de esas islas del archipiélago de los Hebraides que rodea un mar verdusco y borraseoso, era sagrada para los señores de las islas y los gefes de las montañas, que iban allí á jurar la paz sobre una ara antigua que llamaban *stone of power* [piedra poderosa]. Bien pronto el ara desapareció, y vieron elevarse, en medio de las rocas pintorescas que alegran las belladonas, la buglosa y el acebo de mar, á la mas antigua y mas respetada de las abadías de Escocia: el viento gime hoy en esas ruinas venerables que cubren las tumbas de tantos reyes.

Cuatro siglos habian transcurrido, y el cristianismo se extendía ya desde la aurora hasta el ocaso. No somos sino de ayer, decía Tertuliano al senado idolatra de Roma, y ya llenamos vuestros palacios, vuestras ciudades, vuestras fortalezas, vuestros ejércitos de mar y tierra, y no os dejamos

4 *Poems of Ossian; a dissertation concerning the ara of Ossian.*

5 Véase *Ossian*.

6 *Ibid.*

7 *Highlands*, montañas de Escocia, palabra por palabra *Tierres altas*.

8 *Culdee*, en gael *Culdich*, un ermitaño, un solitario.

mas que vuestros templos. Y era cierto; pero cuántas lluvias de sangre habían enrojecido, durante este intervalo, el estandarte de la cruz! La última persecucion casi arrancó el cristianismo como esa planta de que habla Job, á quien la tierra que la habia criado, decia: "Jamás te he conocido!" Diocleciano hizo demoler ó cerrar todas las iglesias, cargó de cadenas á los sacerdotes, pasó á cuchillo á todas las poblaciones cristianas (1), y ofreció los premios mas brillantes á la apostasía, que no floreció mucho, á pesar del estímulo que contenia el decreto imperial; los cristianos de aquella época prefirieron casi todos ser mártires. Creyóse, pues, que habia llegado el fin del cristianismo: los idólatras aplaudian su caída próxima, y el infierno hacia oír ya sus prolongados ahullidos de triunfo; pero los ángeles santos, mirándose con una dulce sonrisa, decian entre sí: "El Cristo está muy cerca de vencer; bendito sea El!"... Entonces fué cuando una jóven de Bitinia, llamada Helena, con quien el César Constancio-Cloro se habia casado por su virtud y rara hermosura, acababa de dar á luz un hijo á quien pusieron por nombre Constantino.

CAPITULO IV.

ORIENTE.—LOS ICONOCLASTAS.

En las orillas encantadas del Bósforo, á la vista de las montañas lejanas del Asia Menor, cuyas altas crestas se tienen todos los dias al caer el sol con una tinta de carmin y oro; la costa de Europa se abre formando una ancha bahía de una belleza incomparable; y sobre la linfa azulada de sus aguas brillantes, que parecen rodar en ondas de zafiros, se eleva una vasta ciudad enteramente blanca, y enteramente cristiana (2): es Constantinopla, á que el hijo de Elena y de Constancio-Cloro acababa de dedicar solemnemente á María; porque el hijo de Elena, que era tratado como un dios en la Roma que habia permanecido idólatra, está con Jesucristo, en tanto que la cruz por la cual habia vencido, adorna sus banderas, brilla sobre sus monedas, y corona las suntuosas basílicas que acababa de erigir bajo la invocacion de Santa Sofía, de la Virgen y de los doce apóstoles.

La idolatría está aun en pié; pero es como una agostada palmera, cuyas ramas mas altas se han caido ya enteramente marchitas. No se ven mas que altares abandonados, bajo cuyo zócalo se arrastran horrorosos reptiles; los pájaros empiezan á anidar en los pórticos de los templos desiertos, en donde la araña hila tranquilamente sus telas; la cepa virgen ostenta sus hojas verdes sobre las paredes de mármol pulido, y el pasajero corta irreverente su baston de viaje de esa madera consagrada, de la

1 Euseb. *Hist. Eccles.*—Sulpicius Severus.2 Constantino no quiso que hubiese en Constantinopla un solo idólatra; no dejó ídolos sino en los lugares profanos, para que sirvieran de adorno. *Hist. Eccles.*, tom. I, pág. 523.

que en otros tiempos no se podia arrancar una sola rama sin sujetarse á perder la vida. Las ceremonias del culto pagano han cesado en Grecia; los ídolos mas venerados no sirven sino de adorno en las plazas públicas de Constantinopla; pero nadie está obligado á entrar á los templos, pues aunque el politeísmo sea un culto malo é insensato en el fondo, el César respeta la libertad de conciencia que los paganos no han sabido comprender, puesto que han abusado del derecho terrible del mas fuerte; y Lactancio, una de las mas vivas lumbreras del cristianismo, sienta como principio en una obra célebre contemporánea, que: *nihil est tam voluntarium quam religio* (3). Con esta moderacion es como debe triunfar una causa santa.

Constantino no se limitó á manifestar su respeto á María dedicándole la moderna Roma; á su ruego, la emperatriz Elena, convertida por él al cristianismo, se puso en camino para la Palestina y la cubrió de monumentos sagrados, de los cuales una gran parte fueron dedicados á la Virgen. La gruta de la Natividad, revestida de mármol, alumbrada con lámparas de oro, quedo contenida dentro de una soberbia basílica, que llevó el nombre de Santa María de Bethleem. Santa María de Nazareth, levantada en el sitio de la humilde casa que habia habitado la Santa Familia, pasó largo tiempo por una de las mas hermosas iglesias del Asia. La gruta sepulcral del valle de Josafat se agrandó considerablemente, y se adornó con una soberbia escalera de mármol; varias lámparas de plata se suspendieron en derredor del sepulcro de la Virgen. En fin, dos iglesias suntuosas conmemoraron la visitacion de María y su desmayo, cerca de la roca desde donde los nazarenos quisieron precipitar á Jesus.

Los sucesores del primer César de Bizancio, se mostraron en general muy devotos de la Virgen Santa. Habiendo sabido Teodosio el Jóven, que una grande afluencia de cristianos tanto de Europa como del Asia, acudia á la tumba de la Virgen, hizo construir allí una soberbia basílica bizantina, que los árabes llamaron la *giasmaniah* (la iglesia del cuerpo). Kosrou Paviz (Cosro II) la hizo demoler á instancias de los judíos, cuando su invasion á Siria y á Palestina; pero arrepintiéndose mas tarde de este acto de violencia que le echaba en cara Horando Lira, su esposa cristiana; el secretario de Zoroastro construye él mismo una iglesia á la Virgen en su ciudad de Abicafarkin (4). La emperatriz Pulcheria, hija de Teodosio y mujer del emperador Marciano, hizo construir ella sola tres iglesias, bajo la invocacion de la *Panagia*, dentro del mismo recinto de Constantinopla. No habiendo podido enriquecerlas con las reliquias de la Madre de Dios, pues que el cuerpo de María estaba en el cielo, procuró suplir esta falta con algunos de sus vestidos que le mandaron los fieles de Jerusalem. La hermosa iglesia de los Blaquernes tuvo su túnica, la de Chalcopteata su cinto; pero

3 Lactantius, *Institut.*, v. 20.4 D'Herbelot, *Bibliotheca Oriental.*

la de Guides fué la que obtuvo la mejor parte. Allí se colocó sobre un altar resplandeciente de oro y embellecido con columnas de jaspe, un retrato de María enviado desde Antioquia, y pintado, segun se decia, por San Lúcas en vida de la Virgen; y al cual la Madre del Salvador habia concedido gracias (1).

Este retrato fué considerado como el paladium del imperio; lo llamaron causa de victorias: y los emperadores, entre otros Juan Zimisceo y los Comenos, lo llevaban en el ejército, de donde volvia sobre un carro triunfal tirado por magníficos caballos blancos. En las grandes solemnidades sacaban esa imagen milagrosa de la iglesia de Guides, en donde se guardaba con mucho cuidado y con precauciones infinitas. El pueblo saludaba siempre su presencia con gritos de alegría y cánticos de alabanza. Se ignora el paradero de esta célebre imagen. Algunos creen que despues de la toma de Constantinopla por los latinos, en 1204, el Dux Enrique Dandolo la hizo trasportar á Venecia; otros pretenden que es la que los turcos encontraron en el saqueo de la ciudad de Constantino, la que hollaron indignamente, despues de haberle arrancado el oro y los diamantes que formaban su valioso marco.

Leon I hizo construir una soberbia basílica que dedicó á Nuestra Señora de la Fuente, en reconocimiento de que la Virgen Santa se le habia aparecido á la orilla de un manantial solitario y prometióle el imperio, cuando él no era todavía sino un jóven que conducia á un pobre soldado de la Tracia, ciego y anciano. No bien la diadema de los Césares habia ceñido su frente, cuando se ocupó en perpetuar por este monumento el recuerdo de la proteccion de María (2).

El emperador Zenon, yerno de Leon I, no fué menos devoto de la Santísima Virgen que su suegro; hizo construir una iglesia sobre el monte Garizim, que era la montaña sagrada de los samaritanos; y como este pueblo inquieto y que se hallaba entonces en revolucion, habia maltratado algunas imágenes de María, rodeó la montaña de una muralla, que guarneció con un cordón de soldados para evitar se renovasen estos sacrilegios. El emperador Justino hizo reconstruir magníficamente, en Constantinopla, la iglesia de Nuestra Señora de la Chalcopteata, destruida por un terremoto. Dos iglesias construidas en honor de la Santísima Virgen en Jerusalem, Santa María la Nueva, y otra sobre el monte de los olivos; un monasterio levantado sobre una de las mesetas del monte Sinaí; y en Africa, una basílica suntuosa con el nombre de Nuestra Señora de Cartago, testifican la piedad del emperador Justiniano hacia la Madre de Nuestro Señor. No contentos con edificarle templos los Césares de Constantinopla, veneraban piadosamente á María en sus capillas domésticas;

le ofrecian espléndidas coronas de oro (3), y llevaban consigo su imagen tambien de oro macizo (4). Trasportábase en los últimos dias de la cuaresma desde el monasterio del Hodegium, al palacio imperial de Constantinopla, la célebre imagen de la Virgen *hodegetria* (conductora), y se quedaba allí hasta la segunda feria de pascua; á esta Virgen es á quien Miguel Paleólogo honró por el feliz suceso de sus negocios, despues de haber arrojado de Constantinopla la raza de los señores de Courtenay.

El pueblo griego seguia con júbilo el ejemplo de sus emperadores: la *Panagia* reemplazaba casi en todas partes á los dioses lares y á los ídolos olímpicos; veíasela á la sombra de los bosques, sobre el altar purificado de las Driadas y de las Napeas, á la orilla de las aguas, en donde inclinaba su ánfora la pensativa náyade, y en la cima de los promontorios, donde se sacrificaba en otro tiempo á las ninfas Oceanias. Los altares de Baco habian sido derribados con sus verdes guirnalda de yedra, y Nuestra Señora de las Uvas, recibia en medio de los campos los honores de los vendimiadores; la misma Ceres empezaba á ser olvidada en las ruinas de su misterioso santuario de Eleusis, destruido por los godos en el siglo III con los templos de Delfos, de Corinto y de Efeso; en fin, el monte Athos, la montaña de Júpiter, llegó á ser, desde el tiempo de Constantino, una pequeña colonia de eremitaños y de solitarios, que habian proclamado por su reina á la Virgen. Los hechos evangélicos de su vida eran reproducidos en pinturas al fresco sobre fondo de oro, sobre las paredes de un sin número de capillas construidas en su honor, en medio de las viñas y de los olivos que revisten las laderas de esa alta montaña, cuya sombra se estiende sobre el mar hasta la isla lejana de Lemnos.

¿Mas quién lo creeria? ¡entre estos griegos, tan devotos de la Santísima Virgen, fué donde empezaron á surgir las ideas mas contrarias á su dignidad personal y á la perpetuidad de su culto! Constantinopla vió nacer dentro de sus murallas la herejía de Nestorio, que negaba á María su título sagrado de Madre de Dios, y la secta de los iconoclastas, que arrastró sus imágenes en el fango y las quemó en medio de las plazas públicas. Bajo Leon el Isaurico, que habia tomado, segun dicen, de los judíos, su odio furioso contra la pintura y la escultura aplicadas á los objetos del culto, se vió á los católicos fieles á las tradiciones de la Iglesia arrojados á montones en el Bósforo de Tracia, ó azotados con varas hasta hacerlos morir, por haber encendido lámparas ante una imagen doméstica de la Virgen, ó haber orado al pié de la cruz de Nuestro Señor, ó doblado, en fin, la rodilla al pasar

3 Leon IV, hijo de Constantino Coprónimo, se habia robado del templo de Santa Sofía una de esas coronas de oro que el emperador Mauricio habia consagrado á la Virgen, y á este sacrilegio se atribuyó su muerte acaecida poco tiempo despues. (Blond, I, XXI, decad. 2.)

4 El emperador Andrónico II llevaba por lo comun en su cuello una de esas pequeñas estatuas de la Santísima Virgen: era de oro y de una dimension tan pequeña, que se la puso en la boca en el momento de su muerte á falta de otro viático.

1 Niceph., *Hist. Eccles.*, I, XIV y XV.

2 Niceph., lib. XV, cap. 25. Esta iglesia, que fué construida con mucha magnificencia, tenia vidrios pintados, pero no cuadros. Al fin del siglo V, la pintura sobre vidrio era aun de nueva invencion.

junto de algun santo (1). Constantino Copronimo, sucesor de ese príncipe malvado, le escedió todavía en crueldad; y Leon, su hijo siguió en su conducta para con los cristianos las huellas de su abuelo y de su padre: pero Irene sinceramente adicta al catolicismo, hizo convocar el segundo concilio de Nicea, donde el culto de las imágenes fué solemnemente restablecido (2), y la emperatriz Teodora, ayudada del patriarca Methodus, consolió la obra de la piadosa Irene.

Si el insulto había sido grave, la reparación fué completa; los griegos desde entonces, procuraron honrar á María por todos los medios que pudieron imaginar. Se la decretaron coronas de oro; y ya no la representaban sino con la túnica de púrpura, las bandas de perlas y la diadema de las emperatrices (3); grabóse su efigie sobre las monedas: acuñaron medallas en su honor, y nunca dejaba de invocarse su nombre antes de los combates. "Romanos! exclamaba Narsés, en el momento de dar la batalla de Taginas á los Godos-Romanos; batíos con valor, pues que la Virgen está por nosotros; no dejéis de invocarla durante la refriega; porque mira nuestras falanjes y nos entregará á esos impíos que le niegan el título de *Madre de Dios* (4). Inmediatamente corrió la voz en las filas que la *Panagia*, de quien Narsés era muy devoto, le había prometido la victoria y fijado la hora del ataque. Persuadidos de que el cielo favorecía su causa, los griegos desplegaron una energía que no estaba en sus costumbres y carácter. Totila fué muerto, su ejército deshecho y dispersado, dejando la llanura cubierta de cadáveres, y la Italia libertada en nombre de Nuestra Señora de la Victoria, bendijo altamente á la Virgen y á Narsés.

Niceas nos ha conservado un hecho histórico que prueba hasta qué punto los emperadores del Bajo Imperio honraban á María. "Juan Comeno, despues de haber ganado una batalla,—dice ese historiador,—quiso entrar, como tenia derecho, triunfalmente en Constantinopla; dispúose todo para la ceremonia del triunfo; las calles fueron entapizadas de seda y de brocado de oro, y se erigieron una gran cantidad de tableros en las plazas públicas, para ver pasar esa pompa que había atraído una infinidad de espectadores de todas las provincias del imperio.

"Los trompetas coronados de laureles marchaban á la cabeza de la comitiva; despues venian las representaciones de las ciudades conquistadas y de

1 *Hist. Ecles.*—Leon Isaurico era tan cruel, que no habiendo podido hacer participar de su furor contra las imágenes á los letrados encargados del cuidado de la biblioteca pública, los hizo encerrar en esa biblioteca rodeada de madera y de materias combustibles y mandó poner fuego á ella. Medallas, infinidad de cuadros y mas de tres mil manuscritos perecieron en ese incendio.

2 Los protestantes han declamado con mucha violencia y acritud contra este concilio que se explica tan claramente sobre el culto de las imágenes. En el décimosexto siglo, tenian horror á la emperatriz Irene, á quien calificaban de *rabirosa*, afirmando que ella había establecido la adoracion de las imágenes. (Carta al obispo de Angers sobre los milagros de Nuestra Señora de Ardilliers, en 1594).

3 Bajo este traje está representada la Virgen en las medallas de Zimisceo y de Teofanis.

4 *Hist. del arian*, por el P. Maimbourg, t. 2.

los enemigos vencidos, en pintura, en escultura, en marfil, todo de un trabajo el mas delicado y esquisito (5); seguian luego los despojos de los enemigos, las armas, los preciosos vestidos, los vasos de oro enriquecidos con pedrería, que deslumbraban á los espectadores; despues de lo cual aparecian los cautivos, que eran príncipes bárbaros, de una alta estatura, de aspecto adusto y de una majestad terrible, que caminaban encadenados segun la costumbre, con el semblante abatido, los ojos tristes, la cabeza inclinada, unas veces por la vergüenza, y otras levantada por un movimiento de rabia y desesperacion. Tras ellos se adelantaba el carro triunfal, tirado por cuatro caballos blancos; esperábase ver sobre ese carro *el imperator*, revestido con sus ropajes de púrpura ó de escarlata, adornado con los mas ricos bordados y la corona de laurel en la cabeza; pero no vieron mas que la imagen de la Santísima Virgen que, como la causa de la victoria, ocupaba el lugar del vencedor. El emperador á caballo y seguido de su brillante corte, cerraba esta marcha cristiana, mas feliz por manifestar de ese modo el triunfo de María, que de haber triunfado él mismo."

Para saber hasta qué punto se reverenciaba á la Virgen en el Asia Menor, bastará referir sumariamente lo que pasó en Efeso cuando se celebró el concilio que anatematizó la herejía de Nestorio en 431.

El día en que debía decidir el concilio sobre la maternidad divina de María, el pueblo, inquieto y agitado, inundó las calles y se agolpó alrededor del templo magnífico que la piedad de los habitantes del litoral del mar Icario, había construido bajo la invocacion de la Virgen. Era allí donde doscientos obispos examinaban las propuestas de Nestorio, que él no se atrevió ir á defender; tan poco confiaba en la justicia de su causa y en la bondad de sus argumentos. Las oleadas de pueblo que inundaban el átrio de la basílica y las calles adyacentes, guardaban un silencio profundo, y la inquietud se pintaba sobre el rostro animado de esos griegos, cuyas facciones, hermosas y espresivas, pintan tan bien las diversas impresiones del alma. Un obispo se presenta; anuncia á la multitud muda y conmovida que el anatema del concilio está pronunciado contra el novador, y que la Virgen santa será sostenida gloriosamente en su augusta prerogativa. Entonces los transportes de gozo estallan ruidosamente por todas partes. Los de Efeso y los demas extranjeros que habían acudido de varias ciudades de Asia, rodeando á los padres del concilio, besaban sus manos, sus vestidos, y quemaban en las calles por donde tenían que transitar, pastillas odoríferas. La ciudad se encontró improvisamente iluminada, y jamas hubo alegría mas espontánea y universal. Se cree que fué en ese concilio de Efeso, en donde San Cirilo, de acuerdo con la santa asamblea que presidia, compuso esa hermosa oracion á la Madre de Dios, que

5 Josefo hace una descripción magnífica de las representaciones de ciudades que adornaban las fiestas triunfales.

la Iglesia ha adoptado: *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostrae. Amen!*

CAPITULO V.

ORIENTE.—LAS GUERRAS SANTAS.

Los cristianos de la Asia Mayor no manifestaron menos zelo que los griegos de ultramar en manifestar su devocion á María. Mucho antes de Constantino, una iglesia del nombre de la Santísima Virgen se elevaba como un faro en el alto promontorio del monte Carmelo, cuya base ofrecia en las hoquedades que abre en ella el continuo embate de las olas, un nido en que abrigarse á la golondrina del mar. Tiro, la reina sin corona, pero aun poderosa de los mares del Levante, se distinguia por su Catedral de cedro y de mármol, que eclipsaba las basílicas bizantinas de los Césares. Damasco, la *esmeralda del desierto*, gastaba sin pesar doscientos mil dinares de oro en construir su espléndida iglesia de *Mari-Miriam* (Santa María), á la que pusieron fuego los Mahometanos bajo el Califado de Moctader, el año 312 de la Egira (1). Antioquia tenia tambien una soberbia basílica dedicada á Nuestra Señora, de cuyas bóvedas pendian lámparas de oro, ante su veneranda imagen, que fué preciso ceder muy pronto á la piadosa codicia de la emperatriz Pulcheria, que la sustituyó con una pequeña estatua de cedro de la Madre de Dios, milagrosamente hallada en el tronco carcomido por el tiempo de un enorme ciprés, que arrastraba sus ramas en las aguas del Orontes (2). El Líbano, esa hermosa montaña que, bajo un cielo de fuego, como dice Tácito, conserva fielmente sus nieves y sus sombras (3); el Líbano, cuyos altos cedros *habia el Señor plantado con su mano*, ocultaba en sus cavernas de rocas una multitud de solitarios que habían consagrado á María el trabajo de sus oraciones y penitencias. Sentados á la orilla del rio que tomó por su vecindad el nombre que aun conserva de *Santo*, y que corre entre dos márgenes de césped pintorescamente sombreados, estos hombres laboriosos, amantes de la oracion y de las meditaciones esculpian, á la sombra majestuosa de los cedros que dejaban caer sobre ellos, á traves de sus ramas, una luz semejante á la que desciende como una lluvia de púrpura, de zafiros y de oro de lo alto de las ventanas góticas de nuestras catedrales, esas pequeñas estatuas de la Santísima Virgen, que los peregrinos de Occidente, al visitar la tierra Santa desde los primeros siglos del cristianismo, llevaban á Europa para depositarlas en capillas señoriales ó en las iglesias que han hecho célebres por sus milagros.

María tenia tambien santuarios en las agrestes soledades del Monte Sinai. En el fondo de una

1 D'Herbelot, *Bibliot. Oriental.*
2 Astolfi, *delle Imagini miracolose.*
3 Tácito *Historiarum*, lib. V.

barranca tapizada de verdura, tan profundamente encajada entre enormes peñascos, que la cima de las mas altas palmeras guardaba allí siempre una inmovilidad completa, pues que nunca sus hojas movia el impulso del mas ligero zéfir, se elevaba en medio de un bosquecito de álamos y de olivos, un convento erigido bajo la invocacion de la Santa Virgen. Nada turbaba el melancólico silencio de este oasis incrustado en las peñas; y solo se hacia oír á veces sordamente el ruido pavoroso de las tempestades que estallan de continuo sobre esas elevadas regiones. En esta tumba apacible, que servia de morada á algunos vivientes, no se escuchaban otras voces sino las de los cánticos de alabanza, que de cuando en cuando se elevaban de ella para ensalzar á *Aquel que era antes que los montes*, y á *Aquella por quien había obrado tantos y grandes portentos*.

En Persia se ven todavía las ruinas de muchas iglesias y monasterios del nombre de María, que manifiestan el estremado celo que los cristianos de aquella parte del mundo pusieron en edificar esos lugares de oracion. Eliseo Vartabed, autor armenio muy estimado, que floreció en el siglo quinto, nos ha conservado, en su historia religiosa de las guerras de Armenia, un discurso del rey de los reyes Jesgird, en occidente Isdigerdés, en que se acredita lo que hemos dicho. "He sabido por mis padres," decia ese príncipe en un gran consejo compuesto de sátrapas y de magos, en el cual se agitada la cuestion de una persecucion próxima contra los cristianos, que en tiempo del rey Chabouh II [en 319], cuando la religion del Cristo empezaba á estenderse en la Persia y mas allá de los países orientales, nuestros principales *mobeds* [doctores] aconsejaron al rey aboliese el cristianismo en sus estados. Procuró hacerlo, pero en vano, porque cuantos mas esfuerzos empleaba para detener esta religion en su carrera, tantos mas progresos hacia. Los cristianos de Persia eran tan atrevidos que fabricaban en todas las ciudades, iglesias que escedian en magnificencia á las mansiones de los reyes; levantaban asimismo oratorios sobre los sepulcros de sus mártires, y no había lugar habitado ó desierto que no llenasen de conventos (4)."

La estincion del cristianismo quedó, sin embargo, en este consejo en que los magos eran los mas influyentes; pero el rey resolvió emplear la corrupcion antes de llegar á la violencia, como dicen los mismos persas; procuró desde luego derramar el *veneno mortal en la copa de leche*. Llamando á su puerta á los *nakarars* ó grandes de Armenia, que gobernaban feudalmente pequeños principados, hereditarios en sus familias, bajo la autoridad de un *maban*, ó virey nombrado por la Persia, les prodigó alabanzas, palabras dulces y grandes promesas, á fin de conseguir de ellos el sacrificio de su religion. Los que cedieron, obtuvieron gobiernos, títulos honoríficos, hermosas y fértiles casas de campo, ó cuando menos, caballos árabes soberbia-

4 Historia de la rebelion de la Armenia cristiana, por Eliseo Vartabed, cap. 3^o.

junto de algun santo (1). Constantino Copronimo, sucesor de ese príncipe malvado, le escedió todavía en crueldad; y Leon, su hijo siguió en su conducta para con los cristianos las huellas de su abuelo y de su padre: pero Irene sinceramente adicta al catolicismo, hizo convocar el segundo concilio de Nicea, donde el culto de las imágenes fué solemnemente restablecido (2), y la emperatriz Teodora, ayudada del patriarca Methodus, consoló la obra de la piadosa Irene.

Si el insulto había sido grave, la reparación fué completa; los griegos desde entonces, procuraron honrar á María por todos los medios que pudieron imaginar. Se la decretaron coronas de oro; y ya no la representaban sino con la túnica de púrpura, las bandas de perlas y la diadema de las emperatrices (3); grabóse su efigie sobre las monedas: acuñaron medallas en su honor, y nunca dejaba de invocarse su nombre antes de los combates. "Romanos! esclamaba Narsés, en el momento de dar la batalla de Taginas á los Godos-Romanos; batíos con valor, pues que la Virgen está por nosotros; no dejéis de invocarla durante la refriega; porque mira nuestras falanjes y nos entregará á esos impíos que le niegan el título de *Madre de Dios* (4). Inmediatamente corrió la voz en las filas que la *Panagia*, de quien Narsés era muy devoto, le había prometido la victoria y fijado la hora del ataque. Persuadidos de que el cielo favorecía su causa, los griegos desplegaron una energía que no estaba en sus costumbres y carácter. Totila fué muerto, su ejército deshecho y dispersado, dejando la llanura cubierta de cadáveres, y la Italia libertada en nombre de Nuestra Señora de la Victoria, bendijo altamente á la Virgen y á Narsés.

Niceas nos ha conservado un hecho histórico que prueba hasta qué punto los emperadores del Bajo Imperio honraban á María. "Juan Comeno, despues de haber ganado una batalla,—dice ese historiador,—quiso entrar, como tenía derecho, triunfalmente en Constantinopla; dispúose todo para la ceremonia del triunfo; las calles fueron entapizadas de seda y de brocado de oro, y se erigieron una gran cantidad de tableros en las plazas públicas, para ver pasar esa pompa que había atraído una infinidad de espectadores de todas las provincias del imperio.

"Los trompetas coronados de laureles marchaban á la cabeza de la comitiva; despues venían las representaciones de las ciudades conquistadas y de

1. *Hist. Ecles.*—Leon Isaurico era tan cruel, que no habiendo podido hacer participar de su furor contra las imágenes á los letrados encargados del cuidado de la biblioteca pública, los hizo encerrar en esa biblioteca rodeada de madera y de materias combustibles y mandó poner fuego á ella. Medallas, infinidad de cuadros y mas de tres mil manuscritos perecieron en ese incendio.

2. Los protestantes han declamado con mucha violencia y acritud contra este concilio que se explica tan claramente sobre el culto de las imágenes. En el décimosexto siglo, tenían horror á la emperatriz Irene, á quien calificaban de *rabiosa*, afirmando que ella había establecido la adoración de las imágenes. (Carta al obispo de Angers sobre los milagros de Nuestra Señora de Ardilliers, en 1594).

3. Bajo este trage está representada la Virgen en las medallas de Zimisceo y de Teofanis.

4. *Hist. del arian*, por el P. Maimbourg, t. 2.

los enemigos vencidos, en pintura, en escultura, en marfil, todo de un trabajo el mas delicado y esquisito (5); seguían luego los despojos de los enemigos, las armas, los preciosos vestidos, los vasos de oro enriquecidos con pedrería, que deslumbraban á los espectadores; despues de lo cual aparecían los cautivos, que eran príncipes bárbaros, de una alta estatura, de aspecto adusto y de una majestad terrible, que caminaban encadenados segun la costumbre, con el semblante abatido, los ojos tristes, la cabeza inclinada, unas veces por la vergüenza, y otras levantada por un movimiento de rabia y desesperacion. Tras ellos se adelantaba el carro triunfal, tirado por cuatro caballos blancos; esperábase ver sobre ese carro *el imperator*, revestido con sus ropajes de púrpura ó de escarlata, adornado con los mas ricos bordados y la corona de laurel en la cabeza; pero no vieron mas que la imagen de la Santísima Virgen que, como la causa de la victoria, ocupaba el lugar del vencedor. El emperador á caballo y seguido de su brillante corte, cerraba esta marcha cristiana, mas feliz por manifestar de ese modo el triunfo de María, que de haber triunfado él mismo."

Para saber hasta qué punto se reverenciaba á la Virgen en el Asia Menor, bastará referir sumariamente lo que pasó en Efeso cuando se celebró el concilio que anatematizó la herejía de Nestorio en 431.

El día en que debía decidir el concilio sobre la maternidad divina de María, el pueblo, inquieto y agitado, inundó las calles y se agolpó alrededor del templo magnífico que la piedad de los habitantes del litoral del mar Icario, había construido bajo la invocación de la Virgen. Era allí donde doscientos obispos examinaban las propuestas de Nestorio, que él no se atrevió ir á defender; tan poco confiaba en la justicia de su causa y en la bondad de sus argumentos. Las oleadas de pueblo que inundaban el átrio de la basílica y las calles adyacentes, guardaban un silencio profundo, y la inquietud se pintaba sobre el rostro animado de esos griegos, cuyas facciones, hermosas y expresivas, pintan tan bien las diversas impresiones del alma. Un obispo se presenta; anuncia á la multitud muda y conmovida que el anatema del concilio está pronunciado contra el novador, y que la Virgen santa será sostenida gloriosamente en su augusta prerogativa. Entonces los transportes de gozo estallan ruidosamente por todas partes. Los de Efeso y los demas extranjeros que habían acudido de varias ciudades de Asia, rodeando á los padres del concilio, besaban sus manos, sus vestidos, y quemaban en las calles por donde tenían que transitar, pastillas odoríferas. La ciudad se encontró improvisamente iluminada, y jamas hubo alegría mas espontánea y universal. Se cree que fué en ese concilio de Efeso, en donde San Cirilo, de acuerdo con la santa asamblea que presidía, compuso esa hermosa oración á la Madre de Dios, que

5. Josefo hace una descripción magnífica de las representaciones de ciudades que adornaban las fiestas triunfales.

la Iglesia ha adoptado: *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostrae. Amen!*

CAPITULO V.

ORIENTE.—LAS GUERRAS SANTAS.

Los cristianos de la Asia Mayor no manifestaron menos zelo que los griegos de ultramar en manifestar su devoción á María. Mucho antes de Constantino, una iglesia del nombre de la Santísima Virgen se elevaba como un faro en el alto promontorio del monte Carmelo, cuya base ofrecía en las hoquedades que abre en ella el continuo embate de las olas, un nido en que abrigarse á la golondrina del mar. Tiro, la reina sin corona, pero aun poderosa de los mares del Levante, se distinguía por su Catedral de cedro y de mármol, que eclipsaba las basílicas bizantinas de los Césares. Damasco, *la esmeralda del desierto*, gastaba sin pesar doscientos mil dinares de oro en construir su espléndida iglesia de *Mari-Miriam* (Santa María), á la que pusieron fuego los Mahometanos bajo el Califado de Moctader, el año 312 de la Egira (1). Antioquía tenía tambien una soberbia basílica dedicada á Nuestra Señora, de cuyas bóvedas pendían lámparas de oro, ante su veneranda imagen, que fué preciso ceder muy pronto á la piadosa codicia de la emperatriz Pulcheria, que la sustituyó con una pequeña estatua de cedro de la Madre de Dios, milagrosamente hallada en el tronco carcomido por el tiempo de un enorme ciprés, que arrastraba sus ramas en las aguas del Orontes (2). El Líbano, esa hermosa montaña que, bajo un cielo de fuego, como dice Tácito, conserva fielmente sus nieves y sus sombras (3); el Líbano, *cuyos altos cedros habia el Señor plantado con su mano*, ocultaba en sus cavernas de rocas una multitud de solitarios que habían consagrado á María el trabajo de sus oraciones y penitencias. Sentados á la orilla del rio que tomó por su vecindad el nombre que aun conserva de *Santo*, y que corre entre dos márgenes de césped pintorescamente sombreadas, estos hombres laboriosos, amantes de la oración y de las meditaciones esculpian, á la sombra majestuosa de los cedros que dejaban caer sobre ellos, á traves de sus ramas, una luz semejante á la que desciende como una lluvia de púrpura, de zafiros y de oro de lo alto de las ventanas góticas de nuestras catedrales, esas pequeñas estatuas de la Santísima Virgen, que los peregrinos de Occidente, al visitar la tierra Santa desde los primeros siglos del cristianismo, llevaban á Europa para depositarlas en capillas señoriales ó en las iglesias que han hecho célebres por sus milagros.

María tenía tambien santuarios en las agrestes soledades del Monte Sinai. En el fondo de una

1. D'Herbelot, *Bibliot. Oriental.*

2. Astolfi, *delle Imagini miracolose.*

3. Tácito *Historiarum*, lib. V.

barranca tapizada de verdura, tan profundamente encajada entre enormes peñascos, que la cima de las mas altas palmeras guardaba allí siempre una inmovilidad completa, pues que nunca sus hojas movía el impulso del mas ligero zéfiro, se elevaba en medio de un bosquecito de álamos y de olivos, un convento erigido bajo la invocación de la Santa Virgen. Nada turbaba el melancólico silencio de este oasis incrustado en las peñas; y solo se hacía oír á veces sordamente el ruido pavoroso de las tempestades que estallan de continuo sobre esas elevadas regiones. En esta tumba apacible, que servía de morada á algunos vivientes, no se escuchaban otras voces sino las de los cánticos de alabanza, que de cuando en cuando se elevaban de ella para ensalzar á *Aquel que era antes que los montes*, y á *Aquella por quien había obrado tantos y grandes portentos.*

En Persia se ven todavía las ruinas de muchas iglesias y monasterios del nombre de María, que manifiestan el estremado celo que los cristianos de aquella parte del mundo pusieron en edificar esos lugares de oración. Eliseo Vartabed, autor armenio muy estimado, que floreció en el siglo quinto, nos ha conservado, en su historia religiosa de las guerras de Armenia, un discurso del rey de los reyes Jesgird, en occidente Isdigerdés, en que se acredita lo que hemos dicho. "He sabido por mis padres," decía ese príncipe en un gran consejo compuesto de sátrapas y de magos, en el cual se agitada la cuestión de una persecución próxima contra los cristianos, que en tiempo del rey Chabouh II [en 319], cuando la religion del Cristo empezaba á extenderse en la Persia y mas allá de los países orientales, nuestros principales *moheds* [doctores] aconsejaron al rey aboliese el cristianismo en sus estados. Procuró hacerlo, pero en vano, porque cuantos mas esfuerzos empleaba para detener esta religion en su carrera, tantos mas progresos hacia. Los cristianos de Persia eran tan atrevidos que fabricaban en todas las ciudades, iglesias que escedían en magnificencia á las mansiones de los reyes; levantaban asimismo oratorios sobre los sepulcros de sus mártires, y no había lugar habitado ó desierto que no llenasen de conventos (4)."

La estinción del cristianismo quedó, sin embargo, en este consejo en que los magos eran los mas influentes; pero el rey resolvió emplear la corrupción antes de llegar á la violencia, como dicen los mismos persas; procuró desde luego derramar el *veneno mortal en la copa de leche*. Llamando á su *puerta á los nakarars* ó grandes de Armenia, que gobernaban feudalmente pequeños principados, hereditarios en sus familias, bajo la autoridad de un *maban*, ó virey nombrado por la Persia, les prodigó alabanzas, palabras dulces y grandes promesas, á fin de conseguir de ellos el sacrificio de su religion. Los que cedieron, obtuvieron gobiernos, títulos honoríficos, hermosas y fértiles casas de campo, ó cuando menos, caballos árabes soberbia-

4. Historia de la rebelion de la Armenia cristiana, por Eliseo Vartabed, cap. 3^o.

mente enjaezados. Jamás habían salido del tesoro real tantos brazaletes de esmeraldas, tantos cinturones de oro, batidos al martillo, é incrustados de rubies y de perlas; tantas piezas de brocado de Roum, con fondo escarlata y oro, y flores de pedrerías; nada se omitía para conseguir el fin que se habían propuesto. Sin embargo, los desertores de la verdadera fé que pasaban al campo de los magos eran tan pocos, y el rey de los reyes tenía tanto deseo de estérminar el cristianismo, que arrojando violentamente la máscara de moderación con que se había encubierto, lanzó un edicto ciertamente curioso: en él, despues de haber alabado, segun las antiguas fórmulas de la corte de Persia, al Dios Santo, *Señor de las estrellas y de la luna*, al poder de quien nada se oculta, *desde el sol hasta la noche sombría, desde el humilde manantial hasta las olas azules del océano*, proseguía esponiendo los puntos fundamentales de su falsa creencia, y denigrando á los cristianos, con el fin de inspirar la mas alta reverencia por las virtudes que se atribuía él mismo (1). Este edicto real fué seguido prontamente de otro, que ordenaba á los armenios abrazaran sin dilacion el culto del fuego; que contrajeran alianzas con sus parientes mas cercanos, todo para contrariar la ley de Jesucristo, que declara que semejantes matrimonios son criminales; y por fin, acababa por mandar sacrificasen al sol cabras y toros blancos.

El apóstol ha dicho: *someteos á los poderes que os gobiernan; pero Dios ha mandado preferir la muerte á la idolatría*. Así pues, los Armenios, en vez de conformarse con el impio edicto de la corte de Persia, continuaron celebrando en sus campos de caballería el servicio divino, y escuchando las producciones de los sacerdotes que, á imitación de los antiguos levitas de Israel, les acompañaban á los ejércitos. En vano Isdigerdés, separándolos en pequeños cuerpos, los diseminó en los puntos mas retirados y peligrosos de las fronteras; en vano les dió por cuarteles de invierno los desfiladeros mas espantosos de las montañas ó los países mas enfermizos; en vano trató de vencer su resolución haciéndoles soportar los rigores de la sed y del hambre, mientras que, por otra parte, la infeliz Armenia, esprimida como la uva en el lagar, daba al fisco persa sus últimas gotas de oro. En medio de todas estas miserias, el árbol de la fé no permanecía menos verde *cuál si fuese un hermoso ciprés*. Los cristianos de Armenia lo habían so-

1 "No tengais fé en vuestros gefes que llamais nazarenos, decia él á los armenios, en ese edicto real que Eliseo Vartabed nos ha conservado, porque son muy mentirosos y embaucadores. Lo que os enseñan con sus palabras, lo desmienten con sus obras. Comer carne, dicen ellos, no es pecado... y sin embargo, ellos no la comen! Tomar mujer, dicen ellos, es cosa conveniente... y sin embargo, no quieren ni aun mirar á las personas del otro sexo! No se peca enriqueciéndose honrosamente, dicen esos hombres, y no cesan de predicar y alabar la pobreza. Precioman la desgracia; é insultan la prosperidad; desprecian toda clase de gloria; les gusta ponerse vestidos groseros como unos miserables; les gusta ponerse á las cosas preciosas; alaban la muerte y menosprecian la vida; en fin, han erigido la castidad en virtud, de suerte que, si sus discipulos los escuchasen, muy pronto llegaría el fin del mundo." (Rebelion de la Armenia cristiana, cap. 2º)

portado todo; pero la paciencia les faltó cuando el rey de los reyes emprendió locamente arruinar los monasterios puestos bajo la invocacion de los santos, y convertir las iglesias en templos del dios del fuego. Subleváronse de una estremidad á otra del reino, y el entusiasmo supliendo al número, hizo que todas las fortalezas persas fuesen tomadas y todas las piras entregadas á las llamas. Dióse una gran batalla, en que los persas eran diez contra uno, en las fronteras de la Georgia, á orillas de un riachuelo que lleva al Gour (Cyrus) el ligero tributo de sus aguas. El ejército persa presentaba el espectáculo mas espléndido y mas importante; sus elefantes de combate cargados de torres, desde cuya altura unos arqueros hábiles lanzaban sus flechas de álamo, se estendian sobre las alas, y en el centro, estaba la terrible *milicia de la izquierda*, la falanje de los *inmortales*. Estos numerosos escuadrones, resplandecientes de oro, se movian al sonido de los clarines, de las trompetas y de los campanillos del Indostan; las banderas rojas, amarillas y violetas, ondeaban como tulipanes á la estremidad de las lanzas; los gefes de guerra y los sátrapas, sacaron de las vainas de oro sus espadas indianas, y lanzaron al combate ligeros corceles árabes con frenos de oro y brillantes gualdrapas. Vestidos de colores oscuros y llevando la cruz en sus banderas de color obscuro tambien, los armenios, que no eran sino un puñado de valientes, despues de haber levantado al cielo sus manos y sus corazones, marcharon al encuentro del enemigo entonando un cántico sacado de los salmos. "Sed juez entre nosotros y nuestros adversarios, Señor,—cantaban los insurgentes cristianos,—tomad vuestro arco y vuestro escudo para defender nuestra causa que es la vuestra; difundid el espanto en los numerosos escuadrones de esos impios. Que se disipen y dispersen ante la señal augusta y santa de la Cruz. No nos importa el morir siendo por vuestro amor; y si es dando la muerte á esos infieles, serémos los mártires de la verdad."

Escitados por esta oracion, los armenios se precipitaron furiosos sobre los persas y rompieron su ala derecha en el primer choque. La batalla fué terrible, el aire, erizado de flechas, se asemejaba á el *ala de un buitre*, y las espadas azules centelleaban como el relámpago que surca los cielos en medio de la tempestad. El entusiasmo escaldado por la fé arrancó la palma del triunfo: la derrota de los persas fué completa, y los cuerpos de nueve grandes sátrapas *amigos del rey*, no tuvieron otra mortaja que las flores silvestres de la llanura, ni otro sepulcro que el vientre de las fieras y de los buitres. Las aguas de Lomeki se enrojecieron con la sangre, y un solo soldado de caballería pudo libertarse sobre un dromedario para llevar á la corte de Persia la nueva de este desastre. Sin embargo, esta victoria, por grande é inesperada que fuese, no podia ser decisiva; los cristianos de Armenia no tenían ni oro ni aliados. Marciano, el emperador griego, que había implorado con muchas súplicas en nombre de Cristo y de su Santa Madre, había enviado con la mayor bajeza y

cobardía un embajador á la corte de Persia, para protestar al rey de los reyes que no tenía ninguna parte en la rebelion de la Armenia cristiana, y que en manera alguna tomaria en ella parte. Isdigerdés comprendió que César tenía miedo, y confiándose en su cobardía, resolvió proseguir la esterminacion del cristianismo en Armenia; mas sus deseos no se realizaron. Los cristianos, agobiados por el número, perdieron una gran batalla, en la cual quedó muerto el héroe que los mandaba, Vartan el Mamigonio, príncipe, de origen chino, que sucumbió despues de haber hecho prodigios de valor. La Armenia, reducida ya al último extremo, no se confiesa sin embargo vencida. Abandonáronse las ciudades para ir á habitar en los bosques y en los desfiladeros de las montañas, celebrándose el oficio divino en el fondo de las cavernas: los obispos armenios sufrieron el martirio con inalterable constancia, y los príncipes, acostumbrados al aire libre y fresco de sus altas montañas, fueron trasportados, cargados de cadenas al Korassan, bajo cuyo cielo de fuego reina el Simoun, que mata á la manera del rayo (1), y cuyo suelo es un océano de arena abrasada. Allí habrían perecido de miseria, si dos confesores mutilados por el sable de los persas no hubiesen emprendido recoger entre los cristianos cautivos de las provincias vecinas, limosnas que entregaban á los grandes señores, tambien cautivos: esto duró como siete años. Uno de esos ángeles de caridad murió del cansancio en los desiertos abrasadores del Kohistan, cuyo calor ha comparado un viajero moderno al de una placa de hierro candente; el otro continuó solo la misma obra de misericordia y de fraternidad. Isdigerdés, desarmado por una constancia tan heroica, puso término á ese duro cautiverio; pero no fué sino despues de cincuenta años de negociaciones, de treguas y de combates, hasta que Vahan el Mamigonio, sobrino del gran Vartan, el héroe de la Armenia, terminó esta guerra santa empezada en 450 (2).

Si las iglesias cristianas de la Persia merecian ser comparadas á los palacios de sus reyes, de los que los poetas árabes nos han dejado descripciones fabulosas de magnificencia (3), la de los pueblos que habitan entre el Ponto-Euxino y el mar Caspio eran muy pobres comparativamente. Al principio no fueron mas que edificios de madera, en donde se llamaba á los fieles al oficio los dias de fiesta, golpeando dos planchas de metal una con

1 El Simoun es un viento mortal que ahoga á los viajeros si no se apresuran á esconder la cara en la arena. En la descripcion de Niebuhr, edicion de Copenhague, págs. 6, 7 y 8, se encuentran detalles muy curiosos sobre el Simoun. Este viento se levanta entre el 15 de Junio y el 15 de Agosto; sopla con gran ruido, parece encarnado é inflamado y mata por una especie de sofocacion. Su efecto mas sorprendente no es la muerte que causa, sino el de que los cadáveres de aquellos á quienes hiere quedan como disueltos, sin perder su figura ni aun su color, de manera que se diría que están durmiendo. Si se tocan esos cadáveres, la parte que se ha tocado se desprende en el acto.

2 Continuacion de Eliseo Vartabed, por Lázaro Farbe, c. 3.
3 La descripcion que hace Anzer del palacio de Coirose se parece á las de las *Mil y una noches*. En ella se ven salas de mármol y de cornalinas encarnada, fuentes de agua de rosa, estanques de donde se elevan columnas de esmeraldas sobre las que se hallaban pájaros de oro bruñido con ojos de topacios.

otra; porque las campanas eran desconocidas hasta entonces. La primera iglesia de piedra de los armenios, fabricada cerca de los manantiales del Tigris, fué puesta bajo la invocacion de María. Poseia como muchos santuarios de la Siria y de la Asia Menor, una imágen milagrosa de la Virgen, que se había confiado á la guarda de mujeres (4) virtuosas y castas.

La catedral de Mtzkhêtha, antigua capital de Georgia, fué la primera iglesia cristiana de esa comarca; los georgianos la dedicaron á la Virgen. Allí guardaba en otros tiempos el famoso *Khiton*, uno de los vestidos desgarrados de Jesucristo. Muchas veces destruida, pero siempre reedificada con elegancia en el estilo georgiano mas elevado, se ve todavia brillar en ella el mármol y el jaspe verde. Una inscripcion escrita con letras de oro sobre una de las columnas, dice que este templo divino y venerable de María *Reina de los georgianos*, Madre de Dios y siempre Virgen, ha sido reedificado por la munificencia y por los cuidados de una princesa georgiana llamada Pebanpato.

La metrópoli de la Mingrelia estaba igualmente dedicada á la Virgen, y se veneraba en ella una de sus túnicas guardada en una caja de ébano incrustada de flores de plata. Esta túnica hecha de una tela preciosa, con fondo color de nankin y flores brillantes bordadas á la aguja, se le mostró á Chardino cuando atravesaba la Mingrelia para volverse á Persia.

En las regiones del Cáucaso, que abundan en conventos dedicados á María, se ven los mas hermosos monasterios construidos en los sitios mas elevados y de difícil acceso, y aun muchas veces estaban defendidos por fuertes castillos. El de *Miriam-Nischin* en Georgia, estaba edificado sobre una roca del Cáucaso, en medio de un hermoso lago de la montaña que lo hacia inaccesible por la parte de tierra, y ademas, lo protegía una fortaleza que pasaba por inexpugnable. El castillo y el monasterio fueron sitiados por Melik-Schah, bajo el reinado de Alp-Arslan, su padre, segundo sultan de la raza de los seljoucides. En el momento en que el ejército del príncipe musulman se disponia á entrar en las barcas para dar el asalto, y que la guarnicion, diezmada por el hambre, veía venir este asalto con un desaliento mezclado de espanto, hizose un horroroso terremoto, y el monasterio de Santa María cayó destruido en el lago (5). Tuvose por un milagro este desenlace extraño. "La Virgen, dijeron los georgianos, ha querido mejor ver destruido su santuario que violado."

Delante de la puerta principal de Djoulfa, ciudad armenia antigua y comerciante, situada cerca de uno de los vados mas cómodos del Araxes, se eleva un poco aislado sobre la angosta meseta en que se había construido, desde los primeros siglos del cristianismo, un monasterio en honor de la santísima Virgen. Los declives de esta roca escarpada,

4 *Geografía antigua de la Armenia*, Venecia, 1822.
5 De Herbelot, *Bibliot. Orient.*

en la cual florecen aún hermosos jacintos azules y ramilletes de odorifera mejorana, están cubiertos de magníficos sepulcros y de antiguas piedras tumulares; pero los habitantes ¿adónde están?... hubo un día, en que un despota asiático (1) quiso borrar á Djoulfa, población de cuarenta mil almas, del número de las ciudades del globo, y mandó á ella á Thamas-Kouli-Beg, con orden de hacerla evacuar en el término de tres días; y fué obedecido. Los habitantes enterraron á toda prisa sus riquezas en sitios ocultos, esperando, pero en vano, que Schah-Abbas, ya aplacada su cólera, les permitiera venir á poblar de nuevo su antigua ciudad. Al fin del tercer día, cuando fué ya preciso partir, y que el último minuto hubo pasado, cada uno, tomando las llaves de su casa, siguió á los sacerdotes que llevaban también las de las iglesias. Llegan al pie de la roca en donde el santuario de María dominaba aun los sepulcros antiguos de sus abuelos, y entonces estalla su dolor y desesperación en lastimeros sollozos. Obligados, sin embargo, á proseguir su camino los infelices desterrados, echaron una triste y última mirada sobre su ciudad des poblada, y después de haber puesto sus iglesias y sus casas bajo la guarda especial de la Virgen Santísima, arrojaron en el río las llaves.

Los egipcios, que jamás habían doblado la rodilla ante las divinidades extranjeras, y que se envenecían de no salir de los ritos de su religión bestial, como la llamaba Flavio Josefo, en el tiempo en que florecía aún, habían abandonado á sus dioses que brotaban de la yerba, y devuelto á los cañaverales del Nilo los horrorosos cocodrilos á quienes sus devotos servían de alimento (2), para adorar el Dios sacrificado en el Calvario. Los descendientes del pueblo antiguo de los Faraones habían construido una hermosa iglesia en el pueblecito egipcio, donde se había refugiado la Santa Familia, para sustraerse á las impías pesquisas de Herodes, y le habían dado el nombre de Nuestra Señora de Matarich; una risueña fuente, donde la Santísima Virgen lavaba las ropas del Dios-Niño, había recibido el nombre de Fuente de María, y esta fuente, así como el gigantesco sicomoro que había dado sombra frecuentemente á la Madre y al Niño, eran el objeto de numerosas peregrinaciones. La catedral del Egipto estaba igualmente dedicada á Nuestra Señora.

La iglesia de Alejandría, que brillaba entre todas las iglesias del mundo cristiano como un fanal que proyecta á lo lejos su luz, había unido, desde el cuarto siglo, á su silla patriarcal, un reino casi desconocido de los romanos, y sobre el cual Plinio ha dicho las cosas más extrañas (3); la Abisinia, cuyos pueblos judíos, sabeos, idólatras, en fin, es-

1 Schah-Abbas despobló totalmente la ciudad de Djoulfa, en 1605.

2 Josefo *contra Apion*, lib. 2.

3 Según Plinio y algunos otros geógrafos antiguos, la Abisinia estaba poblada de hombres que no tenían en el rostro ni nariz ni boca, y cuyos ojos estaban colocados en el hueco del estómago; allí se encontraban también hombres sin cabeza ó con cabeza de asno, etc. Plinio, que refiere estas cosas prodigiosas, no agota la materia y se detiene modestamente, de miedo, dice él, de que parezca increíble, lib. VI, cap. 30, y lib. V, cap. 8.

taban gobernados por reyes descendientes de Makeda, la hermosa reina negra que llenó de perfumes y de pedrerías la ciudad de Jerusalem, y que tuvo un hijo del rey Salomon. Un joven mercader de Tiro, que traficaba en pedrerías, habiendo naufragado sobre las costas africanas del mar Rojo, fué apresado al momento y después conducido á Axoum, la antigua capital de la reina de Sabá, y presentado como un cautivo de distinción al *neguz* [empeador], aquel príncipe, á cuyo nombre los leones *inclinan la cabeza*, logrando por su buen comportamiento que el *neguz* lo hiciese su tesorero. Después de la muerte del príncipe negro, la educación de su hijo menor, Abreha, fué confiada al joven tiro, que instruyó secretamente á su discípulo en su creencia, y concibió la magnífica esperanza de llegar á ser el apóstol de estos reinos semi-bárbaros. Para obtener este fin, vuelve á Alejandría, en donde San Atanasio le consagra obispo de Axoum. A su regreso, Frumencio, que fué nombrado *Abba Salama* [el padre de la salvación], bautizó á Abreha con los principales personajes de su corte; y una gran parte del pueblo no tardó en seguir el ejemplo de sus gefes. Esta revolución religiosa se efectuó como deben efectuarse todas las revoluciones religiosas, es decir, sin derramar una sola gota de sangre. Abreha, y su hermano Atzbeha, que reinaron juntos con una armonía admirable, predicaron ellos mismos el cristianismo á sus súbditos (4), y construyeron un gran número de iglesias en honor del verdadero Dios, bajo la invocación de Mariam [María]. Una de esas iglesias antiguas, á causa de la exuberante vegetación que la rodeaba, tomó el lindo nombre de *Mariam-Chaouitou* [Nuestra Señora la Verde].

El cristianismo se extendía entonces sobre la costa opuesta del mar Rojo, en el Yemen, cuyos habitantes adoraban los astros y los árboles; entre ellos se hallaba un gran número de judíos. Un príncipe de esta nación, que había usurpado el supremo poder en Arabia, persiguió á los cristianos y desterró, en 520, á S. Gregencio, árabe de origen, y arzobispo de Tifar, metrópoli de ese país. San Aritas, gobernador de Nagran, antigua capital del Yemen, no quiso apostatar de su fe; lo prendieron y fué conducido secretamente fuera de la ciudad, donde le hicieron morir á orillas de un arroyo. Su mujer y su hija perecieron también en medio de los suplicios con trescientos cuarenta cristianos (5), y como Dunaan continuaba martirizando á todos los que no querían renunciar su creencia, Caleb, rey de Abisinia, hizo en 530 una expedición contra

4 "Salud, Abreha et Atzbea, que habéis reinado simultáneamente, que habéis predicado con vuestra boca la religión de Cristo á aquellos que seguían la creencia de Moisés, y que habéis levantado templos en su honor." [Liturgia abisiniese, Commemoración de los muertos.]

5 He aquí una oración dirigida á los mártires de Nagran por la iglesia de Abisinia:

"Salute pulchritudinem vestram amoenam, O sidera Nagranil gemmo que illuminatis mundum, Conciliatrix sit mihi illa pulchritudo, et pacificatrix. Coram Deo iudice si steterit peccatum meum, Ostendite ei sanguinem quem effudistis propter Pulchritudinem ejus."

[Liturgia abisiniese.]

él, en la que logró vencerle. Después de esto el *neguz*, disgustado del trono, envió su diadema á Jerusalem (1), abdicó la soberanía en favor de su hijo, y se encerró en un monasterio, no llevando consigo más que una copa para beber y una estera para acostarse. Las tropas africanas que había mandado para socorrer á los cristianos del Asia, seducidas por la hermosura y la riqueza de ese suelo feliz, resolvieron fijarse allí. Esos cristianos negros, mandados por el gobernador del Yemen, fueron los que hicieron contra los árabes de la Meca, la guerra conocida bajo el nombre de *guerra del defunto*. No obstante, la Arabia feliz no permaneció mucho tiempo en su poder, pues los persas la conquistaron hácia el año 590, hasta que ellos mismos fueron arrojados del suelo de su conquista por los caudillos de Mahoma.

Cuando los Abisinios se convirtieron, la doctrina de Nestorio agitaba la Iglesia. Se sabe que las opiniones de este obispo, que negaba á María el título de Madre de Dios, fueron condenadas por el concilio de Efeso: pues bien; los habitantes de la Abisinia en su entusiasmo esagerado por la Santísima Virgen, no se contentaron con reprobar la herejía de Nestorio; al título de Madre de Dios, añadieron el de *Mundi Creatrix*, para testificar la idea sublime que tenían de María. Nada en efecto es comparable al amor y al respeto de que ella es objeto desde las orillas del Nilo Azul, hasta las montañas de la Luna. Los errores de Dioscoro y de Eutiches, que los abisinios desgraciadamente han seguido, no han influido sin embargo, sobre este punto en sus ideas.

El antiguo Oriente parecía rejuvenecido por su devoción á María; amaba su culto y solemnizaba pomposamente sus fiestas, cuya mayor parte eran de fundación apostólica. La de la Anunciación se miraba, en tiempo de San Atanasio, según nos lo dice él mismo, como una de las más grandes fiestas del año, y como un preparativo á la de la Asunción, que se celebraba con grande esplendor, desde el Nilo hasta el Cáucaso, bajo la denominación de *Pascua de Nuestra Señora*, por un ayuno de quince días (2).

Todo hacía creer que el Evangelio iba á extenderse de una estremidad á otra del Asia, y ya empezaban á anunciar al pueblo idólatra del Celeste Imperio *Aquel Santo*, nacido de una virgen, que la tierra esperaba, decían los discípulos de Confucio, como las plantas marchitas esperan el rocío; pero, ¡ay! un huracán más furioso, más destructor, mas irresistible que el viento abrasador del desierto, y nacido como él en las llanuras arenosas de

1 "Salud, Caleb! que abandonasteis el signo de vuestro poder, cuando enviasteis en ofrenda vuestra corona al templo de Jerusalem: á vos que no abusasteis de vuestra victoria, cuando hubisteis destruido el ejército de los sabeos." [Liturgia abisiniese.]

2 El primer día del mes de Agosto se llamaba en el calendario siríaco *Saum Miriam*, el ayuno de Nuestra Señora, porque los cristianos de Oriente ayunaban desde ese día hasta el 15, que nombraban *Fithr Miriam*, es decir la cesación del ayuno ó la pascua de Nuestra Señora. [De Herbelot, Biblioth. Orient. t. 1.º pag. 2.]

la Arabia, vino á combatir el cristianismo con una fuerza que Satanás sin duda le había dado.

Desde luego se oyó vagamente un ruido de armas á orillas del mar de los cañaverales; el árabe se bate con furor contra el árabe, y los árbolesidos caen al mismo tiempo que los templos cristianos; después de esto, todo volvió al silencio por ese lado, y legiones de caballeros con sus *abbas* listados de blanco y negro, se precipitaron sobre la Siria como una nube de langostas, destruyendo con el revés de sus cimitarras mil y cuatrocientas iglesias cristianas. Desde allí se arrojaron sobre la Persia, que sucumbió abandonándoles el famoso estandarte de *Kawed*, del que dependían los destinos del imperio de los magos (3). Las llamas de la soberbia biblioteca de Alejandría alumbraron su tempestuoso paso al través del Egipto; bien pronto llegaron al litoral africano, en donde en otro tiempo había dominado Cartago, y al punto queda bajo su dominio. Llegados al lugar donde la antigüedad había colocado las columnas de Hércules, los fogosos vencedores hicieron entrar sus corceles en el estrecho de Gibraltar, y exclamaron agitando fuertemente sobre las olas las hojas azuladas de sus *espadas*: "Dios de Mahoma! ¿tú lo ves? la tierra falta á las conquistas de los *verdaderos creyentes* (4)!" El Africa y el Asia tuvieron que inclinarse sus cabezas bajo el yugo embrutecido y feroz del islamismo, y las tinieblas de la ignorancia invadieron muy pronto el espléndido é ingenioso Oriente.

CAPITULO VI.

OCCIDENTE.—LAS MADONAS.

Constantino, después de haber elevado en el recinto de Roma, esa ciudad divinizada que el paganismo había puesto en medio de las estrellas (5),

3 Los antiguos romanos habían unido los destinos de su imperio á los de su templo de Júpiter Capitolino, que fué quemado precisamente á la aparición del cristianismo; los persas tenían antiguas tradiciones que anunciaban la caída del imperio mago, cuando su célebre estandarte cayese en manos del enemigo. El imperio cayó en efecto al mismo tiempo que el estandarte en la batalla de Kadesia. Esa bandera, que al principio era un delantal de un herrero, levantado en una guerra de independencia contra el tirano Zohak, y aceptado como señal de dios por Peridoun, uno de los más grandes reyes del Iran (la antigua Persia), fué cubierto de brocado de Roum, y adornado con una magnífica imagen del sol y de piedras preciosas, remataba en un globo de oro, que figuraba la órbita de la luna, y alrededor fluctuaban anchos gallardetes rojos, amarillos y violetas. Llamaban á este estandarte *Kawedani dirresh* [el estandarte de Kawed]. Después de Peridoun, los reyes de Persia se habían impuesto el deber de adornarlo con piedras preciosas, y para colocarlas, se habían visto precisados á agarrar muchísimo esa famosa bandera, que llegó á tener de veintidos pies de largo sobre quince de ancho cuando cayó en poder de los árabes, que lo hicieron pedazos y se la repartieron con lo demás del botín. (Price, *Muhammad, history*, tom. 1.º, pag. 116; y Huft Kolkoum, tom. IV, pag. 126).

4 Florian, *Compendio histórico sobre los moros*.

5 "Escúchame, ó magnífica reina de tu universo, ó Roma admitida en los estrellados cielos, dice Rutilio, célebre poeta pagano de la última edad, hablando de las letras romanas.—Gracias á tus templos, no estoy lejos del cielo." Roma era, en efecto, una ciudad divinizada que tenía sus templos y sus sacerdotes.

en la cual florecen aún hermosos jacintos azules y ramilletes de odorifera mejorana, están cubiertos de magníficos sepulcros y de antiguas piedras tumulares; pero los habitantes ¿adónde están?... hubo un día, en que un despota asiático (1) quiso borrar á Djoulfa, poblacion de cuarenta mil almas, del número de las ciudades del globo, y mandó á ella á Thamas-Kouli-Beg, con orden de hacerla evacuar en el término de tres días; y fué obedecido. Los habitantes enterraron á toda prisa sus riquezas en sitios ocultos, esperando, pero en vano, que Schah-Abbas, ya aplacada su cólera, les permitiera venir á poblar de nuevo su antigua ciudad. Al fin del tercer día, cuando fué ya preciso partir, y que el último minuto hubo pasado, cada uno, tomando las llaves de su casa, siguió á los sacerdotes que llevaban también las de las iglesias. Llegan al pie de la roca en donde el santuario de María dominaba aun los sepulcros antiguos de sus abuelos, y entonces estalla su dolor y desesperacion en lastimeros sollozos. Obligados, sin embargo, á proseguir su camino los infelices desterrados, echaron una triste y última mirada sobre su ciudad des poblada, y despues de haber puesto sus iglesias y sus casas bajo la guarda especial de la Virgen Santísima, arrojaron en el rio las llaves.

Los egipcios, que jamas habian doblado la rodilla ante las divinidades extranjeras, y que se envenecian de no salir de los ritos de su religion bestial, como la llamaba Flavio Josefo, en el tiempo en que florecia aún, habian abandonado á sus dioses que brotaban de la yerba, y devuelto á los cañaverales del Nilo los horrorosos cocodrilos á quienes sus devotos servian de alimento (2), para adorar el Dios sacrificado en el Calvario. Los descendientes del pueblo antiguo de los Faraones habian construido una hermosa iglesia en el pueblecito egipcio, donde se habia refugiado la Santa Familia, para sustraerse á las impías pesquisas de Herodes, y le habian dado el nombre de Nuestra Señora de Matarich; una risueña fuente, donde la Santísima Virgen lavaba las ropas del Dios-Niño, habia recibido el nombre de Fuente de María, y esta fuente, así como el gigantesco sicomoro que habia dado sombra frecuentemente á la Madre y al Niño, eran el objeto de numerosas peregrinaciones. La catedral del Egipto estaba igualmente dedicada á Nuestra Señora.

La iglesia de Alejandría, que brillaba entre todas las iglesias del mundo cristiano como un fanal que proyecta á lo lejos su luz, habia unido, desde el cuarto siglo, á su silla patriarcal, un reino casi desconocido de los romanos, y sobre el cual Plinio ha dicho las cosas más estrañas (3); la Abisinia, cuyos pueblos judíos, sabeos, idólatras, en fin, es-

1 Schah-Abbas despobló totalmente la ciudad de Djoulfa, en 1605.

2 Josefo *contra Appion*, lib. 2.

3 Segun Plinio y algunos otros geógrafos antiguos, la Abisinia estaba poblada de hombres que no tenían en el rostro ni nariz ni boca, y cuyos ojos estaban colocados en el hueco del estómago; allí se encontraban también hombres sin cabeza ó con cabeza de asno, etc. Plinio, que refiere estas cosas prodigiosas, no agota la materia y se detiene modestamente, de miedo, dice él, de que parezca increíble, lib. VI, cap. 30, y lib. V, cap. 8.

taban gobernados por reyes descendientes de Makeda, la hermosa reina negra que llenó de perfumes y de pedrerías la ciudad de Jerusalem, y que tuvo un hijo del rey Salomon. Un jóven mercader de Tiro, que traficaba en pedrerías, habiendo naufragado sobre las costas africanas del mar Rojo, fué apresado al momento y despues conducido á Axoum, la antigua capital de la reina de Sabá, y presentado como un cautivo de distincion al *neguz* [empeador], aquel príncipe, á cuyo nombre los leones *inclinan la cabeza*, logrando por su buen comportamiento que el *neguz* lo hiciese su tesorero. Despues de la muerte del príncipe negro, la educacion de su hijo menor, Abreha, fué confiada al jóven tiro, que instruyó secretamente á su discípulo en su creencia, y concibió la magnífica esperanza de llegar á ser el apóstol de estos reinos semi-bárbaros. Para obtener este fin, vuelve á Alejandría, en donde San Atanasio le consagra obispo de Axoum. A su regreso, Frumencio, que fué nombrado *Abba Salama* [el padre de la salvacion], bautizó á Abreha con los principales personajes de su corte; y una gran parte del pueblo no tardó en seguir el ejemplo de sus gefes. Esta revolucion religiosa se efectuó como deben efectuarse todas las revoluciones religiosas, es decir, sin derramar una sola gota de sangre. Abreha, y su hermano Atzbeha, que reinaron juntos con una armonía admirable, predicaron ellos mismos el cristianismo á sus súbditos (4), y construyeron un gran número de iglesias en honor del verdadero Dios, bajo la invocacion de Mariam [María]. Una de esas iglesias antiguas, á causa de la exuberante vegetacion que la rodeaba, tomó el lindo nombre de *Mariam-Chaouitou* [Nuestra Señora la Verde].

El cristianismo se extendia entonces sobre la costa opuesta del mar Rojo, en el Yemen, cuyos habitantes adoraban los astros y los árboles; entre ellos se hallaba un gran número de judíos. Un príncipe de esta nacion, que habia usurpado el supremo poder en Arabia, persiguió á los cristianos y desterró, en 520, á S. Gregencio, árabe de origen, y arzobispo de Tifar, metrópoli de ese país. San Aritas, gobernador de Nagran, antigua capital del Yemen, no quiso apostatar de su fe; lo prendieron y fué conducido secretamente fuera de la ciudad, donde le hicieron morir á orillas de un arroyo. Su mujer y su hija perecieron también en medio de los suplicios con trescientos cuarenta cristianos (5), y como Dunaan continuaba martirizando á todos los que no querian renunciar su creencia, Caleb, rey de Abisinia, hizo en 530 una expedicion contra

4 "Salud, Abreha et Atzbea, que habéis reinado simultáneamente, que habéis predicado con vuestra boca la religion de Cristo á aquellos que seguian la creencia de Moises, y que habéis levantado templos en su honor." [Liturgia *abisiniense*, Commemoracion de los muertos.]

5 He aquí una oracion dirigida á los mártires de Nagran por la iglesia de Abisinia:

"Salute pulchritudinem vestram amoenam, O sidera Nagranil gemmo que illuminatis mundum, Conciliatrix sit mihi illa pulchritudo, et pacificatrix. Coram Deo iudice si steterit peccatum meum, Ostendite ei sanguinem quem effudistis propter Pulchritudinem ejus."

[Liturgia *abisiniense*.]

él, en la que logró vencerle. Despues de esto el *neguz*, disgustado del trono, envió su diadema á Jerusalem (1), abdicó la soberanía en favor de su hijo, y se encerró en un monasterio, no llevando consigo mas que una copa para beber y una estera para acostarse. Las tropas africanas que habia mandado para socorrer á los cristianos del Asia, seducidas por la hermosura y la riqueza de ese suelo feliz, resolvieron fijarse allí. Esos cristianos negros, mandados por el gobernador del Yemen, fueron los que hicieron contra los árabes de la Meca, la guerra conocida bajo el nombre de *guerra del defunte*. No obstante, la Arabia feliz no permaneció mucho tiempo en su poder, pues los persas la conquistaron hácia el año 590, hasta que ellos mismos fueron arrojados del suelo de su conquista por los caudillos de Mahoma.

Quando los Abisinios se convirtieron, la doctrina de Nestorio agitaba la Iglesia. Se sabe que las opiniones de este obispo, que negaba á María el título de Madre de Dios, fueron condenadas por el concilio de Efeso: pues bien; los habitantes de la Abisinia en su entusiasmo escasgado por la Santísima Virgen, no se contentaron con reprobar la herejía de Nestorio; al título de Madre de Dios, añadieron el de *Mundi Creatrix*, para testificar la idea sublime que tenían de María. Nada en efecto es comparable al amor y al respeto de que ella es objeto desde las orillas del Nilo Azul, hasta las montañas de la Luna. Los errores de Dióscoro y de Eutiches, que los abisinios desgraciadamente han seguido, no han influido sin embargo, sobre este punto en sus ideas.

El antiguo Oriente parecia rejuvenecido por su devocion á María; amaba su culto y solemnizaba pomposamente sus fiestas, cuya mayor parte eran de fundacion apostólica. La de la Anunciacion se miraba, en tiempo de San Atanasio, segun nos lo dice él mismo, como una de las más grandes fiestas del año, y como un preparativo á la de la Asuncion, que se celebraba con grande esplendor, desde el Nilo hasta el Cáucaso, bajo la denominacion de *Pascua de Nuestra Señora*, por un ayuno de quince días (2).

Todo hacia creer que el Evangelio iba á extenderse de una estremidad á otra del Asia, y ya empezaban á anunciar al pueblo idólatra del Celeste Imperio *Aquel Santo*, nacido de una vírgen, que la tierra esperaba, decian los discípulos de Confucio, como las plantas marchitas esperan el rocío; pero, ¡ay! un huracán mas furioso, mas destructor, mas irresistible que el viento abrasador del desierto, y nacido como él en las llanuras arenosas de

1 "Salud, Caleb! que abandonásteis el signo de vuestro poder, cuando enviásteis en ofrenda vuestra corona al templo de Jerusalem: á vos que no abusásteis de vuestra victoria, cuando hubiésteis destruido el ejército de los sabeos." [Liturgia *abisiniense*.]

2 El primer día del mes de Agosto se llamaba en el calendario siríaco *Saum Miriam*, el ayuno de Nuestra Señora, porque los cristianos de Oriente ayunaban desde ese día hasta el 15, que nombraban *Fithr Miriam*, es decir la cesacion del ayuno ó la pascua de Nuestra Señora. [De Herbelot, *Biblioth. Orient.* t. 1.º pag. 2.]

la Arabia, vino á combatir el cristianismo con una fuerza que Satanás sin duda le habia dado.

Desde luego se oyó vagamente un ruido de armas á orillas del mar de los cañaverales; el árabe se bate con furor contra el árabe, y los árbolesidos caen al mismo tiempo que los templos cristianos; despues de esto, todo volvió al silencio por ese lado, y legiones de caballeros con sus *abbas* listados de blanco y negro, se precipitaron sobre la Siria como una nube de langostas, destruyendo con el revés de sus cimitarras mil y cuatrocientas iglesias cristianas. Desde allí se arrojaron sobre la Persia, que sucumbió abandonándoles el famoso estandarte de *Kawed*, del que dependian los destinos del imperio de los magos (3). Las llamas de la soberbia biblioteca de Alejandría alumbraron su tempestuoso paso al través del Egipto; bien pronto llegaron al litoral africano, en donde en otro tiempo habia dominado Cártago, y al punto queda bajo su dominio. Llegados al lugar donde la antigüedad habia colocado las columnas de Hércules, los fogosos vencedores hicieron entrar sus corceles en el estrecho de Gibraltar, y exclamaron agitando fuertemente sobre las olas las hojas azuladas de sus *espadas*: "Dios de Mahoma! ¿tú lo ves? la tierra falta á las conquistas de los *verdaderos creyentes* (4)!" El Africa y el Asia tuvieron que inclinar sus cabezas bajo el yugo embrutecido y feroz del islamismo, y las tinieblas de la ignorancia invadieron muy pronto el espléndido é ingenioso Oriente.

CAPITULO VI.

OCCIDENTE.—LAS MADONAS.

Constantino, despues de haber elevado en el recinto de Roma, esa ciudad divinizada que el paganismo habia puesto en medio de las estrellas (5),

3 Los antiguos romanos habian unido los destinos de su imperio á los de su templo de Jupiter Capitolino, que fué quemado precisamente á la aparicion del cristianismo; los persas tenían antiguas tradiciones que anunciaban la caída del imperio mago, cuando su célebre estandarte cayese en manos del enemigo. El imperio cayó en efecto al mismo tiempo que el estandarte en la batalla de Kadesia. Esa bandera, que al principio era un delantal de un herrero, levantado en una guerra de independencia contra el tirano Zohak, y aceptado como señal de dios por Peridoun, uno de los más grandes reyes del Iran (la antigua Persia), fué cubierto de brocado de Roum, y adornado con una magnífica imagen del sol y de piedras preciosas, remataba en un globo de oro, que figuraba la órbita de la luna, y alrededor fluctuaban anchos gallardetes rojos, amarillos y violetas. Llamaban á este estandarte *Kawedani dirresh* [el estandarte de Kawed]. Despues de Peridoun, los reyes de Persia se habian impuesto el deber de adornarlo con piedras preciosas, y para colocarlas, se habian visto precisados á agarrar muchísimo esa famosa bandera, que llegó á tener de veintidos pies de largo sobre quince de ancho cuando cayó en poder de los árabes, que lo hicieron pedazos y se la repartieron con lo demas del botín. (Price, *Mohammed history*, tom. 1.º, pag. 116; y Huft Kolkoum, tom. IV, pag. 126).

4 Florian, *Compendio histórico sobre los moros*.

5 "Escúchame, ó magnífica reina de tu universo, ó Roma admitida en los estrellados cielos, dice Rutilio, célebre poeta pagano de la última edad, hablando de las letras romanas.—Gracias á tus templos, no estoy lejos del cielo." Roma era, en efecto, una ciudad divinizada que tenía sus templos y sus sacerdotes.

la soberbia basílica Lateranense, había cerrado los templos paganos; pero no había tenido bastante fuerza y decisión para arrancar las profundas raíces de la idolatría. Es verdad que el mayor número de los patricios de Roma resistía obstinadamente, fiel a los antiguos ídolos del imperio; el senado, por otra parte, se dividía en dos fracciones, la una pagana y la otra cristiana, lo cual hizo decir a San Ambrosio que había como dos senados. De los senadores idólatras, decía Prudencio: "Los sucesores de los Catones, sumergidos en un vergonzoso error, suplican aún a los dioses troyanos, y, en el secreto santuario de sus hogares, veneran los penates desterrados de Frigia; el senado, me ruborizo de decirlo, el senado honra a Jano y celebra las fiestas de Saturno."

En cuanto a la muchedumbre de los proletarios, la mayor parte se había entregado a Cristo de buena fe, y despreciando los altares de Júpiter, se agolpaba alrededor del sepulcro de los apóstoles (1).

La península italiana estaba dividida, lo mismo que su capital, entre Júpiter y Jesús, Juno y María; la noche del error luchaba con todos sus esfuerzos contra la aurora de la verdad. Los sacerdotes de los ídolos atribuían al abandono de sus dioses las calamidades que caían sobre el imperio. "Si el hambre se hacía sentir en el Latium hasta un grado extraordinario, era porque César mal aconsejado por los cristianos que formaban su corte, había suprimido los privilegios de las Vestales; si las fronteras eran perturbadas impunemente por los bárbaros; si los godos penetraban hasta el centro del imperio, era porque se había destruido el altar de la victoria. Queremos de nuevo el estado religioso, que por tanto tiempo ha servido de apoyo a la república, decía Simaco, prefecto de Roma, al emperador Valentiniano II; pedimos la paz para los dioses de la patria, para los dioses indígenas; nuestro culto ha puesto el mundo bajo nuestras leyes, ha rechazado a Anibal de nuestros muros, y a los galos del Capitolio. ¿Qué! ¿Roma reformaria hoy lo que la ha salvado en otros tiempos?... ¿La reforma de la vejez es tardía e inconstante?"

El paganismo fué vencido en esta lucha por S. Ambrosio, pero no por eso cesó de bregar contra la religión nueva, á quien agobiaba de sarcasmos, de amargos desdenes y de calumnias. Roma volvió a levantar con júbilo delirante, bajo el reinado de Juliano, el altar de la Victoria, lo que no impidió, sin embargo, á los bárbaros el saquear y desolar muchas veces el territorio del imperio. Al ver al enemigo en sus puertos, se desmoralizó y se volvió pagano: casi todas las ceremonias prohibidas por las leyes de Graciano y de Teodosio reaparecieron públicamente; el prefecto de Roma llamó á los aruspices toscanos, y el último de sus cónsules rescitó, con otra parodia las ceremonias augurales el día de su instalación. "Esto era ya demasiado,

1 "Todo ese populacho que anda los altos pisos de las casas y se mantiene del pan que se le dá desde lo alto de los ricos umbrales, visita al pie del monte Vaticano el sepulcro en donde reposa ese rehen precioso, las cenizas del padre San Pedro." (Prudentius contra Symmachum.)

dice Bossuet: Dios se acordó al fin de tantos decretos sangrientos del senado contra los fieles, y de las algarazas y los gritos furiosos con que el pueblo romano, ávido de la sangre cristiana, había hecho resonar frecuentemente el anfiteatro, y abandonó á los bárbaros esa ciudad enrojecida con la sangre de los mártires... Aquella nueva Babilonia, imitadora de la antigua, orgullosa como ella de sus victorias, triunfante con sus riquezas, manchada con sus idolatrías, y perseguidora del pueblo de Dios, cae también como ella con grande estruendo; la gloria de sus conquistas que atribuye á sus dioses, se le arrancan, y llega á ser fácil presa de los bárbaros; tomada tres y cuatro veces, es robada, saqueada, destruida: la espada de los bárbaros no perdona sino únicamente á los cristianos. Otra Roma enteramente cristiana renace de las cenizas de la primera, y solo despues de la inundacion de los mismos bárbaros concluye enteramente la victoria de Jesucristo sobre los dioses romanos, que se ven no solo destruidos, sino olvidados."

Muerta enteramente la idolatría, volvieron á abrir los templos de mármol, los purificaron, y los mas hermosos fueron dedicados á la Santísima Virgen, ante quien se arrodilló toda la Italia con un fervor y una fe, que á Dios gracias, hasta hoy ha durado. Los patricios construyeron á porfía iglesias ó capillas, y las adornaron con una profusion que demostraba su piedad; los altares de María fueron incrustados de plata, de oro, de piedras preciosas (2); lámparas no menos ricas y suntuosas los alumbraron; nada se ahorró para que el esplendor de los adornos religiosos correspondiesen á la sublime dignidad de la Virgen Santa.

El pueblo, que no tenia oro á su disposicion, le rindió un homenaje mas sencillo y mas íntimo. En las llanuras risueñas del Bayér, en los campos fértiles de la Campania, en el fondo de las gargantas del Apenino, y entre las áridas malezas de los Abruzos, se vieron levantar de distancia en distancia, humildes altares á la Santa Madona. Aquellas pequeñas capillas primitivas, veladas entre raudas de yedra ó entre cortinajes de verde pámpano, se ocultaban modestamente bajo el ramaje de los bosques, y su sombra se proyectaba al mediodía en las linfas de los arroyos. Devocion tan ingenua, tan sencilla y tan bien apropiada á las suaves meditaciones, á las costumbres mismas que llevó en el mundo la que era el objeto de ella, subsiste aun en nuestros días con toda su poesia religiosa. Victoriosa del tiempo y de las conmociones políticas, la Madona abraja aun bajo un dosel de hojas ó de jazmin su pequeña lámpara misteriosa. Todas las noches el pastor de la colina, el labrador del valle, y hasta el mismo bandido, encienden devotamente la llama vacilante que brilla como una estrella protectora en lo alto de las montañas y que se asemeja á una luciérnaga del bosque. El muro de barro que la rodea es sagrado: en ese

2 Las contra-tablas de algunos de los altares de Venecia eran de oro macizo; la del altar de la Virgen, en Santa Sofia de Constantinopla, era un compuesto de pedrerías y de oro que se había fundido todo en el mismo crisol.

lugar, el asesino mas feroz de la Calabria no se atreverá á sacar su puñal, sino que por el contrario, se arrodilla y ora cuando las campanas lejanas tocan lentamente el Ave Maria; este es el último lazo que le ata á la humanidad, y es muy raro y muy difícil que se rompa (1).

Esas capillitas solitarias, escondidas en medio de los peñascos, ó sepultadas en el fondo de los bosques, despiertan en el alma del viajero menos religioso, mil sensaciones deliciosas, semejantes al perfume largo tiempo olvidado de una flor del país natal, que nos trae de improviso el céfiro en una comarca extranjera. Un autor moderno, que en verdad no se precia de católico, pinta de una manera encantadora las emociones que sintió á la vista de una de esas Madonas ocultas en las montañas del Tirol. "A espaldas de la montaña, dice, encontré un nicho hecho en la roca con su Madona, y la lámpara que la devocion de los montañeses cuida y enciende todas las noches en las soledades mas recónditas; habia al pié del altar rústico un ramillete de flores cultivadas y recientemente cogidas; esta lámpara aun humeante, esas flores del valle, eran ofrendas de un culto mas sencillo, mas ingenuo, mas puro, que cuanto habia visto en este género hasta entonces. A dos pasos de la Madona estaba un precipicio que era necesario rodear para salir del desfiladero; la lámpara de la Virgen debía ser por lo tanto muy útil de noche á los viajeros."

Durante la revolucion de 1793, y cuando los franceses acababan de apoderarse del reino de Nápoles, corrió la voz de que iban á cerrar las iglesias y abolir el culto de la Santísima Virgen. A esta noticia, los aldeanos de la Calabria tomaron sus largos fusiles: todas las campanas de esas comarcas montañosas, tocaron á rebato, y los mismos bandidos que llevaban la imagen de la Madona, suspendida al pecho con una cinta roja, se unieron á las tropas disciplinadas y se batieron como leones. Estas bandas calabresas fueron las últimas en deponer las armas (2).

De la Italia, el culto de la Madre del Salvador pasó bajo el cielo mas rígido y mas azul de las Galias. Los dioses olímpicos habían penetrado allí tras de las cohortes victoriosas de César, y los templos de Augusto y de Júpiter se levantaban al lado de los dolmens, de los menhirs y de los altares menos antiguos de Beleno. Los ídolos de los emperadores, servilmente aceptados por la poblacion galo-romana de las grandes ciudades, no tardaron en desaparecer despues de la conversion de Constantino; pero se necesitaron siglos para destruir el culto de los árboles, de las piedras y de las fuentes del druidismo materializado (3). En vano las virtudes activas, la suavidad untuosa,

1 El respeto de los bandidos italianos por la Madona es cosa muy sabida; uno de ellos se dejó prender sin resistencia porque los esbirros lo atacaron un sábado, día en que había hecho voto ante el altar de la Santísima Virgen de no hacer jamás uso de sus armas, ni aun para defender su vida. (Véase el P. de Barry.)

2 La Italia, por lady Morgan, tomo 3. cap. 24.—Viaje á Italia por M. R. G.

3 Véase Historia eclesiástica de Bretaña. Introduccion.

la abstinencia angélica de los anacoretas cautivaban la admiracion de los pueblos galos; en vano la caridad ingeniosa, la integridad sin mancilla, la religion dulce de los obispos, atraían sus almas como por una santa y poderosa magia al Dios crucificado; la vista de los menhirs gigantescos que se alzaban como negros fantasmas en medio de las áridas malezas, el aspecto de una encina cubierta de musgo, ó de una fuente deificada, destruían en algunos instantes la obra lenta de los pastores cristianos.

En este estado de cosas, muy capaz de ecospeparar la paciencia mas experimentada, el clero galo se mostró digno de la mision religiosa y civilizadora que había recibido de su divino Maestro. Era naturalmente caritativo y humilde de corazón; la necesidad lo hizo ingenioso y hábil. Considerando su impotencia para destruir de un golpe las costumbres supersticiosas que se ligaban estrechamente á las profundas raíces del viejo tronco celtico santificó lo que no podía abolir, é hizo servir á la gloria de Dios las prácticas mismas de la idolatría. Los menhirs de las tierras desiertas, en donde los hijos de Teutates iban frecuentemente á orar á la claridad plateada del astro de la noche, á quien llamaban la bella silenciosa (4), fueron coronados con una cruz de granito que infundió un pensamiento cristiano á través de los ritos idólatras. Los robles seculares, en los cuales los druidas habían cortado con sus hoces de oro la rama de los espectros (5), recibieron en sus troncos cavernosos la dulce imagen de María, y María y los Santos fueron aun los que los bárbaros encontraron aun á la orilla de las fuentes de las hadas (6).

Esta substitution que anuncia en los que la hicieron un gran conocimiento del corazón humano, tuvo lugar no solo en las Galias sino tambien entre los belgas, los españoles y los bretones; y en todas partes fué coronada del suceso mas dichoso. Con el tiempo, las tradiciones misteriosas del druidismo y que habían sido asunto del canto de los bardos, descendieron á los acentos populares; las margaritas de los prados, el lirio de los bosques, los tallos odoríferos de la madre selva no fueron ya deshojados en la corriente de las aguas, en honor de la fuente divinizada; sino que se los depositaron sobre el altar rústico de María, y la lamparita de su capilla reemplazó á las antorchas de madera resinosa que los galos encendían alrededor de esos añejos encinos que llamaron entonces los encinos del Señor.

Quando la invasion de los bárbaros, queriendo los cristianos substraer á la profanacion de estos furiosos los objetos reverenciados de su culto, ocultaron envidosamente las pequeñas estatuas de la Santísima Virgen en los sitios mas recónditos y menos accesibles de sus bosques. Estas santas imágenes se quedaron allí, no porque se olvidasen, sino porque la espada de los hunos, de los godos y

4 Bensozia, Ben, bel, sas, silenciosa. Hist. eccles. de Bret., tom. 4, pág. 496.

5 Legui, Hist. eccles. de Bret., tom. 4, pág. 561, y tom. 1, pág. 293.

6 Hist. eccles. de Bret., tom. iv, pág. 561, y tom. I, pág. 293.

de los vándalos abatía las poblaciones; como el sedador abate la yerba de los prados, y tal era la asolación, que aun en las comarcas mas fértiles y mas populosas del mundo romano, el viajero caminaba muchos dias sin descubrir el humo de una sola cabaña (1).

Mucho tiempo despues, una parte de estas Madonas de las fuentes y de los bosques volvieron á presentarse con mayor esplendor; y segun algunos cronistas españoles, belgas y franceses, señalaban su descubrimiento varios milagros. Unas veces una luz viva atraía de noche á un cazador español ó á un pastor de los Pirineos, hacía un zarzal en donde los pájaros gorjeaban melodiosamente todo el dia; y allí se encontraba una imagen de María, escondida entre las flores de un arbusto espinoso y embalsamado por los perfumes de la brisa de los bosques. Otras veces unos pastores, viendo á sus corderitos doblar las rodillas en un otero cubierto de yerba finísima y sembrada de violetas blancas, escavaban el suelo en donde se encontraban, con indecible sorpresa, una pequeña estatua de madera toscamente esculpida, pero en un estado perfecto de conservacion, que representaba á la Santísima Virgen. Tambien sucedia que las estrellas errantes al caer derramaban un reguero de luz descendiendo todas al mismo lugar como las luciérnagas de viaje, é indicaban á los españoles acampados bajo las torres de una ciudad mauritana, el paraje donde desde el tiempo de Rodrigo, unos santos religiosos habian ocultado furtivamente, durante alguna noche de fuga y de alarma, una imagen milagrosa, para sustraerla á las profanaciones de los moros. Despues, eran caballeros valerosos, ilustres princesas, las que cabalgando con el halcon en el puño á través de los verdes bosques de la Francia ó de la Lusitania, descubrian en el hueco de un viejo roble emblanquecido por el musgo ó en el fondo de algun precipicio, una pequeña efigie de María (2). A este aspecto, el poderoso baron y la noble dama, hacian con devocion la señal de la santa cruz, descendian á toda prisa de sus palafreos y se arrodillaban sobre la yerba ante la imagen; dedicándole luego una capilla.

Nuestra Señora de los Espinos Floridos, fué hallada en un peñasco cubierto de zarzas, con circunstancias maravillosas: he aqui como lo refiere una sencilla leyenda del tiempo pasado.

"No lejos de la mas alta cima del monte Jura, pero descendiendo un poco hácia el Occidente, se veía, hace medio siglo, un monton de ruinas, que habian pertenecido al monasterio de Nuestra Señora de los Espinos Floridos, y que habia construido la viuda de un caballero, el último de su linaje, muerto en la conquista del sepulcro de Nuestro Señor. La noble castellana, paseándose una

1 La despoblacion general que siguió la invasion de los bárbaros, escede á toda ponderacion. Muratori refiere que en el octavo y noveno siglo era tal la escasez de habitantes en Italia, que estaba infestada de lobos. [Murat. antig. tom. II pág. 163].

2 Malafide, reina de Portugal, encontró cazando con su halcon, una pequeña Madona que llevó el nombre de Nuestra Señora del Bosque. [Véase Vasconcellius, in Descriptione regni Lusit., cap. VII, l. 3.]

noche de invierno en la larga avenida de su viejo castillo, con el espíritu ocupado de piadosas meditaciones, llegó hasta el matorral de espinos en donde se construyó despues el monasterio, y quedó en extremo sorprendida al ver que uno de esos arbustos se habia adornado improvisamente con el brillante atavío de la primavera; una claridad suave y pura como la que difunde la aurora, le mostraba los espinos llenos de flores; y bajo aquel pabellon de verdura, recamado de pequeñas estrellas blancas y rayos encarnados, habia una estatua de la Virgen, tallada con mucha sencillez en un madero tosco, animada con los colores de la vida por un pincel poco esperto, y con vestidos que revelaban un lujo modesto: de ella emanaba el esplendor milagroso que iluminaba aquellos sitios. Transportaron piadosamente y con gran pompa la Imagen Santa á la capilla del castillo; pero el dia siguiente habia desaparecido. La Reina de los Angeles parecia preferir la sombra modesta de su zarzal florido al lujo de la capilla señorial; habíase vuelto en medio de la frescura de los bosques para gozar de la paz, de la soledad y de las dulces exhalaciones de sus flores. Todos los habitantes del castillo fueron allí en la noche, y la encontraron mas resplandeciente que la víspera. Cayeron de rodillas en un respetuoso silencio: Poderosa Señora, dijo la dama del castillo, bienaventurada Santa María; esta es la morada que preferis; pues bien, hágase vuestra voluntad. Poco tiempo despues, una hermosa abadía gótica se levantó en el sitio mismo en donde se habia encontrado la imagen milagrosa. Los grandes del reino la enriquecieron con sus dones, y los reyes la dotaron con un tabernáculo de oro puro.

La Bretaña abundaba en encinos consagrados al culto de María; el mas célebre estendia sus brazos á la orilla del Océano, sobre una colina aislada que se eleva á alguna distancia de Lesneven. Allí se reverenciaba á Nuestra Señora de los Puertos, cuya estatua de plata maciza era, de tiempo inmemorial, un objeto de veneracion profunda para los devotos armoricanos. El santuario se halla hoy dia viudo de su Madona, porque los *incorruptibles* agentes de la república se la robaron, mas no por eso es menos frecuentado por una multitud de peregrinos con largos cabellos, barba crecida, y vestidos de pieles de cabra, que vienen á pedir á la Madre de Dios mejores dias y abundantes cosechas, ó la salud de algun pariente enfermo. Al verlos, con este traje primitivo, anterior á la conquista romana, arrodillados devotamente á la sombra de los bosques, y á la vista del Océano que bate las rocas de granito con sus verdosas olas sobre los *dolmens* de los viejos héroes que marcharon á la conquista del Capitolio, uno se creeria transportado á la *Gallia comata de Plinio*, y la ilusion llegaría á ser completa, si entonaban un cántico á la Virgen en el antiguo y sonoro idioma de los celtas, que es su idioma nativo.

El Berry, tambien tenia su célebre Virgen de la Encina, que el señor de Bouchet, buscando su gaviilan en medio de los bosques, encontró en el hue-

co de uno de esos antiguos árboles sagrados de las Galias, sobre el cual el ave cazadora se habia parado como para atraer allí á su amo. La encina que derramaba las dulces tinieblas de su sombra sobre la graciosa estatua de María, alrededor de la cual la yedra se enredaba como formando un marco gótico, coronaba un islote cubierto de ateriopeelado céspedes que circundaba el que agua cristalina de una laguna que se le habia nombrado no sé por qué el *Mar Rojo*. Esta encina llegó á ser el objeto de tan numerosas peregrinaciones, que despues de haber hecho una calzada que conducia al lugar en donde estaba, la rodeó de un edificio religioso. La imagen, ricamente adornada por la piedad de los habitantes del Berry, fué robada durante las guerras civiles de los protestantes; pero el conde de Maur mandó hacer otra con la madera del encino que la habia abrigado por tanto tiempo, y que podia decir como la tierra embalsamada del poeta persa: "No soy la rosa, pero he vivido cerca de ella (1)."

En Picardia, una pequeña estatua de la Virgen estaba depositada en el hueco tambien de una añosa encina en la senda que conducia de Abbeville á Hesdin: esta imagen milagrosa, sobre la cual la madre selva dejaba caer, cual un velo de flores, sus festones de suavísimo aroma, dominaba un oasis de verdura que contrastaba con la aridez del camino, y ofrecia un descanso al humilde viajero y al noble peregrino, que como el rey San Luis, el señor de Joinville, pasaba descalzo en direccion á algun lugar sagrado, para cumplir el voto hecho por él ó por alguna persona querida. El bandido de los tiempos feudales, quitándose su caperuza de paño burdo, decia una *Ave María* delante de Nuestra Señora de la Fé; y la dueña ó señora del castillo, despues de haber orado á los pies de la Santa Imagen, abria su escarcela adornada con blasones bordados, y dejaba caer de su blanca mano una ligera lluvia de monedas de plata en el tronco de la vieja encina, donde el pudor evangélico de los fieles de la edad media, depositaba secretamente para el pobre, la limosna que él tomaba allí, sin tener que ruborizarse, y que nadie mas que él se atrevia á recoger (2). El viajero, despues de haber concluido sus oraciones, se recostaba sobre la fresca y mullida yerba; aspiraba el perfume de las flores, escuchaba el murmullo de la fuente vecina, y gozaba profundamente del contraste del cansancio pasado y del reposo presente. Pero era necesario partir: ¡qué lastima! ¡La sombra era tan fresca, la yerba tan blanda, el murmullo de la fuente, que parecia acallar su ruido para no cubrir el sonido ligero de la oracion que subía hasta María, tan encantador! Santiguábase al fin, murmuraba una plegaria de despedida á la Virgen, deslizaba una limosna al enfermo arrodillado á orillas de la zanja, y sus bendiciones le seguian en todo el camino: "¡Buen viajero, que Nuestra Señora os liberte

de todo mal!" Y de cuando en cuando volvía la cabeza para dirigir una última mirada á la encina de Nuestra Señora.

El Anjou, donde las peregrinaciones de María datan de mucho tiempo atrás, tenia tambien cerca de la aldea de Sablé, su encina contemporánea de los Plantagenets, adornada de su Madona, no menos antigua.

Al pié de los antiguos bosques, sobre la frontera de la Lorena, un enorme encino del tiempo de los galos que los aldeanos llamaban por costumbre el *Arbol de las hadas*, llevaba en su seno suavemente tapizado de musgo una misteriosa y blanca imagen de la Virgen, ante la cual Juana de Arc, la valiente noble y doncella, iba á orar devotamente contra aquellos ingleses que muy pronto debia ver huir ante su bandera. El Hainaut tambien poseia sus viejas encinas con imágenes milagrosas; á la España y al Portugal, tampoco le faltaron; la Inglaterra, bajo el reinado de Carlos I, veía aun á sus hijos católicos, arrodillados, invocando la Virgen ausente, y Evelyn nos dice que se daba á esos árboles el nombre de *encinas de la procesion* (3).

Pero de todos los monumentos del reino vegetal que se han consagrado á María, ninguno hay que pueda competir en hermosura con la encina de Allouville, en el país de Caus. La circunferencia de ese hijo viejo de la tierra, es de treinta y cuatro pies encima de sus raices, y de veintiseis á la altura de un hombre. Su cima se parece á la del cedro, y sus ramas pobladas que nacen del tronco á ocho pies de su base, se estiende horizontalmente como para cubrir un gran espacio de terreno. El interior del árbol, es hueco en toda su longitud, pues la parte del centro está destruida hace muchos siglos. Se ha practicado en el hueco de ese encino que tiene por lo menos novecientos años, y que ha visto caer los bosques druidicos, una hermosa capillita revestida de mármol, cuyo altar está adornado con la imagen de María. Una reja guarda este pequeño santuario sin ocultar la imagen santa á los ojos del viajero y del peregrino. Encima de la capilla hay una celda, habitacion digna de algun nuevo *stibila*, adonde conduce una escalera espiral que da vuelta alrededor del tronco. Esta mansion aerea, cubierta de un techo puntiagudo, forma un campanario que remata en una cruz de hierro, descollando de una manera pintoresca sobre las ramas del encino (4).

En ciertas fiestas del año, y sobre todo en la fiesta patronal, la capilla sirve para las ceremonias del culto, y los habitantes de los pueblos vecinos, van en tropel á los pies de la Virgen galesa que parece envolverlos maternalmente bajo su fresco manto de verdura. Esas buenas gentes aman entrañablemente á su Madona, y lo han demostrado del modo siguiente: En la época desastrosa en que todo lo que tenia relacion con el culto, estaba

1 Saadi, *Gulistan*.

2 Estos árboles, en los que depositaban los viajeros sus limosnas que los indigentes podian venir á tomar en la noche sin ser vistos, eran tan sagrados, dice Mr. de Marchangy, que nadie mas que un pobre no se hubiera atrevido á tomar siquiera un óbolo.

3 Bajo el reinado de Carlos II se encontraban aun en muchos condados de Inglaterra, robles encinos muy antiguos, que se nombraban comunmente con el nombre de *robles de la procesion*. (Mens. d'Evelyn.)

4 Véase *Antiquités normandes*, por Ducatel.

proscripto, en que la menor manifestacion cristiana era castigada con la muerte, una tropa de revolucionarios de Rouen, marchó belicosamente hacia Allonville, con la intencion de quemar la encina secular y con ella á la Virgen que abrigaba. Los aldeanos de la Normandía, aunque mucho menos susceptibles de entusiasmo que los bretones, se reunieron armados bajo de la encina, y rechazaron tan esforzadamente á los republicanos, que éstos tuvieron que huir avergonzados, desistiendo de su loca é impía tentativa. En el tiempo del terror, cuando cesaron los cantos piadosos en toda la tierra de Francia, cuando un pueblo enloquecido con las utopías democráticas, adorando á Marat sobre el altar del Cristo (1), vociferaba: *¡Ya no hay santos! ¡ya no hay Dios! ¡ya no hay alma inmortal!* veíase descollar de entre las ramas nudosas del encino de Allonville, la cruz de hierro de la ermita, y se leía aún en el frontispicio de su capilla esta tierna y sencilla inscripcion: A NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ.

Bajo los sucesores de Constantino el grande, las Galias, en donde el paganismo perdía terreno todos los dias, se habian hecho casi todos cristianos. Desde los tiempos de Teodosio, contenian diez y siete metrópolis, la mayor parte dedicadas á Maria, y ciento quince obispados que gobernaban obispos de mucho saber, de una rara piedad, de una caridad sin límites y de una ilustre sangre. El cristianismo se esforzaba entonces en atraer á sus costumbres santas y severas á aquellas poblaciones galas, apasionadas por los juegos del circo, las carreras de carros y los placeres seductores del teatro; indignas voluptuosidades, costumbres perniciosas que Roma pagana y corrompida arrojaba políticamente, como cadenas de flores, á aquellos pueblos primitivos que tuvo tanto trabajo en someter, á fin de enervar su valor y hacerles olvidar su dignidad. Los obispos, á quienes con tanta ligereza se ha acusado de haber hecho pacto con el paganismo, tan solo porque fueron impotentes para arrancar esas dañosas raíces paganas, ponian por el contrario, todo su cuidado en extirparlas, y ya se lisonjaban de conseguirlo, cuando repentinamente, en medio de una profunda paz y mientras que la Galia, sin prevision ninguna de su porvenir, descansaba bajo la custodia de las legiones que acampaban en sus grandes ciudades, y las sesenta fortalezas que protegian sus fronteras contra los bárbaros, el sonido de las trompetas guerreras se hizo oír á orillas del rio caudaloso que lo separa de la Germania. . . . Al instante, numerosos batallones enemigos se precipitan en las llanuras, cuyos ecos repetian todavía débilmente los últimos acentos de las canciones galas; los campos talados por el hierro y el fuego; los rios tenidos de sangre, las ciudades entregadas al pillaje, los circos destruidos, los templos de mármol de los antiguos dioses del imperio arrasados, las iglesias cristianas profanadas, anun-

1 "En las fiestas de la Razon, dice Laharpe, se ponía el busto de Marat sobre un altar, y se obligaba á aquellos de quienes se sospechaba de fanatismo, es decir, de creer en Dios, á doblar la rodilla delante de Murat." [Véase del fanatismo en la lengua revolucionaria pág. 51.]

ciaron la aproximacion irresistible de esos feroces guerreros del Norte, cuyos dioses tenian los títulos significativos de despobladores y de padres de la matanza: entonces cayeron de un golpe sobre las Galias, al modo de un torrente que se desprende de las cimas de las montañas; el guerrero no tiene tiempo ni aun para tomar sus armas; el espanto quita hasta el pensamiento de la fuga: la miseria y la opulencia, la debilidad y la fuerza corren igual suerte. . . . Un velo opaco y tenebroso, semejante al que la tempestad estiende sobre el horizonte de los mares cuando las olas espumosas y cargadas de algas se estrellan con furor contra los arrecifes, cubre en toda su estension la hermosa provincia romana, y no deja percibir sino el color de la sangre y el resplandor siniestro de las armas. Desde el Rhin hasta los Pirineos, desde el Mediterráneo hasta el Océano, la Galia, en otros dias tan floreciente, no es mas que un vasto teatro de desolacion y de muerte. Esta época desastrosa, que vió caer desecho en polvo al coloso romano, y que cambió en un todo la faz de la Europa occidental, fué la espantosa vorágine donde se sumergió la civilizacion antigua; y Robertson, el gran historiador inglés, no vacila en decir que si lo llamasen para designar el período mas deplorable de la historia del mundo, nombraria sin titubear el que comprende desde la muerte de Teodosio el Grande, hasta el establecimiento de los lombardos en Italia.

CAPITULO VII.

LOS TIEMPOS BARBAROS.

La invasion de los bárbaros, fué para la religion como para los pueblos que vivian en la molice y civilizados á la sombra de las águilas romanas, una época de duelo, de terror y de lágrimas; una noche de sangre alumbrada por el resplandor lejano de los incendios, que hacian mas terrífico el choque de las espadas, y el correr de los guerreros que tomaban ellos mismos el horroroso título de *azotes de Dios*. Cuando el ruido de esta gran marcha de hombres hubo cesado, y cuando se pudo distinguir alguna cosa á través del humo de las conflagraciones y del polvo de los campos de batalla, se vió que la Europa habia cambiado de faz. Los sajones ocupaban la fértil Inglaterra, los francos se habian apoderado de las Galias, los godos de la España y los lombardos de la Italia. No quedaba ya el menor vestigio de las ciencias, de las artes y de las instituciones civiles y políticas del poderoso pueblo de Rómulo; la barbarie lo habia invadido todo, y todo habia desaparecido delante de ella. Por todas partes se notaban nuevas formas de gobierno, nuevas leyes, nuevas costumbres; una sola cosa habia resistido á esta transformacion general; el cristianismo que debia consolar á los vencidos y humanizar á los vencedores.

El culto de María, debilitado algun tiempo por el arianismo, que dominó fatalmente despues de la invasion de los godos y de los vándalos, volvió á florecer bajo las banderas victoriosas de los fran-

cos. Clovis, que era el único rey católico de su época, concibió el designio de construir en la estrechidad oriental de la ciudad, una Iglesia metropolitana, bajo la invocacion de Nuestra Señora, de la cual él mismo puso la primera piedra: su hijo Childeberto la terminó (1). Esta Iglesia, construida en el lugar en que en tiempos anteriores habia ocupado un templo druídico, fué adornada con columnas de mármol, frescos con fondo de oro y un pavimento de mosaico. El poeta obispo Fortunato elogia especialmente las vidrieras del templo, que derramaban en su interior una extraordinaria claridad: estos vidrios eran un lujo importado de Grecia y de Italia, que empezaba á introducirse en las Galias (2).

Clovis I hizo construir tambien la Iglesia de Nuestra Señora de Argenteuil, en donde la princesa Teodora, hija del emperador Carlomagno, tomó el velo despues de haber acompañado á su padre á Italia: esta abadía, que entonces estaba en medio de los bosques, fué arruinada por los normandos, y reedificada con magnificencia por la piadosa reina Adelaida, mujer de Hugo Capeto, que adornó sus altares con obras bordadas por sus manos.

Los demas príncipes merovingianos, sin exceptuar el mismo Chilperico, esposo sanguinario de Fredegunda, dedicaron á la Santísima Virgen multitud de abadías y de capillas. Radegunda, hija de Bertario, rey de Thuringa, la esposa santa y abandonada del rey Clotario, pedía con lágrimas, en su lecho de muerte, que la enterrasen en la Iglesia, aun no concluida, de Santa María, que hacia construir entonces en Poitiers. Esta misma piadosa princesa, que rehusó volver á ceñir la corona de reina, que su feroz é inconstante esposo le ofrecia de nuevo, fundó en Neustrie, junto á una fuente druídica que los galos de su época se obstinaban aun en adorar secretamente, la Iglesia de Nuestra Señora de Caillouville, que adornaron tantas imágenes de santos que con la mayor sencillez se la comparaba al paraíso. Nada queda ya de la iglesia merovingiana, pero la fuente vierte siempre en el mismo lugar su agua benéfica, y desde muy lejos vienen á ella para buscar la salud. Cuando el agua está clara y reposada, se puede ver aun en el fondo sobre una losa la imagen de Santa Radegunda, con esta inscripcion: "Rogad por nosotros."

Otra esposa de Clotario I, la reina Waltrada, y una hija de ese rey, la princesa Engeltrada, fundaron en Tours, hacia el año 600, una hermosa abadía con el título de Nuestra Señora del *Escrinol* (3); en la cual emplearian indudablemente to-

1 Felibien, *Hist. de Paris*, tom. I.

2 El autor mas antiguo que habla de las vidrieras pintadas, es S. Gerónimo, en su comentario sobre Ezequiel, citado por Ducange, *verbo Vitrae*. Despues de S. Gerónimo, es Gregorio de Tours, y despues Fortunato. Pablo el Silencioso, escritor contemporáneo de Fortunato, á quien se debe una descripcion muy pormenorizada de la Iglesia de Santa Soña, tal como era entonces, ha hecho tambien una descripcion de las hermosas ventanas de vidrio de color que adornaban la cúpula de la basílica bizantina. [Véase la *Hist. de Byzance*, por Ducange.]

3 *Gallia Christiana*, tom. IV.

das sus joyas. Muchas doncellas de elevada clase se encerraron con ellas en ese monasterio hasta que fué destruido por los normandos.

Gregorio de Tours nos dice que habia entonces en la capital de la Turena una iglesia de Nuestra Señora cuya santidad era tremenda. En las circunstancias mas solemnes, se juraba con la mano puesta sobre el altar de la Santísima Virgen, y era fama que los que perjuraban morian en el mismo año (4).

La real compañera de Clovis II, Bathilde, aquella hermosa y Santa princesa que fué la perla de los tiempos bárbaros, fundó la soberbia abadía de Chelles donde se retiró cuando hubo terminado su gloriosa regencia: esta abadía situada en medio del espeso bosque donde Chilperico habia encontrado la muerte, fué puesta bajo la invocacion de la Virgen Santísima. Una gran señora de la corte merovingiana, Lutrua, mujer de Ebrion, aquel célebre corregidor del palacio que ha sido llamado por sobrenombre el Mario de los francos, porque para llegar al poder absoluto se cubrió con la máscara popular, fundó despues de la muerte de su odioso consorte, la espléndida abadía de Nuestra Señora de Soissons, que fué inaugurada por S. Drouin. Seis princesas carolingias gobernaron sin interrupcion esta abadía durante ciento cuarenta y cinco años. En aquel tiempo, se consideraba á Nuestra Señora de Soissons como la flor de los monasterios de religiosas del imperio franco, y las hijas de las familias mas distinguidas tomaban allí el velo. La afluencia llegó á ser tan considerable que fué necesario contenerla; á ruegos de la abadesa Imma, Carlos el Calvo fijó el número de las religiosas en doscientas diez y seis. Este príncipe prescribió tambien el establecimiento, delante de la puerta de la abadía, de una hosteria y un limosnero para los viajeros. Todo respiraba la piedad en esa opulenta casa; jamas se interrumpia el oficio divino, y se velaba noches enteras ante el Santísimo Sacramento. Cuando el rey estaba en el ejército ó cuando su vida corria algun peligro, el número de las religiosas que pasaban la noche en oracion ante el altar de Nuestra Señora era mas considerable que de costumbre. Su importancia declinó con la del imperio franco; pero dos reliquias de Nuestra Señora atrajeron allí durante la edad media una gran multitud de peregrinos de todos los países. Hoy dia no quedan, sin embargo, sino algunos arcos derruidos en este claustro merovingiano.

Una princesa austriaca, Plectruda, mujer de Pepino de Heristal, construyó tambien en tiempo de la primera raza, la iglesia de Nuestra Señora de Colonia, que subsiste aún.

Pero de todas las fundaciones piadosas en honor de la Santísima Virgen, que se remontan á estos tiempos antiguos, ninguna hay que recuerde un hecho mas dramático que el de Nuestra Señora de Tréves, en el antiguo pais de Tougres, patria de los francos, que hacia entonces parte del ducado de Austria. ¿Quién no recuerda la leyenda popular

4 Gregorio de Tours, *de Gl. M.*, cap. 19.

proscripto, en que la menor manifestacion cristiana era castigada con la muerte, una tropa de revolucionarios de Rouen, marchó belicosamente hacia Allonville, con la intencion de quemar la encina secular y con ella á la Virgen que abrigaba. Los aldeanos de la Normandía, aunque mucho menos susceptibles de entusiasmo que los bretones, se reunieron armados bajo de la encina, y rechazaron tan esforzadamente á los republicanos, que éstos tuvieron que huir avergonzados, desistiendo de su loca é impía tentativa. En el tiempo del terror, cuando cesaron los cantos piadosos en toda la tierra de Francia, cuando un pueblo enloquecido con las utopías democráticas, adorando á Marat sobre el altar del Cristo (1), vociferaba: *¡Ya no hay santos! ¡ya no hay Dios! ¡ya no hay alma inmortal!* veíase descollar de entre las ramas nudosas del encino de Allonville, la cruz de hierro de la ermita, y se leía aún en el frontispicio de su capilla esta tierna y sencilla inscripcion: A NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ.

Bajo los sucesores de Constantino el grande, las Galias, en donde el paganismo perdía terreno todos los dias, se habian hecho casi todos cristianos. Desde los tiempos de Teodosio, contenian diez y siete metrópolis, la mayor parte dedicadas á Maria, y ciento quince obispados que gobernaban obispos de mucho saber, de una rara piedad, de una caridad sin límites y de una ilustre sangre. El cristianismo se esforzaba entonces en atraer á sus costumbres santas y severas á aquellas poblaciones galas, apasionadas por los juegos del circo, las carreras de carros y los placeres seductores del teatro; indignas voluptuosidades, costumbres perniciosas que Roma pagana y corrompida arrojaba políticamente, como cadenas de flores, á aquellos pueblos primitivos que tuvo tanto trabajo en someter, á fin de enervar su valor y hacerles olvidar su dignidad. Los obispos, á quienes con tanta ligereza se ha acusado de haber hecho pacto con el paganismo, tan solo porque fueron impotentes para arrancar esas dañosas raíces paganas, ponian por el contrario, todo su cuidado en extirparlas, y ya se lisonjaban de conseguirlo, cuando repentinamente, en medio de una profunda paz y mientras que la Galia, sin prevision ninguna de su porvenir, descansaba bajo la custodia de las legiones que acampaban en sus grandes ciudades, y las sesenta fortalezas que protegian sus fronteras contra los bárbaros, el sonido de las trompetas guerreras se hizo oír á orillas del rio caudaloso que lo separa de la Germania. . . . Al instante, numerosos batallones enemigos se precipitan en las llanuras, cuyos ecos repetian todavía débilmente los últimos acentos de las canciones galas; los campos talados por el hierro y el fuego; los rios tenidos de sangre, las ciudades entregadas al pillaje, los circos destruidos, los templos de mármol de los antiguos dioses del imperio arrasados, las iglesias cristianas profanadas, anun-

1 "En las fiestas de la Razon, dice Laharpe, se ponía el busto de Marat sobre un altar, y se obligaba á aquellos de quienes se sospechaba de fanatismo, es decir, de creer en Dios, á doblar la rodilla delante de Murat." [Véase del fanatismo en la lengua revolucionaria pág. 51.]

ciaron la aproximacion irresistible de esos feroces guerreros del Norte, cuyos dioses tenian los títulos significativos de despobladores y de padres de la matanza: entonces cayeron de un golpe sobre las Galias, al modo de un torrente que se desprende de las cimas de las montañas; el guerrero no tiene tiempo ni aun para tomar sus armas; el espanto quita hasta el pensamiento de la fuga: la miseria y la opulencia, la debilidad y la fuerza corren igual suerte. . . . Un velo opaco y tenebroso, semejante al que la tempestad estiende sobre el horizonte de los mares cuando las olas espumosas y cargadas de algas se estrellan con furor contra los arrecifes, cubre en toda su estension la hermosa provincia romana, y no deja percibir sino el color de la sangre y el resplandor siniestro de las armas. Desde el Rhin hasta los Pirineos, desde el Mediterráneo hasta el Océano, la Galia, en otros dias tan floreciente, no es mas que un vasto teatro de desolacion y de muerte. Esta época desastrosa, que vió caer desecho en polvo al coloso romano, y que cambió en un todo la faz de la Europa occidental, fué la espantosa vorágine donde se sumergió la civilizacion antigua; y Robertson, el gran historiador inglés, no vacila en decir que si lo llamasen para designar el período mas deplorable de la historia del mundo, nombraria sin titubear el que comprende desde la muerte de Teodosio el Grande, hasta el establecimiento de los lombardos en Italia.

CAPITULO VII.

LOS TIEMPOS BARBAROS.

La invasion de los bárbaros, fué para la religion como para los pueblos que vivian en la molice y civilizados á la sombra de las águilas romanas, una época de duelo, de terror y de lágrimas; una noche de sangre alumbrada por el resplandor lejano de los incendios, que hacian mas terrífico el choque de las espadas, y el correr de los guerreros que tomaban ellos mismos el horroroso título de *azotes de Dios*. Cuando el ruido de esta gran marcha de hombres hubo cesado, y cuando se pudo distinguir alguna cosa á través del humo de las conflagraciones y del polvo de los campos de batalla, se vió que la Europa habia cambiado de faz. Los sajones ocupaban la fértil Inglaterra, los francos se habian apoderado de las Galias, los godos de la España y los lombardos de la Italia. No quedaba ya el menor vestigio de las ciencias, de las artes y de las instituciones civiles y políticas del poderoso pueblo de Rómulo; la barbarie lo habia invadido todo, y todo habia desaparecido delante de ella. Por todas partes se notaban nuevas formas de gobierno, nuevas leyes, nuevas costumbres; una sola cosa habia resistido á esta transformacion general; el cristianismo que debia consolar á los vencidos y humanizar á los vencedores.

El culto de María, debilitado algun tiempo por el arianismo, que dominó fatalmente despues de la invasion de los godos y de los vándalos, volvió á florecer bajo las banderas victoriosas de los fran-

cos. Clovis, que era el único rey católico de su época, concibió el designio de construir en la estrechidad oriental de la ciudad, una Iglesia metropolitana, bajo la invocacion de Nuestra Señora, de la cual él mismo puso la primera piedra: su hijo Childeberto la terminó (1). Esta Iglesia, construida en el lugar en que en tiempos anteriores habia ocupado un templo druídico, fué adornada con columnas de mármol, frescos con fondo de oro y un pavimento de mosaico. El poeta obispo Fortunato elogia especialmente las vidrieras del templo, que derramaban en su interior una extraordinaria claridad: estos vidrios eran un lujo importado de Grecia y de Italia, que empezaba á introducirse en las Galias (2).

Clovis I hizo construir tambien la Iglesia de Nuestra Señora de Argenteuil, en donde la princesa Teodora, hija del emperador Carlomagno, tomó el velo despues de haber acompañado á su padre á Italia: esta abadía, que entonces estaba en medio de los bosques, fué arruinada por los normandos, y reedificada con magnificencia por la piadosa reina Adelaida, mujer de Hugo Capeto, que adornó sus altares con obras bordadas por sus manos.

Los demas príncipes merovingianos, sin exceptuar el mismo Chilperico, esposo sanguinario de Fredegunda, dedicaron á la Santísima Virgen multitud de abadías y de capillas. Radegunda, hija de Bertario, rey de Thuringa, la esposa santa y abandonada del rey Clotario, pedía con lágrimas, en su lecho de muerte, que la enterrasen en la Iglesia, aun no concluida, de Santa María, que hacia construir entonces en Poitiers. Esta misma piadosa princesa, que rehusó volver á ceñir la corona de reina, que su feroz é inconstante esposo le ofrecia de nuevo, fundó en Neustrie, junto á una fuente druídica que los galos de su época se obstinaban aun en adorar secretamente, la Iglesia de Nuestra Señora de Caillouville, que adornaron tantas imágenes de santos que con la mayor sencillez se la comparaba al paraíso. Nada queda ya de la iglesia merovingiana, pero la fuente vierte siempre en el mismo lugar su agua benéfica, y desde muy lejos vienen á ella para buscar la salud. Cuando el agua está clara y reposada, se puede ver aun en el fondo sobre una losa la imagen de Santa Radegunda, con esta inscripcion: "Rogad por nosotros."

Otra esposa de Clotario I, la reina Waltrada, y una hija de ese rey, la princesa Engeltrada, fundaron en Tours, hacia el año 600, una hermosa abadía con el título de Nuestra Señora del *Escrinol* (3); en la cual emplearian indudablemente to-

1 Felibien, *Hist. de Paris*, tom. I.

2 El autor mas antiguo que habla de las vidrieras pintadas, es S. Gerónimo, en su comentario sobre Ezequiel, citado por Ducange, *verbo Vitrae*. Despues de S. Gerónimo, es Gregorio de Tours, y despues Fortunato. Pablo el Silencioso, escritor contemporáneo de Fortunato, á quien se debe una descripcion muy pormenorizada de la Iglesia de Santa Soña, tal como era entonces, ha hecho tambien una descripcion de las hermosas ventanas de vidrio de color que adornaban la cúpula de la basílica bizantina. [Véase la *Hist. de Byzance*, por Ducange.]

3 *Gallia Christiana*, tom. IV.

das sus joyas. Muchas doncellas de elevada clase se encerraron con ellas en ese monasterio hasta que fué destruido por los normandos.

Gregorio de Tours nos dice que habia entonces en la capital de la Turena una iglesia de Nuestra Señora cuya santidad era tremenda. En las circunstancias mas solemnes, se juraba con la mano puesta sobre el altar de la Santísima Virgen, y era fama que los que perjuraban morian en el mismo año (4).

La real compañera de Clovis II, Bathilde, aquella hermosa y Santa princesa que fué la perla de los tiempos bárbaros, fundó la soberbia abadía de Chelles donde se retiró cuando hubo terminado su gloriosa regencia: esta abadía situada en medio del espeso bosque donde Chilperico habia encontrado la muerte, fué puesta bajo la invocacion de la Virgen Santísima. Una gran señora de la corte merovingiana, Lutrua, mujer de Ebrion, aquel célebre corregidor del palacio que ha sido llamado por sobrenombre el Mario de los francos, porque para llegar al poder absoluto se cubrió con la máscara popular, fundó despues de la muerte de su odioso consorte, la espléndida abadía de Nuestra Señora de Soissons, que fué inaugurada por S. Drouin. Seis princesas carolingias gobernaron sin interrupcion esta abadía durante ciento cuarenta y cinco años. En aquel tiempo, se consideraba á Nuestra Señora de Soissons como la flor de los monasterios de religiosas del imperio franco, y las hijas de las familias mas distinguidas tomaban allí el velo. La afluencia llegó á ser tan considerable que fué necesario contenerla; á ruegos de la abadesa Imma, Carlos el Calvo fijó el número de las religiosas en doscientas diez y seis. Este príncipe prescribió tambien el establecimiento, delante de la puerta de la abadía, de una hosteria y un limosnero para los viajeros. Todo respiraba la piedad en esa opulenta casa; jamas se interrumpia el oficio divino, y se velaba noches enteras ante el Santísimo Sacramento. Cuando el rey estaba en el ejército ó cuando su vida corria algun peligro, el número de las religiosas que pasaban la noche en oracion ante el altar de Nuestra Señora era mas considerable que de costumbre. Su importancia declinó con la del imperio franco; pero dos reliquias de Nuestra Señora atrajeron allí durante la edad media una gran multitud de peregrinos de todos los países. Hoy dia no quedan, sin embargo, sino algunos arcos derruidos en este claustro merovingiano.

Una princesa austriaca, Plectruda, mujer de Pepino de Heristal, construyó tambien en tiempo de la primera raza, la iglesia de Nuestra Señora de Colonia, que subsiste aún.

Pero de todas las fundaciones piadosas en honor de la Santísima Virgen, que se remontan á estos tiempos antiguos, ninguna hay que recuerde un hecho mas dramático que el de Nuestra Señora de Tréves, en el antiguo pais de Tougres, patria de los francos, que hacia entonces parte del ducado de Austria. ¿Quién no recuerda la leyenda popular

4 Gregorio de Tours, *de Gl. M.*, cap. 19.

de Genoveva de Brabante, esa leyenda que ha sido referida por tantos trovadores y menestrales en las salas de armas de los grandes barones de los tiempos feudales, y cuyas estampas pegan los habitantes de las cabañas á las paredes mugrientas de su pobre hogar, cantando siempre en sus veladas la cantinela gótica que tanto deleitaba á la corte de Carlo-Magno? Esta historia de los siglos bárbaros, atestiguada por un monumento, recuerda una historia verdaderamente trágica. Sifredo, palatino de Tréves, se arranca con dolor de los brazos de una esposa que adoraba para ir á combatir á los árabes bajo el glorioso estandarte de Carlos Martel. Golo, primer intendente del palacio del príncipe, es decir, uno de los principales señores, á quien él había confiado la guarda de su joven consorte, que era un espejo de virtud y una perla de hermosura, concibió por la santa y encantadora princesa una pasión audaz, que le declara con inaudita insolencia: rechazado con el desprecio que merecía su traición, el indigno favorito, que á sangre fría había meditado el deshonor de un hombre que tanto lo estimaba, no vacila en calumniar bajamente á la mujer á quien no había podido seducir, porque todas las villanías fácilmente se hermanan. Sifredo, tenía confianza en él; estaba lejos, amaba apasionadamente á su mujer, y se sentía celoso; así es que en el primer ímpetu de una indignación que creía legítima, condena á Genoveva á morir juntamente con su hijo; pero los criados á quienes habían encargado la ejecución de esta cruel sentencia, que debía tener lugar en un umbroso bosque, no tuvieron valor para cumplir las órdenes que habían recibido; y la princesa belga se interna en ese bosque lleno de fieras con su hijo recién nacido á quien alimenta con su leche una cierva salvaje. Durante seis años, la esposa inocente y calumniada vivió de raíces y de frutas silvestres, pidiendo constantemente á Dios con muchas lágrimas que se reconociese su inocencia. La Virgen misericordiosa, movida de tantas lágrimas y de tanta miseria, se le presenta un día en las márgenes de una fuente, y le promete que su deseo sería cumplido. Poco tiempo después, durante una partida de caza, Sifredo, que amaba siempre á su calumniada esposa y que no podía consolarse de su pérdida, la encuentra en el fondo de una gruta cubierta de andrajos, y no teniendo por velo sino sus largos y hermosos cabellos. Golo confesó su infamia y fué descuartizado por cuatro toros salvajes en el Bosque Negro. Terminado este acto de severa justicia, Genoveva hizo erigir una iglesia en honor de María, en medio de los bosques en donde había vagado durante tan largo tiempo, y en el lugar mismo donde la Madre de Dios se le había aparecido. Hidolfo, arzobispo de Tréves consagró esta iglesia el año 746 (1).

No obstante estas señales de veneración y respeto concedidas á la Santísima Virgen, sería desfigurarse la historia si pintase su culto como si hubiese llegado á su apogeo bajo la primera raza de

nuestros reyes; este culto, pues, no estaba por decirlo así, sino en su aurora. Las devociones locales absorbían en un todo á los nobles y al pueblo: San Martín de Tours, San Dionisio, San German, San Hilario, eran el objeto de una veneración tan exclusiva, que, excepto Nuestro Señor, todo era secundario y accesorio: solo los altares de estos santos estaban incrustados de oro; solo sus tumbas se cubrían con láminas de plata, y solamente bajo las bóvedas de sus iglesias romanas se suspendían en *ex voto* los vestidos tejidos de oro y bordados de perlas preciosas (2). La cándida imagen de María, las grandes figuras de los apóstoles, el ejército de los mártires, desaparecían ante los primeros obispos galos. Un impostor llamado Didier, que quiso establecer una secta en el siglo sexto, se decía con arrogancia, *mas grande* que los apóstoles y *casi tan santo* como el mismo San Martín (3). Este modo de obrar mas que nos cause alguna sorpresa, era procedente de la extinción gradual de las luces; era porque entonces las leyendas y los romances tenían lugar preferente á la lectura del Evangelio, y porque la ignorancia que ha sido un mal y lo será siempre, no se detenía por lo común ante el umbral de los templos cristianos; era, en fin, porque los sucesores de los Basilio, de los Ambrosios, y de los Crisóstomos, merecían que Alfredo el Grande dijese de ellos, con mucha tristeza: "Desde el Támesis hasta el Humber, no comprenden ya mas el *Pater*, y en el resto de la isla es peor aun (4)."

Las Galias no se convirtieron enteramente al Evangelio bajo los reyes merovingianos: los francos habían completamente abjurado sus feroces divinidades germánicas, pero aun quedaban algunos vestigios del politeísmo entre los romanos de las ciudades que continuaban en deducir augurios del vuelo ó del canto de los pájaros; en celebrar el jueves en honor de Júpiter, en jurar por Neptuno, Pluton, Diana ó los genios; en fin, hasta osaban todavía encender lámparas en los templos abandonados de los ídolos, y suspender en ellos ofrendas, como se los reprochaba San Elías en sus homilias. Estos débiles retoños de la idolatría griega y romana, se secaron muy pronto sobre el suelo que no quería ya alimentarlos; pero el culto de los celtas, como lo hemos dicho en el capítulo antecedente, resistió vigorosamente á la hoz sacerdotal y no murió sino después de muchos siglos. En el cuarto todavía se veía pasear por los campos la imagen de la diosa Bericinthia que representaba *la tierra cultivada*: en el quinto, un cánón del segundo concilio de Arlés declara, que "si un señor de un castillo deja encender antorchas ante los árboles, las fuentes ó las piedras, será separado de la comunión de los fieles, después de haber sido amonestado y solemnemente informado." Al fin del siglo sexto, el concilio de Auverre prohíbe el

2 Véase *Vida de Dogoberto*, por el monje de San Dionisio.

3 Gregorio de Tours.

4 Robertson's *History of the emperor Charles V*, tom. I, pág. 183.

hacer votos á los matorrales, á los árboles ó á las fuentes (1). En un concilio de Nantes, cuya fecha fija Flodoardo en el año 658, se recomienda á los obispos manden arrancar los árboles á los que el pueblo breton persista en rendir un culto supersticioso, y por los que tenía tanta veneración, que no se atrevía ni á cortar sus ramas. El sacerdote Paulino nos presenta á esos mismos galos que se habían vuelto idólatras con la mayor sencillez, sirviendo manjares sobre las piedras sagradas que se encontraban al pie de estos árboles, ó bien rogando ante un antiguo roble que tal vez servía de sepultura á algun gefe de los druidas, oculto dentro de su tronco, con la humildad ofrenda fúnebre de un puñado de fabulos (2) á fin de que tomase bajo su guarda á sus mujeres, á sus hijos, á sus criados y á sus casas (3). Las capitulares de Carlo Magno imponían tambien penas muy severas contra esas supersticiones que sobrevivieron á la dinastía de Meroveo (4); lo que prueba que bien valían la pena de que se ocuparan de ellas en los primeros años del siglo nono. En las dos Armóricas oriental y occidental, fué principalmente en donde la semilla del Evangelio sembrada tarde, creció con mas lentitud, y por lo cual el culto indígena, favorecido por sus bosques tan antiguos como el mundo, se mantuvo á pesar de los concilios y de los obispos que hacían toda clase de esfuerzos para extirparlo. El desierto de Soyey, en la península de Cotentino, estaba aun poblado en el siglo sétimo, de galos idólatras que vivían allí, dicen los cánones de algunos concilios de aquel tiempo, positivamente como *bestias salvajes*. Pero si la idolatría, sostenida por los bardos, los agoreros y algunos druidas errantes en los bosques, se manifestaba obstinada, el celo cristiano tenía tambien el ardor y la constancia que se necesitaba para vencerla; y los hechos lo probaron. En el fondo de esas soledades perdidas, reputadas por el asilo de los demonios, y en donde se veían cosas muy estrañas cuando las antorchas resinosas de los galos que iban de noche á alguna ceremonia prohibida, enrojecían con su luz las hojas de los grandes encinos, ó formaban una llama en derredor de los *dolmens* negros plantados sobre las malezas que plateaba la luna (5), era allí, decimos, donde algunos ermitaños, comunmente de ilustre nacimiento, venían á establecerse sin temor alguno, abrigándose en unas pobres chozas de césped, cubiertas con cañaverales. Las hojas secas de los árboles les servían de lecho; fru-

tas y raíces silvestres eran su alimento; una toga de lana tosca y blanca, y cerrada toda como las del pueblo romano, su único vestido (6). Abriéndose paso á través de los matorrales de esos bosques vírgenes, de los cuales ignoraban las ocultas veredas, aquellos buenos pastores buscaban por todas partes las ovejas salvajes que querían hacer entrar en el rebaño de Jesucristo. Cuando la fama de santidad de uno de esos solitarios llegaba á esparcirse como los efluvios suaves y penetrantes del lirio de los prados á través de las antiguas selvas de la Neustria, otros anacoretas corrian á ponerse bajo su disciplina y autoridad. Entonces trabajaban la tierra seca y endurecida, que las malezas y las zarzas obstruían hacia muchos siglos; entonces las espigas empezaban á aparecer sobre las incultas colinas; entonces, por fin, y á la hora en que los pájaros trinan en los árboles, los himnos de Sedulio en honor de la Virgen María, se elevaban en modulaciones lentas y graves, en los mismos sitios donde en otro tiempo había hecho oír su canto de muerte la víctima destinada á morir bajo la cuchilla de piedra de Ovate, para aplacar á los dioses galos (7).

Las mujeres, ese sexo á la vez débil é intrépido, pues que experimenta al mismo tiempo todos los temores y arrastra todos los peligros, quisieron contribuir por su parte á la destrucción del paganismo, y vinieron á abatirse como una bandada de blancas tortolitas, á la sombra de los bosques aun idólatras, bajo la protección de María. San Fremundo, un gran señor, cansado del mundo, que la mitra episcopal fué á buscar bajo el techo de paja de una humilde choza, y que lloró su pobre celdilla de Ham en el palacio de los obispos de Cotentino, hizo construir en su soledad tan querida un monasterio de religiosas que es uno de los primeros del que haya quedado memoria en la Armórica neustriana, uniendo á él una hermosa iglesia que dedicó á la Madre de Dios. Este monasterio fabricado hácia el año 674, fué destruido por los normandos idólatras, y reedificado espléndidamente.

6 Hasta el sexto siglo, el clero llevó la toga blanca y sencilla del pueblo romano. El papa Celestino, en el año 428, reprochó á los eclesiásticos de Viena y de Narbona, porque en lugar de la toga, empezaban á usar un manto y un cinturón; manifestándoles que no es sino el amor de la estuidad lo que se nos recomienda en el evangelio al prescribirse que debe de ceñirse la cintura; pero que no se debe corromper por superstición la disciplina que tantos santos obispos han autorizado; y finalmente, que el clero no debía distinguirse de los fieles tanto por el vestido, cuanto por la ciencia y la pureza de costumbres. (Fleury, *costumbres de los cristianos*, cap. 41. *Ibid.*, tom. II, pág. 185.)

7 Mr. Pitre Chevalier, en su interesante y patriótica obra sobre la Bretaña, ha insertado un canto bárbaro muy curioso atribuido á la víctima sobre el *dolmen*; este canto ha sido recogido por Mr. de Villemarque.—"Salud! oh tú, cuyas alas rompen los aires, tu cuyo hijo era el protector de los grandes privilegios, el heraldo bardo, el ministro ó el padre del abismo!—Mi lengua entonará el canto de muerte en medio del círculo de piedras que circunvala el mundo!—Protector de la Bretaña!—*Huí!* cuya frente despiden rayos, sostenme! Es la fiesta alrededor de las dos lagunas; una me rodea y rodea el círculo del globo, el círculo rodea otro círculo ceñido de duelas profundas. Una hermosa region está delante de mí; grandes rocas la cubren, la serpiente se adelanta afuera arrastrándose hácia los vasos del sacrificador que tiene cuernos de oro. Los cuernos de oro en su mano, su mano sobre el cuchillo, el cuchillo sobre mi cabeza."

1 Ese cánón está concebido en estos términos: "Non licet inter sentes, aut ad arbores sarcevos, vel ad fontes vota ex solvere."

2 Se hacía en el encino, después de haber levantado su corteza, una escavación cuadrada donde se introducía el cuerpo del druida; se tapaba luego con un pedazo de madera verde, sobre la cual se dejaba caer la corteza; así el árbol, convertido en tumba continuaba viviendo. Se han encontrado de estos árboles osamentas casi en polvo, y á las que se acompañaban mieses y fabulos en estado de conservación.

3 Paul., lib. I, *Paschalis operis*, cap. II.

4 Capitul. *Caroli Magni*, lib. I, tit. 64.

5 Las asambleas druidicas mas solemnes, eran las de la luna nueva y del plenilunio: la de la nueva luna comenzaba cuando ese astro daba bastante luz para alumbrar el campo, por lo común el sexto día; pero su claridad no impedía el llevar antorchas. Véase *Hist. eccles. de Bret.* introduc. pág. 184.)

te por sus descendientes, los normandos cristianos.

La vecindad de la isla Británica, que los Anglo-Sajones, vencedores de los pueblos indígenas, habían sumergido de nuevo en la idolatría, era funesta á los pastores neustrianos; porque los idólatras de la Gran Bretaña, hacían causa común con los de las Galias, y los fortificaban en su resistencia. El Evangelio, favorecido por una princesa merovingiana, había penetrado de nuevo en la isla de los Bretones hácia el fin del siglo VI y se había establecido allí, gracias á las prudentes medidas de Gregorio el Grande; pero este triunfo tan disputado no era todavía sino parcial: Edwin, uno de los príncipes mas poderosos de la heptarquía sajona, tuvo la gloria de asegurarlo. Habiendo, como Clovis, hecho voto de abrazar el cristianismo si ganaba una victoria sobre los pérfidos reyes del país de Gales que habían querido hacerle asesinar, y habiéndola obtenido, convocó luego el *Witen-gemote*, es decir, el gran consejo de los sabios, de los señores y de los guerreros de su reino, y después de haberles espuesto sus motivos para abjurar de sus antiguos dioses, les preguntó su parecer.

Era un espectáculo extraño é imponente el que ofrecía aquel senado Anglo-Sajón deliberando sobre el cambio religioso que se le proponía. El rey, joven hermoso y valiente, presidía la asamblea, con la corona en la cabeza, la espada desnuda en la mano, según la costumbre aquel tiempo, y envuelto en un gran manto prendido sobre los hombros; á sus lados estaban colocados los sabios de la nación, ancianos sin armas, con túnicas largas, y gorros de forma frígia; después seguían los gefes de guerra, con el vestido corto y ceñido, y cuyos cascos redondos y sin visera estaban adornados de un largo plumaje; en sus brazos brillaban pesados brazaletes de oro; de un estrecho cinturón que pasaba por encima del hombro colgaba su hacha de armas y su espada; en una mano tenían una lanza y en la otra un escudo redondo sembrado de clavos de oro; en el fondo estaban los sacerdotes cristianos y el gran sacerdote de los ídolos.

El resultado de esta conferencia nacional escudó á la esperanza de los obispos. El gran sacerdote del culto pagano fué el primero en declarar que sus divinidades eran impotentes. Un guerrero propietario, un *Thane*, comparó la vida del hombre al vuelo de un pajarillo que atraviesa un salón (quizá lo vió pasar en aquel momento). "Se vé la puerta por la cual entró, dice el gefe "Sajón, la ventana que atraviesa para salir; pero ¿de dónde viene? ¿adónde vá? Esto es el emblema de nuestra existencia. Si la nueva fe nos "quita esta incertidumbre, es necesario apresurarse "á adoptarla (1)."

A esto el rey se declara cristiano, y á su voz toda la asamblea renuncia solemnemente el culto de los ídolos: el pueblo imita al punto el ejemplo del senado y del príncipe. Tal fué la revolución re-

1 *Hist. de Anglat.*, por Mr. de Roujoux, tom. 1.º

ligiosa que tuvo lugar en la isla de los Bretones hácia el año de 620.

Los dioses germanos estaban vencidos en la Gran Bretaña, pero el druidismo no lo estaba todavía; vivía aún en los antiguos bosques insulares, donde los ingleses en el siglo octavo, se gravaban figuras en la piel, como los salvajes de la América; á pesar de que los concilios declarasen que este modo extraño, que había valido á los escoceses y á los bretones del Norte, el nombre de *Pictes* ó guerreros pintados, era una invención diabólica (2). El rey Edgar prohibió, por una ordenanza del año 967, las asambleas supersticiosas llamadas *frithgear*, que se celebraban alrededor de las piedras druidas que aun se adoraban en el Northumberland, el Cumberland, el Yorkshire, el Devoushire, el Somersetshire, y sobre todo en el valle de Salisbury (3), el campo de Carnac de los ingleses, en donde se hallaba el célebre *Stone-heuge* (el *chorea giganteum* de los antiguos). Esta ordenanza no fué escrupulosamente obedecida, según parece, pues que Canuto ó Cnut el Grande, un célebre rey del mar, se vió obligado á defender en el siglo undécimo el culto de las piedras, de las fuentes y de los árboles. En cuanto á los anglo-sajones, se convirtieron absolutamente sin que quedase ningún vestigio de su antiguo culto, y desde que sustituyeron en sus banderas la cruz de Nuestro Señor al caballo blanco de Hengisto, levantaron á porfía sobre todos los puntos de Inglaterra, conventos, catedrales, iglesias, ermitas y capillas en honor de la bienaventurada María (*blessed Mary*), unas veces sola, otras asociada de alguno de los apóstoles, ó de los santos sajones cuando los llegaron á tener. Nada había mas sencillo que la mayor parte de esas primitivas iglesias anglo-sajonas. Enormes troncos de árboles sacados de los bosques vecinos y unidos entre sí con el musgo ó el césped mezclado de arcilla, formaban los muros; las paredes de lo interior, á donde se entraba por un pórtico adornado con algunas molduras, estaban cubiertas de una tierra gredosa que recibía cierta especie de pulimento, y sobre la cual se trazaban figuras coloreadas de un dibujo bárbaro (4). En el fondo del pequeño edificio, donde el viento, la lluvia y la luz penetraban juntos á través de los enrejados de mimbres que servían de vidrios (5), se levantaba, sobre un altar en forma de sepulcro y cubierto con un tapiz rojo (6), una imagen de la Santísima Virgen con el traje de señora sajona. Una torre de la cual pendía una

2 Esta costumbre fué prohibida en 787 por un concilio de Northumbria, como una impiedad pagana y como un rito diabólico.—[Véase *Concil. Labbe*, tom. VI.]

3 Véase *Cambden's Britannia*.

4 *Hist. de Inglaterra*, por Mr. de Roujoux, tom. I.

5 Sir James Hall de Dunglass, en su *Ensayo sobre la arquitectura gótica*, dice que los crueros de piedra, tan ligeros y tan elegantes de las grandes ventanas ojivales, son la imitación de esas rejillas de mimbres de que hacen mención las primeras leyendas cristianas de Inglaterra. [Véase *The Edinburgh philosophical transactions*.]

6 Debemos recordar que los antiguos altares del cristianismo fueron los sepulcros de los mártires; las telas frecuentemente muy ricas que cubrían los antiguos altares, eran de color rojo para imitar el color de la sangre, se iba algunas veces hasta Roma para procurarse los tellises que hubieran estado sobre el sepulcro de S. Pedro y de S. Pablo. [Véase *Hist. Ecles. de Bretaña*.]

campana, coronaba el techo de paja de la capilla. Al frente de este monumento primitivo, se veía una cruz formada de dos árboles unidos con ramas de sauce, y coronada con una guirnalda de bos ó de yedra; esta era la señal del cambio del culto, y el trofeo del Cristo sobre Zerneck y sobre Hertha. Un poco mas tarde, los obispos anglo-sajones hicieron venir de Roma pintores, vidrieros y arquitectos (1); pero las catedrales y las abadías que construyeron bajo la invocación de María y de los santos, participaron del estilo tosco y poco agradable que reinaba en aquella época atrasada.

Quando Guillermo de Normandía conquistó la Inglaterra, las iglesias anglo-normandas, con sus flechas atrevidas, y sus torres espléndidas que llegaban hasta las nubes, vinieron á colocarse, con todo el orgullo de su arquitectura asombrosa, al lado de las pesadas iglesias y de las sencillas capillas de los sajones. Pero ellas, no obstante su falta de elegancia, tenían un encanto poderoso que obraba fuertemente sobre la multitud subyugada; allí era donde los vencidos venían á orar y á llorar. La Virgen, que en tiempos mejores habían venerado allí; la Virgen, que según la costumbre de esos tiempos, tenía su traje nacional, era para ellos mas accesible, mas indulgente, mas dispuesta en fin, á socorrerlos, en esos recintos religiosos donde reinaba sobre los sepulcros de sus abuelos y sobre los santos de la vieja Inglaterra.

El cristianismo, que Santiago introdujo en España cuatro años después de la muerte de Nuestro Señor, según consta de la antigua tradición de aquella nación, y donde hizo desde luego rápidos progresos, florecía tambien aunque mezclado con el arrianismo, desde la invasión de los Godos y de los Vandalos. El culto de María era allí popular no obstante la preeminencia que disfrutaba el de San Vicente, el gran mártir de *Caesar-Augusta*, hoy Zaragoza, que Prudencio ha celebrado en sus himnos, verdaderamente antiguos por su forma y su grandeza. Nuestra Señora del Pilar, que no fué en su principio, según parece, sino una pobre capilla de piedras y de césped, era ya una magnífica iglesia romana, objeto de piadosas peregrinaciones, y en la cual la estatua de la Santísima Virgen, desde lo alto de su rica columna de mármol, parecía sonreír al pueblo español de rodillas puesto á sus pies. Nuestra Señora de Toledo, metropolitana de toda la España, cuya fundación, según el aserto de varios historiadores españoles, sube hasta los primeros siglos de la Iglesia, había sido consagrada auténticamente el año de 630, por el rey Godo Recaredo, el primero de España que mereció el título de católico, porque arrojó á los arrianos de su reino después de haber hecho condenar sus errores por un concilio celebrado en Toledo. Pero el santuario de María mas visitado del pueblo español, desde los tiempos remotos, cuya historia procuramos trazar ligeramente, fué el que se

1 *Misit legatarios in Galliam, qui vitri factores, artifices videlicet Britannis ea tenus incognitos ad cancellandos ecclesie, porticus et conaculorum ejus fenestras, abducerent.* [Beda, lib. de *Witremuthensi monasterio* cap. V.]

elevaba en Asturias bajo la advocación de Nuestra Señora de Covadonga; y era porque, bajo la bóveda natural de esa gruta asturiana consagrada á María por los antiguos anacoretas, cuando combatían el druidismo en el fondo de los bosques españoles, donde se mantuvo mucho tiempo (2), la bandera de la independencia y la bandera Santa de la Cruz, se habían refugiado como en su último asilo después de la funesta batalla del Guadalete, que entregó la España á los sectarios del islamismo. Abandonando bosque tras de bosque, montaña tras de montaña, y retrocediendo con una lentitud heroica hasta el monte Autiba, desde el cual se descubre el mar de Cantabria, último límite de la España, Pelayo, joven príncipe de sangre real y la sola esperanza de su patria, se refugió algun tiempo con un puñado de valientes, en esta caverna inaccesible, que la piedad de los montañeses asturianos había consagrado á la Virgen, y en la que se veía su dulce imagen, colocada sobre una roca que le servía de altar. Al entrar el héroe español, en este templo agreste concibió alguna esperanza, por la suerte de su patria, y arrodillándose con sus compañeros á los pies de la imagen venerada, se puso solemnemente bajo su protección, y puso tambien bajo la misma protección los negocios desesperados de la España; así pues el nombre de Nuestra Señora de Covadonga vino á ser su grito de guerra, fortificándose desde luego con los suyos en la misma montaña que ella protegía. La Madre de Dios acogió benignamente los votos del príncipe godó, y le plugo manifestarle su protección, haciendo ganar á los españoles una gran victoria sobre los moros mandados por el gobernador musulman Alcama (3).

Atribuyendo Pelayo á la Virgen Santísima esta victoria inesperada, para demostrarle su reconocimiento, mandó construir, junto á la caverna natural que estaba al lado de una roca al pié de la cual arrastraba sus aguas el Auseba, una iglesia que nombró Nuestra Señora de *Covadonga* (Caverna), en donde toda la España vino después á orar (4).

Los descendientes de Clovis el hermoso, ó el *cabelludo*, como le llama el prólogo de la ley Sálica, habían degenerado mucho del valor y de la habilidad de este príncipe. La lámpara de los merovingianos, ya casi consumida, iba á apagarse sin arrojar el menor destello; sus reyes indolentes que no eran ya sino vano simulacro de la majestad, se presentaban al pueblo una vez al año sobre un carro adornado de verdes ramas y de flores, arrastrado por cuatro perezosos bueyes, que conducían al

2 El duodécimo y décimosexto concilio de Toledo, de los cuales uno se celebró el año 681 y el otro en 693, amonestan en el undécimo y duodécimo cánones, que los que tributen un culto religioso á las piedras y á los árboles, sacrifican á Satanás.

3 Según el Padre Mariana, ese ejército era de sesenta mil hombres. Sebastian obispo de Salamanca, y Ambrosio de Morales le dan un número mucho mayor.

4 La iglesia de Nuestra Señora de Covadonga, se ha conservado hasta 1775, en que fué presa de las llamas. El piadoso rey Carlos III quiso que se reedificara con magnificencia, y con este objeto hizo comenzar los trabajos que aun no se han concluido. Este santuario está situado en la provincia de Oviedo.

campo de Mayo esas fantasmas de príncipes, á quienes pudo con un soplo, pero no quiso, desaparecer el poderoso Carlos Martel. Eran piadosos, sin embargo, y hacían edificar muchos monasterios, mas la sola piedad no basta para sostener un cetro; el de la Francia, que es pesado, necesita de un brazo firme, de un corazón intrépido, de una cabeza fuerte y de un espíritu prudente. Los mayordomos del palacio tenían felizmente para la Europa cristiana, todas estas calidades, como se vió bien pronto en la guerra contra el islamismo (1).

Los moros, dueños de la España, habían arrojado desde lo alto de los Pirineos una mirada codiciosa sobre la Francia, el mas hermoso reino de occidente; parecióles, pues, que sería bueno introducir allí el islamismo, y cambiar en mezquitas sus iglesias cristianas; y apenas concibieron este proyecto cuando lo ejecutaron. Las ricas llanuras del medio día fueron muy pronto inundadas de un ejército numeroso que saqueaba á su paso los antiguos santuarios, y que considerándolos cual si fuesen ídolos, destruía las estatuas de la Virgen y de los Santos.

Desde los Pirineos hasta el Rhin tembló toda la Francia: las iglesias eran demasiado estrechas para contener las poblaciones arrodilladas que pedían á Dios y á su Santa Madre ayuda y socorro contra los infieles; los obispos se armaban; los abades mitrados marchaban al combate bajo la bandera de su abadía; el de San Dionisio hacía llevar el oriflama que no era otra cosa que el estandarte de su mismo convento. La Aquitania desplegaba la imagen de San Marcial, y Carlos Martel la capa de San Martín de Tours, que era entonces el estandarte real de Francia. Era verdaderamente una guerra santa, y vemos que los que sucumbieron en ella fueron colocados en el catálogo de los mártires.

La batalla en la cual la cimitarra de los sarracenos y el hacha de los francos iban á decidir de los destinos del mundo, y asegurar el triunfo del Evangelio ó del Koran, se dió en las llanuras de Poitiers. Los dos ejércitos se contemplaron al principio con igual sorpresa; los franceses no podían menos de admirar esa brillante caballería oriental, orgullosa con tantos triunfos y cargada con los despojos del Africa y del Asia. La tierra se estremecía bajo las pisadas de esos corceles árabes que ahondaban el suelo con sus cascos y parecían decir: "marchemos!" como su tipo immortalizado en la sublime descripción de Job. La vista se deslumbraba con el brillo de los vestidos flotantes de los sarracenos, con la riqueza espléndida de sus turbantes, y con los destellos que despedían sus bruñidas corazas y lucientes cimitarras.

El ejército de los franceses, que se había formado en ángulo para la batalla, ofrecía á los hijos de Ismael un espectáculo menos imponente y menos extraño. Aquellos guerreros ágiles con sus cortos y ajustados vestidos, y que superaban á los mas rápidos corceles en celeridad; aquella formi-

1 La palabra *islamismo* significa consagración á Dios;

dable infantería, que en sus maniobras reunía á la antigua táctica de las legiones romanas, la ferocidad germánica, y cuyo triángulo erizado de temibles franciscas y de agudas lanzas, avanzaban sobre los escuadrones enemigos de un modo impetuoso y compacto, llenaba de asombro á los árabes, que se apercibieron muy pronto, según dicen los antiguos cronistas, de que iban á habérselas con godos menos degenerados, y que vencer á Carlos era mas difícil que vencer á D. Rodrigo.

La batalla famosa de Jerez que entregó la España á los moros duró ocho dias enteros; la batalla de Tours que salvó á la Francia, no duró mas que el tiempo que tarda en mostrarse el sol y ocultarse en el horizonte. Los árabes cargaron muchas veces sobre el ejército de Carlos Martel, arrojando uno tras otro sus batallones á la refriega, como se suceden las encrespadas olas en un dia de tormenta; pero su furia desordenada se estrellaba entre las masas formidables de los guerreros francos, á quienes un portugués, el obispo Isidoro, autor contemporáneo, compara á esos muros de hielo contra los cuales vienen á romperse y á fundirse, sin dejar ni el mas leve rastro. Por último, el feroz Abderraman, teniente del Califa, cuya autoridad se estiende á toda la España conquistada, cae rendido bajo el hacha poderosa de Carlos (*). Las sombras de la noche separaron á los combatientes; y al siguiente dia, cuando las tropas cristianas se precipitaron sobre el campo musulman para completar su destrucción, lo encontraron desierto y abandonado: ¡los moros habían huido para siempre! Entonces cada batallón fué recibido en la ciudad á que pertenecía, y que con su esfuerzo había libertado, al sonido gozoso de las campanas y á los acentos religiosos del cántico de los salmos, oyéndose repetir por todas partes estas palabras que se hallan consignadas en la ley sálica: "Honor á CRISTO que ama á los francos, que protege sus ejércitos, y pone su reino bajo de su amparo!"

CAPITULO VIII.

DE LOS HOMERES DEL NORTE.

El último de los merovingianos, había trocado la dalmática blanca y azul, el círculo de oro esmaltado de pedrerías, y la vara de oro de seis piés, encorvada como un báculo, que constituía el cetro de los reyes de larga cabellera, por el hábito monástico; era un fantasma menos del poder. Como desde mucho tiempo antes los mayordomos de pa-

* Se comprende desde luego la parcialidad con que sobre este punto habla el autor al tratar de la invasión de las Galias, comparándola á la de la España. Sin disminuir el mérito de la batalla de Tours, debe observarse que antes de ella los sarracenos habían invadido toda la Galia Narbonense y lo que se llamaba la Occitania, llegando á amenazar hasta los muros de la antigua Lutecia; pero los árabes no invadieron la Francia en el número formidable que en España, á donde tuvieron que dejar lo mejor de sus ejércitos para guardar las ciudades conquistadas, ni esta nación se hallaba entonces en la situación favorable que la Francia para resistirles.—N. del T.

lacio eran reyes de hecho, la desaparición del último descendiente de Clovis hizo tan poco ruido en el mundo, que las crónicas de aquel tiempo se limitan á decir, con una concisión en que se entreve el menosprecio, que los francos reunidos en Soissons fueron los que depusieron á Childerico y dieron la corona á Pepino. Este príncipe de Austria, que acababa de colocar atrevidamente sobre su frente la corona de Francia, violando, de acuerdo con los nobles, todas las leyes de la monarquía, tenía una espada capaz de defenderla, y una cabeza bastante fuerte para llevarla. Su valor era muy conocido; su prudencia era proverbial, y se mostró mas piadoso que su padre Carlos Martel, de gloriosa memoria, el cual saqueó la Iglesia despues de haberla libertado. Pepino, que se distinguía por su devoción á la Santísima Virgen, fué ungido por Bonifacio, arzobispo de Mayenza, en la célebre iglesia abacial de Nuestra Señora de Soissons, en donde Gisela, una de sus hijas y hermana querida de Carlo-Magno, tomó el velo. Esté fué aquel príncipe que dió al monasterio merovingiano de Nuestra Señora de Argenteuil una parte del inmenso bosque que le rodeaba. Pepino el Breve fundó tambien en el antiguo bosque germánico que despues fué tan célebre y temido con el nombre de la Selva-Negra, una hermosa capilla en honor de María. Hé aquí el origen de esta fundación: Un dia que en compañía de sus cortesanos cazaba en este bosque, se apartó de su comitiva, y no sabiendo qué camino tomar, vacila sobre cuál sendero escoger, cuando llega á sus oídos el tañido de la campana de una ermita que traían las brisas del otoño; el príncipe franco volvió su caballo hácia el punto de donde venía aquel llamamiento religioso, y á poco andar distinguió en un sitio agreste, pero hermoso, donde borbotaba un manantial de agua viva, una capillita construida, ó por mejor decir, empezada por un pobre monge escoces. Este pequeño edificio, construido sin el compás del arquitecto, ni la llana del albañil, no dejaba, sin embargo, de manifestar un ornato sencillo y hermoso: las zarzas habían entrelazado sus torcidos juncos cubiertos de hojas de un verde sombrío en las estrechas hendeduras, y el ramaje de oro y púrpura de la vid silvestre, parecía reflejar en su recinto destruido los ricos tintes del sol poniente.

Los reyes de aquel tiempo, algun tanto orgullosos por naturaleza, se despojaban de sus modales altaneros ante todo signo ó emblema de la religion cristiana. Al descubrir la cruz negra de la ermita, el descendiente del vencedor de los moros se descubrió la cabeza, y se inclinó cual lo hubiera hecho el último de los pastores de su reino; atando en seguida su caballo á un árbol, penetró en el humilde santuario erigido bajo la invocación de María. La desnudez y abandono del lugar santo, por cuyo techo arruinado se veían los pinos ondular sus copas frondosas y las nubes cruzar el espacio, no entibiaron en manera alguna la piedad del valiente monarca. Habiendo orado devotamente ante una Madona mal esculpida, que hoy haría llorar á un niño y estremecer á un artista, el príncipe, no que-

riendo salir del lugar santo sin dejar en él una muestra de su presencia, puso al pié del altar su toca bordada de oro y adornada de piedras preciosas. Vuelto á su palacio hereditario de Heristal, Pepino no olvidó en medio de los cuidados y de los goces de la dignidad real la pequeña ermita de María, la que hizo construir de nuevo dotando su culto con magnificencia (1).

Carlo-Magno, ó *Carlos el Grande*, como le dicen los cronistas francos, no rechazó la herencia religiosa de la piedad de su padre. Consérvase el recuerdo de una de sus piadosas visitas á Nuestra Señora del Marillais, en Anjou, peregrinación que data, según pretenden, del siglo cuarto, y que entonces era uno de los templos mas frecuentados del mundo cristiano (2). El pueblo romano, aunque acostumbrado al lujo y al esplendor, se deslumbró al ver las ricas donaciones que hizo á Santa María la Mayor, en la visita verificada en Roma. La Germania fué tambien dotada por él con tres iglesias del nombre de María; pero no quedó en esto su fervorosa devoción.

Despues de haber exhumado la ciudad termal de Granus, cuyo cadáver había hallado casualmente estendido sobre los musgos del hermoso valle que el Rhin y el Mosa riegan con sus aguas, Carlos, que quería escogerlo para residencia del imperio franco, hizo construir allí cerca de su vasto palacio y bajo la invocación de María, una capilla ú oratorio de figura octágona, cuyos mármoles fueron transportados de Italia, que alumbró con vidrieras incrustadas de oro y piedras, y cerró con puertas de luciente metal. Esta capilla igual en estension á las basílicas, y que despues ofreció un magnífico asilo á los restos mortales del gran emperador, fué tan célebre que la ciudad germánica, de la cual era el mas bello título de gloria, se honraba de llevar su nombre. Desde el tiempo del emperador Luis I hasta el año de 1556, treinta y seis reyes y diez reinas fueron coronados en el suntuoso altar de Nuestra Señora. Este santuario llegó á ser tan frecuentado, que en 1496 se contaron en él, en un solo dia, ciento cuarenta y dos mil peregrinos.

La corte de Carlo-Magno lo imitaba en su tierra y profunda piedad por la Santísima Virgen. Cuando aquel emperador publicó su edicto de guerra contra el rey musulman de Córdoba, y llamó á todos los condes de la Francia meridional bajo el estandarte en que figuraba el arcángel San Miguel, el héroe de aquella época, el célebre paladino Rolando, su sobrino, antes de atravesar los Pirineos que debían serle tan fatales, hizo una romería á Nuestra Señora de Roc-Amadour, acompañado de muchos nobles señores. El príncipe Carlovingio, despues de invocar piadosamente á María, le ofreció un donativo de plata del peso de su *Bracmar*, (espada) y le consagró esta arma que había adquirido tanto renombre. Al volver á Francia cubierto de gloria, la retaguardia del ejército que man-

1 Astolfi, *Delle immagini miracolose*.
2 Grandet, *Hist. Ecles. de Anjou*.

campo de Mayo esas fantasmas de príncipes, á quienes pudo con un soplo, pero no quiso, desaparecer el poderoso Carlos Martel. Eran piadosos, sin embargo, y hacían edificar muchos monasterios, mas la sola piedad no basta para sostener un cetro; el de la Francia, que es pesado, necesita de un brazo firme, de un corazón intrépido, de una cabeza fuerte y de un espíritu prudente. Los mayordomos del palacio tenían felizmente para la Europa cristiana, todas estas calidades, como se vió bien pronto en la guerra contra el islamismo (1).

Los moros, dueños de la España, habían arrojado desde lo alto de los Pirineos una mirada codiciosa sobre la Francia, el mas hermoso reino de occidente; parecióles, pues, que sería bueno introducir allí el islamismo, y cambiar en mezquitas sus iglesias cristianas; y apenas concibieron este proyecto cuando lo ejecutaron. Las ricas llanuras del medio día fueron muy pronto inundadas de un ejército numeroso que saqueaba á su paso los antiguos santuarios, y que considerándolos cual si fuesen ídolos, destruía las estatuas de la Virgen y de los Santos.

Desde los Pirineos hasta el Rhin tembló toda la Francia: las iglesias eran demasiado estrechas para contener las poblaciones arrodilladas que pedían á Dios y á su Santa Madre ayuda y socorro contra los infieles; los obispos se armaban; los abades mitrados marchaban al combate bajo la bandera de su abadía; el de San Dionisio hacía llevar el oriflama que no era otra cosa que el estandarte de su mismo convento. La Aquitania desplegaba la imagen de San Marcial, y Carlos Martel la capa de San Martín de Tours, que era entonces el estandarte real de Francia. Era verdaderamente una guerra santa, y vemos que los que sucumbieron en ella fueron colocados en el catálogo de los mártires.

La batalla en la cual la cimitarra de los sarracenos y el hacha de los francos iban á decidir de los destinos del mundo, y asegurar el triunfo del Evangelio ó del Koran, se dió en las llanuras de Poitiers. Los dos ejércitos se contemplaron al principio con igual sorpresa; los franceses no podían menos de admirar esa brillante caballería oriental, orgullosa con tantos triunfos y cargada con los despojos del Africa y del Asia. La tierra se estremecía bajo las pisadas de esos corceles árabes que ahondaban el suelo con sus cascos y parecían decir: "marchemos!" como su tipo immortalizado en la sublime descripción de Job. La vista se deslumbraba con el brillo de los vestidos flotantes de los sarracenos, con la riqueza espléndida de sus turbantes, y con los destellos que despedían sus bruñidas corazas y lucientes cimitarras.

El ejército de los franceses, que se había formado en ángulo para la batalla, ofrecía á los hijos de Ismael un espectáculo menos imponente y menos extraño. Aquellos guerreros ágiles con sus cortos y ajustados vestidos, y que superaban á los mas rápidos corceles en celeridad; aquella formi-

1 La palabra *islamismo* significa consagración á Dios;

dable infantería, que en sus maniobras reunía á la antigua táctica de las legiones romanas, la ferocidad germánica, y cuyo triángulo erizado de temibles franciscas y de agudas lanzas, avanzaban sobre los escuadrones enemigos de un modo impetuoso y compacto, llenaba de asombro á los árabes, que se apercibieron muy pronto, según dicen los antiguos cronistas, de que iban á habérselas con godos menos degenerados, y que vencer á Carlos era mas difícil que vencer á D. Rodrigo.

La batalla famosa de Jerez que entregó la España á los moros duró ocho dias enteros; la batalla de Tours que salvó á la Francia, no duró mas que el tiempo que tarda en mostrarse el sol y ocultarse en el horizonte. Los árabes cargaron muchas veces sobre el ejército de Carlos Martel, arrojando uno tras otro sus batallones á la refriega, como se suceden las encrespadas olas en un dia de tormenta; pero su furia desordenada se estrellaba entre las masas formidables de los guerreros francos, á quienes un portugués, el obispo Isidoro, autor contemporáneo, compara á esos muros de hielo contra los cuales vienen á romperse y á fundirse, sin dejar ni el mas leve rastro. Por último, el feroz Abderraman, teniente del Califa, cuya autoridad se estiende á toda la España conquistada, cae rendido bajo el hacha poderosa de Carlos (*). Las sombras de la noche separaron á los combatientes; y al siguiente dia, cuando las tropas cristianas se precipitaron sobre el campo musulman para completar su destrucción, lo encontraron desierto y abandonado: ¡los moros habían huido para siempre! Entonces cada batallón fué recibido en la ciudad á que pertenecía, y que con su esfuerzo había libertado, al sonido gozoso de las campanas y á los acentos religiosos del cántico de los salmos, oyéndose repetir por todas partes estas palabras que se hallan consignadas en la ley sálica: "¡Honor á CRISTO que ama á los francos, que protege sus ejércitos, y pone su reino bajo de su amparo!"

CAPITULO VIII.

DE LOS HOMEROS DEL NORTE.

El último de los merovingianos, había trocado la dalmática blanca y azul, el círculo de oro esmaltado de pedrerías, y la vara de oro de seis piés, encorvada como un báculo, que constituía el cetro de los reyes de larga cabellera, por el hábito monástico; era un fantasma menos del poder. Como desde mucho tiempo antes los mayordomos de pa-

* Se comprende desde luego la parcialidad con que sobre este punto habla el autor al tratar de la invasión de las Galias, comparándola á la de la España. Sin disminuir el mérito de la batalla de Tours, debe observarse que antes de ella los sarracenos habían invadido toda la Galia Narbonense y lo que se llamaba la Occitania, llegando á amenazar hasta los muros de la antigua Lutecia; pero los árabes no invadieron la Francia en el número formidable que en España, á donde tuvieron que dejar lo mejor de sus ejércitos para guardar las ciudades conquistadas, ni esta nación se hallaba entonces en la situación favorable que la Francia para resistirles.—N. del T.

lacio eran reyes de hecho, la desaparición del último descendiente de Clovis hizo tan poco ruido en el mundo, que las crónicas de aquel tiempo se limitan á decir, con una concisión en que se entreve el menosprecio, que los francos reunidos en Soissons fueron los que depusieron á Childerico y dieron la corona á Pepino. Este príncipe de Austria, que acababa de colocar atrevidamente sobre su frente la corona de Francia, violando, de acuerdo con los nobles, todas las leyes de la monarquía, tenía una espada capaz de defenderla, y una cabeza bastante fuerte para llevarla. Su valor era muy conocido; su prudencia era proverbial, y se mostró mas piadoso que su padre Carlos Martel, de gloriosa memoria, el cual saqueó la Iglesia despues de haberla libertado. Pepino, que se distinguía por su devoción á la Santísima Virgen, fué ungido por Bonifacio, arzobispo de Mayenza, en la célebre iglesia abacial de Nuestra Señora de Soissons, en donde Gisela, una de sus hijas y hermana querida de Carlo-Magno, tomó el velo. Esté fué aquel príncipe que dió al monasterio merovingiano de Nuestra Señora de Argenteuil una parte del inmenso bosque que le rodeaba. Pepino el Breve fundó tambien en el antiguo bosque germánico que despues fué tan célebre y temido con el nombre de la Selva-Negra, una hermosa capilla en honor de María. Hé aquí el origen de esta fundación: Un dia que en compañía de sus cortesanos cazaba en este bosque, se apartó de su comitiva, y no sabiendo qué camino tomar, vacila sobre cuál sendero escoger, cuando llega á sus oídos el tañido de la campana de una ermita que traían las brisas del otoño; el príncipe franco volvió su caballo hácia el punto de donde venía aquel llamamiento religioso, y á poco andar distinguió en un sitio agreste, pero hermoso, donde borbotaba un manantial de agua viva, una capillita construida, ó por mejor decir, empezada por un pobre monge escoces. Este pequeño edificio, construido sin el compás del arquitecto, ni la llana del albañil, no dejaba, sin embargo, de manifestar un ornato sencillo y hermoso: las zarzas habían entrelazado sus torcidos juncos cubiertos de hojas de un verde sombrío en las estrechas hendeduras, y el ramaje de oro y púrpura de la vid silvestre, parecía reflejar en su recinto destruido los ricos tintes del sol poniente.

Los reyes de aquel tiempo, algun tanto orgullosos por naturaleza, se despojaban de sus modales altaneros ante todo signo ó emblema de la religion cristiana. Al descubrir la cruz negra de la ermita, el descendiente del vencedor de los moros se descubrió la cabeza, y se inclinó cual lo hubiera hecho el último de los pastores de su reino; atando en seguida su caballo á un árbol, penetró en el humilde santuario erigido bajo la invocación de María. La desnudez y abandono del lugar santo, por cuyo techo arruinado se veían los pinos ondular sus copas frondosas y las nubes cruzar el espacio, no entibiaron en manera alguna la piedad del valiente monarca. Habiendo orado devotamente ante una Madona mal esculpida, que hoy haría llorar á un niño y estremecer á un artista, el príncipe, no que-

riendo salir del lugar santo sin dejar en él una muestra de su presencia, puso al pié del altar su toca bordada de oro y adornada de piedras preciosas. Vuelto á su palacio hereditario de Heristal, Pepino no olvidó en medio de los cuidados y de los goces de la dignidad real la pequeña ermita de María, la que hizo construir de nuevo dotando su culto con magnificencia (1).

Carlo-Magno, ó *Carlos el Grande*, como le dicen los cronistas francos, no rechazó la herencia religiosa de la piedad de su padre. Consérvase el recuerdo de una de sus piadosas visitas á Nuestra Señora del Marillais, en Anjou, peregrinación que data, según pretenden, del siglo cuarto, y que entonces era uno de los templos mas frecuentados del mundo cristiano (2). El pueblo romano, aunque acostumbrado al lujo y al esplendor, se deslumbró al ver las ricas donaciones que hizo á Santa María la Mayor, en la visita verificada en Roma. La Germania fué tambien dotada por él con tres iglesias del nombre de María; pero no quedó en esto su fervorosa devoción.

Despues de haber exhumado la ciudad termal de Granus, cuyo cadáver había hallado casualmente estendido sobre los musgos del hermoso valle que el Rhin y el Mosa riegan con sus aguas, Carlos, que quería escogerlo para residencia del imperio franco, hizo construir allí cerca de su vasto palacio y bajo la invocación de María, una capilla ú oratorio de figura octágona, cuyos mármoles fueron transportados de Italia, que alumbró con vidrieras incrustadas de oro y piedras, y cerró con puertas de luciente metal. Esta capilla igual en estension á las basílicas, y que despues ofreció un magnífico asilo á los restos mortales del gran emperador, fué tan célebre que la ciudad germánica, de la cual era el mas bello título de gloria, se honraba de llevar su nombre. Desde el tiempo del emperador Luis I hasta el año de 1556, treinta y seis reyes y diez reinas fueron coronados en el suntuoso altar de Nuestra Señora. Este santuario llegó á ser tan frecuentado, que en 1496 se contaron en él, en un solo dia, ciento cuarenta y dos mil peregrinos.

La corte de Carlo-Magno lo imitaba en su tierra y profunda piedad por la Santísima Virgen. Cuando aquel emperador publicó su edicto de guerra contra el rey musulman de Córdoba, y llamó á todos los condes de la Francia meridional bajo el estandarte en que figuraba el arcángel San Miguel, el héroe de aquella época, el célebre paladino Rolando, su sobrino, antes de atravesar los Pirineos que debían serle tan fatales, hizo una romería á Nuestra Señora de Roc-Amadour, acompañado de muchos nobles señores. El príncipe Carlovingio, despues de invocar piadosamente á María, le ofreció un donativo de plata del peso de su *Bracmar*, (espada) y le consagró esta arma que había adquirido tanto renombre. Al volver á Francia cubierto de gloria, la retaguardia del ejército que man-

1 Astolfi, *Delle immagini miracolose*.
2 Grandet, *Hist. Ecles. de Anjou*.

daba fué flanqueada y embestida por todos lados en el valle de Roncesvalles. En vano los franceses opusieron á un ataque tan formidable una esforzada resistencia, fueron, sin embargo, derrotados: ninguno quiso rendirse, todos perecieron, gefes y soldados. Para conservar la memoria de este terrible desastre, se erigió en aquel mismo sitio sobre las hosamentas de aquellos desgraciados y valerosos guerreros, una capilla dedicada á la Virgen, colocándola en ella una inscripción que llevaba los nombres de Thierry-d'Ardennes, de Rioules-du-Mas, de Guy-de-Borgoña, de Ogier-el-Danés, de Oliverio y de Rolando. Esta capilla, situada cerca de la abadía de Roncesvalles, estaba adornada de pinturas representando una batalla, y durante diez siglos no se enterraron allí sino franceses. El último pensamiento de Rolando sobre el campo de batalla, fué un acto de reverencia á la Santísima Virgen, pidiendo que su espada se llevase á Nuestra Señora de Roc-Amadour, y así fué ejecutado.

Luis el Piadoso, ó por otro nombre el Benigno, hijo de Carlo-Magno llevaba siempre consigo la imagen de María ya estuviese de caza ó de viaje. Cuando por algunos momentos se apartaba de su corte y se encontraba solo en los bosques, sacaba presuroso de su seno la imagen adorada, y poniéndola al pié de algún árbol hacia ante ella oración. Algun tiempo despues depositó esta misma imagen en la soberbia abadía de Hildesheim, que hizo construir en honor de la Virgen Santísima (1); y plantó en ella un rosal que casi duró tanto tiempo como el hermoso monasterio.

Bajo Carlos el Grueso, monarca cobarde y perverso, cuyo triste y agitado reinado preparó la ruina de la raza de Carlo-Magno, los normandos conducidos por Sigefredo sitiaron á París. Esta antigua capital de los *Parisii*, cuya residencia amaba tanto Julian el apóstata, tenía entonces la misma estension que en el tiempo de César. La catedral de Nuestra Señora construida hácia el levante por el rey Childeberto, dos gruesas torres al Mediodía y al Norte, y el palacio del rey ó de los condes al poniente, formaban las cuatro estremidades de su recinto. El Sena la rodeaba con sus ondas azuladas. La margen del rio por la parte del Norte estaba cubierta de un espeso bosque, y la torre octágona que estaba en el ángulo del cementerio de los Inocentes, servia para vigilar desde allí sobre ese bosque infestado de ladrones por aquel tiempo. En el lugar del cuartel de los Mercados y no lejos de Santa Oportuna, habia una ermita llamada de Nuestra Señora del Bosque, porque estaba situada á la entrada de él. Los viñedos cubrian la montaña de Santa Genoveva; y el arrabal de San German, famoso por sus praderas circundadas de sauces, no era sino una pequeña poblacion abacial.

Sigefredo al llegar cerca de París, pidió desde luego que se dejasen libre el paso á las tropas que conducia á Borgoña; mas como rehusaron abrirle las puertas, el normando juró por los brazaletes de Thor, que con su espada sabria abrirlas.

1 *Triple Cour*, nomb. 75.

Eudes, hijo de Roberto el Fuerte, se encerró en Paris resuelto á defender la ciudad contra estos bárbaros, que no contentos con saquear las casas y las iglesias, se llevaban hasta los cuerpos venerados de los santos (2). El asedio fué largo y sangriento: setecientas barcas normandas obstruian el Sena; por ambas partes se emplearon en el ataque y en la defensa las ballestas y las catapultas y recíprocamente se lanzaban proyectiles ardientes y dardos abrasados. Las torres normandas se hallaban opuestas á las de los parapetos sitiados, y los enemigos se aproximaban á las murallas guareciéndose bajo galerías cubiertas que los parisenses llegaban frecuentemente á incendiar, ó á derribar con el peso de las vigas y de las piedras que arrojaban sobre ellas.

Desde el principio de esta lucha heroica y desesperada, Paris se habia puesto bajo la especial proteccion de la Virgen Santísima. Su estatua era conducida en procesion durante el combate en derredor de los parapetos; y los normandos la tomaban siempre por el blanco de sus saetas sin poder conseguirlo. Los arqueros invocaban su nombre en alta voz, arrojando nubes de dardos y piedras desde lo alto de sus torres, y cada vez que se lograba rechazar al enemigo, se iluminaba la ciudad magníficamente con antorchas de cera blanca.

"Ella es quien nos salva, decia Abbon; ella es quien se digna sostenernos; por su favor aun gozamos de vida. Amable Madre del Salvador, brillante reina de los cielos, tú eres quien ha libertado al pueblo de Lutecia de la cuchilla de los daneses."

Algunos años despues, la Santísima Virgen ayudaba por medio de un milagro á rescatar de los normandos la ciudad de Nantes, y á arrojarnos de la Bretaña que habian invadido. Atain, llamado despues Barba Torcida, que se habia refugiado en Inglaterra con la flor de la juventud bretona, emprendió libertar á su patria: tenia entonces apenas veinte años, y tan solo contaba con su espada y la proteccion de María; pero una espada en la mano de un valiente es algo, y la proteccion de María vale por un ejército. Desembarcó con algunos valientes en Cancale, y de marcha en marcha, dejando tras sí un largo reguero de cadáveres normandos, el héroe breton llegó por fin bajo los muros de Nantes, donde se habian refugiado los foragidos del Norte como en su último asilo. Rechazado con gran pérdida de los normandos, que habian reunido sus mejores tropas en derredor de la ciudad, Alain se retiró con los suyos hasta la estremidad de la montaña; allí se dejó caer en tierra, *terriblemente fatigado*, dice un antiguo cronista breton, y sufriendo una sed abrasadora. "Entonces comenzó á quejarse amargamente, y á pedir con humildes súplicas á la Santísima Virgen Madre de Dios, le abriese una fuente de agua para que él y sus caballeros pudiesen reparar las abatidas fuerzas. La Santa Virgen oyó sus ruegos, y segun su deseo hizo brotar una fuente de

2 Véase *Antig. de Rouen*, pág. 102.

agua pura, que aun es llamada la fuente de Santa María, en la cual él y los suyos refrescaron suficientemente, y recobrando un nuevo ardor volvieron animosos y fuertes á la batalla. Atacaron de nuevo á los normandos, los derrotaron ó hicieron pedazos, no escapando sino los que huyeron desfavoridos, llevándose consigo el botin que pudieron recoger á sus barcas."

Alain halló la ciudad de Nantes saqueada é incendiada. Cubierto de polvo y sangre, el jóven libertador habia buscado largo tiempo en la desgraciada ciudad, en la que solo quedaban paredes ennegrecidas por las llamas, la majestuosa basílica de San Félix, cuyo techo, cubierto de finísimo estaño de Cornouailles, era tan brillante, dice un monge contemporáneo, que á los rayos del sol ó de la luna parecia de pulida plata. Mas ay! este techo habia desaparecido, y el cielo tan solo servia de bóveda á la antigua iglesia, cuyos altares se veian rotos y los sepulcros abiertos. Para poder llegar hasta el sitio donde estaba el tabernáculo, Alain se vió precisado á abrirse paso á través de las zarzas con su espada. Mas no por eso dejó de cantarse el *Te Deum* de la victoria, y las alabanzas á la Virgen, con religioso entusiasmo; y antes de levantarse, el jóven breton, reconociendo el apoyo tutelar que habia recibido de la Virgen Santa, prometió erigirle la catedral que lleva hoy el nombre de Nuestra Señora de Nantes.

En el reinado de Carlos el Simple, y á espensas del mas bello floron de la corona de los francos, se obtuvo la conversion de un ejército entero de aquellos crueles y atrevidos piratas del Norte, que durante tanto tiempo habian asolado las costas de la Europa occidental. La Neustria, hermosa y rica provincia que devastaron por casi un siglo, y que con la cuchilla á la garganta de sus moradores lograron convertir al culto bárbaro de sus dioses falsos (1), les fué cedida junto con la soberanía de la Bretaña, bajo la sola condicion de que su gefe Rollon, el terror de la Francia, se hiciese cristiano. La condicion fué aceptada; el pirata normando se casó con una princesa carlovingia que no vivió mucho tiempo; y que se convirtió á la fe sin ninguna violencia. El elemento religioso dominaba; cosa estraña! entre estos bandidos del Norte, que mas de una vez enviaban presentes y cirios á los abades, á quienes venian precisamente á robar. Las tempestades que se levantaban á la vista de las costas á donde ellos querian descender, les habia hecho creer que el santuario cristiano estaba bajo la proteccion del Ser poderoso y celestial (2).

1 Durante 74 años, dice Ronault, el cotentino, tuvo el dolor de ser profanado por las ceremonias que se hacian á los ídolos de Norte y los sacrificios que se les ofrecian hasta en la ciudad de Cotanza. (*Compendio de la vida de los obispos de Cotanza*, pág. 131.)

2 Un ejército danés, que habia desembarcado sobre las costas de Bretaña para saquear la rica y célebre abadía de Rhédon, se atemorizó de tal manera por una tempestad que estalló sobre su campo, que en lugar de destruir y de incendiar la abadía, los piratas, creyendo que estaba defendida por un Dios digno de su respeto, llevaron á ella regalos, la iluminaron con cirios y colocaron centinelas en torno de ella para impedir que la saqueasen. Habiendo infringido seis soldados las órdenes de Godofredo, su gefe, tomándose algunas cosas de la abadía, fueron castigados con la pena

de muerte en el mismo dia. [Mabilionius, *in actis SS. ordinis S. Bened.*, sect. IV. segunda parte.]

3 Este príncipe fué enterrado en la catedral de Nuestra Señora que entonces mandaba reedificar. "Acabó sus dias en Rouen como buen católico, dice Tailepied, y fué inhumado con gran pompa y solemnidad fúnebre en la grande Iglesia de Nuestra Señora, hácia el lado del mediodía." [*Antigüedades de la ciudad de Rouen*, pág. 107.]

4 La duquesa Gunnor, segunda mujer de Ricardo Sin Miedo, duque de Normandía, hizo grandes bienes á las iglesias, dice Tailepied, y especialmente á Nuestra Señora de Rouen, á la que donó hermosos ornamentos que ella misma hacia ayudada de los bordadores y oficiales; tambien hizo colgaduras de toda clase de sedas y bordados con hermosos paisajes ó imágenes de la Virgen María y de los Santos, para adornar la Iglesia de Nuestra Señora de Rouen. [*Ibid.*, pág. 112.]

La primera pregunta que dirigió el nuevo duque de Normandía á Franco, arzobispo de Rouen, que lo instruía en los misterios del cristianismo, fué para saber cuáles eran los santos mas venerados de Francia y de Neustria. El prelado le respondió al momento que Nuestra Señora, manifestándole el poder que tenia como Madre de Dios. "Pues bien, dijo el príncipe del Norte despues de un instante de reflexion, es necesario hacer alguna cosa por ella, puesto que es tan poderosa." En efecto, hizo desde luego una gran donacion de tierras á Nuestra Señora de Bayeux. Como la ciudad de Rouen habia dedicado á María su iglesia metropolitana, quemada por los normandos de Hasting, y reedificada bien ó mal algun tiempo despues, el duque y la mayor parte de sus capitanes daneses fueron bautizados en ella, y comenzó por engrandecerla y hermosearla, trabajos que sus sucesores continuaron despues con magnificencia (3). Nuestra Señora de Evreux, una de las mas antiguas iglesias de Normandía, si hemos de dar crédito á las crónicas que cuentan que San Taurin, primer obispo de Evreux, la fundó en 250, y la consagró al culto del verdadero Dios bajo la invocacion de la Santísima Virgen, recibió tambien ricas donaciones de Rollon, que hasta su muerte dió pruebas indudables de la mas sincera piedad y devocion hácia la *Señora Santa María*, como la llamaban respetuosamente los príncipes y los grandes de aquella época.

Esos duques normandos, generosos y valientes por carácter, eran por lo comun muy devotos de la Virgen: en sus altares recibian la investidura de ese hermoso ducado que con orgullo llamaban su *reino de Normandía*. Bajo las baldosas grises de su capilla que adornaban hermosos tapices bordados de seda y oro, trabajados por las duquesas de Normandía, y que representaban los principales pasajes de la historia de la Madre de Dios (4), era donde venian tambien á dormir su último sueño. Roberto el Magnífico, hizo construir él solo tres iglesias del nombre de María: Nuestra Señora de la Preservacion, para cumplir un voto hecho durante una tempestad que amenazó hundir su bajel en las peligrosas aguas del archipiélago normando; Nuestra Señora de la Gracia, cerca de Honfleur, y por último, Nuestra Señora de la Piedad, cerca del castillo ducal que defendia á Harfleur.

Este príncipe, tan devoto de María, quiso ir á visitar su sepulcro y el de Cristo en Jerusalem; y dispuso su partida á caballo, acompañándole varios

de los mas ricos y fastuosos señores de su corte, todos cargados de oro, resplandeciendo de pedrerías y rodeados de una larga comitiva de escuderos, pajes y caballeros, como si se tratase de ir á lucir en un torneo. En los caminos, las poblaciones salian en tropel para verlos; y su entrada en Roma fué un ruidoso acontecimiento. Los romanos miraban con una admiracion que rayaba en asombro á estos bárbaros del Norte, que habian hecho temblar á la Europa meridional, y que les recordaban el noble rostro y la alta estatura de los héroes de la antigüedad. Al ver su buen aspecto, sus bellas cotas de malla, la larga espada danesa guarnecida de oro que llevaban al costado, y sus cascos puntiagudos de donde se escapaban formando bucles sus rubios cabellos, se preguntaban, quiénes eran estos príncipes del Septentrion, que venian á visitar la ciudad de los apóstoles. El Papa les recibió con grata benevolencia y alto aprecio; dióles su bendicion, y colocó él mismo el bordon de peregrino sobre los hombros de su gefe y señor. De allí continuaron su camino dirigiéndose á Constantino-
pla, ciudad de María, en donde deslumbraron á sus habitantes con su espléndida magnificencia. Al pasar, arrojaban el oro y las perlas; la mula de Rolando tenia herraduras de oro, y cuando alguna se desprendia, ninguno de la comitiva se detenia á alzarla; dejaban que los griegos recogiesen en el polvo, los clavos de oro que se le caian á la cabalgadura del gefe normando (1).

Al aproximarse á los Santos lugares, el espíritu cristiano se hizo sentir vivamente; estos mismos viajeros que con la cabeza erguida habian atravesado tantos rios bien defendidos y tantas murallas almenadas, sin reconocer ningun derecho de peaje; esos hombres atrevidos que dejaban siempre descubrir la punta de la espada bajo la túnica del peregrino, orgullosos no ha mucho hasta la insolencia, no habria podido reconocérseles: tanta era la humildad de su actitud; tan modesto y devoto era su aspecto al aproximarse á aquella tierra santa, cuyo suelo pedregoso y ardiente hollaban sus pies descalzados. Roberto, tan justamente llamado el Magnífico, visitó, con la mas edificante piedad, los dos santos sepulcros de Jesucristo y de la Virgen. Cristianos y musulmanes recibieron de él limosnas tan régias, que el Emir de Jerusalem, picándose tambien de generoso y de liberal, no quiso recibir el tributo que le debian estos espléndidos peregrinos. Roberto dejó un presente de mucha consideracion en el Santo Sepulcro; Ricardo II, duque de Normandía, habia hecho ya una donacion de cien libras de oro.

Habiendo concluido su peregrinacion, el duque volvió á tomar por tierra el camino de su hermoso ducado, que no debia volver á ver. Murió en Nicea de Bitinia, chanceándose al aspecto de la muerte, como los Reyes del Mar (2) sus antepasados, y en-

1 Véase la Normandía, por Mr. Julio Janin, cap. 2.

2 Habiendo encontrado un peregrino normando al duque, que unos árabes llevaban en litera, aceróse con tristeza al príncipe moribundo, y le dijo: "¿Qué noticia llevaré de vos al país, monseñor? —Dirás, respondió Roberto sonriendo, y designando con el gesto á sus conductores, que me has visto llevar al paraíso por cuatro diablos."

comendándose á la Señora Santa María, como lo habian hecho sus predecesores cristianos.

Los nobles normandos que empezaban á soñar reinos bajo el hermoso cielo de Italia, no eran menos devotos de María que sus valientes príncipes. Ni la distancia, ni el estruendo de las armas les impidió fundar iglesias en honor de la Madre de Dios. El famoso Tancredo y Roberto Guiscardo, señores de la pequeña ciudad marítima de Hauteville, que no conserva una sola piedra de su castillo, pero que posee aún la antigua iglesia envuelta en musgos y gramas donde estos *leones normandos* recibieron el agua del bautismo, enviaron á Godofredo de Mombay, obispo de Cotanza, la mitad de un tesoro que habian hallado en lo mas interno de la Pulla, esa comarca donde con quinientas lanzas normandas habian rechazado á sesenta mil sarracenos, para que hiciese construir, bajo la invocacion de Santa María, esa hermosísima catedral que arrancó al mismo Vauban esta exclamacion al verla: "¿Quién es el loco sublime que ha arrojado este noble edificio en medio de los aires?"

En aquel mismo tiempo, un hermano de Roberto de Guiscardo, el conde Rogerio de Hauteville, fundaba en la Sicilia conquistada, la famosa catedral de Messina, que tambien fué dedicada á la Santísima Virgen, según la costumbre antigua de su casa. Este suntuoso edificio que fué consagrado en 1097, participaba un poco de todas las arquitecturas conocidas; el mosaico bizantino se mezclaba al arabesco de los sarracenos, y á los graciosos torreoncillos góticos adornados de estatuas de santos y de ángeles admirablemente dorados. En el suntuoso tesoro de esta catedral se conservaba una carta de la Virgen, de la cual se enorgullecía la piedad de los habitantes de Messina (3) y sobre la cual varios obispos sicilianos han escrito varios dictámenes con el fin de patentizar su autenticidad. En esta misma catedral se celebra anualmente la fiesta de la Barra, cuyo objeto es perpetuar el re-

3 Esta carta, que fué primero traducida del griego por Lascari, á quien se reprochó de haberla inventado, se halló despues escrita en siríaco, entre los antiguos manuscritos del obispo de Mardin, en Siria, y fué traducida al latín por D. José Allemani, noble maronita, intérprete de las lenguas orientales en la biblioteca del Vaticano. No pudiendo nosotros calificar el valor de esta pieza, que á pesar de numerosas reclamaciones se ha colocado en el número de los escritos apócrifos, la reproducimos como un documento curioso y antiguo.

"Maria Virgo, Joachim et Anne filia, humilis ancilla Domini, Mater Jesu Christi, qui est ex tribu Juda, et de stirpe David, Messianensibus omnibus salutem, et á Deo Patre omnipotente benedictionem.

Per publicum documentum constat vos misisse ad nos nuncios, fide magna vos scilicet credere Filium nostrum á nobis genitum esse Deum et hominem, et post resurrectionem suam ad caelum ascendisse; vosque, mediante Paulo, apostolo electo, viam veritatis agnovisse. Propterea vos vestranque civitatem benedicimus et protegimus, et defendimus eam in saecula saeculorum.

Data fuit hac epistola die quinto, in urbe Hierusalem, á Maria Virgine, cujus nomen supra, anno XXXXII á Filio ejus, saeculo primo, die 3 junii, luna XXVII.

La chiesa metropolitana di Messina fu dedicata alla beatissima V. M. della sacra Lettera, e vi si celebra tutti gli anni una grande festa.

L'antica é pia tradizione della sacra lettera della gran Madre di Dio sempre Virgine Maria, scritta alla nobile et exemplare città di Messina, illustrata con nuovi documenti, ragioni e verisimili congetture, del P. Maestro D. Pietro Meunni, abate generale di S. Basilio Magno.

cuerdo de la derrota de los sarracenos por los héroes normandos: la Virgen, representada por una jóven, es conducida sobre un magnífico carro de triunfo, en tanto que figuras horribles representan los musulmanes vencidos por el conde Rogerio.

La luz religiosa que disipó las tinieblas paganas del Norte, vino de la Normandía, y la Santísima Virgen fué quien, en su iglesia catedral de Rouen, recibió las primicias de esta cosecha santa. En dicha iglesia, Haroldo II, rey de Dinamarca, que habia venido con cien galeras en auxilio de Ricardo Sin Miedo, abjuró el paganismo, y Olaüs, rey de Noruega, que habia unido su estandarte á la bandera de Normandía en una pequeña guerra que Ricardo II sostenia contra Eudes, conde de Blois, fué convertido al cristianismo por Roberto, arzobispo de Rouen (1). Este santo rey osó derribar la estátua de Thor, dios tutelar de Noruega en el templo de Dromtheim, lugar en donde los piratas noruegos venian á hacer sus juramentos sobre los brazaletes de este dios guerrero tan temido por los gigantes de los hielos. Olaüs envió á Succia misioneros cristianos que fueron bien acogidos; y los muros dorados del templo de Upsal, libres ya de sus ídolos, y purificados de sus sacrificios humanos (2), recibieron las imágenes benditas de Cristo y de su Santísima Madre.

No era culpa de los príncipes de la Europa cristiana, que el sol del Evangelio se hubiese levantado tan tarde en el horizonte de los reinos del Norte; desde á mediados del siglo VII, el sajón Willibrod habia hecho para convertir la Jutlandia, esfuerzos infructuosos, que los misioneros enviados por Witikind, el convertido por Carlo-Magno, renovaron infructuosamente en el transcurso del siglo VIII; el IX se presentó bajo auspicios mas favorables. Harald-Klack, rey de una parte de la Jutlandia, arrojado de sus estados, vino refugiarse á la corte de Luis el Piadoso, donde abrazó el cristianismo. Un cronista contemporáneo, Ermoldo el Negro, abad de un monasterio del imperio franco, describe de una manera pintoresca la llegada del rey de la mar y de su flotilla danesa. "¿Qué veo brillar, dice, á los rayos de la aurora, y cubrir á lo lejos las aguas del río? ¿Qué navios son los que remontan el Rhin orgullosos con su pompa guerrera? ¿Cuál reflejan la luz del sol sobre el espejo de las aguas, esas velas blancas como la plata." No obstante los esfuerzos de Anschar, apóstol del Norte, esta conversion del rey danés fué cuasi solitaria; y aquellas naves de proas doradas, objeto de la sencilla admiracion de los guerreros francos, no surcaron mucho sobre las mares de la Europa occidental.

1 Antigüedades de la ciudad de Rouen.

2 Los escandinavos inmolaban á Odin, á los prisioneros en tiempo de guerra, y en tiempo de paz á los criminales: en las grandes calamidades sacrificaban hasta los reyes mismos para apaciguar á sus dioses. Así es que el primer rey Vermelando fué quemado en honor de Odin para hacer cesar una gran plaga. Como se ve en la historia de Noruega, los reyes no libertaban ni á sus propios hijos: Haquin, ofreció los suyos en sacrificio para conseguir una victoria: un rey de Suecia consagró á Odin sus hijos, para que este dios prolongase su vida. [V. Wormius, Monument. Danic. et Sax. grammat., lib. X].

La conversion del rey Haroldo II, fué mucho mas provechosa á la religion cristiana, que la del príncipe de Jutlandia. De regreso á su patria, prohibió los sacrificios, mandó cerrar los templos de los falsos dioses, edificó iglesias cristianas, y favoreció con todo su poder la propagacion del Evangelio. Su hijo Suenon, príncipe feroz y pirata por inclinacion, que se habia declarado defensor de la idolatría, lo asesinó traidoramente de un flechazo, y volvió á abrir los templos de Odin y de Thor, y arrasó los templos cristianos. Despues de su muerte que aconteció en 1014, el cristianismo levantó la cabeza y volvió á propagarse. Sin embargo, el cambio de un culto al otro no se efectuó bruscamente como entre los jóvenes vencedores de las Galias y de la Inglaterra; las iglesias cristianas de Dinamarca, durante un siglo, se levantaron al lado de la piedra de los sacrificios. Si Cristo y la Santísima Virgen eran venerados, los dioses de Wualhalla no dejaban de serlo tambien. Thor conservaba aún la maza en sus manos armadas de guanteletes de hierro; y si se cantaban himnos á María bajo las bóvedas de la capilla, tambien se cantaba el himno de Odin que se acostumbraba en los combates, y á él se le daba las gracias por la victoria ofreciéndole un sacrificio de aves de rapina. Parecia muy duro á los guerreros del Norte abandonar del todo á aquellas divinidades belicosas que habian hecho tan valientes á sus padres. Conventian y reconocian que Cristo era Dios y consentian en adorarle como tal; pero por qué arrojar de su trono los antiguos dioses de la patria, para colocar exclusivamente á un Dios extranjero. ¿Acaso no podian reinar juntos? El Wualhalla amaba á las mujeres castas, y por lo mismo podia estar á su lado la Virgen Santísima. Al abrigo de este último parapeto, el paganismo era mas temible que nunca, y los primeros neófitos cristianos con un pensamiento de conciliacion, hacian una horrorosa amalgama de los dos cultos (3). Tal fué el estado de las cosas hasta el reinado de Canuto el Grande, que aseguró de una vez la preponderancia al cristianismo.

El culto de la Santísima Virgen contribuyó mucho al establecimiento del evangelio entre los escandinavos. De tiempo inmemorial, habian colocado la virginidad en el cielo, bajo la forma de la diosa Falla, cuya blonda cabellera ataba una cinta de oro; y de Gesiona, que recibia en su cortejo celestial á las jóvenes que morian en estado de castidad. Tres vírgenes, sentadas al pié del Fresno sagrado disponian del destino de los hermanos, y tambien eran vírgenes aquellas *damas blancas* que marchaban sobre los lagos como columnas de neblina, sentándose á media noche bajo la sombra helada de los pinos, y cantando con voz dulce y pausada los himnos rúnicos que los scaldos habian grabado sobre las rocas del valle de los héroes, á quienes habian llorado los cuervos del cielo (4). Era

3 Manteo, Historia de Dinamarca.—Mallet, *idem*.

4 "Cuando Rogvaldo fué muerto, dice el célebre scald del Norte, Regnier Lodbrog, en su *Epicédimo ó Canto fúnebre*, todos los cuervos del cielo le lloraron." Seguramente porque les daba suntuosos festines de cadáveres.

muy sensible renegar de aquellas hermosas hadas del Norte que, según se creía, se introducían invisiblemente en la cabaña del labrador, ó en la fortaleza del *jarl* [conde], y tras de cuyos pasos entraba la felicidad. Estas supersticiones igualmente queridas de los grandes y del pueblo (1), no se hubieran desterrado de aquel reino sin la Santísima Virgen, que vino á ser la protectora de las cabañas y de los palacios. La influencia de la reina del cielo sobre la conversión de los escandinavos se prueba por un hecho que nadie niega, y es que el cristianismo debió sus progresos en aquellos pueblos á las madres de familia, quienes despues conquistaron á él á los guerreros (2).

Los primeros reyes cristianos de Dinamarca fueron fervorosos devotos de María. San Canuto, duque de Schleswig, le dedicó tres magníficas iglesias; Valdemar II hizo colocar su santa imagen sobre su escudo embutido de oro, y sabiendo que los rusos, ligados con los estonios, amenazaban la Iglesia naciente de Riga, se empeñó de una manera solemne en pasar el año siguiente en Esthonia, tanto por el honor de la Santísima Virgen, como por la remisión de sus pecados (3). En aquella guerra comenzada bajo los auspicios de María, fué cuando los daneses, sorprendidos en su campo, perdieron su bandera nacional. Cuando ya sucumbían ante los paganos, la Santísima Virgen, á quien piadosamente habían invocado antes de entrar á Esthonia, les dió, según dicen los cronistas de la época, muestra patente de su poderosa protección: una bandera roja con una cruz blanca cayó del cielo, y con ella volvió á sus filas la victoria (4). El culto de María floreció largo tiempo en los tres reinos del Norte; y el gran número de catedrales, de monasterios y de ermitas que le fueron dedicadas lo acredita. Cuando el viento abrasador de la reforma marchitó la celeste flor del catolicismo, este culto se mantuvo aun en secreto, y cincuenta años despues de Lutero, se veía todavía venerar á la Virgen Santísima en la capilla subterránea de Upsala (5). Mas terminó esta hermosa devoción, en aquellas regiones hiperbóreas, como había comenzado en Roma en el seno de las catacumbas.

La Prusia y todo el litoral del mar Báltico, recibió la luz del Evangelio bajo la influencia de la divina María. Los hermanos hospitalarios de la Santísima Virgen, conocidos con el nombre de caballeros teutónicos, civilizaron estas regiones, cuyas principales deidades eran [Pokus] el infierno, y [Perkonas] el dios del rayo.

Entre las naciones de origen slavo que sustituyeron el cristianismo á sus ritos sangrientos, y pusieron sus costumbres bajo la influencia de María,

1 La religión de los escandinavos se había corrompido enteramente; no consistía ya mas en el culto de un Dios supremo; las inteligencias que habían emanado de ella, no estaban ya bajo de su influencia. [Mallet, *Hist. de Dinamarca*].

2 *Ibid.*

3 *Cronica livoniense*, pág. 122.

4 Mallet, que critica esta leyenda, confiesa sin embargo que ningún historiador danés esplica de una manera satisfactoria el origen de esta bandera; pero conviene en la verdad del prodigio.

5 Mr. Marnier, *Carta á Mr. Salvandy*.

ningun pueblo la honró y veneró con tanta devoción como los húngaros.

Hacia principios del siglo XI, San Estéban, primer rey católico de la Hungría, en acción de gracias de una victoria obtenida sobre el príncipe de Transilvania, fundó la Iglesia de Nuestra Señora de Alba Real. Esta hermosa basilica slava no cedía en magnificencia á las mas suntuosas basílicas del Oriente. Sus muros adornados de soberbias esculturas, su pavimento de mármol, sus altares con labores de oro é incrustados de piedras preciosas, sus vasos de plata, de oro y de ágata, eran de maravillosa apariencia. Sobre el altar de la Virgen había algunos pebeteros de plata, en donde dos ancianos, contemporáneos de las expediciones de Attila, quemaban los perfumes mas raros del Asia.

Estas magnificencias no parecieron todavía suficientes al príncipe húngaro: este descendiente del temible guerrero que llevó el nombre de *Azote de Dios*, quiso que su cetro real se enlazase al de la Virgen, y la declaró soberana de sus Estados. Así pues, cada vez que en toda la extensión de aquel vasto reino, se pronunciaba el nombre de María, no había un húngaro, por noble que fuese, que no doblase una rodilla en tierra, como un vasallo ante su Señora, y que no se inclinase con muestra de profundo respeto (6). En el recinto fortificado de los castillos, veíanse pequeñas capillas alumbradas por varias lámparas de bronce ó de plata maciza, que noche y día ardían ante la imagen soberana de María. Hasta en los campos de batalla llevaban su imagen los príncipes palatinos, y bajo de sus tiendas le formaban un oratorio.

El culto de María no fué recibido con menos entusiasmo en las orillas del Vistula. Desde el día en que Dumbrowka, la hermosa princesa de Bohemia convirtió el rey Miecislav y le hizo romper los ídolos que sus padres habían levantado á Pagoda, [el aire tranquilo], á Poehwist [el cielo nebuloso] y á las demas divinidades del abismo, los polacos, esencialmente ya católicos, edificaron con piadosa emulación numerosas capillas á la Madre de Dios. Las banderas paganas ganadas en veinte campos de batalla, fueron los únicos adornos de estas iglesias, ocultas bajo los pinos siempre verdes de las selvas slavas; y cuando al celebrar la misa el sacerdote de Jesucristo leía el Evangelio á estos héroes del Norte, arrodillados delante de un altar tan pobre como el pesebre de sauce del Salvador, se les veía sacar la espada hasta la mitad de la vaina en señal de protección y defensa (7). No era esta una simple fórmula ni una vana demostración: la Polonia fué largo tiempo el baluarte de la cristiandad; sin Juan Sobieski, tal vez la media luna habría dominado sobre las torres de todas las ciudades que se extienden al otro lado del Rhin.

La Polonia se consagró desde muy temprano á la Santísima Virgen: María era solememente invocada bajo el título de *Reina de Polonia*, desde mucho antes que Juan Casimiro renovase esta con-

6 Bonifacius, *Hist. Virg.*, lib. 2, cap. II.

7 Esta costumbre se remonta hasta Miecislav, que fué el primer rey de Polonia. [Hist. de Polonia, por M. L. S., tom. I, pág. 43].

sagración. Cada vez que los polacos se preparaban á marchar contra los tártaros, era la bandera de María la que dirigía y conducía sus falanjes belicosas (1), el grito, dos veces repetido, de *Jesús!* era el grito de guerra; un cántico á la Virgen, el himno del combate (2).

CAPITULO IX.

LA CABALLERIA.

El imperio gigantesco de Carlo-Magno había desaparecido cual una hermosa fantasma; el último de los carlovingianos había sido despojado de su reino, reducido cuasi á la nada por las imprudentes liberalidades de sus padres; y los duques de Paris, despues de haberse probado dos veces el manto real, concluyeron por apoderarse de él. Los condes de Paris, antes de reunir aquella corona empobrecida á su hermoso fendo, habían dado ya brillantes pruebas de su devoción á la Santísima Virgen. Cuando aquella desconocida y terrible epidemia, que se llamó *fuego ardiente*, llegó á la isla de Francia despues de haber asolado el mediodía del reino, Hugo el Grande, mantuvo á espensas suyas á todos los pobres peregrinos que venían á Nuestra Señora de Paris á implorar y pedir la salud, cuya gracia obtuvieron (3). Hugo Capeto fundador de la tercera dinastía, profesaba una sincera devoción á María; y Adelaida de Aquitania, su piadosa consorte, colmó de dones á la hermosa abadía de Nuestra Señora de Argenteuil, que desde entonces poseía la santa reliquia que aún hoy se espone á la veneración de los fieles. Roberto, que llamaba á María la *Estrella de su reino*, hizo construir en honor suyo varios monasterios en Poissy, en Melun en Estampés y en Orleans, como nos lo refiere Helgeaud. La iglesia de Orleans recibió el nombre de *Nuestra Señora de la Buena Nueva*, y fué construida en el mismo lugar donde Roberto, que entonces no era mas que heredero presuntivo de la corona, recibió la noticia de que su padre Hugo Capeto, había escapado á la muerte. ¡Digno hijo de un rey!

Bajo el reinado de Felipe I, nieto de Roberto, príncipe que se mostró mas dispuesto á saquear la Iglesia que á enriquecerla, hubo un notable acontecimiento que dió por vasallos á los reyes de Francia los reyes de Inglaterra. Guillermo el Bastardo, hijo del duque Roberto el Magnífico, que murió en su peregrinación á la Tierra Santa, en una sola ba-

1 La Virgen María fué proclamada reina de Polonia; siempre que se armaban contra los tártaros, su imagen decoraba el estandarte nacional. [La Polonia histórica y literaria, tom. I, pág. 396].

2 Desde el siglo décimo, vemos á San Adalberto, obispo de Gnezno, componer cantos sagrados para las tropas polacas que combatían á los pomeranos y á los prusianos paganos. Un himno de San Adalberto, *Boga-Rodzica* (Madre de Dios), ha sido por mucho tiempo el canto de guerra de los polacos. (Alb. Scowinski, *ojeada histórica sobre la música religiosa y popular de Polonia*).

3 Felibiano, *Hist. de Paris*, tom. I.

talla conquistó la Inglaterra y estableció allí la dominación normanda. Guillermo, lo mismo que su padre, tenía en mucha reverencia á la Virgen María: este valiente conquistador tan hábil político que con solo una mirada hacia temblar la Inglaterra de un extremo á otro, no bien se sentía atacado de alguna enfermedad, juntaba sus belicosas manos para encomendarse á la Virgen Santísima. Habiendo caído enfermo en el castillo de *Cherbourg*, pequeña ciudad defendida por buenos fosos y algunas torres redondas que el Océano bañaba con sus verdiosas olas, hizo voto de erigir una capilla á la Virgen, si por su intercesión obtenía prontamente el alivio; sanó en efecto, y cumplió religiosamente su voto. A espensas suyas se reedificó la soberbia abadía de Jumiéges, en la cual, el clero se encontraba la ciencia y el pobre el pan de su subsistencia, con solo la condición de que su iglesia, que por la reina Batilde había sido dedicada á San Pablo, se pusiese bajo la invocación de la Madre de Dios. El día 1.º de Julio del año de gracia 1068, asistió en persona, con la duquesa Matilde y todos los nobles normandos, á la dedicación de esta iglesia; y algunos años despues pasó el mar para partir, á invitación del obispo Felipe de Harcourt, con sus dos hijos Guillermo y Roberto, Lanfranc, arzobispo de Cantorbery, y Tomás, arzobispo de York, á la dedicación de Nuestra Señora de Bayeux, que había sido reedificada por dicho obispo. Sin duda fué en esta ceremonia cuando la duquesa Matilde donó á Nuestra Señora de Bayeux aquella célebre tapicería histórica, en la cual con su paciente aguja había representado la conquista de la Inglaterra. Según un inventario del tesoro de Nuestra Señora de Bayeux hecho en 1476, esta tela con bordados é inscripciones estaba tendida alrededor de la nave de la Iglesia el día y por las octavas de las reliquias (4).

Esta bella y piadosa princesa, cuya memoria estaba en tan alta veneración, que la esposa sajona de su hijo Enrique I de Inglaterra, cambió su lindo nombre de Edith por el de Matilde á fin de agradar á la nobleza normanda, ha dejado á mas de esta tapicería, otros muchos testimonios de su devoción á la Virgen María.

Un día, hacia fines del mes de Octubre, la princesa con sus dos hijos y algunas damas de su corte, se paseaba en una de esas hermosas praderas de Normandía, cuya yerba se asemeja á una inmensa alfombra de terciopelo bordada de flores, cuando un correo del rey Guillermo que galopaba á toda brida en dirección á Ruan, detiene su fogoso caballo, y al aperebirla, se lanza de un salto en el suelo. "¿Qué nuevas hay de mi señor y del ejército normando? preguntó Matilde pálida de emoción. . . . ¿la batalla? Está ganada, noble señora, respondió el correo doblando la rodilla y presentando á la jó-

4 Esta preciosa tapicería, contemporánea de la conquista de Inglaterra, se quedó desconocida durante seis siglos. Espuesta solamente ciertos días del año en la nave de la catedral, la tradición le había dado el nombre de *el tocador del duque Guillermo*. Fue el P. Monfaucou que llegó á descubrir que estaba en Bayeux, y que enriqueció sus monumentos de la monarquía francesa con los dibujos de esta tapicería, hasta entonces tan poco conocida.

muy sensible renegar de aquellas hermosas hadas del Norte que, según se creía, se introducían invisiblemente en la cabaña del labrador, ó en la fortaleza del *jarl* [conde], y tras de cuyos pasos entraba la felicidad. Estas supersticiones igualmente queridas de los grandes y del pueblo (1), no se hubieran desterrado de aquel reino sin la Santísima Virgen, que vino á ser la protectora de las cabañas y de los palacios. La influencia de la reina del cielo sobre la conversión de los escandinavos se prueba por un hecho que nadie niega, y es que el cristianismo debió sus progresos en aquellos pueblos á las madres de familia, quienes despues conquistaron á él á los guerreros (2).

Los primeros reyes cristianos de Dinamarca fueron fervorosos devotos de María. San Canuto, duque de Schleswig, le dedicó tres magníficas iglesias; Valdemar II hizo colocar su santa imagen sobre su escudo embutido de oro, y sabiendo que los rusos, ligados con los estonios, amenazaban la Iglesia naciente de Riga, se empeñó de una manera solemne en pasar el año siguiente en Esthonia, tanto por el honor de la Santísima Virgen, como por la remisión de sus pecados (3). En aquella guerra comenzada bajo los auspicios de María, fué cuando los daneses, sorprendidos en su campo, perdieron su bandera nacional. Cuando ya sucumbían ante los paganos, la Santísima Virgen, á quien piadosamente habían invocado antes de entrar á Esthonia, les dió, según dicen los cronistas de la época, muestra patente de su poderosa protección: una bandera roja con una cruz blanca cayó del cielo, y con ella volvió á sus filas la victoria (4). El culto de María floreció largo tiempo en los tres reinos del Norte; y el gran número de catedrales, de monasterios y de ermitas que le fueron dedicadas lo acredita. Cuando el viento abrasador de la reforma marchitó la celeste flor del catolicismo, este culto se mantuvo aun en secreto, y cincuenta años despues de Lutero, se veía todavía venerar á la Virgen Santísima en la capilla subterránea de Upsala (5). Mas terminó esta hermosa devoción, en aquellas regiones hiperbóreas, como había comenzado en Roma en el seno de las catacumbas.

La Prusia y todo el litoral del mar Báltico, recibió la luz del Evangelio bajo la influencia de la divina María. Los hermanos hospitalarios de la Santísima Virgen, conocidos con el nombre de caballeros teutónicos, civilizaron estas regiones, cuyas principales deidades eran [Pokus] el infierno, y [Perkonas] el dios del rayo.

Entre las naciones de origen slavo que sustituyeron el cristianismo á sus ritos sangrientos, y pusieron sus costumbres bajo la influencia de María,

1 La religión de los escandinavos se había corrompido enteramente; no consistía ya mas en el culto de un Dios supremo; las inteligencias que habían emanado de ella, no estaban ya bajo de su influencia. [Mallet, *Hist. de Dinamarca*].

2 *Ibid.*

3 *Cronica livoniense*, pág. 122.

4 Mallet, que critica esta leyenda, confiesa sin embargo que ningún historiador danés esplica de una manera satisfactoria el origen de esta bandera; pero conviene en la verdad del prodigio.

5 Mr. Marnier, *Carta á Mr. Salvandy*.

ningun pueblo la honró y veneró con tanta devoción como los húngaros.

Hacia principios del siglo XI, San Estéban, primer rey católico de la Hungría, en acción de gracias de una victoria obtenida sobre el príncipe de Transilvania, fundó la Iglesia de Nuestra Señora de Alba Real. Esta hermosa basilica slava no cedía en magnificencia á las mas suntuosas basílicas del Oriente. Sus muros adornados de soberbias esculturas, su pavimento de mármol, sus altares con labores de oro é incrustados de piedras preciosas, sus vasos de plata, de oro y de ágata, eran de maravillosa apariencia. Sobre el altar de la Virgen había algunos pebeteros de plata, en donde dos ancianos, contemporáneos de las expediciones de Attila, quemaban los perfumes mas raros del Asia.

Estas magnificencias no parecieron todavía suficientes al príncipe húngaro: este descendiente del temible guerrero que llevó el nombre de *Azote de Dios*, quiso que su cetro real se enlazase al de la Virgen, y la declaró soberana de sus Estados. Así pues, cada vez que en toda la extensión de aquel vasto reino, se pronunciaba el nombre de María, no había un húngaro, por noble que fuese, que no doblase una rodilla en tierra, como un vasallo ante su Señora, y que no se inclinase con muestra de profundo respeto (6). En el recinto fortificado de los castillos, veíanse pequeñas capillas alumbradas por varias lámparas de bronce ó de plata maciza, que noche y día ardían ante la imagen soberana de María. Hasta en los campos de batalla llevaban su imagen los príncipes palatinos, y bajo de sus tiendas le formaban un oratorio.

El culto de María no fué recibido con menos entusiasmo en las orillas del Vistula. Desde el día en que Dumbrowka, la hermosa princesa de Bohemia convirtió el rey Miecislav y le hizo romper los ídolos que sus padres habían levantado á Pagoda, [el aire tranquilo], á Poehwist [el cielo nebuloso] y á las demas divinidades del abismo, los polacos, esencialmente ya católicos, edificaron con piadosa emulación numerosas capillas á la Madre de Dios. Las banderas paganas ganadas en veinte campos de batalla, fueron los únicos adornos de estas iglesias, ocultas bajo los pinos siempre verdes de las selvas slavas; y cuando al celebrar la misa el sacerdote de Jesucristo leía el Evangelio á estos héroes del Norte, arrodillados delante de un altar tan pobre como el pesebre de sauce del Salvador, se les veía sacar la espada hasta la mitad de la vaina en señal de protección y defensa (7). No era esta una simple fórmula ni una vana demostración: la Polonia fué largo tiempo el baluarte de la cristiandad; sin Juan Sobieski, tal vez la media luna habría dominado sobre las torres de todas las ciudades que se extienden al otro lado del Rhin.

La Polonia se consagró desde muy temprano á la Santísima Virgen: María era solememente invocada bajo el título de *Reina de Polonia*, desde mucho antes que Juan Casimiro renovase esta con-

6 Bonifacius, *Hist. Virg.*, lib. 2, cap. II.

7 Esta costumbre se remonta hasta Miecislav, que fué el primer rey de Polonia. [Hist. de Polonia, por M. L. S., tom. I, pág. 43].

sagración. Cada vez que los polacos se preparaban á marchar contra los tártaros, era la bandera de María la que dirigía y conducía sus falanjes belicosas (1), el grito, dos veces repetido, de *Jesús!* era el grito de guerra; un cántico á la Virgen, el himno del combate (2).

CAPITULO IX.

LA CABALLERIA.

El imperio gigantesco de Carlo-Magno había desaparecido cual una hermosa fantasma; el último de los carlovingianos había sido despojado de su reino, reducido cuasi á la nada por las imprudentes liberalidades de sus padres; y los duques de Paris, despues de haberse probado dos veces el manto real, concluyeron por apoderarse de él. Los condes de Paris, antes de reunir aquella corona empobrecida á su hermoso fendo, habían dado ya brillantes pruebas de su devoción á la Santísima Virgen. Cuando aquella desconocida y terrible epidemia, que se llamó *fuego ardiente*, llegó á la isla de Francia despues de haber asolado el mediodía del reino, Hugo el Grande, mantuvo á espensas suyas á todos los pobres peregrinos que venían á Nuestra Señora de Paris á implorar y pedir la salud, cuya gracia obtuvieron (3). Hugo Capeto fundador de la tercera dinastía, profesaba una sincera devoción á María; y Adelaida de Aquitania, su piadosa consorte, colmó de dones á la hermosa abadía de Nuestra Señora de Argenteuil, que desde entonces poseía la santa reliquia que aún hoy se espone á la veneración de los fieles. Roberto, que llamaba á María la *Estrella de su reino*, hizo construir en honor suyo varios monasterios en Poissy, en Melun en Estampés y en Orleans, como nos lo refiere Helgeaud. La iglesia de Orleans recibió el nombre de *Nuestra Señora de la Buena Nueva*, y fué construida en el mismo lugar donde Roberto, que entonces no era mas que heredero presuntivo de la corona, recibió la noticia de que su padre Hugo Capeto, había escapado á la muerte. ¡Digno hijo de un rey!

Bajo el reinado de Felipe I, nieto de Roberto, príncipe que se mostró mas dispuesto á saquear la Iglesia que á enriquecerla, hubo un notable acontecimiento que dió por vasallos á los reyes de Francia los reyes de Inglaterra. Guillermo el Bastardo, hijo del duque Roberto el Magnífico, que murió en su peregrinación á la Tierra Santa, en una sola ba-

talla conquistó la Inglaterra y estableció allí la dominación normanda. Guillermo, lo mismo que su padre, tenía en mucha reverencia á la Virgen María: este valiente conquistador tan hábil político que con solo una mirada hacia temblar la Inglaterra de un extremo á otro, no bien se sentía atacado de alguna enfermedad, juntaba sus belicosas manos para encomendarse á la Virgen Santísima. Habiendo caído enfermo en el castillo de *Cherbourg*, pequeña ciudad defendida por buenos fosos y algunas torres redondas que el Océano bañaba con sus verdiosas olas, hizo voto de erigir una capilla á la Virgen, si por su intercesión obtenía prontamente el alivio; sanó en efecto, y cumplió religiosamente su voto. A espensas suyas se reedificó la soberbia abadía de Jumiéges, en la cual, el clero se encontraba la ciencia y el pobre el pan de su subsistencia, con solo la condición de que su iglesia, que por la reina Batilde había sido dedicada á San Pablo, se pusiese bajo la invocación de la Madre de Dios. El día 1.º de Julio del año de gracia 1068, asistió en persona, con la duquesa Matilde y todos los nobles normandos, á la dedicación de esta iglesia; y algunos años despues pasó el mar para partir, á invitación del obispo Felipe de Harcourt, con sus dos hijos Guillermo y Roberto, Lanfranc, arzobispo de Cantorbery, y Tomás, arzobispo de York, á la dedicación de Nuestra Señora de Bayeux, que había sido reedificada por dicho obispo. Sin duda fué en esta ceremonia cuando la duquesa Matilde donó á Nuestra Señora de Bayeux aquella célebre tapicería histórica, en la cual con su paciente aguja había representado la conquista de la Inglaterra. Según un inventario del tesoro de Nuestra Señora de Bayeux hecho en 1476, esta tela con bordados é inscripciones estaba tendida alrededor de la nave de la Iglesia el día y por las octavas de las reliquias (4).

Esta bella y piadosa princesa, cuya memoria estaba en tan alta veneración, que la esposa sajona de su hijo Enrique I de Inglaterra, cambió su lindo nombre de Edith por el de Matilde á fin de agradar á la nobleza normanda, ha dejado á mas de esta tapicería, otros muchos testimonios de su devoción á la Virgen María.

Un día, hacia fines del mes de Octubre, la princesa con sus dos hijos y algunas damas de su corte, se paseaba en una de esas hermosas praderas de Normandía, cuya yerba se asemeja á una inmensa alfombra de terciopelo bordada de flores, cuando un correo del rey Guillermo que galopaba á toda brida en dirección á Ruan, detiene su fogoso caballo, y al aperebirla, se lanza de un salto en el suelo. "¿Qué nuevas hay de mi señor y del ejército normando? preguntó Matilde pálida de emoción... ¿la batalla? Está ganada, noble señora, respondió el correo doblando la rodilla y presentando á la jó-

1 La Virgen María fué proclamada reina de Polonia; siempre que se armaban contra los tártaros, su imagen decoraba el estandarte nacional. [La Polonia histórica y literaria, tom. I, pág. 396].

2 Desde el siglo décimo, vemos á San Adalberto, obispo de Gnezno, componer cantos sagrados para las tropas polacas que combatían á los pomeranos y á los prusianos paganos. Un himno de San Adalberto, *Boga-Rodzica* (Madre de Dios), ha sido por mucho tiempo el canto de guerra de los polacos. (Alb. Scowinski, *ojeada histórica sobre la música religiosa y popular de Polonia*).

3 Felibiano, *Hist. de Paris*, tom. I.

4 Esta preciosa tapicería, contemporánea de la conquista de Inglaterra, se quedó desconocida durante seis siglos. Espuesta solamente ciertos días del año en la nave de la catedral, la tradición le había dado el nombre de *el tocador del duque Guillermo*. Fue el P. Monfaucou que llegó á descubrir que estaba en Bayeux, y que enriqueció sus monumentos de la monarquía francesa con los dibujos de esta tapicería, hasta entonces tan poco conocida.

ven duquesa cuya mano trémula se extendía hacia él, la misiva con el sello pendiente que confirmaba la verdad de sus palabras; el perjurio Haroldo ha quedado vencido; su cuerpo que no debió tener otra sepultura que las arenas de las riberas que tan injustamente nos defraudaba, descansa en el coro de la abadía sajona de Waltham; la Inglaterra es vasalla de Normandía." La princesa normanda se santiguó de gozo é hizo luego el voto de levantar en aquel mismo sitio donde se hallaba, una iglesia conmemorativa de aquel hecho de armas, y por el buen éxito de la expedición de Guillermo y de sus caballeros, poniéndole por nombre Nuestra Señora del Prado, que después fué llamada Nuestra Señora de Buena Nueva. La comenzó en efecto algunos años después, y su hijo Enrique I, después de haberla hecho concluir, la *dotó* magníficamente (1).

En su última guerra contra la Francia, Guillermo el Conquistador entregó la ciudad de Nantes á las llamas, pero al consumir la iglesia de Nuestra Señora, estas llamas arrojaron resplandores tan horrendos que el caballo del rey retrocedió encabritándose y arrojó en tierra al jinete herido de muerte. Atribuyendo el accidente fatal que le privaba de la vida al incendio de la hermosa iglesia de María, legó en su testamento una suma considerable para que se reedificase. Transportado á una abadía vecina de Ruan el Conquistador, fué despertado al amanecer del día 9 de 1087, por el tañido de una campana matinal. "¿Qué es esto? preguntó levantando apenas su cabeza debilitada, pero resplandeciente aún de esa belleza marcial que los mismos cronistas sajones que mas lo temían que lo amaban, no pudieron nunca negarle." Son las campanas de la iglesia de Santa María, que llaman á primas, le respondieron: "¿Señora Santa María, dijo entonces el héroe levantando las manos al cielo, os encomiendo mi alma; quiera Dios podais reconciliarme con vuestro hijo Monseñor Jesus!" Concluida que fué esta corta deprecación espiró.

Enrique I, su hijo, que habia usurpado la corona de su hermano mayor Roberto, á quien hizo sacar los ojos; el mismo cuya devoción era problemática, aunque mucho blasonaba de ella, hizo fundaciones magníficas en Inglaterra, en donde introdujo la arquitectura normanda, lo cual no impidió sin embargo, que incendiase varias iglesias en Normandía. El quemó en 1120, cuya fecha es de notar, la catedral de Lisieux con la ciudad misma; esta antigua catedral que se remontaba á los primeros siglos del cristianismo, y que, como la mayor parte de las iglesias de Normandía, estaba dedicada á la Virgen. El castigo de este sacrilego incendio no se hizo esperar mucho tiempo; á fines del mismo año, con un mar tranquilo y apacible en el cual se reflejaba la brillante sombra de la luna, la nave que llevaba al único hijo de En-

1 "En tiempo del arzobispo Godofredo, el rey Enrique, primero de este nombre, rey de Inglaterra, hizo construir el priorato del Prá nombrado *Nuestra Señora de Buena Noticia* *lez Rouen*, que su difunta madre Matilde habia empezado con el puente de Rouen. [Antig. de la ciudad de Rouen, pág. 136.]

rique, el príncipe Guillermo de Inglaterra y otros dos hijos un poco menos legítimos, naufragó en la rada de Gatteville, cerca de Harfleur. Desde ese día nadie vió sonreír ni una vez al rey Enrique.

La emperatriz Matilde, hija de este monarca, tuvo una señalada prueba de la protección de María y de su poder sobre los elementos. Durante la guerra que hacia á Estéban de Blois, se vió precisada á embarcarse en Normandía con un tiempo inseguro que tornóse muy presto en borrascoso, hacia los mismos peligrosos parajes en donde algunos años antes pereció su hermano con la mitad de la corte de Inglaterra. Era una tempestad de aquellas que solo se ven en el Océano embravecido. El horizonte se cubrió de un vasto velo negro que subía del mar al cielo, cual una colgadura fúnebre: las olas, tan grandes como las montañas y cargadas de algas de un verde blanquizo se inflaban con sombría lentitud, y venían á estrellarse con estrépito contra los costados de la nave real que levantaban á una inmensa altura para después precipitarla en los hondos abismos donde desaparecía enteramente. Los marineros al ejecutar las maniobras sacudían tristemente la cabeza, en tanto que los señores ingleses se santiguaban de temor y se encomendaban á Dios, á la Santísima Virgen y á San Jorge, patron de la nobleza. Matilde estaba en pie sobre la cubierta y su rostro sereno, aunque pálido no desmentía la fuerte raza de sus abuelos. "Tened buena esperanza, señores, dijo volviéndose hacia sus nobles fieles, Nuestra Señora es buena y poderosa, y nos salvará; desde el momento en que se descubra la costa quiero entonar un cántico en acción de gracias; y hago voto de hacerle construir una abadía en el punto mismo donde desembarquemos." Apenas la princesa anglo-normanda hubo acabado de pronunciar su voto, cuando las olas se apaciguaron, el viento se calma y la nave como una gaviota se desliza sobre las aguas. A poco se distingue en el horizonte un punto negro en el espacio azul que abrian las nubes despedazadas y que se aumenta progresivamente: es una montaña de mediana altura cuya desnuda cima está coronada de una ermita: un extenso bosque se estiende en el último término del cuadro: entonces la voz ronca y estridente del vigía dejó caer de lo alto del palo mayor estas palabras esperadas con tanta impaciencia: *Cante reyne? bechi terre* (Cantad, ¡oh reina! he ahí la tierra); y la hija de Enrique I con una voz suave y solemne entonó un cántico á la Virgen, que los barones ingleses, repitieron gozosamente con las manos juntas y la cabeza descubierta.

La nave milagrosamente libertada del naufragio; echaba el áncora pocas horas después en la pequeña bahía de Equeurdreville en la Baja Normandía. El primer cuidado de la princesa al desembarcar, fué señalar el sitio de su monasterio, al cual llamó la Abadía del Voto, y antes de dejar aquel paraje, colocó ella misma la primera piedra.

No duraron, sin embargo, los días de la princesa para alcanzar á ver la conclusion de la Iglesia.

de la Abadía del Voto; á su hijo Enrique II rey de Inglaterra, fué á quien tocó inaugurarlas. En la necronología de este monasterio se lee lo siguiente. "El cuatro de los idus de Setiembre murió la emperatriz Matilde, fundadora de esta Abadía; debe decirse por ella un *Libera como por un Canónigo*."

En nuestro siglo tan tibio para todo lo que se refiere á Dios y á sus santos, se ven á veces con risa y desprecio estos votos hechos á Nuestra Señora durante una tempestad; pero debe tenerse presente que el mas incrédulo cree en *alguna cosa* cuando se halla en una barca espuesta á perecer en las olas; y el mismo Mr. de Volney es una prueba de ello. Paseándose un día en el mar con algunos amigos, á lo largo de las costas de Baltimore, se levantó un viento furioso, y el pequeño bote americano, que llevaba la flor de los incrédulos de ambos mundos, se vió veinte veces espuesto á zozobrar. Cada uno de los que se hallaban embarcados se habian puesto ya en oración y el autor de las *Ruinas* habia hecho lo mismo. Cuando se hubo calmado la tormenta, uno de los que habia visto á M. de Volney servirse de un rosario y recitar *Ave Marias* con edificante devoción durante el peligro: "¿Mi querido señor, le dijo con maliciosa naturalidad acercándose, ¿a quien dirigiais vuestras oraciones hace un momento?" —En el gabinete bien se puede ser filósofo, respondió Volney un poco confuso por la ocurrencia, pero en una tempestad deja uno de serlo.

La emperatriz Matilde quiso que sus restos mortales fuesen inhumados en Santa María del Pico, la mas célebre de las Abadías normandas de la Virgen. Su hijo Enrique que no era entonces sino duque de Anjou y de Normandía, le hizo construir un sepulcro que cubrió de planchas de plata. Siendo rey de Inglaterra siguió protegiendo y honrando, en reverencia de María y de su Madre, á aquella Abadía reedificada en parte á espensas suyas. En 1178 fué consagrada de nuevo por Rotrou, obispo de Ruan, á cuya ceremonia asistieron Enrique II y su hijo Enrique Court-Mantel.

Ricardo Corazon de Leon, hijo y sucesor de Enrique II, antes de su partida para la cruzada, hizo construir á Nuestra Señora de Buen Puerto en la diócesis de Evreux, y asistió con su brillante nobleza á la dedicación de este monasterio, que tuvo lugar en el año 1190 (1). Cercano ya al término de su vida aventurera, cuando herido de muerte por una flecha en el sitio sin gloria de un castillo fuerte, dictaba su última voluntad, ordenó en su testamento que su corazon fuese llevado á Nuestra Señora de Rouen, *por la ferviente devoción que á este lugar tenia*, y aquel corazon el mas valiente quizá que haya latido bajo la coraza de aquel caballero, fué honestamente colocado al lado del Corazon, cerca de la Sacristía, en una urna de plata, la cual fué tomada después para el rescate de San Luis rey de Francia, que estaba prisionero con los Sarracenos, y en el mismo lugar se hizo otra de piedra (2).

1 Gallia Christiana, tom. 4.
2 Antiquedades de la ciudad de Rouen, pág. 137

Este valiente campeón de la Cruz que habia arrebatao á los Sarracenos sus principales ciudades, cuyo nombre no pronunciaban ellos sin dejar de añadir esta exclamación: ¡Maldito sea! quiso ser enterrado cerca de su padre en Nuestra Señora de Frontevault. Berenguela de Navarra, su esposa, igualmente descansa al lado de él: sus estatuas pintadas y doradas fueron acostadas sobre sus sepulcros de piedra. Berenguela en medio de sus adornos reales, lleva al lado del corazon un relicario cuadrado, sobre el cual se vé á la Virgen Santísima rodeada de muchos cirios. Algunos años después la célebre Eleonor de Aquitania, madre del rey Ricardo, vino á encerrarse en este monasterio y abadía; reunió su tumba á estas tumbas reales colocadas bajo la bóveda gótica de la hermosa iglesia abadial de Nuestra Señora.

Juan Sin Tierra muerto de una indigestion en una abadía sajona (3), fué á pedimento suyo, enterrado en la hermosa catedral anglo-normanda de Nuestra Señora de Worcester; pero si debemos dar crédito á los antiguos cronistas, el cuerpo de este príncipe cobarde y cruel, que habia tenido sus manos en la sangre inocente de Arturo de Bretaña su rey legítimo, y cometido la villanía de hacerse turco para granjearse la alianza de los moros de España, no profanó mucho tiempo la mansión sagrada de María. Cuentan que en esta tumba deshonrada, se oían por el día y por la noche ruidos extraños, blasfemias horrosas, carcajadas y otras cosas terribles..... lo cual dió lugar á que los monges de Worcester desenterrasen secretamente el cuerpo este príncipe condenado, y lo arrojasen fuera de aquella tierra consagrada.

Los Plantagenets se distinguieron por su devoción á la Virgen, y cubrieron la Inglaterra de esas hermosas Iglesias góticas que aun existen en todos sus condados, y que son el mas hermoso florón de su corona arqueológica: Nuestra Señora de York, á quien por la sencillez llena de belleza de su arquitectura aerea, la han comparado á una nave sin velas: Nuestra Señora de Salisbury, otro diamante labrado con el mas noble estilo, que se cubria de colgaduras de Flandes y se llenaba de luces en las fiestas solemnes de María; Nuestra Señora de Wetminster donde estaba, segun dice Froissard, una Imágen de la Santísima Virgen, en quien los reyes ingleses tenían, *grande creencia*, y que hacia *muchos bellos milagros*; la soberbia abadía gótica de Walsingham, peregrinacion favorita de Eduardo I y de su corte caballeresca; la hermosa catedral de Wils, cuya capilla de la Virgen es, segun los inteligentes, la perla de los monumentos góticos de la Gran Bretaña, existen allí todavía, para dar testimonio de la piedad de estos príncipes hacia la madre de Nuestro Señor.

Los anglo-sajones, que componian las clases pobres, los comerciantes y la clase media de Inglaterra, no eran menos devotos á la Virgen que los príncipes del continente, que los gobernaban por

3 Segun la crónica sajona, el rey Juan murió de una indigestion de priscos y de cerveza que tuvo en un convento de Bernardinos, en Swineshead.

derecho de conquista. En divergencia de opiniones con sus vencedores sobre casi todos los demás puntos, estaban de acuerdo sobre el más interesante, el de religión; así es que los dos pueblos unidos iban con bordon en mano, en romería á Nuestra Señora de Radecliff, hermosa abadía antigua llena de monumentos sajones, y á Nuestra Señora de Worcester, en donde lady Warwick, la esposa del *hacedor de reyes*, ofrecía suntuosos vestidos para el uso de la Virgen Santísima, después de haber rogado, ya por la *rosa encarnada*, ó ya por la *rosa blanca*, según el partido, que alternativamente, era protegido por su valiente esposo (1).

El ayuno del sábado en honor de la Santísima Virgen, era observado escrupulosamente por el pueblo inglés en tiempo de Guillermo el Rojo.

Chenta San Anselmo, prelado normando, que en una hermosa mañana un célebre ladrón, sajón sin duda, puesto que sin más rodeos le da el santo ese título, penetró en la habitación de una pobre viuda para robarla; mas no hallando sin duda cosa que fuese de su agrado en esta indigente morada, el bandido se sentó en el único banco que había en la sala oscura en donde la viuda estaba hilando, y le dijo con un aire gracioso, que remedaba bastante el de un noble normando: y bien, comadre; habeis almorzado ya?—Yo, noble señor, respondió la pobre mujer dejando de dar vuelta entre sus dedos al huso de fresno; Dios me libre, no es hoy sábado? Yo ayuno todos los sábados del año.—Todos los sábados! y por qué? pregunte el ladrón atónito al oírlo.—Como por qué? en honor de la Virgen Santísima. ¿Acaso ignoráis que es el medio de obtener nos conceda el no morir sin confesión?—Ah! dijo el ladrón, me place el saberlo, y de hoy en adelante, hago voto de ayunar también. Cumplió su promesa, y la Santísima Virgen por su parte no lo abandonó á la hora de la muerte. Herido gravemente en una peligrosa expedición, le prolongó milagrosamente la vida para dejarle el tiempo de reconciliarse con Dios.

San Anselmo nos refiere también que los atrevidos y orgullosos barones normandos honraban piadosamente á la Virgen María sin dejar por eso de oprimir con su poder á los vencidos de Hatings. Uno de ellos muy noble señor, tenía en su servicio una compañía de bribones siempre dispuestos á hacer el mal; y por intendente un diablo encarnado que lo persuadía sin cesar, ya que *ultrajase á este*; ya que *robase á aquel*; ya, en fin, que *matase á aquel otro*, de tal modo que no se pasaba un solo día sin que se marcara con algun horrible atentado. En medio de esta vida criminal, tenía la devoción de venerar á María rezándole á mañana y noche *siete ave marías* acompañadas de *siete genuflexiones profundas*, lo cual impidió que su infernal intendente le ahogase como era su designio, y le valió al fin la gracia de una sincera conversión (2).

1 El uso de vestir las estatuas de la Santísima Virgen, que aun subsiste en Francia, en España y en Italia, ha existido también en Inglaterra. La condesa de Warwick ofrecía frecuentemente sus vestidos y sus velos más ricos á Nuestra Señora de Worcester, y se ve en la historia de Irlanda de Leiland, que esas estatuas tenían en los dedos sortijas de mucho precio.

2 San Anselmo, en su libro de los milagros de Nuestra Señora.

Los bandidos sajones (outlaws); en el fondo de las selvas donde se habían refugiado y llegado á ser los más hábiles arqueros de Inglaterra para escapar de la pena capital que las leyes normandas imponían al delito de caza, echaban menos una sola cosa, y era poder ir á rezar al pie del altar de María, cuando el sonido de las campanas de algun antiguo monasterio sajón llegaba hasta los verdes bosques, donde cantaba alegremente la alondra y corrían libres y sin temor alguno los corzos del rey (3). Aquellas antiguas baladas inglesas que se cree obtienen ahora á muy buen precio pagándolas á peso de oro, dice un célebre anticuario inglés, nos muestra á Robin Hood, el rey de los bosques que, después de encomendarse á María, arriesga su cabeza por solo ir á rezar sus devociones en el monasterio, cuyas campanas parecían llamarle.

La España que no era menos devota de María que la isla Británica, en aquella misma época le había ya erigido numerosos santuarios y combatía bajo sus banderas. En 1812 Alfonso IX habiendo alcanzado bajo el estandarte de María la Virgen de los siete Dolores, la gran victoria de las Navas, en la que los moros sufrieron la más sangrienta de sus derrotas, hizo construir en Toledo á Nuestra Señora de la Victoria para depositar en este templo aquella santa bandera. El rey San Fernando, este excelente príncipe que no podía vencer su repugnancia á aumentar los impuestos de sus pueblos, y que temía más, según decía, las maldiciones de una pobre mujer que todos los ejércitos de los moros, atribuyó á la protección de la Virgen Santísima sus conquistas de Córdoba, Jaén y Murcia; por último, Alfonso el Sábio, componía cánticos en honor de la Madre de Dios, y fundaba también en honor suyo una orden de caballería (4).

El Portugal seguía en la misma senda con no menos ardor. En 1142, Alfonso primero después de haber derrotado con la protección de María, á quien se encomendó antes de la batalla, á cinco príncipes moros, y quitádoles cinco estandartes en las llanuras del Alentijo, fundó en honor de la Santa Virgen el soberbio monasterio de Alcobaca; no limitando á esto su reconocimiento, hizo homenaje de su reino á Nuestra Señora de Clairvaux, y mandó que anualmente en la

3 He aquí el verano; la campiña está verde, los árboles están cubiertos de hojas, y los pajaros cantan alegremente.

4 Los cabritos dejan la colina, atraviesan el llano y van á ocultarse en los bosques copados.

Oh! que hermoso día, oh! que hermoso día! la Pentecostés nos ilumina con sus rayos, el aire está lleno de ruidos y de canciones.

Yo te saludo, alegre y pura mañana, esclama Little-John; no, en todos los bosques cristianos no hay ningun hombre más feliz que yo.

Y tú, mi bueno y querido maestro, abre tu corazón á la alegría, á la dulce alegría del mes de Mayo.

Ah! dijo Robin Hood, sería tan feliz como tú, Little-John, si en este día de fiesta, podía oír las vísperas y los maitines.

Hace más de un mes que no he adorado á Nuestro Señor, y si la Virgen María lo quisiera, iría á oír misa en la iglesia que está allí.

Dicho esto, Robin Hood se fué á misa, y adora la cruz del Salvador. Little-John más prudente, se queda en los bosques de Sherwood, y se arrodilla sobre los céspedes floridos.

4 El rey don Alonso el sabio dedicó varios libros de poesías á la Madre de Dios; y con respecto á algunas ordenó en su testamento que se cantasen en los Estados. Véase *Poética española* pág. 162.)

fiesta de la Asunción se pagasen cincuenta maravedis de oro en señal de vasallaje, cuya ofrenda se pagaría á dicha abadía de Clairvaux (1). Uno de los sucesores de este príncipe, D. Juan I, después de una victoria ofreció á Nuestra Señora del Olivo una donación de plata igual al peso de su cuerpo, armado de pies á cabeza, suspendiendo además como *ex-voto*, su lanza y su brillante cota de armas en las paredes de la capilla de María (2). Por el mismo tiempo los reyes de Dinamarca emprendían también, en honor de María, cruzadas contra los paganos del Norte, y los polacos combatían á los de Prusia y Pomerania, cantando el célebre *Boga-Rodzica* (Madre de Dios) himno de combate que en el siglo décimo, fué compuesto y dedicado á María por Adalberto, obispo de Gnezne (3).

Más los reyes de Francia no cedían á los otros monarcas extranjeros en devoción á la reina de los Angeles. Luis el Joven y Felipe Augusto, de gloriosa memoria, contribuyeron con liberalidad á la reedificación de Nuestra Señora de Paris, que Mauricio de Sully, ilustre obispo salido del pueblo, hacia construir en lugar de la antigua Catedral Merovingiana del rey Childeberto.

Felipe Augusto, atribuyendo la victoria de Bouvines á la protección de la Santísima Virgen, fundó una soberbia abadía real cerca del bosque de Chantilly y á orillas de las aguas del Oise. Guerin, obispo de Senlis, ministro y compañero de armas del rey que había desempeñado tan hábilmente las funciones de mariscal de campo durante la batalla; Mateo de Montmorency, que se había inmortalizado en ella tomando diez y seis banderas enemigas; Enguerando de Coucy y Guillermo de Barres, que en este combate formaron al rey que iba á perder la vida, una muralla con sus cuerpos, que todo el ejército anglo-germano no había podido derribar, quisieron asociarse á esta fundación conmemorativa, hecha, como dicen los cartularios, en reverencia de la *Sagrada Virgen María*.—Blanca de Castilla, célebre regente de Francia, fundó dos hermosas abadías del nombre de María; la abadía de Maubuisson, que fué llamada Nuestra Señora de la Real, y Nuestra Señora del Lirio. Sus restos mortales, según su espreso mandato, fueron divididos entre ambos monasterios.

El rey Luis IX, el príncipe más santo y más justo que ha ceñido la corona de Francia, el mejor de los reyes, el modelo de los caballeros, se distinguió por su tierna piedad hacia la Santísima Virgen. El contribuyó á la conclusión de Nuestra Señora de Paris, y después de haber hecho construir esta hermosa joya de piedra, que se llamó la Santa Capilla, tan hábilmente cincelada por Pedro de Montereau, el más célebre arquitecto de su tiempo, para depositar en ella la Santa Corona de espinas de Nuestro Señor, dedicó solemnemente la parte baja á Nuestra Señora, cuya estatua colocada bajo del pórtico, hizo un milagro en favor de

1 Angelus Maurique, *annal.* Cisterc. Cap. 5. ad ann. 1142.

2 El padre Pablo de Barry, *Paraiso abierto* etc.

3 Véase la nota 24 del canto viii.

una niña muy juiciosa, según dice la tradición. Como la piadosa y bella niña subida en un banco de piedra destinado para los pobres, se alzaba sobre las puntas de los pies y alargaba ansiosamente sus bracitos cuanto le era posible para poner sobre la cabeza de la santa efigie una corona de rosas blancas, sin poder lograr su objeto, la buena Virgen inclinó graciosamente hacia el pequeño ángel de la tierra su hermosa frente de mármol; lo cual hizo, dice un religioso del tiempo de Luis XIII, que haya quedado con la cabeza muy inclinada.

San Luis, aun en sus viajes, rezaba diariamente con su capellan el oficio de la Virgen, y prohibía que se le interrumpiese; ayunaba á pan y agua en las vísperas de las fiestas de Nuestra Señora, y los sábados distribuía grandes limosnas en honor suyo. Cuando quiso emprender su cruzada á Nuestra Señora de Paris, acompañado de su nobleza, llevaban todos los pies descalzos, el sombrero al cuello y el bordon de peregrino en sus manos; así oyeron la misa con gran devoción.

A su llegada á Egipto, encontró sobre la playa en donde queria desembarcar, un ejército musulmán formado en batalla. El espacio se oscurecía por las nubes de dardos que arrojaban sobre los botes franceses; los sarracenos, cuyas lanzas brillaban á través del polvo que levantaban sus caballos, como lampos de fuego tras de una cortina negra; su gefe llevaba unas armas embutidas de fino oro, y tan relucientes, que según dice Joinville en su ingenioso lenguaje, cuando el sol daba sobre ellas, parecían despedir los esplendores del astro mismo. Sus estandartes estaban coronados de la antigua media luna que era ya el emblema de los reyes turcos, desde mucho antes del reinado de Cyro (4), y sus instrumentos de guerra hacían un ruido espantoso desconocido á los franceses. Pero ni Luis IX ni sus valerosos caballeros, se espantaban tan fácilmente. Cuando estuvieron á poca distancia de la costa, el santo rey, después de haberse encomendado á Dios y á la Virgen, se arrojó al mar el primero; las olas espumosas le cubrían casi hasta las espaldas, y una nube de flechas caía en torno suyo, pero ni las olas ni los dardos le detenían; con el escudo al cuello, el casco en la cabeza y la espada en la mano, se lanza sobre los sarracenos con una verdadera furia francesa; todo el ejército sigue su heroico ejemplo, y los africanos son puestos en completa derrota á los gritos de Mont-Joie! San Dionisio! Cuando impulsados por el viento del terror los caballeros egipcios hubieron desaparecido las puertas de Damietta, la llave del Delta, se abrieron á los cruzados cuyo primer cuidado fué hacer resonar el canto triunfal del Te Deum, en la mezquita de los musulmanes, que fué consagrada por el delegado romano, bajo el título de Nuestra Señora de Damietta.

La noticia de esta gloriosa jornada llegó bien presto á la Siria, donde se le atribuyó á la protección de Nuestra Señora de Tortosa, una célebre Madona siria que los mismos mahometanos venían

4 Véase Firdousi, *Costumbres de los reyes*.

á implorar, y la que, segun era fama, habia abandonado su santuario para venir á proteger el desembarco de los cruzados franceses (1).

Demasiado conocido es el fin desastroso de esa cruzada de Egipto, comenzada tan brillantemente. Despues de haber pagado un rescate enorme, San Luis volvió la proa de sus naves hácia las costas de la Siria; los cristianos que en 1099 se habian apoderado de la Palestina, no poseían entonces en ella sino algunas plazas fuertes, entre las cuales se contaba á Nazareth, ciudad natal de María, la cual habian trasformado en fortaleza feudal, y cuyo primer señor franco habia sido el valiente entre los valientes, el héroe Tancredo, á quien el Tasso ha cantado tan noblemente en su *Jerusalén libertada*. San Luis hizo reedificar las murallas de la fortaleza galilea, y hallándose allí todavía el día de la Asunción, hizo cantar los oficios con acompañamiento de órganos é instrumentos de cuerda en la Iglesia de Santa María, donde comulgó solemnemente.

Cuando el rey Luis IX, acompañado de la reina Margarita, dejaban la Tierra Santa, una ráfaga de viento impelió el navío que los llevaba bajo un alto promontorio, cuya sombra se proyectaba á lo lejos sobre las olas. Habiéndose calmado la tempestad, anclaron al frente de esta montaña siria, en cuya cima existía un monasterio; y en el silencio de la noche que apenas turbaba el ligero murmullo de las tranquilas olas, se oyó el religioso sonido de una campana lejana. "¿Qué es esto?" preguntó San Luis, que todavía velaba. Los marineros fenicios que tripulaban el buque, le respondieron que era el convento de Nuestra Señora del Monte Carmelo. El santo rey desembarcó á los primeros albores del día, para ir á oír misa en el monasterio de María, cuyos religiosos vestidos con el abbas listado de pardo y blanco que usan los árabes, vivían con frutas y legumbres; ayunaban la mitad del año, guardaban un riguroso silencio, y hacían varios trabajos manuales. Aun reinaba allí el espíritu ferviente y cenobítico de los antiguos anacoretas. San Luis, penetrado de respeto por aquella austera piedad, llevó consigo seis de estos religiosos, que llamaban los Hermanos de Nuestra Señora del Monte Carmelo, y los estableció en París á las orillas del Sena; despues fueron trasladados á la plaza Maubert, y su nueva Iglesia consagrada bajo el título de Nuestra Señora del Carmen, fué en parte construída por las munificentes donaciones de Juana de Evreux, tercera esposa y viuda de Carlos II, llamado el Bello. Esta princesa ofreció á la Virgen del Monte Carmelo, su corona de diamantes, esmeraldas y rubíes, á la que

1 El señor de Joinville, que mientras estaba en Asia, fué á Nuestra Señora de Tortosa, refiere que en su tiempo, esta célebre Madona siria hizo un milagro en favor de un pobre hombre *demoniac*, quien un día fué conducido delante de ese altar de Nuestra Señora de Tortosa, y así, prosigue el señor de Joinville, como rogaban á Nuestra Señora para que lo curase, el diablo, que el pobre hombre tenía en el cuerpo, respondió: "Nuestra Señora no está aquí; está en Egipto, ayudando al rey de Francia y á los cristianos que llegan hoy de la Tierra Santa á pie, contra los paganos que están á caballo." El senescal añade que el mismo día en que el demonio pronunciaba estas palabras, el ejército francés desembarcaba en Egipto.

añadió también su rico cinturón bordado de perlas, y el ramillete de lises de oro sembrado de piedras preciosas, que el rey le habia dado el día de su coronación. Mil quinientos florines de oro acompañaron este presente real (2).

Los reyes de Francia que tan valerosamente esponían su persona en los combates, tenían la costumbre de ponerse siempre bajo la protección de la Santísima Virgen. Felipe el Bello, habiéndose encomendado á María en un momento de inminente peligro, en la sangrienta batalla de Mons-en-Puelle, donde habia desplegado todo el valor de un paladin, hizo grandes fundaciones á Nuestra Señora de París despues de su brillante victoria, y cedió en perpetuidad á Nuestra Señora de Chartres la tierra y señorío de las Barras (3), con una renta de cien libras.

Despues de la toma de Cassel, segun dicen las *Grandes Crónicas* de San Dionisio, Felipe de Valois vino á esta abadía á devolver el oriflama que habia tomado de ella para ir contra los flamencos, y despues se dirigió á Nuestra Señora de París; luego que hubo llegado, se hizo vestir de las armas que habia llevado en la batalla de Cassel, montó sobre su caballo y entró de este modo en la Iglesia de Nuestra Señora: dióle muy devotamente las gracias y le ofreció el caballo que montaba, y todas sus armaduras (4). El rey rescató su caballo y sus armas del Capítulo de Nuestra Señora por la suma de mil libras, é hizo erigir su estatua ecuestre frente al altar de María. Se ha observado que las dos rectorías de Mons-en-Puelle y de Cassel, fueron ganadas en el espacio que hay del día de la fiesta á la octava de la Asunción. Despues de haber batido á los flamencos en Rosbecq, Carlos VI, que entonces solo tenía catorce años y que llamaban el *reyecito*, envió también en ofrenda á Nuestra Señora de Chartres su armadura ricamente embutida y su espada real, sembrada de delfines de oro (5). Las reinas de Francia por su parte tenían la costumbre, al hacer su primera entrada en la capital del reino, de ofrecer en homenaje á Nuestra Señora la magnífica corona que recibían de la ciudad de París. La que ofreció Isabel de Baviera era de oro y pedrerías (6).

Bajo el reinado de Felipe de Valois comenzaron las guerras contra los ingleses. El rey Eduardo III pretendía ser heredero legítimo del trono por derecho de su madre Isabel, hermana de Felipe el Bello, muerto sin herederos y de quien venía á ser sobrino, mientras que Felipe de Valois no era mas que primo segundo. Los pares y barones france-

2 Pellibien, *Hist. de Paris*.

3 Sebastian Rouillard, *cap. 6*.

4 Se lee en los antiguos breviarios de Paris (*lectio quinta*): "Quod intelligens gloriosa memoria rex Philippus Valensius, cum epulante Deo, per merita Beate Virginis Matris, insignem victoriam de rebellibus Flandris obtinisset, que contigit anno 1328, acturas Deo et Sancte Virgini gratias, triumphans et equitans ecclesiam Beate Marie Parisius ingressus est, non vana ostentatione elatus, sed Deo per quem de ancipiti bello evasat, profunda humilitate subjectus." (*Breviarium Ecclesie Parisiensis, festa dagusti, anno 1384*).

5 *Ensayos históricos sobre Paris*, por Mr. de Saint-José, tom. IV, pág. 163.

6 Froissard, tom. II.

ses se declararon en favor de éste contra la princesa Isabel, no en virtud de la ley sálica que no habla de la exclusion de las mujeres, sino por la autoridad de los hábitos existentes y autorizados por la costumbre. Eduardo respondió á ello por medio de un argumento muy singular, que se halla consignado en una carta que escribió al Santo Padre. "Si el hijo, decia él, está escludido del trono porque su madre no puede subir á él, Jesucristo no tenía entonces ningun derecho á la herencia de David, puesto que no descendía de este rey sino por la Señora *Santa María su Madre*."

Esta idea desgraciada de querer reinar sobre la Francia, que en hora fatal atravesó la mente de los monarcas ingleses, y cubrió el reino de las lises con un diluvio de sangre, fué despertada por un llamamiento hecho en el nombre de la *dulce Virgen María*, quien poco despues dió á conocer cuánto lo reprobaba. Un falso traidor, Roberto de Artois, á quien el rey de Francia habia desairado, dice un historiador de Inglaterra, se vengó de ello, atizándole la llama del resentimiento del jóven monarca inglés, que no pensaba entonces sino en fiestas y torneos. Un día se presentó en la sala en donde Eduardo daba un banquete real á sus grandes barones y nobles damas de la corte, trayendo en la mano una garza real que su halcon noruego habia cogido en las riberas del Támesis, sombreado entonces por antiguos sauces. Subiendo hasta el estremo del salón á donde el rey presidia bajo un dosel de tela de Bretaña con franjas de plata, "Traigo, dijo, á la mas tímida de las aves, y la daré á aquel de vosotros que sea el mas cobarde; á mí parecer eres tú, Eduardo, pues te dejaste desheredar del noble país de Francia, de que eras legítimo heredero." El fuego de la cólera brilló en los ojos del monarca inglés. "Dudar de su valor! El sonrojo de la vergüenza coloreó su rostro, y levantándose de su asiento, juró por el *Dios del paraíso y su dulce Madre*, que antes de seis meses iria á desafiar á este hijo de un conde que se hacia llamar indebidamente rey de Francia. Cuando el rey hubo hecho este juramento, el conde de Artois fué presentando la garza á todos los lores que se hallaban presentes, quienes también á su vez juraron guerra á los franceses, tomando por testigo de esta funesta resolución á la *Virgen que llevó el Dios muerto en la cruz, que el caballero Longis hirió con su lanza* (1).

El primer hecho de armas de los ingleses fué la batalla naval de la Eclusa. Los combates marítimos de aquel tiempo no se parecían como los de nuestras armadas modernas; se peleaba de cerca; las tripulaciones se esforzaban por romper con largas hoces y grandes flechas, las velas del enemigo, en tanto que los nadadores taladraban las embarcaciones por debajo del agua á fin de echarlas á pique. El *nec plus ultra* de la habilidad de las maniobras

7 Mas par í cheli Dieu qui en la croix fut mis, Et terus de la lance du chevalier Longis.

Car je voue et promets á la Vierge honorée Qui porta cheli Dieu qui fist chiel et rousée, etc.

[El voto del heron.]

consistía en hacer naufragar al enemigo sobre las costas, ó hacerlo estrellarse contra las rocas. Eduardo, que en persona mandaba su flota, fué herido por una flecha desde el principio de la accion y sin embargo siguió combatiendo haciendo preceder á cada golpe de lanza, una de sus invocaciones favoritas: *¡Ah, San Eduardo! ¡ah, San Jorge! ¡ah, Santa María!* y alrededor de su estandarte rojo en donde centellaba un dragon de oro (2), la nobleza inglesa lanzaba sus poderosos gritos de guerra: *¡Nuestra Señora Arundela! ¡nuestra señora Arleton! ¡San Jorge!* porque en aquella época caballeresca, cada guerrero de nota tenía por protector algun santo, á quien invocaba en alta voz en medio de la refriega. Eduardo deshonró su victoria haciendo colgar de una verga á uno de los almirantes franceses que habia peleado con mucho valor; el otro que habia perecido con las armas en la mano, halló bajo de las aguas una tumba mas honrosa. En medio de esta escena de tumulto y de sangre, muchas hermosas inglesas que habian venido á buscar emociones fuertes sobre la galera real, aplaudían el triunfo de sus caballeros; pero ninguna de ellas pidió gracia para los vencidos, y veinte mil cadáveres franceses enrojecieron las azuladas olas del mar de Alemania. El rey de los ingleses que durante el combate no se habia olvidado de invocar á María, apenas hubo desembarcado en Flandes, cuando fué á pie, segun dice Froissard, y con gran número de caballeros, á darle gracias en su santuario de Ardembourg. Así fué como empezó esta guerra de un siglo, durante la cual, los ingleses pasearon su estandarte desde el Garona hasta el Rhin, y desde el Oceano al Mediterráneo.

Durante esta larga lucha intermediada por algunas treguas en las cuales se tomaba descanso con los pies en la sangre y la mano sobre la daga; la Virgen Santa, cuyas abadías eran saqueadas sin escrúpulo por los ingleses, no dejaba de ser por eso objeto de gran veneracion para ellos. Despues de haber destruído una ciudad entera de la cual se alejaban cargados de botín, dejaban algunas veces una de sus estatuas perfectamente intacta sobre su pedestal, y cuando los habitantes desembarazados de ellos venían á visitar tiernamente los escombros de la plaza (3) fuerte, se santiguaban devotamente exclamando: *¡Milagro!* Y era en efecto milagro, este acto de respeto en medio de una horrible escena de devastacion y barbarie.

Los santuarios donde la reina de los cielos habia tenido á bien manifestar su poder, eran tenidos por tierra neutral y sagrada; eran oasis de paz hácia las cuales venían de todos los puntos del horizonte soldados y caballeros de todos los países, quienes no eran sino piadosos peregrinos, desde el momento en que habian colocado alguna pequeña imagen de la Virgen sobre su casco pulido ó sobre su caperuza de sarga.

Se lee en las crónicas manuscritas de Quercy

2 Crónica de Stowe.

3 Nuestra Señora de Vassivière fué respetada así en medio de los escombros de esa ciudad fuerte que los ingleses habian devastado y saqueado

(Véase Du Cherne, *cap. 9, pár. 10, núm. 6*).

que varios hombres de armas ingleses hechos prisioneros por los de Cahors, fueron puestos en libertad y despedidos con palabras dulces y afectuosas, desde el momento que se hicieron reconocer como peregrinos de Nuestra Señora.

Las fiestas de la Santísima Virgen eran escrupulosamente observadas por los caballeros ingleses, que muchas veces detenían las marchas de sus ejércitos para celebrarlas. En 1380, Buckingham que se había abierto un camino por el corazón de la Francia despejándolo de cuanto encontraba delante de él, se detuvo con su ejército en el bosque de Maschenoir para celebrar la fiesta de Nuestra Señora de Setiembre. Los caballeros ingleses oyeron devotamente misa en una abadía que encontraron en medio del bosque; y las largas espadas de Burdeos estuvieron por aquel día limpias de sangre francesa (1).

Un capitán inglés llamado Norwick, á quien el príncipe Juan, duque de Normandía y heredero presuntivo del trono, había sitiado de improviso en Angulema, viéndose falto de víveres, y queriendo evitar el disgusto de rendirse á discreción, sacó diestramente partido de esta devoción común á ambos pueblos. La víspera de la Purificación, una de las fiestas de Nuestra Señora, que se celebraba en Francia con mas pompa desde el reinado de Pepino el Breve, sale de los muros de la ciudad y pide hablar al príncipe. Este se adelanta y le dice, "¿Venís á capitular?—No, responde el inglés; pero somos ambos devotos al culto de la Santísima Virgen; espero por lo mismo de vuestra cortesía una suspensión de armas, y que durante todo el día que se consagra á esta fiesta sea prohibido, en ambos campos, á nuestras gentes el batirse bajo ningún pretexto.—Consiento en ello muy gustoso, replicó el príncipe."

Al despuntar el alba del siguiente día, Norwick con su guarnición y todos sus bagajes salió de la ciudad: los comandantes de las avanzadas francesas lo detienen y le preguntan el objeto de aquella salida. "Quiero aprovechar la tregua, respondió este, para llevar mis soldados á dar un paseo."

Contaron el hecho al príncipe Juan. "La astucia es buena; ¡vive Dios! dice este Dejémosles ir como lo desean y conformémos con tener la ciudad (2)."

No obstante los testimonios que la Santísima Virgen recibió de los invasores, siempre protegía á los invadidos. A título de oprimida, la Francia había hallado protección con Ella, y lo acreditó con mas de un milagro. El criado del corregidor de Poitiers que había vendido la ciudad á los ingleses y prometido introducirlos en ella á favor de las sombras en una noche que estuviese la luna completamente cubierta, buscó en vano las llaves, quedándose asombrado de encontrarlas al día siguiente en las manos de una antigua estatua de la Virgen que estaba en su propia catedral de Nuestra Señora. En Rennes, á quien el duque de Lancaster había

1 Véase Froissard, tom. 2.º pág. 112.

2 Ibid.

sitiado inútilmente, y desesperando despues de tanto tiempo de tomar esta ciudad tan valientemente defendida, dispuso hacer una mina para volarla. La ciudad bretona dormía sobre un volcan sin saber el peligro que la amenazaba; pero Nuestra Señora velaba por ella. Cuando la mina llegaba bajo de la catedral de Santa María y el enemigo estaba á punto de ponerle fuego, se vió, en medio de una noche muy oscura, que los cirios de Nuestra Señora de San Salvador se encendían por sí mismos; las campanas tocaban á rebato movidas por manos invisibles, y cuando los habitantes de la ciudad despertaron llenos de sobresalto y atraídos por los extraños resplandores que iluminan á media noche la iglesia, y se preguntaban: "¿qué hay? ¿qué sucede?" la Virgen estiendo lentamente su brazo de piedra hacía el lado de la gótica nave, y con un gesto designa el lugar donde debe estallar la mina; con cuyo oportuno aviso se salvó la ciudad. Podríanse citar otros muchos ejemplos de la protección que María dispensó á la Francia en aquella desastrosa época; nos limitaremos á referir, bajo la fé de escritores juiciosos y contemporáneos, el mayor y mas grande de aquellos numerosos prodigios.

Las fúnebres ramas del ciprés permanecieron siempre verdes sobre la noble frente de la Francia despues de aquellas dos lamentables jornadas: la de Crecy, esa batalla en que pereció la flor de la caballería francesa, despues Poitiers, en donde el rey Juan y ochocientos barones fueron hechos prisioneros por el príncipe Negro. La nobleza estaba arruinada; el joven regente sin tropas; las campiñas mas fértiles cubiertas de abrojos; las ciudades amenazadas de los horrores del asalto por el enemigo extranjero que acampaba á sus puertas, estaban destrozadas en lo interior por las facciones que dividían á sus ciudadanos. Cuando el hombre no tiene ya donde apoyarse en la tierra, se arrodilla y tiende sus manos suplicantes al cielo; y esto era lo que hacían todas las gentes honradas de las ciudades y de los pueblos; se pedia decididamente á Dios un prodigio, por intercesión de María, para que se viese el fin de tantas calamidades. La fé era grande y el dolor imposible de describir; el prodigio fué, pues, concedido. Abusando de su posición y de la de la Francia, Eduardo III, con quien negociaba el joven regente, que despues fué Carlos el Sabio, propuso condiciones tan duras, tan vergonzosas é intolerables, que la Francia, casi espirante como se hallaba, levantó la cabeza con generosa cólera, y dijo: ¡No! A este No, tan inesperado, Eduardo pasó el mar y puso sitio delante de Chartres.

El ejército inglés plantó sus tiendas á corta distancia de las murallas, y en frente de aquella espléndida catedral, tan magníficamente reedificada por Fulberto con los dones de los fieles pobres y ricos. Colocada sobre una altura que dominaba la ciudad, la hermosa iglesia, con sus altos campanarios que se descubren á diez leguas de distancia, tenía el aspecto de una ciudadela sagrada á cuya sombra se extendía toda la ciudad. En este santuario universalmente venerado, estaba un relicario de madera preciosa, cubierto de gruesas plan-

chas de plata é incrustado de diamantes, rubíes y perlas, en donde se guardaba uno de los preciosos vestidos de María; su túnica de fiesta hecho de tela de babilonia con flores azules, violadas, blancas y de oro. Un día los normandos vinieron á poner sitio á Chartres, y los habitantes muy dispuestos á defender su templo, tomaron por estandarte esta reliquia santa, y apenas la vieron los normandos cuando huyeron precipitadamente. Era costumbre entonces hacer tocar á este relicario las camisas de fina tela de Bretaña que vestían los nobles señores el día en que eran armados caballeros. Ricardo, Corazón de León á quien habían llevado una hasta Inglaterra, había ofrecido en compensación á Nuestra Señora de Chartres una hermosa alhaja de oro y pedrerías que contenía unas reliquias de San Eduardo. La Virgen de Chartres, estaba, pues, en alta veneración entre los caballeros ingleses; y mas de alguno reprochó sin duda en secreto al rey el haber venido á esponer las santas cosas de la catedral de María á los sacrilegios y al pillaje.

Intimándose á la ciudad el rendirse al rey de Inglaterra, contestó simplemente que no quería, y los enviados de Eduardo no vieron mas que su puerta maciza y fuertemente cubierta de hierro, arriba de la cual estaba colocada en un hermoso nicho gótico, decorado con adornos de la época, una blanca Madona, con esta inscripción grabada sobre la piedra: ¡TUTELA CARNUTUM!

El sitio de la antigua capital de los carnutos se prolongó demasiado, y los fértiles campos de la Beauce, en lugar de doradas espigas, se vieron cubiertos de espadas inglesas; el delfín trató de entablar una negociación para salvar la ciudad favorita de María; pero Eduardo se hizo sordo á sus ofertas y representaciones: los enviados franceces fueron de tal modo despedidos, que ninguno se atrevía ya á abrigar esperanza alguna; la ciudad parecía, pues, estar á punto de ser tomada, cuando sobrevino, según dice Froissard, un milagro que *mucho humilló y quebrantó el valor* del príncipe inglés. "Una descarga de las nubes, una tempestad tan grande y horrible descendió del cielo sobre el ejército inglés, que propiamente parecía que iba á acabarse el mundo, pues caían del aire piedras tan gruesas, que mataban hombres y caballos, y hasta los mas atrevidos quedaron espantados..."

"Si en el jardín de la vida siembras la semilla de la ira, decían los antiguos sabios de Irán (1), tu estrella tendrá que llorar." El rey de los ingleses debió hacer sin duda en su mente algunas reflexiones de esta naturaleza, cuando el sol se levantó como una lámpara de oro para mostrarle los desastres de aquella noche. Su campo todo estaba devastado; las tiendas hechas pedazos, dejaban caer sus telas como banderas en lo alto de la hasta y sobre aquella inmensa llanura, cuyos verdes trigos habían sido hollados por la caballería inglesa; siete mil caballos estaban tendidos sin vida al lado de sus ginetes. Ningun hecho histórico está mejor atestiguado que este suceso extraordinario: Eduar-

1 Iran era el nombre de la Persia antes de Ciro.

do quedó de tal modo aterrorizado, que por mucho tiempo duró en su espíritu la impresión de este milagro, como él mismo lo confesó despues al continuador de Nangis.

Algun tiempo despues, conforme á la promesa que en medio de su terror, había hecho á la poderosa protectora de Chartres, firmaba la paz ajustada en Bretigny, pequeña aldea chartrense, y sus nobles lores que tan erguida llevaban la cabeza, se despojaron momentáneamente de su arrogancia, y vinieron en traje de humildes peregrinos á arrodillarse ante la humilde imágen de la Santa Virgen.

No se limitó á eso solo la intervención de María en los negocios casi desesperados de la Francia: ella hizo aparecer en el suelo francés uno de esos hombres fuertes, cuyo brazo de hierro basta por sí solo para sostener un reino que se derrumba: suscitó el odio á los ingleses en el corazón de un joven breton, que bajo sus auspicios, y tomando su nombre por grito de guerra, hizo sus primeros ensayos de armas. Los ejércitos, guiados al combate por la bandera roja de Albion, fueron dispersados, como la paja por el impulso del viento, á los gritos de: ¡Nuestra Señora de Guesclán!

Cuando la demencia del desgraciado Carlos VI, príncipe valiente, amado de su pueblo y devoto de María, hizo revivir las esperanzas medio muertas de los reyes de Inglaterra, Enrique de Monmouth, cediendo á la tentación de unir la noble corona de Francia á su mal habida corona, atravesó el estrecho para hacer peores daños que el rey Eduardo y su hijo; la Santísima Virgen no le opuso mas que una joven de alma pura, que dejó caer de sus manos indignadas el humilde cayado de pastora para empuñar el hierro de las batallas. Encendiendo cirios místicos ante la imágen venerada de Nuestra Señora de Bermont, y adornando con flores la ermita de Santa María (2), fué cuando Juana de Arc, escuchando una voz interior que la escitaba, concibió el atrevido proyecto de libertar á su patria de las gentes de Inglaterra, y hacer coronar en Reims al joven delfín Carlos. Hizose como la Virgen lo había querido, y como la inspirada pastora lo había anunciado. Santa María de Reims, en donde los reyes de Francia de aquella época iban con los jóvenes señores de su corte á hacer la *veta de las armas*, antes de calzar las espuelas de caballeros (3), abrió orgullosa sus grandes puertas para dejar pasar al verdadero rey de Francia, aquel que solo podía ser con justicia el solo ungido del Señor. Una bandada de avecillas (4) subió á los ángeles esta noticia de feliz augurio, y cerca del príncipe, arrodillado al pie del mismo altar en donde Clovis se inclinó para recibir el agua del bautismo, *la hija de Dios, la hija del gran corazón*, con un semblante en donde la modestia se unía al mas vivo

2 Deposition de los testigos de Vaucouleurs, sobre las costumbres de Juana de Arc.

3 Froissard.

4 "De tiempo inmemorial, en la consagración de nuestros reyes, se dá la libertad á dos ó trescientas docenas de pájaros." (Ensayos históricos sobre Paris, por Mr. de Saint-Foix, tom. V, pág. 26).

gozo, desplegó su bandera blanca, en la cual se leían en letras de oro estos dos nombres tiernos, estos nombres salvadores: ¡JESUS! ¡MARIA!

CAPITULO X.

LAS ÓRDENES.

La estrella de la caballería que desde el tiempo de las cruzadas brillaba en el zenit de la Europa, se inclinaba ya al horizonte; pero descendía como el sol cuando declina, en que su disco de mayor grandor derrama una viva luz donde parecen confundirse el brillo del hierro candente y el resplandor sagrado de los cirios. Estos tiempos mas bellos y mejores que los nuestros, en que la religion era respetada y sus santas leyes obedecidas, desde el palacio hasta la cabaña, fueron la época en que el culto de la Madre de Dios llegara á su apogeo, porque entonces todo se hacia para ella y por ella. "Es muy natural que cada uno la implore, decian en sus canciones los trovadores guerreros de la Germania, pues que en el cielo aprueba todo lo que *Ella* quiere." Así era en efecto, y aunque cada paladin tomase por su protector celestial, ya á Santiago, ya á San Jorge, á San Miguel, ó á San Martín, á quienes los señores feudales en su sencillo respeto por los moradores del reino de los cielos, habian cubierto de títulos nobiliarios; la Virgen *honorable*, que reunia todas las calidades de la hermosura, de la modestia, de la dulzura, de la pureza angélica que convenian á la Señora por excelencia, era el objeto de un culto muy superior al que se tributaba al *baron* Santiago y á San Jorge el *buen caballero*. Proclamábanse torneos y se acometian grandes empresas en honor de la *Señora Santa María*: reyes y caballeros *velaban las armas* en las capillas consagradas á Ella; su nombre, traducido en todos los idiomas de Europa, era el grito de guerra de los barones flamencos, ingleses y daneses, lo mismo que lo fué de Duguesclin. En el combate de los Treinta, cuyo lugar lo indica aún una columna trunca en medio de los bosques de la Baja-Bretaña, Beaumanoir se encomienda á Dios, á Nuestra Señora y á San Ives. Viendo que sus compañeros de armas enrojecian la yerba con su sangre, y que los ingleses llevaban la ventaja, arma caballero en nombre de Nuestra Señora á Juan de la Roche, un escudero de noble raza que se habia mantenido simple espectador del combate; y la fortuna, cambiando de bandera, se declara por los bretones (1).

Después de haberse encomendado á María, se baten en proporción de uno contra diez, con aquella confianza en la protección del cielo que triplica las fuerzas é infunde indomable brio en el corazón del hombre: una buena causa, una conciencia pura y el apoyo de la Virgen, bastan para hacer *maravillas de armas* y alcanzar las mas espléndidas victorias. En 1338, un ejército de brabanteses entra

1 Froissard, tom. 13.

en el ducado de Güeldres, en donde todo fué entregado á fuego y sangre. El duque no contaba ni con hombres ni con dinero para rechazar á los invasores: sus consejeros opinaban porque se encerrase en una de sus plazas fuertes; pero el desprecio este consejo de la timidez con una indignación marcada de cólera. "Yo no me encerraré en castillo ni en ciudad, exclamó con vehemencia, ni dejaré que incendien mi país; mas querría recibir la muerte en el campo de batalla." Después de dar esta noble respuesta, el joven duque se armó para el combate; pero antes de dejar á Nimega, fué á orar devotamente ante la imagen de Nuestra Señora, en quien tenia gran confianza, y él y sus caballeros se consagraron á la Santa Virgen. Concluidas sus oraciones monta á caballo, y á la cabeza de cuatrocientas lanzas, marcha á combatir un ejército de cuarenta mil hombres. A la vista del enemigo, los consejeros del príncipe flamenco, espantados de la enorme desigualdad del número, procuran aún apartarle del combate; pero el duque, poniéndose la mano sobre el corazón, exclama: "Algo me dice que la victoria será mia. ¡Eh! al punto! desplegad mi bandera; y el que quiera hacerse caballero, que se adelante; yo le haré en honor de Dios y de la *Señora Santa María*, de quien he tomado el permiso antes de partir, si le encargo y recomiendo mi causa. ¡Al combate! ¡Al combate!"

Y el valiente joven duque se lanzó á toda rienda sobre el enemigo, gritando: "¡Nuestra Señora! ¡Güeldres!" Los brabanteses completamente batidos, perdieron diez y siete banderas, las que encontrareis, dice Froissard, ante la imagen de Nuestra Señora de Nimega, á fin de que sirvan de perpetua memoria. Después del combate los Güeldres tuvieron consejo sobre el campo de batalla. Algunos propusieron entrar en una ciudad vecina para poner allí sus prisioneros y curar sus heridos. De ningún modo, dijo el duque; yo me dí y voté al departamento de Nimega; y me he dado y votado hoy, al principio de la batalla, á Nuestra Señora de Nimega; así, pues, yo quiero y ordéno que volvamos por este lado, y vayamos á ver y á dar gracias á aquella Señora que nos ha ayudado tan bien para alcanzar esta gran victoria."

Y partió al *gran galope* con sus caballeros para ofrecer á Nuestra Señora sus acciones de gracias, y suspender sus armas abolladas y rotas, como un *ex-voto*, de las paredes de sus capillas (2).

En 1563, el rey Luis I, de Ungría, encontrándose con veinte mil hombres al frente de ochenta mil infieles, se consagró con todo su ejército á la Reina de los Angeles, cuya imagen llevaba siempre consigo. Para dar gracias á Nuestra Señora, de la victoria espléndida que habia obtenido, hizo construir en torno de la capilla de Affleuz, en Corintia, una sólida y hermosa iglesia, donde depositó la santa imagen á la cual atribuía el triunfo de sus armas, é igualmente la espada con que habia combatido (3).

2 Ibid. pág. 112, tom. 1.

3 Esta iglesia corintia, conocida ahora bajo el nombre de Ma-

En el siglo décimo cuarto, Luis, duque de Borbon, llamado el Grande, resolvió abandonar momentáneamente la Francia que desolaban las revueltas de la minoridad de Carlos VI, para reprimir las atrevidas piraterías de los sarracenos de Africa que paralizaban el comercio marítimo de la Europa. Génova y los puertos del litoral francés, pedían se armase una expedición para esterminar á estos foragidos. Luis de Borbon, atendiendo á esta solicitud, resolvió hacer de aquel otro lado una cruzada en honor de la Virgen, á quien tenia en muy grande veneración. Hizo al punto el llamamiento de su nobleza, á la cual corrieron á unirse el delín de Auvernia, Juan de Beaufort, hijo del duque de Lancaster, el conde de Narcourt, Gautiero de Chatillon, Guillermo de Hainaut, Felipe de Artois, conde de Eu, el señor de la Tremouille y el noble Felipe de Bar. Todos estos guerreros, antes de levantar el áncora, ofrecieron solemnemente sus servicios á la Santa Virgen, y tomaron por pabellon almirante la bandera del duque de Borbon, "que estaba por entonces toda completamente sembrada de flores de lis de Francia, con una blanca imagen de Nuestra Señora, madre de Jesucristo, sentada y figurada en el medio; el escudo de Borbon estaba á los piés de la dicha imagen (1)."

El duque se dió á la vela en una flota de 80 navíos que salió á la *alta mar muy ordenadamente bajo la guardia de Dios, de Nuestra Señora y de San Jorge*. Desembarcáronse en medio del estío delante de una ciudad que Froissard y Cristina de Pisan llaman Africa, y que se supone ser la de Túnez. Los cruzados de la Virgen Santísima emprendieron el sitio de esta plaza, que cuatro veces intentaron tomar por asalto sin conseguirlo, pues los turcos les opusieron una vigorosa resistencia. La llegada de los cristianos habia sido señal de una guerra santa para los musulmanes de Africa; los reyes de Bógia, de Trípoli, de Marruecos, enviaron sus tropas al auxilio de la ciudad sitiada, y los cristianos tuvieron que estar en continua alarma y defensa contra las emboscadas y sorpresas nocturnas de los berbericos. Pero estas astucias de guerra quedaban sin efecto, sin necesidad de centinelas avanzadas ni exploradores, de manera que todo el ejército de María reconoció en ello la poderosa influencia de su divina protectora. Un perro, que no tenia dueño conocido, hacia todas las noches tan buena guardia alrededor del campo de los cristianos, que les era imposible á los turcos burlar su maravillosa vigilancia. Los soldados, viendo algo de extraordinario en el instinto infalible de este animal, le llamaban el *perro de Nuestra Señora*.

Esta expedición de Africa, comprendida bajo los auspicios de la Virgen sin mancha, fué señalada con multitud de prodigios, segun lo atesta Frois-

sard. Este autor refiere entre otras cosas que, "queriendo los sarracenos sorprender á los franceses por un ataque nocturno, se aproximaban muy calladamente al campo de los cristianos, cuando percibieron delante de ellos una compañía de damas vestidas todas de blanco, y en especial una que hacia de jefe, de mayor hermosura que las otras, y que llevaba delante un confalón ó estandarte tambien blanco con una cruz bermeja. De este encuentro y de tal vision quedaron los sarracenos tan espantados, que no tuvieron ni acción, ni poder, ni valor para avanzar (2)."

Sea que María quisiese proteger á los caballeros de Francia que marchaban contra los infieles bajo su estandarte, colocándose con su acompañamiento celeste entre los cristianos y los musulmanes; sea que fuese alucinamiento producido por la claridad dudosa de las estrellas y las banderas flotantes de los caballeros, la sola causa del prodigio; el hecho es, que el campo se salvó en esa noche de una sorpresa.

Los calores escesivos del clima, causando una epidemia pestilencial que diezmará el ejército cristiano hicieron necesario levantar el sitio despues de nueve semanas de infructuosos esfuerzos; pero antes de retirarse dió dos batallas á los sarracenos, que á pesar de su superioridad numérica, fueron batidos completamente: la bandera de María fué conducida gloriosamente por los caballeros de Francia, y los cristianos hicieron tales prodigios de valor bajo este estandarte, que espantado el rey de Túnez, se creyó muy dichoso en poder ajustar un tratado, por el cual se obligaba á volver los esclavos cristianos, á no molestar mas á los buques que navegasen por el Mediterráneo, y á pagar, en fin, diez mil bizantes de oro, por los gastos erogados en la guerra.

Las buenas ciudades del reino en los tiempos de peste ó de otra calamidad, se ponian bajo la protección especial de la Virgen Santísima, así como tambien sus soberanos. En 1357, despues de aquella funesta batalla de Poitiers, que segó la flor de la nobleza francesa, y en donde el mismo rey cayó en poder de los ingleses, el preboste de los mercaderes de París, hizo voto en nombre de la ciudad, de ofrecer todos los años á la Madre de Dios un cirio, cuya longitud igualara la circunferencia de los muros de la ciudad. La promesa se cumplió estrictamente hasta los tiempos de la liga en que quedó interrumpida por el espacio de 25 ó 30 años. En 1605 se substituyó á esta larga bugia enrollada una lámpara de plata con un grueso cirio, que estuvo ardiendo sin interrupción ante el altar de Nuestra Señora hasta el año de 1789 (3).

Ruan, en cuya ciudad la imagen de María ador-

2 Ibid.

3 Sauval, *mem. ms.* Aun se encuentran en las cuentas de entradas y gastos del dominio de París en el año de 1483, un artículo concerniente á esta bugia. A la viuda Gerbelot la cantidad de 27 libras, 19 sueldos, 8 dineros, debidos igualmente á ella por dicha ciudad, por 117 libras y media de cera labrada en una gran vela colocada sobre un torno de madera, por ella entregada el 12 de Febrero, al precio de 4 sueldos 8 dineros la libra; suma de la vela de Nuestra Señora, 53 libras 11 sueldos 8 dineros.

ría Zell, es aún una de las peregrinaciones mas célebres de la Alemania católica. El emperador Matías vino á ella para dar gracias á Dios de una victoria ganada sobre los turcos en 1601; Fernando III hizo concluir la iglesia tal como se vé hoy, y María Teresa, hizo en ella su primera comunión el año 1728.

1 Froissard, tom. xi, pág. 26.6

gozo, desplegó su bandera blanca, en la cual se leían en letras de oro estos dos nombres tiernos, estos nombres salvadores: ¡JESUS! ¡MARIA!

CAPITULO X.

LAS ÓRDENES.

La estrella de la caballería que desde el tiempo de las cruzadas brillaba en el zenit de la Europa, se inclinaba ya al horizonte; pero descendía como el sol cuando declina, en que su disco de mayor grandor derrama una viva luz donde parecen confundirse el brillo del hierro candente y el resplandor sagrado de los cirios. Estos tiempos mas bellos y mejores que los nuestros, en que la religion era respetada y sus santas leyes obedecidas, desde el palacio hasta la cabaña, fueron la época en que el culto de la Madre de Dios llegara á su apogeo, porque entonces todo se hacia para ella y por ella. "Es muy natural que cada uno la implore, decian en sus canciones los trovadores guerreros de la Germania, pues que en el cielo aprueba todo lo que *Ella* quiere." Así era en efecto, y aunque cada paladin tomase por su protector celestial, ya á Santiago, ya á San Jorge, á San Miguel, ó á San Martin, á quienes los señores feudales en su sencillo respeto por los moradores del reino de los cielos, habian cubierto de títulos nobiliarios; la Virgen *honorable*, que reunia todas las calidades de la hermosura, de la modestia, de la dulzura, de la pureza angélica que convenian á la Señora por excelencia, era el objeto de un culto muy superior al que se tributaba al *baron* Santiago y á San Jorge el *buen caballero*. Proclamábanse torneos y se acometian grandes empresas en honor de la *Señora Santa María*: reyes y caballeros *velaban las armas* en las capillas consagradas á Ella; su nombre, traducido en todos los idiomas de Europa, era el grito de guerra de los barones flamencos, ingleses y daneses, lo mismo que lo fué de Duguesclin. En el combate de los Treinta, cuyo lugar lo indica aún una columna trunca en medio de los bosques de la Baja-Bretaña, Beaumanoir se encomienda á Dios, á Nuestra Señora y á San Ives. Viendo que sus compañeros de armas enrojecian la yerba con su sangre, y que los ingleses llevaban la ventaja, arma caballero en nombre de Nuestra Señora á Juan de la Roche, un escudero de noble raza que se habia mantenido simple espectador del combate; y la fortuna, cambiando de bandera, se declara por los bretones (1).

Después de haberse encomendado á María, se baten en proporción de uno contra diez, con aquella confianza en la protección del cielo que triplica las fuerzas é infunde indomable brio en el corazón del hombre: una buena causa, una conciencia pura y el apoyo de la Virgen, bastan para hacer *maravillas de armas* y alcanzar las mas espléndidas victorias. En 1338, un ejército de brabanteses entra

1 Froissard, tom. 13.

en el ducado de Güeldres, en donde todo fué entregado á fuego y sangre. El duque no contaba ni con hombres ni con dinero para rechazar á los invasores: sus consejeros opinaban porque se encerrase en una de sus plazas fuertes; pero el desprecio este consejo de la timidez con una indignación marcada de cólera. "Yo no me encerraré en castillo ni en ciudad, exclamó con vehemencia, ni dejaré que incendien mi país; mas querría recibir la muerte en el campo de batalla." Después de dar esta noble respuesta, el joven duque se armó para el combate; pero antes de dejar á Nimega, fué á orar devotamente ante la imagen de Nuestra Señora, en quien tenia gran confianza, y él y sus caballeros se consagraron á la Santa Virgen. Concluidas sus oraciones monta á caballo, y á la cabeza de cuatrocientas lanzas, marcha á combatir un ejército de cuarenta mil hombres. A la vista del enemigo, los consejeros del príncipe flamenco, espantados de la enorme desigualdad del número, procuran aún apartarle del combate; pero el duque, poniéndose la mano sobre el corazón, exclama: "Algo me dice que la victoria será mia. ¡Eh! al punto! desplegad mi bandera; y el que quiera hacerse caballero, que se adelante; yo le haré en honor de Dios y de la *Señora Santa María*, de quien he tomado el permiso antes de partir, si le encargo y recomiendo mi causa. ¡Al combate! ¡Al combate!"

Y el valiente joven duque se lanzó á toda rienda sobre el enemigo, gritando: "¡Nuestra Señora! ¡Güeldres!" Los brabanteses completamente batidos, perdieron diez y siete banderas, las que encontrareis, dice Froissard, ante la imagen de Nuestra Señora de Nimega, á fin de que sirvan de perpetua memoria. Después del combate los Güeldres tuvieron consejo sobre el campo de batalla. Algunos propusieron entrar en una ciudad vecina para poner allí sus prisioneros y curar sus heridos. De ningún modo, dijo el duque; yo me dí y voté al departamento de Nimega; y me he dado y votado hoy, al principio de la batalla, á Nuestra Señora de Nimega; así, pues, yo quiero y ordéno que volvamos por este lado, y vayamos á ver y á dar gracias á aquella Señora que nos ha ayudado tan bien para alcanzar esta gran victoria."

Y partió al *gran galope* con sus caballeros para ofrecer á Nuestra Señora sus acciones de gracias, y suspender sus armas abolladas y rotas, como un *ex-voto*, de las paredes de sus capillas (2).

En 1563, el rey Luis I, de Ungría, encontrándose con veinte mil hombres al frente de ochenta mil infieles, se consagró con todo su ejército á la Reina de los Angeles, cuya imagen llevaba siempre consigo. Para dar gracias á Nuestra Señora, de la victoria espléndida que habia obtenido, hizo construir en torno de la capilla de Affleuz, en Corintia, una sólida y hermosa iglesia, donde depositó la santa imagen á la cual atribuía el triunfo de sus armas, é igualmente la espada con que habia combatido (3).

2 Ibid. pág. 112, tom. 1.

3 Esta iglesia corintia, conocida ahora bajo el nombre de Ma-

En el siglo décimo cuarto, Luis, duque de Borbon, llamado el Grande, resolvió abandonar momentáneamente la Francia que desolaban las revueltas de la minoridad de Carlos VI, para reprimir las atrevidas piraterías de los sarracenos de Africa que paralizaban el comercio marítimo de la Europa. Génova y los puertos del litoral francés, pedían se armase una expedición para esterminar á estos foragidos. Luis de Borbon, atendiendo á esta solicitud, resolvió hacer de aquel otro lado una cruzada en honor de la Virgen, á quien tenia en muy grande veneración. Hizo al punto el llamamiento de su nobleza, á la cual corrieron á unirse el delín de Auvernia, Juan de Beaufort, hijo del duque de Lancaster, el conde de Narcourt, Gautiero de Chatillon, Guillermo de Hainaut, Felipe de Artois, conde de Eu, el señor de la Tremouille y el noble Felipe de Bar. Todos estos guerreros, antes de levantar el áncora, ofrecieron solemnemente sus servicios á la Santa Virgen, y tomaron por pabellon almirante la bandera del duque de Borbon, "que estaba por entonces toda completamente sembrada de flores de lis de Francia, con una blanca imagen de Nuestra Señora, madre de Jesucristo, sentada y figurada en el medio; el escudo de Borbon estaba á los piés de la dicha imagen (1)."

El duque se dió á la vela en una flota de 80 navíos que salió á la *alta mar muy ordenadamente bajo la guardia de Dios, de Nuestra Señora y de San Jorge*. Desembarcáronse en medio del estío delante de una ciudad que Froissard y Cristina de Pisan llaman Africa, y que se supone ser la de Túnez. Los cruzados de la Virgen Santísima emprendieron el sitio de esta plaza, que cuatro veces intentaron tomar por asalto sin conseguirlo, pues los turcos les opusieron una vigorosa resistencia. La llegada de los cristianos habia sido señal de una guerra santa para los musulmanes de Africa; los reyes de Bógia, de Trípoli, de Marruecos, enviaron sus tropas al auxilio de la ciudad sitiada, y los cristianos tuvieron que estar en continua alarma y defensa contra las emboscadas y sorpresas nocturnas de los berbericos. Pero estas astucias de guerra quedaban sin efecto, sin necesidad de centinelas avanzadas ni exploradores, de manera que todo el ejército de María reconoció en ello la poderosa influencia de su divina protectora. Un perro, que no tenia dueño conocido, hacia todas las noches tan buena guardia alrededor del campo de los cristianos, que les era imposible á los turcos burlar su maravillosa vigilancia. Los soldados, viendo algo de extraordinario en el instinto infalible de este animal, le llamaban el *perro de Nuestra Señora*.

Esta expedición de Africa, comprendida bajo los auspicios de la Virgen sin mancha, fué señalada con multitud de prodigios, segun lo atesta Frois-

sard. Este autor refiere entre otras cosas que, "queriendo los sarracenos sorprender á los franceses por un ataque nocturno, se aproximaban muy calladamente al campo de los cristianos, cuando percibieron delante de ellos una compañía de damas vestidas todas de blanco, y en especial una que hacia de gefe, de mayor hermosura que las otras, y que llevaba delante un confalón ó estandarte tambien blanco con una cruz bermeja. De este encuentro y de tal vision quedaron los sarracenos tan espantados, que no tuvieron ni acción, ni poder, ni valor para avanzar (2)."

Sea que Maria quisiese proteger á los caballeros de Francia que marchaban contra los infieles bajo su estandarte, colocándose con su acompañamiento celeste entre los cristianos y los musulmanes; sea que fuese alucinamiento producido por la claridad dudosa de las estrellas y las banderas flotantes de los caballeros, la sola causa del prodigio; el hecho es, que el campo se salvó en esa noche de una sorpresa.

Los calores escesivos del clima, causando una epidemia pestilencial que diezmará el ejército cristiano hicieron necesario levantar el sitio despues de nueve semanas de infructuosos esfuerzos; pero antes de retirarse dió dos batallas á los sarracenos, que á pesar de su superioridad numérica, fueron batidos completamente: la bandera de María fué conducida gloriosamente por los caballeros de Francia, y los cristianos hicieron tales prodigios de valor bajo este estandarte, que espantado el rey de Túnez, se creyó muy dichoso en poder ajustar un tratado, por el cual se obligaba á volver los esclavos cristianos, á no molestar mas á los buques que navegasen por el Mediterráneo, y á pagar, en fin, diez mil bizantes de oro, por los gastos erogados en la guerra.

Las buenas ciudades del reino en los tiempos de peste ó de otra calamidad, se ponian bajo la protección especial de la Virgen Santísima, así como tambien sus soberanos. En 1357, despues de aquella funesta batalla de Poitiers, que segó la flor de la nobleza francesa, y en donde el mismo rey cayó en poder de los ingleses, el preboste de los mercaderes de Paris, hizo voto en nombre de la ciudad, de ofrecer todos los años á la Madre de Dios un cirio, cuya longitud igualara la circunferencia de los muros de la ciudad. La promesa se cumplió estrictamente hasta los tiempos de la liga en que quedó interrumpida por el espacio de 25 ó 30 años. En 1605 se substituyó á esta larga bugia enrollada una lámpara de plata con un grueso cirio, que estuvo ardiendo sin interrupción ante el altar de Nuestra Señora hasta el año de 1789 (3).

Ruan, en cuya ciudad la imagen de María ador-

2 Ibid.

3 Sauval, *mem. ms.* Aun se encuentran en las cuentas de entradas y gastos del dominio de Paris en el año de 1483, un artículo concerniente á esta bugia. A la viuda Gerbelot la cantidad de 27 libras, 19 sueldos, 8 dineros, debidos igualmente á ella por dicha ciudad, por 117 libras y media de cera labrada en una gran vela colocada sobre un torno de madera, por ella entregada el 12 de Febrero, al precio de 4 sueldos 8 dineros la libra; suma de la vela de Nuestra Señora, 53 libras 11 sueldos 8 dineros.

ria Zell, es aún una de las peregrinaciones mas célebres de la Alemania católica. El emperador Matías vino á ella para dar gracias á Dios de una victoria ganada sobre los turcos en 1601; Fernando III hizo concluir la iglesia tal como se vé hoy, y María Teresa, hizo en ella su primera comunión el año 1728.

1 Froissard, tom. xi, pág. 26.6

naba todas las plazas, todas las callejuelas, todas las fuentes y todos los monumentos públicos, se colocó por un voto solemne bajo su protección en 1348, cuando apareció aquella funesta peste negra que había asolado el globo y que hería tan violentamente á sus víctimas, que se quedaban muertos, dice un cronista contemporáneo, mirándose unos á otros. Cuando la intercesión poderosa de la Virgen hubo puesto término á esta horrorosa plaga, se construyó en la catedral normanda una de las mas magníficas capillas del mundo, bajo el título de Nuestra Señora del Voto. La estatua de María en mármol blanco y coronada de candidas rosas, descollaba en el altar que la erigió el reconocimiento público; y los magistrados de Ruan suspendieron delante de esta santa estatua una lámpara de oro macizo, que durante noche y día estuvo ardiendo hasta el siglo VI, en que los protestantes la apagaron (1).

Las ciudades de Francia no fueron las únicas que se consagraron en esa época á la Virgen Santa. Génova la soberbia, había escrito en todas sus puertas *Città de Maria*, y Venecia la bella, la reina del Adriático, había adornado la sala de su gran consejo en 1385 con un magnífico cuadro del Guarriotta, representando á Cristo coronando á la Virgen reina de Venecia. Bajo de esta pintura que ha perecido hace muchos siglos, estaban escritos estos cuatro versos del Dante.

*L'amor che mosse già l'eterno Padre
Per figlia aver di sua Deita trina,
Castei che fa del Figlio suo poi Madre
Dell' universo qui la fù Regina.*

Los que obtenían el elevado cargo de dux de Venecia, estaban obligados á dejar á la Señoría un cuadro, en el que se representasen de rodillas ante la Virgen Santísima, á fin de hacerles recordar que ella era su soberana, lo mismo que de la república (2). Esta devoción de Génova y de Venecia á la Madre de Dios, se había eclipsado por el ardiente culto que le rendía la pequeña república de Parma que se había consagrado también á María. Los parmesanos no tenían día mas solemne que el 15 de Agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen, patrona de su catedral y soberana de su república. Esta fiesta se podía comparar á las de Pascua, y era tan respetada, que la Santa Sede, al poner á Parma en entredicho, la exceptuó, sin embargo, de la excomunión el día de la Asunción de la Virgen.

En este día los padres de familia á la cabeza de todas las personas de su casa se dirigían á la soberbia catedral, cuyas bóvedas había de pintar el Corregio mas tarde, con banderas desplegadas y entonando cánticos, para ir á depositar flores y presentes en el altar de la Virgen sin mancha. Un solo habitante dice Turchi, que no se hubiera presentado en la catedral, habría quedado infamado y todos le hubieran designado con el dedo. En esta fiesta solemne en que todas las clases se confundían, no

1 Amiot, *Historia de la ciudad de Rouen*, tom. II.
2 *Delicias de la Italia*, tom. I, pág. 60.

había tampoco distinciones ni preeminencias: hubiérase dicho, por el contrario, que todos era miembros de una familia, que se reunían para festejar gozosamente á su madre.

En verdad que es una devoción tierna y sincera aquella que puede hasta apagar los odios de partido; y la de los parmesanos llegó hasta este punto. El día de la Asunción, en el año de 1323, los güelfos desterrados de Parma, deponiendo sus antiguos resentimientos, se presentaron bajo los muros, y con las manos juntas, suplicaron por amor de la Santa Virgen, que les permitiesen entrar. A este nombre invocado humildemente el día de la fiesta solemne, la población de la ciudad se sintió movida de compasión, y por un impulso espontáneo cada uno corrió á abrir las puertas. Güelfos y gibelinos se abrazaron derramando lágrimas de alegría; y se condujo á los deportados en medio de las aclamaciones del pueblo á la catedral de Nuestra Señora, donde se juró la paz sobre el altar de la Virgen, esa paz que duró cincuenta años (3).

Para apaciguar esas ardientes facciones de güelfos y gibelinos que dividían en dos partidos las ciudades de Italia, y convertían las calles y las plazas públicas en campos de batalla, no se imaginó un medio mejor que el de crear una orden de caballería de una naturaleza enteramente pacífica; los *Fraiti Gaudenti*, ó caballeros de la Virgen, que sin renunciar al mundo se ocuparon en restablecer en el nombre y honor de la Madre de Dios, la paz y la concordia en la península italiana.

Esta devoción de María que devolvía la paz á las poblaciones é inspiraba el valor á los guerreros, fué el alma y el principio de las órdenes militares. Esos grandes ejércitos siempre triunfantes de la edad media que se fundaron en su mayor parte, é hicieron hazañas prodigiosas con la fé de la Madre de Dios. En esa fracción religiosa y austera de la caballería, el rendimiento que no podía tributar á las damas estaba representado por una consagración particular á la Santa Virgen: por esto los caballeros de S. Juan de Jerusalem invocaban á María en el acto de recibir la espada; invocación que hacen todavía los caballeros de Malta, última transformación de aquella orden célebre. Los caballeros de la orden teutónica, tomaban el nombre de *caballeros de la Virgen* (4); y las tierras que conquistaron peleando contra los paganos del Norte de Europa, las llamaron *tierras de María*: la Virgen era su Dama celestial, y á decir verdad, ella era entonces la *Dama de todo el mundo*, como lo espresan las sencillas leyendas de la edad media. Estas órdenes, sometidas á una organización poderosa que participaban de la disciplina de la milicia y de la severidad de una regla, conquistaron en el nombre de María, provincias que se reunían despues para componer reinos. La orden de los caballeros teutónicos, vino á ser, como es bien sabido,

3 Chronic. Parm. in med. ann. 1323.—Chronic. Parm. apud Murator, 10 Rer.

4 En 1191 el papa aprobó la institución de estos caballeros, bajo el título de hermanos hospitalarios de la Santísima Virgen, y los puso bajo la regla de San Agustín.

la monarquía prusiana; y bajo el nombre de caballeros de Rodas, los hospitalarios han reinado sobre una de las mas bellas provincias del Levante. A estas órdenes religiosas y caballerescas que extendieron el culto de María, por medio de milagros de bravura, vinieron á reunirse las órdenes reales, de las que por lo comun era también María la patrona. El rey Juan fundó en honor suyo la orden de los caballeros de *Nuestra Señora de la Noble Casa*, conocidos mas generalmente con el nombre de los caballeros de la Estrella. Estos caballeros ayunaban todos los sábados siempre que podían, y cuando no, debían dar á los pobres quince monedas parisis de infimo valor, en memoria de los *quinze gozos* de Nuestra Señora. A esta orden le era permitido llevar una bandera sembrada de estrellas con una imagen de la Virgen en el centro, ya fuese para hacer la guerra á los enemigos de la fé, ya simplemente para el servicio de su Señor. Ellos juraban morir antes que rendirse, y no huir mas lejos de lo que comprendía el espacio de cuatro fanegas de tierra: y esto cuando la superioridad del número les forzase á la retirada.

Cárlos VI, ese pobre príncipe cuyo valor precoz había ganado á los catorce años aquella célebre batalla de Rosbeq que irritó tan fuertemente á los ingleses que habrían resucitado la envidia si estuviese muerta así al menos lo dice el San Juan de Froissard (1), instituyó asimismo, durante los primeros años de su reinado, una orden de caballería en honor de la Santísima Virgen para dar cumplimiento á un voto que había hecho en el Languedoc. Hallándose en Tolosa, cazaba frecuentemente con Oliverio de Clisson, Pedro de Navarro y otros muchos señores de su corte en el antiguo bosque de Bouconne. Un día que persiguiendo una bestia salvaje se había separado de su comitiva, le sorprendió la noche en medio de tierras eriales, de soleadas sin caminos y de grandes bosques poblados de osos y de jabalíes de la antigua floresta druidica; para aumentar los peligros de su situación, las tinieblas se hacían á cada instante mas densas, y un cielo nebuloso no dejaba que alumbrase ni la débil claridad de las estrellas. Aterrorizado de su asilamiento, y no sabiendo qué dirección seguir, el príncipe hizo un voto solemne á Nuestra Señora de la Esperanza, y se puso humildemente bajo de su amparo. Al punto, un viento ligero disipa las nubes, y el astro de la noche derrama sus rayos de gris perla sobre un sendero abierto que condujo al joven monarca fuera del bosque. El día siguiente, Cárlos, seguido de sus caballeros armados completamente, excepto la

cabeza, vino á cumplir su voto á la capilla de María. Para perpetuar el recuerdo de esta peligrosa aventura, fundó á poco tiempo la orden de la Esperanza, de la cual una estrella era su símbolo (2).

En el año de 1370, Luis II, duque de Borgoña, instituyó la orden de los caballeros del *Cardo de Nuestra Señora*. Esta orden se componía de veintiseis caballeros, que llevaban un cinturón de terciopelo azul celeste, adornado de bordados de oro con el mote *Esperanza*, recamado de un bordado parecido: la hebilla de oro fino, ofrecía, *realzando con esmalte verde*, la cabeza de un cardo. El día de la Concepción de Nuestra Señora, que era la gran fiesta de la orden, los caballeros vestían un ropón suntuoso de damasco escarlata, y un manto azul celeste adornado de bordados de oro, sobre el cual llevaban el gran collar de la orden compuesto de rombos y de lises de oro, con la palabra *esperanza* sobre cada rombo. Del extremo del collar pendía un medallón ovalado con la imagen de María, bajo de la cual se veía un cardo esmaltado de verde y con realces blancos (3).

La devota y caballerescas España, tenía también desde los tiempos de la edad media órdenes reales en honor de María. El rey Alfonso, ó mas bien, don Alfonso el Sabio, fundó una orden de caballería, que colocó bajo la protección de la Virgen; y don Jaime II, rey de Aragon, para recompensar el valor de los habitantes de Montesa, cuyo castillo construido en la cumbre de una alta montaña había resistido muchas veces á los moros heroicamente, fundó en 1319 una orden de caballería, bajo el título de *Santa María de Montesa*, á la cual donó generosamente con el consentimiento del papa, los bienes que la orden suprimida de los templarios poseía en el reino de Valencia.

Un poco mas tarde, á mediados del siglo XV, Cristian I, rey de Dinamarca, fundó en honor de la Santísima Trinidad y de la Santa Virgen, la orden real del Elefante, y los miembros de ella contraían varios empeños piadosos, especialmente el de defender la fé católica aun con peligro de la vida: el Elefante era el símbolo de las virtudes de la orden.

Las órdenes reales y militares no fueron las únicas en tomar á María por patrona. La milicia religiosa que gana las batallas por medio de la oración, bajo la égida de la fé, quiso marchar también bajo el estandarte, y se distinguió por otro género de heroísmo. En Occidente, la primera orden religiosa fundada especialmente en honor de María,

1 Dice un proverbio vulgar, y es una verdad como la que encierran todos los proverbios, que la envidia nunca muere. Me recuerda ese proverbio el que los ingleses son por caracter envidiosos del bien ajeno que quisieran arrebatárselo para sí. Sabed, pues, que el rey de Inglaterra y sus tios, y los nobles están sumamente coléricos del bien y de la gloria que han logrado el rey de Francia, y sus nobles caballeros en la batalla de Rosbeq; y dicen de esto en Inglaterra cuando los lores hablan en sus reuniones. ¡Ah, Santa María! los franceses están muy orgullosos del triunfo que han obtenido ahora sobre un puñado de villanos sin orden ni disciplina. ¡Plegue á Dios que ese Felipe de Arville hubiera tenido que habérselas con dos mil de los nuestros y seis mil arqueros, que no habría escapado uno solo de esos franceses, porque todos habrían sido muertos ó hechos prisioneros!

2 La institución de Nuestra Señora de Buena Esperanza, está probada con una antigua pintura que se vé sobre la pared del claustro de los Carmelitas de Tolosa, cerca de la capilla de Nuestra Señora de Esperanza, en donde el rey de Francia está representado á caballo, inclinándose ante una imagen de la Virgen; algunos caballeros están pintados allí, todos armados, excepto la cabeza. Sus nombres, escritos abajo, están casi borrados; pero aun pueden leerse los del duque de Turenne, del duque de Borbon, de Pedro de Navarra, de Enrique de Bar y de Oliverio de Clisson. Todos estos personajes están pintados de tamaño natural. El fondo de esta pintura está lleno de lobos, de jabalíes etc. Arriba, sobre una especie de friso, unos ángeles llevan unas banderolas sobre las que está escrita tres veces la palabra *Esperanza*. (Dom Vaissete, *Hist. de Languedoc*, tom. IV, pág. 396.)

3 Pavin, *Hist. de Navarra*, lib. 8.

fué la de Citeaux, que reconocia por su fundador á San Roberto, un jóven caballero normando, á quien su familia destinaba á la profesion de las armas, y que quiso mejor ganar el reino de los cielos. En el año de 1098, fundó en un paraje desierto, erizado de abrojos y de espinos, que le habia cedido el duque de Borgoña, la célebre abadía de Citeaux é hizo tomar á los veinte religiosos que le habian acompañado, el hábito blanco en honor de María, segun los analistas de Citeaux, y por una revelacion de la misma Virgen Santísima. Para merecer su proteccion, Roberto y sus religiosos, se sometieron á la vida mas desprendida del mundo, mas laboriosa, mas pobre, y en fin, la mas austera que sea posible imaginar. Desterraron de sus templos todo lo que pudiera tener la menor apariencia de lujo. Su iglesia abacial no tenia sino una pobre cruz de madera, los incensarios y candeleros eran de hierro y los cálices de cobre dorado: el báculo del abad era sencillamente el baston de madera encorvado de que se servian entonces los ancianos. Para evitar todo lo que pudiera perturbarles en su retiro y recogimiento, convinieron en no permitir que príncipe ó magnate alguno llevara su corte en lo de adelante á su iglesia ó á su monasterio, como tenian costumbre de hacerlo en las grandes fiestas. Estos reglamentos no se hicieron sino gradualmente. La mayor parte son obra del abad Estéban, sucesor de Alberico, el cual habia sucedido á Roberto en el año 1109. En el siguiente, fué tan grande la escasez en el monasterio, que el abad se vió obligado á montar sobre un asno para ir á pedir limosna á los pueblos comarcanos, acompañado de un hermano. El rigor de la regla que se observaba, hacia que el monasterio de Citeaux se viese casi desierto, nadie se presentaba á reemplazar á los religiosos que morian, y el abad comenzaba ya á temer seriamente que el nuevo instituto llegase á morir en su cuna; pero María que le protegía no lo permitió; y por lo mismo le hizo un presente magnífico en la persona de San Bernardo, que escogió aquel retiro para sí y para muchos de sus parientes en el año de 1113. Tenia apenas entonces diez y siete años; á los diez y nueve fué ya enviado á Clairvaux en calidad de abad, poniéndose entonces á desmontar aquel lugar cubierto de malezas. En tanto que San Bernardo echaba los cimientos de Clairvaux, La Ferté, Pontigny y Marimord, que son las otras tres abadías hijas de Citeaux, se poblaban por la gracia de la Virgen Santísima. El sitio agreste y aislado en donde se eleva la de Marimord, la mas austera de todas, fué una donacion piadosa de Olderico de Grammont y Adelina su esposa, señora de Choiseul (1). Estas cuatro abadías fueron las primeras y las madres de muchas otras, en cuyos pormenores no entraremos; todas igualmente austeras y arregladas, todas dignas de la proteccion de su celeste patrona. Los religiosos iban á trabajar á los bosques y á los campos, hacian las siembras, segaban las mieses, cortaban la yerba de los prados, derrribaban los árbo-

1 *Anales Cistercienses* de R. P. Manrique, ann. 1115. cap. I.

les de las florestas y los conducian sobre sus espaldas. De vuelta á su convento, recibian con agradecimiento y humildad el alimento que se les daba, que consistia en una libra de pan de centeno, y un potaje de hojas de haya. Su lecho era de paja, su almoadá un saco de arna, y despues de haber reposado algunas horas, se levantaban á la media noche para cantar alabanzas al Señor. Tal era la vida austera y piadosa de estos monges de la Virgen, á quien honraba su conducta, segun la expresion que el mismo Dios emplea en los libros santos. Tambien ella se designaba darles testimonios indudables de su benevolencia. En los anales de Citeaux se refiere, que cuando estos buenos religiosos, de vida tan austera, de corazon tan sencillito, de manos tan laboriosas, sudaban agobiados por el cansancio durante la siega, sin atreverse á humedecer sus lábios desecados por la sed, en la agua de la vecina fuente, ni á refrigerar sus miembros que languidecian bajo el sol abrasador del verano, en la frescura deliciosa de los bosques seculares que limitaban sus desmontes, la Santa Virgen enjugaba con su velo blanco el sudor que corria sobre la pálida y sulcada frente de los hermanos de Citeaux (2).

Hombres de ilustre nacimiento venian á refugiarse á este santo monasterio. El príncipe Enrique, hermano de Luis el jóven, entró al claustro de Clairvaux, el año de 1149. San Malaquias, descendiente de los reyes de Irlanda, y que era el patriarca de esta isla, trocó sus vestidos pontificales, por los humildes hábitos de sarga y de fustan de los religiosos de la Santa Virgen. Walléne, uno de los primeros señores de la corte de Escocia, y muy querido del rey, se acompañaba con él en todas sus correrias de caza, abandonó el mundo, sus pompas y placeres, que tanto le sonreian, para encerrarse en uno de los monasterios de Citeaux. El rey habia advertido ya algunas veces, que el jóven noble en lugar de seguir a los corzos, se retiraba á los sitios mas apartados y en los altos helechos, ó bajo los matorrales de ogicantas se ponía á leer ó á orar. "Sera necesario que yo le haga obispo," decía un dia el piadoso monarca con aire meditabundo; Walléne, previno su pensamiento y se hizo monje en Warden.

En 1129 Everardo, conde de Mans, dejó su corona de príncipe soberano por la cogulla de Citeaux. Tomando un disfraz fué á presentarse á uno de los abades de la orden, quien le confió el cuidado de uno de los rebaños pertenecientes al monasterio; y habria permanecido siempre incógnito si algunos señores de Mans, no le hubiesen encontrado haciendo pastar las ovejas en el extremo de un prado. Otro jóven señor de muy elevado nacimiento, que habia tomado el hábito en Citeaux, quedó encargado de conducir todos los dias bajo las grandes encinas de un bosque vecino una piara de cerdos, para que se alimentasen allí de bellotas y fabucos. Cierta dia en que el novicio no habia hecho oracion, le hizo oír su voz Satanás, el padre

2 *Ibid.* sd. ann. 1199, c. 5 y 1228, e. 6.—ann. 1121. c. 6.

del orgullo, quien le sugirió el pensamiento de que aquella ocupacion era muy degradante y estraña para el hijo de un poderoso baron. El jóven noble, que hasta entonces habia sido humilde y piadoso, se mordió los labios de despecho, y todo su fervor se desvaneció: al caer la noche, volvió á su monasterio y se retiró á la capilla. Quien le hubiera visto prosternado ante el altar de Nuestra Señora y sumergido en una meditacion profunda, habria dicho tal vez: "he ahí un santo, cuyo pensamiento está en el cielo." Y su pensamiento estaba muy distante de tan elevado objeto, porque en lo que pensaba era en el castillo de su padre, y en qué modo podria huir del convento: "La noche está bien oscura, dijo el novicio arrojando una mirada fuera del ámbito de la capilla, el viento anuncia la tempestad y está el momento propio para escaparme. . . . Yo porquerizo! yo, el hijo de uno de los mas grandes señores del reino? ¡ah! esto es una vergonzosa degradacion! ¡vamos pues! Levántase y atraviesa la nave con paso resuelto, toca el dintel, vá á traspasarlo y se ofrece á su vista la figura de una mujer; cree al principio que no era mas que una fantasma creada por su imaginacion; pero no, ella está siempre delante de sus ojos; allí cerca de la capilla; una mujer bella como un ángel; majestuosa como una reina: con una sonrisa de compasiva piedad y con un ademán gracioso de su mano le indica que le siga, y él la obedece maquinalmente. La desconocida se dirigió lentamente hácia el cementerio, al que la luna, medio velada por las demas nubes, alumbraba con una estraña y siniestra claridad, los grandes sauces agitados sombriamente por el viento de la noche, parecian exhalar lamentos sobre los que dormian bajo la tierra el sueño de la muerte, y los pájaros nocturnos mezclaban sus lúgubres graznidos al rumor mugido de la tempestad. Un estremecimiento como de calorío empezó á recorrer los miembros del jóven religioso; su bella y tranquila conductora estendió la mano, y hé aquí que entonces las cubiertas de césped de las sepulturas se abren lentamente, y que los muertos se levantan frios y pálidos entre los pliegues de sus mortajas. El novicio, estaba ya á punto de desmayarse de espanto, cuando la desconocida, fijando en él una mirada de ternura y de compasion, le dice con una voz dulce y penetrante: "Espera no mas unos cuantos dias y tú estarás lo mismo que ellos!" Adónde quieres ir? qué es lo que piensas? No sabes que es ahí donde terminan todas las glorias del mundo?" Al decir estas palabras la Virgen desapareció: porque como se deja entender, era ella la que venia al socorro de aquella alma extraviada: las sepulturas volvieron á cerrarse; y el jóven novicio que no pensó ya mas en abandonar el convento, vino á ser un modelo de virtud y de humildad (1).

La orden de Citeaux que se habia extendido en toda la cristiandad, fué suprimida en Francia al principio de la revolucion.

1 Ann. 1207. C. 4.

La orden de Fontevrault, fundada en 1100 por Roberto de Abricelle, para honrar la santa obediencia de Jesucristo á los mandatos de su Madre y el respeto filial de San Juan hacia María, no podia nacer sino en la edad media caballeresca. En esta orden, que tuvo por religiosas, nobles y poderosas damas, y por abadesas, princesas de sangre real, las mujeres mandaban á los hombres, y los abades no se hubieran atrevido tratar de hermana á la abadesa que debian llamar con toda humildad madre (2), y que era al mismo tiempo la soberana absoluta de la orden. La fundacion de ella produjo algunos disturbios en su origen. Marbodo, obispo de Reunes, y Godofredo, obispo de Vendome, espantados de la estrañeza de esta obediencia en sentido inverso, se pronunciaron contra Frontevrault; pero no por eso dejó de subsistir hasta la revolucion. En esta abadía era donde se educaban las princesas de sangre real.

Siete mercaderes de Florencia, fundaron tambien hácia la segunda época de la edad media, la orden de los Servitas ó siervos de María, que dió á la Iglesia San Felipe Benizzi, autor de la tierna devocion de los Siete Dolores de la Virgen. En fin, el dulce nombre de María se adhirió á la orden de Nuestra Señora de la Merced, destinada á rescatar de la esclavitud á los cristianos cautivos de los infieles. Esta orden, fundada el 10 de Agosto 1218, es una de esas obras santas que honran á la humanidad. Las reglas, siendo estrictamente severas, tenian parte de las de las órdenes militares, y parte de las puramente monásticas.

Si las otras órdenes religiosas de los tiempos caballerescos no estaban tan inmediatamente bajo la proteccion de la Santísima Virgen, como las de que hemos hecho mencion, si le tributaban todas honores á porfía, pues que todas se fundaron bajo su maternal y protectora influencia. Los antiguos cartujos dedicaron á María su primera capilla que subsiste todavia en medio de las rocas, donde fué primitivamente construida, y que lleva el nombre conmemorativo de Nuestra Señora de las Cabañas (3).

La cuna de la orden de los franciscanos, fué una capilla muy antigua y casi destruida, que construyeron en un tiempo remoto cuatro solitarios de Palestina, y á quien dieron el nombre de Santa María de Josafat, porque en ella se veneraban algunas reliquias del sepulcro de la Santísima Virgen. La orden de los dominicos tomó su origen de Nuestra Señora de Pronille.

San Norberto, reformó á Premontré por mandato de la Madre de Dios, y obligó á sus religiosos á rezar todos los dias el oficio de la Virgen, so pena de incurrir en pecado mortal.

2 Un decreto del Parlamento mandaba á los monjes de la abadía de Fontevrault llamar á la abadesa su madre, y no su hermana. [Véase los *Ann. de Fontevy*.]

3 *Sacellum beate Mariae de Casaliibus*. Esta capilla, que los cartujos han conservado con respeto como la primera cuna de su orden, subsiste aún. Adornada con gusto y oculta en el fondo de los bosques, ofrece una perspectiva muy agradable.

CAPITULO XI.

EL RENACIMIENTO.

Al principio del siglo décimoquinto, la Europa católica estaba continuamente arrodillada delante de María, cuyas catedrales, ya seculares, se construían con admirable empeño y constancia. Fundábase también entonces un gran número de cofradías en honor suyo. Los príncipes alemanes se adornaban con su escapulario, y los reyes ingleses de la rosa encarnada se hacían consagrar con un aceite milagroso, *mas resplandeciente que el fino oro, que la benigna Virgen María había dado expresamente para ellos* á Santo Tomas Becket cuando sufría su destierro (1).

Los estudiantes de estos grandes colegios en que se concedían tantas plazas gratuitas en nombre de Nuestra Señora, se levantaban al amanecer para rezar en común el oficio de la Virgen; y hasta los mismos príncipes sin exceptuar el reinante, lo rezaban también en horas fijas con otros oficios de la Iglesia. Una pequeña sala en lo más retirado de sus habitaciones, y muy semejante á las capillas domésticas de los romanos, estaba especialmente dedicada á esas devociones matinales. El duque de Orleans, tío de Carlos VI, cuya vida era á la verdad poco edificante, no por eso dejaba de tener en su palacio de San Pablo un oratorio enriquecido con esculturas góticas de madera de Irlanda, sobre cuya puerta se leían estas palabras: *retrate en que reza sus horas Monseñor Luis de Francia*.

En Nápoles, la fiesta de Nuestra Señora del Cármen tenía cierto aire caballeresco que faltaba á las de Francia, y que denotaba un origen contemporáneo de las Cruzadas. El principal espectáculo de esa gran fiesta era una especie de escaramuza guerrera ejecutada por los jóvenes de la ciudad. Elevábase una fortaleza turca en medio de la plaza del Cármen; la media luna otomana brillaba en sus almenas, y era defendida por tres ó cuatrocientos jóvenes, que bajo el nombre de *Alarbes* figuraban una especie de milicia turca. Los sitiadores de este castillo, que representaban la nación napolitana, no dejaban de vencer á los infieles, ni el pueblo de regocijarse de una victoria que era la imagen del triunfo de la cruz sobre la media luna.

El rosario (2) y el escapulario que los italianos, llaman *corona*, eran el adorno de los grandes y del pueblo, de los magistrados y de los guerreros. Poníase en los canastillos de casamiento un rosario de gran precio; y las grandes damas de la época del renacimiento, lo mismo que las de la edad media,

eran frecuentemente representadas sobre sus tumbras con un rosario en la mano. Esta oración, que tenía su origen del pueblo pobre, se había hecho ya general. Los paisanos y los caballeros le rezaban yendo á sus campos ó volviendo á la ciudad, los litigantes en la audiencia esperando á sus abogados, y los cristianos de todas clases yendo á ganar sus *indulgencias* á las iglesias lejanas. Los reyes mismos daban el ejemplo: Blanca de Castilla rezaba diariamente su rosario: Eduardo III rey de Inglaterra, dió su escapulario guarnecido de perlas á Bस्ताquio de Ribeaumont, caballero francés que lo había derribado dos veces. En el inventario hecho después de la muerte de Carlos V, llamado el Sabio, se ven figurar diez rosarios de oro. Los suizos en Grandson encontraron dentro de la tienda ducal de Carlos de Borgoña su *Pater*, escapulario, en que había las figuras de los apóstoles de oro macizo (3). Sábese también que el famoso condestable Anne de Montmorency, decía siempre su rosario cabalgando á la cabeza de sus soldados. Algunas veces dejando suspenso un *Pater* mandaba alguna expedición militar ó daba la señal de ataque, y después continuaba concienzudamente sus *aves*, dice un historiador de la época, *tanto era el devoto de esta oración!*

La *corona*, que deriva su nombre de ciertas coronas de flores que en la edad media, llamábanse *chapels*, era la corona espiritual de María; decíase entonces, y era ciertamente una graciosa y poética creencia, que al lado de cada cristiano que la rezaba con atención y fervor, se colocaba un ángel, algunas veces visible, que iba ensartando en un hilo de oro una rosa por cada *ave* y una azucena por cada *Pater*, y que después de haber colocado esta guirnalda sobre la frente del devoto servidor de María, desaparecía dejando una suave fragancia de rosas (4).

Los reyes de Escocia y los grandes vasallos de su corte llevaban rosarios de granos de oro *para preservarse de todo mal*; los valientes caballeros de las fronteras se fabricaban unos mas sencillos con avellanas doradas por el sol de otoño, y nunca lo rezaban con mas fervor, dice Lesley, que en sus expediciones contra los ingleses. Los rosarios de oro desaparecieron con la desgraciada reina María, la última soberana católica; pero aquellos que los habitantes del *Border* cogían en los bosques, se conservaron durante largo tiempo contra los embates de la reforma. Esta fué la última práctica del catolicismo en Caledonia; con ella cayó la antigua religión de Bruce, de Walase, y de David I; religión á la cual la Escocia y la Inglaterra deben, según la confesión del radical Cobbett, todo lo mas grande que tiene en hombres y en cosas.

1 Boucher, *anales de la Aquitania*, t. IV, pág. 3.

2 El rosario fué instituido el año 1208, por Santo Domingo, pero el no fué precisamente el que lo inventó. Desde el año 1094, Pedro el Ermitaño había imaginado hacer granos de rosario de madera, sobre los que los soldados cruzados, quienes en su mayor parte no sabían leer, recitaban cierto número de *Pater* y de *Ave* que variaban según la solemnidad de las fiestas. Antes de él, antiguos historiadores refieren que las personas devotas decían ya cierto número de *Pater* y de *Ave* sobre unas cuerdas con nudos, *per cordulam nodis distinctam*. [Regl. de la cofr. del rosario.—Astolfi.—Gabriel Peunotus, in Hist. tripart.]

3 Hist. de Luis XI, por M. Liscien, pág. 91.

4 El rosario debió su origen á un joven religioso de la orden de San Francisco. Antes de tomar el hábito de los hermanos menores, este joven tenía la costumbre de hacer todos los dias una guirnalda de flores, con la cual coronaba una imagen de Nuestra Señora. No pudiendo continuar en su convento esta devota práctica, estuvo á punto de dejar el hábito, pero como estaba siempre pensando en esto, se le apareció Nuestra Señora, y le mandó substituyese á la corona de flores la corona espiritual del rosario. (El P. Alejo Salo, Meth. ac. para honrar la Virgen María, pág. 672.)

Los georgianos y los pueblos de Italia se fabricaron también coronas, con tan poco gasto como los escoceses, empleando para ello los huesos de Cinnamon que los italianos llaman aun *l'albero dei paternostri*.

La devoción tierna y sincera de nuestros abuelos hacia la Santísima Virgen, se revestía de las formas mas suaves y afectuosas. Con bayas sacadas de los arbustos y con frutos cogidos de los zarzales, se componían guirnalda religiosas; y decorábanse con su nombre varias flores y plantas de Europa y de Asia, que recordaran su memoria en medio de los campos y de las selvas. El narciso con la corola bordada de púrpura, recibió el nombre de lirio de María; la rosa de Jericó, el sello de Salomon, se convirtieron en rosa y sello suyo; la pulmonaria con manchas blancas, fué la leche de Nuestra Señora; la Escocia tomó por emblema su cardo bendito; el árabe cristiano lloró humo de Santa María, una especie de agenojo con flores blancas que crece en sus arenosos montes; el pastor de las montañas designó bajo el nombre de yerba de Santa María la menta de los Alpes, el romero y la persicaria; los musulmanes orientales denominan el cyclamen ó pan porcino oloroso, *bokour Miriam*, [perfume de María], y la misma planta lleva en Persia el nombre de *cheuk Miriam*, [mano de María]: una planta primaveral de Europa lleva el nombre de manto de Nuestra Señora; el arrayán con bayas negras y dulces fué su cordón; las serbas de los Alpes, y las alfombras de tomillo silvestre en que se posa la abeja fatigada, tuvieron también su nombre.

Por el contrario, en algunos países del Norte se evitó escrupulosamente dar el nombre de María, no solamente á las cosas sino también á las personas; temiendo que este nombre no acabase por ser tratado con irreverencia y llevado indignamente. Entre los polacos, ninguna mujer se llamaba María; y esta prohibición se extendía tanto, que Uladislao IV al tomar por esposa á María Luisa de Nevers, quiso se estipulase en las cláusulas del contrato que la nueva reina dejaría su nombre de María, que ofendía el respeto que los polacos tenían hacia la Madre de Dios, y que por lo tanto, solo llevaría el nombre de Luisa (1).

En los primeros años del siglo XIV el papa Inocencio XXII, justamente espantado de las conquistas de los musulmanes, instituyó una oración á la Virgen con el nombre de *Ave María*; esta oración, para la que se había elegido la hora mas dulcemente misteriosa, la en que anochece (2), se hacía en Francia y en Inglaterra á la primera campanada del *Couvre feu*; todos los católicos rezaban entonces tres *Ave Marias* por el feliz éxito de las almas cristianas, y pedían á la Virgen que hubiese paz, union y prosperidad en todos los reinos sometidos

á la Fé. Luis XI en 1475, instituyó el *Angelus*, tal como existe ahora, en honor del misterio de la Encarnación; y quiso que á la oración de la tarde que se hacía por la paz general, se añadiese una al medio dia por la paz particular de su reino. El edicto fué redactado de esta manera: "Se manda á todos los franceses, caballeros, hombres de armas y plebeyos, *se pongan de rodillas* al primer toque de campana del medio dia; que se santigüen devotamente y rezen una oración á Nuestra Señora para alcanzar buena paz."

Ejecutóse el edicto con una exactitud que prueba hasta qué punto era general y popular la devoción á la Santísima Virgen. En el siglo XV al primer toque de campana de *l'Angelus*, en las casas, en las calles, en los campos y en los caminos no había franceses que no se arrodillase para hacer oración á María. Cumplido este deber los que pasaban y los caminantes, levantábanse y proseguían su camino (3).

En aquellas procesiones, de trescientas mil personas, cuya cabeza tocaba á la iglesia de San Dionisio, cuando las últimas filas se apiñaban todavía en el átrio de la catedral de Nuestra Señora (4), la bandera de seda bordada de oro de la Virgen María, se llevaba mas alto que todas las demas banderas y marchaban inmediatamente después de la cruz; los reyes, las reinas, los obispos, los gefes de la alta ciudadanía eran miembros de la cofradía de Nuestra Señora (5), y veíanse en estas piadosas reuniones las caperuzas bordadas de oro de los príncipes, confundirse con las medio encarnadas y azules de los ciudadanos parisienses.

En cada esquina de calle, una pequeña estatua groseramente esculpida en madera de encino, ennegrecida por el tiempo y cubierta de un velo de encaje antiguo, elevaba su frente secular por encima de una masa de flores, que las almas piadosas de cada barrio renovaban por las mañanas, á la hora en que las trompetas anunciaba la venida del dia desde lo alto de las torres del Chatelet (6). Estas flores colocadas misteriosamente antes del alba se las suponían regalos de los ángeles que se decía bajaban á enseñar á los cristianos el modo de honrar á su Reina. Durante la noche ardían constantemente lámparas delante de estos pequeños nichos parduzcos, que aparecían en todos los sábados completamente iluminados (7). Este fué el primer alumbrado de las calles, menos luminoso sin duda que el de nuestros dias, pero que tenía sobre el nuestro una gran ventaja, y era la de contener una idea piadosa muy propia para hacer reflexionar á un pueblo cristiano. Las lámparas místicas

3 Alejo Montiel, *vida privada de los franceses*, tom. 1.^o

4 Caspi, *Hist. de la Ref.*

5 Esta cofradía, la mas antigua de las de Nuestra Señora en París, fué establecida en 1168. Se nombraba la *Gran Cofradía de Nuestra Señora aux seigneurs prestres et bourgeois de Paris*. El rey, la reina y el obispo de Paris hacían parte de ella, y en las tres órdenes de esta cofradía, no se recibían mas que las personas de alto rango. [La Maine tom. 2.^o pág. 79.—*Tratado de la policía*, tom. 1.^o pág. 372.]

6 Alejo Montiel, tom. 1.^o

7 *Hist. de Nuestra Señora de la Paz*, por el P. Medan, capuchino.

1 Dovendo Ladislao IV prendere per moglie la figliuola del duca de Riviers, chiamata Maria Aloisa, messe questa special condizione che la reina, per riverenza della Vergine, si chiamasse nell'avvenire solamente Aloisa. [Il P. Paolo Segneri, tom. 8.^o pág. 571.]

2 Polidoro Virgile atribuye la institucion de la *Ave Maria* de la noche al papa Juan XXII, y la de la mañana á Teodorico, arzobispo de Colonia.

de las imágenes de María, brillando de trecho en trecho como un ligero cordon de estrellas, á través de los tallos embalsamados de las flores, parecían decir al vagabundo que caminaba de noche para cometer algun delito: hay encima de esta ciudad adormecida un ojo que jamas se cierra, y que vela sobre estas calles desiertas y silenciosas, el ojo de Dios! (1).

Estas pequeñas estatuas de esquinas, aunque no estuviesen tan adornadas como las que descollaban de plata maciza sobre los altares de mármol y de oro, no eran por esto menos estimadas del pueblo. Allí iban en procesion los jóvenes de todos los barrios con los piés descalzos y la cabeza coronada de flores, cantando las letanias de la Santísima Virgen: todo el mundo los seguía por malo que fuese el tiempo, y el concurso era á veces tan grande que apenas se podia transitar por las calles. Una pequeña imagen de cedro de un pié de alto, que habia pertenecido á la casa de Joyeuse, y que figuraba entre dos torrecillas puntiagudas sobre la puerta del convento de capuchinos de la calle de San Honorato, iba á ser ocasion de una pequeña guerra civil entre dos barrios de Paris. Algunas personas mas celosas de lo que convenia, quisieron apoderarse de la milagrosa estatua para adornar con ella su propia parroquia. Llegó la noticia á oídos de los habitantes de aquel barrio, quienes inmediatamente tomaron las armas é hicieron guardia de dia y noche delante de la Virgen tutelar. La calma no se restableció hasta haberse verificado la traslacion de la santa imagen á la misma iglesia del convento (2).

La reina del cielo que inspiraba á los ejércitos de la edad media la confianza de la victoria, reinaba tambien sobre las flotas y sobre los buques mercantes de ese siglo décimo quinto, que con razon fué llamado el siglo de los descubrimientos. Cristóbal Colon emprendió el descubrimiento del Nuevo-Mundo bajo los auspicios de María, cuyas Horas leía sobre su navio en un manuscrito precioso que á su partida le habia regalado el Papa Alejandro VI, y que el legó despues á la república de Génova. Don Enrique de Portugal, que presidió y concurrió al descubrimiento de las Grandes Indias, edificó en Belen una iglesia de Nuestra Señora, acompañada de un hospital para los marineros de su patria. El primero y mas hábil de sus navegantes, Juan Gonzalo Zares, edificó otra iglesia de Nuestra Señora en la isla de la Madera. Cuando los portugueses, á las órdenes de Vasco de Gama, desembarcaron por la primera vez en la costa de Coromandel, en donde bajo la fé de algunas antiguas relaciones de viajes, creían encontrar cristianos de Santo Tomas, se dejaron conducir por los indígenas al templo de una diosa de los indios, á quien á pesar de sus cuatro brazos y de sus largas orejas, tuvieron el candor de

1 Es aun el único alumbrado de muchas ciudades de Italia. He aquí lo que dice un autor que escribia en 1803: "Il polo è divoto alle madone, per cui ve ne sono in ogni angolo delle strade con fanali accesi di notte. Essi tengono illuminate le strade, e così la divozione suplice alla polizia." [Desoriscione di Napoli, pag. 262].

2 Véase Hist. de N. S. de la Paz.

tomar por la Virgen María, y ante quien se pusieron á orar. Sin embargo, uno de ellos concibió algunas dudas, y viendo aquel ídolo cuyas horrorosas facciones le recordaban una cosa diferente á la dulce y amable Virgen de los cristianos, exclamó: "¡Si aquí se adora al diablo, lo que es muy probable, se entiende que nuestras adoraciones no se dirigen sino á la madre de Dios!"

Despues de haberse establecido en la India, los portugueses, fieles á su devocion á María, le dedicaron en Goa una magnífica iglesia enteramente dorada en el interior, y á la que llamaron Nuestra Señora de *Asava* ó de la misericordia: otras varias iglesias tales como Nuestra Señora de Granganor y de Meliapour, se edificaron por sus cuidados en diversos lugares de la India y hasta la embocadura del Ganges, el rio sagrado del Indostan. Entre ellos era costumbre entonces hacer homenaje á María del diezmo del botin tomado á los idólatras, cuya costumbre hizo se construyesen muchas capillas en honor suyo. Aun hoy sucede que nunca pasan sus navios á la vista de las capillas de la Virgen situadas sobre las riberas del soberbio Macao, sin saludarlas con descargues de toda su artillería (3). Los españoles, no menos devotos de María que los portugueses, llevaban sobre sus buques cargados de barras de oro su estatua de plata maciza, ante la cual á tarde y mañana rezaban los aventureros marinos de Isabel la católica. En una época mas cercana á nosotros, habiéndoles llevado los filibusteros de la isla de la Tortuga, en un combate naval, una de estas imágenes, los españoles despojados de cuanto poseían no pensaron en reclamar mas que á su Madona venerada. El gobernador general, entabló con los foragidos una negociacion cuyo objeto era únicamente rescatar la *Santa Señora*, y salvarla de las profanaciones de estos piratas que afectaban vivir sin ley ni creencia ninguna; pero ellos rehusaron tenazmente devolverla.

La Virgen que protegió las artes velaba siempre por la conservacion de los imperios; y la dulce reina del cielo tenia aun por vasallos á los reyes de la Europa católica en general, y á los reyes de Francia en particular. En 1478, el rey Luis XI separó el condado de Boloña del Artois, y se lo dió á la Virgen María, á quien declaró condesa del Boloñés. A título de tributo feudal, depositó sobre su altar un corazon de oro del peso de trece marcos, y prometió que sus sucesores al trono quedarian obligados á renovar este homenaje y esta ofrenda á la Virgen Soberana. Sábese tambien que este príncipe cruel, pero de gran talento, desdenando el fausto hasta caer en el extremo contrario, no llevaba mas ornamento en sus audiencias solemnes que una pequeña efigie de Nuestra Señora, vaciada en plomo y colocada en su fieltre real. Solia decir, que mas estimaba este pequeño pedazo de plomo, que todo el oro de su reino.

Fué enterrado, segun su mandato, en Nuestra Señora de Cleve, y tan decidida fué esta voluntad, que el Papa Sixto IV, á ruego suyo prohibió so

3 Anales de la propagacion de la fé.

pena de excomunion se llevase el cuerpo de Luis á otro lugar.

Ana de Bretaña, que dos veces fué reina de Francia, hizo construir varias capillas á la Santísima Virgen y quiso que su escapulario se depositase en la caja de oro destinada á encerrar su corazon, que enviaba á los bretones. En el mausoleo de Francisco II, último duque de Bretaña, abierto en 1727, en el sótano entre el féretro de este príncipe y el de Margarita de Foix, se encontró un pequeño cofre de plomo, dentro del cual habia una caja de oro en forma de corazon, con una corona real y rodeada del Orden de la Cordelera, de un trabajo esquisito. Esta caja que habia contenido el corazon de la reina Ana, no contenia ya entonces sino un poco de agua, y los restos de un escapulario que la piadosa reina habia llevado en honor de María.

Habiendo sabido Francisco I, que en medio de Paris, un hugonote habia tenido la audacia de dorar la cabeza de una imagen de Nuestra Señora, hizo promesa formal á la madre de Dios, de ir descalzo, con la cabeza descubierta y un cirio en la mano, hasta un templo á reparar el mal. Los señores de la corte y los miembros del Sacramento seguian al monarca, que con sus propias manos colocó una magnífica estatua de la Virgen sobre el mismo altar en donde se habia hecho la mutilacion (1).

En España, la obra comenzada por Pelayo bajo los auspicios de María, para libertar la península de los Moros, acababa de concluirse con la toma de Granada; el primer grito de la independencia española en la Caverna de Covadonga habia sido *María*; esta última victoria fué ganada bajo sus estandartes por Fernando el Católico, quien habia hecho grabar en oro sobre su buena hoja de Toledo, la imagen protectora de Nuestra Señora y escribir sobre sus banderas: *Ave María*.

CAPITULO XII.

LAS ÚLTIMAS HEREJÍAS.

En la Caramania desierta, hácia el golfo pérsico, existe un arbusto á quien los persas llaman *gulbad samoun* [flor que emponzoña el viento]. La herejía acababa de producirse en la fria Alemania, como esta flor emponzoñada que inficiona á las cálidas brisas del estío persiano, y de una cualidad tan mortífera, que mata al desgraciado que la respira; de la misma manera el soplo fatal que partia de los países germánicos, comenzó á matar almas, y las mató por millares. Entonces fué cuando la hermosa estrella que reflejaba tan benignamente en el zenit del mundo cristiano, los rayos ardientes del sol increado, se oscureció en medio de las espesas brumas que la noche del error estendia sobre el cielo del Norte, debilitándose su luz de una manera sensible aun en las regiones fieles que no dejaba de alumbrar.

1 El P. de Barry, *Paraiso*, etc.

Los sectarios del siglo décimosesto, se desencadenaron con violencia contra las imágenes de María y de los Santos; sin embargo, debe decirse, en justo tributo de la verdad, que la secta patricia de Lutero fué la que mostró sobre este punto alguna moderacion (2); no así los calvinistas que sobrepujaron en sus furores á cuanto pueda imaginarse.

Enemigos de las letras y de las artes, tanto como del catolicismo, y encubriendo bajo una máscara de religion un fogoso radicalismo, atacaban ya al príncipe, ya al papa, esos cuantos hombres que se agitaban violentamente para imponer á la gran mayoría de los franceses unas creencias que repugnaban, y que cubrieron el suelo de la Francia de escombros y de cadáveres. "Estos buenos reformadores, dice un conde de Lion, testigo ocular de sus violencias, comenzaron por reformar el orden y la tranquilidad pública." En Tours, en Blois, en Poitiers, en Ruan, robaron completamente las Iglesias, mutilaron los Santos, y arrastraron en el lodo las sagradas imágenes de Cristo y de la Virgen, cantando irrisoriamente las *Letanias* (3). En Gasuña, sepultaban vivos á los católicos, despedazaban á los niños y abrían el vientre á los sacerdotes para arrancarles las entrañas. Ni aun muertos fueron respetados en sus polvosas tumbas: los hugonotes arrancaron á Luis XI de su sepulcro, quemaron lo que los mismos gusanos habian perdonado, y osaron esparcir al viento las cenizas de un rey, cuya raza ocupaba el trono de Francia. Los padres y los abuelos de los reyes de Navarra y de los príncipes de Condé, no fueron mejor tratados que Luis XI: las tumbas de la casa de Angulema [la casa reinante], tuvieron la misma suerte. Los señores de Longueville, arrancados medio enteros todavía de sus sepulcros, fueron arrojados á los perros (4).

Las estatuas de María ante las cuales tantas generaciones han orado; los Crucifijos que nos ponen á la vista los sufrimientos del Redentor del mundo; los cuadros, en fin, que elevan nuestra alma representándonos la abnegacion de los cenobitas y el valor de los mártires, fueron despedazados á sablazos, y las efigies mutiladas ó arrastradas en el fango con una cuerda al cuello; pero no satisfacía á estos nuevos bárbaros romper las estatuas, los mosaicos, los bajos relieves, y destruir en algunas horas lo que habia sido la obra lenta de los siglos; ellos derribaron hasta las Iglesias, despues de haberlas despojado de todo lo que podria ser un recuerdo religioso para los fieles.

El conde y canónigo Saconay, que conocia muy de cerca á los hugonotes, y de quien en aquel tiempo muy poco bueno se podia decir, nos ha dejado una relacion de sus actos hechos en las Iglesias de

2 Los de la confesion de Augsbourg honran á los Santos con himnos, imágenes y dias de fiesta; pero no creen que se deban invocar. Snyter, ministro de Esbergen, ha compuesto un hermoso poema de los privilegios y virtudes de la Santísima Madre de Dios. No sucede lo mismo respecto á los otros sectarios que desprecian á la Santísima Virgen, ó no la consideran sino como una mujer igual á las demas. (*Del culto de los Santos y de la Santísima Virgen*, por el obispo de Castorie, pag. 2 y 3.)

3 *Archivo curioso de la historia de Francia*.—Capefigue —Astoli.

4 *Archiv. curios.*, etc. Capefigue, Hist. de la Ref.

de las imágenes de María, brillando de trecho en trecho como un ligero cordon de estrellas, á través de los tallos embalsamados de las flores, parecían decir al vagabundo que caminaba de noche para cometer algun delito: hay encima de esta ciudad adormecida un ojo que jamas se cierra, y que vela sobre estas calles desiertas y silenciosas, el ojo de Dios! (1).

Estas pequeñas estatuas de esquinas, aunque no estuviesen tan adornadas como las que descollaban de plata maciza sobre los altares de mármol y de oro, no eran por esto menos estimadas del pueblo. Allí iban en procesion los jóvenes de todos los barrios con los piés descalzos y la cabeza coronada de flores, cantando las letanias de la Santísima Virgen: todo el mundo los seguía por malo que fuese el tiempo, y el concurso era á veces tan grande que apenas se podia transitar por las calles. Una pequeña imagen de cedro de un pié de alto, que habia pertenecido á la casa de Joyeuse, y que figuraba entre dos torrecillas puntiagudas sobre la puerta del convento de capuchinos de la calle de San Honorato, iba á ser ocasion de una pequeña guerra civil entre dos barrios de Paris. Algunas personas mas celosas de lo que convenia, quisieron apoderarse de la milagrosa estatua para adornar con ella su propia parroquia. Llegó la noticia á oídos de los habitantes de aquel barrio, quienes inmediatamente tomaron las armas é hicieron guardia de dia y noche delante de la Virgen tutelar. La calma no se restableció hasta haberse verificado la traslacion de la santa imagen á la misma iglesia del convento (2).

La reina del cielo que inspiraba á los ejércitos de la edad media la confianza de la victoria, reinaba tambien sobre las flotas y sobre los buques mercantes de ese siglo décimo quinto, que con razon fué llamado el siglo de los descubrimientos. Cristóbal Colon emprendió el descubrimiento del Nuevo-Mundo bajo los auspicios de María, cuyas Horas leía sobre su navio en un manuscrito precioso que á su partida le habia regalado el Papa Alejandro VI, y que el legó despues á la república de Génova. Don Enrique de Portugal, que presidió y concurrió al descubrimiento de las Grandes Indias, edificó en Belen una iglesia de Nuestra Señora, acompañada de un hospital para los marineros de su patria. El primero y mas hábil de sus navegantes, Juan Gonzalez Zares, edificó otra iglesia de Nuestra Señora en la isla de la Madera. Cuando los portugueses, á las órdenes de Vasco de Gama, desembarcaron por la primera vez en la costa de Coromandel, en donde bajo la fé de algunas antiguas relaciones de viajes, creían encontrar cristianos de Santo Tomas, se dejaron conducir por los indígenas al templo de una diosa de los indios, á quien á pesar de sus cuatro brazos y de sus largas orejas, tuvieron el candor de

1 Es aun el único alumbrado de muchas ciudades de Italia. He aquí lo que dice un autor que escribia en 1803: "Il polo è divoto alle madone, per cui ve ne sono in ogni angolo delle strade con fanali accesi di notte. Essi tengono illuminate le strade, e così la divozione suplice alla polizia." [Desoriscione di Napoli, pag. 262].

2 Véase Hist. de N. S. de la Paz.

tomar por la Virgen María, y ante quien se pusieron á orar. Sin embargo, uno de ellos concibió algunas dudas, y viendo aquel ídolo cuyas horrorosas facciones le recordaban una cosa diferente á la dulce y amable Virgen de los cristianos, exclamó: "¡Si aquí se adora al diablo, lo que es muy probable, se entiende que nuestras adoraciones no se dirigen sino á la madre de Dios!"

Despues de haberse establecido en la India, los portugueses, fieles á su devocion á María, le dedicaron en Goa una magnífica iglesia enteramente dorada en el interior, y á la que llamaron Nuestra Señora de Asava ó de la misericordia: otras varias iglesias tales como Nuestra Señora de Granganor y de Meliapour, se edificaron por sus cuidados en diversos lugares de la India y hasta la embocadura del Ganges, el rio sagrado del Indostan. Entre ellos era costumbre entonces hacer homenaje á María del diezmo del botin tomado á los idólatras, cuya costumbre hizo se construyesen muchas capillas en honor suyo. Aun hoy sucede que nunca pasan sus navios á la vista de las capillas de la Virgen situadas sobre las riberas del soberbio Macao, sin saludarlas con descargues de toda su artillería (3). Los españoles, no menos devotos de María que los portugueses, llevaban sobre sus buques cargados de barras de oro su estatua de plata maciza, ante la cual á tarde y mañana rezaban los aventureros marinos de Isabel la católica. En una época mas cercana á nosotros, habiéndoles llevado los filibusteros de la isla de la Tortuga, en un combate naval, una de estas imágenes, los españoles despojados de cuanto poseían no pensaron en reclamar mas que á su Madona venerada. El gobernador general, entabló con los foragidos una negociacion cuyo objeto era únicamente rescatar la Santa Señora, y salvarla de las profanaciones de estos piratas que afectaban vivir sin ley ni creencia ninguna; pero ellos rehusaron tenazmente devolverla.

La Virgen que protegió las artes velaba siempre por la conservacion de los imperios; y la dulce reina del cielo tenia aun por vasallos á los reyes de la Europa católica en general, y á los reyes de Francia en particular. En 1478, el rey Luis XI separó el condado de Boloña del Artois, y se lo dió á la Virgen María, á quien declaró condesa del Boloñés. A título de tributo feudal, depositó sobre su altar un corazon de oro del peso de trece marcos, y prometió que sus sucesores al trono quedarian obligados á renovar este homenaje y esta ofrenda á la Virgen Soberana. Sábese tambien que este príncipe cruel, pero de gran talento, desdenando el fausto hasta caer en el extremo contrario, no llevaba mas ornamento en sus audiencias solemnes que una pequeña efigie de Nuestra Señora, vaciada en plomo y colocada en su fieltre real. Solia decir, que mas estimaba este pequeño pedazo de plomo, que todo el oro de su reino.

Fué enterrado, segun su mandato, en Nuestra Señora de Cleve, y tan decidida fué esta voluntad, que el Papa Sixto IV, á ruego suyo prohibió so

3 Anales de la propagacion de la fé.

pena de excomunion se llevase el cuerpo de Luis á otro lugar.

Ana de Bretaña, que dos veces fué reina de Francia, hizo construir varias capillas á la Santísima Virgen y quiso que su escapulario se depositase en la caja de oro destinada á encerrar su corazon, que enviaba á los bretones. En el mausoleo de Francisco II, último duque de Bretaña, abierto en 1727, en el sótano entre el féretro de este príncipe y el de Margarita de Foix, se encontró un pequeño cofre de plomo, dentro del cual habia una caja de oro en forma de corazon, con una corona real y rodeada del Orden de la Cordelera, de un trabajo esquisito. Esta caja que habia contenido el corazon de la reina Ana, no contenia ya entonces sino un poco de agua, y los restos de un escapulario que la piadosa reina habia llevado en honor de María.

Habiendo sabido Francisco I, que en medio de Paris, un hugonote habia tenido la audacia de dorar la cabeza de una imagen de Nuestra Señora, hizo promesa formal á la madre de Dios, de ir descalzo, con la cabeza descubierta y un cirio en la mano, hasta un templo á reparar el mal. Los señores de la corte y los miembros del Sacramento seguian al monarca, que con sus propias manos colocó una magnífica estatua de la Virgen sobre el mismo altar en donde se habia hecho la mutilacion (1).

En España, la obra comenzada por Pelayo bajo los auspicios de María, para libertar la península de los Moros, acababa de concluirse con la toma de Granada; el primer grito de la independencia española en la Caverna de Covadonga habia sido María; esta última victoria fué ganada bajo sus estandartes por Fernando el Católico, quien habia hecho grabar en oro sobre su buena hoja de Toledo, la imagen protectora de Nuestra Señora y escribir sobre sus banderas: Ave María.

CAPITULO XII.

LAS ÚLTIMAS HEREJÍAS.

En la Caramania desierta, hácia el golfo pérsico, existe un arbusto á quien los persas llaman *gul-bad samoun* [flor que emponzoña el viento]. La herejía acababa de producirse en la fria Alemania, como esta flor emponzoñada que inficiona á las cálidas brisas del estío persiano, y de una cualidad tan mortífera, que mata al desgraciado que la respira; de la misma manera el soplo fatal que partia de los países germánicos, comenzó á matar almas, y las mató por millares. Entonces fué cuando la hermosa estrella que reflejaba tan benignamente en el zenit del mundo cristiano, los rayos ardientes del sol increado, se oscureció en medio de las espesas brumas que la noche del error estendia sobre el cielo del Norte, debilitándose su luz de una manera sensible aun en las regiones fieles que no dejaba de alumbrar.

1 El P. de Barry, Paraíso, etc.

Los sectarios del siglo décimosesto, se desencadenaron con violencia contra las imágenes de María y de los Santos; sin embargo, debe decirse, en justo tributo de la verdad, que la secta patricia de Lutero fué la que mostró sobre este punto alguna moderacion (2); no así los calvinistas que sobrepujaron en sus furores á cuanto pueda imaginarse.

Enemigos de las letras y de las artes, tanto como del catolicismo, y encubriendo bajo una máscara de religion un fogoso radicalismo, atacaban ya al príncipe, ya al papa, esos cuantos hombres que se agitaban violentamente para imponer á la gran mayoría de los franceses unas creencias que repugnaban, y que cubrieron el suelo de la Francia de escombros y de cadáveres. "Estos buenos reformadores, dice un conde de Lion, testigo ocular de sus violencias, comenzaron por reformar el orden y la tranquilidad pública." En Tours, en Blois, en Poitiers, en Ruan, robaron completamente las Iglesias, mutilaron los Santos, y arrastraron en el lodo las sagradas imágenes de Cristo y de la Virgen, cantando irrisoriamente las *Letanias* (3). En Gasuña, sepultaban vivos á los católicos, despedazaban á los niños y abrían el vientre á los sacerdotes para arrancarles las entrañas. Ni aun muertos fueron respetados en sus polvosas tumbas: los hugonotes arrancaron á Luis XI de su sepulcro, quemaron lo que los mismos gusanos habian perdonado, y osaron esparcir al viento las cenizas de un rey, cuya raza ocupaba el trono de Francia. Los padres y los abuelos de los reyes de Navarra y de los príncipes de Condé, no fueron mejor tratados que Luis XI: las tumbas de la casa de Angulema [la casa reinante], tuvieron la misma suerte. Los señores de Longueville, arrancados medio enteros todavía de sus sepulcros, fueron arrojados á los perros (4).

Las estatuas de María ante las cuales tantas generaciones han orado; los Crucifijos que nos ponen á la vista los sufrimientos del Redentor del mundo; los cuadros, en fin, que elevan nuestra alma representándonos la abnegacion de los cenobitas y el valor de los mártires, fueron despedazados á sablazos, y las efigies mutiladas ó arrastradas en el fango con una cuerda al cuello; pero no satisfacía á estos nuevos bárbaros romper las estatuas, los mosaicos, los bajos relieves, y destruir en algunas horas lo que habia sido la obra lenta de los siglos; ellos derribaron hasta las Iglesias, despues de haberlas despojado de todo lo que podria ser un recuerdo religioso para los fieles.

El conde y canónigo Saconay, que conocia muy de cerca á los hugonotes, y de quien en aquel tiempo muy poco bueno se podia decir, nos ha dejado una relacion de sus actos hechos en las Iglesias de

2 Los de la confesion de Augsbourg honran á los Santos con himnos, imágenes y dias de fiesta; pero no creen que se deban invocar. Snyter, ministro de Esbergen, ha compuesto un hermoso poema de los privilegios y virtudes de la Santísima Madre de Dios. No sucede lo mismo respecto á los otros sectarios que desprecian á la Santísima Virgen, ó no la consideran sino como una mujer igual á las demas. (Del culto de los Santos y de la Santísima Virgen, por el obispo de Castorie, pag. 2 y 3.)

3 Archiv. curioso de la historia de Francia.—Capefigue

—Astoli.

4 Archiv. curios., etc. Capefigue, Hist. de la Ref.

Leon. "Uno de sus principales predicadores, dice Ruffi, con una espada de dos manos y que llevaba á la manera con que se pinta á S. Pablo, entró con sus satélites en la grande Iglesia de S. Juan, donde hizo derribar del altar del medio de la Iglesia la imagen de un Crucifijo de gran tamaño, del cual parte era de plata: cuando la efigie estuvo en el suelo, Ruffi se arrojó furiosamente sobre ella, pisoteándola en la cabeza; y viendo que algunos de sus soldados y ministros se aprovechaban de la plata mas presto de lo que él quería, temiendo que se *contaminasen*, desenvainó su grande espada y girándola cinco ó seis veces en torno de sí, dijo con voz de trueno: "¿Y qué! ¿no seré yo respetado? ¿Habrá alguno que se atreva á destruir este grande ídolo antes que yo?" Diciendo esto, cortó la cabeza á la referida imagen de Jesus crucificado, y mostrándola en alto, añadió: *He aquí la cabeza del grande ídolo*. Pero con todo, como era de plata, no quiso desasirse de ella. Los otros rateros quisieron tener tambien parte en el botín; así es que despedazaban las imágenes de oro ó de plata para arrancarles algun pedazo antes de presentarlas á los grandes ladrones. A un ángel le quitaban una ala, á un santo el brazo, á una Virgen la cabeza, etc. Fundieron un Crucifijo todo de plata maciza que estaba en la Iglesia de San Estéban, diciendo, por burla, que el pobre Crucifijo estando desnudo habia sufrido el frío mucho tiempo; pero que ellos le calentarian para que no le volviera á sufrir mas. Fundieron tambien las chapetas y otros adornos de los altares, así como las vestiduras de ellos, que eran de tela de oro frisado, sin que sacasen gran provecho de objetos que valian, sin embargo, mas de diez mil escudos. He aquí un evangelio bien escaldado y bien ardiente. . . ."

"En Coutances, los hugonotes pasaron por las armas á toda la poblacion, y pusieron fuego á todos los cuarteles de la ciudad.

"La rabia de este hormiguero del infierno, dice el historiador Ranault, se aumentó todavía mas en la Iglesia catedral: destrozaron las imágenes, quemaron las reliquias, hollaron las sagradas formas, y solo por un milagro y proteccion visible de la Santa Virgen, que era la patrona, no arrasaron el edificio hasta sus cimientos (1)."

Las ermitas, cuyas antiguas campanas llamaban al viajero que habia extraviado su ruta, ofreciéndole un abrigo para pasar la noche, una cena frugal y una acogida hospitalaria en nombre de la Santa Virgen, fueron demolidas por los calvinistas, que cometieron la barbarie de herrar como á sus caballos de batalla á los piadosos ancianos que las habitaban (2).

Los sacerdotes se ponian en salvo con las reliquias y las imágenes de Jesucristo y de la Virgen, como en el tiempo de la invasion de los piratas normandos. Uno de ellos fué á ocultar hasta el fondo de la Galicia, á donde todavía se encuentra, la imagen de Nuestra Señora de Beth-Aram, que

unos pastores habian encontrado milagrosamente en los bosques (3).

Los jesuitas españoles destinados á las misiones nacientes del Perú y del Paraguay, es decir, á una obra de civilizacion, por la cual la Grecia antigua les habria erigido estatuas como á los grandes bienhechores de la humanidad, encontraron en las aguas de las islas Canarias la flota protestante de la reina de Navarra, que capturó su pacífica nave. Despues de haber sufrido los mas indignos insultos de los navarros, fueron arrojados al mar con una pequeña estatua de Nuestra Señora suspendida por ironía al cuello del jefe de la expedicion piadosa. Todos murieron como viejos castellanos, sin retroceder un paso, sin cambiar de semblante, ni proferir ni una reconvenccion ni una queja. Sus vestidos negros, inflados un instante sobre las olas, se iban hundiendo lentamente el uno tras el otro en el fondo de las aguas, y el océano sirvió de sepulcro á los cadáveres de treinta mártires (4).

En Paris, á los ojos mismos de la corte que entonces los protegía, asesinaron á S. Medardo que predicaba un sermón, y á una multitud de católicos indefensos. Los feligreses de las parroquias, espantados de la insolencia de estos facciosos que asistian al sermón armados hasta los dientes (5), pidieron que se pusiese artillería á las puertas de las Iglesias para defenderlas, y llegó la ocasion de que las ceremonias del culto católico no pudieran ya celebrarse en el reino del cristianismo, sino al abrigo de una batería de cañones (6). "Entonces fué cuando comenzó en Paris, dice Mr. Capelfigue, una guerra de folletos populares, destinados á destruir en el espíritu del pueblo las antiguas creencias. Fijábanse pasquines contra la Eucaristía, contra la Misa, sobre todo, hasta en el mismo palacio del Louvre. Los muros de las iglesias y los postes de las plazas públicas, testificaban cada mañana ese ardor de proselitismo que caracteriza á la reforma (7)."

Los protestantes de nuestro siglo han desistido al parecer de su antiguo rencor y de su vandalismo de otro tiempo, ellos dejan ya á los muertos en sus tumbas, á la Virgen y á los Santos sobre sus pedestales, y no van ya al sermón en tiempo de paz con el puño en la daga y el arcabuz al hombro; en fin, como decia graciosamente el padre Sicaud, hablando de los coptos, "se puede encontrar muy buenas gentes cerca de la herejía." Pero los protestantes de esta época, lo mismo que los de otros tiempos, faltan á la buena fé cuando se quieren hacer pasar por mártires de los católicos del siglo diez y seis, á quienes ellos, por el contrario,

3 La capilla de Nuestra Señora de Beth-Aram, que fué arruinada por los hugonotes, fué restablecida el año 1615, por Juan de Salette, obispo de Lescar, pero la imagen milagrosa está ausente de ella.

4 Astolfi.

5 "Se han encontrado, yendo en forma de hostilidad, doce á caballo, acompañados de veinte hombres á pié marchando en batalla." [Archiv. curios.] "Este pueblo evangélico que salía de los sermones con un ojo feroz y miradas amenazadoras, según el testimonio de Erasmo, estaba siempre pronto á tomar las armas, y tan pronto á combatir como á disputar."

6 Véase arch. curios. etc.

7 Capelfigue.

1 Historia de los obispos de Coutances, por Rouault, pág. 310.

2 Archiv. curios.

impulsaron al último extremo por impiedades inauditas y por crueldades injustificables.

Ellos recuerdan demasiado el mas deplorable episodio de nuestra historia para reprochárnosla continuamente; pero olvidan las multiplicadas provocaciones que le precedieron. Olvidan á las guarniciones católicas precipitadas desde lo alto de las fortalezas en las aguas del Ródano, con desprecio de la fé jurada: olvidan las depredaciones de aquel feroz baron de Adrets, á quien todas las provincias del Medio dia de Francia temian mas que á la *tempestad que pasa sobre estensos campos de trigo*. Olvidan tambien con las matanzas de Orthez, el saqueo de Roma, cuyos horrores fueron en gran parte obra suya; y las conmociones de Alemania, y las hogueras de Inglaterra, y las proscripciones de Irlanda, y las guerras civiles de Escocia, y nuestras provincias desmembradas y cobardemente vendidas á los ingleses; olvidan todo esto y otras muchas cosas mas, y no se acuerdan sino del dia de San Bartolomé. . . . Esta es ya una táctica muy antigua: desde el tiempo de nuestras guerras de religion, á cada fechoría se apresuraban á publicar un número increíble de preciosas apologías, donde ellos se presentaban como tímidos corderos y á los católicos como feroces lobos; esto no dejaba de hacer su efecto.

"El protestantismo, dice M. de Chateaubriand, declamaba contra la intolerancia de Roma, y al mismo tiempo degollaba á los católicos en Inglaterra y en Francia, encendia hogueras en Ginebra, arrojando al viento las cenizas de los muertos, se manchaba con todo género de violencias en Munster, dictando, por último, las leyes atroces que han agobiado á los irlandeses y de las que apenas se han librado despues de tres siglos de opresion (1)."

Los reyes no estaban mas tranquilos que los pueblos, y el trono no estaba menos amenazado que el altar, Lutero no temia proclamar en voz alta el principio atroz de que todos los que defendiesen al papa y á la religion católica, debian ser tratados como á los soldados de un jefe de bandidos, *aun cuando fuesen Césares ó reyes*. Y Calvino añadía: Las autoridades de la tierra renuncian á sus derechos, desde el momento que se oponen á los progresos de nuestra doctrina. . . . Vale mas *escupirles el rostro* que "prestarles obediencia." Partiendo de este principio el predicador calvinista Rosiers, consignaba en sus discursos esta máxima que aplicaba desde luego á Catalina de Médicis. "Es lícito matar un rey ó una reina que se oponga á la reforma de la Iglesia (2)."

La predicacion insolente de estas doctrinas tan subversivas, á que siguieron como era consiguiente, frecuentes tumultos y trastornos, atrajeron por último sobre los autores de nuestras discordias civiles tristes y sangrientas represalias. La política

1 Mr. de Chateaubriand. Ensayo sobre la literatura inglesa, tom. I.

2 Esta era igualmente la opinion de Calvino. Los hugonotes habian tambien comprendido á sus apóstoles, que Catalina de Médicis encontró hasta en su cuarto, un libelo en donde le declaraban que la asesinarían si no echaba de su lado á todos los católicos que la rodeaban. (Capel. Hist. de la Ref.)

de un príncipe mortalmente irritado de una tentativa de los protestantes contra su persona (3), arrojó á la corte á un partido extremo. Creyó lo que era cierto; que se agitaba la cuestion del *ser ó no ser* para la soberanía real, y que se abría para nuestra historia una sangrienta página. El dia de San Bartolomé libró á los príncipes de Valdi de correr la misma suerte de los Estuardos (4), y al catolicismo de una inminente ruina; pero esta fué una medida inhumana que reprueba la religion del *Salvador*, y cuya mancha sacude de su manto. Catalina y Carlos, atacando la herejía, aniquilaron igualmente á los facciosos. Los obispos católicos protestaron contra este acto de violencia, salvando al mismo tiempo á los calvinistas en sus palacios (5). Esos sectarios que han ecsagerado en sus escri-

3 "Dicen algunos que si nuestro rey Carlos hubiese sido demasiado cruel para los hugonotes, éstos no hubieran llegado á ser tan grandes personajes; mas que toda la jornada del Meaux, fué lo que irritó su ánimo, porque los otros se podian disculpar con alguna honesta causa de religion; mas esta jornada se pudo llamar propiamente, un atentado contra la persona del rey, de su hermano, y de la reina, á quienes habrian muerto voluntariamente si lo hubiesen podido. Así, pues, el rey decia que no les perdonaria aquella accion; y bien le servia, decia él, hacer ostentacion de defensa en medio de sus suizos, con los cuales marchando en batalla, entre las bellas y animosas palabras que les decia, eran de que deseaba mejor morir rey que vivir siervo y cautivo. El levantamiento del mártir de Carnaval, le hirió tambien en lo mas hondo del corazón, y aun se irritó mas contra los hugonotes por haber estos corrompido á Monseñor su hermano el rey de Navarra, y haberlo inducido á impedirle á hacerle la guerra, encontrándose entonces en el estado mas miserable de su enfermedad." "Al menos, decia él, habrian debido aguardar mi muerte, pero esto hubiera sido demasiado." (Vida de Carlos IX, por Br., p. 16.)

4 Hé aquí como Swift, gran escritor, hombre político y miembro distinguido de la Iglesia de Inglaterra, juzgaba á los calvinistas en el año de 1732. "Los puritanos, que, despues del retiro de Elisabeth, han sido una *espiná permanente puesta en el pecho de la iglesia nacional* (á perpetual thorn in the church's side), fueron la causa principal de la rebelion y de los asesinatos de la Irlanda. Ellos empezaron por hacer al rey odioso al pueblo, con la ayuda de un sin número de pamfletos envenenados; despues fomentaron una guerra civil, en la que millares de ingleses hallaron la muerte, y despues de haber abolido el poder real en provecho de la anarquía, destruyeron completamente la Iglesia de Inglaterra, ó hicieron perecer su rey en el cadalso, á la faz del mundo. Estos sectarios han procurado ejecutar las tres acciones mas condenables que puedan entrar en el corazón de hombre abandonado de Dios: el asesinato de un príncipe bueno y piadoso, la destruccion de la monarquía, y la destruccion de la Iglesia nacional; en las tres han salido bien." (Swift's Works, tom. iv.) En Escocia, en la batalla de Philiphaugh, ganada por Lesly, jefe de los covenantarios calvinistas, sobre el marqués de Montrose, los presbiterianos asesinaron á sangre fría muchos prisioneros; otros, según refiere Wishart, fueron precipitados de lo alto de un puente en la Tweed, mientras que un ministro presbiteriano, que presidia á la ejecucion, gritaba estregándose las manos: "¡Esto va bien!" (Barber. Ministry).—Bajo Cromwel, la Iglesia de Inglaterra fué declarada *malignant*, (sospechosa), y los puritanos que habian reclamado tan altamente para ellos la libertad de conciencia, cerraron todas las iglesias anglicanas cuando llegaron al poder. Evelyn refiere que penetraban, armados de fusiles, en las catedrales de Inglaterra, y que apuntaban á los anglicanos que se disponian á hacer la escena el dia de Navidad. Swift les decia: "Si alguna vez vuestra secta llega á ser la dominante, y que nosotros, de la Iglesia nacional bajemos al rango de disidentes, temo mucho que no nos toleréis. Mis dudas respecto á esto, están fundadas sobre cincuenta pamfletos escritos por otros tantos teólogos de vuestra secta, que declaman en voz alta *contra el ídolo tolerancia*, que califican de *pedazo de papismo*, (á rag of popery) y que definen por una *iniquidad legal*. Me alegraría mucho saber en qué tiempo, en qué lugar, y á presencia de qué testigos sus sucesores han renunciado á esta doctrina." Bajo los primeros príncipes de la casa de Hanover, volvieron á empezar á gritar muy recio la persecucion de los anglicanos que les respondian con ironía: "Sereis tolerados como antes, porque si os sufrimos entre nosotros, no es una razon para llevaros en nuestros ojos como si fuérais rosas." (Swift's Works, tom. iv.)

5 El obispo de Lozieux, Juan Hennuyer, impidió atrevidamen-

tos los desastres de aquella jornada terrible, han olvidado únicamente consignar estos rasgos en ellos.

Fernando el Católico, que quería impedir que se propagase á las bellas comarcas de España la planta venenosa de la herejía, y que contaminase á aquel suelo verdaderamente cristiano, había opuesto desde el principio á este gran mal un gran remedio: la Inquisición, que detuvo su marcha atrevida al pié de los Pirineos (*).

La Italia destrozada entonces por las guerras civiles, fué menos dichosa, y el protestantismo manifestó allí todos sus horrores en el saqueo de Roma. El condestable había designado á sus soldados, herejes en su mayor parte, á la capital del mundo cristiano como una rica presa, que desnuda de toda defensa, podían despojar, casi sin esfuerzo ni peligro. El espíritu que animaba á los caudillos de estas hordas desenfundadas, hará conjeturar fácilmente cuál sería el de sus soldados. El coronel Lutero Frunberg que marchó al sitio de Roma con el condestable, había hecho construir una sólida y hermosa cadena de oro, cuyo metal no le había costado mas trabajo que el de robarlo á las iglesias, espresamente, decía él, para ahorcar al Papa con sus propias manos (1).

Roma sin aliados, y atacada de improviso, se defiende, sin embargo, con bravura y decisión, y al primer asalto el condestable de Borbon queda herido mortalmente por la bala de un arcabuz. Apenas tuvo tiempo de mandar que se le cubriese con su capa para ocultar su muerte á las tropas. ¡Inútil cuidado! el rumor de aquel siniestro suceso circuló rápidamente, y los soldados herejes, dice un historiador contemporáneo, no combatieron ya como hombres sino como demonios, para vengar á su jefe. A los gritos furiosos de: *Sangre! Sangre! Borbon! Borbon!* nada puede resistir á aquellas hordas embriagadas de cólera y de sangre. Las murallas fueron escaladas; los romanos se replegaron entonces, y la funesta victoria de la impiedad se prosiguió de calle en calle, con tal furor, que se hubiese dicho que el infierno se había desencadenado y combatía bajo las banderas del príncipe de Orange, que fué quien tuvo la triste gloria de dar cima á esta criminal empresa. "Los arcabuzos, dice Brantôme en su vida del condestable de Borbon, los gritos de los combatientes, los lamentos de los heridos, el ruido de las armas, el sonido estrepitoso de las trompetas, el redoble continuo de los tambores que animaba á los soldados al combate, formaban tal estruendo, que no se habría oído la detonación de un rayo si hubiese habido una tempestad en aquel momento." Los vencedores percibieron con tal presteza y encarnizamiento á los

te la ejecución de la orden del rey Carlos IX, abriendo las puertas de su palacio á esos calvinistas que habían tratado á los obispos con indignidad. Muchos otros obispos, y particularmente los de Bayona, Valencia, Viena, Oleron, Uzés, cargaron el disgusto de la corte extendiendo su protección sobre los reformados.

* El autor incurre en error histórico al citar á Fernando el Católico; pues no fué sino Felipe II, bajo cuyo reinado se estableció en España el tribunal de la Inquisición, con el objeto que se espresa de contener la propaganda de las sectas anticatólicas que causaban las guerras civiles de Europa.—N. del T.

1 Brantôme, *capitanes extranjeros*, tom. 11.

vencidos, que apenas tuvieron tiempo de cerrar las verjas del castillo de San Angelo, fortaleza de la Roma moderna, donde á toda prisa se había refugiado el papa acompañado de algunos cardenales. Y ni aun esto habrían alcanzado, á no ser por el valor decidido y caballeresco de tres jóvenes romanos, pertenecientes á una de esas raras familias patricias que ascienden auténticamente hasta el siglo de Augusto. Cuando todos se habían replegado á Roma, saqueada ya, y cuando los príncipes de la Iglesia perseguidos por los lasquenets (*), dirigian sus caballos á toda brida para la ciudadela, tras de los Orsini, Juanino, Antonio y Valerio, *bravos y valientes señores*, dice Brantôme y Gerónimo Mattei, se replegaron con *doscientos buenos hombres* á la cabeza del puente Sixto para combatir á los imperiales, dejando así el paso libre. El príncipe de Orange al frente de sus batallones herejes vino á atacarlos; y de una y otra parte se combatió con mucho valor y denuedo. Sin embargo, el príncipe cargó con tal furia, que se vieron obligados á abandonar el puente que tan heroicamente habían defendido; pero esto no fué sino después de haber visto caer tras de los ilustres fugitivos las compuertas de hierro de la ciudadela. Vencida ya la ciudad de Roma, prosigue el mismo historiador, los lasquenets que estaban recientemente imbuidos en la nueva religión, se pusieron á matar y á robar, sin perdonar ni las santas reliquias de los templos, ni los conventos, ni á las personas de mas alta dignidad, ni los vestidos y ornamentos de las Madonas; su crueldad se ejerció hasta en los mármoles y las estatuas antiguas. Según la costumbre de los hugonotes de aquel tiempo, mezclaron sacrílegas chocarrerías á sus escenas de sangre, de pillaje y de repugnante disolución. Vestidos de cardenales, hicieron procesiones burlescas por la ciudad cantando irrisoriamente las letanías de la Santísima Virgen. Después de haber manchado aun mas su sangriento triunfo con infamias que sería vergonzoso referir, y vergonzoso tambien oír, estos incrédulos, observa Brantôme, fueron á poco tiempo de esto, á perecer todos al sitio de Nápoles, después de haber perdido de un modo ó de otro, el oro que habían robado sacrílegamente á los altares y á los templos; lo cual hizo decir á los españoles que el diablo los había dado y el diablo se los había llevado [2].

El culto de María no fué abolido sin grandes turbulencias en Inglaterra. Este culto que se había considerado siempre como el primer baluarte del catolicismo, y el catolicismo que había civilizado las costumbres, corregido las leyes y fertilizado los campos de la Gran-Bretaña, había arrojado en el suelo inglés raíces tan profundas, que el siniestro tiempo de la reforma en este reino, sería un enigma insoluble si la feroz y caprichosa tiranía de Enrique VIII, la servil defección de su parlamento y la codicia de los grandes lores, viniesen en algun modo á explicarlo.

* Nombre que se daba antiguamente al soldado de á pié alemán.—N. del T.

2 Ibid. tom. 11.

Bajo Enrique VIII, que no hacia la guerra á los santos sino para poseer los diamantes y el oro que adornaban sus urnas, la invocación de la Virgen se conservó en algun modo, si bien en una de sus malas horas el esposo de Ana Bolena, hizo quemar al confesor de Catarina de Aragon con las astillas de madera arrancadas á las estatuas de Nuestra Señora. Pero no fué sino bajo el reinado de Eduardo VI, en el que el fratricida Somerset, demolia las mas hermosas iglesias de Londres para construir su palacio veneciano de Somerset-House cuando se abolió la antigua liturgia, haciéndose quitar de sus antiguos santuarios las imágenes de María y de los santos.

Esta medida impía fué la gota de agua que había de hacer desbordar el vaso: las turbulencias estallaron en todos los puntos del reino: cuerpos formados de diez mil, de veinte mil descontentos mandados unos por nobles y otros por hombres del pueblo, reivindicaron el derecho de servir á Dios y de honrar á la Virgen, lo mismo que sus antecesores lo había hecho. Los historiadores mas parciales del protestantismo no pueden dejar de confesar, que el descontento fué casi universal, y que el pueblo inglés acreditó de un modo solemne su aversión á la nueva doctrina que se le imponía. Fué empeño necesario ceder á la fuerza; las bandas de aventureros salidos de Italia, de España y de Alemania, sofocaron el último grito del catolicismo; y el pueblo comprimido por leyes que hubieran deshonrado á Tiberio, el pueblo al cual se robaba con sus iglesias, los fondos destinados á los aniversarios de sus muertos, los hospicios de sus enfermos, los auxilios que tenia gratuitamente en los monasterios; el pueblo sin recurso, sin abrigo, sin pan, iba á llorar de noche sobre los altares derribados de algunas hermosas y caritativas abadías, cuyos nuevos poseedores habían comenzado por abolir la limosna y la hospitalidad (1).

1 Recorred cualquier condado, dice el radical Cobbett, y examínad hoy mismo las ruinas de veinte abadías ó prioratos que se encuentran allí, y preguntad á vos mismo lo que se ha hecho para reemplazarlos. Id á visitar el antiguo resto de un rico convento, considerad ese claustro transformado por un miserable cultivador en un lugar que le sirve de bodega; este gran salón, en donde durante muchos siglos, la viuda, el huérfano, el anciano y el extranjero encontraban siempre una mesa servida. Se destruye hoy la única pared que subsiste aún, para construir una caballeriza, las demas paredes lo han sido ya para servir á la construcción de manufacturas. Reconoced en esta granja una parte de la antigua y magnífica capilla; después si os quedáis en estos lugares inmóvil por vuestras meditaciones melancólicas, el grito de la lechuza, resonando bajo esos arcos silenciosos, os avisa que la noche se acerca; recordad que en otros tiempos y á la misma hora, esas bóvedas que en vano han resistido durante muchos siglos á los huracanes y á las tempestades, retumbaban con el canto piadoso de los religiosos reunidos en la capilla para las vísperas. Entonces, si sentís que es necesario buscar alimento, un abrigo y una cama, dejad esta escena de desolación recordando á vuestro espíritu la antigua hospitalidad inglesa; idos á la posada mas cercana. Allí en un cuarto medio caliente y alumbrado, tendreis una recepción calculada según los medios de vuestra bolsa; sentaos y escuchad la relación de los hipocritas pretostes, de los motivos viles y bajos, de los medios atroces y sanguinarios de los que se han servido para efectuar esta devastación, y que han desterrado para siempre la hospitalidad de vuestro país.

Es cierto que la supresión de las abadías no fué una medida popular, y que dejó sin recursos, no solo á un número de sacerdotes, cuyas familias habían dorado estos asilos piadosos, sino á un pueblo de labradores, de pobres y de antiguos soldados. La generosa hospitalidad del clero católico no se ejercía en su círculo es-

Los aldeanos del país de Gales, estos armonicanos de la Inglaterra que habían abrazado el cristianismo antes de la llegada de los sajones, no pudieron sufrir les quitasen las efigies sagradas con que habían adornado sus viejas encinas y sus fuentes drúidicas (2). Vigilados y oprimidos como estaban por los últimos príncipes Tudores, y después por Cromwell, no podían profesar públicamente el catolicismo, y no teniendo por otra parte ni altares ni sacerdotes, vinieron á ser poco tiempo paganos; no hace todavía muchos años en que era una cuestión entre los anglicanos si se iría á convertir á estos *groseros idólatras*, que por falta de simpatía, por el árido y multiforme protestantismo habían llegado á adorar los árboles y los manantiales, como hacian los antiguos bretones en tiempo de César (3).

Los habitantes de la frontera meridional de Escocia, no espermentaron menos repugnancia que los galeses á abrazar la nueva doctrina.

El Border estaba mas que ninguna otra parte del reino bajo la protección de María. Habíase dado el nombre de la Santa Virgen al lago mas trasparente, á las fuentes de aguas mas azuladas (4), á las ermitas mas pintorescas. Allí eran donde se elevaban Melrose y Jedburgh, dos majestuosas abadías dedicadas á la Virgen Santísima; dos edificios prodigiosos erigidos por la fé que obra milagros, en un país pobre y continuamente conmovido por las

treche y limitado; participaba en alguna manera de lo infinito, de esta base de sus creencias. El baron con su séquito de caballeros tocaba á la puerta del monasterio, como el mendigo que recorria el país con un palo en la mano cantando piadosos cánticos. Entonces no se trataba de hospederías, y cuando el sonido armonioso de las campanas de las abadías no venia á alegrar el alma del viajero que se había tardado en el camino, era necesario que se resignara á dormir en el campo sin otro abrigo contra la intemperie del aire, que las ramas que los vientos movían, ó cargados de lluvia del árbol del camino. Las leyes normandas, que rigen aun á los ingleses conceden todo el patrimonio al primogénito de la familia noble; sus hermanos, esclavos de su voluntad, son sus criados. Luego, en esa época remota, el comercio que les ha procurado después honrosos medios de existencia, no estaba aun en su aurore. El catolicismo que no podía volver á hacer las leyes feudales, pero que trabajaba constantemente en suavizarlas, recogía en su seno, los miembros cansados de la aristocracia inglesa, y los aseguraba esta existencia suave y apacible á lo que las leyes del país no habían pensado. Las abadías, poco satisfechas de haber fertilizado con numerosos, desmontes las comarcas mas salvajes é incultas de la Gran-Bretaña se hicieron un deber de proteger la agricultura. Por un cuidado del todo providencial, su caridad abandonaba á las familias indigentes que vivían á la sombra de sus altos campanarios, vastos distritos indivisibles no cerrados, perteneciendo á todos como el aire y mar. Las arpas del arte, que devoraron la minoridad del hijo de Enrique VIII, se unieron los distritos con las tierras clericales; entonces todo quedó cercado y erizado de espinas. Abandonando la agricultura por los pastos que no necesitaban de trabajadores, los nuevos poseedores cambiaron en praderías las tierras de labor; y después de haber paralizado los brazos de los trabajadores afamaron el país y lo despoblaron de tal manera, que en medio de las cabanas desertadas de un opulento pueblo, no quedó mas que el jocal solitario de un pastor.

[Véase Lingard, Hist. de Inglát.]

2 En el condado de Brecknock, en el país de Gales, se encuentra aun un menhir de una altura gigantesca que lleva el nombre de *Maven* y *Maryuncion* ó piedra de la Virgen María. [Cumbrius Britannia.]

3 Gordons *Modern geography*, pag. 217.

4 El hermoso lago de Santa María, situado en el manantial del río Yarrow, en el Border, que se cubre frecuentemente de manadas de ciervos salvajes, había tomado su nombre de una hermosa capilla de Nuestra Señora, á donde la nobleza escocesa de la frontera iba frecuentemente en peregrinaciones. La capilla ha sido destruida, pero la laguna ha conservado su dulce nombre y sus pájaros sin manchas.

guerras extranjeras é internas. ¿Qué caballero del *Border* no habria pedido en nombre de la Virgen al pasar por Jedburgh una hospitalidad que no se le hubiera concedido generosamente? ¿Qué *chieftain* de las montañas no se habria quitado su gorra azul adornada de una pluma de águila ante la Virgen de Melrose, que era la abadía mas célebre y la mas frecuentada de las cuatro peregrinaciones del reino? Las baldosas de la inmensa basílica cubrian todo lo que la Escocia habia tenido de mas noble en el nacimiento y de mas ilustre en el valor; allí se encerraban las cenizas de los héroes, cuyas efigies acostadas sobre el mármol, tenian juntas las manos como para indicar en esta actitud devota que invocaban todavía á Jesus y á María, estos dos nombres que los católicos enlazan siempre. La Virgen Santa reinaba allí sobre los vivos y sobre los muertos. Durante el día se oian repetir en rededor de ella los ecos de los cantos sagrados, y en la noche, cuando la tempestad hacia oír sus sordos gemidos, y la luz intermitente de la luna hacia centellear los vidrios incrustados como esmeraldas en sus frágiles cruces de piedra, se hubiera creído que todas las guirnaldas petrificadas, que todos los pendones caballerescos que decoraban la iglesia, se movian al impulso del viento, y que los antiguos lores escoceses, se levantaban, cubiertos de sus armaduras, saludando á la Santa Madre del Redentor (1).

Al pié del altar venerado de Nuestra Señora de Melrose, los ingleses y los escoceses deponian sus odios hereditarios, y no eran otra cosa que humildes y pacíficos peregrinos. Los gefes de un *Clan* venian á rogar allí por la salud de las almas de los guerreros de un *Clan* enemigo, que habian caído bajo un *dirk* ó su *claymore*, durante el curso de sus guerras de montañas (2). Los pecadores lloraban allí sus faltas ante la consoladora de los afligidos; y despues se levantaban llenos de confianza en su intercesion misericordiosa; é iban á erigir monumen-

1 He aquí como Walter-Scott, que poseia un hermoso talento poético, y una ciencia de arqueólogo al servicio de su gracioso poeta, describe las ruinas magnificas de la abadía de Melrose, en una noche de luna:

If thou would' st view fair Melrose aright,
Go visit it by the pale moon light;
For the gay beams of lightsome day
Gill, but to flout, the ruins gray.
When the brook are blank in night,
And each shafted oval glimmers white;
When the cold light's in a certain shewer,
Streams on the round central tower;
When buttrees and buttises, alternately,
Seen framed of ebon and ivory,
When silver edges the imagery,
And the scrolls that reach thee to live and die;
When distant twed is heard to rave,
And the owl to hoot o'er the dead man's grave.
Then go-bret go ahorse the while
Then view St. David's ruin'd pile;
And, home returning, soothly swear,
Was never scene so sad and fair!
[The Lay of the last Minstrel, canto Segunda.]

2 Existe aún un tratado de paz entre dos enemigos, por el cual los gefes de uno y de otro se obligan á hacer las cuatro peregrinaciones de Escocia, por la salvacion de las almas de los del *Clan* opuesto que hayan muerto durante la guerra. Estas cuatro peregrinaciones, eran Scoon, Dundér, Paisley y Melrose. [Border Minstrelsy, Introd.]

tos expiatorios, cuyo nombre perpetuase el recuerdo de sus remordimientos (3).

Los predicadores calvinistas, enemigos declarados de las artes, lo mismo que lo eran de los Santos, destruyeron á Melros y á Jedburgh, con otros muchos santuarios de menor fama. De todas las magnificencias que rodeaban á la Virgen de Melrose, no quedaron sino los restos de un altar, que bien pronto cubrieron las altas yerbas y los arbutos de las ruinas. Algunas veces, en los primeros tiempos, se veia una negra sombra deslizarse de vez en cuando bajo los arcos rotos de la Iglesia abacial, y oíase un murmullo de voces humanas que se mezclaba al rumor sordo que formaban las olas del Tweed. Era un religioso que venia furivamente á celebrar los divinos misterios, para un corto número de personas que permanecian todavía fieles al antiguo culto. Estas visitas llegaron á ser tan peligrosas, que el clero debió renunciar á ellas por prudencia; pero nada pudo impedir al pueblo que enterrase sus muertos en los cementerios devastados de las antiguas abadías; y por un sentimiento de delicadeza, que hace honor á los escoceses, no se enterró por mucho tiempo sino mujeres solamente en los recintos funerarios donde reposaban las vírgenes del Señor (4).

La primera cosecha que recogieron en las montañas del *Border* los apóstoles de Calvino, fué tan pobre y escasa, que desalentándolos en su empresa resolvieron "abandonar los *Clans* á su mala suerte," y aguardar á que la carencia de instrucciones, y la privacion absoluta de los Sacramentos y de las ceremonias del culto proscripito, los arrojasen en las filas del protestantismo, lo que sucedió en efecto, algun tiempo despues (5).

Bajo el reinado de Jacobo VI, los habitantes del *Border* permanecian todavía tan frios é indiferentes á la nueva doctrina, que el rey no se apoyaba sino en sus *clans* belicosos durante su disidencia con la Iglesia democrata (6). Cien años despues,

3 Estas penitencias monumentales eran frecuentes en el *Border*, algunos de estos edificios subsisten aun, tales como la torre del arrepentimiento en el Dumfriesshire, y segun la traducción vulgar, la iglesia de Lenton, en el Rosburghshire. [Border Minstrelsy, Introd.]

4 Véase Johnson, Viaje á los Hebrides. Los montañeses escoceses continian aun en nuestros dias enterrando sus muertos en los viejos cementerios católicos; una de las mas hermosas islas de la laguna Lomond, la isla de las *Nunnes*, es el lugar de sepultura de muchos religiosos; los sepulcros de los lores de Macgregor, y de algunas otras familias nobles que se dicen descendientes de los antiguos reyes de Escocia, se elevan alrededor de las ruinas de la Iglesia de la abadía, destruida por los feroces sectarios de Calvino.

5 Esta táctica no solo se ha puesto en práctica, pero se ha confesado por los mismos anglicanos. Swift la aconseja como debiéndose seguir, en sus pámfilos sobre la Irlanda. "Las tierras de los católicos, dice él, les han sido quitadas casi todas; no les es ya permitido comprar otras, lo cual ha hecho abjurar á los grandes propietarios. Los sacerdotes católicos que aun se encuentran hoy en Irlanda, no deben tener sucesores, de este modo, el clero protestante no tendrá mucho trabajo en ganar las clases inferiores que van á encontrarse sin gefes, sin sacerdotes, sin valor y sin culto." (Swift's Works, tom. 4.º, Letter from a member of the Parliament).—La frontera de Escocia fué sometida á este sistema negativo, y si ella no salió victoriosa como la Irlanda, al menos luchó antes de ceder, y el protestantismo no dominó sino despues de haber destruido las iglesias, y apagado una despues de otra las lucas de la antigua fe.

6 Jamás, dice un autor anglicano escocés, el clero calvinista no pudo olvidar que su elevacion fué debida al abatimiento, sino á la

se oraba todavía algunas veces al borde de las fuentes, cuyas aguas corrían frente á las capillas arruinadas de María y de los Santos, llevándose estas aguas á largas distancias para procurar la salud á los enfermos (1).

Los recuerdos que mas se refieren al culto de María, existen aun en los valles y en las selvas del *Border*; ellos forman el asunto de las baladas históricas que cantaban los pastores y los montañeses: ya es un caballero herido alevosamente en un apartado otero, donde lava sus profundas heridas en la fuente de Nuestra Señora, y al que llevan á su capilla para rezarle la vigilia de los muertos; ya un poderoso baron, á quien entierran al pié de la cruz de Santa María, y sobre la tumba del cual vendrán los monjes á orar, en tanto que en Escocia se dirijan preeos á Nuestra Señora. El herido, espresándose así, creia decir siempre: "estos son los caballeros que dejan sus rosarios de oro por prenda de su fe, etc." A cada peligro, se invocaba á Dios y á Nuestra Señora; nunca el uno sin el otro.

Los restos esparcidos del catolicismo se refugiaron en el Norte de Escocia, y allí protegidos por los dilatados y espesos matorrales, y entre las quebradas rocas de sus montañas, se han mantenido en algunos castillos solitarios que bañan las aguas borrascosas del océano setentrional. Allí es donde por largo tiempo se oraba por el restablecimiento de los Estuardos, á la Santa Virgen, á quien honraban aquellos monarcas. El cardenal de York, último vástago de aquella familia infortunada, se habia reunido con su hermano en la tumba donde todavía se oraba, y algunos pobres montañeses, que no pueden creer en la estincion de la antigua raza de los reyes de Escocia, ruegan todavía por su restauracion (2).

La Irlanda, profundamente católica, permaneció fiel al culto de la Santa Virgen, en medio de la persecucion mas larga y mas opresiva que haya habido jamas. So pena de no tener ni pan ni asilo,

caída de la dignidad real. El clero reformado, fué en Escocia, durante cerca de dos siglos, algunas veces enemigo declarado, y siempre rival ambicioso de su príncipe. Los discípulos de Calvino podian difícilmente evitar una tendencia á la democracia, y las formas republicanas de su administracion eclesiástica eran frecuentemente indicadas como un modelo que se debía seguir para el gobierno del Estado. La teocracia, impacientemente reclamada, se ejercia con rigor: las ofensas cometidas en la casa del rey caian bajo la insolente jurisdiccion de los ministros. El príncipe era formalmente reprendido por no haber dicho, *gracias*, antes ó despues de la comida, y por tolerar el juego y las diversiones de la reina. Se pronunciaba una maldiccion formal contra cualquier hombre, caballo ó lanza, que ayudara al rey en su querrela con el conde de Gowrie (un conspirador). Los favoritos del monarca, presentes al sermón, estaban comparados á Aman, la reina á Herodiades, y él mismo á Achab, á Herodes y á Jeroboam. Este exceso de celo estaba muy lejos de ser agradable á Jacobo VI [Wait. Sc. Historia de Grecia, y Border Minstrelsy, tom. 3.º].—Carlos II decia frecuentemente al oido de sus confidentes, que el calvinismo no era la religion de un caballero, de un *gentleman*.

1 Un médico calvinista del siglo XVII, censuraba amargamente á los habitantes del *Border*, que aun de su tiempo, iban á muchas fuentes consagradas, para llevar de su agua á los enfermos. [Account of the presbytery of Pentpont.]

2 Un célebre escritor escocés, refiere que se oraba todas las noches por el restablecimiento de los Estuardos, en los castillos católicos de Escocia, mucho tiempo despues de la muerte del cardenal de York. Muchos montañeses escoceses no pueden sin persuadirse que la raza de sus antiguos reyes se haya estinguido. No son los Estuardos los que han muerto, decia un montañés á un viajero francés, sino su salud.

se obligaba no solo á recompensar con largueza á los sacerdotes de una religion que no profesaba, sino á predicar por fuerza sus ritos. Pero no por eso dejó de amar en el fondo de su alma á la religion de sus padres. Despojada de sus iglesias, venia á asistir al oficio divino en los subterráneos ignorados de sus viejas mansiones feudales, entre las ruinas de los monasterios, en las grutas sonoras donde los druidas habian en otro tiempo celebrado al murmullo de una mar agitada sus ritos sangrientos, de los que han heredado el espíritu y las fábulas. Colocabanse en las alturas centinelas para proteger las ceremonias proscripitas, y la cabeza del sacerdote, puesta á precio cual la de un temible foragido; porque los sabuesos protestantes que habian tomado el nombre de *mass-hunters* [cazadores de misas] estimulados por ganar el premio de cinco libras esterlinas, en que pagaban los comisarios de Dublin la cabeza de cualquier eclesiástico perteneciente á la comunión romana, rastreaban á los *papistas* por los bosques y las montañas, cual si fuesen bestias salvajes. Dichosamente ha pasado este tiempo horrible, y seis millones de católicos invocan libremente á Nuestra Señora en esa *isla verde*, que ha merecido tan justamente el nombre glorioso y antiguo de *Isla de los Santos*.

No fué solo en Inglaterra donde el culto de la Virgen Santísima, arrancado por el huracan del protestantismo, dejó vestigios numerosos de su existencia. Las ruinas melancólicas y pintorescas de los monasterios consagrados á María, cubren aún los mas hermosos sitios de la Alemania. Un gran número de ciudades conservan su nombre: en Dinamarca, lo llevan los golfos y la Estiria, el Austria, la Iliria, la Suiza, el Tyrol y el gran ducado de Baden: poseen todavía los santuarios en que las poblaciones católicas del otro lado del Rhin, venian á orar á Nuestra Señora. Por estos restos majestuosos aún, de un culto en otro tiempo tan respetado, se puede juzgar de la estension de su antigua influencia, como se juzga del grandor de un buque naufrago por el número de mástiles medio rotos y de velas desgarradas que flotan sobre el agua.

El culto de María recobró en el Nuevo Mundo lo que habia perdido en el viejo. Los misioneros españoles y franceses embarcándose con una imagen de Nuestra Señora, á quien invocaban durante su navegacion peligrosa, y que al término de su viaje depositaban bajo alguna *ajupa* formada con hojas de palmera, emprendieron bajo la proteccion de María que, "los hacia fuertes, decian, como un ejército formado en batalla," la civilizacion y conversion de las dos Américas.

Los guerreros que se propusieron ir á la conquista de aquellas apartadas regiones, llevaban consigo todo lo que es necesario para una obra de destruccion y de sangre: armas, soldados, parque de artilleria; el genio de la devastacion les precede, y las lágrimas y la desesperacion son el rastro que dejan de sus pasos. Los misioneros católicos marcharon á la conquista de las Indias Occidentales con una imagen de María, una cruz y un rosario.

Gracias á sus esfuerzos casi sobrehumanos, poblaciones enteras arrancadas á los antros de las montañas y á las sombrías y recónditas moradas de las selvas, vinieron á formar pequeñas colonias, donde se vió florecer el cristianismo, fresco y puro como en los tiempos de la primitiva Iglesia.

Aquellos ministros del Evangelio que enriquecieron con una multitud de descubrimientos preciosos, la botánica, la historia y la geografía, se hacían artistas, y también artesanos, para instruir á sus neófitos y guiarlos así por la senda de las artes como por la de la salud espiritual. Vióse entonces á ignorantes salvajes que poco antes se sentaban á un festín de carne humana, tomar el compás del arquitecto, el cincel del escultor, la paleta del pintor, y elevar con sus manos templos á Dios y capillas á la Virgen sin mancha. El rezo del rosario era el ejercicio piadoso que mejor podía adaptarse á un pueblo que tenía que ocuparse de la caza. Así es que al declinar la tarde, cuando la sombra de los tuliperos y de las magnobias se prolongaba en la llanura ó en la sabana, habriase oído la Salutación Angélica, repetida en el idioma de las selvas sobre todas las colinas americanas. María era la madre del salvaje como del europeo; y no se la invocaba con menos ternura y religiosidad en el templo todo resplandeciente de oro, que los conquistadores españoles le habían erigido en México y en el Perú, que en las iglesias campestres que los piadosos misioneros le habían dedicado bajo los títulos de Nuestra Señora de Loreto y Nuestra Señora de los Dolores, en las márgenes del río de las Amazonas ó en las riberas esmaltadas del Hurón.

La América no fué el término de las conquistas de los servidores de Dios y de María: ellos exploraron también las regiones abrasadas del Africa, y convirtieron á los príncipes negros de la Guinea y del Monomotapa, penetrando al mismo tiempo con su pacífico estandarte en el reino de Ceilán, en la Península de la India, en el Japon y en la China, adquiriendo en todas partes nuevos triunfos para la Iglesia; y en todas partes la imagen de Nuestra Señora fué tratada con veneración y favor. Las mujeres mongolas se inclinaban delante de la Madre de Jesús, y le llamaban la Santa, la gloriosa María: el príncipe de Cachemira le enviaba cirios y otros presentes; el gran Lama le hacia erigir una iglesia bajo el título de la Anunciación. Las damas nobles de la China le ofrecían flores y perfumes; y los japoneses que pagaron, ¡ay! bien cara su enérgica adhesión á la fé verdadera, rezaban con sus largos rosarios de cristal, atravesando las calles de las ciudades idólatras llenas de bonzos y de paganos (1).

Estos triunfos obtenidos en tierras tan lejanas, no fueron los únicos que vinieron á consolar á María de los ultrajes del protestantismo. No bien Cabrino había descendido á la tumba, cuando fué ganada por los españoles la batalla naval de Lepanto, en que quedó humillada la media luna ante el estandarte de la Santa Virgen (2). Juan Sobieski

1 Cartas edificantes.—Anales de la propagación de la fé.
2 El papa había mandado esta bandera bendecida á D. Juan, que la mandó poner sobre su bujel almirante.

ki hizo igualmente homenaje á la Madre de Dios de su célebre victoria obtenida sobre los turcos en el sitio de Viena; y su primer cuidado al entrar en la ciudad libertada, fué ir á prosternarse con la frente en la tierra ante el altar de Nuestra Señora, donde él mismo cantó un *Te Deum* en acción de gracias. El magnífico estandarte de los mahometanos fué enviado á Nuestra Señora de Loreto (3); y el héroe se reservó para él un trofeo que le pertenecía, dijo, mas que todos los demas: era un cuadro que denotaba ser muy antiguo, y que se había encontrado entre las ruinas de la aldea de Wishau. Véjase en él á Nuestra Señora, cuya corona estaba sostenida por dos ángeles, que llevaban en sus manos unas cintas flotantes con estas inscripciones latinas: *In hac imagine Maria, vinces, Johannes.*—*In hac imagine Marie victor era, Joannes.* Juan, por esta imagen de María, vencerás.—Por esta imagen de María, yo, Juan, seré vencedor.

Esta imagen fué mirada como milagrosa: Juan Sobieski la destinó á su capilla real de Solkiew, y desde entonces la llevó consigo á todas sus campañas.

En 1647, el emperador Fernando III se consagró solemnemente con su familia y su imperio á la Reina del cielo. Una alta columna fué levantada en la gran plaza de Viena en honor de la concepción inmaculada de la Virgen María, y su estatua, con la luna bajo de sus piés, hollando con uno de ellos la cabeza de la serpiente, fué colocada en lo alto de la columna.

El calvinismo agitaba siempre á la Francia, y su soplo helado y mortífero penetraba en las masas; estinguíase de un modo lento, pero fatal, el sentimiento religioso; porque los temas insolentes y las bufonadas impías, hacen siempre el peor efecto; que no razona su creencia, y la pierde ó la recobra según los medios que se emplean y los argumentos que mas cautivan su atención. Las iglesias y los altares derruidos habían perdido ese santo prestigio que dan la pompa y los homenajes tradicionales. Las imágenes de María despojadas de sus adornos y derribadas de sus pedestales, se levantaban tan pobres, que el corazón se comprimía al contemplarlas, y los piés se alejaban sin quererlo de sus santuarios. El clero calumniado, arruinado, envilecido, no se reemplazaba ya sino con hombres del pueblo que le menospreciaban, porque el pueblo que no tiene en consideración el nacimiento, jamás respeta á sus iguales. En fin, las abadías puestas bajo el pié de asociación para sostenerse, pertenecían á hombres de guerra que se encargaban de colocar en ellas superiores cuyo papel se limitase al de intendentes de las privaciones de una comunidad, que no debía ya aplicar sus economías al uso de los pobres, sino al del capitán ó del cortesano, que era el abad asociado. Tan deforme irregularidad que sin el auxilio de

3 El largo de esta bandera era de doce piés, sobre ocho de ancho. La orilla verde y el fondo encarnado. Era de paño, los adornos estaban bordados de plata, las inscripciones árabes en letras de oro. En medio de esta bandera musulmana, que el héroe polaco depositaba á los piés de la Virgen, se leían estas palabras: "No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta." [Véase *Historia de Polonia*, por Leonardo Chodzko.]

las revoluciones, hubiera hecho al fin caer todos los monasterios de Francia, duró hasta el tiempo de Enrique IV (1); á pesar de las justas reclamaciones del clero, no vino á terminar sino hasta el reinado de Luis XIII. Desde Luis XI hasta este príncipe, es necesario detallar los hechos que testifican la veneración de los reyes por la Santísima Virgen. Luis XII hizo la peregrinación á Nuestra Señora de Loreto; y Enrique III envió allí al duque de Joyeuse con un cortejo magnífico, para ofrecer presentes y hacer un voto á la Santa Imagen. El mismo príncipe al hacer la fundación de la orden del Espíritu Santo, designó como un artículo de los estatutos, el que *cada caballero estaria obligado á rezar todos los dias una decena del rosario.*

Hacia el fin del siglo XVI se ayunaba todavía en toda la Europa católica, la víspera de las fiestas de la Santa Virgen, y ninguno se exceptuaba de esta práctica religiosa. Los licenciosos capitanes de Carlos IX y de Enrique III, rechazaban con calor la imputación de que habían violado la abstinencia en la vigilia de la Asunción de Nuestra Señora: de algunos que lo habían hecho por inadvertencia atravesando la Italia, uno de los historiadores menos escrupuloso de su tiempo, juzgó, sin embargo, prudente, callar sus nombres *"por respeto á su buena fama;"* y protesta, que *"aquellos gentiles hombres estaban del todo ignorantes de la fiesta del día siguiente."*

El culto un poco abandonado de María, se volvió á levantar majestuosamente en tiempo de Luis XIII. Este príncipe, para dar gracias á la Virgen por las ventajas que había alcanzado sobre los protestantes, y obtener por su intercesión una paz gloriosa con las potencias de Europa, que le hacían la guerra, declaró en un edicto espedido en San German en Laye (10 de Febrero de 1633), que: *"tomando á la Santísima y gloriosísima Virgen por protectora especial de su reino, le consagra particularmente su persona, sus Estados, su corona y sus súbditos, suplicándola defendiese á la Francia contra el poder de todos sus enemigos, ya fuese en la paz, ya en la guerra."* Y para conmemorar esta consagración, Luis prometió hacer reedificar el altar mayor de la catedral de Paris, y colocar allí una imagen de la Virgen, teniendo entre sus manos *á su precioso hijo descendido de la cruz,* y haciéndose representar él mismo á los piés del Hijo y de la madre, como ofreciéndoles su cetro y su corona.

Quiso ademas que todos los años se hiciese en el día de la fiesta de la Asunción, una conmemoración de su edicto durante la misa mayor, y que despues de vísperas se hiciese una solemne procesion, á la cual debían asistir todas las corporaciones soberanas y y todos los magistrados de las diversas ciudades de Francia.

Luis XIV heredó de su padre la devoción á la Virgen Santísima. El fué quien en 1723 hizo ejecutar por Coustou el grupo que se conoce con el nombre del *Voto de Luis XIII*, así como las dos

1 Véanse las memorias de Jacobo Sobieski.

figuras en mármol, colocadas á los lados, y que representan á Luis XIII y á Luis XIV ofreciendo sus coronas á la Virgen. Este último príncipe donó á la iglesia de Boloña la suma de 12.000 libras para cumplir el *ex-voto* de oro que los reyes de Francia desde Luis XI ofrecían á la Virgen á título de homenaje. Propagó con todo su poder el culto de la Concepción Inmaculada, y obtuvo en 1657 del papa Alejandro VII una bula que Clemente XI confirmó en 1668, para hacer celebrar esta fiesta en su reino: ademas, á ruego suyo concedió el papa indulgencias en el rezo del *Angelus*.

Quiso recibir la confirmación el día de la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima; y este hecho está testificado por esta inscripción de la capilla del Louvre.

HAC SACRA DIE INMACULATE CONCEPTIONIS,
LUDOVICUS XIV REX,
SUSCEPIT HIC SANCTISS. CONFIRMATIONIS SACRAMENTUM

Y debajo se lee esta otra:

INMACULATA DOMINA, SALVUM FAC REGEM.

Luis XIV heredó de su madre Ana de Austria una grande veneración por Nuestra Señora de Lieja; él fué allí en 1652 y en 1673, y dos veces con la reina en 1680. María Teresa la piadosa española, aquella reina que no causó jamás á su real esposo otro disgusto que el de su muerte, fué también á aquella iglesia en 1677 y en 1678.—Despues de la muerte de Ana de Austria, su hijo ofreció por el reposo de su alma cincuenta mil misas, en los principales altares dedicados á la Santísima Virgen.

Cuando el tratado de los Pirineos, envió sus acciones de gracias acompañadas de ricos dones á Nuestra Señora de Chartres, á Nuestra Señora de Loreto y á Nuestra Señora de la Gracia.

Luis el Grande, lo mismo que su padre Luis XIII, pertenecía á la cofradía del Escapulario, y rezaba habitualmente su rosario. Admitido un día el padre de la Rué á una audiencia particular de este príncipe, le encontró piadosamente ocupado en rezar su rosario, formado de gruesas cuentas. Manifestando el padre una gran sorpresa, acompañada de respetuosos y edificantes sentimientos; *"no os cause sorpresa esto, dijo el rey; yo me vanaglorio de rezar mi rosario; es una práctica que conservo de la reina mi madre, y sentiria mucho faltar un solo día á ella."*

El embajador de España se presentó en la brillante corte del gran monarca, con su rosario en la mano, y nadie encontró digna de objetar esta acción.

Poníase entonces, según una antigua costumbre, un magnífico rosario y un devocionario de *Horas de la Virgen* en el canastillo de las desposadas. Esta costumbre permaneció hasta el tiempo de Luis XV.

Luis XIII había tomado la Rochela, el último baluarte del catolicismo en Francia. Luis XIV aniquiló á esta herejía turbulenta con la revoca-

cion del edicto de Nantes. Esta medida que aseguró la tranquilidad del reino, ha sido censurada con términos muy amargos. Ha olvidádose, sin duda, que los calvinistas eran entonces los facciosos incorregibles, que no se avergonzaron de llamar en su auxilio á los ingleses.

Luis XIV, el mas grande monarca de su siglo, espiró murmurando con sus lábios moribundos el *Ave María* que habia repetido con voz firme muchas veces, mientras que rezaban cerca de él las oraciones de los agonizantes.

CAPITULO XIII.

LOS TIEMPOS MODERNOS.

Del seno del Mediterráneo, cuyas olas azules se embalsaman á diez leguas de distancia de tierra con el dulce perfume del naranjo, se eleva una isla pedregosa, cuyas montañas coronadas de nieve, los bosques de pinos, y las colinas sembradas por enormes castaños, harían pensar que era una comarca de la Suiza, si sus frondosos ramos de mirto, sus bosques de naranjos y de limoneros, sus selvas de olivos gigantescos y sus ruinas romanas, no proclamasen una tierra de Italia. Aquella isla es el país natal de Paoli, el patriota eminente, y de Napoleon, el grande emperador; es, en fin, la Córcega, que forma hoy uno de los departamentos de la Francia.

Esta isla fértil é inculta á la vez, está habitada por una raza primitiva, pobre, belicosa y hospitalaria como los *Highlands* de Escocia ó de las montañas del Cáucaso. Adherida profundamente al catolicismo y en todo tiempo pura de toda herejía, ella es recelosa hasta el extremo sobre todas las cosas que tocan al honor, y olvidando el divino precepto que prescribe el perdón de las ofensas, se hace justicia por sus propias manos, y despues de siglos venga la afrenta con el asesinato.

Al primer aspecto de este país que tan civilizado como se conserva, es un no sé qué de perfume salvaje, se reconoce que está habitado por un pueblo esencialmente devoto á la Virgen Santa. Su imagen se eleva á la entrada de las aldeas, en los lindes de los caminos, á las orillas de las fuentes, en lo alto de los promontorios, y en medio de los bosques de naranjos que se estienden á lo largo de las costas. Las cercanías de Bañia, de pequeñas y graciosas capillas á la italiana, están dedicadas á la Anunciacion, á la Visitacion, ó á Nuestra Señora del Buen Consejo. En los dias de estas fiestas, que llegan en la primavera ó en el verano, se despuebla la ciudad para ir á visitar á las Madonas, á cuyas capillas se va por senderos olorosos y bordados de flores. Despues de haber rezado á la Virgen, cada familia se sienta á la fresca sombra de corpulentos árboles, y se entrega á una alegría modesta, haciendo una colacion campestre.

La Córcega tenia en un tiempo muchas catedrales, de las que la mayor parte se consagraron

bajo el título de la Asuncion: ahora la fiesta mas solemne de María, es la de la Concepcion inmaculada. Precédela una novena; y el sonido de las campanas y las salvas de los morteretes la anuncian: los navios están empavesados; el pavimento de las calles está regado de mirto; una procesion solemne en la que los cofrades de la Concepcion, en traje de penitentes y con antorchas de cera en las manos, conducen á la imagen de la Virgen adornada de una corona de plata, de collares de piedras preciosas y de brazaletes de oro, recorre las calles de la ciudad poblando el aire, en el que entre las blancas nubes del humo de los incensarios, se ven caer las flores que arrojan los niños y las damas desde las ventanas, y se oyen los alegres y armóniosos ecos de una música militar. Al mismo tiempo, los altares de María cargados de una profusion de flores, proyectan sobre las baldosas sagradas la claridad de sus mil luces; es una fiesta verdaderamente cristiana por los transportes del sentimiento religioso y las emociones de un gozo expansivo.

En los campos el cura, el vicario, ó simplemente el mas anciano de la aldea, rezan todas las tardes un rosario á la hora del crepúsculo, en que las campanas tocan *la agonía del dia que se estingue* (1). Algunas veces se entreeve en nebulosa lontananza, y sobre la punta de una quebrada roca, una sombría figura apoyada sobre su carabina, es un proscrito que aventura su vida para unirse á la oracion comun; porque la Madona es la última esperanza de estos hombres fogosos, pero creyentes, que llevan sobre su pecho, y que no piden en su nombre á los pastores sino un poco de leche y un pedazo de pan negro para sostener su miserable existencia. No hace aun mucho tiempo en que un jóven corso, compañero del célebre bandido Santa Lucia, defendiendo su vida, solo ya y herido, contra los soldados de un regimiento de línea y una nube de gendarmes, invocaba á la Virgen en esta lucha desesperada, en tanto que sus parientes, sus amigos, de rodillas al pié de la roca que le habia servido de último asilo, rezaban por él las oraciones de los agonizantes. "Todo hacia creer, dice el que refiere esta escena conmovedora, que el último pensamiento de aquel desgraciado se habia elevado á Dios, porque se le encontró con una pequeña medalla de la Virgen que estrechaba en la mano, mientras que sus parientes y amigos rogaban por él."

El 30 de Enero de 1735, la nacion reunida por comisiones para darse un gobierno nacional, despues de haber sacudido el yugo de la república de Génova, eligió por reina de la Córcega á la Santísima Virgen, empuñando su bandera hasta en los postreros combates de su jóven libertad moribunda. Los dos Paoli, Pascual y Clemente, dos grandes capitanes, ambos tiernamente devotos de María (2), hicieron respetar hasta lo último aquella

1 Squilla di lontano
Che parla il giorno pianger, che si muore
(Dante *Purgat.*, lib. 8.)

2 Viaje en el Finistere.

santa bandera. Clemente, de quien la historia habla tan poco, pero al que recuerda la tradicion local, siempre hacia rezar el rosario *de rodillas* á sus soldados antes de entrar en batalla. Admirados algunos ingleses de esta costumbre, le hicieron observar en varios encuentros que el enemigo avanzaba sobre ellos, y que sus soldados prosternados no podrian defenderse. "Dejadlos orar," milores, respondia Paoli con una voz marcial y acentuada. Concluida la oracion, los corsos se levantaban como leones, y no cejaban un solo paso, una sola línea; porque los soldados que oran no saben huir; los vendeanos enseñaron esto á la república francesa.

Pascual Paoli hizo construir dos capillas á la Santísima Virgen: la una en Pastorecia, cerca de *Ponte Nuovo*, teatro de la sangrienta batalla que vió perecer la nacionalidad de la Córcega, y en la que un gran número de sus parientes, que eran tambien nuestros, perdieron la vida: la otra en Morozaglia, donde se levantaba su castillo de gentil-hombre corso. Durante su destierro fabricó é hizo edificar otra en Inglaterra.

Desde el tiempo del rey Teodoro, el consejo nacional hizo grabar en el exergo de las monedas de oro y de cobre, este lema: *Monstra te esse Matrem*.

Napoleon se complacia en decir que la Santa Virgen era la reina de su patria, y mientras que fué un simple oficial subalterno, manifestó suma devocion por una Madona francesa que se encontraba en el convento de las Ursulinas de Auxona, donde iba á orar frecuentemente. La imagen de esta Virgen ha sido trasladada á la parroquia donde todavia se la venera.

A través de las saturnales de la regencia y del corrompido reinado de Luis XV, se habia llegado al fin del siglo diez y ocho, en que la religion habia quedado entumecida y anonadada por el soplo impuro y helado de la mala filosofia. La horrenda revolucion de 1793, vino á derribar á la Virgen de sus altares y á arrojar á Dios de sus templos. Dióse la orden de cerrar las iglesias, y de destruir cuanto pudiera asemejarse á un simulacro cristiano. ¡Ay! fué en verdad un triste espectáculo el ver caer los calvarios y mutilar las pequeñas estatuas de la Virgen, que se abrigan bajo los verdes ramos de las selvas. En la baja Bretaña, fué donde principalmente la devastacion encontró objetos en que ejercer su impio furor. "Se podria asegurar sin esageracion, dice M. Emilio de Souvestre, en su interesante obra sobre los bretones, que en ciertos parajes, nuestros caminos de travesía están empedrados con efigies de santos; es una soldadura completa de cabezas, de cuerpos y de miembros de estatuas cristianas." En aquellos dias se vieron horribles profanaciones, pero tambien se dieron nobles rasgos de consagracion al principio religioso, dignos de los tiempos antiguos. La Bretaña, sobre todo, ofreció una resistencia pasiva, íntima y tenaz, que llegó á fatigar á la persecucion misma: ella no cedia ni á la cólera ni al temor. Al pasar cerca de los nichos vacios ya de sus Madonas, el paisano breton se quitaba triste y

piadosamente su sombrero de anchas alas y seguia su camino rezando un *Ave María*. El domingo se sentaba rodeado de su familia á la puerta de su humilde casa, y permanecia en un profundo silencio con los ojos fijos en la iglesia de su pueblo donde tantas veces habia invocado á Jesus y María. "Yo haré derribar vuestros campanarios, decia Juan Bon-Saint-André al alcalde de una aldea, á fin de que no tengais ya ningun objeto que os recuerde vuestras supersticiones de otro tiempo. —Pero os vereis siempre en la necesidad de dejarnos las estrellas, que se ven mas lejos que nuestros campanarios, le respondió el aldeano." Su devocion sin altares tenia algo de entusiasta y de melancólica que se enlazaba simpáticamente con las ruinas religiosas de que estaban cubiertas sus campiñas. La Virgen que habia desaparecido de sus iglesias campestres, se habia refugiado bajo los techos de paja de las cabañas; leyéndose bajo sus pequeñas estatuas de barro, mas respetadas cien veces que los penates de los antiguos, esta sencilla deprecacion: "Santa Madre de Dios, sed la protectora de esta morada!" Y quién sabe lo que hubiera sucedido, si uno de los azules, como llamaban á los soldados de la convencion, hubiera osado romper esta imagen colocada á la sombra del hogar doméstico; porque allí, bajo las cortinas de sarga verde del arrendador breton, habia siempre oculta una vieja carabina, y si la Bretaña es el país de los sentimientos religiosos, es tambien el de los fuertes é inestinguibles odios. Queda todavia un poco del moño céltico sobre el oro de las virtudes de estas buenas gentes; este pueblo es el único de la cristiandad, que presenta el ejemplo de haber asociado en su espíritu el nombre de la Virgen misericordiosa á un pensamiento reprobable de venganza, y de elevar por lo mismo, santuarios bajo el título extraño, mas bien druidico que cristiano de *Nuestra Señora del Odio* (1).

Las romerías á la Virgen Santísima no cesaron en Bretaña bajo el reinado del Terror; únicamente se revistieron en cierto modo, con la forma y la apariencia de las ceremonias de la antigua Gália. Verificábanse de noche, á través de las tierras desiertas, donde los *menhirs* y las encinas del Dios *sin nombre* se manifestaban cubiertas de sus pardos musgos, como enormes fantasmas. Cada peregrino llevaba en la mano derecha un rosario, y en la izquierda una antorcha, y todas estas figuras pálidas y medio cubiertas con sus largos cabellos, ó con bandas que se desprendian de sus gorras blancas, pasaban lentamente entre los matorrales del bosque salmodiando cánticos á la Virgen Santa. Algunas veces un destacamento republicano emboscado á la orilla de un soto ó tras de un vallado de espinas y de avellanos que se prolongaban sobre un hondo camino, hacia fuego sobre aquella procesion rústica. El paisano breton, no dejaba por eso de volver á practicar algunos dias despues sus devociones pe-

1 Una capilla consagrada á Nuestra Señora del Odio, existe siempre cerca de Tréguier, y el pueblo no ha cesado de creer en el poder de las oraciones que allí se hacen. (Los últimos Bretones por Mr. Louvestre, tom. II.)

cion del edicto de Nantes. Esta medida que aseguró la tranquilidad del reino, ha sido censurada con términos muy amargos. Ha olvidádose, sin duda, que los calvinistas eran entonces los facciosos incorregibles, que no se avergonzaron de llamar en su auxilio á los ingleses.

Luis XIV, el mas grande monarca de su siglo, espiró murmurando con sus labios moribundos el *Ave María* que habia repetido con voz firme muchas veces, mientras que rezaban cerca de él las oraciones de los agonizantes.

CAPITULO XIII.

LOS TIEMPOS MODERNOS.

Del seno del Mediterráneo, cuyas olas azules se embalsaman á diez leguas de distancia de tierra con el dulce perfume del naranjo, se eleva una isla pedregosa, cuyas montañas coronadas de nieve, los bosques de pinos, y las colinas sembradas por enormes castaños, harían pensar que era una comarca de la Suiza, si sus frondosos ramos de mirto, sus bosques de naranjos y de limoneros, sus selvas de olivos gigantescos y sus ruinas romanas, no proclamasen una tierra de Italia. Aquella isla es el país natal de Paoli, el patriota eminente, y de Napoleon, el grande emperador; es, en fin, la Córcega, que forma hoy uno de los departamentos de la Francia.

Esta isla fértil é inculta á la vez, está habitada por una raza primitiva, pobre, belicosa y hospitalaria como los *Highlands* de Escocia ó de las montañas del Cáucaso. Adherida profundamente al catolicismo y en todo tiempo pura de toda herejía, ella es recelosa hasta el extremo sobre todas las cosas que tocan al honor, y olvidando el divino precepto que prescribe el perdón de las ofensas, se hace justicia por sus propias manos, y despues de siglos venga la afrenta con el asesinato.

Al primer aspecto de este país que tan civilizado como se conserva, es un no sé qué de perfume salvaje, se reconoce que está habitado por un pueblo esencialmente devoto á la Virgen Santa. Su imagen se eleva á la entrada de las aldeas, en los lindes de los caminos, á las orillas de las fuentes, en lo alto de los promontorios, y en medio de los bosques de naranjos que se estienden á lo largo de las costas. Las cercanías de Bañia, de pequeñas y graciosas capillas á la italiana, están dedicadas á la Anunciacion, á la Visitacion, ó á Nuestra Señora del Buen Consejo. En los dias de estas fiestas, que llegan en la primavera ó en el verano, se despuebla la ciudad para ir á visitar á las Madonas, á cuyas capillas se va por senderos olorosos y bordados de flores. Despues de haber rezado á la Virgen, cada familia se sienta á la fresca sombra de corpulentos árboles, y se entrega á una alegría modesta, haciendo una colacion campestre.

La Córcega tenia en un tiempo muchas catedrales, de las que la mayor parte se consagraron

bajo el título de la Asuncion: ahora la fiesta mas solemne de María, es la de la Concepcion inmaculada. Precédela una novena; y el sonido de las campanas y las salvas de los morteretes la anuncian: los navios están empavesados; el pavimento de las calles está regado de mirto; una procesion solemne en la que los cofrades de la Concepcion, en traje de penitentes y con antorchas de cera en las manos, conducen á la imagen de la Virgen adornada de una corona de plata, de collares de piedras preciosas y de brazaletes de oro, recorre las calles de la ciudad poblando el aire, en el que entre las blancas nubes del humo de los incensarios, se ven caer las flores que arrojan los niños y las damas desde las ventanas, y se oyen los alegres y armóniosos ecos de una música militar. Al mismo tiempo, los altares de María cargados de una profusion de flores, proyectan sobre las baldosas sagradas la claridad de sus mil luces; es una fiesta verdaderamente cristiana por los transportes del sentimiento religioso y las emociones de un gozo expansivo.

En los campos el cura, el vicario, ó simplemente el mas anciano de la aldea, rezan todas las tardes un rosario á la hora del crepúsculo, en que las campanas tocan *la agonía del dia que se estingue* (1). Algunas veces se entreeve en nebulosa lontananza, y sobre la punta de una quebrada roca, una sombría figura apoyada sobre su carabina, es un proscrito que aventura su vida para unirse á la oracion comun; porque la Madona es la última esperanza de estos hombres fogosos, pero creyentes, que llevan sobre su pecho, y que no piden en su nombre á los pastores sino un poco de leche y un pedazo de pan negro para sostener su miserable existencia. No hace aun mucho tiempo en que un jóven corso, compañero del célebre bandido Santa Lucia, defendiendo su vida, solo ya y herido, contra los soldados de un regimiento de línea y una nube de gendarmes, invocaba á la Virgen en esta lucha desesperada, en tanto que sus parientes, sus amigos, de rodillas al pié de la roca que le habia servido de último asilo, rezaban por él las oraciones de los agonizantes. "Todo hacia creer, dice el que refiere esta escena conmovedora, que el último pensamiento de aquel desgraciado se habia elevado á Dios, porque se le encontró con una pequeña medalla de la Virgen que estrechaba en la mano, mientras que sus parientes y amigos rogaban por él."

El 30 de Enero de 1735, la nacion reunida por comisiones para darse un gobierno nacional, despues de haber sacudido el yugo de la república de Génova, eligió por reina de la Córcega á la Santísima Virgen, empuñando su bandera hasta en los postreros combates de su jóven libertad moribunda. Los dos Paoli, Pascual y Clemente, dos grandes capitanes, ambos tiernamente devotos de María (2), hicieron respetar hasta lo último aquella

1 Squilla di lontano
Che parla il giorno pianger, che si muore
(Dante *Purgat.*, lib. 8.)

2 Viaje en el Finistere.

santa bandera. Clemente, de quien la historia habla tan poco, pero al que recuerda la tradicion local, siempre hacia rezar el rosario *de rodillas* á sus soldados antes de entrar en batalla. Admirados algunos ingleses de esta costumbre, le hicieron observar en varios encuentros que el enemigo avanzaba sobre ellos, y que sus soldados prosternados no podrian defenderse. "Dejadlos orar," milores, respondia Paoli con una voz marcial y acentuada. Concluida la oracion, los corsos se levantaban como leones, y no cejaban un solo paso, una sola línea; porque los soldados que oran no saben huir; los vendeanos enseñaron esto á la república francesa.

Pascual Paoli hizo construir dos capillas á la Santísima Virgen: la una en Pastorecia, cerca de *Ponte Nuovo*, teatro de la sangrienta batalla que vió perecer la nacionalidad de la Córcega, y en la que un gran número de sus parientes, que eran tambien nuestros, perdieron la vida: la otra en Morozaglia, donde se levantaba su castillo de gentil-hombre corso. Durante su destierro fabricó é hizo edificar otra en Inglaterra.

Desde el tiempo del rey Teodoro, el consejo nacional hizo grabar en el exergo de las monedas de oro y de cobre, este lema: *Monstra te esse Matrem*.

Napoleon se complacia en decir que la Santa Virgen era la reina de su patria, y mientras que fué un simple oficial subalterno, manifestó suma devocion por una Madona francesa que se encontraba en el convento de las Ursulinas de Auxona, donde iba á orar frecuentemente. La imagen de esta Virgen ha sido trasladada á la parroquia donde todavia se la venera.

A través de las saturnales de la regencia y del corrompido reinado de Luis XV, se habia llegado al fin del siglo diez y ocho, en que la religion habia quedado entumecida y anonadada por el soplo impuro y helado de la mala filosofia. La horrenda revolucion de 1793, vino á derribar á la Virgen de sus altares y á arrojar á Dios de sus templos. Dióse la orden de cerrar las iglesias, y de destruir cuanto pudiera asemejarse á un simulacro cristiano. ¡Ay! fué en verdad un triste espectáculo el ver caer los calvarios y mutilar las pequeñas estatuas de la Virgen, que se abrigan bajo los verdes ramos de las selvas. En la baja Bretaña, fué donde principalmente la devastacion encontró objetos en que ejercer su impio furor. "Se podria asegurar sin esageracion, dice M. Emilio de Souvestre, en su interesante obra sobre los bretones, que en ciertos parajes, nuestros caminos de travesía están empedrados con efigies de santos; es una soldadura completa de cabezas, de cuerpos y de miembros de estatuas cristianas." En aquellos dias se vieron horribles profanaciones, pero tambien se dieron nobles rasgos de consagracion al principio religioso, dignos de los tiempos antiguos. La Bretaña, sobre todo, ofreció una resistencia pasiva, íntima y tenaz, que llegó á fatigar á la persecucion misma: ella no cedia ni á la cólera ni al temor. Al pasar cerca de los nichos vacios ya de sus Madonas, el paisano breton se quitaba triste y

piadosamente su sombrero de anchas alas y seguia su camino rezando un *Ave María*. El domingo se sentaba rodeado de su familia á la puerta de su humilde casa, y permanecia en un profundo silencio con los ojos fijos en la iglesia de su pueblo donde tantas veces habia invocado á Jesus y María. "Yo haré derribar vuestros campanarios, decia Juan Bon-Saint-André al alcalde de una aldea, á fin de que no tengais ya ningun objeto que os recuerde vuestras supersticiones de otro tiempo. —Pero os vereis siempre en la necesidad de dejarnos las estrellas, que se ven mas lejos que nuestros campanarios, le respondió el aldeano." Su devocion sin altares tenia algo de entusiasta y de melancólica que se enlazaba simpáticamente con las ruinas religiosas de que estaban cubiertas sus campiñas. La Virgen que habia desaparecido de sus iglesias campestres, se habia refugiado bajo los techos de paja de las cabañas; leyéndose bajo sus pequeñas estatuas de barro, mas respetadas cien veces que los penates de los antiguos, esta sencilla deprecacion: "Santa Madre de Dios, sed la protectora de esta morada!" Y quién sabe lo que hubiera sucedido, si uno de los azules, como llamaban á los soldados de la convencion, hubiera osado romper esta imagen colocada á la sombra del hogar doméstico; porque allí, bajo las cortinas de sarga verde del arrendador breton, habia siempre oculta una vieja carabina, y si la Bretaña es el país de los sentimientos religiosos, es tambien el de los fuertes é inestinguibles odios. Queda todavia un poco del moño céltico sobre el oro de las virtudes de estas buenas gentes; este pueblo es el único de la cristiandad, que presenta el ejemplo de haber asociado en su espíritu el nombre de la Virgen misericordiosa á un pensamiento reprobable de venganza, y de elevar por lo mismo, santuarios bajo el título extraño, mas bien druidico que cristiano de *Nuestra Señora del Odio* (1).

Las romerías á la Virgen Santísima no cesaron en Bretaña bajo el reinado del Terror; únicamente se revistieron en cierto modo, con la forma y la apariencia de las ceremonias de la antigua Gália. Verificábanse de noche, á través de las tierras desiertas, donde los *menhirs* y las encinas del Dios *sin nombre* se manifestaban cubiertas de sus pardos musgos, como enormes fantasmas. Cada peregrino llevaba en la mano derecha un rosario, y en la izquierda una antorcha, y todas estas figuras pálidas y medio cubiertas con sus largos cabellos, ó con bandas que se desprendian de sus gorras blancas, pasaban lentamente entre los matorrales del bosque salmodiando cánticos á la Virgen Santa. Algunas veces un destacamento republicano emboscado á la orilla de un soto ó tras de un vallado de espinas y de avellanos que se prolongaban sobre un hondo camino, hacia fuego sobre aquella procesion rústica. El paisano breton, no dejaba por eso de volver á practicar algunos dias despues sus devociones pe-

1 Una capilla consagrada á Nuestra Señora del Odio, existe siempre cerca de Tréguier, y el pueblo no ha cesado de creer en el poder de las oraciones que allí se hacen. (Los últimos Bretones por Mr. Louvestre, tom. II.)

ligrosas. En una provincia vecina, los lugareños que iban durante una noche estrellada, á orar á Dios y á Nuestra Señora al fondo de alguna barranca lejana, atravesaban las aldeas ocupadas por los soldados azules, cantando himnos á la Virgen, acomodados á los aires de las canciones republicanas.

Durante aquel tiempo las iglesias de las ciudades estaban entregadas al pillaje. Se robaba el oro, la plata, el hierro, las rejas, los mármoles, y hasta los enmaderados; arrancábanse todas las obras de arte que decoraban las paredes, se destrozaban los cuadros, y obreros bien espensados se encargaban de hacer desaparecer las esculturas de los muros y de las bóvedas: hacíanse, por último, bajar las campanas para convertirlas en moneda, y esta fabricación patriótica costó al Estado, (según su propia confesión) la suma de veinte millones (1).

“Insensatos! dice La Harpe, dirigiendo sus palabras elocuentes é incisivas á los ejecutores de aquellas sacrilegas devastaciones, insensatos! ¿está acaso grabada la creencia sobre las murallas? ¿está escrita, acaso la religión sobre los cuadros? No, no está sino en los corazones á donde no podeis llegar; en las conciencias que os condenan, en el espectáculo del universo que habla á todos los hombres, y en el cielo que os juzgará... Destruidores imbeciles! habeis cantado victoria; ¡y bien! ¿dónde está esa victoria? Temblais de rabia cada día, al ver la afluencia de fieles á nuestros templos; ya no están ricos, pero son siempre sagrados; están desnudas sus paredes, pero llenos sus ámbitos. La pompa ha desaparecido, pero el culto ha quedado; ya no se huellan mármoles ni alfombras preciosas, pero prostéranse sobre los escombros, y se llora sobre las ruinas (2).

El hermoso cántico á María: “yo pongo mi confianza ¡oh Virgen! en vuestro socorro...” era el canto del cadalso. En 1793 dos carretas llenas de pobres mujeres realistas, para quienes se alzaba la horrible guillotina, pasaron al dirigirse al suplicio por el frente de un banquete cívico, servido en la calle por lo mas selecto de los del Terror. La señora de Montmorency-Laval, venerable por su virtud respetable, por su bello nombre tan antiguo y tan ilustre en Francia, iba en una de esas carretas con las manos atadas tras de la espalda, y acompañada de seis de sus religiosas, porque ella era abadesa de las Carmelitas de Montmartre, una orden religiosa fundada en el Oriente, según hemos dicho en otro lugar. Estas santas hijas de la Virgen, que la tempestad revolucionaria había arrojado sobre la mar borrascosa del mundo para perecer en ella, cantaban, como si estuviesen aun cubiertas con sus velos en el coro de su hermosa iglesia, el himno de los vendedanos, el cántico de su patrona. ¿No se podía dejar cantar en paz á las nobles mujeres que iban á morir en el cadalso? No: la cólera implacable de los miserables que deshonraron para siempre á la república, se enciende y estalla al oír aquel cántico piadoso; un centenar de terroristas, engalanados con su mugriento gorro escar-

1 La Harpe, del fanatismo en la lengua revoluc. pág. 49.
2 Ibid. pag. 41.

lata, que simbolizaba muy bien su cinismo y su sed hidrópica de sangre, se avalanza sobre las carretas con el palo levantado, gritando: “Silencio las beatas!—Que canten la *Marsellesa*...!—Que se obedezca al pueblo!—Vamos! La *Marsellesa* al momento! Como si no hubiesen oído aquellas insistentes vociferaciones, las hijas de María continuaron su dulce cántico. Irritados por esta resistencia pasiva con que no contaban aquellos feroces bandidos, detienen vomitando imprecaciones, los caballos que tiraban de la carreta, y ya se disponían á golpear cobardemente á las pobres mujeres indefensas, para quienes la muerte debía llegar á pocos instantes; pero hay tanto honor y espíritu caballeresco en el pueblo francés aun en los momentos en que se descarría, que muchos al ver aquella acción, acudieron. “Nada de asesinatos! ¡matar á unas pobres mujeres...! ¡qué villanía!” Entonces una lucha terrible, se empeña en rededor de los carros. Un jóven patriota, vestido de un modo distinguido, arranca el sable de las manos de uno de los gendarmes, y poniéndose al momento cerca de la carreta donde las religiosas espantadas se apretaban en torno de su venerable abadesa, logra parar los golpes que se les dirigen con tanto valor como sangre fría; pero á pesar de sus esfuerzos uno de estos golpes ha llegado hasta una jóven religiosa, la punta de un sable ha abierto una herida en su pecho... Su vida se acababa con la sangre que corría á chorros sobre sus oscuros vestidos; y la palidez de la muerte se extendió luego sobre su dulce y paciente semblante: “Santa que vais á subir al cielo, esclama una mujer del pueblo arrodillándose ante la religiosa espirante, bendecidme.—Bendita seas! respondió la hija del Carmelo con una voz desfallecida; y vos, señor, que nos habeis defendido en el camino de la muerte, continuó presentando su rosario al enternecido republicano, aceptad este don de mi reconocimiento...”

Las carretas se pusieron en marcha de nuevo, y los cánticos volvieron á comenzar; cuando cesaron, los corazones de todas aquellas pobres mujeres habían dejado de latir, y María había ya recibido en su seno á las almas de sus fieles siervas, adornadas con la corona del martirio.

La revolución arrastró en su torbellino las órdenes religiosas consagradas á María, así como el viento de la tempestad, arranca en su furia las plantas útiles al hombre: la de los carmelitas dejó tras sí algo semejante al perfume de la rosa desecada; el agua bienhechora y balsámica que lleva su nombre.

De setecientos mil edificios sagrados que cubrían el territorio de la Francia, y en cada uno de los cuales había un altar elevado á la Virgen Santa, quedan apenas dos mil iglesias dignas de la atención del artista y del anticuario: las demas, vendidas y convertidas en hornos de cal, unas quemadas, destruidas las mas y saqueadas todas, presentan solo algunos pobres restos de su antigua magnificencia, y que hoy son motivos de pesarosos é inútiles recuerdos!—“Hé aquí, esclama M. Julio Jamin, con una indignación generosa; hé aquí las ruinas incom-

pletas de objetos grandiosos en que se ha invertido tanto dinero, tanta paciencia y tanto génio! Se ha deshonrado á las ciudades: privadas de estas obras maestras del arte, de estos monumentos de la fé viva de un pueblo, ¿qué viene á ser ya una reunion de hombres?... Esas no son ciudades sino hormigueros. Se ha destruido asimismo la hermosura de los paisajes á que tanto contribuian, esas agujas que penetraban las nubes, esos campanarios que descollaban sobre las florestas, esos enormes muros que se levantaban sobre las colinas... Lo que no han podido destruir lo han manchado á su placer. De las mas nobles torres góticas se han hecho almacenes; las mas correctas iglesias ojivales se han convertido en caballerizas ó en graneros. Aquella época fabulosa fué tan perversa y tan infinita en su génio de devastacion universal, que apenas puede la mente concebirlo (1).

El culto de María, aletargado por algun tiempo en la Francia, se despertó muy pronto y recobró insensiblemente su imperio consolador sobre las almas. Napoleon, fiel á sus impresiones de la infancia, escogió el día de la Asuncion para su propia fiesta patronal, é hizo de ella la fiesta mas grande y solemne del imperio. Muy pronto aparecieron de nuevo las procesiones, las cruces, las banderas blancas y los cantos sagrados en aquellas hermosas catedrales góticas de María, cuyas desnudas paredes y pobres altares recordaban la Iglesia primitiva, en tanto que sus brillantes vidrieras, sus esbeltas columnillas y sus torres orgullosamente elevadas hasta las nubes, pregonaban la época creyente y caballeresca de los tiempos de la fé. Todo lo que había sufrido, todo lo que había gemido, todo lo que había temblado, bajo el espantoso reinado del Terror, vino á postrarse á los pies de María: la reaccion religiosa fué enérgica, inmensa, y se hizo sentir lo mismo en las ciudades que en las aldeas. La Virgen tuvo de nuevo altares campestres en el fondo de los bosques: sus santuarios, donde no se había oído sino el canto del pájaro y el zumbido de la abeja sobre la pálida rosa del zarzal, resonaron otra vez con los cánticos de los peregrinos. La Restauracion, restableciendo las procesiones del tiempo de Luis XIII, puso el espíritu de la Francia bajo su dominio; se dió un paso de gigante en la devoción de la Concepcion Inmaculada; y la nacion entera consagró á la Virgen el mes de las flores, al que piadosa y poéticamente se había dado el nombre de mes de María. Las clases mas elevadas dieron el ejemplo de devoción á la Virgen; los descendientes de los antiguos caballeros, y de los poderosos barones que, en otra edad de entusiasmo y de fé, le habían erigido tantas capillas y monasterios, la honraron otra vez como en aquellos buenos y heroicos tiempos. La noble y piadosa reina María Amelia dió la primera el ejemplo.

La devoción de María en Francia, es, no solo tierna, sino respetuosa: el francés vé siempre á la Virgen Santa en el cielo, y la honra humildemente conforme á esta idea de su poder escelso. En Ita-

1 Mr. Julio Jamin, la Normandía.

lia, el culto de la Madona, tiene algo de mas fervoroso, y al mismo tiempo de mas familiar y sencillo. El italiano tiene á la vista desde la cuna imágenes graciosas que le recuerdan los actos de bondad y de misericordia de la Madre del Salvador. Ella es la protectora de la infancia, el sueño del adolescente, la esperanza del pecador: por todas partes sobrenada su pensamiento en las fiestas religiosas, como la rosa de Nenufar sobre las ondas de un profundo rio: el ardiente italiano la vé en todas partes, la bendice con todo su corazón, y cuando su oracion no es escuchada, lejos de quejarse de María, dice golpeándose el pecho: “Es culpa mia! la Madona no me ha escuchado porque soy un gran pecador.” ¡Admirable fé ciertamente! fé cristiana sobre todo, pues que en ocasiones semejantes, los paganos arrastraban á sus dioses por el fango.

La devoción á la Virgen, que produjo en la edad media el *Duomo* de Pisa, aquella hermosa catedral de María, cuyas puertas de bronce, ejecutadas por los diseños de Juan Boloña, representan los principales pasajes de la vida de Nuestro Señor y de la Santa Virgen; Nuestra Señora de las Flores, la suntuosa metrópoli de Florencia, que tiene el aspecto de una montaña de mármol de diversos colores, tallada en forma de cruz latina; y tantas obras maestras del gran estilo; aquella devoción, decimos, es siempre tan fervorosa en esta época como en la mas fervorosa de la Italia moderna.

Al desembarcar en Génova, esa ciudad que tan legítimamente lleva el título de *soberbia*, y que había sido fabricada, según dice madama Staël, por una asamblea de reyes, lo primero que llama la atención es la devoción del pueblo genovés á la Santísima Virgen. En cada ángulo de aquellas calles formadas de palacios, que inundan innumerables hombres del pueblo con sus trages pintorescos y mujeres con sus largos velos blancos, se levanta una graciosa Madona, pintada ó esculpida, que es la protectora de todo el cuartel; durante el día esta embalsamada con los penetrantes perfumes del mirto y del jazmin; en la noche, una lámpara la ilumina, y grupos numerosos se arrodillan á sus pies para rezar las letanías. Es siempre el mismo tiempo en que el célebre Andrés Doria, rezaba sobre sus galeras, émulas de las de Venecia, el Oficio de la Virgen; y se puede leer todavía en las puertas de la magnífica ciudad esta breve y conceptuosa inscripcion: *Citta di Maria*. Cuéntanse en ella cincuenta oratorios consagrados á la Santa Virgen.

Venecia, la reina destronada del Adriático, jamas echaba una barca al mar sin adornarla con alguna imagen santa de María. Durante el terrible *chólera*, se refugió en el seno misericordioso de Nuestra Señora de la Salud, que imploraba de preferencia al mismo San Márcos, su patron, en las grandes calamidades; y ofreció una soberbia lámpara de plata del peso de ciento diez y seis libras, ricamente adornada de cinceladuras y relieves dorados. La bella Iglesia de María donde se suspendía el *ex-voto*, debe su origen á un beneficio igual. Fabricóse en 1531 sobre el mismo lugar de una casa donde se había declarado la peste, de que la

intercesion poderosa de la Madona habia libertado á Venecia. En el centro de la cúpula se lee esta inscripcion, de una sencillez noble y antigua: *Unde oxigo, inde salus.*

Nada es comparable á la tierna devocion que los toscanos profesan á la Madona. En los caminos, sobre los puentes, en las casas, se encuentra siempre su dulce imagen sonriendo al pasajero que se descubre delante de ella, y que parece tomar parte en cada acontecimiento dichoso del hogar doméstico. En cada fiesta de la Virgen, las *contadine* de los alrededores de Florencia, descienden de las altas colinas plantadas de árboles frutales y regadas de claros arroyuelos, que la rodean en semicírculo, conduciendo una mula elegantemente enjaezada, á la cual cargan de canastillos llenos de hermosos racimos de pequeños haces de espigas, de ramas de naranjo y de granado, cuajados de frutas y de flores. Ataviados con sus trages y adornos de los dias festivos, atraviesan en procesion la ciudad, y van á depositar sus frutas y sus flores al pié del altar de la Virgen.

Cuando el gran duque de Florencia volvió á sus Estados despues de la caída de Napoleon, su primer cuidado fué dirigirse á la Iglesia de *Santa Maria della Annunziata*, donde un gran concurso de pueblo va á honrar todos los dias devotamente una imagen de la Virgen, que se dice haber sido acabada por un ángel. En reconocimiento de su inesperada vuelta á sus Estados, el digno príncipe hizo suspender delante del altar de María una lámpara de rico metal y de un trabajo esquisito.

Roma no es menos devota á la Madona que Florencia. En cualquiera hora de la mañana ó de la tarde que se recorra la vasta ciudad de S. Pedro, se encuentran siempre grupos de romanos arrodillados ante la Madona, orando con una devocion y un fervor, verdaderamente notables. En las calles, en las plazas públicas, en las casas, se encuentra á cada paso su imagen, delante de la cual arden una ó muchas lámparas llenas de un aceite puro y aromático. Tanto el rico como el pobre, se creen en el deber de subvenir á este gasto, aun cuando tuviesen que privarse del pan. Es un espectáculo edificante á la par que pintoresco el que ofrece una calle de Roma, alumbrada por millares de lucecillas semejante á las luciérnagas del bosque, y resonando con la música campestre de los *pifferai* de la Calabria ó de los Abruzos. Estos músicos montañeses reunen en todo tiempo una grande afluencia de fieles al pié de las Madonas; pero sobre todo en el adviento, porque parecen querer introducir con sus aires rústicos la fiesta de los pastores en la noche santísima de Navidad.

El dia de la Asuncion es, sin embargo, cuando se manifiesta especialmente la ardiente devocion de los romanos á la Virgen Santísima. En aquel dia se abandonan enteramente todas las Iglesias para solo asistir á Santa María la Mayor, la Iglesia real con paredes de mármol de Paros, la villa fértil del noble, con su aire saludable y sus frescas sombras, tambien queda desierta: el *aria cattiva* reina en Roma, y por consiguiente la peste; ¡pero

qué importa? á pesar de esto es necesario ir allá: ¡acaso la Madona no es mas poderosa para protegerlos que la peste para destruirlos? ¡Piadosa confianza! ¡Fé verdaderamente maravillosa en los tiempos en que nos hallamos! El pueblo está todo reunido en las plazas vecinas y en las calles que conducen á la soberbia iglesia de María; y la fiesta se hace con la mayor magnificencia posible. Los hombres se visten con su pintoresco traje de terciopelo azul; las mujeres se presentan adornadas con sus collares de coral, y bajo un gracioso schal blanco recogen sus largos cabellos de un negro ébano, prendiéndolos con una aguja gruesa de oro ó de plata. Todas llevan enormes ramilletes que vienen á ofrecer á la Madona. Esta multitud inmensa de creyentes, este pueblo de quien María es la reina absoluta, se postra en la tierra caldeada por los rayos abrasadores del sol de Italia, se mantiene de pié, apoyados contra las casas que proyectan su sombra sobre las desnudas plazas. Los italianos, que son por naturaleza bulliciosos y gesticuladores; esos hombres que parecen hechos para servir de modelo á los pintores, olvidan entonces sus maneras y sus costumbres: un solo cuidado les ocupa, ¡la oracion! y cuánto su espíritu se penetra de ella! Oran con los ojos, con los labios, con el gesto, con el corazon; derraman, puede decirse verdaderamente, toda su alma á los piés de María.

Cuando el papa ha terminado el divino sacrificio, y que ha dado su paternal bendiccion á todo un pueblo que la recibe de rodillas, las grandes puertas de la inmensa basilica giran lentamente sobre sus goznes de bronce, para dar paso á la muchedumbre que la llena de cantos, de flores y perfumes. Llega la noche, toda la ciudad se ilumina, y Roma entera ora en las calles. Cada uno, sin distincion, sin privilegio, con una fraternidad digna de la edad de oro, se agrupa alrededor de su propia Madona, de la Madona del cuartel, por la que el príncipe romano deja su palacio de mármol, el artesano su tienda portátil, y la tímida jóven el techo de sus padres; todos oran con un fervor edificante. Las mujeres rezan el rosario; los hombres cantan las letanías; sucede tal vez que algunas hermosas voces italianas, que parecen descender del cielo, entonan un cántico á María y todos guardan silencio para escucharlo; pero aquel silencio es una oracion mental á la Virgen.

“Yo recordaré toda mi vida, dice un viajero moderno, la hermosa fiesta de la Natividad de la Virgen, y la alegre reunion del 8 de Setiembre en la plaza Navona, donde circulaban cerca de veinte mil personas. La imagen de la Madona iluminada con magnificencia, presidia al gozo popular; y no se podia dudar de ello al ver la decencia, la reserva y aun cierta especie de recogimiento que reinaba por todas partes: la morada de una numerosa familia sometida á la autoridad paterna, puede solo dar idea de igual moderacion en medio del movimiento de un regocijo público; y era mas de notarse todavía, cuando la multitud se retiraba en paz despues de haber visto los fuegos artificiales. Yo he creido ver en esto una prueba de la

sabiduría y de la mansedumbre del gobierno pontifical.”

En Nápoles, en frente del mar mas bello y sereno, y bajo el cielo mas diáfano y luminoso del mundo, la devocion de la Santa Virgen se manifiesta siempre con la frescura y pureza de un lirio que acaba de abrirse. Las fiestas de la Madona, son fiestas populares, llenas de abandono y de alegría: sus iglesias, en número de catorce, solo en la ciudad de Nápoles, reunen todo lo que la pintura, la arquitectura y la escultura han podido desplegar de lujo y de grandeza: las capillas de María, todas bellas y espléndidas, están adornadas de lapislázuli, de topacios, de jaspes y de otras piedras no menos preciosas. En la iglesia de *Santa Maria la Nuova*, la imagen milagrosa de la *Madonna delle Grazie*, está colocada bajo de un dosel de plata cubierto todo de pedrerías. Sobre el monte Paesilippo, la iglesia de *Santa Maria Fortunata* reemplaza á un antiguo templo de la Fortuna, donde el paganismo iba á hacer sus oraciones. El monte Rulignano está coronado de una de las mas bellas iglesias napolitanas de María. Cinco arrabales de Nápoles llevan el nombre de la Santa Virgen. Los napolitanos le han consagrado el Vesubio, esa magnífica montaña cuya base podria compararse á los jardines encantados de Armida, y la cumbre á una puerta del infierno abierta sobre un rincón desolado del caos. Cuando el cráter vomita sus grandes oleadas de ardiente lava, y cuando toda la bahía se ilumina en medio de una profunda noche, como si el incendio final que han predicho las Sybilas fuese á destruir nuestro pequeño globo, el napolitano amedrentado se tranquiliza implorando á María; y los habitantes de las aldeas vecinas del volcan, corren delante de las lavas con las imágenes de la Madona que ellos oponen á sus estragos.

La Sicilia es siempre, como la Cerdeña, una tierra esencialmente católica: el culto de María es muy honrado, sobre todo, en Palermo y en Mesina. La hermosa catedral que los reyes de la raza normanda dedicaron á la Santísima Virgen, existe siempre en aquella última ciudad: solamente el *campanile* y la aguja que superaba á la gruesa torre apoyada contra el portal, han sido destruidos por el famoso terremoto de 1753, y los sicilianos no han pensado en reconstruirlos.

En el Piamonte y en la Saboya, Nuestra Señora ha sido honrada siempre religiosamente. En 1669, el rey Carlos Emanuel, declaró á la Madre de Dios protectora de su casa y de sus Estados; y esta declaracion ha sido renovada frecuentemente por los piadosos sucesores de aquel príncipe.

Hasta el fin del siglo décimoctavo, el culto de María ha sido un objeto de alta veneracion y de espléndido homenaje en toda la España. En la catedral de Toledo, colocada bajo la invocacion de la Virgen Santísima, se admiraba especialmente la capilla de Nuestra Señora del Sagrario. Las columnas y el pavimento eran de mármol; la forma de la capilla octógona: veíanse en el tesoro de su sacristía vasos de oro para el servicio divino, enriquecidos de diamantes y de otras piedras de mucho

valor. La estatua de la Virgen Santísima, que tenia en sus brazos un Niño Jesus de doce pulgadas de alto de oro macizo, incrustado de diamantes, era asimismo de plata maciza, y estaba sentada sobre un tronco del mismo metal. La catedral de Sevilla, tenia por su parte la capilla de Nuestra Señora de los Reyes erigida por S. Fernando, y cuya riqueza era tan grande, que pasaba por ser la mas espléndida y magnífica del mundo. La de la Presentacion, en Burgos, era casi tan célebre como la de Sevilla. En Madrid, la Iglesia de Nuestra Señora de la Alameda, es una de las mas hermosas de la ciudad. Se atribuía á esta Virgen el descubrimiento de una gran cantidad de trigo, encontrado por una casualidad verdaderamente providencial en el fondo de una torre, en el momento en que la ciudad, asediada por los moros, iba á rendirse por hambre. El hecho milagroso está todavía pintado al fresco en uno de los muros de la capilla de Nuestra Señora; pero dudamos que existan aún el altar y la balaustrada de plata maciza.

A un cuarto de legua de Madrid, en el recinto de un vasto convento de dominicos, que hoy sin duda se encuentra desierto como tantos otros, se veneraba (*) una imagen de la Virgen, cuyo color del rostro parece haberse oscurecido enteramente por el tiempo. A esta imagen se vestia habitualmente de viuda, cosa que jamas se ha hecho en otra parte, á lo menos que nosotros sepamos; pero en los dias solemnes la adornaban con vestidos de reina sembrados de ricas pedrerías (**). Su capilla, sombría por su misma estructura, está alumbrada por cien lámparas de oro y plata macizas: los reyes de España tenian allí su tribuna cubierta con una celosía dorada; es allí, en Nuestra Señora de Atocha, donde se cantaba siempre el *Te Deum* de la victoria.

Carlos III, uno de los reyes mas piadosos de España, fundó la orden de caballería que lleva su nombre en honor de la Virgen Santísima, á quien declaró: *Patrona universal de España y de las Indias.*

Hoy dia el astro brillante del catolicismo oculta ligeramente su disco en España, pero la nube pasará, y la Virgen Santísima recobrará muy pronto sus derechos en esa nacion esencialmente religiosa y caballeresca: nosotros esperamos, como el doctor español que nos ha hecho el honor de traducir nuestra obra, que la posteridad añadirá numerosas páginas, *páginas de oro*, á la historia de España en lo que corresponde al culto purísimo de María.

En Portugal, donde la Santa Virgen, es la reina desde los dias de Alfonso I, su culto es siempre na-

(*) Y se venera todavía hoy con una pompa y una decencia que es difícil haya en otro santuario de Europa dedicado á la Virgen. A lo que vemos el Sr. abate Orcini, se manifiesta poco instruido de lo perteneciente al culto de María Santísima en la católica España, y en las que fueron sus vastas posesiones de América.—N. del T.

(**) En nuestros dias la actual reina Isabel le ha regalado el magnífico traje y el manto real que llevaba puestos cuando el atentado del regicida Merino. La misma reina le ha hecho igualmente el rico presente de una corona imperial guarnecida de valiosísimas piedras. Sabido es que todas las reinas de España han considerado como un deber piadoso el de ofrecer un vestido de reina á la venerada Virgen de Atocha.—N. del T.

cional y floreciente. Ella es la madrina de nacimiento de todas las niñas, y sus imágenes son veneradas en hermosas y ricas capillas.

La Inglaterra, donde las sectas se asemejan á las cabezas de la hidra, comienza ya á volver su faz hácia el culto romano. Numerosas iglesias católicas se levantan bajo el modesto título de capillas en casi todos los condados. No hace mucho que en Irlanda se encendian luminarias en las alturas, para celebrar á la manera antigua, un nuevo milagro obtenido despues de una novena hecha á la Santa Virgen, para la maravillosa libertad de O. Connell!

Los belgas son siempre el pueblo devoto de María: van en peregrinacion á sus santuarios; y le consagran las mas bellas capillas de sus catedrales góticas.

Los tiroleses tapizan sus muros y sus casas con hechos sacados de la historia de la Virgen Santísima.

La rica y pacífica Bohemia, multiplica las imágenes de la Madre de Dios en sus caminos y en sus ciudades. En las campiñas se ven de trecho en trecho una agreste capilla dedicada á María, que sirve á la vez de casa de oracion y de parador de descanso. Eleva su techo puntiagudo que termina en una cruz como para avisar al caminante que ella le ofrece un abrigo contra el sol ó la lluvia, y este llamamiento es siempre religiosamente observado.

El Austria con sus costumbres sencillas y puras, con sus gustos poéticos y religiosos, ha permanecido fiel á María, y en ninguna otra parte las ceremonias sagradas de su culto tienen un carácter mas grave y mas tierno.

La Polonia es siempre el reino de la Santísima Virgen, á quien los polacos desde 1655 invocan en sus letanías bajo el título de *Regina Cæli* et *Polonia*. Las jóvenes polonesas llevan siempre suspendida al cuello una imagen de María: las madres tambien en otro tiempo la ponian al de sus valientes hijos cuando salian para ir al combate. Las grandes señoras tienen en sus aposentos un oratorio adornado con un retrato de la Virgen; y aquella orgullosa nobleza polaca, que eclipsaba en fausto á todas las noblezas de Europa en las fiestas de Navidad, jamas dejaba de poner en el lugar mas visible de la suntuosa sala de un banquete, un manojo de paja, en recuerdo de la profunda pobreza de Jesus y de María en el establo de Betlen.

Los lituanenses, los últimos hijos de la Virgen en Europa por el orden de fechas, pues que ellos no se convirtieron al cristianismo sino hasta el siglo décimoquinto, han permanecido fieles tambien á despecho del protestantismo que no encontró cabida entre ellos desde que se habló de suprimir el culto popular de María. Ella es la que reemplaza hoy día á la rubia Saulé, su divinidad favorita, aquella bella diosa del sol que, segun las leyendas místicas de sus abuelos, salia cada día de su palacio oriental, sobre un carro iluminado con mil antorchas de blanca cera para iluminar la tierra; y que tenia por acompañantes á *Vakazinné* (la estrella de la tarde),

y á *Ausra* (la aurora). Las mujeres lituanenses, fieles á las costumbres antiguas de su país natal, celebran aun bajo los auspicios de María sus fiestas favoritas de la vuelta de las flores y la cosecha de las mieses: y en el primer día de la primavera, antes de la salida del sol, van á deponer sobre sus altares los ramilletes de violetas que han ido á traer desde muy lejos; á ella es á quien invocan sentadas en derredor de la última yerba, en tanto que sus ágiles dedos tejen geroglíficos con flores, dándoles como en oriente un pensamiento á cada hoja y un símbolo á cada planta. Aquel pueblo de Lituania que ama con pasion el campo, y sobre todo las bellas flores, que cultivan alrededor de sus mas pobres cabañas, aman á la Santa Virgen mucho mas que todas estas cosas.

Los rusos, que siguen los ritos de la iglesia griega, profesan la mayor veneracion á la Virgen: desde que perciben su imagen aunque sea á mucha distancia, se prosternan repetidas veces y multiplican con estremada rapidez la señal de la cruz. En Moscou, una estatua de la Virgen, á la cual se atribuyen muchos milagros, adorna una de las puertas del Kremlin; dos centinelas con la cabeza descubierta, hacen guardia allí noche y día, y el pueblo al pasar cerca de esta imagen, nunca deja de descubrirse respetuosamente.

Los czares, se hacian coronar en otro tiempo en la hermosa catedral moscovita de la Asuncion, donde se depositan los cuerpos de los patriarcas rusos; el recinto de la iglesia está cubierto de placas de oro, y los vasos sagrados y los vestidos episcopales son todavía de una riqueza inaudita. Existe en el fondo de esta basílica una imagen de la Santísima Virgen, colocada en un gran cuadro, y la cual se saca en procesion cada año en una soberbia carretela de espejos, como las antiguas carrozas que se veian en Francia en la consagracion de los reyes. Cuatro caballos ricamente enjaezados, tiran con paso lento y solemne de este carro triunfal.

Los griegos, aunque cismáticos, conservan siempre el mismo respeto por la *Panagia*; la Morea tiene varios hermosos conventos dedicados á María; el mas célebre es el de la Asuncion, situado sobre el monte Cileno, á algunas horas de la célebre cascada del Styx que hoy lleva el nombre de Marronero. Este convento que desde el siglo VIII posee una milagrosa imagen de María, que le fué donada por una princesa imperial de Constantinopla, llamada Eufrasia, está construida en la mayor parte en una gran caverna de ciento veinte piés de elevacion y de otros tantos de largo. Un sendero estrecho y rápido, trazado sobre el flanco de la montaña, conduce á este convento que, á ejemplo de los antiguos castillos de la edad media, tiene una puerta y un rastrillo de hierro, y que ademas está defendido por una muralla lateral con numerosas y agudas puntas, y guarnecida con cuatro piezas de artillería. Este estrecho sendero, tan fácil de interceptarse, y en el cual los torrentes de agua que descenden en el invierno abren profundas zanjas, es el único camino que conduce al monasterio de María; así es que el santo asilo donde la *Panagia*

es invocada desde muchos siglos, es reputado por una fortaleza inespugnable. En la última guerra de independencia, el célebre Ibrahim trató en vano de apoderarse de él. Los trescientos religiosos que le habitaban, se hicieron soldados por necesidad, y supieron defender con valor el santuario secular de su patrona.

Las costumbres de esos *caloyeses*, como les llaman los musulmanes, son tan sencillas y tan puras como en el tiempo de su fundacion; gozan de una completa independencia, son laboriosos, fuertes, y dignos servidores de la misericordiosa Virgen, han tendido siempre una mano caritativa al oprimido y doliente. Los monges de la Tesalia y de la Fócida en el siglo XIV encontraron asilo en el convento de la Asuncion, cuando perseguidos por los turcos huian sin esperanza de volver á su amada patria. En el siglo XVII, los pobres religiosos escapados á las matanzas de Constantinopla se refugiaron en este convento; en fin, en el siglo XVIII, cuando la asoladora guerra que siguió á la insurreccion de la Morea habia destruido todos sus alrededores, solo á la cristiana conducta que observaron con los turcos de Calabrita, á sus oraciones y al abandono de una gran parte de la riquezas, debieron haber podido arrancar á la apostasia ó á la muerte una gran parte de los griegos de la Acaya.

Los kleptos, estos atrevidos montañeses que tan valerosamente y por tan largo tiempo contuvieron los avances de los turcos, no son menos devotos de la *Panagia* que los moravitos. Durante muchos siglos no tuvieron otros lugares de oracion que algunas capillas arruinadas, las cuales se creian frecuentadas por los vampiros, ó algun oratorio abierto en la roca misma, bajo la proteccion de la Virgen. Veianse algunas veces al despuntar el día, treparse á las cimas mas elevadas de sus montañas, con su puñal corvo en la cintura y su largo fusil á la espalda, para ir á misa, ó simplemente para hacer oracion en alguna capilla apartada que se elevaba al borde de horribos precipicios, cuya sola vista hubiera impuesto pavor en el pecho de un soldado turco. Allí era donde venian á depositar el *ex-voto* prometido á la *Panagia* en la hora del peligro, y que siempre cumplian con religiosa fidelidad. Estas ofrendas que por lo regular eran objetos preciosos conquistados con el plomo y el hierro de los musulmanes, inspiraban el mas profundo respeto; la devocion pública las conservaba, y no habia un klepto, por grande que fuese su necesidad y miseria, que ni en el pensamiento se atreviese á robar el menor de estos objetos sagrados. M. de Pouqueville, en su viaje á la Grecia, cita el hecho del gefe de una de estas bandas, que, habiendo tomado cierto *ex-voto* de una capilla dedicada á la Virgen cerca de Vanitza, fué entregado por sus mismos pollikares á Ali-Pacha, que dió orden al punto de que le ahorcasen. La devocion de las romerías lejanas, difícil como era á hombres colocados en la posicion de los kleptos, no les era sin embargo desconocida. Vióse al famoso partidario Blachavas, que á la edad de setenta y seis años partió á pié para Jerusalem con el mosquete á la espalda,

seguido de su proto-palikare (su ayudante de campo), y morir, segun pareció haberlo deseado, en los lugares santos que poseen los sepulcros de CRISTO y de la Virgen (1).

El monte Athos, llamado por los griegos modernos *Agion Oros* (montaña Santa), pertenece siempre á María, como en tiempo de los primeros Césares de Bizancio.

Las islas del Bósforo y del Archipiélago contienen, aunque pobres, numerosos conventos dedicados á María; las campanas de estos monasterios del rito griego están suspendidas al viejo tronco de algun ciprés de prodigioso tamaño, que cual un fantasma se levanta cerca de alguna iglesia ó cementerio. En Scio, la mas bella isla de aquellos mares, casi toda la poblacion era católica. Tratada con dulzura, merced á la proteccion poderosa de la sultana Validé, la encantadora isla habia conservado su religion, su jovialidad y sus bellas sombras. Acogiase al extranjero ofreciéndoles ramas cargadas de frutas, y cuando se alejaba, ofreciáanse ramos de flores como recuerdo de la hospitalidad. Nada igualaba la pompa de sus fiestas: tenia sus arcontes católicos, como los tuvo en otro tiempo Atenas; sus hijas eran bellas y puras como la sonrisa de María, su *Panagia* muy amada..... La revolucion estalló, y toda aquella alegría, toda aquella paz, concluyeron con una horrible matanza... mil trescientas jóvenes, las mas bellas de la isla, fueron sacrificadas impiamente por los feroces soldados osmanlies en las riberas de su sereno y brillante mar. Cayeron unas tras otras con las manos juntas y los ojos clavados en el cielo invocando á la Virgen. Ella las vengó mas tarde, pues el tigre que habia mandado estas ejecuciones atroces, Ali-Pachá, abrasado él y su navío por el intrépido Canaris, vino poco despues á espirar sobre aquella misma ribera que habia inundado de sangre; y el vencedor hizo solemne homenaje de su victoria á la Santísima Virgen.

En la Anatolia y las islas que la rodean, en Chipre, en Tenedos, la raza griega ha sostenido con todo su poder el culto de María. Mahoma triunfó en las ciudades; pero en las cimas de las montañas, en la region de las nubes, se enarbola la bandera sagrada, bandera de la *Panagia*, sobre los altos muros de los monasterios. Algunos de los helenos han olvidado la lengua de Demóstenes y de Isócrates, pero no el Evangelio, ni la devocion á María, y rezan en idioma turco el símbolo de su fé y la Salutacion angelical (2). Allí, en lugar de las iluminaciones del Courban-Bairam se hacen los fuegos de regocijo, á los que han dado el nombre del hijo adoptivo de la Virgen, lo mismo que á la fiesta de Mahoma, el de Nuestra Señora del Monte Olímpico.

Los georgianos que en sus estandartes llevan la imagen de San Jorge, y que solos, merced á su indomable valor, entraron hácia la edad media en Jerusalem con banderas desplegadas, para hacer

1 Fauriel, *Cantos populares de la Grecia*.
2 *Occidente y Oriente*, por Mr. Barault.

sus oraciones sin pagar el tributo impuesto á los demas cristianos (1), los georgianos son siempre los fieles súbditos de la Virgen sagrada, la Reina celeste de su montañosa patria: los picos mas elevados de sus montañas están coronados de una iglesia ó de una capilla de María, pero colocada á tal altura, que ni aun ellos mismos pueden en todo tiempo subir á ellas, y se ven obligados, dice M. Chardin, á solo saludarla profundamente desde el fondo de sus valles, lo cual no dejan de hacer nunca.

El habitante de Mingrelia que duerme descansando la frente sobre su carabina y con la cimitarra al costado, va á venerar en sus iglesias algunas reliquias de la Virgen Santísima, que con gran respecto se guardan allí desde los primeros siglos del cristianismo.

La Armenia, enclavada en medio de poblaciones musulmanas, no se ha doblegado tanto ante el Alcoran como en presencia del Zend Avesta, y ha permanecido poco mas ó menos como se hallaba en el siglo XV, despues de las guerras santas; habiéndose dividido en dos campos, de los cuales el uno profesa el cristianismo de Roma y el otro el de Nestorio, en una y otra parte la Virgen es igualmente venerada. Todo armenio ayuna los quince dias que anteceden al dia de la Asuncion, fiesta introducida mucho tiempo hace en las regiones del Cáucaso; y como este pueblo aun conserva de los judíos la inmolacion de los animales, no hay en aquel dia familia armenia que no inmole un carnero en honor de María.

El Líbano, esta hermosa montaña de cien leguas de contorno, cuya base está bañada en la parte occidental por las aguas del Mediterráneo, y se limita hácia el Mediodia por la Palestina, contiene un pueblo todo de católicos. Sobre una de estas cimas elevadas podria decirse que se halla el Eden con sus cristalinas aguas, y sus frescas y aromosas sombras; una iglesia archiepiscopal lo domina; en esta iglesia existe un altar de María, y á la derecha de este altar, brota el manantial maravilloso del Nakar-Rossena (*rio capital*) que desciende de una inmensa roca erizada de cipreses. El *Nakar-katisha*, (rio santo) el hijo de las nieves eternas, que vió en otro tiempo tantos solitarios sobre sus riberas ocupados en reproducir en cedro la imagen de María, se lanza siempre en olas espumosas desde las mas grandes alturas, y conserva el nombre que en los primeros siglos de la Iglesia debió á la piedad de los ermitaños de sus rocas. A una legua del lugar en donde el Rio Santo reúne sus aguas rápidas y bulliciosas, se levanta Tiro, la antigua reina de los mares; su célebre catedral de Nuestra Señora, destruida en las últimas guerras de las cruzadas, poco despues de su reconstruccion, no es ya sino una ruina magnífica, cuyos arcos inmensos se dibujan sobre el cielo azul claro de la Siria, y donde se oye el lejano rumor de las olas, como una lamentacion profética; mas en una iglesia de mucha menor apariencia, las cuatrocientas ó

1 P. de Belleforest, lib. 2 cap. v. de su *Hist. Univers.*—Chalcondyle, lib. 9 de la *Hist. de los Turcos.*

quinientas familias que habitan la ciudad de Tiro, invocan todos los dias á María con fervorosa piedad. La linda ciudad de Nazaret á la que se llega por una senda guarnecida de olivos, está poblada de católicos; su iglesia tiene tres naves construidas sobre la antigua de Santa Helena, y se vé constantemente llena de peregrinos y de fieles haciendo oracion. Por donde quiera se lee en sus muros el dulce nombre de María, y á cualquier parte á donde se vuelve la vista, se hallan imágenes suyas, que la piedad de los cristianos de Oriente se complace en adornar con las mas hermosas flores.

La Jerusalem moderna, cuya poblacion parece formada con los restos de otros pueblos, y que en su seno ve la Sinagoga judía al lado de la mezquita musulmana y de la Iglesia de Cristo, no está, gracias al cielo! desprovista de altares dedicados á María. La descendiente de los reyes de Judá, es aun invocada de rodillas en la capital del santo rey David, y todas las diferencias religiosas desaparecen al pie de su tumba, en donde se encuentra el armenio, el georgiano, el árabe, el tirio y el cristiano de Occidente, y en donde tambien se ve algunas veces orar las mujeres turcas bajo de sus velos. Un *caloyer* griego derrama gotas de esencia de rosas sobre la cabeza de los que vienen á honrar á la Santa Madre de Jesucriso.

La veneracion que en el Levante se profesa á María, se ha extendido hasta los mismos infieles. Los turcos y los persas hablan de ella en los términos mas honrosos, juzgándola como la mujer mas pura y mas perfecta que jamas haya existido. Tambien se les ha visto frecuentemente colgar lámparas votivas delante de sus imágenes; traer sus niños enfermos á sus iglesias; rogar con mucha devocion sobre su sepulcro, y lo que es aun mas extraño en los adoradores de Allah, construirle templos (2).

En Abisinia, el culto de María es siempre tan popular como en los tiempos pasados; las iglesias que llevan su nombre oriental de *Mariam* se encuentran en gran número en las ciudades, en la cima de las montañas y en las orillas de los rios; sus techos son de paja, rodeados de una galería exterior y coronados de una cruz de hierro, cuyos numerosos brazos terminan con huevos de avestruz: un cementerio que es un asilo inviolable, las rodea, y están magníficamente sombreadas por oscuros sabinos y gigantescos olivos. En el interior, las paredes se ven adornadas de brillantes pinturas que representan á la Virgen, á S. Miguel ó á S. Jorge, uno de los Santos mas populares de Oriente; el pavimento algunas veces está cubierto con alfombras de Persia, que los musulmanes traen de Massauah, y venden muy caras á los cristianos. Una galería domina siempre en derredor de estas iglesias, y al

2 Un bajá de Mossoul, sitiado por el famoso Thamas Koulikan, hizo voto de construir dos iglesias á la Virgen María, si llegaba á conservar su ciudad; Thamas levantó el sitio, y el bajá, fiel á su promesa, mandó construir dos iglesias, cuya magnificencia, insólita en esas comarcas, demuestra la medida del peligro, del susto y del reconocimiento del musulmán. Véase la carta del obispo de Babilonia, en los *anales de la propagacion de la fé.*

centro se encuentra un santuario cuadrado, cuya entrada no es permitida sino á los sacerdotes: allí es donde se coloca el arca santa que contiene el pan eucarístico y el vino consagrado que se destinan á la comunión de los fieles. La veneracion que los abisinios profesan á la Virgen es tan grande, que, segun ellos, el mundo fué creado por ella, y para ella; hacen como los captos y los sirios, preceder la funcion de la Asuncion de un ayuno de quince dias; sus reyes se titulan *hijos de la mano de Mariam* [María], y muchos de ellos toman su nombre. En fin, unos viajeros que recorrian la Abisinia en 1837, nos dicen que cuando los abisinios piden una gracia ó hacen alguna invitacion, siempre es en nombre de María, que no juran mas que por María [*ó Mariam*], y que tienen siempre su nombre en la boca (1).

Esta ardiente devocion de los abisinios á la Madre de Dios, se ha manifestado algunas veces por actos de verdadero fanatismo. En 1714, cuando unos misioneros alemanes de la órden de S. Francisco, enviados por el papa Clemente XI, procuraron atraerlos á la unidad de la fé, los monjes cismáticos destruyeron todos los medios que se empleaban al efecto, haciendo correr la voz de que los religiosos europeos eran enemigos declarados de la Santísima Virgen. Esta falsedad tuvo funestos resultados; el pueblo se rebeló; el emperador que protegía á los misioneros fué envenenado, y los padres Liberat, Veis, Pié de Zeslee y Samuel Bienno, fueron muertos á pedradas por el populacho enfurecido. Un monje etiope lanzó la primera piedra gritando: "Maldito, excomulgado sea de la Santísima Virgen, quien no arrojaré cinco piedras á sus enemigos!" (2). ¡Ah! estos pobres franciscanos eran sin embargo los siervos mas devotos que la Virgen hubiese tenido en el mundo!

Hoy el culto de la Virgen se estiende progresivamente en las Indias: los del Indostan, de las costas del Malabar, los chinos, los siameses, los tibetanos, los pueblos del Tunquino y de la Cochinchina, rezan el rosario; es el único libro de oraciones que poseen estos católicos de esas comarcas lejanas, y es lo primero que piden al ver algun eclesiástico de Europa (3). Las Iglesias de las Indias llevan siempre el nombre de María; la de la Navidad de la Virgen es una de las mas notables de Pondichery. En esta Iglesia del Malabar se ha fundado una novena que atrae gran número de conversiones en un país en que son estas tan difíciles. La novena de que hablamos, comienza por una procesion que se hace por la noche con mucha pompa. Elévanse posas en las calles, que los fieles del Malabar adornan con cajas de flores y con muselinas bordadas de oro, las que reciben á su turno bajo de los globos de fuego que las iluminan, á la Santa imagen de María conducida en un carro triunfal. La procesion marcha con lentitud al son de una música ruidosa, entre dos hileras de luminarias; á

1 *Viaje en Abisinia*, por los señores Combes y Tamisier, 1835, 37.

2 *Anales de la propagacion de la fé.*

3 *Ibid.*

cada posa, cesa la música estrepitosa, y una voz infantil, acompañada de un instrumento suave de cuerdas, canta las alabanzas de la Santa Madre de Nuestro Señor: despues de lo cual, la imagen de la Virgen es llevada solemnemente á la Iglesia, y colocada otra vez sobre su altar magníficamente iluminado.

La América Meridional se distingue siempre por su devocion á María. En el Brasil se le han erigido Iglesias modernas, en cuyo adorno parecen haberse prodigado todas las riquezas de aquel imperio. El Perú le dedicó desde el principio su magnífica catedral de Lima, bajo el título de la Asuncion, con una crugia de plata en lugar de la que existia de piedra mármol. Cuzco, la ciudad de los Incas, ha consagrado á María su templo del sol, cuyos muros en otro tiempo estaban cubiertos de gruesas láminas de oro, y en donde se veía la imagen del Dios, toda de oro macizo y de una dimension extraordinaria. Los domínicos, cuyo templo constituye hoy la iglesia abacial, una iglesia enteramente peruana por los materiales brillantes de que estaba adornada, baldosas de plata, altar de plata, estatua resplandeciente de oro y pedrería, lámparas de oro; nada faltaba allí, y todas aquellas riquezas eran las ovaciones de dos pueblos de españoles y americanos. María tuvo altares no menos suntuosos en el antiguo templo de Quilla, (*la luna*), que los peruanos idólatras habian cubierto todo de plata; en el de Illapa (*el rayo*), y en el de Chasca (*la estrella de la tarde*).—En México, las catedrales y los altares dedicados á la Virgen, son de una magnificencia extraordinaria. La catedral de la Asuncion en México, comenzada en el siglo XVI, y terminada en el XVII, posee una estatua de María que escende á todo lo que en Europa pueda haber de mas rico y espléndido en este género. La Asuncion es de oro macizo incrustado de piedras preciosas y de un peso considerable (*). Hay, ademas, en México otra estatua de la Virgen, en el convento de las monjas de la Concepcion, que es del grandor natural y toda hecha de plata. La catedral de la Puebla de los Angeles dedicada igualmente á la Concepcion inmaculada, tiene un grande altar de María que vale el solo, tanto como el costo de un templo: el altar es de plata rodeado de columnillas, cuyos plintos y capiteles son de oro bruñido.

En la isla de Santo Domingo, en tiempo de la dominacion francesa, se hacia cada año pomposamente la procesion del voto de Luis XIII. Desde que se constituyó la isla independiente bajo el título de república de Haiti, esta costumbre piadosa ha declinado, pero no la devocion de María, á quien los negros invocan siempre con una confianza sin límites. Los haitianos hacen dos romerías á la Virgen; la una en la antigua parte española; la otra en la antigua parte francesa: frecuentemente la hacen por comision encargada á un solo individuo: al partir el peregrino negro para su viaje pia-

* Ya no existe esta estatua que dispuso fundirla el cabildo hace pocos años, para invertir su costo en la oracion del *ciprés* ó altar principal, que por cierto es de muy mal gusto.—N. del T.

doso, toca á todas las puertas antes de ponerse en camino, y recoge las ofrendas que cada uno envía á la Virgen. Las negras han llevado de Africa un uso pagano que han cristianizado en las Antillas. Cuando quieren asegurarse si poseen el afecto de sus esposos, llevan á las orillas de su mar, resplandeciente por el sol, una tabla ligera de madera de las islas, taladrada con varios agujeros, en los que ponen bugías pequeñas de cera blanca bien encendidas: despues de haber invocado á María colocan con todas las precauciones imaginables la pequeña balsa iluminada sobre las olas de su bello golfo, y si se mantiene por algun tiempo sobre el agua sin sumergirse, bendicen entonces á la Virgen, persuadidas de que pueden ya dejar en paz su corazón.

CAPITULO XIV.

INFLUENCIA DEL CULTO DE MARIA EN LAS BELLAS ARTES.

La religion en todos los puntos del globo ha sido madre de las artes. A su soplo inspirador se las ha visto despuntar, crecer y llegar á un punto de perfeccion análogo al estado mas ó menos adelantado de la civilizacion de los pueblos. El principio religioso es el único apto para fecundar la inteligencia, ensanchar la imaginacion, dar fuerza á la voluntad, audacia á las grandes empresas, y paciencia, por último, que madura los proyectos, así como el otoño madura los frutos. "La impiedad no llega á tanto, es (segun dicen los árabes) una mala planta espinosa, cuyas raíces están fuera de la tierra y que no tiene hojas de flores; ningun hombre cansado puede dormir á su sombra, y nada bueno crece á su alrededor."

A fin de tener á la vista imágenes mas nobles de la divinidad, los pueblos cercanos á la época del diluvio, sustituyeron á los troncos de los árboles y á las piedras consagradas, estatuas de mármol, de bronce y de oro; para dar digno asilo á esos dioses eleváronse torres de siete pisos en Babilonia y templos de granito rojo en Egipto: mas tarde se pensó en edificar palacios. Para decorar la fachada de esos templos se descubrió un nuevo arte, el de indicar la forma de los objetos con simples lineamientos, que fueron realizados con colores brillantes y hojas doradas. La Grecia, inteligente y apasionada por las artes, tomó las del dibujo y escultura á la antigua tierra de los Faraones, y perfeccionándolos les conservó su primer destino.

La invencion de la música precedió al mismo arte de edificar, y dió mayor lustre á las campestres ceremonias del culto antediluviano. Tocábase el arpa delante de los altares de césped, en que los patriarcas labradores ofrecían las primicias de la tierra, y los pastores que vivían ya bajo las tiendas, los primogénitos de sus ganados. La danza grave y religiosa, que figuraba las revoluciones de los astros, nació tambien en ese pueblo astrónomo, y la

patria vino á enlazarse á la música para cantar los beneficios, desarmar la cólera ó implorar los socorros del Criador. Las artes, cuyo principio era religioso (1), segun confiesan los mismos paganos, y cuyo objeto y fin debia ser noble y santo, desmintieron su origen y se corrompieron en su marcha. Despues de haber abierto á la idolatría la puerta de los templos, introdujeron sucesivamente en los pueblos la molición y la licencia. Entonces fué cuando la escultura y la pintura produjeron unas obras que no pueden mirarse sin rubor, y la poesía se empleó en celebrar acerca de los dioses, todo lo que hubiera debido callar.

Muy pronto los resortes gastados de la sociedad pagana dejaron á los pueblos sin creencias y á las artes sin el genio que las vivificaba. El arte religioso habia contribuido á pulir las costumbres, el arte incrédulo las corrompió; el primero habia inflamado el valor y el entusiasmo y perpetuado los grandes recuerdos del heroísmo y de la virtud, el otro se burló de los dioses y se puso á merced de todos los vicios; el uno habia hecho prodigios y creado obras maestras, el otro quedó herido de impotencia en medio de su triste y profunda degradacion.

Entonces fué cuando el cristianismo vencedor plantó la señal de la redencion en medio de las ruinas dispersas del mundo moral; y se colocó desde un principio, no abajo sino en la cumbre de las inteligencias. Despues de haber reforzado los vinculos sociales que se iban relajando y disolviendo, despues de haber lavado las llagas del crimen en las aguas regeneradoras del bautismo, y convidado á todos los pueblos al banquete del Padre Celestial, abrió á las bellas artes sus brazos indulgentes, como á hijos pródigos que locamente habian abandonado la casa paterna para ir á demandar entusiasmo al *principio de la muerte*, é inspiracion sagrada al genio del mal. Y las artes arrepentidas y purificadas se rehabilitaron al pié de la cruz, ya haciendo uso de *las perlas y diamantes de las Santas Escrituras* ya levantando magnificos templos á la majestad del Dios verdadero, y adornando sus altares con venerables imágenes; ya, en fin, derramando sobre los ritos y el culto de la religion del Dios crucificado un no sé qué de imponente, de misterioso y de espiritual, que inflamó el corazón, fijó la fantasía y dió alas á la oracion para subir al cielo.

El influjo de la Santísima Virgen se hizo sentir mas que ningun otro en esa transformacion sorprendente del barro en oro. Su culto fresco como una tierna flor y rico sobremanera en inspiraciones nobles y risueñas, fué un manantial inagotable de elevados conceptos para la música, la pintura y poesía. Reina de los dolores y de las glorias, y elevada por la humildad, la paciencia, y la virtud á una altura á que no puede ascender la imaginacion, María era un tipo celeste que resumía el pensamiento cristiano, y que obligaba al artista á evocar todas las bellezas del mundo ideal. La Grecia habia creado todo un pueblo de dioses; pueblo hermo-

1 No dudo que las artes hayan sido primitivamente gracias concedidas á los hombres por los dioses.—[Hípocrates.]

so, regularizado, pero duro como el bronce y frio como el mármol. Brillaba el método, la gracia, la elegancia en esas creaciones paganas; pero ¿en dónde estaban la humildad en la cima de la grandeza, la humildad de María; la caridad en la cruz, la caridad de Jesucristo; la fé ardiente de los mártires que mueren por la verdad desconocida y perseguida; el pudor, el mas bello de los temores despues del de Dios; y la divina misericordia que levanta la caña rota y que vuelve á encender la mecha que aun humea? Ninguno de los semblantes de mármol y de bronce de las deidades sensuales del Olimpo griego reflejaba tan sublimes virtudes. Esos dioses empapados en néctar, embriagados de ambrosía, y pasando con indolencia sus dias fabulosos en medio de los festines, de las riñas, de la licencia, de toda especie de excesos, llevaban la marca desoladora de su infernal origen, la inflexibilidad.

Estos antiguos tipos de las pasiones humanas cayeron delante de la imagen de la Virgen Santa, de la Rosa misteriosa del Evangelio, como los ídolos de la Fenicia ante el arca del Dios de Israel. La madre del divino amor, el emblema adorable de la pureza, la mujer puesta de rodillas en la primera grada del trono de Jesucristo, para ofrecerle como benévola mediadora las lágrimas y los votos de sus hermanos por la carne, hizo tomar al arte cristiano una actitud tan digna, tan noble, tan elevada, quedese de entonces hubo que traspasar un abismo entre él y la antigüedad.

Todo lo que el paganismo habia profanado, se santificó al acercarse á María; las flores, las estrellas, los cánticos, las imágenes, y los altares. Las rosas consagradas á la diosa impura que era adorada bajo los frondosos arrayanes del monte Idalio, circundaron á la Virgen con frescas y perfumadas guirrnaldas, cuya suave fragancia recordó la de sus virtudes. Las estrellas (1) invocadas por los antiguos pueblos del Oriente formaron las florones de su celestial corona; el Sol, objeto de tantas idolatrías, condensó sus rayos para formarle un manto real, mientras que la luna, amada de los poetas y adorada por los moradores de la Siria, puso humilde su frente sin corona bajo las benditas plantas de la reina del cielo y de los ángeles.

La música, que segun un autor antiguo, no producía sino rudos y desapacibles sonidos, se simplificó é hizo melodiosa y tierna á las miradas puras é inspiradoras de la descendiente de David. Coros compuestos de una brillante y piadosa juventud cristiana, hicieron resonar las bóvedas de los templos con himnos en honor de la Virgen Madre; y esas voces suaves y encantadoras, uniéndose al sonido de las arpas, de las liras y de los órganos, sacaron del arte de David, de Orfeo, efectos hasta entonces desconocidos: porque esa música ya sencilla ó ya majestuosa, que reproducía las alegrías del nacimiento de Cristo ó las agonias del Calvario: esa

1 Una de las mas hermosas ficciones astronómicas de los romanos, la constelacion de la Virgen, parece una revelacion profética de María. "La constelacion de la Virgen, dice un sabio á quien no se puede tachar de sospechoso, Lalande, es la que ofrece mas emblemas y mas alegorías."

música que comprendía éxtasis y lágrimas, sueños gloriosos y tristezas santas, despertaba en lo mas hondo del corazón los sentimientos mas religiosos, mas nobles y mas útiles á la sociedad.

Dios ha criado las azucenas para adornar la tierra y para su deleite, dicen los hebreos: la religion verdadera no desechó las artes que son las flores de la inteligencia, antes por el contrario las cultivó, y con celo maternal dirigió sus inclinaciones. Despues de haber derribado los altares sangrientos de Esus, de Odin y de Irmensul, instruyó sin emplear la persecucion á los escaldos del Norte, á los bardos de las Galias y á los trovadores de la Germania. En el Occidente, cuando la música por largo tiempo descuidada de los pueblos á quienes solo era grato el choque de las lanzas, se despertó súbitamente como de un dilatado sueño, bajo los auspicios de María, los cancioneros de la Guena, los trovadores de la Provenza, los improvisadores de Inglaterra y de Neustria, ensayaron sus primeros conciertos en honor de la Santa Virgen. En la tierra clásica de la Armenia, el gondolero veneciano durante una larga serie de siglos no conoció otra bacarola que el *madrial*, el himno de María; y el *contadino* de la campiña de Nápoles no cantó otra cosa al puntear su guitarra.

En Bretaña, en donde los bardos galeses se conservaron mucho mas tiempo que en ninguna otra parte, los cánticos á la Virgen María fueron reemplazados cuasi sin transición á los cánticos terribles y misteriosos de los druidas. Cantos dialogados, poemas populares sobre temas religiosos fueron en su origen la música nacional de un pueblo, que pareció despertarse de rodillas y con las manos juntas al sentimiento de las artes. Cada cancion bretona contenía una invocacion á María, un pensamiento religioso ó un fondo de moralidad; porque entonces todo estaba ligado al sistema católico para moralizar al pueblo y darle el gusto de una vida modesta y tranquila.

En el país de Gales, en Escocia, y sobre todo en Irlanda, no habia tocador de arpa ambulante que no supiese algun romance ingenuo y sencillo sobre los milagros de la Virgen, para hacerlo escuchar en la sala de armas del castillo ó bajo el olmo de la plaza pública. Fueron sin duda esos cantos religiosos y populares la causa de que los apóstoles de la reforma que no tenían el alma armonizada rompiesen las arpas inofensivas de los romanceros, al mismo tiempo que los órganos de las iglesias á los que con desprecio llamaban cofres de pitos. En Irlanda la cabeza de los bardos fué puesta á precio lo mismo que la de los sacerdotes (2).

En la Escandinavia los cánticos de la Virgen habian hecho olvidar los cantos belicosos y salvajes de los scaldos, de los cuales solo ha quedado el himno fúnebre de Regner Lodbrog. El célebre cántico á la Madre de Dios, el *Boga-Redzico* de San Adalberto, sucedió en Polonia al cántico salvaje de los

2 Por una acta de Isabel, vuelta á poner en vigor bajo Cromwell, y cuya ejecucion era estrictamente ordenada, todo sacerdote católico romano, por el solo hecho de ser sacerdote, era mirado como culpable de rebelion, y sin mas amplia informacion, condenado.

doso, toca á todas las puertas antes de ponerse en camino, y recoge las ofrendas que cada uno envía á la Virgen. Las negras han llevado de Africa un uso pagano que han cristianizado en las Antillas. Cuando quieren asegurarse si poseen el afecto de sus esposos, llevan á las orillas de su mar, resplandeciente por el sol, una tabla ligera de madera de las islas, taladrada con varios agujeros, en los que ponen bugías pequeñas de cera blanca bien encendidas: despues de haber invocado á María colocan con todas las precauciones imaginables la pequeña balsa iluminada sobre las olas de su bello golfo, y si se mantiene por algun tiempo sobre el agua sin sumergirse, bendicen entonces á la Virgen, persuadidas de que pueden ya dejar en paz su corazón.

CAPITULO XIV.

INFLUENCIA DEL CULTO DE MARIA EN LAS BELLAS ARTES.

La religion en todos los puntos del globo ha sido madre de las artes. A su soplo inspirador se las ha visto despuntar, crecer y llegar á un punto de perfeccion análogo al estado mas ó menos adelantado de la civilizacion de los pueblos. El principio religioso es el único apto para fecundar la inteligencia, ensanchar la imaginacion, dar fuerza á la voluntad, audacia á las grandes empresas, y paciencia, por último, que madura los proyectos, así como el otoño madura los frutos. "La impiedad no llega á tanto, es (segun dicen los árabes) una mala planta espinosa, cuyas raíces están fuera de la tierra y que no tiene hojas de flores; ningun hombre cansado puede dormir á su sombra, y nada bueno crece á su alrededor."

A fin de tener á la vista imágenes mas nobles de la divinidad, los pueblos cercanos á la época del diluvio, sustituyeron á los troncos de los árboles y á las piedras consagradas, estatuas de mármol, de bronce y de oro; para dar digno asilo á esos dioses eleváronse torres de siete pisos en Babilonia y templos de granito rojo en Egipto: mas tarde se pensó en edificar palacios. Para decorar la fachada de esos templos se descubrió un nuevo arte, el de indicar la forma de los objetos con simples lineamientos, que fueron realizados con colores brillantes y hojas doradas. La Grecia, inteligente y apasionada por las artes, tomó las del dibujo y escultura á la antigua tierra de los Faraones, y perfeccionándolos les conservó su primer destino.

La invencion de la música precedió al mismo arte de edificar, y dió mayor lustre á las campestres ceremonias del culto antediluviano. Tocábase el arpa delante de los altares de césped, en que los patriarcas labradores ofrecían las primicias de la tierra, y los pastores que vivían ya bajo las tiendas, los primogénitos de sus ganados. La danza grave y religiosa, que figuraba las revoluciones de los astros, nació tambien en ese pueblo astrónomo, y la

patria vino á enlazarse á la música para cantar los beneficios, desarmar la cólera ó implorar los socorros del Criador. Las artes, cuyo principio era religioso (1), segun confiesan los mismos paganos, y cuyo objeto y fin debia ser noble y santo, desmintieron su origen y se corrompieron en su marcha. Despues de haber abierto á la idolatría la puerta de los templos, introdujeron sucesivamente en los pueblos la molición y la licencia. Entonces fué cuando la escultura y la pintura produjeron unas obras que no pueden mirarse sin rubor, y la poesía se empleó en celebrar acerca de los dioses, todo lo que hubiera debido callar.

Muy pronto los resortes gastados de la sociedad pagana dejaron á los pueblos sin creencias y á las artes sin el genio que las vivificaba. El arte religioso habia contribuido á pulir las costumbres, el arte incrédulo las corrompió; el primero habia inflamado el valor y el entusiasmo y perpetuado los grandes recuerdos del heroísmo y de la virtud, el otro se burló de los dioses y se puso á merced de todos los vicios; el uno habia hecho prodigios y creado obras maestras, el otro quedó herido de impotencia en medio de su triste y profunda degradacion.

Entonces fué cuando el cristianismo vencedor plantó la señal de la redencion en medio de las ruinas dispersas del mundo moral; y se colocó desde un principio, no abajo sino en la cumbre de las inteligencias. Despues de haber reforzado los vinculos sociales que se iban relajando y disolviendo, despues de haber lavado las llagas del crimen en las aguas regeneradoras del bautismo, y convidado á todos los pueblos al banquete del Padre Celestial, abrió á las bellas artes sus brazos indulgentes, como á hijos pródigos que locamente habian abandonado la casa paterna para ir á demandar entusiasmo al *principio de la muerte*, é inspiracion sagrada al genio del mal. Y las artes arrepentidas y purificadas se rehabilitaron al pié de la cruz, ya haciendo uso de *las perlas y diamantes de las Santas Escrituras* ya levantando magníficos templos á la majestad del Dios verdadero, y adornando sus altares con venerables imágenes; ya, en fin, derramando sobre los ritos y el culto de la religion del Dios crucificado un no sé qué de imponente, de misterioso y de espiritual, que inflamó el corazón, fijó la fantasía y dió alas á la oracion para subir al cielo.

El influjo de la Santísima Virgen se hizo sentir mas que ningun otro en esa transformacion sorprendente del barro en oro. Su culto fresco como una tierna flor y rico sobremanera en inspiraciones nobles y risueñas, fué un manantial inagotable de elevados conceptos para la música, la pintura y poesía. Reina de los dolores y de las glorias, y elevada por la humildad, la paciencia, y la virtud á una altura á que no puede ascender la imaginacion, María era un tipo celeste que resumía el pensamiento cristiano, y que obligaba al artista á evocar todas las bellezas del mundo ideal. La Grecia habia creado todo un pueblo de dioses; pueblo hermo-

1 No dudo que las artes hayan sido primitivamente gracias concedidas á los hombres por los dioses.—[Hípocrates.]

so, regularizado, pero duro como el bronce y frio como el mármol. Brillaba el método, la gracia, la elegancia en esas creaciones paganas; pero ¿en dónde estaban la humildad en la cima de la grandeza, la humildad de María; la caridad en la cruz, la caridad de Jesucristo; la fé ardiente de los mártires que mueren por la verdad desconocida y perseguida; el pudor, el mas bello de los temores despues del de Dios; y la divina misericordia que levanta la caña rota y que vuelve á encender la mecha que aun humea? Ninguno de los semblantes de mármol y de bronce de las deidades sensuales del Olimpo griego reflejaba tan sublimes virtudes. Esos dioses empapados en néctar, embriagados de ambrosía, y pasando con indolencia sus dias fabulosos en medio de los festines, de las riñas, de la licencia, de toda especie de excesos, llevaban la marca desoladora de su infernal origen, la inflexibilidad.

Estos antiguos tipos de las pasiones humanas cayeron delante de la imagen de la Virgen Santa, de la Rosa misteriosa del Evangelio, como los ídolos de la Fenicia ante el arca del Dios de Israel. La madre del divino amor, el emblema adorable de la pureza, la mujer puesta de rodillas en la primera grada del trono de Jesucristo, para ofrecerle como benévola mediadora las lágrimas y los votos de sus hermanos por la carne, hizo tomar al arte cristiano una actitud tan digna, tan noble, tan elevada, quedese de entonces hubo que traspasar un abismo entre él y la antigüedad.

Todo lo que el paganismo habia profanado, se santificó al acercarse á María; las flores, las estrellas, los cánticos, las imágenes, y los altares. Las rosas consagradas á la diosa impura que era adorada bajo los frondosos arrayanes del monte Idalio, circundaron á la Virgen con frescas y perfumadas guirrnaldas, cuya suave fragancia recordó la de sus virtudes. Las estrellas (1) invocadas por los antiguos pueblos del Oriente formaron las florones de su celestial corona; el Sol, objeto de tantas idolatrías, condensó sus rayos para formarle un manto real, mientras que la luna, amada de los poetas y adorada por los moradores de la Siria, puso humilde su frente sin corona bajo las benditas plantas de la reina del cielo y de los ángeles.

La música, que segun un autor antiguo, no producía sino rudos y desapacibles sonidos, se simplificó é hizo melodiosa y tierna á las miradas puras é inspiradoras de la descendiente de David. Coros compuestos de una brillante y piadosa juventud cristiana, hicieron resonar las bóvedas de los templos con himnos en honor de la Virgen Madre; y esas voces suaves y encantadoras, uniéndose al sonido de las arpas, de las liras y de los órganos, sacaron del arte de David, de Orfeo, efectos hasta entonces desconocidos: porque esa música ya sencilla ó ya majestuosa, que reproducía las alegrías del nacimiento de Cristo ó las agonias del Calvario: esa

1 Una de las mas hermosas ficciones astronómicas de los romanos, la constelacion de la Virgen, parece una revelacion profética de María. "La constelacion de la Virgen, dice un sabio á quien no se puede tachar de sospechoso, Lalande, es la que ofrece mas emblemas y mas alegorías."

música que comprendía éxtasis y lágrimas, sueños gloriosos y tristezas santas, despertaba en lo mas hondo del corazón los sentimientos mas religiosos, mas nobles y mas útiles á la sociedad.

Dios ha criado las azucenas para adornar la tierra y para su deleite, dicen los hebreos: la religion verdadera no desechó las artes que son las flores de la inteligencia, antes por el contrario las cultivó, y con celo maternal dirigió sus inclinaciones. Despues de haber derribado los altares sangrientos de Esus, de Odin y de Irmensul, instruyó sin emplear la persecucion á los escaldos del Norte, á los bardos de las Galias y á los trovadores de la Germania. En el Occidente, cuando la música por largo tiempo descuidada de los pueblos á quienes solo era grato el choque de las lanzas, se despertó súbitamente como de un dilatado sueño, bajo los auspicios de María, los cancioneros de la Guena, los trovadores de la Provenza, los improvisadores de Inglaterra y de Neustria, ensayaron sus primeros conciertos en honor de la Santa Virgen. En la tierra clásica de la Armenia, el gondolero veneciano durante una larga serie de siglos no conoció otra bacarola que el *madrial*, el himno de María; y el *contadino* de la campiña de Nápoles no cantó otra cosa al puntear su guitarra.

En Bretaña, en donde los bardos galeses se conservaron mucho mas tiempo que en ninguna otra parte, los cánticos á la Virgen María fueron reemplazados cuasi sin transición á los cánticos terribles y misteriosos de los druidas. Cantos dialogados, poemas populares sobre temas religiosos fueron en su origen la música nacional de un pueblo, que pareció despertarse de rodillas y con las manos juntas al sentimiento de las artes. Cada cancion bretona contenía una invocacion á María, un pensamiento religioso ó un fondo de moralidad; porque entonces todo estaba ligado al sistema católico para moralizar al pueblo y darle el gusto de una vida modesta y tranquila.

En el país de Gales, en Escocia, y sobre todo en Irlanda, no habia tocador de arpa ambulante que no supiese algun romance ingenio y sencillo sobre los milagros de la Virgen, para hacerlo escuchar en la sala de armas del castillo ó bajo el olmo de la plaza pública. Fueron sin duda esos cantos religiosos y populares la causa de que los apóstoles de la reforma que no tenían el alma armonizada rompiesen las arpas inofensivas de los romanceros, al mismo tiempo que los órganos de las iglesias á los que con desprecio llamaban cofres de pitos. En Irlanda la cabeza de los bardos fué puesta á precio lo mismo que la de los sacerdotes (2).

En la Escandinavia los cánticos de la Virgen habian hecho olvidar los cantos belicosos y salvajes de los scaldos, de los cuales solo ha quedado el himno fúnebre de Regner Lodbrog. El célebre cántico á la Madre de Dios, el *Boga-Redzico* de San Adalberto, sucedió en Polonia al cántico salvaje de los

2 Por una acta de Isabel, vuelta á poner en vigor bajo Cromwell, y cuya ejecucion era estrictamente ordenada, todo sacerdote católico romano, por el solo hecho de ser sacerdote, era mirado como culpable de rebelion, y sin mas amplia informacion, condenaba.

waidelotes (1). En la Lituania el himno á María reemplazó á las canciones de Milda, diosa de la hermosura, de la primavera y de las rosas. Los *bartnikas*, esos romanceros ambulantes de la Rusia blanca á quienes se miraban como inspirados y que presidían los coros de música en las fiestas de las cosechas y de las flores, abandonaron el dios Sotwaras, su Apolo oriental, para pedir á María les diese otras poéticas conspiraciones.

En los primeros tiempos del cristianismo, había una piadosa creencia, la de que la santa Madre del Salvador tomaba bajo su protección especial á los poetas cuyos cantos eran puros: ella era, según se decía entonces, *bonorum poetarum magistra*. Decíanse de dos versos de Sedulicis, poeta irlandés ó escocés que floreció hacia el año 430, que le eran particularmente agradables. Fortunato, obispo de Poitiers, jamás invocó otra musa, y su hermosa *Ave Marias stella*, cántico de los marinos naufragos, ha llegado á nosotros á través de los siglos con la *Salve Regina* de Hermando de Veringhen, himno que según el jesuita de Barry, era cantado por los ángeles á la orilla de las fuentes en honor de su reina, y el que también los cristianos de Antioquía entonaban sobre las murallas de su ciudad sitiada al tiempo de rechazar los ataques de los sarracenos (2).

Poco tiempo después de la conquista de Inglaterra, los normandos establecieron en Ruan con el nombre de *Puys* ó de *Palenods*, grandes concursos de poesía en honor de la concepción de la Madre de Dios; esos concursos presididos por el príncipe ó jefe de la cofradía de Nuestra Señora, fueron el germen de la academia francesa y tomaron después el título de *academia de los Palenods*. Un arzobispo de Ruan redactó los estatutos de esta sociedad literaria y religiosa, cuyas sesiones públicas se celebraban en una de las principales iglesias de la ciudad, teniéndose á mucha gloria estar bajo el patrocinio de María. Era condición rigurosa para los laureados de la Santa Virgen, que las coplas, sonetos y canciones reales que se sometían al juicio de la academia neustraniense fuesen en honor de la concepción inmaculada, ó por lo menos que el asunto fuese perfectamente casto, y que se enlazase en él muy naturalmente el elogio de la Virgen concebida sin mancha (3). Esos concursos influyeron en las producciones poéticas de los trovadores normandos, comunicándoles un colorido grave y religioso, muy acomodado al carácter nacional, que era entonces serio y caballeresco en supremo grado. La fiesta de la Concepción con sus poesías sagradas vino á ser por excelencia la fiesta de los normandos. En el duodécimo siglo un religioso de San Víctor, compuso para esta función las letanías, que es armonizaban

do á ser colgado á una rama de sauz, hasta que estuviese medio muerto, porque entonces le cortaban la cabeza, descuartizaban su cuerpo, le arrancaban las entrañas y las quemaban, y su cabeza enclavada en una punta de hierro, se esponía en la plaza pública. En 1652, los comisarios de Dublin, pagaban cinco libras esterlinas por la cabeza de un sacerdote ó de un bardo (Mr. Jeunillade, *cartas sobre la Irlanda*).

1. Border Minstrady.

2. *Alrededor de Paris*, tom. 3.º

3. *Historia de los cruzados*, por Mr. Michaud, tom. 1.º

tan bien con las altas bóvedas de las catedrales, los sonidos majestuosos de los órganos, las velas blancas y las rosas que los niños deshojaban. Era en la edad media y en los primeros siglos que le siguieron, el canto de los peregrinos que iban á algun santuario construido sobre la playa arenosa del Océano ó in-crustado entre las masas de granito y de basalto de las montañas. Esa larga serie de nombres divinos y de alusiones graciosas mezcladas con estas palabras tiernas y sencillas: *Rogad por nosotros!* poblaban el aire que llevaban en alas de la brisa el dulce nombre de María al fondo de los valles invisibles ó sobre la superficie húmeda de las olas. Hubiérase imaginado que los ángeles del Señor que besan la sombra de María, cuando pasan cerca de ella como tan poéticamente ha dicho el español Zorrilla, sembraban sus alabanzas en el campo del espacio.

Los villancicos de Navidad, esas coplas tan alegres y graciosas, contienen los recuerdos de la Virgen de Belen, cantados de noche á la luz de las antorchas, á través de la campiña emblanqueada por la nieve, ó bien, delante de antiguos pesebres adornados de verdes plantas y de flores de invierno, eran entonces el canto favorito de todas las provincias de la Francia. Los himnos de nuestras iglesias han impreso á la música un carácter noble y severo, que inundando de unción religiosa, llena el alma, la sumerge en la contemplación de lo infinito. Los villancicos más sencillos en sus conceptos le han dado el colorido pastoril de la Arcadia. Es el trino de una avecilla que se eleva regocijada hacia Dios para celebrar un misterio de alegría; es un perfume de las selvas que embalsama el altar de la joven Madre del Salvador. La poesía risueña y campestre que se une á esos tonos deliciosos respira el aura de los sombríos bosques, el olor de la espina blanca, el perfume de la colmena y el balido de los corderitos; es, en fin, el canto del pueblo, y de los pastores, el himno puro y sencillo de la naturaleza.

En esas alegres canciones, María se presenta siempre como una Virgen joven, hermosa é inocente, que envuelve con sus pobres pañales al rey de los ángeles, y que estasiada en su santo gozo, no tiene tiempo de pensar en la pobreza del establo, ni en la paja del pesebre. El pueblo que está acostumbrado á las privaciones, no fija en su mente la indigencia sino en la felicidad de la Madre de Cristo; es un cuadro de Claudio Lorena en que todo es luz y felicidad. En el *Stabat Mater* (4), este cántico religioso del siglo decimotercero, que los italianos han llamado tan poéticamente *el pianto de María*, no se trata ya de los gozos del nacimiento sino de los terrores del Calvario. Es un canto de agonía en que reina un profundo abatimiento mezclado de trasportes que laceran el alma; es la narración dolorosa de los martirios de una madre que

4. Se cree que el *Stabat Mater dolorosa*, fué compuesto por Inocencio III, uno de los más grandes papas de la Iglesia, y el fundador de dos grandes órdenes: los dominicos y los franciscanos; otros lo atribuyen á Jacopone de Todi, á San Gregorio, y algunos á San Bernardo.

ve con sus propios ojos espirar á un hijo adorado. Para iniciarse en las tristezas inconcebibles que encierra este canto y en los dolorosos misterios que revela en sus notas melancólicas, es preciso oírlo como lo hemos oído nosotros en una de esas espaciosas iglesias de la Italia en que el pueblo ora con fé y canta con fervor: diríase que la voz majestuosa del órgano está entrecortada por los sollozos de los ángeles que lloran los amargos pesares de su reina. Desde que el mundo existe, ninguna religión ha suministrado á la poesía y á la música un tema tan sublime como el *Stabat Mater*: los dolores de María al pié de la cruz, escitan todo el poder de la armonía y las más tiernas y poéticas inspiraciones: este tema aunque de gran efecto, tal como se ha concebido, se halla, sin embargo, distante de la perfección, y llevarle á ella, sería el último, el más sublime esfuerzo del arte.

La poesía española desde los tiempos de la edad media, había señalado sus primeros triunfos con los cánticos consagrados á María. En el siglo XII Gonzalo de Cerceo, primer poeta español conocido se intitulaba el poeta de la Virgen; y Fr. Luis de Leon un poco más tarde, creaba la poesía lírica para ensalzarla dignamente. En Alemania, también por la misma época, los poetas tudescos suavizaban la aspereza de su idioma, para hablar de María, á quien celebraron hasta el siglo XVI con una fé admirable y una ingenuidad encantadora.

Entre los grandes poetas de la época del renacimiento, los más ilustres se distinguieron por su devoción á la Madre del Salvador. El Dante la cantó en magníficos versos en su *paraíso perdido*. "Oh mujer! esclama, eres tan grande, tienes tanto poder, que el que desea obtener alguna gracia y no acude á tí, quiere que su deseo vuele sin alas (1)." En las soledades pintorescas de Vaucluse, de Linteno y de Arquá, donde el Petrarca iba á buscar las inspiraciones poéticas, que no vienen á la mente en medio del tumulto de las ciudades, se ve todavía descollar entre los árboles el campanario de una capilla doméstica que adornaba una soberbia estatua del Peregrino, representando á María. Allí, á los piés de esta hermosa Madona, fué donde el amante de Laura compuso su invocación á María, su última *canzona*, tan humilde, tan tierna, tan cristiana, en la cual *el arrodilla su corazón* ante la Virgen dulce y piadosa para que le guie en la senda en que se ha extraviado, y lo recomiende á su divino Hijo cuando llegue el momento de entregarle su alma (2). El Taso, volviendo de Mantua á Roma, extravió el camino por ir á cumplir un voto á Nuestra Señora de Loreto; llega allí muy cansado y falto de dinero para continuar su viaje; pero na feliz casualidad conduce al mismo paraje á uno de los príncipes de Gonzaga que le era muy adicto, y el cual proveyó luego á sus necesidades. Cuando hubo descansado de la fatiga de su larga marcha, y después de cumplir con la más ferviente devoción los piadosos deberes de su peregrina-

ción, compuso el cántico más hermoso que se ha conocido en honor de Nuestra Señora de Loreto (3).

Estendido en su lecho de muerte en el convento de San Onofre, el Taso suplicó al joven Rubens que lo había sacado de los calabozos de Ferrara, le colgase del cuello una pequeña Madona de plata, que él mismo había dado al padre de este célebre pintor. "Tú la recobrarás, le dijo, luego que haya exhalado mi último aliento." Rubens accedió al punto al deseo que le espesaba aquella voz moribunda, y el autor de la *Jerusalén libertada*, después de haber hecho quemar algunos fragmentos poéticos, escritos en las horas delirantes de su injusta y horrible cautividad, rezó en voz baja algunas oraciones, teniendo en sus manos agitadas por el temblor de la agonía la imagen santa, cuya vista le inspiraba el pensamiento de una muerte cristiana. Cuando el cadáver del gran poeta, á quien dejaron carecer de todo durante su vida, hubo obtenido los honores del triunfo, Rubens, que no tuvo valor de reunirse al cortejo fúnebre corrió á refugiarse en el rincón más oscuro de San Pedro de Roma, y allí, prostrado ante el altar de la Virgen oró con gran fervor, teniendo en sus manos la pequeña Madona de plata que había vuelto á tomar de las manos heladas del Taso.

El cristianismo naciente había respetado la música y la poesía, y solo había santificado su uso entre los bardos paganos; el error fué menos indulgente que la verdad, y así como había roto las arpas hizo cesar los cantos; los miembros de las universidades puritanas hubieron de jurar que renunciarían á la poesía, *arte profano é inútil* (4). En esto la reforma fué consecuente, lo que se ha dicho sin ofenderla, no sucedió siempre. La poesía tiene poderosamente hacia el catolicismo, porque el acoge todas las grandes ideas y las dirige sin estinguirlas. Los poetas, que son todo fuego y entusiasmo, se encuentran muy estrechos en las cuatro paredes desnudas en que los encierra el protestantismo; su espíritu carece de impulso, y su imaginación no sabe donde fijarse en este laberinto de sectas que se subdividen y ramifican como los ciento veinte mil arroyos de Basra. He aquí por qué los poetas de Alemania vuelven en tropel al verdadero aprisco del pastor de las almas, que es también el redil de las bellas artes, y doblan la rodilla ante la protectora de los sagrados cánticos. Schlegel, Tieck, Novalis, Werner, Adam Muller han vuelto á la fé de sus padres, y uno de sus compatriotas que sostiene todavía tenazmente una triste causa, dice con este motivo; *¡Ay! no es esto todo; los pintores también desertan á bandadas!*

¿Los pintores abjurán en Alemania?... ¡ah! sí, porque la influencia sagrada que atrae al poeta al catolicismo, obra también sobre la imaginación

3. Es la opinión de Ginguené.

4. Los covenantarios de Escocia despreciaban la poesía, que trataban de arte profano y sin utilidad; este fanatismo grosero, duró tanto tiempo en algunas partes de Escocia, que Wilson, autor de un poema titulado la Clyde, vestido hace treinta años, de un empleo de maestro de escuela en Greenock, fué obligado de prometer por escrito que renunciaría á la poesía.—(Walt. Sc. *Border Minstrelsy*).

1. Dante, *el Paraíso*, esp. XXXIII.

2. *Le Rime del Petrarca*, tom. 3, cap. VIII.

del artista. La poesía y la pintura son hermanas, decía el sombrío Salvador Rosa, y decía muy bien. El pintor, lo mismo que el poeta, ama lo grandioso y lo antiguo en la fé, lo imponente en los ritos y en el culto; ambos se inclinan igualmente hácia el catolicismo, que con una munificencia estremada ha protegido la cuna de las artes, y que todavía le suministra los mas bellos temas, las ideas mas sublimes y el colorido mas puro. Solo al catolicismo debe la pintura un tipo que ha oscurecido á todos los mas hermosos de la antigüedad; tipo que los grandes maestros de la escuela italiana, han hecho no mas que entrever artistas creyentes como eran, en los sueños del cielo, hermosos como el éxtasis; tipo que arrebató al artista cristiano y lo transportó á las regiones de un mundo ideal donde nadie puede seguirle. ... ese tipo es ¡MARIA!

Es pues la pintura, respecto de sus hermanas, la primogénita del culto cristiano; es la primera adopción que haya hecho la Iglesia, y esta adopción es tanto mas gloriosa, cuanto que fué comenzada por Jesus y continuada por su Santa Madre. Según la tradición de Oriente, la primera pintura cristiana fué la Faz Santa de Nuestro Señor, milagrosamente impresa en el velo de la Verónica, y la segunda, el retrato de la Virgen Santísima pintado por San Lucas. Estas dos veneradas imágenes introdujeron gloriosamente el arte de Zeuxis en medio de la primitiva Iglesia; así pues, vemos que las imágenes de María se tenían en gran veneración en todo el Levante, desde la aurora del cristianismo.

Entre los judíos se limitaba el arte de la pintura á la reproducción de las flores y de las plantas; toda representación del reino animal era prohibida por la ley de Moisés, quien recelaba mucho de la inclinación de aquel pueblo á la idolatría, tanto mas, cuanto que venia á establecerlo en medio de naciones paganas en las que el símbolo había hecho olvidar el tipo. En los últimos tiempos esta prohibición era observada con tanto rigor, que los romanos tuvieron que esconder sus victoriosas banderas al atravesar las tierras de Judea, para no ofender con la vista de sus águilas la estremada susceptibilidad de los hebreos sobre esta materia. Por otra parte, leemos en las actas de los Apóstoles, que los judíos convertidos se desprendían con mucho trabajo de sus preocupaciones nacionales, y que no estuvo en su mano el que pasasen á la ley de gracia las innumerables prohibiciones de la ley de rigor. Sígnese de aquí, que á escepción del retrato que pintó San Lucas, puede tenerse por evidente que las primeras imágenes de María no fueron obra de los hebreos; por lo contrario, todo induce á suponer que lo fueron de los jomios, quienes por largo tiempo poseyeron á la Santa Madre del Salvador en Efeso, ciudad de los artistas, patria de Apeles y que era entonces el fanal luminoso del Asia. En efecto, los efesios conservaron el recuerdo de la Virgen Santa con la veneración mas tierna, según lo testifican las iglesias que desde el principio le dedicaron. En el año 403 los padres del concilio general de Efeso, declaraban que esta gran ciudad debía su principal lustre á San Juan Evangelista y á la Santísima

Virgen. Allí, decían, Juan el teólogo y la Virgen María Madre de Dios, eran honrados en iglesias, por las cuales se tenía una veneración muy particular. Sin duda esta veneración se fundaba en pinturas sagradas, porque los griegos no eran amigos de ocuparse en objetos vagos, y su activa imaginación necesitaba la representación visible de los objetos designados á su culto.

Las primeras imágenes de la Virgen que adornaron las iglesias de los sirios y de los fieles del Asia menor, estaban pintadas sobre madera con unos colores sólidos y brillantes por una mezcla de cera derretida. Tales fueron las famosas imágenes de Edessa en Mesopotamia, de Seydnai en las cercanías de Damasco, de Didinia en Capadocia, de Sosópoli en Pisidia, de Filermo en la isla de Chipre, y finalmente de Antioquia. Delante de estas imágenes ardían lámparas continuamente encendidas, y allí era donde los obispos, los ilustres doctores y los grandes santos de los primeros siglos de la Iglesia, iban á pedir auxilios y consuelo. San Alejo vivía á los pies de Nuestra Señora de Edesa, San Basilio imploraba la protección divina contra los furroses de Julian el Apóstata delante de Nuestra Señora de Didinia, y San German refería á los padres del segundo concilio de Efeso, los preciosos favores que Dios se complacía en otorgar al Asia menor, por la intercesión de Nuestra Señora de Sosópoli.

Nuestra Señora de Filermo que atraió á la isla de Chipre un gran concurso de peregrinos, fué transportada por los caballeros de Rodas cuando tuvieron que abandonar el Archipiélago á la media luna otomana; y aun permanece actualmente en la inespugnable roca donde se rompieron tantas cadenas de esclavos cristianos, al abrigo de los leones, en otro tiempo católicos, de Inglaterra: ¡ah! sin duda le era mas agradable el glorioso y fiel estandarte de la órden de Malta!

Las imágenes de María se multiplicaron en pinturas al fresco con fondo dorado en las cornisas de las basílicas de Constantinopla; y los mosaistas griegos rivalizaron en esfuerzos y talento con los pintores, para reproducirla de un modo mas duradero y no menos hermoso en esos cuadros trabajados con tanto arte y paciencia, que Ghirlandajo llamaba *pinturas para la eternidad*. Durante siglos enteros la Grecia tuvo el monopolio de los frescos, de las vidrieras de color, de las pinturas y de los mosaicos. La primera imagen de la Madona que haya sido venerada en Italia, si debemos creer la tradición de los napolitanos, fué un mosaico de la Santísima Virgen, ejecutado por artistas griegos en el pavimento de la antigua iglesia de *Santa Restituta*, templo de Neptuno convertido en catedral cristiana por San Aspreno, que pasa por haber sido el primer obispo de Nápoles (1). Por largo tiempo la Italia no contó como propiedad suya sino unas pinturas toscas en que los santos daban miedo y la Virgen tenía el color de una mujer de Etiopia. Estas Virgenes de rostro negro que algunos han atribuido al pincel degenerado de los griegos, las han reclamado los

1 *Delicias de la Italia*, tom. III, pág. 79.

napolitanos que las atribuyen á sus mejores artistas; no hay reparo en cedérselas, sin tener que añadir por eso un florón muy noble á su gloria artística.

Desde Cimabué que en el año de 1240 fundó la escuela italiana, hasta Carlos Maratti y Salvador-Rosa que se reputan por sus dos últimos maestros, es decir, durante un espacio de cinco siglos, la pintura religiosa produjo una larga serie de obras maestras en que tuvo la mayor parte la historia de María. Rafael, bello, poético y piadoso entonces como un ángel, adivinó el primero en su admirable cuadro de los desposorios, *sposalizio*, el aire de cabeza noble y sencillez, la fisonomía hermosa y seria y la actitud celestial de la Madre del Divino amor y de la misericordia. Diríase que en un día de ferviente oración se le apareció María sentada sobre las nubes, rodeada de su cortejo angelical, y que él la pintó tal como la había visto. ¡Cuántos hombres de genio siguieron despues las huellas de este gran maestro! Miguel Angel, Corregio el Ticiano, los Carracci, el Españoleto, el Dominiquino y el austero Carlos Dolce que habia dedicado su pincel á la Virgen María, y por último ese fiero Salvador-Rosa que hacia peregrinaciones á Nuestra Señora de Loreto. ¡Cuánta riqueza de imaginación! ¡qué concepciones tan sublimes! ¡qué profundo sentimiento de la santidad del arte en los grandes maestros de Italia! Esos hombres verdaderamente prodigiosos que han desheredado al porvenir y han hecho olvidar el pasado, no temían mostrarse fieles y humildes servidores siervos de María: ellos encendían cirios delante de sus imágenes, quitábanse en su presencia sus *birretas*, rezaban su rosario como cualquier otro, y su mayor deseo, su ambición mas grande era adornar una iglesia cristiana con alguna pintura religiosa á la cual se preparaban como á una obra santa. "¡Sonad todas las trompetas, echad al vuelo todas las campanas, escribía Salvador-Rosa al doctor Ricciardi; despues de treinta años de residencia en Roma, y de los seis lustros enteros de esperanzas burladas, y de una existencia llena de continuas tribulaciones de parte del cielo y de los hombres, he sido al fin llamado á pintar un cuadro de altar mayor (1)!" Esto era desde luego un exceso de entusiasmo, pero por el se demuestra tambien; cuanto el catolicismo alentaba y protegía este arte que dotaba sus templos con tantas obras maestras! La silla apostólica llamaba á sí á los hombres de genio; allanaba las distancias, y borraba las distinciones sociales para honrar los talentos ilustres, para hacerlos caminar á la par con las altas fortunas y las gerarquías mas elevadas de la sociedad. Giotto, ese aldeano que abandonó su rebaño en un pintoresco valle de Toscana para trabajar en la escuela de Cimabué, obtuvo la protección del papa Clemente V, siendo este sucesor de San Pedro el que solicitó al artista. Miguel Angel destinado por su padre al oficio de tejedor,

1 *Lettere di Salvador Rosa, al Dott. Gio Batista Ricciardi*, Letera 20.

fué honrado algo mas que con el favor, pues obtuvo la confianza y la amistad de Julio II. A Rafael, hijo de un pobre y oscuro pintor, le ofrecieron por una parte el cardenalato, y por la otra la mano de la sobrina de un cardenal, favorito de Leon X, el mas decidido protector de las artes. Lanfranc ese *parmegiano* tan popular en el siglo XVIII, era amigo íntimo de los cardenales, caballero del santo imperio romano y protegido especial del Papa. El Caravaggio, hijo de un albañil, recibió la cruz de la órden de Malta, una soberbia cadena de oro que el gran Maestre en persona le puso al cuello y dos esclavos para servirle. Claudio, de Lorena que empezó por ser cocinero y moedor de colores, fué el amigo del elegante cardenal Bentivoglio, y favorito de Urbano VIII. Los cardenales romanos invertían una gran parte de su fortuna en obras maestras que aun hoy forman el mas brillante adorno de las iglesias ó de sus espléndidas galerías; y á ejemplo suyo todos los príncipes católicos alentaban las artes y adornaban los altares con religiosas pinturas.

He aquí lo que ha hecho el catolicismo por las artes. Los protestantes obraron de muy distinto modo. Calvino, que despreciaba la poesía y que calificaba los órganos de la iglesia de locas vanidades, no se desencadenó con menos acrimonia y vehemencia contra *la idolátrica pintura*; los cuadros religiosos fueron despedazados sin compasión por sus feroces secuaces; y esa aversión hácia un arte tan bello y tan noble, duró por tan dilatado espacio de tiempo, que en varios actos del parlamento inglés del año 1636, se ordenaba que "todos los cuadros de la galería real que representasen á la Virgen María ó la *segunda persona de la Trinidad*, fueran quemados públicamente (2)." ¡qué mas hubiera hecho con todo el celo de su fanatismo el califa Omar?

Es muy digno de notarse que los dos gefes de las sectas protestantes, al tiempo mismo que declamaban contra las pinturas católicas, se ofrecían con la mayor complacencia de modelo, á la vista de sus partidarios, y multiplicaban su propia imagen cuanto les era posible. A Lutero, dice un historiador anglicano, *se lisonjeó mucho siempre de que multiplicasen su retrato y el de su fea mitad* (3). Su estatua erigida en Wittemberg está espuesta á la veneración de los luteranos de Alemania, y el mismo M. L'Herminier, compara esa veneración á la que los católicos profesan á Nuestra Señora de Loreto. Calvino, poseído de la misma monomanía, repetía á los hugonotes de Francia esta juiciosa cuestion de Saconay: ¡Por qué teneis tal ojeriza á las efigies y á las pinturas? ¡Vuestro Calvino no tiene acaso mucho placer en dejar ver su retrato, ejecutado en Génova con tanta maestría que representa al

2 *Diario de la cámara de las comunes*. La aversión de los anabatistas, en Irlanda, por las imágenes fué tal, que además de las eclesiásticas en las iglesias, destruyeron todos los cuadros que encontraron en la ciudad de Leyd, y borraron las pinturas de las paredes y de las ventanas. [*Delicias de la Holanda*, pág. 64].

3 *Memoria sobre la vida y siglo de Salvador-Rosa*, tom. 1.º pág. 10.

vivo su faz y sus hundidos ojos y lo manifiesta tan malo como es? (1)

Pero volvamos á la mas bella página de los anales del arte cristiano y al influjo de María, sobre las artes de la edad media y de la época del renacimiento. Los pintores de la antigüedad habian reproducido con feliz acierto la belleza física, de que poseian excelentes modelos; mas los pintores cristianos fueron los que supieron unir á la simétrica armonía de las facciones el reflejo del alma. La figura de María fué el triunfo del espíritu sobre el barro del cuerpo; para representar á esta mujer celestial no bastó estudiar el mundo moral y reproducir en todos sus matices las mas suaves, las mas nobles virtudes del alma, preciso era tambien penetrar el misterio de la existencia de esos seres glorificados que no viven de nuestra vida, y que no se alimentan mas que de santidad, de amor puro y de contemplaciones divinas; preciso era que el artista, inflamado por el fuego animador de la religion, se elevase con las alas de la fé hasta el trono de candor en que está sentada la Virgen en medio de los santos y de los ángeles; y que piadosamente invocase á su divino modelo antes de tomar sus pinceles. En una palabra, no basta ser cristiano, fuera es tambien ser buen católico para pintar á María; así lo ha reconocido mas de un jóven artista alemán delante de una Madona de Rafael, y mas de una abjuracion ha seguida á este pensamiento.

Un grande pintor extranjero, Mr. Ovsebeck, ha concebido una idea justa y grandiosa, representando á la Santa Virgen inspirando y animando las artes de la edad media y del renacimiento (2); mas ¿por qué la casta María, la reina de las sagradas armonías, el divino modelo de San Lúcas, no querrá ya inspirar á nuestros artistas contemporáneos y nacionales? Dicen algunos que á la escuela francesa le falta elevación y genio; nosotros creemos mas bien, que le falta fé. Pregúntanse por qué las santas y las vírgenes con que el arte moderno adorna nuestros altares, han descendido á la clase de simples figuras humanas, y no se advierte en ellas rango ninguno que convenga á los habitantes del cielo; ¡ah! es porque el arte moderno no toma ya sus inspiraciones en los manantiales sagrados don-

1 Archiv curios.

2 Mr. Ovsebeck; su cuadro está dividido en dos partes: el cielo y la tierra. En el cielo, la Virgen está sobre las nubes, rodeada de ángeles y de santos del antiguo y del nuevo Testamento; tales como Moisés, el arquitecto del tabernáculo, David el poeta, San Lúcas, el pintor, Santa Cecilia, etc. En medio de la region terrestre, hay una fuente con dos pilones sobrepuestos; un chorro de agua se dirige del pylon superior hácia el cielo. Esta fuente es la inspiracion mas ó menos elevada. Cimabué, Giotto, Masaccio, L. de Vinci, Rafael, Dante, etc., miran el pylon superior, mientras que los pintores coloristas, Ticiano, Pablo Veronesa, Tintoretto, escaminan en el pylon inferior los efectos prismáticos de la luz; solo, y sentado sobre las gradas de la fuente, se vé á Miguel Angel, absorto en sí mismo, é inspirándose con su propio genio. Delante del cuadro, está Carlo-Magno teniendo en la mano un modelo de iglesia gótica; San Gregorio, inventor del canto gregoriano; artistas que desenterran bajos relieves antiguos y los estudian; un arquitecto de la edad media dando una lección á unos jóvenes discípulos, cuya nacionalidad se reconoce en el traje; todos están sentados, excepto el francés; éste, impaciente de saber, se levanta y examina los planes del maestro. El título de esta composicion, es: *Las artes de la edad media y del progreso, bajo la proteccion de la Santísima Virgen.*

de las tomaban los grandes maestros, y que estas vagas ideas religiosas que fluetúan en el alma del artista como las vaporosas sombras del Osián en las neblinas de Caledonia, jamas le inspiraron ideas nobles y elevadas. Transporte su tienda á los altos sitios donde Rafael y Miguel Angel han entrevistado á la Reina de las Vírgenes, y entonces la verá en sus sueños pura é idealmente bella, como en los tiempos pasados.

La estatuaría ó escultura no es menos deudora á María de sus mas sublimes creaciones. La Grecia habia sentado, levantado y recostado sus estatuas; pero no habia adivinado la actitud suplicante de Nuestra Señora de los Dolores, ni habia puesto la inocencia y la pureza de rodillas ante Dios; ella confiaba á las impúdicas bacantes ó al viejo Sileno sus hermosos niños de mármol; pero María, llevando en sus brazos al Niño Jesus, vino á revelar al arte y á la sociedad la religion de la maternidad, y abrió á la escultura la senda todavia desconocida de las grandes cosas morales. La escultura creció como su hermana en la Italia, tierra clásica de las artes; y como ella, fué protegida por los príncipes de la Iglesia romana; el arte debe á un ilustre pontífice las nobles producciones de los grandes maestros de la antigüedad. El vicario de Jesucristo espidió una bula para prohibir en nombre de la Iglesia, la mutilacion de las estatuas antiguas; si el escultor moderno puede aún estudiar esas obras maestras, sepa que lo debe á Martino V.

Buonarrotti ha adornado la capilla de los Médicis en Florencia, con un hermoso grupo de mármol de Carrara, representando la Virgen y el Niño.

Sabido es que el modelo favorito de Miguel Angel para la escultura, era el Cristo muerto sobre las rodillas de su Madre. En las horas de tristeza, el grande artista cristiano cincelaba una *Sieta*, es decir, una Virgen de los Dolores de una perfeccion inimitable, destinada á su propio sepulcro. En nuestros dias, el célebre Canova ha pagado á María el tributo de su arte, con un grupo que representa el cadáver de Jesus, la Santísima Virgen y la Magdalena, obra de escultura en que el artista favorecido de Pio VII, no ha sido inferior al que protegió Julio II.

La influencia de María con respecto á la arquitectura gótica, fué menos sensible que respecto á las bellas artes; pero no por eso es menos evidente. Las catedrales y las abadías que la edad media vió edificar en honor suyo, están adornadas con mas delicadeza, son mas ligeras y graciosas que las otras; se ve, en fin, que un sentimiento de amor filial dominaba, no solo al fundador y al arquitecto, sino tambien al simple albañil que labraba las piedras.

En esos tiempos, unos pobres obreros daban *su vuelta á Francia*, ofreciendo sus llanas en donde quiera que la piedad de los fieles edificaba templos; la mayor parte de ellos no pedian salarios, dábanles solo pan y algunas raices, y dormian sobre el duro suelo. Así, durante el trascurso de dos siglos, se vió trabajar á cien mil hombres en la construc-

cion de la catedral de Estrasburgo, que el obispo Werner habia dedicado á María.

Algunos de esos obreros se ocupaban únicamente en la construccion de capillas de la Santísima Virgen, trabajando *por amor de Dios*, y rehusando cualquiera otro trabajo. Entre ellos habia algunos que se imponian como obra expiatoria el esculpir cada dia cierto número de hojas de encina, de trebol ó de arabescos. Llamábase ese trabajo piadoso el *rosario del picapedrero*. El entusiasmo cundió hasta en el bello seco; vióse á las mujeres empuñar el cincel para esculpir imágenes ó estatuas de las Madonas. La que se ve en el frontispicio de la catedral de Estrasburgo con una corona en la cabeza y un cáliz en la mano, es obra de Sabina, hija de Esbino, célebre arquitecto, como su padre y su hermano, y cuyos trabajos continuó cuando aquellos murieron.

Esos artistas que habian luchado como gigantes con la idea de lo infinito para traducirla en piedra, no se enriquecian en esas empresas colosales en que los diamantes de los príncipes, las ricas limosnas de los altos barones y el oro de las corporaciones civiles, pasaban á millones por sus manos (1); semejante accion los hubiera avergonzado. Su trabajo tenia otra recompensa mas digna; despues de su muerte, la majestuosa basilica que habian construido, levantaba sus losas de negro mármol para recogerlos piadosamente en su seno, y hubiérase dicho que sus altas y delicadas agujas atravesaban las nubes como las súplicas de una alma santa que va á defender su causa ante el tribunal del Eterno.

Alrededor de ellos dormian en el fondo de los atrios y á la sombra de los sagrados muros, las legiones de operarios que habian trabajado bajo su direccion. La Iglesia rogaba por sus almas, y los bendecia de siglo en siglo en sus sencillas tumbas de piedra. Esta era la recompensa digna de aquellos hombres espiritualistas que apreciaban la vida en lo que vale únicamente.

¡Ah, cuánto debería procurarse la conservacion de esos grandes monumentos de los tiempos de la fé! jamás volverá á verse esta unidad de pensamiento y de objeto que imprime algo de tan completo, tan devoto y sublime en las iglesias góticas; jamás volverán á hacerse sobre la tierra obras de esta especie, porque los reyes no son bastantes ricos para pagarlas; y la idea pura y escelsa que guió á los hombres de los antiguos tiempos se sepultó con ellos en sus tumbas. Para entrar otra vez á los Werner, á los Sully, á los Mombray que proyectaron nuestras magnificas catedrales; á los arquitectos que trazaron sus planos, á los obreros que los ejecutaron, y á los pueblos que con tanta liberalidad ofrecieron el oro bien adquirido (2) de sus econo-

1 Los arquitectos de mas fama de aquellos tiempos, dice Mr. Marmier, no habian aun aprendido, con el arte de construir los edificios, el arte de enriquecerse. En 1287, Esteban de Bommed, llamado á Suecia para construir la magnífica catedral de Upsal, no tenia bastante dinero para hacer su viaje y llevarse á sus compañeros. Dos estudiantes suecos, que se encontraban entonces en Paris, le prestaron cuarenta libras que se comprometió á devolverles sobre su fé de Bommed, contero, maestro de hacer la Iglesia de Upsal.

2 Mauricio de Sully hacia reedificar á Nuestra Señora de Pa-

mias para construirlos, sería preciso que el globo sufriera otro cataclismo que lo purgase de la impiedad que lo corroe, y del egoísmo que lo envilece.

Los escultores sobre madera hacian igualmente homenaje de sus trabajos á la Virgen Santísima; las sillas del coro de las antiguas iglesias, estaban adornadas en gran parte de esas esculturas en que el artista se complacia en ejecutar en un estrecho espacio por medio de ingeniosos bajos relieves, alguna escena de la vida de la Madre de Dios. Las catedrales de Stuch y de Evreux, ambas dedicadas á María, han tenido la dicha de conservar muchas de estas esculturas, cuya pérdida fuera irreparable.

Bajo las bóvedas de la catedral de Paris, nació entonces como una tortolita inocente que no se atreve aún á salir del nido que se ha fabricado en el hueco de la piedra esa temible prensa periódica, que segun las pasiones que la animan, hace tanto bien ó tanto mal. Un gran candelabro de hierro de tubos divergentes, puesto á la altura de la vista, se hallaba como incrustado en los muros de nuestra Señora, muy cercano á una de esas puertas laterales que son obras maestras de cerrajería. Al nivel de estos tubos guarnecidos de bugias de cera amarilla, estaba colocada y suspendida por medio de un lazo flexible, una tabla cóncava cubierta de cera. Allí, todas las mañanas, sobre aviso y responsabilidad de los directores ó redactores en jefe de la época, que eran el obispo, ó el corregidor ó alguno de los regidores, el impresor en cera, grababa con su estilo el anuncio oficial, de lo que interesaba mas á la poblacion de aquel tiempo; tal como la llegada de una bula, la victoria que se ganaba etc. En seguida, se permitía á los letrados venir á leer á la luz de los cirios indispensables en unos edificios oscurecidos por los vidrios de colores, para comunicar á los curiosos esta gaceta cotidiana en mas lata acepcion de la palabra, puesto que la noticia del dia siguiente borraba enteramente la de la víspera.

La numismática rivalizó en celo con la pintura y la escultura para reproducir la imagen de María sobre las medallas y sobre las monedas.

La emperatriz Teofanía, que casó con Romano el jóven en 959, es la primera que nos ofrece en sus monedas la imagen de la Virgen. Está colocada en el reverso; su cabeza corona la de una aureola, lleva el velo de virgen y sus dos manos se hallan á la altura del pecho; alrededor se lee la inscripcion ΘΕΟΤΟΚΟΣ, es decir, Madre de Dios.

El segundo marido de esta princesa, Juan Zimisces, que subió al trono imperial en 969, hizo tambien acuñar una medalla en la que se ve en el anverso la figura de Cristo con el mote EMMANTHA,

ris: un usurero formó el designio de emplear parte de sus bienes mal adquiridos, á la construccion de la metrópoli. Inquieto sin embargo, sobre este género de satisfaccion, fué á consultar á un santo personaje, nombrado Pedro el Cantor, quien muy lejos de aprobar que el usurero devolviera á Dios lo que habia tomado á los hombres, le comprometió fuertemente á que restituyera á sus deudores sus ganancias ilícitas. El usurero obedeció y vino despues á decir al doctor; que hechas sus restituciones, le quedaba aun una fuerte cantidad; entonces Pedro le respondió: "Id, hermano mio, ahora podeis dar limosnas á la iglesia con toda seguridad."

(Felib, Hist. de Paris).

Emmanuel, y en el reverso está la Virgen sentada sobre su trono y teniendo al niño Jesús sobre las rodillas. Delante de ella se ven representados los tres magos ofreciéndole presentes; encima de la cabeza de la Virgen hay una estrella, y abajo están dos palomas.

El primer emperador que haya puesto la efigie de la Virgen en el mismo campo de sus monedas, fué el emperador Romano IV llamado Diógenes, que subió al trono imperial en el año 1068. Véase en esas medallas á la Virgen, teniendo la cabeza del niño reclinada sobre el pecho, conforme lo había prescrito el concilio de Efeso. La Virgen lleva el traje y tocado de una emperatriz. En derredor de la cabeza y entremezclados con sus cabellos, se ven muchos hilos de perlas, cimbando su frente la diadema imperial. Conserva el *nimbo* ó aureola, pero no lleva el velo. En el reverso de la medalla se lee esta inscripción: ΡΩΜΑΝΩ ΔΕΣΠΟΤΗ ΤΩ ΔΙΟΓΕΝΗ que la Madre de Dios sea propicia al emperador Romano Diógenes.

Muchos emperadores, siguieron poniendo la efigie de la Virgen en sus monedas, despues de Diógenes; pero desde Juan Zimisces hasta la toma de Constantinopla, no se encuentra la letra M en las monedas del bajo imperio.

Los griegos no fueron los únicos que dieron á María esta muestra de respeto, pues multitud de Estados modernos llevan todavía la efigie de la Santísima Virgen, sobre sus monedas.

En los Estados del papa se vé sobre el *nuevo escudo romano* de plata, á la Virgen conducida sobre nubes, teniendo las llaves en una mano y en la otra una arca; alrededor de la imagen se lee esta inscripción: *Supra firmam petram*, sobre la piedra sólida.

La ciudad de Génova en sus *genovinas* de oro, presenta también á la Virgen sobre nubes y teniendo el niño Jesús en uno de sus brazos; la inscripción dice así: *Et rege eos*, guíalos. La Austria tiene igualmente *ducados* de oro, sobre los cuales se vé á la Virgen sostenida, llevando en sus brazos al niño Jesús que en su mano sostiene el globo del mundo, y la inscripción dice: *María Mater Dei*, María Madre de Dios. El mismo Estado tiene también *maximilianos* de oro, en cuyo reverso, de los cuales se vé también la Virgen con el niño Jesús llevando en la mano el globo del mundo, la inscripción es: *Salus in te sperantibus*, salud á los que esperan en tí. Los *carolinos* ó *tresflorines* de oro de la misma potencia, presentan en su reverso á la Santísima Virgen llevando al niño Jesús, con la misma inscripción que los *maximilianos*.

La Baviera acuña también *maximilianos* y *carolinos* de oro, que representan la misma efigie de la Virgen, y la propia inscripción que los de Austria.

El Portugal pone sobre sus *cruzados* de oro el nombre de *María*, superado de una corona y orlado con dos ramos de laurel; en la otra cara se vé una cruz con esta inscripción: *in hoc signo vincis*, vencerás con esta señal.

CAPITULO XV.

LAS ROMERÍAS.

“La devoción de las romerías, dice Michaud (1), ha encontrado apoyo en todas las religiones, y por otra parte se funda en un sentimiento natural al hombre.”

Esta observacion es justa y verdadera, pues que todos los pueblos tienen ciertos lugares consagrados, á los cuales miran como un deber el concurrir en cierta época conmemorativa, para penetrarse mas vivamente de los beneficios de la divinidad, visitando los sitios que se han creído santificados por su presencia ó por sus milagros.

Las romerías son tan antiguas como las mismas sociedades; las de Oriente se ligan casi todas, segun lo observa juiciosamente Boulanger, á reminiscencias antediluvianas. En efecto, estas romerías, cuya institucion se pierde en la noche de los siglos, tienen generalmente por objeto las montañas altas donde se formó el primer núcleo de las grandes naciones del Asia que, como sus rios, pretenden descender de las peñascosas entrañas de sus montes. Los chinos, que se creen hijos de las montañas, trepan de rodillas las escarpadas pendientes del Kicou-houchan; los tártaros orientales van á venerar como á tronco de sus hordas al Cham-pa-chan, y algunos gentiles de la India al Pyr-pan-jal, la mas alta montaña del Cáucaso; los japoneses emprenden á lo menos una vez en su vida la arriesgada peregrinacion de Isje, montaña de donde descendieron sus antepasados; los apalechites ó floridianos salvan, van á la vuelta de cada estacion á hacer sacrificios sobre el monte Olaini para tributar acciones de gracias al sol, que segun fícen, salvó á sus padres de un diluvio, etc. Estas romerías están fundadas en tradiciones corrompidas por el tiempo, pero ciertamente históricas: observáanse en ellas las huellas, véanse los efectos del pensamiento de terror profundo que se manifestó en las llanuras de Sennaar, en la ereccion de la famosa torre de Babel. Desalentados por la confusion de las lenguas, los pueblos post-diluvianos, y no pudiendo refugiarse en unas torres que subiesen hasta las nubes, se establecieron á lo menos en las altas montañas para garantizarse en lo posible de los eventos desastrosos de un nuevo diluvio. Solo cuando faltó el pasto á los ganados y dejó la tierra de producir los frutos necesarios á la subsistencia de las colonias naciéntes, se les vió establecerse en las llanuras que sin duda tuvieron que desear antes de fijarse en ellas. De ahí viene el respeto de los orientales hácia sus montes sagrados, respeto que manifiestan por medio de visitas anuales acompañadas de votos, de ofrendas y de oraciones.

Despues de haber venerado la cuna de los pueblos, se veneró la de los cultos; despues los sitios que recordaban grandes hechos, nobles trabajos y escelsas virtudes; despues, los hombres que se hicie-

1 Hist. de las Cruzadas, tom. 1º

ron ilustres con hazañas heroicas ó religiosas. Así fué como el reconocimiento del pueblo judío conserva, siglos hace, el sepulcro de Ester y de Mardoqueo, en donde todos los hebreos esparcidos por toda el Asia, van en romería hace dos mil años. Cosa estraña, que el sepulcro de dos desterrados levantado por la gratitud de algunos cautivos, haya sobrevivido al grande imperio de los Asirios, y que sea el único monumento que se salve del olvido de las ruinas de Ecbátana!

El hombre es como la yedra; es preciso que se apoye en alguna parte; es preciso que algo lo sostenga para que tenga el valor de vivir. Cuando no encuentra simpatías ni consuelos entre sus semejantes, evoca como por instinto á los habitantes de un mundo mejor, y reclama de ellos el socorro que la sociedad le rehusa ó que no puede otorgarle. Nada prueba mejor esta propension del alma que la conducta de los indios oprimidos por los primeros vireyes portugueses: esos pueblos desarmados é incapaces de ofender, no encontrando ya proteccion ni amparo entre los sucesores de Alfonso Albuquerque, iban á sentarse en actitud de suplicantes á los piés del sepulcro de aquel grande hombre, para pedir al ilustre difunto á quien ocultaba el mármol de su sepulcro, la justicia que los vivos rehusaban á sus derechos y á sus lágrimas.

El protestantismo, que pulveriza y descolora todo cuanto toca, no ha omitido el abolir las visitas piadosas que han hecho los cristianos de todos los siglos á los lugares que Jesucristo santificó con sus tormentos, ó que su Madre hizo célebres por sus beneficios. Los turcos, enemigos furiosos de las imágenes, han encendido lámparas de oro delante de los altares de María; pero ¿qué protestante ha colocado una lámpara en el Santo Sepulcro? ¿qué protestante ha orado delante del pesebre de Belén, en donde oraban Saladino y el califa Omar? “Son superstitiosos, dicen ellos, esas devociones locales; Dios está en todas partes.” Y ¿quién lo duda? Los católicos saben ya la primera pregunta de su catecismo, saben y sabian quince siglos antes que hubiese en el mundo un fraile apóstata llamado Lutero, que Dios escucha en todas partes la oracion de las almas fieles, y que en todas partes esta oracion era oída; pero ¿quién impide á Dios conceder algunas gracias particulares á estos antiguos santuarios, en donde le ha complacido manifestar con frecuencia su poder por medio de prodigios? Habia en Judea un buen número de verdes colinas que Dios podia señalar á David para solar de su templo, y sin embargo, escogió el suelo peñascoso de Areuna el Jebuseo, porque ya desde antes habia ostentado allí su misericordia (1); y ademas, si se debe dar crédito á una bella tradicion que se ha conser-

1 Fué sobre el mismo sitio de Areuna donde despues de la deprecacion de David, el ángel exterminador detuvo sus asolaciones. “En todos tiempos, dice un gran autor eclesiástico, Dios ha señalado ciertos lugares particulares destinados para recibir los votos de los hombres. Se necesitaria tener respecto de la historia de la Iglesia, una incredulidad que no se tiene por ninguna otra, para no creer que Dios ha querido que sus santos fuesen honrados mas especialmente en ciertos parajes, y que para atraer á los pueblos, no haga allí favores que no hace en otra parte.”

vado como una flor del desierto bajo la tienda negra del árabe, porque este lugar habia sido santificado en otro tiempo por un noble rasgo de fraternidad (2). El hombre por su naturaleza es tan imperfecto y tan inclinado al mal, que siempre es deudor de alguna expiacion antes de acercarse á la fuente de toda santidad: cuando esta expiacion le parece proporcionada á su falta, experimenta una confianza mas íntima en el socorro del cielo; y de ahí provenia la escaltacion generosa de los mártires que esperaban á proporcion de lo que sufrían. El peregrino obra por el mismo principio, pues que añade la fatiga, las privaciones y las incomodidades del viaje á las oraciones que viene á ofrecer, y espera en virtud de los sufrimientos que se impone, hallar gracia delante de aquel Dios que tanto ha sufrido por los hombres. Y ¿por qué seria vana esta esperanza?

El ilustre Robertson, á quien no han cegado las mezquinas preocupaciones de su secta, reconoce altamente los beneficios que la Europa debe á las romerías de ultramar. En primer lugar la emancipacion de los comunes, la creacion del comercio y de la marina, la propagacion de las luces, la mejora de la agricultura y la introduccion de un gran número de plantas, árboles y cereales, que en la actualidad contribuyen á la subsistencia de los pueblos occidentales; y ademas, la manumision ó libertad de los siervos, á la que contribuyeron las romerías mas que ninguna otra cosa, porque el señor feudal que se mezclaba á pié y con el bordon en la mano (3), á los peregrinos de todas clases que emprendian con él juntos algun santo viaje, comprendia mas fácilmente en esas horas de humildad y penitencia, que esos esclavos tan despreciados, á quienes los antiguos ponian en la clase de cosas, eran, sin embargo, sus hermanos ante Dios; y cuando él habia obtenido la gracia que iba á implorar lejos de su castillo en algun anti-

2 “Jerusalen era un campo labrado: dos hermanos poseian la parte de terreno en donde se levantó despues el templo: uno de ellos estaba casado y tenia varios hijos; el otro vivia solo; cultivaban en comun el campo que habian heredado de su padre. El tiempo de la cosecha llegó, los dos hermanos amarraron su trigo ó hicieron dos partes iguales que dejaron en el campo. Durante la noche, el hermano que no estaba casado tuvo un buen pensamiento: se dijo á sí mismo: “mi hermano tiene hijos y una mujer que mantener: no es justo que mi parte sea tan grande como la suya; vamos, tomemos en la parte que me pertenece alguna cosa que añadiré en secreto á la suya; no lo sabrá, y de esta manera no podrá rehusármela.” Y lo hizo como lo habia pensado. En la misma noche, el otro hermano despertó y dijo á su mujer: “mi hermano es jóven; vive solo y sin compañera: á nadie tiene para que lo ayude en su trabajo y para que lo consuele en sus fatigas; no es justo que tomemos del campo comun tanto trigo como él; levantémonos, y llevemos secretamente á la parte que le toca otro poco mas; mañana no lo conoceré y de esta modo no podrá negarme á recibirlo.” E hicieron como lo habian pensado. Al otro dia, cada uno de ellos fué muy sorprendido de ver que los dos montones estaban siempre iguales; ni el uno ni el otro pedian averiguar de dónde provenia este prodigio; hicieron la misma operacion durante varias noches consecutivas: pero como cada uno de ellos llevaba al monton de su hermano la misma cantidad de trigo, los montones quedaban siempre iguales, hasta que una noche, habiéndose puesto los dos de contínuo para averiguar la causa de este milagro, se encontraron llevando cada uno el trigo que se destinaban mutuamente. El sitio en que un tan buen pensamiento habia venido á la vez y con tanta perseverancia á dos hombres, debió ser un lugar agradable á Dios, y los hombres lo bendijeron y eligieron para construir en él una casa de Dios.”

3 Véanse las Memorias del Sr. de Joinville.

Emmanuel, y en el reverso está la Virgen sentada sobre su trono y teniendo al niño Jesús sobre las rodillas. Delante de ella se ven representados los tres magos ofreciéndole presentes; encima de la cabeza de la Virgen hay una estrella, y abajo están dos palomas.

El primer emperador que haya puesto la efigie de la Virgen en el mismo campo de sus monedas, fué el emperador Romano IV llamado Diógenes, que subió al trono imperial en el año 1068. Véase en esas medallas á la Virgen, teniendo la cabeza del niño reclinada sobre el pecho, conforme lo había prescrito el concilio de Efeso. La Virgen lleva el traje y tocado de una emperatriz. En derredor de la cabeza y entremezclados con sus cabellos, se ven muchos hilos de perlas, ciniendo su frente la diadema imperial. Conserva el *nimbo* ó aureola, pero no lleva el velo. En el reverso de la medalla se lee esta inscripción: ΡΩΜΑΝΩ ΔΕΣΠΟΤΗ ΤΩ ΔΙΟΓΕΝΗ que la Madre de Dios sea propicia al emperador Romano Diógenes.

Muchos emperadores, siguieron poniendo la efigie de la Virgen en sus monedas, despues de Diógenes; pero desde Juan Zimisces hasta la toma de Constantinopla, no se encuentra la letra M en las monedas del bajo imperio.

Los griegos no fueron los únicos que dieron á María esta muestra de respeto, pues multitud de Estados modernos llevan todavía la efigie de la Santísima Virgen, sobre sus monedas.

En los Estados del papa se vé sobre el *nuevo escudo romano* de plata, á la Virgen conducida sobre nubes, teniendo las llaves en una mano y en la otra una arca; alrededor de la imagen se lee esta inscripción: *Supra firmam petram*, sobre la piedra sólida.

La ciudad de Génova en sus *genovinas* de oro, presenta también á la *Virgen sobre nubes* y teniendo el *niño Jesús* en uno de sus brazos; la inscripción dice así: *Et rege eos*, guíalos. La Austria tiene igualmente *ducados* de oro, sobre los cuales se vé á la Virgen sostenida, llevando en sus brazos al niño Jesús que en su mano sostiene el globo del mundo, y la inscripción dice: *María Mater Dei*, María Madre de Dios. El mismo Estado tiene también *maximilianos* de oro, en cuyo reverso, de los cuales se vé también la Virgen con el niño Jesús llevando en la mano el globo del mundo, la inscripción es: *Salus in te sperantibus*, salud á los que esperan en tí. Los *carolinos* ó *tresflorines* de oro de la misma potencia, presentan en su reverso á la Santísima Virgen llevando al niño Jesús, con la misma inscripción que los *maximilianos*.

La Baviera acuña también *maximilianos* y *carolinos* de oro, que representan la misma efigie de la Virgen, y la propia inscripción que los de Austria.

El Portugal pone sobre sus *cruzados* de oro el nombre de *María*, superado de una corona y orlado con dos ramos de laurel; en la otra cara se vé una cruz con esta inscripción: *in hoc signo vincis*, vencerás con esta señal.

CAPITULO XV.

LAS ROMERÍAS.

“La devoción de las romerías, dice Michaud (1), ha encontrado apoyo en todas las religiones, y por otra parte se funda en un sentimiento natural al hombre.”

Esta observacion es justa y verdadera, pues que todos los pueblos tienen ciertos lugares consagrados, á los cuales miran como un deber el concurrir en cierta época conmemorativa, para penetrarse mas vivamente de los beneficios de la divinidad, visitando los sitios que se han creído santificados por su presencia ó por sus milagros.

Las romerías son tan antiguas como las mismas sociedades; las de Oriente se ligan casi todas, segun lo observa juiciosamente Boulanger, á reminiscencias antediluvianas. En efecto, estas romerías, cuya institucion se pierde en la noche de los siglos, tienen generalmente por objeto las montañas altas donde se formó el primer núcleo de las grandes naciones del Asia que, como sus rios, pretenden descender de las peñascosas entrañas de sus montes. Los chinos, que se creen hijos de las montañas, trepan de rodillas las escarpadas pendientes del Kicou-houchan; los tártaros orientales van á venerar como á tronco de sus hordas al Cham-pa-chan, y algunos gentiles de la India al Pyr-pan-jal, la mas alta montaña del Cáucaso; los japoneses emprenden á lo menos una vez en su vida la arriesgada peregrinacion de Isje, montaña de donde descendieron sus antepasados; los apalechites ó floridianos salvajes, van á la vuelta de cada estacion á hacer sacrificios sobre el monte Olaini para tributar acciones de gracias al sol, que segun fícen, salvó á sus padres de un diluvio, etc. Estas romerías están fundadas en tradiciones corrompidas por el tiempo, pero ciertamente históricas: observáanse en ellas las huellas, véanse los efectos del pensamiento de terror profundo que se manifestó en las llanuras de Sennaar, en la ereccion de la famosa torre de Babel. Desalentados por la confusion de las lenguas, los pueblos post-diluvianos, y no pudiendo refugiarse en unas torres que subiesen hasta las nubes, se establecieron á lo menos en las altas montañas para garantizarse en lo posible de los eventos desastrosos de un nuevo diluvio. Solo cuando faltó el pasto á los ganados y dejó la tierra de producir los frutos necesarios á la subsistencia de las colonias naciéntes, se les vió establecerse en las llanuras que sin duda tuvieron que desear antes de fijarse en ellas. De ahí viene el respeto de los orientales hácia sus montes sagrados, respeto que manifiestan por medio de visitas anuales acompañadas de votos, de ofrendas y de oraciones.

Despues de haber venerado la cuna de los pueblos, se veneró la de los cultos; despues los sitios que recordaban grandes hechos, nobles trabajos y escelsas virtudes; despues, los hombres que se hicieron

1. Hist. de las Cruzadas, tom. 1º

ron ilustres con hazañas heroicas ó religiosas. Así fué como el reconocimiento del pueblo judío conservado, siglos hace, el sepulcro de Ester y de Mardoqueo, en donde todos los hebreos esparcidos por toda el Asia, van en romería hace dos mil años. Cosa estraña, que el sepulcro de dos desterrados levantado por la gratitud de algunos cautivos, haya sobrevivido al grande imperio de los Asirios, y que sea el único monumento que se salve del olvido de las ruinas de Ecbátana!

El hombre es como la yedra; es preciso que se apoye en alguna parte; es preciso que algo lo sostenga para que tenga el valor de vivir. Cuando no encuentra simpatías ni consuelos entre sus semejantes, evoca como por instinto á los habitantes de un mundo mejor, y reclama de ellos el socorro que la sociedad le rehusa ó que no puede otorgarle. Nada prueba mejor esta propension del alma que la conducta de los indios oprimidos por los primeros vireyes portugueses: esos pueblos desarmados é incapaces de ofender, no encontrando ya proteccion ni amparo entre los sucesores de Alfonso Albuquerque, iban á sentarse en actitud de suplicantes á los piés del sepulcro de aquel grande hombre, para pedir al ilustre difunto á quien ocultaba el mármol de su sepulcro, la justicia que los vivos rehusaban á sus derechos y á sus lágrimas.

El protestantismo, que pulveriza y descolora todo cuanto toca, no ha omitido el abolir las visitas piadosas que han hecho los cristianos de todos los siglos á los lugares que Jesucristo santificó con sus tormentos, ó que su Madre hizo célebres por sus beneficios. Los turcos, enemigos furiosos de las imágenes, han encendido lámparas de oro delante de los altares de María; pero ¿qué protestante ha colocado una lámpara en el Santo Sepulcro? ¿qué protestante ha orado delante del pesebre de Belén, en donde oraban Saladino y el califa Omar? “Son superstitiosos, dicen ellos, esas devociones locales; Dios está en todas partes.” Y ¿quién lo duda? Los católicos saben ya la primera pregunta de su catecismo, saben y sabian quince siglos antes que hubiese en el mundo un fraile apóstata llamado Lutero, que Dios escucha en todas partes la oracion de las almas fieles, y que en todas partes esta oracion era oída; pero ¿quién impide á Dios conceder algunas gracias particulares á estos antiguos santuarios, en donde le ha complacido manifestar con frecuencia su poder por medio de prodigios? Habia en Judea un buen número de verdes colinas que Dios podia señalar á David para solar de su templo, y sin embargo, escogió el suelo peñascoso de Areuna el Jebuseo, porque ya desde antes habia ostentado allí su misericordia (1); y ademas, si se debe dar crédito á una bella tradicion que se ha conser-

1. Fué sobre el mismo sitio de Areuna donde despues de la deprecacion de David, el ángel exterminador detuvo sus asolaciones. “En todos tiempos, dice un gran autor eclesiástico, Dios ha señalado ciertos lugares particulares destinados para recibir los votos de los hombres. Se necesitaria tener respecto de la historia de la Iglesia, una incredulidad que no se tiene por ninguna otra, para no creer que Dios ha querido que sus santos fuesen honrados mas especialmente en ciertos parajes, y que para atraer á los pueblos, no haga allí favores que no hace en otra parte.”

vado como una flor del desierto bajo la tienda negra del árabe, porque este lugar habia sido santificado en otro tiempo por un noble rasgo de fraternidad (2). El hombre por su naturaleza es tan imperfecto y tan inclinado al mal, que siempre es deudor de alguna expiacion antes de acercarse á la fuente de toda santidad: cuando esta expiacion le parece proporcionada á su falta, experimenta una confianza mas íntima en el socorro del cielo; y de ahí provenia la escaltacion generosa de los mártires que esperaban á proporcion de lo que sufrían. El peregrino obra por el mismo principio, pues que añade la fatiga, las privaciones y las incomodidades del viaje á las oraciones que viene á ofrecer, y espera en virtud de los sufrimientos que se impone, hallar gracia delante de aquel Dios que tanto ha sufrido por los hombres. Y ¿por qué seria vana esta esperanza?

El ilustre Robertson, á quien no han cegado las mezquinas preocupaciones de su secta, reconoce altamente los beneficios que la Europa debe á las romerías de ultramar. En primer lugar la emancipacion de los comunes, la creacion del comercio y de la marina, la propagacion de las luces, la mejora de la agricultura y la introduccion de un gran número de plantas, árboles y cereales, que en la actualidad contribuyen á la subsistencia de los pueblos occidentales; y ademas, la manumision ó libertad de los siervos, á la que contribuyeron las romerías mas que ninguna otra cosa, porque el señor feudal que se mezclaba á pié y con el bordon en la mano (3), á los peregrinos de todas clases que emprendian con él juntos algun santo *viaje*, comprendia mas fácilmente en esas horas de humildad y penitencia, que esos esclavos tan despreciados, á quienes los antiguos ponian en la clase de *cosas*, eran, sin embargo, sus hermanos ante Dios; y cuando él habia obtenido la gracia que iba á implorar lejos de su castillo en algun anti-

2. “Jerusalen era un campo labrado: dos hermanos poseian la parte de terreno en donde se levantó despues el templo: uno de ellos estaba casado y tenia varios hijos; el otro vivia solo; cultivaban en comun el campo que habian heredado de su padre. El tiempo de la cosecha llegó, los dos hermanos amarraron su trigo ó hicieron dos partes iguales que dejaron en el campo. Durante la noche, el hermano que no estaba casado tuvo un buen pensamiento: se dijo á sí mismo: “mi hermano tiene hijos y una mujer que mantener: no es justo que mi parte sea tan grande como la suya; ramos, tomemos en la parte que me pertenece alguna cosa que añadiré en secreto á la suya; no lo sabrá, y de esta manera no podrá rehusármela.” Y lo hizo como lo habia pensado. En la misma noche, el otro hermano despertó y dijo á su mujer: “mi hermano es jóven; vive solo y sin compañera: á nadie tiene para que lo ayude en su trabajo y para que lo consuele en sus fatigas: no es justo que tomemos del campo comun tanto trigo como él; levantémonos, y llevemos secretamente á la parte que le toca otro poco mas; mañana no lo conoceré y de esta modo no podrá negarme á recibirlo.” E hicieron como lo habian pensado. Al otro dia, cada uno de ellos fué muy sorprendido de ver que los dos montones estaban siempre iguales; ni el uno ni el otro pedian averiguar de dónde provenia este prodigio; hicieron la misma operacion durante varias noches consecutivas: pero como cada uno de ellos llevaba al monton de su hermano la misma cantidad de trigo, los montones quedaban siempre iguales, hasta que una noche, habiéndose puesto los dos de contínuo para averiguar la causa de este milagro, se encontraron llevando cada uno el trigo que se destinaban mutuamente. El sitio en que un tan buen pensamiento habia venido á la vez y con tanta perseverancia á dos hombres, debió ser un lugar agradable á Dios, y los hombres lo bendijeron y eligieron para construir en él una casa de Dios.”

3. Véanse las Memorias del Sr. de Joinville.

guo santuario, ocurriale entonces hacer libres á un cierto número de sus vasallos en honor de Cristo, enemigo de la esclavitud, y de la Virgen María, cuyas entrañas no respiran otra cosa que dulzura y misericordia (1).

Las romerías que traen la fecha del diluvio (2), que han sido recibidas en todos los pueblos, y que entre los católicos forman el sentimiento religioso, abriendo el alma á una multitud de emociones generales y santificantes (3), son pues, por mas que digan los protestantes que ninguna inteligencia tienen del corazon humano, una cosa buena, loable, útil y agradable á la divinidad. Vemos esas piadosas prácticas establecidas desde los primeros tiempos de la Iglesia; María, las santas mujeres y los apóstoles, fueron sin duda los primeros peregrinos; y los fieles de Europa y de Asia, siguieron pronto sus pasos.

"Llegan aquí en multitud, de todo el universo: escribía San Jerónimo en el siglo IV, Jerusalem está llena de hombres de todas naciones. Todo galo de distincion viene aquí. El Breton, separado de nuestro universo, si ha hecho algun progreso en la religion, deja su sol palideciente para buscar una tierra que solo conoce de nombre y por el testimonio de las Escrituras: qué necesidad hay de hablar de los armenios, de los persas, de los pueblos de la India, de Etiopia, del Egipto, fértil en solitarios, del Ponto, de la Capadocia, de ambas Sirias, de la Mesopotamia, y de los numerosos fieles que nos envia el Oriente. Segun el oráculo del Salvador, en donde esté el cuerpo se reunirán las águilas. Llegan en multitud á estos lugares y nos edifican con el lustre y brillo de sus virtudes. Su lenguaje es diferente, pero su religion es la misma [4]."

Los musulmanes que con mucha razon dicen que es poética, piadosa y eminentemente saludable el ir á visitar los sepulcros de los de almas puras, frecuentemente se han arrodillado al lado de los cristianos en los lugares en donde éstos iban en peregrinacion. Despues de la toma de Jerusalem, el califa Omar quiso ir á Belen; entró en la iglesia, hizo su oracion ante el establo en donde nació el Señor Messy [Aisa Resoud], quiso que los musulmanes no rezasen allí sino uno despues de otro, te-

1 Un gran número de viejas actas, contienen aun esta piadosa fórmula: "Transportamos y abandonamos á Nuestro Señor y á la bienaventurada Virgen María, todos nuestros derechos sobre..... etc."

2 Si se debia dar crédito á las antiguas tradiciones del Asia, las peregrinaciones serian aun mucho mas remotas. Segun los rabines, los hijos de Adan volvieron mas de una vez para contemplar de lejos el recinto del paraíso terrestre, y algunos de los hijos de Seth se establecieron sobre la cima de una montaña, desde donde podia verse, esperando siempre que el Libertador prometido los hiciera pronto volver á entrar en él.

3 El doctor Jhonson, zeloso protestante, y uno de los mas profundos pensadores de Inglaterra, confiesa el mismo que, "una vez que los hombres van todos los dias á visitar los campos que han sido el teatro de grandes hechos de armas, y que vuelven de ellos con impresiones mucho mas vivas que las que tenian antes de ir; una curiosidad del mismo género puede naturalmente disponernos á explorar las comarcas lejanas que vieron nacer nuestra religion; y creo, añade el doctor inglés, que ningun hombre puede explorar estas escenas imponentes sin confirmarse en sus santas resoluciones." (Russelas.)

4 S. Hier., Ep. 17.

miendo se levantase entre la muchedumbre algun desorden incompatible con la santidad del lugar, y prohibió se reuniesen en ella con otro motivo que el de la oracion; el mismo Saadi nos lo dice (5), y la tradicion jerosolimita añade que el mismo principe fué á orar en el sepulcro de María.

A mas de los sitios de la Redencion, habia en la Tierra Santa muchas romerías famosas. Nuestra Señora de Edeso en Mesopotamia en donde iban en tropel los primeros cristianos; Nuestra Señora de Seydnai, donde un sultán de Damasco fundó una lámpara perpetua en reconocimiento de un beneficio que habia obtenido por intercesion de María; Nuestra Señora de Belment, á dos horas de camino de Trípoli; finalmente, Nuestra Señora de Tortosa, cuyos milagros en la edad media resonaban en toda la cristiandad, y á donde los mismos musulmanes han conducido algunas veces á sus hijos, en la persuasion de que esta ceremonia debia preservarles de todo mal, gracias á la proteccion de la Santísima Virgen (6).

Leése en las memorias del señor de Joinville, que este buen senescal se dirigió en romería á Nuestra Señora *Tourlouze*, de donde trajo reliquias y camelotes que dieron lugar á un equívoco muy gracioso. El mismo senescal que habia traído las reliquias al rey, envió con uno de sus oficiales algunos bultos de géneros magníficos á Trípoli para la piadosa reina Margarita, á quien tenia gusto de hacer este homenaje. La reina que sabia que el señor de Joinville habia vuelto, y que traía reliquias de Tortosa, viendo entrar al caballero del senescal de Champaña, con un lio en la mano, fué á ponerse de rodillas ante el bulto suponiendo que serian las reliquias. El caballero portador del paquete, ignorando el motivo de la accion de la reina, arrojóse tambien mirando á Margarita sin poder hablarle. La princesa viéndolo en esta postura, le dijo se levantase, añadiendo con piadosa bondad, "que no le tocaba á él arrodillarse, teniendo el honor de llevar santas reliquias. ¿Reliquias, señora? no traigo ninguna. Es un paquete de camelotes que el señor de Joinville os envia." Entonces la reina y las damas que la acompañaban empezaron á reirse. "Eh! dijo la reina al caballero, mal dia sea dado á vuestro señor que me ha hecho arrodillar delante de sus camelotes (7)."

Las romerías á los santuarios de la Madre de Dios, no han perdido nada de su fervor en el Asia; y los francos se admiran algunas veces de encontrar mujeres turcas orando devotamente al pié de la Virgen (8) con las hijas de Sion, las ricas armenias, las griegas de ultramar, y las árabes católicas. El culto de la Virgen entre las naciones cristianas del Oriente, no es una de las cosas que llaman menos la atencion de los viajeros: ellos hallan

5 Omar quiso ir á Bethléem, entró á la Iglesia é hizo su oracion en el pesebre en donde nació el Señor Messy. Quiso que sus musulmanes no orasen allí sino uno despues de otro, y les prohibió juntarse ni gritar. (Gulistan, de las costumbres de los reyes, pág. 301.)

6 Tortosa es hoy Trípoli en Siria.

7 Hist. de San Luis, por el señor de Joinville.

8 Occidente y Oriente, por Mr. Barrault.

digno sobre todo de observarse aquella devocion que somete los destinos humanos al poder de una mujer, en un país en que la mujer es tenida tan en poco (1).

Entre los galos, las romerías precedieron de mucho antes al establecimiento del cristianismo; y una de las mas frecuentadas de la Galia Occidental, era una gruta sombría consagrada al dios Beleno, y situada en el peñasco circuido entonces de bosques, donde hoy se eleva en medio de movediza arena la anfibia fortaleza de San Miguel (2). Allí era donde los patrones de barcos de la Armorica y de Albion, iban á comprar á los druidas del monte de Belen flechas encantadas, á las cuales néciamente atribuian el poder de cambiar los vientos y de disipar las borrascas. Cuando la montaña escarpada que fué el último baluarte de los druidas, recibió una abadía cristiana y fué solemnemente dedicada á San Miguel arcángel, la gruta de Beleno se trasformó en una deliciosa capilla marina dedicada á la Estrella de los mares, á María, protectora de los navegantes. Esta capilla fué construida con gujarros pulidos por las olas y rodados por el Océano; en su interior las paredes y la bóveda estaban adornadas con ramas de coral, con mamilas de ámbar y con brillantes conchas recogidas en todas las costas y traídas por piadosos marineros. El altar era un pedazo de roca que aun conservaba las asperezas de un escollo, y en todo el rededor veíanse colgadas como *ex-votos* áncoras de esperanza y cadenas de cautivos. Esta capilla era frecuentemente visitada antes de la revolucion por largas hileras de marineros escapados de un naufragio: esos hijos del Océano, con un fervor que no era raro entre ellos, entonaban con una voz ronca como el rumor de las olas, el *Ave Maris Stella*, de Fortunato obispo de Poitiers, ó el gracioso *Salve Regina* que los ángeles cantan en las orillas de los riachuelos. Los reyes de Francia hasta Luis XV, han visitado casi todos aquel santuario de María, y se pretende que una antigua prediccion, conservada en el archivo abacial, amenazaba con los mayores desastres hasta la tercera generacion, del rey que dejase de ir á visitar en romería á Nuestra Señora y á San Miguel. Si la prediccion realmente existe, hartó por desgracia se ha confirmado.

Las romerías de Francia se presentan á nuestra vista rodeadas de una nube de maravillas que nos oculta su origen; y nosotros hablaremos de ellas, como no han hablado nuestros padres, que ciertamente hablaban bien. Esas maravillas que la tradicion de siglo en siglo nos ha trasmitido, no son para nosotros los católicos de estos tiempos un artículo de fé, y la crítica puede ocuparse de ellas sin ofender á la Iglesia; pero á nuestro entender, poco se ganaria en rechazarlas, pues así como está

1 Todo el Oriente, excepto los judíos, está lleno de respeto por la Virgen, que Mahoma ha puesto en el Korán en el número de las cuatro mujeres justas. Chardin refiere que los judíos de Perea, habiendo hablado mal de ella delante de algunos sectarios de Ali, poco faltó para que los mataran, y se vieron obligados á abandonar la ciudad en donde esta escena habia tenido lugar.

2 El gran bosque que rodea al monte de San Miguel fué sumergido hacia el año 709.

bien el musgo á las viejas encinas y la yedra á las antiguas abadías, así es tambien lo maravilloso propio de las leyendas góticas.

Segun las tradiciones lionesas, apoyadas en una bula de Inocencio IV, San Pothino levantó el primer oratorio, donde María fué invocada en las Galias. Dicese igualmente que trajo del fondo del Asia una pequeña estatua que depositó en una cueva solitaria y sombría, en las orillas del Saona enfrente de la colina de Fourvière. En aquel lugar agreste y apartado, erigió un altar al verdadero Dios, y colocó allí la imágen que despues fué trasportada á un templo construido sobre la misma colina, de donde tomó el nombre de Nuestra Señora de Fourvière. En la edad media, era esta iglesia objeto de la veneracion de los pueblos, á la que se habia establecido una romería de gran fama en todo el Lionesado; mas los calviistas, que han destruido y saqueado tantas iglesias y ricos santuarios, no perdonaron á las de Lion. La iglesia de Fourvière, en la que desde el nacimiento del cristianismo cada generacion habia señalado su paso con dones que hoy serian tan preciosos al anticuario, al escultor y al pintor como al peregrino, no conserva sino sus cuatro paredes desnudas, que no pudieron fundirse en el crisol en donde desaparecieron tantas obras maestras que por desgracia eran de oro ó de plata.

El cabildo de San Juan no pensó en reedificar la iglesia de Fourvière, sino mucho tiempo despues de los desastres ocasionados por los protestantes. Trabajóse en esto luego que la catedral y el claustro quedaron reconstruidos. El altar de María fué consagrado al fin el 20 de Agosto de 1586; y desde aquel momento la confianza de los habitantes se volvió hácia aquel faro de salud. "El manantial de los prodigios parecia haberse secado, dice un historiador antiguo, volvieron á empezar á fines del siglo XVI, y toda la poblacion de Lyon sintió de ello una grande alegría (3)."

Durante la revolucion de 1793, la iglesia de Fourvière fué puesta en venta; mas cuando la calma hubo de restablecerse, el zeloso prelado que gobernaba la antigua iglesia de Pothin y de Irineo, hizo volver al culto aquella iglesia de María. La inauguracion se verificó el 19 de Abril de 1805, por el soberano pontífice Pio VII (4).

En 1832 y 1835, Lyon, amenazado por el cólera, levantó los ojos hácia la sagrada montaña, y la Virgen dijo á la peste: "No pasarás de ahí." La ciudad libertada, contra toda probabilidad, trocó sus gritos de alarma en cánticos de alegría; y fervientes oraciones en accion de gracias, fueron justa y solemnemente ofrecidas á María en el santuario protector.

Desde la feliz época en que este santuario ha sido restituido al culto, la piedad parece haber redoblado su fervor por Nuestra Señora, y en Fourvière es en donde se verifica y se renueva. Los habitantes de Lyon y de los pueblos cercanos afluyen constantemente en los senderos de la colina de Ma-

3 Hist. de Nuestra Señora de Fourvière, ó Buscas históricas sobre el altar tutelar de los Lioneses.

4 Ibid.

ría; á cualquiera hora que uno se dirija allí, siempre se encuentra en medio de una multitud de personas piadosas de todas clases, edades y condiciones. Un día del año de 1815, un peregrino de aspecto poco comun, que primero habia examinado la ciudad desde lo alto de la colina como hombre que queria examinar la parte fuerte y la débil de ella, se presentó en la iglesia de Nuestra Señora, y los fieles, levantando un momento la vista, se dijeron interiormente al verlo: ¡El mariscal Suchet! Era en efecto él, el mariscal del imperio, el hijo de Lyon á quien se habia confiado la defensa de su país natal, era él quien atravesaba en esos momentos la nave de la basílica de María con pasos lentos, porte majestuoso, en que se mezclaba un no sé qué de dulce y tierno, una cosa semejante á un lejano recuerdo de alegría que despierta y arrulla el alma con una música invisible. Entra en la sacristía y hace llamar á uno de los capellanes para que venga donde estaba él, y el vice-presidente se presenta: "Señor abate, dice el mariscal adelantándose hácia el eclesiástico; cuando era todavía niño, mi piadosa y buena madre me traía frecuentemente aquí, á los pies de Nuestra Señora, y aun conservo este recuerdo. . . . Diré mas, me ha sido siempre muy caro y jamas lo olvidaré. Dignaos, pues, mandar decir algunas misas por mi intencion." Y des pues de haber dejado tres napoleones [doce pesos] sobre la mesa en donde se registran las ofrendas, el brillante héroe de la época gigantesca se alejó de allí y fué á arrodillarse delante del altar de María, donde oró algun tiempo devotamente. El mariscal Suchet terminó noble y dignamente su carrera, con una muerte edificante y cristiana, por lo cual fué alabado sobre su sepulcro.

La romería de Nuestra Señora de Puy, en Velay, es reputada tambien por una de las mas antiguas de Francia: dícese que durante la ocupacion de las Galias por los romanos, una dama galesa, á quien San Jorge, primer obispo del Puy, habia bautizado, hallándose gravemente enferma, tuvo la revelacion de que recobraría la salud en la cima del monte *Anicium*, poco distante de su morada. Con esta esperanza se hizo conducir allí, y apenas se habia sentado sobre la roca volcánica del *Puy* (1), cuando un dulce sueño vino á apoderarse de sus sentidos. En este estado vió á una mujer celestial, cuyos brillantes vestidos ondulaban como una nube de un vapor blanquísimo, y cuya frente ceñía una corona de radiantes piedras; esa mujer de una embelesadora belleza, estaba rodeada de un acompañamiento de espíritus angélicos. "¿Quién es, preguntó la hija de las Galias á uno de esos espíritus bienaventurados, quién es esta reina tan graciosa, tan noble y tan bella que viene á mí, pobre enferma en mi estremada afliccion?—Es la Madre del Hijo de Dios, respondió el ángel, la que ha escogido esta roca para ser aquí invocada, y te manda que así lo digas á su siervo Jorge. Y á fin que no tomes la órden del cielo por un vano sueño, levántate, mujer, que ya estás curada." En efecto, al despertar la dama

1 En Auvernia y en Languedoc se llama *puy*, una alta montaña, de la palstra italiana *poggio*.

galesa, se sintió libre del decaimiento y calentura que la consumía. Penetrada de gratitud corrió á la casa del obispo, á fin de transmitirle de viva voz el mensaje del ángel.

Después de haber escuchado en silencio las órdenes de Aquella á quien después de Dios profesaba mayor veneracion, inclinóse San Jorge como si le hubiese hablado la misma Virgen; y sin detenerse, seguido de algunos criados y acompañado de la convertida galesa, fué á visitar la montaña milagrosa. Inesplicable fué su sorpresa al verla cubierta de nieve, aunque los calores de Julio se hiciesen sentir en la llanura; y aun no volvía en sí de su asombro, cuando apareció un ciervo que se puso á correr sobre la nieve del estío, trazando con sus ligeros piés la planta de un vasto edificio. El santo obispo, mas sorprendido que nunca, hizo cerrar con un fuerte cercado todo el terreno que habia recorrido el ciervo, y bien pronto en este suelo privilegiado, se elevó una catedral á cuyo alrededor se agrupó la ciudad de Puy, que se la considera inespugnable, gracias á la proteccion de María.

La pequeña estatua de la Virgen, á la que se va á venerar desde lo interior de España y de todas las provincias del mediodía de Francia, data seguramente desde el tiempo de las cruzadas. Esta estatua, colocada en la catedral, tiene dos piés de alto, y su actitud es la de una persona sentada en una silla á la manera de las deidades egipcias, teniendo un niño sobre sus rodillas. Lo que es muy digno de observarse es, que esta estatua está ceñida desde los piés hasta la cabeza de muchas fajas de una tela muy fina pegadas á la madera con mucho cuidado y solidez, semejante á las momias egipcias. El carácter de la efigie, la madera de cedro de que está labrada y las bandas que la cubren, han hecho presumir que sea obra de los primeros cristianos del Líbano, que la construyeron conforme al modelo de las estatuas egipcias; aseguérase que esta imagen de Nuestra Señora fué traída por San Luis á su regreso de la Tierra Santa.

Los soberanos pontífices han estimulado esta romería con su ejemplo y sus beneficios, y muchos han ido allí como simples peregrinos.

Los obispos de Puy recibieron grandes privilegios de la corte de Roma en consideracion á Nuestra Señora, y entre otras la dependencia inmediata de la Santa Sede y el *Pallium*. Muchos reyes de Francia han ido tambien á venerar á María sobre la montaña de *Anicium*. En 1422, Carlos VII, que no era entonces sino delfin, vino á recomendar á Nuestra Señora de Puy su causa casi desesperada, y en la misma iglesia fué donde le proclamaron rey de Francia.

El rey Renato hizo tambien esta romería con un gran séquito de hombres y caballos; seguíanle asimismo, vestidos con su traje oriental, muchos musulmanes que probablemente se habian convertido á la fé cristiana.

La capilla de Nuestra Señora de los Montes ó de Ceignac, situada sobre una colina rodeada de otras en la antigua selva de Cayrac, entre la Viaur y el Aveyron, es famosa por la romería de un palatino

húngaro, que en 1150 recobró milagrosamente la vista, gracias á la intercesion de Nuestra Señora. Este magnate, á quien en la flor de su edad afligia la mas triste ceguera, dejó las orillas del Danubio para venir con cien hombres de armas á pedir á Nuestra Señora de los Montes el término de sus largos sufrimientos.

Embarcóse en el mar Adriático, y después de haber recorrido las costas de Italia entró en el golfo de Lyon; pero allí una horrible tempestad vino á dispersar los buques de su pequeña escuadra, y solo con gran trabajo pudo su escudero salvarle en una pequeña lancha que logró tocar la tierra. Entristecido por este suceso desastroso, y deplorando la suerte de sus compañeros de armas, el príncipe ciego, acompañado de su fiel servidor, se internó en las montañas del Languedoc, dirigiéndose á cortas jornadas hácia la capilla de Nuestra Señora de los Montes, á donde llegó en el mismo año de 1150. Un pescador que tendía sus redes en las verdes orillas de la Viaur, indicó el vado del río á los dos peregrinos, y los guió hasta una eminencia, desde donde se descubrió el modesto santuario. El palatino, privado hácia muchos años de la dulce luz de los cielos, no pudo ver el edificio religioso que aparecia en lontananza; pero oyó el alegre repique de sus campanas matinales, y prosternándose al punto sobre la yerba húmeda aún con el rocío, bendijo á Dios y Nuestra Señora por haberle concedido llegar al término de tan largo viaje. Lleno de fé entró en el santuario de María que desde tan lejos venia buscando, é hizo celebrar una misa solemne en su altar. Concluida la misa, y mientras el palatino oraba bañado en lágrimas delante de la imagen de la Virgen, un rumor de armas causado por unos peregrinos que de tropel entraban en la iglesia, atrajo su atencion. Como por instinto levantó sus ojos cerrados á la luz, y ¡oh sorpresa! ve su bandera y aquellos peregrinos postrados, cuyas pellizas orientales contrastan con las capas pardas de los paisanos del Languedoc; eran sus fieles húngaros! Un grito de felicidad y de reconocimiento se le escapó: ha recobrado la vista, y allí están sus hombres de armas! Nuestra Señora habia tratado á su vasallo con una generosidad de soberana, y no habia hecho las cosas á medias.

Siete lámparas de plata maciza fueron el don que el príncipe húngaro ofreció á la virgen; por su órden se levantó una cruz en la colina en que habia orado, y en ella quedó grabada esta historia con caracteres góticos. Un grupo de bajo relieve colocado en el santuario de María, representó al príncipe palatino y á su escudero arrodillados ante la imagen de la Virgen; debajo se leía una inscripcion latina concebida en estos términos:

*Ecce palatinus privatus lumine princeps,
Munera magna ferens, sed meliora refert
Virginis auspices, divino in lumine lumen
Cernit, et exultat, dum pia perficerent,
Insuper et centum famulos in litore fractos
Invenit incolumes, dicitur inde locus.*

En el número de los bienhechores de la capilla de Nuestra Señora de Ceignac, cuéntanse los duques de Arpajon, el cardenal de la Pelagrua, sobrino del papa Clemente V, y una multitud de obispos y de altos personajes.

El santuario de Nuestra Señora de Roc-Amadour está situado en la parte mas árida y montañosa de Quercey, á corta distancia de Cahors. Un santo, de quien una tradicion local destituida de fundamento ha querido hacer el Zaquio del Evangelio, se internó hácia el siglo III en un laberinto de peñascos que elevan sus escarpadas puntas por encima del barranco estrecho y profundamente escavado, por el cual el Lauzon arrastra sus turbias aguas: ese barranco, que hoy se llama el valle de Roc-Amadour, se llamaba entonces *el valle Tenebroso* y abundaba en bestias feroces. Este paisaje melancólico, pero no sin grandeza, que recordaba la Tebaida, guardaba sin duda analogía con los pensamientos sublimes y austeros del anacoreta, quien se construyó una celdita sobre uno de los puntos culminantes de la montaña, y cavó en la roca al nivel del nido de las águilas un oratorio á la Madre de Dios. La poblacion galo-romana de los hermosos valles de Figeac y de Saint-Céré que se percibia algunas veces desde lejos sobre la cumbre escarpada de esos montes desnudos y ásperos, cuya elevacion causa vértigos, le dió el sobrenombre de *Amator rupis*; y este nombre, el único que nos ha llegado, se cambió en el de *Amador*, después en el de *Amadour*, mas conforme á la índole del dialecto meridional.

La pequeña estatua de la Virgen, semejante á las que los nuevos cristianos de las Galias veneraban en el hueco de las encinas, obró prodigios en favor de los fervorosos peregrinos que iban á venerarla en sus santuarios de peñascos; multiplicáronse las romerías, y bien pronto se hicieron tan frecuentes que se edificó una ciudad al pié del lugar Santo: Esta ciudad situada en un país desolado, sobre un suelo ingrato y de un acceso el mas difícil, llegó á ser, gracias á la devocion de nuestros padres, una de las principales de Quercey, pues que tuvo torres, cónsules y escudo de armas, en las que figuraban tres rocas de plata con lises de oro sobre un campo de gúles.

Encima del campanario de la antigua iglesia de Roc-Amadour, á una altura prodigiosa, elevábase una fortaleza destinada á proteger el rico santuario de María; sus baluartes, que se escondian en las nubes, y que cubren en la actualidad el suelo con sus despojos, no pudieron rechazar de la montaña santa á los sombríos sectarios de Calvino que habrian atravesado el infierno, por obtener el codiciado oro. La capilla de Nuestra Señora tiene en nuestra época un baluarte mejor que es su misma pobreza.

Esta romería era ya célebre desde el tiempo de Carlo-Magno: el famoso caballero Roldan, sobrino del emperador, vino á Roc-Amadour en el año 778; ofreció á la Santa Virgen un regalo de plata del peso de su *bracmar* (espada), y después de su muerte acontecida en los campos de Roncesvalles, aquel

bracmar fué llevado á Roc-Amadour (1). En el año 1170, segun Rogerio de Hoveden, Enrique II rey de Inglaterra y duque de Guyena, por parte de su consorte Leonor, vino á Roc-Amadour para cumplir un voto que habia hecho á la Santísima Virgen durante una larga enfermedad de que fué atacado en la Motte-Gerseil. Como el país inmediato al Quercey no era muy favorable á los ingleses, el monarca isleño, tuvo que rodearse de un pequeño ejército para hacer este piadoso viaje. Enrique dejó pruebas de su munificencia en la capilla de Nuestra Señora en las limosnas que distribuyó á los pobres de Roc-Amadour.

En el número de los peregrinos ilustres que vinieron á honrar á María en su santuario de la montaña, cuéntase á Simon de Monfort, legado del papa, Arnaldo Almaric que despues fué obispo de Narbona. San Luis, acompañado de sus tres hermanos, de Blanca de Castilla y de Alfonso conde de Bolona, que subió al trono de Portugal; el rey Carlos el hermoso, el rey Juan, Luis XI y una multitud de poderosos y nobles señores.

Entre los ilustres prelados que en diferentes tiempos visitaron la portentosa capilla de Nuestra Señora, encontramos un nombre tan caro á las letras, á la humanidad y al catolicismo, que no podemos pasarlo en silencio: ese nombre con que se honra la Francia, y que impone á la misma impiedad, es el del Cisne de Cambray. Dedicado desde la cuna á Nuestra Señora de Roc-Amadour por su piadosa madre, Fenelon vino mas de una vez al fondo del Quercey á invocar á aquella que en sus labios habia puesto un panal de miel ática y que le habia infundido la animosa sabiduría que tan noblemente empleó en instruir á los reyes. Dos cuadros suspendidos como *ex-voto*, en el santuario de la Virgen, representan dos situaciones solemnes de su existencia. En el primero acaba de nacer y descansa en su cuna; en el segundo, jóven ya y doctor, viene á hacer homenaje á su divina protectora de los triunfos de su naciente ingenio. A alguna distancia hay un sepulcro sobre el cual ha llorado y orado mas tarde; y es el de su tierna madre que ha querido dormir el sueño eterno á la sombra del altar de Nuestra Señora.

Algunas veces no solamente eran peregrinos aislados, sino ciudades y provincias en masa las que se dirigian á Roc-Amadour. En 1546, dice Mr. de Malleville en sus crónicas del Quercey, dia 24 de Junio que era la fiesta del Santísimo Sacramento y de San Juan, fué el de el perdon ó indulgencias de Roc-Amadour, en cuyo lugar fué tan grande la afluencia de los pueblos del reino y del extranjero, que muchas personas de todas edades y sexos fueron sofocadas por el tropel; y habia un sin número de tiendas levantadas en la campiña que la hacian asemejarse á un militar campamento.

Los dones ofrecidos al santuario de Roc-Amadour fueron magníficos: figuran en primer lugar el bosque de Mont-Salvy dado en 1119 por Odon, conde

1 Dupleix, *Hist. de Francia, Carlo-Magno*, c. 8.—Esta bracmar habiéndose perdido ó habiendo sido robado, le substituyeron una masa de armas que conservó el nombre de espada de Rolando.

de la Marche á la bienaventurada *María de Roc-Amadour*: las tierras de Fornellas y de Orbanello, ofrecidas en *sufragios de las almas de sus padres* por Alfonso IX rey de Castilla en 1181.

En el año 1202, Sancho VII, rey de Navarra, hizo donacion de una renta de cuarenta y ocho piezas de oro para la iluminacion de la capilla de Nuestra Señora; y en 1208 Savarie, príncipe de Mauleon, gran general y trovador famoso dió en pura y perpétua memoria á la bienaventurada *María de Roc-Amadour*, su tierra de Lisleau, con esencion absoluta de todo impuesto y de toda carga. El papa Clemente V en 1314 hizo un legado á la misma iglesia, "para tener perpetuamente encendido un cirio en un vaso ó pilon de plata en la capilla de la bienaventurada Virgen *María de Roc-Amadour*, en honra suya y para obtener la salud eterna."

Seria demasiado largo citar los demas bienhechores de la capilla de *María*: la circunferencia de esta roca bendita resplandecia de *ex-votos*, guarnecidos de oro, de perlas y de piedras preciosas. Sus ricas colgaduras habian sido trabajadas por manos de princesas españolas, y catorce lámparas de plata maciza, cuyas cadenillas entretrejidias formaban una red magnífica, la alumbraban noche y dia. Por un contraste que solo en el cristianismo se encuentra, el altar de la imágen era de madera, como en el tiempo de San Amador, y la imágen milagrosa era una pequeña estatua de madera de encina ennegrecida por los años y apenas pulimentada. Observábase en la cúpula de la capilla en un campanario rodeado de vidrieras una pequeña campana sin cuerda, que tocaba por sí misma cuando *la Estrella de los mares* queria manifestar su poder en favor de los navegantes, que en el psigro de una tormenta la invocaban en medio de las soledades del Océano.

La Virgen del Quercey era una presa demasiado atractiva para que se le escapase al protestantismo. El 3 de Setiembre de 1592, Durás se apoderó de Roc-Amadour; las cruces fueron rotas, las imágenes destrozadas, las campanas fundidas, y el cuerpo de San Amador molido á martillazos fué arrojado indignamente á las llamas (2). Los ateos de 93 pusieron el sello á estas devastaciones.

En la actualidad las torres del pueblo están ocultas bajo la yerba: los arbustos crecen entre los escombros del castillo, asoman las plantas gramíneas entre las losas mal unidas de la magnífica escalinata de doscientos setenta y ocho escalones que conducian desde la ciudad al santuario aereo de *María*: la bandurria de los romanceros del Languedoc no celebra ya los milagros de Nuestra Señora, y el viento de la noche silba únicamente en aquella antigua capilla, en que se suprimió el órgano por *economía*. La Virgen de Roc-Amadour podria ahora llamarse *la Virgen de las Ruinas*, y sin embargo, aun obra prodigios en su derruido santuario.

La romería de Nuestra Señora de Liesse en Picardía, aunque la menos antigua de las de la Francia meridional, pues que no se remonta sino hasta

2 Odo de Gissey, *Hist. de Roc-Amadour*.

el siglo XII, las aventaja, sin embargo, á todas en celebridad. El origen de la estatua de la Virgen que decora este santo lugar es en un todo maravilloso, y su tradicion se ha conservado no solamente en la provincia en que se halla, sino tambien en la Tierra Santa (1), y aun se asegura que existe en los archivos de los caballeros de Malta (2). He aquí esta tradicion que lleva un sello oriental muy marcado.

Foulques de Anjou, rey de Jerusalem, que habia reedificado á cuatro leguas de Ascalon la fortaleza de Bersabé para proteger la frontera de su reino contra las incursiones de los sarracenos, encomendó la guarda de este interesante punto á los piadosos y valientes caballeros de San Juan de Jerusalem. Esta bizarra guarnicion, sostenia frecuentes choques contra los infieles que poseian el antiguo país de los filisteos por el Soldan de Egipto. Un dia los caballeros de San Juan, en cuyo número se encontraban tres hermanos de la antigua y opulenta casa de Eppes en Picardía, cayeron en una emboscada, y á pesar de haber hecho prodigios de valor, fueron cogidos por los musulmanes, quienes los enviaron á Egipto cargados de cadenas. Los señores de Eppes tenian el ademán noble, la estatura elevada y el heróico continente de los antiguos caballeros del norte de Francia. Conociólo esto el Soldan, y queriendo ganarlos para la ley de su falso profeta, empezó por sepultarlos en un calabozo con el fin de abatir su esforzado espíritu, y en seguida hizo brillar á sus ojos la perspectiva mas seductora de riquezas y placeres para atraerlos por estos medios á la apostasia. Los tres guerreros que habian sido inaccesibles al temor, fueron sordos al sonido mágico del oro y á la voz insidiosa de la ambicion. Viéndose el Soldan burlado en sus esperanzas intentó otro recurso para su designio: envióles los mas famosos imanes para que les arguyesen acerca de la Fé; pero aquellos buenos caballeros en fuerza de su odio del islamismo se convirtieron de pronto en teólogos sutiles, y defendieron tan bien los dogmas del cristianismo en la palabra como lo habian hecho con el escudo al brazo y la lanza en el puño. El Soldan creyó ya su honor comprometido en vencer á los cautivos, y creciendo su obstinacion á proporeion de la resistencia, juró que los caballeros de San Juan seguirian el estandarte del profeta, aun cuando le hubiese de costar la mitad del Egipto. Tenia el Soldan una hija hermosa, casta, cumplida en todo y digna de seguir otra creencia mejor; y á esta jóven envió al calabozo en que gemian encadenadas los tres caballeros francos, encargándola les hiciese una descripcion horrorosa de los suplicios que les tenian preparados si persistian en su obececacion. Los caballeros recibieron á la princesa con todas las muestras de respeto que se prodigaban entonces á las damas; pero rechazaron sus insinuaciones con el ánimo resuelto de hombres que aceptan el martirio, y al mismo tiempo le esplicaron su creen-

cia de una manera tan persuasiva, que la jóven musulmana se puso á reflexionar sobre la mision divina de Cristo, y sobre las virtudes escelsas de su bienaventurada madre. Una imágen milagrosa y resplandeciente de *María* que los ángeles habian llevado, segun se dice, á los cautivos, acabó de convertir á la jóven infiel. Una noche en que ella á fuerza de oro habia ganado la guardia que custodiaba á los tres guerreros francos, penetró en la prision llevando un cofrecillo lleno de piedras preciosas y huyó con ellos del palacio de su padre.

Despues de haber atravesado el Nilo en un barco preparado para recibirlos, los fugitivos se dirigieron por la parte de Alejandria, esperando quizá ocultarse por algun tiempo en los monasterios copiosos de las soledades del desierto de Macario. Pero despues de algunas horas de marcha, la princesa encontrándose rendida de cansancio deseó reposar un instante, y á pesar de su inminente peligro, los tres caballeros de San Juan resolvieron entrar en guardia y la hicieron sentar en un campo de *doura* que estaba en todo su verdor; ellos tambien se sentaron á una respetuosa distancia. Durmióse la princesa, y sus compañeros de viaje, despues de haber luchado aunque en vano con la somnolencia que debia suceder naturalmente á largas noches sin reposo, se durmieron tambien profundamente.

Nadie sabe cuánto tiempo duró su sueño. El mayor de los tres caballeros de Eppes, fué el primero que despertó; el sol empezaba á dorar la cima de los árboles en que se oía el dulce canto de los pájaros. El caballero se puso á considerar el país con la mas viva sorpresa. El se habia dormido á la vista del Nilo y de las pirámides bajo las ramas abanicadas de una palmera, y despertaba bajo una encina de nudosos troncos á la orilla de un manantial de cristalinas ondas y sobre el mas fresco césped sembrado de blancas margaritas: á una corta distancia las redondas y oscuras torres de un antiguo castillo baronil le recordaban la morada en la que, al partir para la Tierra Santa, habia dejado á su madre anegada en lágrimas. Un pastor que guiaba sus rebaños por aquel campo le sacó de su incertidumbre: el castillo que veía era en efecto su propio castillo de Marchais, y habia despertado en Picardía, en la misma arboleda que sus padres habian plantado. Bendijo á la Virgen que le habia socorrido y despertó á sus compañeros, cuyo asombro fué igual al suyo.

Trayendo consigo la imágen oriental de la Santa Virgen: construyeron una hermosa iglesia para depositarla en ella, y la princesa musulmana recibió el bautismo en la catedral de Laon. Puede no obstante creerse sin cometer pecado, que esta estatua de *María* haya llegado á Francia por medios naturales; pero lo que no puede ponerse en duda es que fué traída de la Tierra Santa por tres señores de Eppes, caballeros de San Juan de Jerusalem.

Los nombres mas ilustres de la monarquía figuran en la lista de los peregrinos de Nuestra Señora de Liesse. Léense los del duque de Borgoña, de Luis II de Borbon, príncipe de Condé, del duque

1 Véase *Hist. de Nuestra Señora de Liesse*, por el abate Villette, addition al discurso preliminar, pág. 100.

2 *Historia de Nuestra Señora de Liesse*, págs. 10, 11 y 12.

de Mercœur, del príncipe Alberto Enrique de Ligne, de Madama Enriqueta Francisca de Francia, reina de Inglaterra; de los príncipes de Longueville, del mariscal de Ancre, de la señorita de Guisa, del conde Egmond, de Luis duque de Orleans hermano de Carlos VI, de Carlos VII, del rey Renato, de Luis XI, de Enrique II, de Carlos IX, de la reina María de Médicis, de Luis XIII, de Ana de Austria, de Luis XIV, &c.

Muchos de estos grandes personajes no contentos con dejar ricos dones á Nuestra Señora de Liesse, colocaron allí su estatua; la de Luis II de Borbon, príncipe de Condé, era de oro.

María de Arquin, entonces gran mariscal de Polonia, y que después fué reina de este país, vino á la capilla de Nuestra Señora en el año 1671, y presentó á la Virgen un niño de plata representando al príncipe Alejandro Sobieski, su hijo, con una cadena de oro guarnecida de diamantes, para manifestar que lo consagraba á la Virgen como esclavo suyo (1).

Este santuario, lo mismo que los demás de la Francia, fué saqueado por los hugonotes, y la revolución se apoderó de lo que había quedado.

La capilla de Nuestra Señora de Liesse, á pesar de la incredulidad de los tiempos, atrae aun un gran concurso de gentes y de peregrinos.

En la leyenda de San Lijardo de Meung, que vivía en 550, se hace mención del pueblo de Clery y de un oratorio que allí había dedicado á la Madre de Dios. En 1280, unos labradores colocaron en él una estatua que habían encontrado bajo del sulco que deja el arado. Este descubrimiento hizo mucho ruido y llamó la atención de los más ilustres señores de aquella época. Entre ellos Simon de Melun, un poderoso baron que había acompañado á San Luis á la Africa, y á quien Felipe el Bello elevó á la dignidad de mariscal de Francia, formó el designio de erigirle una colegiata; la muerte que gloriosamente recibió en el sitio de Courtray le impidió llevar á cabo este piadoso designio que su viuda é hijo se creyeron en el deber de ejecutar. Después de sus victorias en Flandes, Felipe el Bello, que tantas pruebas había recibido de la protección de María, se admiró de la multitud de fieles que se reunían en Nuestra Señora de Clery; él aumentó el número de canónigos y resolvió reconstituir la iglesia; pero la muerte que viene á interponerse para frustrar tantos proyectos, no le dejó sino el mérito de la intención. Sin embargo, la iglesia fué comenzada bajo su reinado y continuada gracias á la munificencia de su tercer hijo, Carlos duque de Orleans. Felipe de Valois, aquel noble príncipe que decía á sus soldados en país conquistado: *¡respetad las iglesias!* hizo concluir la de Nuestra Señora, que durante el sitio de Orleans había sido saqueada por el inglés Salisbury. Luis XI, que hacia remendar sus vestidos para usarlos hasta que estuviesen inservibles, pero que cuando quería sabia representar dignamente su carácter de rey, hizo construir la iglesia

1 Ibid.

de Clery, la dotó con 2,330 escudos de oro, y la adjudicó otras varias rentas, y erigiéndola en capilla real, dotó ricamente á sus canónigos.

Este monumento, objeto de tantos gastos y de tantos cuidados, fué destruido por un incendio en 1472, cuando precisamente acababa de ponerse el techo. *El fuego redujo todo á cenizas*, dice la crónica de Luis XI; pero la iglesia fué reconstruida de nuevo bajo la inspección del secretario del rey.

Habiendo Luis XI recobrado la salud en Clery, y atribuyendo su restablecimiento á la Virgen, enriqueció su colegiata con nuevos dones y mandó construir allí su sepulcro. "Varias veces se metió en él, dice uno de sus historiadores, para ver si el lugar era ajustado y bien proporcionado para recibirlo después de muerto." Según su deseo fué enterrado él, y su mujer Carlota de Saboya fué colocada á su lado algun tiempo después.

Los calvinistas que respetaban tanto los sepulcros de los reyes como los altares de los santos, rompieron la estatua de Luis XI y violaron su tumba real para saquearla. Este sepulcro, reedificado por Luis XIII, fue de nuevo mutilado en la revolución y otra vez restablecido por Luis XVIII. La devoción á la Virgen, reina siempre con el mayor fervor en la antigua iglesia de Luis XI.

La romería de Nuestra Señora de la Espina, cerca de Chalons sobre el Marne, comenzó á principios del siglo XV. El año de 1419, la víspera de la fiesta de la Anunciación, dos jóvenes pastores que conducían sus rebaños por el lado de una pequeña iglesia dedicada á San Juan Bautista, percibieron una luz brillante en medio de un cercado de espinas. Las ovejas que iban delante huyeron espantadas, pero los tiernos corderitos se aproximaron sin temor al matorral; los pastores siguieron su ejemplo y descubrieron una pequeña estatua de la Virgen Santísima, teniendo en sus brazos al divino niño. Habiéndose aumentado al caer la noche aquella luz milagrosa, acudieron de todas partes á verla, y como el lugar en que se efectuaba este prodigio era muy elevado, se pudo hacer constar en diez leguas en contorno. El obispo de Chalons á la cabeza de su cabildo y varios curas de las aldeas vecinas vinieron en procesion á aquel sitio, y encontraron el matorral tan verde como si fuese el estío; sacaron la estatua de la Madona y la transportaron á la pequeña capilla de San Juan Bautista que se hallaba á corta distancia de allí.

Este prodigio atrajo á todos los habitantes de Champaña á esta capilla que no tardó mucho tiempo en ser objeto de una piadosa peregrinación. Con las ofrendas de los peregrinos construyóse una soberbia iglesia por los diseños y bajo la dirección de un arquitecto irlandés, cuyo trabajo se siguió con perseverancia: no obstante las guerras de los ingleses, los habitantes empobrecidos y saqueados como estaban, no dejaban por eso de ir hasta el fondo de la Lorena, á buscar piedras para su construcción. Carlos VII dió nuevo impulso á estos trabajos remitiendo para ellos una suma considerable. La construcción duró un siglo, durante el cual el fervor se sostuvo á despecho de las guerras, de la pes-

te negra, de la hambre, en fin, de todas las plagas que afligieron á los habitantes, de las cuales la peor ciertamente era la de los ingleses. Las ciudades de Chalons y de Verdun quisieron contribuir al ornato de esta iglesia que debía perpetuar el recuerdo del matorral milagroso. La una le dió magníficos vidrios pintados que representaban la historia del milagro, y la otra sonoras y elegantes campanas; las liberalidades de los fieles grandes y pequeños, ricos y pobres, hicieron lo que faltaba.

Durante las guerras de religion, los protestantes ingleses dueños de una gran parte de la Champaña, habían oído hablar de las grandes riquezas que contenía la iglesia de Nuestra Señora de la Espina, y concibieron el proyecto de saquearla y destruirla; pero el señor de la Espina con noble resolución y fe sincera hizo rodear la hermosa iglesia de empalizadas, y poniéndose al frente de un puñado de jóvenes reunidos por el patriotismo y la devoción de María, logró rechazar al enemigo y salvar el altar de la Madona. Obligados á batirse en retirada los ingleses obraron como vándalos, haciendo una última descarga sobre los vidrios, de los cuales rompieron la mayor parte. Sin embargo, como por un prodigio, el en que estaba representada la historia de la aparición de la estatua quedó del todo intacto. En memoria de esta feliz jornada, la iglesia de Nuestra Señora de la Espina hasta la época de la revolución, hacia un presente á los descendientes del valeroso caballero que la había salvado de la profanación y del pillaje, cuyo don consistía en dos espadas benditas que aquellos recibían el día de la Asunción al pie del altar de la Virgen.

Todos los años se hace una procesion solemne en esta iglesia; una multitud de niños de una compleción delicada que han sido vestidos de blanco en honor de la Santísima Virgen, asisten á ella el día 15 de Agosto con un cirio en la mano: aquellos niños enfermizos se les llama los suplicantes de María. La ciencia había dado contra ellos desde su entrada en el mundo un veredicto de muerte; pero las madres han apelado de él á la Virgen y esperan, merced á su protección, conservar estas frágiles plantas que crecen á la sombra de su protección sagrada, y de la cual necesitan para aclimatarse sobre la tierra. Nada hay más tierno é interesante que ver á estos angelitos vestidos de blanco y pálidos como las flores de sus coronas, arrodillarse á los pies de María, y repetir aun sin comprenderla, la oración que se les ha enseñado pidiéndole su pobre existencia, que es al mismo tiempo la de sus tristes madres. . . . Cuando las rosas de la salud aparecen sobre sus rostros infantiles, cuando, en fin, llegan ya á la edad de siete años, y van á dejar el hábito blanco de la Virgen, con que goza las madres consoladas los llevan á la misa de acción de gracias! cuántas oraciones emanadas del corazón se elevan entonces hácia María desde la tarima de aquel altar!

Existe entre los vosgos una romería, donde entre las pobres mujeres del pueblo, se perpetúa una superstición que reúne á un tiempo á la energía cristiana la credulidad maternal. Hácia el año 1070,

un religioso de Senones fabricó al borde de un torrente solitario una ermita y una capilla, en la cual se invocaba á Nuestra Señora de la Meix; esta romería cayó en desuso ó fué suprimida después. Hoy la capilla se ha convertido en ruinas, y una cruz de piedra medio rota se levanta únicamente en medio de estos escombros; pero bajo de ellos hay unas bóvedas subterráneas y un altar de piedra informe, en donde aun van á depositar á los niños que la muerte ha herido al nacer, y que no han podido recibir la señal sagrada que debió hacerlos ángeles. "Apenas acostados sobre esta piedra, dice el montañés que sirve de guía al viajero en este subterráneo sombrío, sus ojos vuelven á abrirse, un ligero soplo se escapa de sus pequeños labios cerrados por la muerte, el agua del bautismo corre sobre su frente, y después vuelven á dormirse para subir al cielo." Escavando un poco en derredor del altar de la Virgen que resucita los niños para que puedan ir á Jesucristo, se encuentran los despojos de estas pobres flores humanas, marchitas por el soplo helado de la muerte en el primer albor de su mañana; la ternura ignorante, pero escaltada, que ha venido á pedir el milagro á María, la ha depositado bajo de su altar para que no los olvide.

Si la incredulidad se burla de esta superstición del corazón, las almas tiernas y piadosas no verán en ella sino un motivo de dulce conmiseración. Sin duda mas de una madre se ha engañado creyendo ver al calor de sus besos reanimarse los labios frios de su hijo para recibir el agua santa; pero aquel que se atreviera á pensar que María no tiene el poder de hacer, cuando le plazca, tan grandes milagros, sería, á no dudarlo, un atrevido mortal.

Los Pirineos, esas bellas montañas con su cabellera de alerces, cuyos senos contenían en otro tiempo tantas minas de oro, y donde las cascadas de agua iluminadas por el sol caen de una altura tan prodigiosa, y se desprenden de tal modo de su roca natal, que asemejan á una larga pieza de gasa de plata que se desenrolla en los aires; los Pirineos, en los que algunos sitios frescos y graciosos como el Eden antiguo, se han entristecido por los hundimientos de rocas gigantescas que ofrecen la imagen del caos, no se hallan por eso desprovistos de santuarios consagrados á María; el más antiguo y famoso es el de Nuestra Señora de Heas, á donde acuden todos los habitantes de los valles del Bearn y del Bigorre. Entre los precipicios del Heas se ha levantado un altar, en un paraje en que el cabrero jamás se hubiera atrevido á suspender una ajupa para guarecerse de una tormenta; los romanos hubieran dedicado este altar al dios de la tempestad, los cristianos lo construyeron á Aquella que apacigua el viento y adormece las olas. El día 8 de Setiembre, día del nacimiento de María, y el 15 de Agosto, día de su gloriosa muerte, se reúne en Nuestra Señora de Heas una prodigiosa muchedumbre de los valles vecinos. Al volverse, cada peregrino desprende un fragmento de la roca bendita, que cual si fuese una reliquia, lleva con gran respeto á su cabaña.

Las romerías de las montañas son pintorescas,

pero también cuán tiernas son las de las costas! Qué hermoso es un santuario de María, que parece mostrar el cielo con la punta de su campanario, cuando se le descubre desde alta mar sobre un alto promontorio! El marinero que lo saluda con tristeza al abandonar la tierra en donde deja á su esposa y á sus hijos, lo señala con éxtasis á su vuelta; este campanario le parece tan bello como la esperanza, y á las inquietudes que oprimen su corazón al tiempo de volver á ver á su familia que ha abandonado hace tantos meses, años tal vez, se mezcla no sé qué confianza religiosa que le hace creer que todo va bien, gracias á la protección de la buena Virgen. . . . Y es que tal vez Nuestra Señora le habrá libertado del naufragio á él y á su tripulación; y el primer cuidado de estas pobres gentes, al llegar á tierra, será ir descalzos, como en la edad media, á colgar en las paredes de la capilla marítima el *ex-voto* que le prometieran cuando el huracán rompía los mástiles y desgarraba las velas. *El vigia* de Dieppe, en su número de 3 de Octubre del año pasado, refería de este modo una de esas tiernas escenas que impresionan particularmente al pueblo á pesar de la impiedad de los tiempos. "Una ceremonia de un género verdaderamente patético ha tenido lugar ayer en la iglesia de Santiago. La tripulación del *lugre el Otoño* que sufrió una violenta tempestad el día 3 de Setiembre, lo creía todo perdido, cuando el maestro de pescas, Luis Courteur, tuvo el pensamiento de hacer un voto en nombre de todos sus compañeros á Nuestra Señora del Buen Socorro, patrona de los marineros. Apenas había acabado de pronunciarlo, cuando un rayo del sol, hiriendo de repente la oscuridad que los rodeaba, les volvió la esperanza y reanimó su abatido aliento. Aquel voto es el que la gratitud de aquellas honradas gentes cumplieron ayer en la capilla de Nuestra Señora del Buen Socorro. Todos los marineros de la tripulación libertada del naufragio llegaron descalzos, con la cabeza descubierta y vestidos con su traje de mar, trayendo sobre sus robustas espaldas el *ex-voto* rodeado de banderillas azules, y acompañados además de sus parientes, amigos, y de una gran muchedumbre al santuario de Nuestra Señora: una alocución llena de sensibilidad, les ha sido dirigida por el señor cura, quien después de la misa ha cantado el *De profundis* por el capitán y los cuatro marineros que perecieron en medio de las olas."

Nuestra Señora de la Gracia es una de las capillas marítimas más antiguas de Normandía: este santuario fué, según hemos dicho ya, construido á virtud de un voto que en una gran tempestad hizo un duque normando, muy devoto de la Virgen. El sitio de esta linda capilla rodeada de corpulentos árboles que nacen del medio de un césped esmaltado de flores, es tan bello y apacible como los frondosos y risueños paisajes de la magnífica provincia de que forma parte. Nuestra Señora de la Gracia viene á ser la fortaleza de Honfleur: desde la pequeña montaña que corona el templo, se descubre la embocadura del Sena, y más lejos el Océano con sus grandes olas de un verde oscuro, que recibe en

su seno las azuladas aguas del río. Dos caminos conducen á esta capilla; el uno áspero y pedregoso, y el otro suave y llano. En otro tiempo, los habitantes de Honfleur se dedicaron con empeño á hacer fácil y accesible esta pendiente, cubriéndola de fina y menuda arena, á fin de que una graciosa princesa que se había hecho amar en aquellas comarcas por su bondad generosa, pudiese subirla sin fatiga, al ir á ofrecer sus oraciones á la Santísima Virgen. El huracán de las revoluciones arrebató á la noble dama del mismo modo que arrastra el viento á la hoja de la rosa; pero aun existe el recuerdo de su caridad y benevolencia.

Un día, no hace mucho tiempo, masas compactas de espectadores cubrían la pequeña esplanada de Nuestra Señora de la Gracia; acomodábanse á los lados de la roca, subían á los árboles, y todos los ojos fijos hacia el mar, parecían buscar con ansia un objeto esperado. El entusiasmo era grande, pero religioso, y aun tenía algo de triste: las oraciones subían al cielo, y las lágrimas rodaban de los ojos; un navío pasó bajo la altura del templo, un navío empavesado de negro con un ataúd en el puente. . . . El clero hizo descender sobre él sus oraciones; todo el pueblo lloraba. . . . Aquel día no hubo capilla alguna de Nuestra Señora, situada en las orillas del Sena, donde una multitud de fieles no rogase por el alma del grande emperador; y Nuestra Señora de la Gracia fué invocada con ardor por aquel ilustre naufrago de la fortuna, muerto sobre un escollo, donde ¡oh miseria humana! flameaba el pabellón de Inglaterra.

A una media legua de Pornie, pequeño puerto de mar á diez leguas de Nantes, sobre una altura que domina el Océano, se levanta pintorescamente el pueblo marítimo y la iglesia de Santa María; esta iglesia, cuyo campanario anuncia una antigüedad muy remota, y en cuyo estrecho cementerio se halla el sepulcro de un cruzado, se tiene en gran veneración por los marineros bretones que vienen allí frecuentemente á cumplir sus votos. Cuando una embarcación bretona llega á pasar á la vista de la iglesia de Santa María, los marineros se quitan el sombrero y rezan el *Ave Maria*. Ningun paisano de la costa entra al mar para bañarse, sin primero sumergir la mano en las olas santiguándose devotamente y volviendo al mismo tiempo la cabeza hacia el santuario protector: los pescadores acosados por las tempestades que sobre las costas son más peligrosas que en alta mar, conservan la esperanza mientras pueden ver el campanario de la iglesia: ¡la Virgen los ve! Este pensamiento les impide desalentarse, y el valor es para ellos una prenda de salvación.

Cuando las altas y furiosas olas del Atlántico, impulsadas por un viento impetuoso, se adelantan rugiendo sobre las playas arenosas de la Guyana, y se retiran de la orilla arrastrando las piedras con ronc y horroroso ruido, si aparece sobre el horizonte marino alguna barca que lucha con todos sus esfuerzos contra la tempestad, es á Nuestra Señora de Arcachon á quien acuden las mujeres, las madres, los hijos de los marineros de la antigua Aquitania,

rogándole por aquel navío, que al llegar á la costa puede estrellarse y arrojar sobre la playa al cadáver de alguna persona que les sea muy querida. Esta capilla de María, en donde vienen á refugiarse nubes de gaviotas blancas que con sus agudos gritos anuncian la aproximación de la tempestad, está situada en un lugar agreste y solitario, que animan algunos bosques de pinos con su cima piramidal. Ya sean los marineros ó ya algunas pobres mujeres alarmadas, llegan á él con los pies descalzos, y repasando entre los dedos de sus callosas manos las negras cuentas de su rosario. Los numerosos *ex-votos* colgados en las antiguas paredes, indican que más de una oración ha sido oída y atendida por la Virgen Santísima.

Nuestra Señora de la Guardia, cuya capilla del siglo XIII está construida con piedra calcárea de un gris azulado, sobre la cima de una montaña desde donde se descubre el Mediterráneo con sus islas, su castillo de If y sus olas brillantes ó sombrías, recibe los últimos pensamientos y la última mirada del marino provenzal que se aleja de su patria. Allí es también donde se dirige cuando su buque vuelve al puerto después de haber viajado en las lejanas regiones del Levante. No es, pues, extraño ver á las gentes de aquellas comarcas subir á la montaña de rodillas, para dar gracias á aquella á quien llaman con una familiaridad italiana *la buena madre de la Guardia*, por haberlos salvado de los peligros del mar, de la peste ó de la tempestad. La Madona de la Guardia no solo es buena y caritativa para los marineros, sino que también es el ángel tutelar de la ciudad de Marsella, que en todas sus calamidades se dirige á ella con piadosa confianza. Cuando el cólera que asolaba y despoblaba á la Francia, se manifestó sobre el suelo provenzal; la antigua ciudad de los focios se arrodilló, cual si fuese un solo hombre, delante de su muy amada protectora que no la desamparó. Así para testificar su reconocimiento, la ciudad de Marsella acaba de consagrarle una magnífica estatua de plata maciza, trabajada admirablemente. ¡Este es un acto digno de tal pueblo!

En la isla de Córcega, Nuestra Señora de Lavasina, sentada á la vista de las azules olas del Mediterráneo, envía á sus peregrinos, lo mismo que á los buques cuyas velas se pierden en el horizonte, el perfume de sus naranjos, como una revelación graciosa de su presencia. Este santuario dedicado á la Natividad de María, fué largo tiempo desconocido, y los pescadores de coral que frecuentaban aquella hermosa parte de la isla, eran los únicos que venían á orar en él, hasta que, á mediados del siglo XVII, la Madona de Córcega hizo algunos milagros, cuya fama se extendió por toda la Italia. Entonces fué cuando la fábrica de su iglesia tomó mayores proporciones y fué enriquecida y adornada. Un gran concurso de fieles insulares se veía llegado el día de la función titular, todos descalzos y con un cirio en la mano; costumbre que aun hoy se practica con la misma devoción que antes. El cuadro que adorna esta iglesia, obra de un pintor italiano, representa á María todavía niña, y á quien

Santa Ana deja caer graciosamente un velo diáfano sobre la cabeza.

El origen de la célebre romería de Nuestra Señora de las Ermitas, la Loreto de la Helvecia, se remonta hasta los tiempos heroicos de Carlo-Magno. El santo que habitó primeramente en la ermita de Einsielden era un joven señor de Suabia, llamado Meinrad, y perteneciente á la ilustre familia de los condes de Hohenzollern. Dotado de aquel genio metitabundo que forma todavía el principal distintivo del carácter germánico, Meinrad, todavía en la adolescencia, se complacía en internarse en los espesos bosques que cubrían entonces el suelo de su patria, para ir á pensar á solas en Dios al rumor de las fuentes que brotan bajo la sombra de las viejas encinas. Sorprendíale con frecuencia la noche leyendo con atención las Santas Escrituras en un antiguo libro con manecillas de oro que había heredado de sus padres, ó meditando profundamente sobre los milagros y beneficios de la Virgen Santa. Su alma se inflamó en la soledad, y despreciando al mundo y sus falsos bienes, Meinrad emitió sus votos en la abadía de Reicheneau que dejó en seguida para fijarse en una pequeña ermita construida sobre la cumbre del monte Etzel. Allí pasó siete años; pero la fama de sus virtudes descendió al fondo de los valles: los pastores y los leñadores acudieron á él, y en seguida los señores y las nobles damas, para solicitar humildemente sus oraciones y sus consejos. Estos homenajes eran un tormento para el joven ermitaño, que no anhelaba otra cosa que la oración contemplativa y la paz de la soledad; así pues, una noche dejó furtivamente su ermita llevándose por toda riqueza la estatua de la Santa Virgen, único adorno de su capilla, y se refugió en un bosque del cantón de Schwytz que lleva el característico nombre de *Selva oscura*.

Treinta y dos años después, Meinrad fué asesinado por unos malvados, con quienes había partido el agua de su fuente y los frutos silvestres de su soledad; las aves del cielo persiguieron á los asesinos que sufrieron el castigo debido á su enorme crimen (1).

Después de la trágica muerte de Meinrad, su celdita, donde se obraban muchos milagros, quedó inhabitada por el espacio de casi medio siglo, al cabo del cual una pequeña sociedad de ermitaños vino á establecerse allí bajo la guía de San Bennon, de la casa ducal de Borgoña. De aquí tomó el nombre de Nuestra Señora de los Ermitaños. San Evarado consagró sus bienes que eran considerables á hacer construir en este paraje un monasterio, del que fué el primer abad.

La capilla de la Santísima Virgen, tal como era en tiempo de San Bennon, fué comprendida en la vasta iglesia del convento, de la que formó el coro la celdita de Meinrad. Los franceses destruyeron esta capilla que había resistido los furiosos ataques

1 Los asesinos fueron vendidos por dos cuervos que los siguieron sin cesar hasta Zurich; se abrieron paso al través de las ventanas de la hospedería en donde los asesinos habían entrado, y no los abandonaron sino después de haber sido testigos de su suplicio. Es en memoria de este acontecimiento que la abadía de Reicheneau, tiene dos cuervos en sus armas.

del protestantismo; pero Dios permitió que se salvara oportunamente la estatua milagrosa de la Virgen, la cual fué colocada otra vez en la iglesia de Einsiedlen en el año 1803 con mucha solemnidad, y en 1817 el templo recobró una parte de su magnificencia, gracias al concurso de los artistas mas distinguidos y á las abundantes limosnas de los fieles.

El monasterio de Einsiedlen no se levanta ya bajo un cielo benigno; su campanario, cubierto de nieve una buena parte del año, se delinea sobre nubes sombrías que anuncian dilatadas escarchas, á su pié se estiende un i tierra estéril en la que difícilmente llegan á sazonar algunas miserables cosechas, encuéntranse pocas y desabridas frutas, y los campos no tienen mas adorno que el de la linda flor de la patata semejante á la lila. Pero allí Nuestra Señora se complace en manifestar su poder, y el camino pedregoso de la montaña santificada se ve con frecuencia salpicado por la sangre mas noble de la Germania, porque mas de un conde del Imperio, mas de una noble dama de Alemania, se hacen un deber de subir descalzos á Einsiedlen; queda aun un poco de antiguo fervor de los valientes caballeros de Federico en la antigua Alemania. En cuanto á las poblaciones católicas de la Helvecia, nada iguala á su confianza en Nuestra Señora de los Ermitaños, y hasta en los cantones mas distantes existen muy pocas familias que se dispensen de esa antigua romería.

El primer objeto, cosa que llama la atención en la hermosa iglesia de Einsiedlen, dice un viajero francés que la visitaba en 1839, es la capilla milagrosa en la cual está espuesta la modesta imágen de la Virgen. Decíase allí la misa; y una gran multitud de fieles, hombres, mujeres y niños de todas clases y edades asistían al santo sacrificio, esperando con fervor llegase el momento de la comunión; otros se agolpaban en torno de los confesionarios; otros despues de haber comulgado oían en las capillas laterales la misa de gracia. Casi todos los cantones de la Suiza tenían allí algunos representantes. Veíanse las faldellines de Fribourg, la enagua corta de Guggisberg, el corsé adornado de agujetas de plata y el boton guarnecido de blonda negra de las mujeres de Berna; los moños blancos de Schwytz el collar de terciopelo de Schaffouse y la gorrita del Valois. En un grupo, del cual los demas peregrinos se apartaban con cierto aire de respeto, reconocemos las cintas, los schales y el porte elegante de las hijas de la Francia. Los hombres menos numerosos y vestidos con mas uniformidad, descubrian tambien su origen por ciertas diversidades de fisonomías. Podíanse reconocer, fácilmente á los franceses, alemanes, é italianos; pero la veneracion y el fervor eran iguales en todos ellos.

En una visita de devocion á la abadía de Einsiedlen, la hermosa reina Hortencia depositó sobre el altar de la célebre Madona Suiza un soberbio ramo de *hortensias*, hecho con gruesos diamantes. Aquella ofrenda era para resguardar la vida de un hijo, que habiendo venido al mundo al estruendo del cañon de Wagran, debió ser un día la mas be-

lla esperanza de la Francia. Volúmenes enteros se escribieron en Suiza sobre los milagros de la Virgen de Einsiedlen; entre todas esas narraciones maravillosas, solo hablaremos de una leyenda fantástica del siglo XVII que hemos encontrado en un libro bastante raro, impreso en Fribourg. Los suizos creen piadosamente en la autenticidad de esta estraña historia; los franceses pueden muy bien dispensarse de ello.

En una de aquellas inmensas salas de la edad media, cuyas paredes estaban adornadas con pinturas al fresco del género mas deforme, y alrededor de las cuales se veian esos bancos de piedra que solo se encuentran en los antiguos castillos feudales de Alemania, hallábanse reunidos varios gentiles-hombres que hacian circular el vino del Rhin en anchas copas. En lo mas animado del festin tudesco, y mientras que un jóven oficial decia mil extravagancias, introdujeron en la sala á un peregrino, que solo y descalzo se dirigia hácia Nuestra Señora de los Ermitas, y á quien la proximidad de una tempestad que hacia ya oír gemir sus sordos mugidos en los altos pinos de una selva vecina, obligaba á pedir hospitalidad. El señor del castillo se levantó de su asiento y condujo cortesmente á su nuevo huésped cerca de una vasta chimenea gótica, en la cual ardian robles casi enteros. Luego que hubo llenado este deber, Bertholdo, que así se llamaba el oficial, sin respeto á la austera presencia del viajero, siguió su insensata é impía conversacion, dirigiendo de cuando en cuando una mirada al soslayo al peregrino para conocer el efecto que producian en él sus audaces y ofensivas palabras; pero el rostro pálido y enflaquecido del santo hombre conservaba la inmovilidad del mármol. Concluido el festin, los convidados pidieron sus caballos para volver cada uno á su casa. "La noche está muy oscura, dijo el castellano al jóven incrédulo que tenia el honor de pertenecer á su familia; tú tienes que pasar por un desfiladero frecuentado por los espíritus errantes que corren el mundo durante las tinieblas para hacer el mal... Temo que vayas á tener algun desgraciado encuentro; creeme, quédate.

—Bah! respondió el jóven oficial que estaba al servicio de la Francia, yo no temo ni á Dios ni al diablo.

—Estais bien seguro de ello? dijo el peregrino con tono sombrío de burla que hizo estremecer á los demas.

—Tan seguro, honrado peregrino, que bebo á la salud de Lucifer, y le ruego me sirva de escolta, si está en disposicion de prestarme este servicio.

—Bien lo merecerias, respondió, poniéndose pálido el señor del castillo.

—Rogaremos por vos á Nuestra Señora, dijo el viajero, porque veo necesitareis de ello.

—Os dispenso de este trabajo, respondió Bertholdo, haciendo un saludo burlesco al peregrino. Algunos minutos despues se encontraba ya sobre su caballo, y talareando una cancion báquica, mientras descendia por la vertiente de la montaña que coronaba el castillo feudal.

La hora era ya muy avanzada, el silencio profundo y la soledad completa; la luna llena y solitaria brillaba de vez en cuando entre gruesos nubarrones negros, sobre un cielo sin estrellas, y en el que los relámpagos surcaban de un extremo á otro. Fuera cual fuese el motivo, el jóven militar dejó de cantar, pero sí continuaba en sus imprecaciones. Llegó, en fin, al paraje peligroso que habia indicado su pariente, y que llevaba el nombre bastante comun en Helvetia de *Camino del Diablo*. Era una garganta profunda, abierta entre las paredes rojizas de dos montañas; un lugar siniestro por el que el cabrero de los Alpes no se hubiera atrevido fácilmente á atravesar en la mitad del día. En aquella hora avanzada en que el silencio y la oscuridad hacen temibles las supersticiones, el jóven suizo, inquieto á cada momento, llevaba maquinalmente á la mano á la espada; despues, reprochándose este temor, se reía él mismo de su cobardía. "He conjurado solemnemente á Lucifer para que me sirviese de porta-antorcha, dijo el incrédulo, queriendo dar á su orgullo la satisfaccion de un falso valor; pero se hace el sordo... ó el infierno está vacío."

El trueno resonó entonces á lo lejos, y un dilatado relámpago, iluminando los bosques y las montañas, le hizo ver dos horrorosos enanos que se hallaban delante de su caballo. "Ah!" gritó el oficial sintiéndose palidecer; poco despues, recobrando toda su insolencia: "Lejos de aquí, canalla del infierno! exclamó agitandole fuertemente su espada; ¡dos miserables *bergmaennlein* [enanos]! solo podrán espantar á un vaquero de los Alpes!"

Desaparecieron los enanos, y el galope de dos caballos que con la celeridad del viento bajaban al declive casi vertical de la montaña, hizo voltear vivamente la cabeza á Bertholdo. Eran dos caballeros cubiertos de armas negras y montados sobre dos caballos del mismo color. Sus ojos brillaban como carbones hechos ascuas al traves de sus viseras bajadas; en su brazo estaba atada con una cadenilla de acero pulido, el *morgenstern* de la antigua Alemania, una maza de combate guarnecida de grandes puas de hierro, y que parecían rojas de sangre humana; mientras que unas llamas de fuegos fátuos jugueteaban á manera de garzotas sobre sus negros cascos.

Los sombríos caballeros se colocaron en silencio á los lados del pálido oficial; arrebataron las riendas de sus trémulas manos, y los tres caballos partieron con la agilidad del viento; las montañas desaparecian unas tras otras; chispas de lumbre saltaban de las piedras, la distancia apenas se percibia, cuando ya estaba devorada. Los frágiles puentes de ramas bajo de los cuales rugían las cataratas, y donde el atrevido cazador de gamos apenas se atreve á poner los piés, los atravesaban con pasmosa celeridad. Llegaron así á las regiones de las nieves perpétuas, y los caballos, redoblando su furia, se dirigieron hácia un abismo en el fondo del cual rodaba, á una profundidad vertiginosa, un torrente cuyo ruido apenas era perceptible. De repente, de en medio de estas tenebrosas aguas enroje-

cidas por fuegos subterráneos que se dejaban ver de cuando en cuando, una multitud de voces huecas y roncacas se hicieron oír: "Venganza! venganza! gritaban; que se nos entregue al seductor, al falso amigo, al duelista!

—Os lo traemos ya! respondieron los caballeros agitandole sus pesadas mazas de combate.

Un sudor helado corria por la frente de Bertholdo; sus cabellos se erizaban de espanto, y sus facciones estaban contraídas por el calofrio del horror; porque entre estas voces acusadoras habia acentos que le eran muy conocidos, voces que le llegaban á el alma; el remordimiento comenzaba á hablarle mas alto que el temor.

—Venga con nosotros el jugador desenfrenado, el maldiciente, el perjuro, el blasfemo! gritaron las voces del abismo.

Los tenebrosos guias de Bertholdo, riéndose dentro de sus cóncavos cascos con risa estridente, metálica, que hacia estremecer, respondieron á las voces del abismo: "Aquí lo traemos!"

—A nosotros el impio!

—Lo traemos! gritaron otra vez los caballeros negros.

Bertholdo pensó perder el espíritu por el pavor.

Ya los tres viajeros tocaban el extremo de una roca tajada, bajo de la cual se abria el abismo de donde tan imperiosamente reclamaban al gentil-hombre helvético; un segundo mas y era perdido! Pero he aquí que de repente los dos caballeros se detienen en medio de su furioso galope, y quedan inmóviles como dos estatuas ecuestres de mármol negro. El ligero sonido de una campana venia á morir sobre la helada roca; era el oficio de media noche que tocaban en Nuestra Señora de Einsiedlen. Bertholdo comprendió en ese instante que la influencia de Maria habia paralizado el terrible poder que lo arrastraba á los infiernos, y santiguándose con precipitacion, se encomendó ardentemente y con sinceridad á la Madona protectora, que así parecia intervenir entre él y el castigo ejemplar que compungido confesaba haber merecido. Cesó el tañido de la campana, y el jóven oficial sintió una horrible opresion de corazon viendole á los dos caballeros agitarse violentamente sobre sus negros corceles: mas la voz del arrepentimiento habia llegado hasta el trono estrellado de Maria, y las fantasmas, despues de hacer un ademán de despecho y de rabia se precipitaron en el abismo, dejando á Bertholdo en el borde de él. La luna desempañada de las nubes que poco ha la cubrian, brilló como una lámpara de oro en lo alto de la bóveda del firmamento, alumbrando magníficamente el paisaje: el oficial advirtió con indecible sorpresa, que se hallaba sobre una de las mayores alturas del Rigi, de donde tuvo mil trabajos para descender. Algunos días despues, el jóven señor con asombro de sus compañeros de placeres, se dirigia descalzo á Nuestra Señora de las Ermitas, y hacia voto, en expiacion de sus orgías, de que ninguna otra bebida pasaria por sus labios que no fuese el agua pura de las fuentes.

En un rincón ignorado en el canton de Un-

terwald, en la orilla de un sendero que al modo de una serpiente, ondula entre los fragmentos caídos de que está cubierto el flanco de la montaña; en el paraje mas estrecho en donde el caminante, contemplando á sus piés los mas profundos precipicios, y sobre su cabeza peñascos enormes que parecen desgajarse sobre él, se adelanta como entre dos amenazas de muerte, se encuentra un pequeño oratorio abierto y adornado con sencillas pinturas que representan á la Virgen Santísima. Colocada así esta dulce imagen, lejos de toda habitacion y de todo socorro humano, ha recibido el nombre de Nuestra Señora del Pasajero. Este lugar, frecuentemente maldecido, llamábase en un tiempo ya remoto, el *Pasillo del Diablo*. Despues de haberse buscado en vano los medios de hacerlo mas seguro, se pensó en construir allí una capilla y colocar una imagen santa para que nadie se olvidase, cualquiera que fuese el temor ó el peligro, de invocar á María ni de hacer la señal de la cruz. Pero ¿dónde hallar obreros bastante atrevidos para ejecutar tal proyecto? Sin embargo, se presentaron algunos que despues de haber fortificado su corazon con la piedad, por medio de la asistencia al santo sacrificio de la misa, se reunieron en aquel paraje; y la Madre de Dios, queriendo manifestar á estos piadosos obreros que su resolucion en arrostrar los terrores supersticiosos y los peligros reales le era agradable, detuvo los peñascos vacilantes con hilos de la Virgen, amarrados á los tallos de la yerba y al musgo de las rocas. "Desde aquel tiempo, dicen los suizos de Unterwald, el paraje es muy seguro, ni de dia ni de noche hay ningun accidente; Nuestra Señora es tan buena, que protege á todos los caminantes, aun á aquellos que no la visitan en su capilla ni quieren honrarla (1).

La romería de María-Zell en Austria no cede en celebridad á la de Nuestra Señora de Ennsieden. Su fundador, cuyo nombre se ha perdido, era un religioso de la abadía de San Lamberto, que vino á establecerse hácia la mitad del siglo XII, en el valle de Affenz, á fin de convertir á la fé algunas poblaciones de Carinthia que aun eran idolátras. Ese piadoso misionero aleman llevaba consigo una pequeña estatua de la Virgen tallada en madera de tilo, la cual espuso á la veneracion de sus neófitos sobre el tronco secular de un árbol caido, á falta de otro pedestal. Los pastores de Carinthia abrigaron mejor aún á la pequeña imagen, construyéndole una choza semejante á la de los leñadores, y vinieron á bandadas á orar en aquel pobre recinto, donde sus sencillas súplicas eran oídas con frecuencia de la poderosa Virgen.

Tal fué el humilde origen de esa famosa romería, cuyos actuales peregrinos son príncipes y emperadores. En el año 1220, Enrique, margrave de Moravia, y su consorte Inés, en reconocimiento de una cura milagrosa obtenida por intercesion de María, hicieron construir la capilla de piedra que se vé en medio de la iglesia, y cuyo altar recibió la imagen que hasta entonces habia permanecido

1 Véase Mr. Veuillot, *viaje en Suiza*, 1839.

sobre el tronco del árbol. Luis I rey de Hungría, despues de una victoria inesperada sobre los tarcos, hizo construir la iglesia que rodea la capilla. Los musulmanes llegaron á María-Zell en 1530; pero en el momento en que su jefe dirigia la punta de su lanza contra la milagrosa imagen de la Virgen, quedó ciego, y sus soldados espantados emprendieron la fuga. Los emperadores Matías, Fernando II, Fernando III y Leopoldo I, fueron en peregrinacion á María-Zell. María Teresa hizo allí su primera comunión en 1728; el emperador Francisco fué tambien en 1814, y el actual, que no es menos devoto de María que sus antepasados, ha hecho tambien esta romería con la emperatriz y parte de su corte. Una ofrenda magnífica de piedras preciosas ha demostrado la munificencia de los dos ilustres peregrinos, que iban á implorar la proteccion de la Reina del cielo para gobernar á sus pueblos con sabiduría y paternal cariño, del mismo modo que lo hicieron sus gloriosos y católicos predecesores.

En las orillas del mar de Iliria, á trescientas cincuenta toesas sobre su nivel, se eleva una montaña que lleva el nombre de *Monte-Santo*; en la cima de esta montaña hay un monasterio de franciscanos, en el cual se venera la milagrosa imagen de Santa María de Castagnavizza; el rey Carlos X, príncipe benéfico y monarca piadoso, descansa allí bajo la guarda de la celeste protectora de la Francia. Tal vez un dia, cuando las pasiones borrascosas hayan calmado, concederán seis piés de tierra francesa al descendiente de S. Luis, de Enrique IV y de Luis XIV.

En el palatinado de Kalisk, en Polonia, ecsiste una pequeña ciudad tambien sobre una altura, en una situacion muy defendida, y cuyas fortificaciones á la moderna, elogiaba un viajero que recorria este reino por el año de 1750. Esta ciudad, custodiada siempre por compañías de ordenanza, era la de Czenstochowa, mucho mas célebre por su abadía de los *Padres de la Muerte* ó religiosos de la congregacion de San Pablo, en la que habia una imagen milagrosa de María, que por ninguna otra cosa: los polacos y los extranjeros acudian á este santuario, donde cada peregrino rico dejaba magníficas ofrendas. Ademas de la imagen de la Virgen que los religiosos aseguraban ser el verdadero retrato del de María, hecho por San Lucas, opinion un poco aventurada por cierto, esponian á la veneracion de los fieles una reliquia, en cuya autenticidad podia caber menos duda; era la mesa en que acostumbraba comer la Santa Familia. Centinelas polacos hacian guardia de honor á las puertas del santuario de Nuestra Señora de Czenstochowa, y en diferentes lugares del monasterio: flores frescas cogidas en cada mañana se deponian á los piés de la Santa Virgen; pero toda la gracia sencilla y dulce del culto de María, no podia impedir que se sintiese en esta santa capilla una especie de pavor religioso que helaba la sangre. Las catacumbas, con sus lúgubres decoraciones de osamentas humanas, no eran mas espantosas que estos monges, semejantes á unos espectros que llevaban sobre sus

hábitos negros cabezas de muerto con dos huesos en cruz, tal como se ven en los paños mortuorios (1), y que tenian pintadas calaveras en diferentes parajes de su iglesia. Esta devocion á la Virgen de Czenstochowa, ha sido trasplantada á Francia por los polacos de nuestros dias. Una piadosa familia polaca, que habitaba en las cercanías de Paris, movida por un sentimiento semejante al que impulsaba á la viuda de Héctor á dar el famoso nombre de Simois á un oscuro riachuelo de Epiro, concibió la idea verdaderamente tierna de inaugurar la imagen de la Virgen tutelar de la Polonia en una vieja encina del bosque de San German. El dia 13 de Agosto de 1840, á presencia de una numerosa concurrencia de polacos de ambos sexos, un sacerdote de la misma nacion consagró la imagen santa en el hermoso árbol que se habia escogido por templo, á falta sin duda de oro para construirle uno mejor: despues de la consagracion, todos se arrojaron sobre la yerba y rezaron las letanías de la Virgen, con una voz llena de emocion y entrecortada por las lágrimas; en seguida se oró por los muertos y por la patria ausente; pidieron al cielo dias mas felices, y cada uno se retiró despues de haber fortificado su espíritu con el sentimiento religioso que nos hace soportar con resignacion los mayores males.

La Bélgica se ha distinguido siempre entre los demas países de Europa, por su tierna piedad hácia María; de sus numerosas romerías solo citaremos la de Nuestra Señora de Hall, de la que Justo Lipse, uno de los sabios mas distinguidos del siglo XVII, nos ha dejado una interesante descripcion.

Nuestra Señora de Hall, situada en una bella ciudad rodeada de un agradable y fértil paisaje regado por el Senne, es en esta tierra tan católica de los antiguos Países Bajos donde las iglesias son magníficas, una de las mas hermosas. La estatua de la Virgen es de madera y coronada de finísimo oro; en una mano sostiene á su Hijo divino, y con la otra tiene un lirio, esa linda flor, emblema de la castidad, que los habitantes de los Pirineos llaman poéticamente *Andredana Maria arrosa* [rosa de la Virgen María]. Anteriormente llevaba sobre el pecho seis gruesas perlas con un bello rubí en el centro. Doce ciudades ó villas que habian experimentado la influencia benéfica de su proteccion, se habian encargado de sus vestidos. El primer domingo de Setiembre sus diputados le llevaban doce trages magníficos en testimonio de gratitud y de adhesion. En este dia se hacia una procesion solemne, en la cual los diputados de las doce ciudades paseaban en triunfo la imagen en toda la ciudad de Hall y sus suburbios. Los habitantes de Lieja acostumbraban tambien venir anualmente en procesion el dia de Pentecostés (2).

Varios príncipes han contribuido para el adorno y riqueza de este santuario. Segun Justo Lipse, se ven sobre el altar los doce apóstoles, y en las estrechidades dos ángeles con cirios, siendo todo de plata.

1 Historia de las órdenes monásticas, tom. III, cap. 44.

2 *Diva virgo Hallensis*.—Millot, *Hist. de los Trobad.* tom. I, pág. 467.

Ninguna iglesia ofrecia tan gran número de lámparas, de cotas de armas, de estandartes, de cruces, de cálices, de figuras diversas de oro y plata. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, le habia donado entre otros ricos presentes, una segunda imagen de la Virgen, con un caballero y un soldado de plata, ambos armados de todas las piezas. Carlos su hijo le regaló un halcon de plata: el emperador Maximiliano enriqueció este santuario con un árbol de oro; Carlos V con una cota de armas y el papa Julio II con una lámpara de plata. A la derecha se veian las estatuas del emperador Maximiliano, de Alberto duque de Sajonia, y la de uno de sus cortesanos puesto de rodillas. Sobre sus cabezas estaban colgados los estandartes, de los cuales los vencedores habien hecho homenaje á María, y ademas una ofrenda de plata dorada de un peso considerable, dada por Enrique VIII, rey de Inglaterra. El mismo Justo Lipse no contento con haber escrito cuidadosamente la historia de Nuestra Señora de Hall, suspendió su pluma de plata delante de la imagen de la Virgen.

Despues del Santo Sepulcro y de San Pedro de Roma, no ecsiste en toda la cristiandad una romería mas famosa que la de la *Santissima casa di Loreto*. La santa casa de Nazaret fué venerada de los cristianos aun desde en tiempo de los apóstoles, y la emperatriz Santa Elena la rodeó de un templo que llevó el nombre de Santa María. Bajo la dominacion de los califas árabes, una multitud de peregrinos francos iban á adorar á Dios y rendir honor y veneracion á su santa Madre en aquella sencilla y pobre morada, en que Jesus y María habian llevado por tan largo espacio de tiempo una vida laboriosa y retirada; pero cuando los turcos seldjucidas hubieron subyugado á sus antiguos señores, los peregrinos europeos que se aventuraron á penetrar en la Siria para visitar á Jerusalem y á Nazaret, sufrieron tan barbaros tratamientos, que su relacion, inflamando de enojo á todo el Occidente, le precipió entero sobre el Asia.

Cuando Godofredo de Bouillon fué proclamado rey de Jerusalem, Tancredo, cuyas altas proezas ha cantado el Tasso, fue nombrado gobernador de la Galilea, y este príncipe que era muy devoto de María, lo probó aun mas en las suntuosas ofrendas con que enriqueció la iglesia de Nazaret.

Despues de la desastrosa expedicion de San Luis, aquel rincon de tierra que se le miraba como la cuna del cristianismo, fué defendido palmo á palmo por los valientes caballeros del Temple, que vertian lágrimas de rabia y de sangre á la vista de los Santos lugares profanados por los sarracenos.

La Galilea emblanquecida con las osamentas de los guerreros latinos, habia caido en poder de los musulmanes. "No quiso Dios, dice el padre Torseolini (3), que la Santa Casa de María quedase espuesta á las profanaciones de los bárbaros, y la hizo trasportar por medio de los ángeles á la Esclavonia y de allí á la Marca de Ancona, en medio de un bosque que pertenecia á una piadosa y noble

3 Historia Lauretana, cap. 2 pág. 6.

viuda llamada *Lauretta*. Corrió la voz, añade el mismo autor, de que á la llegada de la Santa Casa, los antiguos árboles del bosque italiano se inclinaron en señal de respeto, y que se conservaron de esta manera hasta que por los vientos, el hacha y la vejez cayeron abatidos en el suelo.

La iglesia de *Loreto*, una de las mas bellas de Italia, ha sido magníficamente adornada por los papas que frecuentemente han ido á ella en romería, lo mismo que el comun de los fieles. Tres puertas de bronce cincelado dan entrada al santo templo, en el centro del cual se eleva la *Santa Casa* revestida de mármol blanco, donde se ven esculpidos magníficos bajos relieves, cuyos dibujos hizo el Bramanti, y ejecutaron Sansistorino, Sargallo y Bardinelli.

La milagrosa estatua de la Virgen tiene treinta y dos pulgadas de alto; está tallada en madera de cedro, cubierta de riquísimas vestiduras y colocada sobre un altar resplandeciente de piedras preciosas (1). Dáse por cierto que el nicho que ocupa se halla cubierto de planchas de oro (2). Delante de ella arden continuamente un gran número de lámparas de plata maciza.

La sala del tesoro no ostenta ya las riquezas que podrian pagar el rescate de toda la Italia; pero aun hoy recibe dones magníficos de los príncipes y de los Papas. Entre esos piadosos donativos se nota un viril de oro guarnecido de diamantes, un cáliz y un incensario ofrecidos á la Madona por el emperador Napoleon; un cáliz adornado de rubíes y de aguas marinas ofrecido en 1819 por el príncipe Eugenio Beauharnais; otro cáliz adornado de brillantes por la princesa de Baviera su esposa; una gran cruz de oro y de diamantes y una corona de ametistas, rubíes y diamantes ofrecidos en 1816 por el rey y la reina de España cuando su peregrinacion á *Loreto*; un ramillete de diamantes ofrecido en 1815 por María Luisa, hermana del rey de España, reina de Etruria y duquesa de Lugo; un inmenso corazon de oro purísimo con una piedra preciosa en el centro, suspendido por una cadena de esmeraldas y ametistas, presente hecho á la Madona por el emperador de Austria. Imposible seria enumerar las piedras preciosas y los ricos dones de todas clases hechos por príncipes y reyes, bajo el sencillo título de *dono di una pia persona*, en el registro que contiene el nombre de los bienhechores *della Santa Casa*.

Las hermosas letanias de Nuestra Señora de Loreto, fueron el *ex-voto* que un célebre compositor florentino de los primeros años del siglo XVIII, ofreció en reconocimiento y conmemoracion de un milagro que obró en su favor la Santísima Virgen. Este compositor llamado Barroni, como Bethoven, perdió de repente el oído, y despues de haber agotado inútilmente todos los recursos del arte, invocó el de María y partió en peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto. Allí despues de haber

1 "El altar de la Madona está resplandeciente de oro y de piedras preciosas." (*La Italia*, por Lady Morg., tom. III, cap. 25.)

2 "La vaga nicchia è ricoperta di lame d'oro." (Don Vincenzo Murri, *Historia della Santa Casa*.)

rezado con fé, halló el alivio de su ardiente gratitud por la Santa Madona, improvisó un coro en alabanza suya, el cual con el nombre de *Litania della Santa Casa* fué ejecutado por primera vez el 15 de Agosto de 1737. Esta letanía se repetía despues todos los años en la fiesta de la Madona; Rosini, que pasaba una vez por Nuestra Señora, quedó encantado de la dulce armonia de esta sencilla cantinela, y la introdujo, segun se dice, en su *Tumredi* (3).

Los papas se han complacido en manifestar su respeto por María haciendo de su milagroso santuario de *Loreto* el objeto de su mas devota solicitud. El papa Pio V ofreció á la *Santa Casa* dos estatuas de plata de San Pedro y de San Pablo; hizo aun mas, sacó de su cauce natural un rio, cuyas aguas perezosas y en algunas partes estancadas, y corrompidas, enviaban exhalaciones malas hasta la colina donde se habia formado una pequeña ciudad á la sombra de la magnífica Iglesia de María. Gregorio XIII fundó un colegio para los jóvenes ilirios en el recinto mismo de *Loreto*, como para consolar á los pobres Dálmatas de la pérdida de la Madona que no se habia detenido en su país sino para tomar mejor su vuelo hasta las riberas de Italia. Sixto V fundó el orden de los caballeros de Loreto, consagrados especialmente á defender el litoral del Mediterráneo italiano contra las expediciones de los berberiscos. Benedicto XIV, con una generosidad verdaderamente perseverante embelleció este santuario, donde Pio VII despues de su cautiverio vino á arrojarse antes de entrar en Roma, y donde dejó, como en señal de su paso, un soberbio cáliz de oro con esta inscripcion: *Pio VII, soberano pontífice, vuelto á la libertad el día de la Anunciacion, ha dejado á Loreto este recuerdo de su devocion y de su gratitud*" Su Santidad Gregorio XVI hizo igualmente su romería á Loreto.

En España se ha consagrado al culto de la Virgen de Monserrate, á diez leguas de Barcelona, un monte aislado; y que era, segun el gran naturalista Humboldt, el grande atlas de los antiguos, al pie del cual el hermoso reino de Valencia ostentaba las manzanas de oro del jardin de las Hespérides. Esta montaña que á su forma extraordinaria debe su nombre de *Monte Serrats* (montaña aserrada), parece compuesta de diversas rocas que la hacen aparecer como dividida y cubierta de conos espirales ó de estremidades de pinos, de tal modo dispuestas que á lo lejos parece ser obra de los hombres. A alguna distancia asemeja ser un gran grupo de grutas y de pirámides góticas; de cerca cada cono parece el solo una montaña, y todos ellos terminados por agujas ó pitones forman un gran ruido cuando sopla un viento fuerte, y que juntos componen una masa enorme de cerca de cinco leguas de circunferencia. Probablemente esta singular configuracion es la que hizo inventar la fábula de los gigantes, que habian amontonado montañas sobre montañas para escalar el cielo.

3 *Gazeta musical*.

Sobre una meseta de esta célebre montaña es donde se construyó el soberbio monasterio dedicado á la Virgen Santísima, y el cual es objeto de una de las mas célebres romerías de la cristiandad. Una inscripcion del año 1239, que se conserva en el convento bajo un gran cuadro de la misma época, contiene la crónica de su fundacion en estos términos: En el año 808 bajo el gobierno del conde de Barcelona, Geofredo el Velludo, tres jóvenes pastores que observaron una noche descender del cielo un gran resplandor, oyendo al mismo tiempo en los aires los acentos de una música melodiosa, corrieron á noticiarlo á sus padres. El baillo y el obispo de Manresa vinieron con todas aquellas personas al lugar indicado y observaron igualmente el resplandor celestial: despues de andar buscando por algunos escarpados riscos descubrieron la imagen de la Virgen, la cual quisieron trasportar desde luego á Manresa; pero llegando al sitio en que se halla actualmente el monasterio, no pudieron pasar mas adelante. Este prodigio indujo al conde de Barcelona á construir allí mismo un convento de mujeres, á cuyo efecto sacó las religiosas de la abadía real de *las Puellas* de Barcelona; siendo la primera abadesa de Nuestra Señora de Monserrate su hija Richilda, que tomó posesion hacia el año de 895. Aquella comunidad de religiosas subsistió hasta 976, en cuya época Borrell, conde de Barcelona, previo el consentimiento del papa, entregó á los benedictinos el monasterio de Monserrate.

El convento de que hablamos es un grande y noble edificio situado sobre un plano muy estrecho y replegado á la montaña; encima se adelantan enormes peñascos que parecen siempre próximos á caer: el monasterio está defendido por lo escarpado de la montaña, como si fuesen fortificaciones naturales, y por la parte accesible, por seis fuertes y bien construidas torres. Ademas del convento y de la iglesia de Nuestra Señora, el recinto fortificado contiene un hospicio para los viajeros, un hospital y una enfermería. La iglesia de Monserrate no tiene sino una sola nave lo cual no impide que sea bastante espaciosa: las sillas del coro son de un trabajo verdaderamente esquisito. La imagen de la Virgen tiene el rostro casi negro como la de Toledo, la de Guadalupe y otras muchas que se ven en España; su aspecto representa una edad ya avanzada; pero aun que muy morena, su rostro es muy agraciado: está sentada en un sitial construido en figura de trono, y tiene en su mano derecha un globo de donde sale una flor de lis, mientras que la otra sostiene al niño Jesus sentado sobre sus rodillas, bendiciendo con su mano derecha y teniendo en la otra un mundo con su cruz.

Los habitantes de la montaña divididos en cuatro clases, á saber: los monjes, los ermitaños, los acólitos, y los hermanos legos, se suceden sin interrupcion en sus oraciones. La disposicion del sitio es tal que desde muchas ermitas se oye el canto de la iglesia; y el sonido de las campanas de diferentes ermitas, repetido por el eco, se corresponde en los recodos y en las fragosidades de la montaña. Desde las alturas de Monserrate, se descubren los dos rei-

nos de Murcia y Valencia y hasta las islas Baleares, lo cual forma el mas bello panorama del mundo.

Los príncipes y aun los reyes de España han subido á pié con frecuencia el sendero montuoso que conduce al altar de María, y un sin número de cautivos venian á colgar en sus paredes las cadenas que llevaron entre los moros. San Ignacio de Loyola antes de consagrarse á la religion fué allí á hacer *la vela de las armas*, segun los usos y costumbres de la antigua caballería, pues que el santo se hallaba fuertemente afectado del espíritu de su época. Despues de haber pasado la noche en oracion y de haberse consagrado solemnemente á María en calidad de caballero suyo, segun las ideas de que hemos dicho estaba poseido y bajo cuya impresion, segun dice su historiador el padre Bouhours, concebía las cosas de Dios, colgó su espada en un pilar próximo al altar, en prueba de que renunciaba á la milicia del siglo; y despues de haber comulgado muy temprano, partió de Monserrate.

Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza es una de las mas antiguas y magníficas romerías de España. El rey Fernando, poco antes de su muerte, la hizo en compañía de la reina Cristina, y despues de haber orado devotamente, como reyes católicos, delante de la venerada imagen de la Virgen de Zaragoza, le dejaron al retirarse pruebas de su real munificencia.

La catedral dedicada á María es un gran navio de quinientos piés de largo con tres naves muy espaciosas y un sinnúmero de capillas. Viajeros modernos alaban mucho estas capillas, en cuyas paredes de mármol y de jaspé están colgados *ex-votos* de oro, de plata y de piedras preciosas; sus lámparas del mismo metal proyectaban unas claridades de tal modo deslumbradoras sobre los muros tapizados de objetos brillantes y preciosos, que al rededor de la estatua, asimismo resplandeciente de pedrerías, producía una especie de vértigo de óptica que la hacia desaparecer casi del todo en medio de aquel reflejo extraordinario que formaban las luces, el brillo del oro, los fuegos de los rubíes y los destellos de los diamantes. El adorno de la Virgen, colocada sobre una columna de jaspé que puede tener tres piés de altura, estaba valuado entonces en muchos millones.

Una romería muy célebre tambien en España es la de *Nuestra Señora de Guadalupe*. El padre Mariana asegura que esta imagen que era ya célebre en el siglo IV, fué enviada por el papa Gregorio el Grande á San Leandro obispo de Sevilla. El rey D. Alfonso, en 1340, dotó este santuario y lo reunió á su dominio privado. Cuarenta y nueve años despues D. Juan I hizo cesion de él á unos monges gerónimos, agregándole el señorío de una villa que se habia formado no lejos de allí. El convento, que tomó el nombre de *Santa María*, está situado en el centro de la ciudad actual, y como los tiempos eran poco seguros en la época de su fundacion, parece mas bien una soberbia ciudadela que un pacífico monasterio. En él se encuentra una enfermería para los pobres, un hospicio para los extranjeros, dos colegios y hermosos claustros.

En 1389, el célebre arquitecto español Juan Alfonso, comenzó la iglesia que tiene tres naves, cuyas paredes están adornadas de *ex-votos* magníficos, comprobando, dicen los españoles, mas de tres mil milagros auténticos de la Santísima Virgen. La imagen de María está sobre el altar, que hace pocos años se veía alumbrado con mas de cien lámparas de plata maciza; está vestida de blanco y tiene al divino niño en sus brazos. La reina Dona María, mujer de D. Juan II, su hijo D. Enrique y algunos otros príncipes, escogieron sus sepulcros en esta iglesia, la cual se ve todavía decorada con excelentes cuadros de los celebres artistas españoles Zurbarán y Jordan.

El culto de Nuestra Señora de Guadalupe atravesó el Océano y se estableció por medio de milagros en México, país enteramente consagrado á la madre de Dios. Una relacion impresa en Roma en 1785, refiere que un indio recién convertido al cristianismo, que todos los sábados hacia el viaje á México distante ocho millas de su pueblo, por oír misa en honor de la Virgen Santa, tuvo una aparición milagrosa sobre una colina que antes habia tenido gran fama entre los mejicanos idólatras, que la llamaban *Tepeyac* y la habian dedicado á la *Tonantzín*, la madre de los dioses. Un sábado 9 de Diciembre del año 1571, pasando el piadoso Diego al pié de aquella colina oyó una dulce armonía que la tomó desde luego por el canto de los pájaros; pero que habiéndola escuchado mas detenidamente no pudo menos de atribuirlo á los ángeles. Sobre el *Tepeyac* se posaba una nube radiosa que reflejaba los mas bellos colores, y de la cual salió una voz dulce que llamó al piadoso mejicano por su nombre. Admirado y no pudiendo comprender tan maravillosa aventura, Diego sube la colina, y al llegar á la cumbre, una mujer de una majestuosa belleza se ofrece á sus atónitas miradas: del brillante ropaje de aquella matrona salian olas de luz, que reflejándose sobre las rocas del rededor parecia haberlas trasformado en piedras preciosas. La Santísima Virgen, pues ella era, dijo á Diego queria se le construyese un templo sobre aquella pequeña montaña, y se le llamase *Nuestra Señora de Guadalupe*, y añadió que fuese á informar de ello á Juan de Zumárraga, que á la sazón era obispo de México. El prelado escuchó en silencio al indígena mejicano, y le despidió diciéndole que era necesaria una garantía positiva de la veracidad de su relacion y un signo mas seguro de la voluntad del cielo. Instruida por su enviado del resultado de su embajada, la Virgen le ordenó que subiese á la cima de la montaña, y que cortase algunas rosas de las que allí encontrara. No era la estación de las flores, y ademas en estas rocas no se habian producido nunca sino espinas y abrojos; pero Diego obedece sin replicar, y su fé fué pronto recompensada, pues se vió rodeado de flores las mas perfumadas y hermosas, que recogió en su *tilma*, especie de mandil hecho de un tejido grosero de esparto: vuelve á la Virgen, quien le manda vaya á presentar al obispo aquellas flores: "*Esta vez te creerá,*" dijo María sonriéndose.

Diego volvió al palacio episcopal, donde el olor que esparcian las flores que llevaba ocultas, llamó la atención de los familiares del obispo; obligan á Diego á dejárselas ver y quieren cogerlas, pero ¡oh sorpresa! las flores se han estampado en el lienzo: ya no son mas que rosas y lirios pintados. Llega el obispo, y abriendo Diego los pliegues de su *tilma* perfumada de un olor celestial, se descubre con profundo asombro que las flores al estamparse han formado una deliciosa imagen de María. El prelado despues de haberse prosternado, desprende la *tilma* del pecho del mexicano venturoso y la coloca en su capilla particular, esperando que se le erigiese otro santuario, que desde luego se empezó á construir en el mismo lugar designado por la Santa Virgen. Una vez construido se la transportó á él, donde hizo muchos milagros, llegando con esto á ser la mas célebre Virgen de la América.

No pudiendo el nuevo santuario contener la multitud que acudia de todas las provincias de aquel país, se pensó en el año de 1695, edificarle otro. El arzobispo de México, D. Francisco de Aguiar y Seixas, puso la primera piedra de la espléndida colegiata que se admira hoy: gastáronse 2,270,000 libras. El día 1º de Mayo de 1709 se trasladó al nuevo templo la imagen veneranda de María, colocándola sobre un trono de plata, valuado en 80,000 pesos.

Los dones se multiplicaron de día en día, y así en proporcion fueron levantándose ricos altares de bello mármol, y enriqueciéndose el tesoro con vasos preciosos. La lámpara grande de plata sobredorada pesa mucho mas de seiscientos veinte marcos, y el trabajo sobrepuja con mucho á la materia. Ciñe el presbiterio del santuario una balaustrada de plata que se prolonga hasta el coro, que segun la costumbre española ocupa el centro de la iglesia. Esta primera balaustrada, está seguida de una segunda labrada de una madera preciosa y adornada de un número de figurillas de plata de un trabajo esquisito. Un virey de México, D. Antonio Maria de Bucarelli, rodeó la imagen con un marco de oro macizo, y enriqueció el altar con doce candeleros del mismo metal. En 1749, se fundó un cabildo para el servicio de este santuario. México se consagró solemnemente á Nuestra Señora de Guadalupe, instituyéndose una fiesta anual que se celebra el día 12 de Diciembre, bajo el rito de primera clase, y con una octava privilegiada. Benedicto XIV estendió esta fiesta á todos los Estados del rey católico; y una pequeña ciudad se levantó al rededor del magnífico santuario. Guadalupe es para la América lo que Loreto para la Europa. La imagen representa una Concepcion Inmaculada, y bajo de ella se lee esta inscripcion: *Non fecit taliter omni nationi*; palabras que se atribuyen al mismo Pontífice que sancionó el prodigio de la Aparicion.

Nuestra Señora de Lampadouze, colocada sobre un islote desierto al modo de un faro entre Malta y Africa, pero cuya lámpara alimentada por turno, ya por los cristianos, ya por los musulmanes, quedó perpetuamente encendida durante siglos enteros;

Nuestra Señora del Monte-Nero que domina á Liorna, y cuya iglesia frecuentada por un número inmenso de peregrinos y entapizada de *ex-votos* se refleja en las ondas de ese bello mar de Toscana, donde las jóvenes italianas van á arrojar en las vísperas de la fiesta de la Madona las guirnaldas de flores que ofrecian en otro tiempo á las ninfas de Anfítrita; Nuestra Señora de la Misericordia, cerca de Savona en el valle de San Bernardo, el mas hermoso santuario que el pueblo genovés haya construido en honor de María; Nuestra Señora del Consuelo en Turin; del Encanto en Moriena; de los Abismos, cerca de Chambery; de Passaw donde los eclesiásticos franceses arrojados por las bayonetas republicanas, iban á rogar por volver un día á su patria, llorando los riachuelos de la Francia, á las orillas del Danubio el rey de los rios germánicos....

En cuanto á los demas santuarios de María, esparcidos en todas las partes del mundo, nos remitimos al calendario histórico que publicamos á continuacion. Este calendario, que se formó durante la minoría de Luis XIV, y que ofrecemos sin mas garantía que la de las autoridades que el autor cita, contiene todas las romerías de la Virgen establecidas en toda la cristiandad, y una multitud de fundaciones piadosas que lo hacen muy precioso; siendo ademas una obra muy rara y que no se encuentra ya en ninguna biblioteca. Inútil es decir que las cosas han cambiado mucho de aspecto, y que una gran parte de los edificios que la piedad de los fieles de aquellos siglos consagrara á María, hoy no son ya sino un monton de venerables ruinas; porque no en vano ha posado el tiempo su mano sobre ellos, y azotado sus muros los huracanes de las revoluciones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CALENDARIO HISTORICO

DE LAS FIESTAS DE LA VIRGEN.

ENERO.

DIA 1^o.—Dedicacion de Nuestra Señora de la *Anunciata*, en Florencia, por Guillermo de Estouville en 1452. En esta iglesia se conserva un retablo de la Anunciacion, que se encontró milagrosamente concluido cuando el artista que lo habia empezado quiso darle la última mano. *Archangel. Janius.*

DIA 2.—Fundacion de la abadía de las Dunas, en Flandes, por Foulques, religioso de San Benito, en el año de 1128. (*Chronic. Bertinense.*)

DIA 3.—*Nuestra Señora de Sichen*a, cerca de Louvain en el ducado de Brabante. Dícese que en el año de 1306, esta imagen sudó cuatro gotas de sangre. *Just. Lips. in hist. Sichen, cap. 5.*

DIA 4.—Dedicacion de *Nuestra Señora de Tréveris* en Alemania, el año 746, por Hidolfo, arzobispo de Tréveris. La princesa Genoveva, mujer de Syfredo palatino de Tréveris é hija del duque de Brabante, hizo construir este santuario en un bosque, en el mismo lugar en que la Virgen se le apareció y le aseguró que su inocencia seria reconocida. *Additiones ad Molanum de Sanctis Belgicis.*

DIA 5.—Se dice que en este dia del año 1606, un hombre paralítico quedó sano milagrosamente, en la iglesia de *Nuestra Señora de Sichen* en Brabante. *Justus Lipsius in hist. Sicheniensi cap. 24.*

DIA 6.—En este dia, hallándose *Nuestra Señora* en las bodas de Caná, hizo que su hijo, entonces de edad de 30 años, cambiase el agua en vino; y este fué el primer milagro que Jesus hizo en público. *S. Epiph. hæres. 51.*

DIA 7.—Vuelta de *Nuestra Señora* con Jesus y San José de Egipto á Judea. *Martirolog. Rom. 7 Januar.*

DIA 8.—*Nuestra Señora del Principio* en Nápoles. Esta capilla fué construida por Santa Elena y consagrada por San Silvestre el año 320. *Petrus Stephanus, de Locis sacris Neapolit.*

DIA 9.—*Nuestra Señora mas allá del Tiber* en Roma. Esta iglesia fué construida por Calixto I, en el año 224. *Baronius in aparta ad. annal. et in Annal. ad ann. 224.*

DIA 10.—*Nuestra Señora de las Guías* en Constantinopla, donde se veía uno de los husos de la Virgen, y algunos pañales del niño Jesus, que fueron donados á esta iglesia por Santa Pulcheria. *Niceph. Tract, 3 cap. 7.*

DIA 11.—*Nuestra Señora de Bessière* en el Lemosino. Un herege que se habia mofado de la devocion que se tenia á esta imagen, vió incendiarse su casa sin poder descubrir de dónde provenia el fuego. *Triple Cour., l. 1, trat. 2, § 10, núm. 6.*

DIA 12.—*Nuestra Señora de la calle Ancha*, en Roma, situada en el lugar donde San Pablo vivió dos años cargado de cadenas, y donde así mismo predicó el Evangelio y escribió varias de sus epístolas. *Triple Cour, en lugar ya citado núm. 6.*

DIA 13.—Pío V reforma el pequeño oficio de la Santísima Virgen, año de 1571. *Balinghem in Calend.*

DIA 14.—*Nuestra Señora de la Palabra*, cerca de Monserrate en España, llamada así porque se dice que devolvió el habla á un mudo el año 1814. *Balinghem in Calend.*

DIA 15.—*Nuestra Señora del Pórtico*, en Roma, donde se vé una imagen que se dice traída del cielo por un ángel á la bienaventurada Galla, viuda del cónsul Simaco. *Exmonument. S. Mariae in Portic.*

DIA 16.—*Nuestra Señora de Monserrate* en España, liberta milagrosamente en este dia, varios

cautivos de la tiranía de los turcos. *Hist. Montiers.*

DIA 17.—*Nuestra Señora de la Paz*, en Roma: en el año de 1483, habiendo el duque de Calabria sitiado á Roma para vengarse de Sixto IV, que le habia impedido auxiliar al duque de Ferrara contra los venecianos, este soberano Pontífice se dirigió á la Santísima Virgen, obligándose por un voto á construir una iglesia con el título de Nuestra Señora de la Paz, si le placía libertar la ciudad del sitio y volver la paz á la Italia. Habiendo sido escuchado su ruego, cumplió el voto que habia hecho, haciendo edificar una iglesia que fué concluida por su sucesor Inocencio VIII. *Gabriel Permotus in hist. tripartita Canon regul. l. III. cap. 33. § 2.*

DIA 18.—*Nuestra Señora de Dijon*, en Borgoña: esta imagen antiguamente llamada de Buena Esperanza, libertó la ciudad del furor de los Suizos en 1513. En reconocimiento de esta gracia se hace todos los años una procesion general. *Triple Cour núm. 42.*

DIA 19.—*Nuestra Señora de Gimont* cerca de Tolosa. Esta iglesia de Citeaux es muy célebre en el país por sus milagros. *Triple Cour núm. 34.*

DIA 20.—*Nuestra Señora de las Tablas*, en Montpellier; iglesia muy famosa y antigua: en el escudo de la ciudad se ve á la Virgen teniendo á su divino Hijo en brazos. *Triple Cour núm. 38.*

DIA 21.—*Nuestra Señora del Consuelo*, en Roma al pié del Capitolio: esta imagen empezó á hacer milagros en el año 1471. *Triple Cour núm. 43.*

DIA 22.—*Desposorios de Nuestra Señora*.—Esta fiesta, desde mucho tiempo celebrada en Francia por algunas personas devotas, fué aprobada por el papa Pablo III en 1546. *Petr. turatus, lib. de Imag. Virt., c. 10.*

DIA 23.—*Desposorios de Nuestra Señora*, segun la costumbre de Arras. Comenzó á celebrarse esta fiesta en 1556. *Mon. um. Eccles. Attlebat.*

DIA 24.—*Nuestra Señora de Damasco*. Dícese que de esta imagen pintada sobre madera, sale un aceite milagroso que en 1203 volvió la vista al Sultan de Damasco, quien infiel como era, en reconocimiento de esta gracia dotó una lámpara continuamente delante de esta imagen. *Spond. in Amal., ad ann. 1203.*

DIA 25.—*Traslacion del Sudario y del Sepulcro de Nuestra Señora* á Constantinopla, por Juvenal obispo de Jerusalem, bajo el imperio de Marciano en el año de 455. *Fereolus Locrius in Chron. aracephal.*

DIA 26.—*Nuestra Señora de Long Champs* fundada en 1261 por la princesa Isabel, hermana de S. Luis. *Gallia Christ. t. IV.*

DIA 27.—*Nuestra Señora de la Vida*, en Provenza. La Crónica dice que esta imagen ha vuelto frecuentemente la vida á los niños muertos an-

tes de recibir el bautismo, para que lo recibiesen. *Triple Cour núm. 89.*

DIA 28.—*Nuestra Señora del buen Socorro*, cerca de Rouen. Esta imagen es muy célebre en el país. *Ex archiv. ujus ecclesie.*

DIA 29.—*Nuestra Señora de Chatillon*. S. Bernardo tenia gran devocion á esta imagen, á causa de un milagro que operó en su favor. *Triple cour núm. 43.*

DIA 30.—*Nuestra Señora de la Rosa*, en Lugo en Italia: segun una crónica latina, en el mes de Enero fueron halladas tres rosas en los brazos de esta imagen. *Cesar Franciot. in hist. Lucensi.*

DIA 31.—Aparicion de Nuestra Señora á la hermana Angela de Foligny. *In ejus vita.*

FEBRERO.

DIA 1º.—Vispera de la Purificacion de Nuestra Señora, en Paris. *Locrius in Calend.*

DIA 2.—*La Purificacion de Nuestra Señora*.—Esta fiesta fué instituida en 544, bajo el imperio de Justiniano, con motivo de una peste que asolaba á Constantinopla, y en la que morian diez mil personas en un dia. En 701, el papa Sergio añadió la solemnidad de los Cirios á esta solemnidad. *Baronius in Amal., ad. ann. 544.*

DIA 3.—*Nuestra Señora de Seidaneida*, cerca de Damasco. De esta imagen salia un aceite que no se agotaba jamas; la virtud de este aceite era tan grande, que sanaba á los infieles. *Arnold. abbas Lubec. apud. Baron., ad. ann. 870, et apud Spondan. ad. ann. 1203.*

DIA 4.—*Nuestra Señora del Pilar* en Zaragoza, en España, llamada así, porque segun la tradicion, la Santísima Virgen se apareció á Santiago el Menor sobre un pilar de jaspe, en 36, y le mandó construir una iglesia, que los españoles creen ser la primera que se dedicó á Nuestra Señora. *Beutereus, l. I. c. 2 y 3.*

DIA 5.—Dedicacion del primer templo de Nuestra Señora, hecha por San Pedro en Tortosa. *Carnisius. l. v. de B. Virg., c. 32.*

DIA 6.—*Nuestra Señora de Louvain*, en los Países-Bajos. Esta Virgen, muy venerada en el país, comenzó á hacer milagros en el año 1444. *Balinghem in Calend.*

DIA 7.—*Nuestra Señora de la Gracia*, en la abadía de San Salvo, en Montreuil, á orillas del mar. *Cronic. S. Salvi.*

DIA 8.—*Nuestra Señora del Livio*, cerca de Melun. Esta abadía de religiosas de Citeaux, fué fundada por la reina Blanca, madre de San Luis. *Gallia Christiana t. IV.*

DIA 9.—*Octava de la Purificacion de la Virgen*, instituida en la catedral de Saintes, motiva-

da, segun se dice, porque en la noche de la octava se oyeron las campanas sonar por sí mismas. Habiendo los sacristanes acudido al ruido, vieron varios desconocidos que tenian cirios encendidos y cantaban himnos en honor de la Virgen, venerada en una capilla de dicha iglesia con el título de *Nuestra Señora de los Milagros*; y acercándose á uno de ellos, le rogaron les diese su cirio en prueba de aquella maravilla. Este cirio fué religiosamente conservado en la iglesia. *Sausseyus Martir. Gall. dic. 9.*

DIA 10.—*Nuestra Señora de la Tórtola*, cerca de Bolonia en Italia, construida, segun se dice, en el lugar que describió una tórtola, dando vueltas al rededor de algunos albañiles que trabajaban, y á quienes parecia designar cierto espacio. *Triple Cour. num. 107.*

DIA 11.—*Santa María de Liques*, cerca de Calais. Este monasterio, del órden Premonstratense, fué fundado en 1131 por Roberto, señor de Leques. *Gall. Christ., t. IV.*

DIA 12.—*Nuestra Señora de Argenteuil*, cerca de Paris, construida en 101, por Clovis I. Este monasterio conserva un fragmento de la túnica sin costura de Nuestro Señor. *Thomas Bossius, l. IX de Sig. eccle., c. 9.*

DIA 13.—*Nuestra Señora del Horno Caliente*, en Bourges, llamada así, porque en 546, segun se cuenta, un judío encerró á su hijo en un horno caliente, á causa de que se habia bautizado y comulgado el dia de Pascua: merced á la proteccion de Nuestra Señora, el joven fué sacado sano y salvo del horno: en memoria de este milagro se construyó una iglesia á María. *Anales de Francia bajo Childeberto.*

DIA 14.—*Nuestra Señora de Bourbourg*, en Flandes. Cuéntase que en 1383 un impío se atrevió á azotar á esta imagen, y cayó muerto en el mismo sitio. *Bzovius, ex Archiv. eccles. Burburg.*

DIA 15.—*Nuestra Señora de Paris*, construida primeramente por Childeberto en 522: hácia 1257, el rey San Luis hizo construir otra mas amplia en el mismo lugar sobre los cimientos que el rey Felipe Augusto habia hecho construir en 1191. *Du Breuil, teatro de las antigüedades de Paris, l. I.*

DIA 16.—*Nuestra Señora de la Espina*, cerca de Chalons, en Champaña, llamada así por haber sido encontrada esta imagen sobre un matorral de espinos. *Triple cour., núm. 54.*

DIA 17.—*Nuestra Señora de Constantinopla*, antiguamente sinagoga de los judios, que en 566 fué convertida en iglesia de la Virgen por el emperador Justino el Joven. *Locrius.*

DIA 18.—*Nuestra Señora de Laon*, erigida en catedral y fundada en el año de 500 por San Remigio, arzobispo de Reims; en dicha catedral fué consagrado primer obispo San Genebaud. Obráronse allí muchos milagros, entre otros el de que, en 1395, sobre el campanario se vió aparecer la

imagen de un crucifijo, cuyas llagas arrojaban sangre. *Tomas Walsingham, hist. Angl. in Richardo I rege.*

DIA 19.—*Nuestra Señora de las Buenas Noticias*, cerca de Rouen, en donde se ve un gran concurso de gentes, particularmente los sábados. *Triple Cour, núm. 52.*

DIA 20.—*Nuestra Señora de Boloña*, en donde se ve una imagen que se dice haber sido traída por los ángeles sobre un navio, en 633. Luis XI, en 1479, dió á esta iglesia un corazon de oro macizo, del peso de dos mil escudos, y mandó que todos los reyes de Francia, sus sucesores, hiciesen el mismo presente á su advenimiento al trono. *Triple Cour, núm. 53.*

DIA 21.—*Nuestra Señora del Buen Puerto*, en Dol, muy propicia á los marineros. *Triple Cour, núm. 51.*

DIA 22.—*Nuestra Señora de Socorro*, en Rennes, en Bretaña. *Idem.*

DIA 23.—*Nuestra Señora de las Rocas*, cerca de Salamanca, en España. Se venera allí una imagen que fué hallada milagrosamente en 434, por Simon Vela. *Balinghem in Calend.*

DIA 24.—En este dia del año 591, habiendo San Gregorio el Grande hecho llevar en procesion la imagen de Nuestra Señora, hecha por San Lucas, cesó la peste que asolaba á Roma. *Balinghem in Calend.*

DIA 25.—*Nuestra Señora de la Victoria*, en Constantinopla. En 621 la ciudad fué libertada del sitio de los sarracenos, por la proteccion de la Santísima Virgen. *Fereolus Locrius.*

DIA 26.—*Nuestra Señora de los Campos*, en Paris, antiguamente dedicada á Oéres. Habiendo San Dionisio expulsado á los demonios, consagró esta iglesia á Nuestra Señora. Véase aun en ella una pequeña imagen de la Virgen, hecha por la que San Dionisio trajo á Francia. Esta casa, que es priorato de San Benito, fué despues ocupada por las monjas Carmelitas que fueron recibidas en ella en 604, y fundadas por Catarina de Longueville; la madre Anna de Jesus fué la primera superiora de esta comunidad. *Du Breuil, teatro de las antig., l. 11.*

DIA 27.—*Nuestra Señora de las Luces*, cerca de Lisboa en Portugal. Hacia mucho tiempo que se veia una luz en aquel sitio sin poder penetrar la causa de este fenómeno, hasta que apareciéndose Nuestra Señora á un prisionero le prometió la libertad á condicion de que le hiciese construir una iglesia en aquel lugar. *Anton. Vasconcell, in Descript. reg. Lusitan. c. 7 § 5.*

DIA 28.—Institucion del monasterio de la Anunciata en Bethune, en Artois, por Francisco de Melun y Luisa de Foix su esposa, hecha en el año de 1519. *Fereolus Locrius.*

MARZO.

DIA 1.^o—Establecimiento de la fiesta de la inmaculada Concepcion de Nuestra Señora, y concesiones de indulgencias á los que asistiesen á la misa ó al oficio divino, por Sixto IV en 1476. T. IV, *Conciliorum*.

DIA 2.—*Nuestra Señora de las Apariciones* en Madrid, llamada así porque en 1449 la Virgen se apareció ocho dias consecutivos á una joven llamada Inés y le mandó en el lugar en donde encontrase una cruz plantada á Nuestra Señora. *In vita B. Joan*.

DIA 3.—*Nuestra Señora de Longpont* en Valois. Esta abadía del orden de Citeaux fué fundada en 1131 por Josselin obispo de Soissons. *Gall. Christ.* t. IV.

DIA 4.—*Nuestra Señora de la Guarda* en Aragón, así llamada porque en 1221 preservó de la muerte á un niño que habia caído en un pozo. *Bzovius, ad. ann.* 1221.

DIA 5.—*Nuestra Señora del Buen Socorro* en Nancy en Lorena: créese que á esta imagen debió René, duque de Lorena, la victoria que ganó sobre Carlos el Atrevido duque de Borgoña. *Triple Cour. num.* 55.

DIA 6.—*Nuestra Señora de Nazareth*, en Piedra Negra, en Portugal. Esta imagen, si creemos un escrito de un cazador que en 1150 fué hallado amarrado á ella, fué venerada en Nazareth desde el tiempo de los apóstoles. *Triple Cour. num.* 13.

DIA 7.—*Nuestra Señora de la Estrella* en Villa Viciosa, en Portugal, llamada así á causa de una estrella, que un pastor vió lucir en el lugar en donde está construida la iglesia. *Triple Cour. num.* 17.

DIA 8.—*Nuestra Señora de las Virtudes*, en Lisboa, en Portugal. *Ant. Vasoncell, in Descript. reg. Lusitan.* c. 7, § 5.

DIA 9.—Fundacion de Savigny en la diócesis de Avranches en Normandia, en honor de la Santísima Virgen; hecha en 1112 por el bienaventurado ermitaño Vital, que fué su primer abad. *Gall. Chris.*, t. IV.

DIA 10.—*Nuestra Señora de la Vid* cerca de Viterbo en Toscana; hermosa iglesia hoy ocupada por los religiosos de Santo Domingo. *Bzovius, ad. ana.* 1587.

DIA 11.—*Nuestra Señora de las Selvas*, en Porto en Portugal. Esta imagen fué hallada en una selva, en donde habia sido ocultada por la reina Malfade esposa de Alfonso I. *Joan. Barrius, lib. de red. interamensid.*, c. 12.

DIA 12.—*Nuestra Señora de los Milagros*, en el claustro de Saint-Maur-des-Fosses cerca de Paris. Dícese que esta imagen se halló concluida cuando el escultor pensaba comenzarla. *Du Breuil, teatro de las antig.*, l. IV.

DIA 13.—*Nuestra Señora de la Imperatriz* en Roma. Una tradicion dice que en 593 esta imagen le habló á san Gregorio el Grande. *Anton. Yezpez, ad. ann.* 84, *divi Benedicti*.

DIA 14.—*Nuestra Señora de la Brecha*, en Chartres, en donde anualmente se hace una procesion en gratitud de que en 1568, Nuestra Señora libertó la ciudad sitiada por los hereges. Durante este sitio, la imagen puesta sobre la puerta Druesa, no pudo ser lastimada por las balas que le tiraban los sitiadores, cuyas señales se ven aún en las murallas. *Sebastian Rouillard Parthenie*, c. 3.

DIA 15.—En el año de 911, la ciudad de Chartres fué milagrosamente libertada del sitio que le puso Rollo ó Raoul, duque de Normandia; pues estando éste ya para tomar la ciudad, Gaucelmo 47.^o obispo de Chartres subió á los parapetos llevando una reliquia de Nuestra Señora; lo que causó tan grande espanto en el campo enemigo, que todos huyeron en desorden; en memoria de este hecho los prados de la puerta de Druesa aun llevan hoy el nombre de Prados de los Huidos. *Sebastian Rouillard, Parthenie*, c. 7, *num.* 5.

DIA 16.—*Nuestra Señora de la Fuente* en Constantinopla, construida por el emperador Leon en 460, en gratitud de que la Virgen se le apareció en la orilla de una fuente hácia la cual habia caritativamente conducido á un ciego, no siendo mas que simple soldado, y le habia predicho que seria emperador. *Niceph., l. XV, cap.* 15.

DIA 17.—En 1095, bajo el pontificado de Urbano II, tuvo lugar un concilio en Clermont en Auvernia, en el que fué instituido el oficio de Nuestra Señora. *Concil. Clarom.*—Fundacion de la abadía de Beaumont-les-Tours por Ingeltrude, el año de 600. *Gallia Cristiana t. IV.*

DIA 18.—En 1586, de colegiata que era Nuestra Señora de Loreto fué erigida catedral por Sixto V. *Tursel. Hist. Lauretana*, 5, 10.

DIA 19.—*La Bella Dama* en Nogent-sur-Seine. Asegúrase que es imposible sacar esta imagen de su pequeña capilla, que no tiene mas que cuatro ó cinco pies cuadrados. *Ex monument. novigent.*

DIA 20.—*Nuestra Señora de Calevoirt* en Uckelen, cerca de Bruselas. Esta imagen comenzó á hacer milagros en 1454, lo que motivó en 1623, se le construyese una magnífica capilla que en el mismo año fué piadosamente visitada por la infanta de España Doña Isabel Clara Eugenia. *Aub. Miræus, in annal Belg.*

DIA 21.—*Nuestra Señora de Bruges*, en Flandes, en donde se vé una trenza de los cabellos de la Virgen, dada á esta iglesia por un obispo de Siria llamado Moisés. *Hugo Fascitus, l. 1 miracul. B. Virg.*

DIA 22.—El domingo de Ramos del año 1098, San Roberto, abad de Molemo, con veinte de sus religiosos se retiró á la diócesis de Chalons-sur-Maine, en donde fundó el célebre monasterio de Citeau,

gefe de la órden. *Arnold, Vionius, l. 1 Ligni, vite* c. 47.

DIA 23.—*Nuestra Señora de la Victoria*. Esta imagen lleva este nombre, porque los Franceses habiéndola felizmente sacado de manos de los sarracenos en un sangriento combate que les libraron cerca de Constantinopla en 1204, les hizo ganar una entera victoria. *Spondanus in annal, ad. ann.* 1204.

DIA 24.—*Vispera de la Anunciacion de Nuestra Señora*, instituida por Gregorio II. En este dia del año 49 de Nuestro Señor, Nuestra Señora hizo la Pascua en Jerusalem. *Balingh. Metaphrasites.*

DIA 25.—*La Anunciacion de Nuestra Señora*. Esta fiesta, la mas antigua de todas, fué instituida por los Apóstoles. *Joan. Bonifacius, l. II, Hist. Virg.* c. 5.

DIA 26.—*Nuestra Señora de Soissons*, ocupada por religiosas de San Benito. Véase en esta iglesia uno de los zapatos de la Virgen. *Hugo Fascitus.*

DIA 27.—Aparicion de Nuestro Señor á Nuestra Señora luego que hubo resucitado. *Alphons, a Castro*, c. 17.

DIA 28.—*Nuestra Señora de Castelbruedo*, en Ollan, en Cataluña. Dícese que anualmente el dia de la Anunciacion veíanse tres luces de color azul penetrar por las vidrieras de la iglesia, encendian las lámparas, los cirios, volvian á salir por el mismo lugar y desaparecian luego. *Ludo Marinæus, l. V, de reb. Hisp.*, c. último.

DIA 29.—San Bonet obispo de Clermont, en Auvernia, habiéndose una noche quedado en la iglesia á hacer oracion, se le apareció Nuestra Señora y le mandó dijese misa. El santo se apiñó contra un pilar como para esconderse; pero la piedra se ablandó y le hizo el lugar que aun se vé hoy. Mas la Virgen habiéndole obligado á oficiar le dejó la casulla que los ángeles le habian traído. El celeste presente se vé aun hoy en la iglesia de Clermont. *In ejus vita, apud Surium, die* 15 Jan.

DIA 30.—Restablecimiento de la iglesia de Nuestra Señora de Bolonia por Claudio Dormy, obispo de esta ciudad. *Triple cour.*, *num.* 53.

DIA 31.—*Nuestra Señora de Santa Cruz*, en Jerusalem, en donde se conserva un fragmento del velo de Nuestra Señora, dado á esta iglesia por Santa Helena. *Onophrius, l. VIII Eccle.*

ABRIL.

DIA 1.^o—*Octava de la Anunciacion* de Nuestra Señora en el órden de Carmelitas. *Balingh. in Calend.*

DIA 2.—*Nuestra Señora la Grande*, en Poitiers, en donde se ve una imagen de la Virgen en cuyas manos halláronse milagrosamente las llaves de la ciudad, mientras que el criado del gobernador las buscaba por todos lados para abrir la puerta á los ingleses, á quienes habia prometido entregar la ciudad. *Juan Boucher Armal., de Aquit.*

DIA 3.—Aparicion de Nuestro Señor á Nuestra Señora y á los Apóstoles, ocho dias despues de su resurreccion. *Balingh. in Calend.*

DIA 4.—*Nuestra Señora de la Gracia*, en Normandia. Esta imagen es muy célebre en el país y se ve acudir mucha gente de todas partes. *Ex Archiv. hujus eccl.*

DIA 5.—Aparicion de Nuestra Señora á Honorato IV, para que confirmase la órden de Nuestra Señora del Monte Carmelo. *Balingh. in Calend.*

DIA 6.—*Nuestra Señora de la Concepcion*, en Flandes, en donde se ve un retablo de la Inmaculada Concepcion, que en 1553 fué milagrosamente libertado de las llamas. *Amatus Francisc. in libello M. S.*

DIA 7.—*Nuestra Señora de los Desamparados*, en Valencia, en España. Esta imagen está en una capilla, en la que se dice se oye mucho ruido cuando alguno se ahoga ó es asesinado en los alrededores de la ciudad. *Triple cour. num.* 28.

DIA 8.—Fiesta de los milagros de Nuestra Señora en Cambron, cerca de Mons, en los Países Bajos. *Locrius.*

DIA 9.—*Nuestra Señora de Mians*, cerca de Chambery, en Saboya. Se cree que, en 1249, esta imagen impidió que el rayo que ya habia consumido la ciudad de San Andres y otros diez y seis pueblos, pasase adelante, é hizo que se contuviese en Mians. *Triple cour. num.* 114.

DIA 10.—*Nuestra Señora de Laval*, en el Vivarais. Esta iglesia es muy concurrida para obtener las lluvias para la conservacion de los bienes de la tierra. *Triple cour. num.* 41.

DIA 11.—Cuéntase que en este dia de 1538, un ciego recobró la vista en la iglesia de Nuestra Señora de Monserrate. *Balingh. in Calend.*

DIA 12.—*Nuestra Señora de la Caridad*, en la abadía de los Feuillants á siete leguas de Tolosa. Dícese que varias veces esta imagen ha derramado lágrimas. *Triple cour. num.* 34.

DIA 13.—Aparicion de Nuestra Señora á la bienaventurada Juana de Mantua. *In ejus vita.*

DIA 14.—Aparicion de Nuestra Señora á Santa Ludovina en el año 1433. *Joan. Buschman.*

DIA 15.—En el año 1011, la Santísima Virgen dió al bienaventurado Alberic el hábito blanco en lugar del negro que llevaba. *In ejus vita.*

DIA 16.—*Nuestra Señora de las Victorias*, en la iglesia de San Márcos en Venecia. Esta imagen es

la que los emperadores Juan Zimisces y Juan Comneno hacían llevar en un carro triunfal; hoy día se lleva en procesion para obtener la lluvia ó el buen tiempo. *In ejus vita.*

DIA 17.—*Nuestra Señora de Arabida*, en Portugal, en donde se ve una imagen que un mercader inglés tenía costumbre de llevar consigo. Hallándose un día en peligro de naufragar, vió su imagen rodeada de mucha luz y colocada en la roca de Arabida, causa por la que hizo construir una ermita en aquel lugar, en donde concluyó su vida. *Triple cour. núm. 16.*

DIA 18.—Concesiones de indulgencias plenarias, hechas por Urbano VI, á los que visitaban la iglesia de Nuestra Señora de Loreto. *Balingh. in Calend.*

DIA 19.—Confirmacion de la fiesta de la Concepcion de Nuestra Señora, por el concilio de Trento en 1545. *Concil. Trident.*

DIA 20.—*Nuestra Señora de Scheir*, en Baviera. Esta iglesia fué construida en el lugar en donde estaba el castillo que los de Scheir cedieron voluntariamente á Nuestra Señora, á escepcion de Arnaud, quien en castigo de su rebelion se ahogó en un lago vecino de allí. *Triph. de Orig. gentis et princ. Bav.*

DIA 21.—Institucion de la cofradia de la Inmaculada Concepcion en Toledo, hecha en 1506 por el cardenal Francisco Jimenez, arzobispo de esta ciudad. *Gomesius in ejus vita.*

DIA 22.—*Nuestra Señora de Betharara*, en la diócesis de Lescar, país de Bearn. Esta imagen fué hallada en 1503, por unos pastores, quienes viendo una luz extraordinaria en el lugar en donde existe actualmente el altar mayor de la capilla, se aproximaron y hallaron una imagen de Nuestra Señora, á la que se construyó una capilla. *Triple cour. núm. 32.*

DIA 23.—Concesion de indulgencias, hecha en 1455 por el papa Calixto III, á los que visiten la iglesia de Arras, en donde se conserva un velo y un cintillo de Nuestra Señora. *Andreas Herby, ex codice, M. S. Eccles.*

DIA 24.—Dedicacion de Nuestra Señora de la Reparacion, en Florencia, hecha en 1436 por Eugenio IV. *Balingh.*

DIA 25.—Dedicacion de Capella Santa baja de Paris, en honor de Nuestra Señora, hecha en 1248 por Felipe, arzobispo de Bourges. *Du Breuil, tratado de las antigüedades.*

DIA 26.—*Nuestra Señora de Naiera*, en Navarra. Esta imagen fué milagrosamente hallada en 1048. D. Garcia de Naiera, rey de Navarra, le hizo construir una iglesia que fué visitada por varios reyes de Navarra. *Andrés Favin, l. III. Hist. de Navarra.*

DIA 27.—Dícese que en 1419 Nuestra Señora de Haut, en Hainaut, volvió la vida á un niño muerto hacia tres dias. *Just. Lips. in. Hist. D. Virg. Hallers. c. 19.*

DIA 28.—*Nuestra Señora del Fresno*, cerca del pueblo de Sablé, en Anjou. Esta imagen ha hecho tantos milagros, que hoy es muy célebre en el país; el mariscal de Bois-Dauphin le ha hecho construir una hermosa iglesia y un hospital para los peregrinos. *Triple cour, núm. 50.*

DIA 29.—*Nuestra Señora de la Fé*, en el convento de agustinos de Amiens. Esta imagen permaneció mucho tiempo en el gabinete de una niña que la regaló á la iglesia de agustinos, en donde obró muchos milagros. *Ex. M. S. Aug. Ambier.*

DIA 30.—*Nuestra Señora de Nantes*, en Bretaña. Esta iglesia que habia sido dedicada á los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, por Félix, obispo de Nantes, fué derribada por los normandos en 937, y vuelta á edificar por Alain, duque de Bretaña. *Fortunat., l. III, Carm., c. 1, 2, 3 y 4.*

MAYO.

DIA 1º.—En 1449, algunos de los principales plateros de Paris empezaron á dar lo que se llamaba el Mayo ú ofrenda á la iglesia de Nuestra Señora. *Du Breuil. Antig. de Paris, l. 1.*

DIA 2.—*Nuestra Señora de Oviedo*, en España, en donde se hallan algunos cabellos de la Santísima Virgen. *Balingh. in Calend.*

DIA 3.—Aparicion de Nuestra Señora á la bienaventurada Maria Razzi, de la orden de Santo Domingo, en el año de 1597. *Baling. in Calend.*

DIA 4.—*Nuestra Señora la Socorrable*, á tres leguas de Caen, en Normandía. Anualmente se hace una procesion solemne á esta capilla. *Triple cour. núm. 51.*

DIA 5.—Nuestra Señora asiste sobre el monte de los Olivos á la Ascension de Nuestro Señor, y vuelve despues á Jerusalem para retirarse con los apóstoles en el Cenáculo. *Act. Apost. c. I.*

DIA 6.—*Nuestra Señora de los Milagros*, en la iglesia de Nuestra Señora de la Paz en Roma. Cuéntase que en 1483, un hombre que habia perdido su dinero al juego, despues de haber blasfemado contra esta imagen, le dió cuatro puñaladas, y que fué tan abundante la sangre que derramó, que el milagro fué incontinenti divulgado en toda la ciudad. Esta imagen se conserva aun en la iglesia de Nuestra Señora de la Paz. *Gabr. Pen., in Hist. Tripl. Canon. Regul. l. III, c. 33, § 2.*

DIA 7.—*Nuestra Señora de Haut*, en Hainaut, en donde se ve una de las tres pequeñas estatuas de la Virgen que Santa Elizabeth, hija de Andrés

II, rey de Hungría, habia honrado religiosamente y dejado por testamento á su hija Santa Sofia que la dió á la iglesia de Haut en 1267. *Just. Lipsius, Hist. D. Virg. Hallens., c. 3.*

DIA 8.—En 1202, el sabio Justo Lipse regaló su pluma de plata á Nuestra Señora de Haut, en cuyo templo se ve aun hoy suspendida delante del altar mayor. *In ejus vita.*

DIA 9.—*Nuestra Señora de Loreto*, en la Marca de Ancona en Italia. Esta capilla es la casa de Nazareth, en donde fué anunciado el misterio de la Redencion. *Turcelin, in hist. Lauretana, l. 1, c. 1, 2, 5, 6, 7, 8 y 10.*

DIA 10.—Dedicacion de la ciudad de Constantinopla á Nuestra Señora, por Constantino el Grande, bajo el patriarca Alejandro. *Niceph. l. VIII, c. 26.* Nuestra Señora de la Saussaie cerca de Paris. La iglesia de este priorato de benedictinos fué dedicada á Nuestra Señora por el papa Clemente V, en 1305.

DIA 11.—Aparicion de Nuestra Señora á S. Felipe Neri, á quien sanó de una grave enfermedad en 1594. *In ejus vita.*

DIA 12.—*Nuestra Señora de las Virtudes*, en Aubervillers, cerca de Paris. Esta imagen ha hecho tantos milagros en esta iglesia, que se le llama Nuestra Señora de las Virtudes, aunque está dedicada á San Cristóbal. *Du Breuil, l. IV.*

DIA 13.—Dedicacion de Nuestra Señora de los Mártires, llamada de la Rotonda, en Roma, hecha en 608 por Bonifacio IV. Este templo era llamado el Panteon, porque estaba dedicado á todos los dioses de los gentiles. *Beda, l. II, Hist. Angl., c. 4.*

DIA 14.—Dedicacion de Nuestra Señora de Nonyon, en 998, por Hardouin 37º, obispo de la misma ciudad. *Chron. Annonia, t. III.*

DIA 15.—Desciende el Espíritu Santo sobre Nuestra Señora y sobre los Apóstoles el año 34 de J. C., y 48 de la edad de María. *Christoph. a Castro in hist. Virginis.*

DIA 16.—Aparicion de Nuestra Señora á Santa Catarina de Alejandría, cuyo cuerpo fué hallado el día 13 de este mes sobre el monte Sinaí, por revelacion que de ello dió esta Reina del cielo. *In ejus vita.*

DIA 17.—*Nuestra Señora de las Lágrimas*, en el ducado de Spolette, en Italia. Dícese que esta imagen que está pintada sobre la pared, derramó abundantes lágrimas en 1494. *Gabriel Pennotus, l. III, Hist. tripartita, c. 34.*

DIA 18.—Dedicacion de Nuestra Señora del Buen Puerto, de la orden de Citeaux, cerca del puente de la Arca, diócesis de Evreux. Esta abadía fué fundada en 11 de Marzo de 1190, por Ricardo Corazon de Leon. *Gallia Christ. t. IV,*

DIA 19.—Dedicacion de Nuestra Señora de Flines, cerca de Douai, hecha en 1279, por Pedro, arzobispo de Reims. Esta abadía de la orden de Citeaux, en 1234, fué dada á San Bernardo por Margarita de Dampierre. *Cronic. Flinens.*

DIA 20.—Dedicacion de la iglesia de la Festé, diócesis de Chalons, en Borgoña. Esta abadía, hija mayor de Citeaux fué fundada en 1113 por Savarico y Guillermo, condes de Chalons. *Ex. Archivis Abbat. Firmitatis.*

DIA 21.—*Nuestra del Sudor*, en Salerno en Italia. Dícese que esta Madona, en 1611, sudó sangre y agua en presagio del incendio que tuvo lugar á otro día. P. Spinelli, *Tract. de exempl. et miracul. cap. último.*

DIA 22.—*Nuestra Señora del Monte de la Virgen*, cerca de Nápoles. Esta imagen preservó de las llamas el monasterio y la iglesia edificadas en su honor. *Idem, loco citado.*

DIA 23.—*Nuestra Señora de los Milagros*, en S. Omer, en donde se conserva un guante y una parte de los cabellos de la Virgen. *Cronic. Bertinens.*

DIA 24.—En 1622, Gregorio XV hace un decreto prohibiendo sostener la idea contraria á la Inmacula Concepcion. Por dicho decreto se prohíbe igualmente servirse en la Misa ó en el Oficio de otro término que el de la Concepcion. *Balingh. in Calend.*

DIA 25.—*Nuestra Señora la Nueva*, en Jerusalem, construida en 530 por el emperador Justiniano. *Procopius, de Edificio, imperat. Justiniani.*

DIA 26.—Dedicacion de Nuestra Señora de Vaucelles, diócesis de Cambrai, por Samson, arzobispo de Reims. Esta abadía de la orden de Citeaux, fué fundada en 1132. *In cronic. Cisterc.*

DIA 27.—Dedicacion de Nuestra Señora de Nápoles, llamada Santa María la Mayor, por el papa Juan II, en 533. En esta iglesia se ha conservado una imagen de la Virgen hecha por San Lucas. *Schraderus, l. II.*

DIA 28.—Fiesta de las reliquias de Nuestra Señora en Venecia, en donde se espone á la veneracion de los fieles unos pedazos de la túnica de la Santísima Virgen. *Ex hist. ea de re impressa Venetia.*

DIA 29.—La fiesta de *Nuestra Señora de los Ardientes*, en Arras. En la catedral de Arras se conserva un cirio que se dice traído por la Virgen en 1095. *Jacob. Meyerus, in Annal. Fland., ad. ann. 1095.*

DIA 30.—Dedicacion de la iglesia del Monte de la Virgen, cerca de Nápoles, construida en 1126 por San Guillermo, fundador de la orden del Monte de la Virgen, y reparada en 1519. *Juan Juvenal, l. VII de Antig., c. 3.*

DIA 31.—*Nuestra Señora de los Padecimientos*, en la iglesia de San Gervasio, en Paris. Esta imá-

gen estaba en una esquina de la calle de los Rosales. Francisco I la hizo llevar con solemnidad á la iglesia de San Gervasio, y mandó hacer otra de plata dorada que se colocó en su lugar; esta fué robada en 1545, y fué reemplazada por otra de piedra que conservó, sin embargo, el nombre de Nuestra Señora de Plata. *Du Breuil, Teatro de las antigüedades, l. III.*

JUNIO.

DIA 1.^o—*Nuestra Señora de la Estrella*, en Aquilea, en Italia. Esta iglesia es llamada así, porque se dice que en un día clarísimo se vió una estrella sobre la cabeza de San Bernardino, cuando predicando en Aquilea aplicaba á la Santísima Virgen el pasaje del Apocalipsis, en que dice que tenía doce estrellas encima de su cabeza. *Sirius, in ejus vita.*

DIA 2.—*Nuestra Señora de Edessa*, en la Asia Menor. Dicese que esta imagen, colocada bajo el pórtico de una iglesia, habló á San Alejo, é hizo conocer al pueblo el mérito de este Santo. De allí fué llevada á Roma, en donde está en gran veneración. *Tomas Bosius, l. IX, c. 9.*

DIA 3.—*Nuestra Señora de Sosopoli*, en Pisidia. De esta imagen salía un aceite milagroso, segun lo atestigua German, patriarca de Constantinopla, en una carta que fué leída en el segundo Concilio de Nicea, reunido para la defensa de las santas imágenes de los Santos. *Act. 4, Concil. Niceni.*

DIA 4.—*Nuestra Señora de la Colina*, en Fribourg, en donde se obran muchos milagros. *Triple cour. núm. 85.*

DIA 5.—La crónica cuenta que en 1428, Nuestra Señora de Haut en Hainaut volvió la vida á un niño muerto desde algunos días para que recibiese el bautismo; que sobrevivió cinco horas despues de haberlo recibido, y que en presencia de setenta personas, se deshizo como una bola de nieve al sol. *Justus Lipsius, de Virg. Hallens, c. 21.*

DIA 6.—Institucion de las religiosas de la Visitacion de Nuestra Señora, fundada en Annecy en Saboya en 1610, por San Francisco de Sales, obispo de Ginebra, y Juana Francisca Fremiot de Chantal, que fué la primera religiosa. *Henrique de Maupas du Tour, 2.^a parte, cap. 1.*

DIA 7.—Dedicacion de Nuestra Señora del Valle, de la orden de Citeaux, á siete leguas de Paris, hecha en 18 de Abril de 1616, bajo el reinado de Luis XIII. *Ex codice M. S.*

DIA 8.—*Nuestra Señora de Alejandria*, construida por San Pedro, patriarca de esta ciudad, *Baronius, ad ann. 310.*

DIA 9.—*Nuestra Señora de Ligny*, cerca de Barle-Duc, en Lorena. Esta imagen es muy célebre

por los frecuentes milagros que opera. *Triple cour. núm. 57.*

DIA 10.—*Nuestra Señora de Cranganor*, en la India Oriental. Dicese que esta iglesia fué construida por uno de los tres Magos. *Osorius t. I de Gestis Emmam.*

DIA 11.—*Nuestra Señora de Esquernes*, á media legua de Lille en Flandes. Esta imagen comenzó á hacer milagros hácia el año 1162. *Buzelinus in annal. Gall. l. II.*

DIA 12. La crónica cuenta que en este día Nuestra Señora se apareció á San Hermando el orden de Prémontré y le dió un rizo de su pelo. *Surius in ejus vita.*

DIA 13. Dedicacion de Nuestra Señora de Sichen, cerca de Louvain, hecha en 1604 por Matias Hovius arzobispo de Malines. La imagen de María que allí se venera estaba antiguamente colocada en un Fresno. *Just. Lipsius, de Vir. Aspricol, c. 4.*

DIA 14. En 371, en Arras, cayó del cielo una lana blanca mezclada con una lluvia espesa, de la cual habla San Gerónimo, y se cree que siendo el hambre muy fuerte en aquel país, los habitantes invocaron á María, que les envió este celestial presente, llamado comunmente maná, cuyos restos se ven aun hoy en la iglesia dedicada en honor suyo. *Ex Arch. Abb. Truliense,*

DIA 15.—Fundacion de Nuestra Señora de los Fuldenses en la diócesis de Tolosa y de Rieux, en 1145.

DIA 16.—*Nuestra Señora de Aix la capilla*, construida por Carlo-Magno y consagrada en 804 por Leon III, á la que se hallaron trescientos cincuenta prelados. En 810, Carlo-Magno dió á esta iglesia dos túnicas de Nuestra Señora, de las cuales Carlos el Calvo sacó una para dársela á la iglesia de Chartres, sesenta y cinco años despues. *Ferreol. Locrius. l. V Maria Aug, c. 17.*

DIA 17.—*Nuestra Señora de la Floresta*, cerca de Bolonia-sur-mar: esta pequeña capilla es muy renombrada en el país. *Triple cour, núm. 53.*

DIA 18.—Aparicion de Nuestra Señora á Santa Agnés del monte Politian, á quien segun se dice, dejó una crucecita de oro que aun se pone á la vista el día 1.^o de Mayo. *Cronic. S. Dominici, part. 1, l. 1, c. 72.*

DIA 19.—En Treves, en Alemania, en la iglesia de San Juan Evangelista construida en 333, se vé el peine de Nuestra Señora, dado á esta iglesia por Agritius, arzobispo de esta ciudad.

DIA 20.—*Nuestra Señora de los Blaquernes*, sobre el puerto de Constantinopla, en donde se encuentra el sudario de Nuestra Señora, dado por la emperatriz Santa Pulcheria, que lo había recibido de Juvenal obispo de Jerusalem. *Niceph. l. XV, c. 14.*

DIA 21.—*Nuestra Señora de Matarich*, en el Cairo, en donde se vé una fuente milagrosa obtenida por Nuestra Señora cuando se retiró de allí con la sagrada familia, y se tiene de tradicion que allí lavaba los pañales del niño Jesus. *Triple cour. núm. 5,*

DIA 22.—*Nuestra Señora de Narni*, en Italia. Dicese que esta imagen habló á la bienaventurada Lucia, á quien dió el niño Jesus para que lo viese. *Triple cour., trait. 3.*

DIA 23.—*Nuestra Señora Justiniana*, en Cartago. Esta iglesia fué construida por el emperador Justiniano, en honor de la Virgen, á quien atribuía las victorias que ganaba sobre los vándalos. *Baron, ad ann. 534.*

DIA 24.—*Nuestra Señora del Clos-Evrard*, cerca de Treves. Esta imagen fué amarrada á un Fresno por un Labrador que queria adorarla; pero la Virgen le mandó construyese una casita. Los milagros que allí se operaron hicieron cambiar esta cabaña en una pequeña capilla, y en fin, en una iglesia que en 1449 fué dedicada por Santiago de Risey arzobispo de Treves. *Triple cour. núm. 82.*

DIA 25.—En el año 431, tuvo lugar el concilio de Epheso, en donde se declaró que la Virgen debía ser llamada Madre de Dios. *Concilio de Epheso.*

DIA 26.—*Nuestra Señora de Mehapour*, en la India Oriental, en donde San Francisco Javier se retiraba muchas veces para orar. *In vita San Franc. Xaverii.*

DIA 27.—*Nuestra Señora de la Dorada*, en Tolosa. Este lugar que anteriormente era dedicado á la diosa Pallas, fué cambiado en iglesia de Nuestra Señora cuando los habitantes se convirtieron á la fé. *Forcat. l. 1, de Gall. Imperio.*

DIA 28.—Dedicacion de la iglesia de los Chartreux de Paris, hecha en 1325 por Juan de Aubigny obispo de Troyes, en Champaña, bajo la invocacion de Nuestra Señora. *Du Breuil, Teatro de antig. l. II.*

DIA 29.—*Nuestra Señora de Buglose* á dos leguas de Acqs, en Gascuña. Esta imagen fué milagrosamente hallada en 1634, y llevada á la iglesia de Buglose. *Triple cour., núm. 36.*

DIA 30.—*Nuestra Señora de Calais*, construida por los ingleses mientras que poseian esta ciudad, en la que durante doscientos diez años, en 1631, Santiago de Bolloye, cura de Calais, le añadió una magnífica capilla. *Dávila, t. II.*

JULIO.

DIA 1.—Dedicacion de la iglesia de Jumiéges, en Normandia, hecha en 1067 á instancias del rey Guillermo por Mauricio arzobispo de Rouen. *Thom Walsingham.*

DIA 2.—La visitacion de la Santísima Virgen. Esta fiesta fué instituida en 1385 por Urbano IV, y confirmada en 1389 por Bonifacio IX. *S. Antonin, part. IV, tit. xv, cap. 24.*

DIA 3.—*Nuestra Señora de la Carolle*, en Paris. Dicese que esta imagen que se hallaba colocada en la esquina de la calle de los Osos, recibió una punalada en 1418, de la que despidió mucha sangre. En memoria de esto anualmente se hace un fuego artificial en el que se quema una figura de cera que representa al sacrilego que dió el golpe. *Du Breuil, l. II.*

DIA 4.—*Nuestra Señora de los Milagros*, en Avignon, construida por el Papa Juan XXII en ocasion de dos criminales condenados al fuego; vióse que el uno de ellos que invocó á María fué preservado de las llamas, mientras que el otro fué enteramente consumido. *Richard Cluniac, in Joan XXII.*

DIA 5.—Dedicacion de Nuestra Señora de Cambray en 1472 por Pedro de Ranchicourt, obispo de Arras. Esta iglesia fué construida en honor de María en 524; destruida por los normandos en 882; reedificada en 890 por Dossillon, y en fin, despues de haber sido quemada en los años 1064 y 1148, fué puesta en el estado en que hoy se halla. *Cronic. Hannon, tit. III, l. II, cap. 23.*

DIA 6.—*Nuestra Señora de Iron*, cerca de Blois, patria de Dunois. Hácia 1631 un niño que se habia ahogado en su cuna, fué resucitado en esta capilla luego que sus padres lo hubieron dedicado á Nuestra Señora de Iron. *Ex Archiv. hujus loci.*

DIA 7.—Dedicacion de Nuestra Señora de Arras, en 1484, por Pedro de Ranchicourt obispo de esta ciudad. Segun Baronius, esta iglesia fué construida con las liberalidades de los primeros reyes de Francia por Vaast obispo de Arras, en 542. Los normandos la arruinaron en 583, y despues de haber sido reedificada, fué quemada por un rayo en 1030 y otra vez construida en 1040. *Locrius, l. II.*

Dicese que en 1410, Nuestra Señora de Haut en Hainout volvió la vida á un niño que fué sacado muerto de un pozo en donde habia caído. *Justus Lipsius, de Virg. Hallens, c. 16.*

DIA 8.—*Nuestra Señora de Paz*, en el convento de capuchinas de la calle San Honorato en Paris. ®

DIA 9.—Dedicacion de Nuestra Señora de Coutances, en 1056, por Godofredo de Mombray.

DIA 10.—Dedicacion de Nuestra Señora de Bolonia, cerca de Paris, en 1469 por Chartier, obispo de Paris. La cofradía de Nuestra Señora de Bolonia es tan célebre, que seis de nuestros reyes han querido hacer parte de ella. *Du Breuil, Antiq. l. IV.*

DIA 11.—*Nuestra Señora de Clery*, á cuatro leguas de Orleans: esta iglesia fué reedificada por el rey Luis XI, que fué enterrado en ella en 1483. *Locrius, M. Aug. l. IV, c. 68.*

DIA 12.—Dedicacion de Nuestra Señora de todas Gracias, en las Mínimas de Nigion cerca de Paris, en 1578. En 1476, Ana de Bretaña, mujer de Luis XII, regaló esta casa á San Francisco de Paula que habia instituido su órden en 1436. *Du Breuil, Antiq. de Paris.*

DIA 13.—Cien años antes del nacimiento de Jesucristo, la imagen de Nuestra Señora fué esculpida en una selva, por órden de Priseurs, rey de los Chartres, y fué puesta en el mismo lugar donde hoy existe, con esta inscripcion, *Virgini pariturae*, es decir: á una Virgen que debe parir; este lugar era una gruta en donde los Druidas hacian sus sacrificios. San Potentiam, segundo obispo de Sens, á quien el apóstol envió á Francia, se detuvo en Chartres, en donde bendijo la imagen y dedicó la gruta por iglesia en el año 46 de Jesucristo *Sebast. Rouillard, Parthen, c. IV núm. 1.*

DIA 14.—Nuestra Señora del Matorral, en Portugal. Esta imagen fué vista en un matorral por un pastor; en 1403 Vazquez Perdigon, obispo de Evora, hizo construir en aquel lugar una iglesia y un monasterio que fué dado á los religiosos de San Gerónimo. *Vasconcell, in descript. regni Lusitaniae c. 7 § 5.*

DIA 15.—En 1099 los turcos fueron batidos por Godofredo de Bouillon, quien en este dia tomó Jerusalem en donde fué rey, cuya fiesta anteriormente se celebraba anualmente con oficio doble y octava. *Molanus, ad hanc diem.*

DIA 16.—La fiesta del Escapulario: la tradicion dice que hacia el año de 1251, Nuestra Señora misma se lo dió al bienaventurado Simon Stock; esta devocion se ha esparcido despues por todo el Orbe. Los papas Juan XXII, Gregorio XIII, Sixto V, Gregorio XIV y Clemente VIII, han concedido indulgencias á todos los que pertenecen á esta cofradia. *Cartagena, de ortu ordinis Carmelitarum.*

DIA 17.—En 1565, Pio V aprobó la reforma de las carmelitas descalzas, instituida en Avila en España, por Santa Teresa.

DIA 18.—Nuestra Señora de la Victoria, en Toledo, llamada así á causa de una gran victoria que Alfonso IX rey de Castilla, ganó sobre los moros en 1202. *In Hist. Alfonsi ad Innocent III.*

DIA 19.—Nuestra Señora de Moyen-Pont, cerca de Perona. Esta imagen fué hallada por un pastor cerca de los estanques en donde están hoy las praderas de Améle; se construyó allí una iglesia que fué reparada en 1612. *Triple cour., n. 53.*

DIA 20.—Nuestra Señora de la Gracia, en Piepus, arrabal de San Antonio en Paris. Esta imagen que se ve en un pequeño buque con dos ángeles al frente, fué hecha en 1629, de una astilla sacada de la famosa imagen de Nuestra Señora de Bolonia sobre Mar. *Triple cour., núm. 47.*

DIA 21.—Nuestra Señora de Verdun, en Lorena, célebre por los numerosos milagros que obró. Es-

ta iglesia fué dedicada por San Policarino, quinto obispo de Verdun, á su vuelta del concilio de Calcedonia. *Ex Arch. eccles. Virod.*

DIA 22.—Nuestra Señora de la Guardia, cerca de Marsella. La Reina de los cielos es muy venerada en esta iglesia, en donde todos los sábados se espone el Santísimo Sacramento desde media noche á las doce del dia. Vense allí mas de treinta lámparas gruesas de plata, con cantidad de ramas de coral de prodigiosa magnitud. *Ex Cronic. Massillens.*

DIA 23.—Institucion de la órden del Premontré, hecha por revelacion de Nuestra Señora en 1120, por San Norberto. *Bibliot. Præmonstr. l. 1. c. 2.*

DIA 24.—Fundacion de Nuestra Señora de Cambron, cerca de Mons en Hainaut, por Anselmo de Trasnigny, señor de Perona. *In M. S. en 1148, Hannon. Cronic.*

DIA 25.—Nuestra Señora del Bouchet, á dos y media leguas de Blanc en Berry, romería que atrae afluencia de gentes. La imagen de la Virgen es hecha de la madera de la encina vieja en que fué hallada la primera imagen. *Ex monumentis hujus loci.*

DIA 26.—Nuestra Señora de la Fé, cerca de Abbeville. Habiéndose llevado esta imagen á una capilla construida á cincuenta pasos del lugar en que fué hallada, se pasó milagrosamente á su primer lugar. *De los archivos de Canchy.*

DIA 27.—En 1480 los caballeros de Ródes ganaron una señalada victoria sobre los turcos, con la asistencia de María que se apareció sobre las murallas de la ciudad con una lanza en la mano; el enemigo espantado, huyó perdiendo la mayor parte de sus hombres. *Jacob. Bosius in hist. equitum Rod.*

DIA 28.—Nuestra Señora de la Fé, en Gravelines. Esta imagen es muy célebre en el país. *Hist. Domine Foyens. Gravel.*

DIA 29.—En 1546, en el Concilio de Trento, fué arreglado el que, tocante á la Inmaculada Concepcion de María, se observaria exactamente la constitucion de Sixto IV, bajo las penas que están espresas en ella. *Balingh in Calend.*

DIA 30.—Nuestra Señora de Gray, cerca de Besancon, en el Franco Condado. Esta imagen hecha de encina de Montaigu, era muy venerada en el país. *Triple cour., núm. 53.*

DIA 31.—Nuestra Señora de los Degollados, en Ceica cerca de Lorban, monasterio de Citeaux en Portugal. Se dice que esta imagen fué traída del cielo al abad Juan, tio del rey Alfonso, y que resucitó á varias personas que habian sido degolladas, y que en memoria de este milagro tuvieron despues una señal colorada en el pescuezo, semejante á la que aun se vé hoy en el de la imagen. *Cronic. Cisterc. l. vi, c. 27 y 28.*

AGOSTO.

DIA 1º.—En 1218, apareciéndose Nuestra Señora en este dia á San Ramon de la órden de Santo Domingo, á Santiago, rey de Aragon, y á San Pedro Nolasco, les hizo conocer á todos tres separadamente que deseaba se estableciese una órden para rescatar los cautivos. *Surius, in vita San Raimundi.*

DIA 2.—Nuestra Señora de los Angeles ó de la Porciúncula, á seiscientos pasos de la ciudad de Assise en Italia. Los religiosos de San Benito cedieron esta iglesia á San Francisco, quien construyó allí un convento que estableció gefe del órden; reunió allí el primer capítulo, y rindió su espíritu en él veinte años despues de su conversion y de edad de cuarenta y cinco años. *Chr. Ord. part. I, l. II, c. 1.*

DIA 3.—Nuestra Señora de los Arcos, en Londres. Cuéntase que en 1071, habiendo sido llevada esta imagen con seiscientos casas por el huracan, volvió á caer con tanta fuerza que hundió el pavimento y entró á mas de veinte pies de tierra de donde jamas pudo sacarse. *Williel. Malmesburg, l. IV, in Williel., 2.*

DIA 4.—Nuestra Señora de Dordrech, en Holanda, edificada por Santa Sautera en el lugar que, segun se dice, le habia señalado un ángel enviado por María, en cuya iglesia recibió el martirio. Queriendo Dios perpetuar su memoria, hizo manar una fuente que sanaba las fiebres. *Molan in S. S. Belg.*

DIA 5.—Dedicacion de Nuestra Señora de las Nieves, llamada la Mayor, y anteriormente de la Cuna, en Roma. Fué construida por Juan Patrice y su mujer en 5 de Agosto del año 367, y reconstruida en 432 por Sixto III. *Baron, in Not. ad. ann. 367.*

Dedicacion de Nuestra Señora de los Angeles, en Roma, hecha en 1561 por el papa Pio IV. Esta iglesia que anteriormente hacia parte de las Termas ó baños de Diocleciano, fué erigida en título de cardenal gratificada de varias indulgencias y dada por el mismo papa á los Chartrosos. *Bhlingh. in Calend.*

Nuestra Señora de Proteccion, en la iglesia de los Fuldenses, de la calle de San Honorato en Paris. Fué llamada así por la reina Ana de Austria, el año 1561, en gratitud de los favores que habia recibido de la Reina del cielo. *Du Breuil, Antiq., l. III.*

DIA 6.—En el año 963, Nuestra Señora de Chartres fué enteramente destruida por un incendio, no escapando mas que la túnica de la Virgen que aun existe hoy. *Sebastian Rouillard, Parthen., c. 7.*

DIA 7.—Nuestra Señora de Schieden, en Holanda. La crónica cuenta que un mercader que habia

robado la imagen con intencion de venderla en la feria de Anvers, no pudo alejarse del puerto. Espantado de este prodigio volvió la imagen, que fué solemnemente llevada á la iglesia de San Juan Bautista, en donde Santa Ludivina pasaba las noches enteras en oracion. *Joan, Bruchman, Minorita.*

DIA 8.—Nuestra Señora de Egnies en Brabante, lugar del nacimiento de María de Egnies, quien anualmente visitaba esta imagen, yendo descalza en lo mas riguroso del invierno. *Jacob de Vitriaco, in ejus vita.*

DIA 9.—Nuestra Señora de la Kuen, cerca de Bruselas. Esta iglesia fué construida por órden de Nuestra Señora, quien, segun se dice, hizo marcar las dimensiones por un cuervo que se vé aun hoy. *Auctar. ad Molam.*

DIA 10.—Institucion de la órden de Nuestra Señora de la Merced, en Barcelona, en el año de 1218. *Surius in vita Sancti Raimundi.*

DIA 11.—En 810, el emperador Nicéforo y la emperatriz Irene enviaron á Carlo Magno dos túnicas de la Virgen, que fueron depositadas en su iglesia de Aix-la-Capilla; Carlos el Calvo sacó una de ellas para dársela á la iglesia de Chartres. *Locrius. Anaceph., p. 3.*

DIA 12.—Nuestra Señora de Rouen, que fué construida por Roberto, duque de Normandía. Ricardo IV, rey de Inglaterra, hizo grandes donaciones á esta iglesia, y los reyes de Francia le han concedido grandes privilegios. *Merula, Cosmog., part. 11, l. III, c. 30.*

DIA 13.—Muerte de Nuestra Señora en presencia de los apóstoles, excepto Santo Tomás. Resucitó y subió á los cielos al tercer dia de su muerte. *Suarez, t. II, in p. Disp. 21, sect. in fine.*

DIA 14.—Vispera de la Asuncion de Nuestra Señora, con ayuno del que habla Nicolás I, que era papa en 858. Dícese que en este dia, cerca de la ciudad de Soissons, se oyeron á los ángeles cantando esta antífona: *Felix namque es, sacra Virgo Maria, et omni lauda dignissima, quia ex te ortus es sol justitie, Christus Deus Noster.*—*Thom, Concep., l. II, part. 7.*

DIA 15.—La Asuncion de la Santísima Virgen. Segun dice San Bernardo, esta fiesta fué instituida en tiempo de los apóstoles. *San Bernardo, epistola 174.*

DIA 16.—En igual dia se hizo la apertura del sepulcro de Nuestra Señora, y en prueba de que se habia subido á los cielos, no se encontró mas que su sudario que despedia un delicioso olor. *Sausseyus, in Martirolog. Gallic., die Assumpt.*

DIA 17.—En este dia del año 1304, despues de encomendarse á Nuestra Señora de Chartres, Felipe el Bello ganó una señalada victoria sobre los flamencos; en gratitud de ello, le dió en perpetui-

dad las tierras y señorío de Barras, fundó un anuario perpetuo, y dejó á esta iglesia todo el aparato que tenia en aquella batalla. Esta fiesta se celebra en Nuestra Señora de Paris el dia 18 y el oficio es doble. *Sebastian de Rouillard, c. 6.*

DIA 18.—En 1022, el rey Roberto fundó una capilla en honor de Nuestra Señora, en el patio de palacio, en Paris, en el lugar donde hoy se halla la capilla santa. *Du Breuil, Antiq. de Paris.*

DIA 19.—Nuestra Señora de Jerusalem, cerca de Montecorvo, en Portugal. Allí se vé una capilla construida á imitación de la de Jerusalem; dícese que la Virgen fué quien dió el plano de ella. *Vasconcell, in Descrip. regni Lusit.*

DIA 20.—En la célebre iglesia de benedictinos de Affingham en Brabante, se vé una imagen de la Virgen, de la que se tiene por tradicion, que saludándola San Bernardo en estos términos: ¡Salve, María! le respondió, ¡Salve, Bernardo!—*Just. Lipsius t. II, c. 4, § 4.*

DIA 21.—En 1022, fué instituida en Paris la órden de treinta caballeros de Nuestra Señora de la Estrella, por el rey Roberto, quien decia que la Santísima Virgen era la Estrella de su reino. *A Favin, Hist. de Navarra.*

DIA 22.—Octava de la Asuncion de Nuestra Señora, instituida en 847, por el papa Leon IV. *Jacob. Bosius, núm. 2.*

DIA 23.—En semejante dia del año de 1328, Felipe de Valois, viéndose rodeado de flamencos, invocó á María Santísima, quien al momento lo libertó de este peligro. En gratitud de este favor, al entrar en Paris, se fué directamente á la iglesia de Nuestra Señora, y penetrando en ella á caballo se adelantó por la nave hasta llegar delante del Crucifijo y allí depositó sus armas. El retrato de este monarca á caballo se vió por mucho tiempo en esta iglesia, que fué dotada por él con una renta de 100 libras, sobre su dominio del Gatineso. *Triple cour., trat. 4, c. 7, núm. 7.*

DIA 24.—Dedicacion de Nuestra Señora de Benoiste-Vaux, á una legua de Verdun, en Lorena. Esta capilla conserva una imagen de la Virgen, muy célebre por sus milagros: encuéntrase en este lugar una fuente cuyas aguas sanan varias enfermedades. *Hist. de Nuestra Señora de Benoiste-Vaux, cap. 1 y 9.*

DIA 25.—Nuestra Señora de Rossano, en Calabria. Dícese que los sarracenos queriendo sorprender la ciudad de Rossano, donde ya habian puesto sus escalas, fueron rechazados por Nuestra Señora que se apareció vestida de púrpura y teniendo una antorcha encendida, lo que los aterró tanto que huyeron despavoridos. *Gab. de Barry.*

DIA 26.—Nuestra Señora de la Treille en Donai. Se refiere que hallándose algunos niños jugando sin respeto delante de esta imagen, hizo una seña de desaprobacion: cuyo milagro dió motivo á que

los habitantes le construyesen un templo en 1543. *Buzelin, in annal. Gallo. Flands.*

DIA 27.—Nuestra Señora de Moustier, á ocho ó diez leguas de Sisteron, por Marsella. Segun una antigua tradicion, un señor del país que habia caido prisionero de los turcos, hizo voto de construir una capilla en honor de María si queria libertarlo. Su ruego fué escuchado, y un ángel le tomó sobre sus alas y lo llevó á sus tierras. El señor hizo construir una magnífica capilla en la que se obran muchos milagros. *Ex M. S. ea de re conscript.*

DIA 28.—Nuestra Señora de Kiovie, metropolitana de Rusia en Polonia, en donde está una grande imagen de alabastro, que en 1241 dirigió la palabra á San Jacinto, y le dijo no la abandonase á los enemigos que sitiaban la ciudad, y se la llevase consigo, lo que hizo sin mayor esfuerzo, habiéndose hecho ligera la estatua. *In vita Sancti Hieronimi.*

DIA 29.—Nuestra Señora de Clermont, á diez leguas de Cracovia, en donde hay una imagen hecha por San Lucas y enviada á la emperatriz Santa Pulcheria; esta princesa la colocó en la iglesia de Nuestra Señora de las Guías en Constantinopla, de donde fué sacada por Leon, duque de Rusia; el duque de Opolia, en 1380, quiso llevarla á su ducado, pero cuando hubo llegado á la montaña de Clermont se hizo tan pesada que fué imposible llevarla mas lejos; viéndose por este milagro que este era el lugar que habia escogido por morada, se le construyó una capilla. *Brovius, ad. ann. 1383.*

DIA 30.—Nuestra Señora de Carquere, sobre el rio Dauro, en Portugal. Egas de Monis, gobernador del rey Alfonso I, hizo conducir á este jóven príncipe á esta antigua iglesia de la Santísima Virgen, para que por su intercesion se le aliviase la lepra que le cubria las piernas, lo cual se logró. *Vasconcell., in Regib. Lusit. Anacephal. 1 y 2.*

DIA 31.—Dedicacion de Nuestra Señora de los Fundidores, en Constantinopla. La emperatriz Pulcheria hizo construir esta iglesia y le dió el cinturón de Nuestra Señora. Se hace en Constantinopla una fiesta de esta reliquia con el título de *Deposicion del cinturón de Nuestra Señora.* Habiendo tomado los franceses esta ciudad, fué trasladado aquel precioso tesoro, por Nivellon, obispo de Soissons, y depositado en la célebre abadía de Nuestra Señora, con una parte del velo de la Reina de los cielos. *Niceph., l. IV, c. 8.*

SETIEMBRE.

DIA 1.º.—El primer domingo de este mes, en la iglesia de San Pedro, en Louvain, se hace una fiesta en honor de la Virgen, á la cual se llama: *Recoleccion de todas las fiestas de Nuestra Señora.* *Molanus, ad Usuard. Martirolog.*

DIA 2.—Nuestra Señora de Helbron ó de las Ortigas, en la Franconia, en Alemania. Esta imagen empezó á hacer milagros en 1441. *Triple cour., núm. 73.*

DIA 3.—Dedicacion de la abadía de Corneville, en honor de la Asuncion de Nuestra Señora, en 1147, por Hugo, arzobispo de Rouen. *Gall. Christiana, t. IV.*

DIA 4.—En 1419, Nuestra Señora de Haut, en Hainaut, volvió la vida á una jóven llamada Juana Maillard, quien sacando agua de un pozo muy profundo cayó al fondo de él y fué sacada muerta, pero habiendo invocado su madre á Nuestra Señora de Haut, dió luego señales de vida. *Just. Lipsius, de Virgin. Hallens., c. 19.*

DIA 5.—Nuestra Señora de Madera, cerca de Arras. En 1478, queriendo un caballero hacer de esta capilla su caballeriza, fué al momento matado por su mismo caballo. *Triple cour., núm. 62.*

DIA 6.—Nuestra Señora de la Fuente, á media legua de Valenciennes. La tradicion dice que la Virgen se apareció en este lugar á un ermitaño cuando la peste assolaba la ciudad, y le mandó dijese á los habitantes que ayunasen el dia siguiente y pasasen la noche en oracion; lo que habiéndose hecho se la vió bajar del cielo y rodear toda la ciudad de un cordel, que aun hoy se guarda en la ciudad de Valenciennes. *Ex libello de ea re scripto.*

DIA 7.—Víspera de la Natividad de Nuestra Señora, instituida en 722 por Gregorio II. *Balinh. in Calend.*

DIA 8.—La Natividad de Nuestra Señora, que, segun Baronius, aconteció en el año 4007 de la creacion, un sábado al amanecer, quince años antes del nacimiento de Nuestro Salvador. Esta fiesta fué instituida el dia 8 de Setiembre en la iglesia griega, en la latina en 436; y en Francia por San Maurillo, obispo de Angers.

Dedicacion de la iglesia de Nuestra Señora de Liesse, en la diócesis de Laon, á diez leguas de Reims.

Dedicacion de Nuestra Señora de Monserrate, en Cataluña.

DIA 9.—Nuestra Señora del Puy, en Velay. S. Jorge, que fué su primer obispo, habia señalado el lugar de esta iglesia, que no fué construida sino hasta el año 221. La Virgen dió este cargo á San Evode ó Vosi, sétimo obispo del mismo lugar, á quien mandó pusiese la sede episcopal en Puy. San Evode obedeció á la Virgen; mas cuando quiso consagrar su iglesia, reconoció que la dedicacion habia sido hecha ya por los ángeles; las puertas se abrieron por sí mismas; las campanas sonaron; se hallaron los cirios encendidos, y el santo crisma que habia servido á los ángeles, parecia aun fresco sobre el altar y en las paredes del templo. *Odo Gissens, de Virg. Aniciens., l. II, c. 7, § y 9.*

DIA 10.—Nuestra Señora de Truto, cerca de Colonia. Esta iglesia fué construida bajo el reinado de Othon I, por San Heriberto arzobispo de Co-

lonia, en el mismo lugar en donde los ídolos eran adorados antiguamente.

DIA 11.—Nuestra Señora de Hildesheim, en el ducado de Brunswick en Alemania. Allí se venera una imagen que Luis el Benigno llevaba siempre consigo. Un dia que la olvidó en un bosque, se hizo tan pesada que fué imposible sacarla de allí, lo que hizo que el rey se determinase á construirle una iglesia en el mismo sitio. *Triple cour., núm. 75.*

DIA 12.—Nuestra Señora de la Salud, en la Baja Normandia. Se obran allí multitud de curaciones maravillosas. *Ex Archiv. hujus eccles.*

DIA 13.—Nuestra Señora de Guadalupe, en España; esta imagen enviada á San Leandro, obispo de Sevilla, por el papa Gregorio, fué escondida en tiempo de la invasion de los moros, con el cuerpo de San Fulgencio, en la gruta de Guadalupe, donde permaneció mas de seiscientos años, hasta que Nuestra Señora se lo reveló á un pastor. *Joann. Mariana, l. VI, de Reb. Hispan.*

DIA 14.—Dedicacion de Nuestra Señora de Fontevault, en Poitou, hecha en 1129 por el papa Calixto II. *Gall. Christiana.*

DIA 15.—Octava de la Natividad de Nuestra Señora, instituida á ocasion de algunas diferencias que ocurrieron en la eleccion del sucesor de Celestino IV, que fueron causa que los cardenales recurriesen á Nuestra Señora, obligándose por voto á agregar una octava á su Natividad luego que hubiese un papa. Habiéndose elegido Inocencio IV, este instituyó esta octava en 1243, primer año de su pontificado. *Arnoldus Wionius, l. V. Ligni vita, c. 22.*

DIA 16.—Nuestra Señora de Buenas Nuevas, en Orleans, construida en 996 por el rey Roberto en el mismo lugar en donde recibió la noticia que su padre Hugues habia sido libertado de la muerte. *Locrius Maria Augusta, l. IV, c. 62.*

DIA 17.—Deposicion de la imagen de Nuestra Señora del Puy, en Velay. En 1254 al volver de ultramar, el rey San Luis dió esta imagen á la iglesia del Puy.

DIA 18.—Nuestra Señora de Smelcen, en Flandes. La crónica dice que algunos pastores observaron que sus ovejas doblaban las manos delante de esta imagen. Esto fué causa que Beaudoin llamado Bella Barba, escogió este lugar para construirle una iglesia, en gratitud de que Nuestra Señora le habia sanado de un mal que padecia desde diez y siete años. *Triple cour. núm. 63.*

DIA 19.—Nuestra Señora de la Salud, cerca de Monte-Leon, en Gascuña, Geofroy, *Hist. de la Virg. de la Salud.*

DIA 20.—Nuestra Señora del pié de Plata, en Toul, en Lorena, en donde se vé una imagen que, segun una tradicion, en 1284 advirtió á una mujer una traicion que se tramaba contra la ciudad, en señal de lo cual la Virgen estendió su pié que fué cubierto en plata. *Triple cour., núm. 57.*

DIA 21.—Nuestra Señora de Pucha, en el reino de Valencia. Esta imagen fué hallada en 1223,

con el favor de siete estrellas que se veían brillar en aquel lugar, lo que obligó á que se cavase la tierra, hasta que se encontró una imagen de la Virgen. *Bernard Comes, Hist. Hispan., l. 10.*

DIA 22.—Imposicion del nombre de María á Nuestra Señora, hecho por su madre Santa Ana. *Petrus á Castro, Hist. Virg. l. 2.*

DIA 23.—Nuestra Señora de Babanera, en España. Esta imagen fué hallada en el mismo lugar donde se vé hoy la magnífica iglesia que el rey Alfonso le hizo construir. *Anton. Yopz, in Chron. vic.*

DIA 24.—Nuestra Señora de Roquemadour ó Roca de Amator, en la diócesis de Cahors en Quercy. Esta romería es llamada así porque San Amator vulgarmente llamado San Amant, vivió algun tiempo sobre esta roca, que comenzó á ser mentada hácia el año de 1140. *Hugo Fascitus, de Miracul. B. Vir. Rupiramat.*

DIA 25.—Nuestra Señora del Passer, en Rodez. Esta imagen tantas veces llevada de un lugar á otro, se encontraba siempre en su antiguo lugar, lo que motivó se le construyese una iglesia en él. *Triple cour., núm. 53.*

DIA 26.—Nuestra Señora de la Victoria, en Tournay. En 1340, los habitantes viéndose sitiados por los ingleses hácia ya 40 dias, y considerando que solo la Virgen podia libertarlos, llevaron las llaves de la ciudad á la iglesia de Nuestra Señora; á penas habian mostrado esta prueba de confianza cuando se levantó el sitio, no teniendo ya viveres mas que para tres dias. *Ex Archiv. Tornasens.*

DIA 27.—Nuestra Señora del Buen Encuentro, á media legua de Agde. Esta imagen de tierra fué milagrosamente descubierta en 1523. *Triple cour. núm. 34.*

DIA 28.—Nuestra Señora de Cambren, de la órden de Citeaux en Hainaut, cerca de Mons. Se dice que en 1322, habiendo sido esta imagen herida por un perverso, derramó mucha sangre. *Hist. Camberon, edita Duaci. ann. 1602.*

DIA 29.—Nuestra Señora de Tongres, en la diócesis de Cambrai. En 1081, fué llevada esta imagen á un jardín, en donde el obispo de Cambrai le hizo construir una iglesia. *Triple cour., núm. 1602.*

DIA 30.—Nuestra Señora de Beumont, en Lorena, entre Domrémy y Vauculiers. Juana de Arco se retiraba frecuentemente á esta iglesia para encomendar los negocios de Francia á la Reina de cielo y tierra, quien le mandó tomar las armas para libertar este reino. *La misma, tratado 3, cap. 7.*

OCTUBRE.

DIA 1.—Fundacion de la abadia de la Corona, de la órden de San Agustin, en la diócesis de Ariglema, con el título de Nuestra Señora hecha en 1122 por Lamberto que fué su primer abad. *Gallia Christiana, t. IV.*

DIA 2.—Nuestra Señora de la Asuncion, en Nápoles, construida por los canónigos regulares de San Agustin, en gratitud del favor que les hizo la Madre de Dios, avisándoles dejasen una casa que cayó luego que hubieron salido de ella. *Triple cour., núm. 42.*

DIA 3.—Nuestra Señora de la Plaza, en Roma. En 1250 habiendo caido esta imagen en un pozo de la casa del cardenal Capoce, la agua se infló milagrosamente y sacó la imagen fuera, la que el cardenal puso en su Capilla; mas el papa Inocencio IV le obligó á que le construyese otra en el lugar del milagro. Habiendo sido dada esta capilla á los Servitas, hicieron construir una magnífica iglesia en donde este pozo está encerrado. *La misma núm. 100.*

DIA 4.—Nuestra Señora de Vausvicières, sobre las montañas de Auvernia, cerca del Monte de Oro, en donde existe una imagen que milagrosamente se conservó y preservó del saqueo de la ciudad, hecho por los ingleses en 1374. Habiéndose llevado esta imagen á la iglesia de Besse fué hallada en su primer lugar. *Duchene, c. 9.*

DIA 5.—Nuestra Señora de Buch, en las montañas de los Pinos en Guyena. La mar arrojó esta imagen sobre la playa al tiempo que Santo Tomas Cordelero hacia allí oracion en favor de dos navios que se veían en peligro; este santo recibió la imagen con respeto y la puso en aquel lugar, en una Capilla que le construyó. *Florimond Raymond, Hist. de los Heres., l. 1.*

Santa María de Jersey, consagrada en 1320 en el Archipiélago de la Mancha. *Chartier de Contances, dicho el Libro negro.*

DIA 6.—Nuestra Señora de la Plebe, en Venecia, construida en 1480.

DIA 7.—Fiesta del Rosario, instituida en 1573 por Gregorio XIII, despues de la victoria de Lepanto ganada sobre los turcos. *Joseph, Stephan. Tract. de indulg. Rosarii.*

DIA 8.—Nuestra Señora de los Donos, en Avignon. La tradicion, que atribuye la fundacion de esta iglesia á Santa Marta, dice que fué consagrada por el mismo J. C. Habiendo sido destruida por los sarracenos, fué reparada por el emperador Carlo-Magno. *Triple cour., núm. 40.*

DIA 9.—En 723, la noche del dia en que el príncipe de los sarracenos hizo cortar la mano á San Juan Damasceno, Nuestra Señora la volvió á unir al puño segun se lo habia pedido el fiel servidor, con el designio de seguir escribiendo en honor suyo. *Joan. Patriarch. Jerosolimit., in vita Sancti Joann. Damasc. apud Surium.*

DIA 10.—Nuestra Señora del Claustro, en Besancon. La imagen de Nuestra Señora colocada en el claustro de la Magdalena, en 1624 fué preservada de un incendio, aunque el nicho en donde se hallaba fuese reducido á cenizas. *Triple cour., núm. 58.*

DIA 11.—Nuestra Señora la Blanca, en la iglesia del monasterio de los Fuldences en Ouville, país

de Caux. Esta imagen es muy venerada en el país. *Ex Archiv. hujus Monast.*

DIA 12.—Nuestra Señora de la Fé, en Lieja. En 1609, fué hallada esta imagen por un carpintero llamado Gilles de Wanlin, quien tumbando un fresno para hacer un bote encontró una imagen hecha de tierra blanca, y encerrada en el árbol con una reja de fiero; fué puesta en otro fresno que se colocó en una iglesia que se construyó en el mismo lugar en donde estaba el árbol en que fué hallada. *Triple cour., núm. 60.*

DIA 13.—Dedicacion de Clairvaux, en la diócesis de Langres. San Bernardo fué el primer abad de este monasterio, en donde murió en 1153 de edad de 63 años. Alfonso I rey de Portugal, se obligó por él y sus sucesores á pagar anualmente en calidad de vasallo de Nuestra Señora de Clairvaux, la cantidad de cincuenta maravedises de oro. *Chronic. Cisterciens.*

DIA 14.—Nuestra Señora de la Rochette, cerca de Génova. Habiéndose aprosimado un pastor á un matorral en el que oía una voz quejosa, encontró en él una imagen de la Virgen, lo que dió lugar á que se construyese un templo allí mismo. *Astolph. Hist. univers. B. Mariae Virg.*

DIA 15.—Dedicacion de Nuestra Señora de Terouennes en 1133, por Milon trigésimo sétimo obispo de esta iglesia. *Jacob, Meyorus, l. II, Annal. Flandriae.*

DIA 16.—Dedicacion de Nuestra Señora de Milan, por el papa Martin V en 1417. Esta iglesia fué construida en 1388 por Juan Galeas, duque de Milan. *Philip. Bergoni, suplic. ann. 1388.*

DIA 17.—Dedicacion de la gruta de Nuestra Señora de Chartres, en 46 por San Pontian.—Dedicacion de la iglesia de Citeaux en la diócesis de Chalons, con el título de Nuestra Señora. *Sebast. Rouillard c. 4, núm. 4.*

DIA 18.—Dedicacion de Nuestra Señora de Reims, construida en 405 por Nicaise arzobispo de esta ciudad. Habiendo sido arruinada esta iglesia, fué reconstruida por Ebon é Hinemar, y concluida en 845. *Elodardus l. 1, c. 6.*

DIA 19.—Dedicacion de la abadia de Royaumont con el título de la Santa Cruz y de Nuestra Señora, hecha en 1235 por Juan, arzobispo de Mytilene. Este monasterio habia sido fundado por San Luis en 1227. *Gallia. Christ., t. IV.*

DIA 20.—Dedicacion de la iglesia de Pontigny, á cuatro leguas de Auxerre con el título de Nuestra Señora. Esta abadia fué fundada en 1114 por Thibaut, conde de Champaña. *Angel. Mauriq.*

DIA 21.—Nuestra Señora de Tulan, cerca de Dijon. *Ex monumentis Divion.*

DIA 22.—Nuestra Señora de debajo de Tierra, á media legua del gran Cairo. Se dice por tradicion que la Santísima Virgen permaneció algunos años en esta capilla subterránea. *Triple cour., núm. 9.*

DIA 23.—Nuestra Señora de Consolacion, cerca de Honfleur. Esta capilla es [muy frecuentada;

dos niños recobraron la vida en ella, en memoria de lo cual sus figuras están allí de plata. *Ex archiv. hujus loci.*

DIA 24.—Nuestra Señora de los Ermitaños, en Suiza, en donde estaba antiguamente la ermita que habitó San Meinrad, hasta que el emperador Oton hizo construir una iglesia segun la órden que habia recibido del cielo. Esta iglesia tiene una capilla que en 1418, segun se dice fué consagrada por Nuestro Señor acompañado de ángeles y santos, que en presencia de la Virgen llenaban las funciones de los oficiales ordinarios de la iglesia. *Triple cour., núm. 84.*

DIA 25.—Dedicacion de Nuestra Señora de Toledo en España, hecha hácia el año 1075 por Bernardo, arzobispo de esta ciudad. Esta catedral posee una renta de 300,000 libras. *Joann. Mariana, l. IX, c. 18.*

DIA 26.—Dedicacion de Nuestra Señora de la Victoria cerca de Senlis en 1225 por Guarin obispo de Senlis y Canciller de Francia. Esta abadia fué construida por Felipe Augusto, en gratitud de la victoria que en 214 ganó sobre Oton IV en Bouvines. *Carta Tabular de Victoria.*

DIA 27.—Nuestra Señora de la Basilla, en Lombardia, mas allá del Pó, en donde está una iglesia construida por órden espresa de la Virgen. *Albert. Leander, in Descriptione Italiae.*

DIA 28.—Nuestra Señora de Vivonne, en Saboya, en donde se venera una imagen milagrosamente hallada por un labrador. Habiendo sido tres veces llevada á la iglesia del pueblo fué otras tantas vuelta á encontrar en su primitivo lugar, lo que hizo se le construyese una iglesia allí mismo, la cual fué dada á los Carmelitas. *Astolphos. in histor. univers. imág. B. Virg.*

DIA 29.—Nuestra Señora de Orape, cerca de Bielle en Saboya. Esta imagen de madera de cedro y de seis piés de altura, está en una capilla que San Eusebio obispo de Verceil hizo construir en 350: allí era donde se retiraba aquel prelado durante las disensiones de los arienses. *Triple cour., núm. 112.*

DIA 30.—Nuestra Señora de Mondevi, en Vie, en Piamonte, en donde está una imagen que un ladrillero hizo pintar sobre un pilar de ladrillos que habia levantado con este objeto. Este pilar fué cercado con una iglesia, en donde acude mucha gente por los milagros que se operan en ella. *Hist de Mondevi, c. 2.*

DIA 31.—En 1116, Nuestra Señora salvó un acólito que habia caido en el pozo de la iglesia de Chartres. Todo el tiempo que permaneció en el pozo oyó que los ángeles respondian á las oraciones públicas que se hacian en la iglesia; de donde vino la costumbre en Chartres, de que el coro jamas responde en alta voz á los Dominus vobiscum. —*Sebast. Rouillard, Parthen., c. 6, núm. 14.*

NOVIEMBRE.

DIA 1.º.—*La fiesta de todos los Santos*, instituida en Roma en honor de Nuestra Señora y de los Santos por Bonifacio IV en 608; y despues en todas las iglesias de la cristiandad por Gregorio IV, quien la instituyó en 829 á suplicas de Luis el *Débonaire* que dió un edicto para que se observase en todos sus estados. *Baron., ad martyrol., Roman.*

DIA 2.—*Nuestra Señora de Emmimont*, cerca de Abbeville. Esta iglesia es muy visitada por los peregrinos. *Antig. de Abbe., l. 1.*

DIA 3.—*Nuestra Señora de Rennes*, en Bretaña. Habiendo los ingleses hecho una mina para hacer saltar la ciudad, se dice, que los cirios se vieron de repente encendidos, las campanas sonaron solas, y vióse la Santísima Virgen que estendió sus brazos hácia el centro de la iglesia, en donde se hallaba la mina que fué descubierta por este milagro. *Triple cour., trat. 3, cap. 7 y 8.*

DIA 4.—*Nuestra Señora de la Puerta Luisa*, en Milan. La tradicion dice que esta imágen recibió los homenajes de los ángeles, á quienes varias personas vieron hincarse ante ella. *Astolphus, ex hist., universal. imag. B. Virgin.*

DIA 5.—*Nuestra Señora de Damiette*, en Egipto. Esta iglesia fué consagrada en honor de la Virgen en 1220 por Pelagio, legado apostólico. *Emilius, in Philippo.*

DIA 6.—*Nuestra Señora de Valfleurie*, á siete leguas de Lyon. Esta iglesia es llamada así, porque la imágen que está en el altar mayor fué hallada por unos pastores en unos matorrales que estaban floridos hácia el tiempo de Noël. *Triple cour., núm. 47.*

DIA 7.—*Nuestra Señora del Estanque*, cerca de Dijon. Esta imágen de tierra cocida fué descubierta en 1531, por un buey que siempre se detenía en aquel lugar, y que á pesar de que se comía toda la yerba, esta siempre se veía mas tupida y mas fresca. *Triple cour., núm. 42.*

DIA 8.—*Nuestra Señora de la Hermosa Fuente*, en la diócesis de la Rochela. Esta imágen es venerada de tiempo inmemorable. *Ex Archiv. hujus abbatic.*

DIA 9.—*Nuestra Señora del Buen Socorro*, en la Perche, cerca de Roumalard. Esta iglesia es muy frecuentada por las personas que se encuentran afligidas. *Triple cour., núm. 52.*

DIA 10.—En 1552, Nuestra Señora de Loreto sanó un pachá turco de una enfermedad incurable, habiéndolo persuadido uno de sus esclavos que era cristiano, á que recurriese á Nuestra Señora; este infiel lo creyó y le prometió darle su libertad si la Virgen le sanaba. Habiendo recobrado la salud, envió muchos presentes á la iglesia de Loreto, entre otros su arco y su carques. *Turtel. hist. Lauret., l. III, c. 18.*

DIA 11.—En este dia del año 1546, los portugueses ganaron una gran victoria sobre los infieles

que se hallaban delante del castillo de Die, en la India Oriental, hacia siete meses, y que lo hubieran tomado al asalto, si Nuestra Señora no se hubiese presentado sobre sus murallas, lo que puso tal espanto en el campo enemigo, que luego levantaron el sitio. *Balingh. in Calend.*

DIA 12.—*Nuestra Señora de la Torre*, en Fribourg, construida sobre las tierras de los herejes en el mismo sitio en donde se había hallado la imágen. *Triple cour., núm. 85.*

DIA 13.—Dedicacion de la abadía du Bee, en Normandía en 1077, por Lanfranc, arzobispo de Cantorbery. Esta abadía de benedictinos, fué fundada en 1045, por Herluin, que fué su primer abad. *Guillelm. Gemiticensis, l. VI, de duc. Norman. cap. 9.*

DIA 14.—*Nuestra Señora de la Gruta*, en la diócesis de Lamego, en Portugal. Esta capilla ha sido fabricada en la roca, en el mismo lugar en donde fué hallada la imágen. *Vasconcell, in descript. regni Lusitan.*

DIA 15.—*Nuestra Señora de Pignerol*, construida en honor de la Asuncion de Nuestra Señora, por Adelaida, condesa de Saboya. *Ex Archiv. hujus loci.*

DIA 16.—*Nuestra Señora de Chèvres*, en Hainaut, en donde en 1130, la dama del lugar llamada Ide, hizo construir una capilla cerca de una fuente, en donde se había hallado una imágen de Nuestra Señora que hizo muchos milagros. *Triple cour., núm. 62.*

DIA 17.—Institucion de la cofradía de Nuestra Señora de Sion en Nancy en Lorena, hecha en 1393 por Frery de Lorena, conde de Vaudemont. *Triple cour., núm. 66.*

DIA 18.—*Nuestra Señora de Bordieux*, cerca de Bourges. Esta abadía de benedictinos fué construida en 928 por Ebbon, señor de Berry. *Brovius, ad ann. 928.*

DIA 19.—*Nuestra Señora de Buenas Nuevas*, en la abadía de San Victor, que María de Médicis visitaba todos los sábados. La abadía fué fundada en 1113, por Luis el Grueso. *Ex Archiv. S. Victor Parisiensis.*

DIA 20.—*Nuestra Señora de la Guarda*, cerca de Bolonia, en Italia. Esta imágen estaba en la iglesia de Santa Sofia en Constantinopla, y tenia esta inscripcion: "Este retablo, pintado por San Lucas, debe ser llevado á Nuestra Señora de la Guarda y puesto sobre el altar de la iglesia." Un religioso griego partió para Italia hácia el año 433 con la imágen que se le confió, y la depositó en el monte de la Guarda. *Brovius, ad ann. 1433, núm. 379.*

DIA 21.—*La Presentacion de Nuestra Señora*. Esta fiesta fué instituida en la iglesia griega, hace mas de novecientos años, pues que San German, que tenia la silla de Constantinopla en 715, fué el que compuso el sermón. *Baronius, in notis ad Martyrol.*

DIA 22.—Institucion de la cofradía de la Presen-

tacion de Nuestra Señora, hecha en San Omer en 1481. *Adalardus Tassart, in cron. ad ann. 1481.*

DIA 23.—*Nuestra Señora de la Bóveda*, cerca del pueblo de Santa Anastasia, en los alrededores de Florencia. *Triple cour., núm. 102.*

DIA 24.—En 1535, Nuestra Señora de Monserate volvió el habla á un saboyardo. *Hist. Montiss.*

DIA 25.—*Nuestra Señora de la Roca*, en el territorio de Fiezoli, Toscana. Esta imágen está colocada en una roca, en donde dos pastores se retiraban para orar; Nuestra Señora les mandó construir una iglesia en aquel lugar. *Archangel. Janius, in annal. P.P. Servitarium.*

DIA 26.—*Nuestra Señora de los Montes*, en Italia, entre los montes Esquilin é Viminal. Esta imágen fué milagrosamente hallada en 1500. *Triple cour., núm. 99.*

DIA 27.—Dedicacion de la ciudad de Lesina, en la campiña de Roma. Esta ciudad fué dada á Nuestra Señora en 1400 por Margarita, reina de Polonia, y madre de Ladislao. *Brovius, l. IX, de sing. Eccles.*

DIA 28.—*Nuestra Señora de Walsingham*, en Inglaterra, muy venerada por Eduardo I, quien un dia jugando al ajedrez se levantó instintivamente de su sitio, y al mismo tiempo cayó de la bóveda una enorme piedra que rompió la silla y la mesa. Desde entonces honró muy particularmente á Nuestra Señora de Walsingham. *Tomas Walsingh. in hist. Ang. in Eduardo I.*

DIA 29.—*Nuestra Señora de la Corona*, en Palermo, llamada así porque era en ella que los reyes de Sicilia recibían la corona real, como teniéndola de la Madre de Dios y no queriendo llevarla sino por ella. *Thom. Facellus, l. VIII, prioris decad. de reb. Siculis.*

DIA 30.—*Nuestra Señora de Genesta*, sobre la costa de Genes en Italia. Una pobre mujer llamada Petruccia emprendió la construccion de esta iglesia, lo que á todo el mundo le pareció imposible; no por eso dejó de poner la primera piedra, y aseguró que no moriría sin que la Virgen y San Agustín hubiesen acabado la iglesia; lo que en efecto sucedió, pues poco despues la iglesia se halló milagrosamente acabada. *Segnimus, in Chronic.*

DICIEMBRE.

DIA 1.º.—*Nuestra Señora de Ratismonne*, en Baviera, fundada por el duque Theodon despues de haber recibido el bautismo por San Ruperto, obispo de Salisburgo y apóstol de Baviera, quien despues consagró esta iglesia. *Canisius l. V de Virg. cap. 25.*

DIA 2.—*Nuestra Señora de Didinia*, en Capadocia, ante la cual San Basilio rogaba á la Virgen remediase los desórdenes que causaba Julian el apóstata; este santo fué favorecido por una vision que le anunciaba la muerte del emperador. *Baronius, ad annum 303.*

DIA 3.—*Nuestra Señora de Filerma*, cerca de Malta. Esta imágen que se había quedado en medio de las ruinas de la iglesia de San Márcos de Rodes fué llevada á la iglesia de Santa Catarina; y en fin, habiendo abandonado los caballeros la ciudad de Rodes, fué llevada á la iglesia de San Lorenzo, en donde quedó entera á pesar de quemada toda la iglesia. *Triple cour., núm. 91.*

DIA 4.—*Nuestra Señora de la Capilla*, en Abbeville. Esta iglesia fué construida en 1400, sobre una pequeña colina en donde antiguamente se adoraban los ídolos. *Antig. de Abbev. l. 1.*

DIA 5.—El año 1584 fué instituida la primera congregacion de Nuestra Señora en el Colegio de Jesuitas de Roma, de donde vino la costumbre que tienen de establecerla en todas sus casas. *Balingh. in Calend.*

DIA 6.—*Nuestra Señora de la Fourviere*, en Lyon, sobre la montaña, célebre en milagros y por el concurso extraordinario del pueblo de esta gran ciudad, particularmente los sábados.

DIA 7.—En este dia, un domingo del año 1550, los canónigos de Nuestra Señora de Paris estando en procesion delante de la imágen que está cerca de la puerta del coro, un loro hereje, hendiendo la muchedumbre con espada en mano quiso herir esta imágen, mas fué impedido por los asistentes, y el juéves siguiente fué ejecutado en la plaza de Nuestra Señora. *Du Breuil Antig. de Paris, l. 1.*

DIA 8.—*La Concepcion de la Santísima Virgen*. Esta fiesta comenzó en Oriente hace mas de novecientos años. Fué instituida en Inglaterra en 1100 por San Anselmo, arzobispo de Cantorbery, despues en la diócesis de Lyon en 1145, y en fin, en 1576 Sixto IV ordenó que fuese celebrada en toda la cristiandad. *Joann Molan, in annal. 1, ad Usuard.*

DIA 9.—*Nuestra Señora de la Concepcion*, en Nápoles, llamada así porque en 1618 el virey con toda su corte y la milicia de Nápoles hizo voto, en la iglesia de Nuestra Señora la Grande, de creer y defender la inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen. *Triple cour., núm. 43.*

DIA 10.—Institucion de las religiosas de la Concepcion de Nuestra Señora por Beatriz de Sylva, á quien se dice que Nuestra Señora se apareció en 1484, vestida de una túnica blanca y de un escapulario del mismo color con un manto azul. Beatriz hermana del B. Amédée, tomó este hábito para su órden, aprobado por Inocencio VIII. *Vasconcell., in descript. regni Lusit.*

DIA 11.—*Nuestra Señora de los Angeles*, en el bosque de Livry, á cuatro leguas de Paris. Tres mercaderes angevinos en 1212 habiendo sido maltratados por los ladrones que los amarraron con designio de dejarlos morir, acudieron á Nuestra Señora, quien al momento les mandó tres ángeles para ponerlos en libertad. Despues de este milagro, otros varios milagros que se hicieron allí han hecho célebre esta capilla. *De los registros de la abadía de Livry.*

DIA 12.—*Nuestra Señora de Buena Nueva*, en Abbeville. Esta pequeña capital que está en el priorato de San Pedro, ha sido siempre muy frecuentada. *Antiq. de Abbev.* l. 1.

DIA 13.—*Nuestra Señora de la Santa Capilla*, en Paris. Esta imagen que está debajo del pórtico de la Baja Santa Capilla, ha hecho muchos milagros.

DIA 14.—*Nuestra Señora de Alba la Real*, en Hungría, fué construida por San Estéban rey de Hungría, que había dado su reino á la Santísima Virgen. *Joann. Bonifacius, Hist., Virg., l. II, c. 1.*

DIA 15.—Octava de la Concepcion de Nuestra Señora, instituida por el papa Sixto IV. *Bullarium.*

DIA 16.—Institucion de la célebre cofradía de Nuestra Señora, de Buena Reservacion, en la iglesia de San Estéban de Gres en Paris, hecha en 1533, y á la que Gregorio XIII concedió grandes indulgencias en 1518.

DIA 17.—*Nuestra Señora de Amiens*. Esta iglesia ha tenido por primer obispo á San Fermin que recibió la corona del martirio bajo la persecucion de Diocleciano. En esta iglesia se ve una parte de la cabeza de San Juan Bautista traída en 1205 por un viajero que volvía de Constantinopla. *Locris, Mariae Augustae, l. IV, c. 59.*

DIA 18.—Dedicacion de Nuestra Señora de Marsella, hecha por San Lázaro en presencia de sus dos hermanas María Magdalena y Marta, y de los tres santos prelates Máximo, Trofimo y Eutropo. *Canisius l. V. Moral.*

DIA 19.—En 657, estando San Ildefonso rezando maitines, segun se dice, apareciósele Nuestra Señora acompañada de un gran número de bienaventurados, teniendo en sus manos el libro que compuso en su honor; y le dejó en gratitud una casulla blanca que aun se conserva en Oviedo, en donde Alfonso el Casto, rey de Castilla, la hizo llevar á la iglesia de San Salvador que había hecho construir. *Baron, ad annal. 657, n. 12.*

Nuestra Señora de Etalem, en Baviera, construida por el emperador Luis XIV. *Albert. Krantzius l. I Metropol.*

DIA 20.—En este dia del año 1075 fué fundada la abadía de Nuestra Señora de Moleme, de la orden de San Benito, en la diócesis de Langres, por San Roberto que fué abad de ella. *Gallia Christ., t. IV.*

DIA 21.—Fundacion de San Acheul, cerca de Amiens, bajo el título de *Nuestra Señora*, por San Fermin, primer obispo de esta ciudad. *Ex archiv. S. Achiidi.*

DIA 22.—*Nuestra Señora de Chartres*, en Beauce. Esta iglesia que fué construida en tiempo de los apóstoles, despues de haber sido destruida muchas veces fué respuesta en el estado en que está

ahora por San Fulberto. *Sebast. Rouillard, Parthen, c. 5.*

DIA 23.—*Nuestra Señora de los Ardilleers*, en Saumur en Anjou. Su nombre es ilustre por toda Francia, tanto por el concurso de gentes que los milagros atrae, como por una fuente que sana muchas enfermedades. Esta imagen representa Nuestra Señora de la Piedad teniendo su hijo muerto en brazos, cuya cabeza es sostenida por un ángel. *Locris, Mariae Augustae, l. IV, c. 60.*

DIA 24.—Celebracion del casamiento virginal de Nuestra Señora y de S. José, desde mucho tiempo celebrado en Sens y en varias iglesias de Francia. *Sausseyus, in Martirolog, Gallie.*

DIA 25.—En este mismo dia, á media noche, la Santísima Virgen parió al Salvador del mundo en el establo de Belen, en donde salió una fuente milagrosa. *Baron, in Aparat, ad annal.*

DIA 26.—Institucion de la cofradía de la Concepcion de Nuestra Señora, hecha en 1443 en el convento grande de Agustinos de Paris. El papa Inocencio III concedió grandes indulgencias á dicho convento. *Du Breuil Antiq. l. II.*

DIA 27.—Institucion de la orden de los caballeros de Nuestra Señora, hecha en 1370 por Luis II, duque de Borgoña. *Andr. Favin, l. VIII, Hist. de Navarra et l. III del teatro de honor.*

DIA 28.—*Nuestra Señora de Pontoise*, á siete leguas de Paris. Esta imagen que está puesta sobre el pórtico de la iglesia del arrabal de esta ciudad, es muy célebre á causa de los milagros que opera. *Ex archiv. hujus ecclie.*

DIA 29.—*Nuestra Señora de Spire*, en Alemania. El 29 de Diciembre de 1146 entrando en esta iglesia fué muy bien recibida por los canónigos que la condujeron hasta el coro cantando la *Salve Regina*: concluida que fué, San Bernardo saludó á la Santísima Virgen en estos términos: *O clemens, ó pia, ó dulcis Virgo Mariae*, á lo cual se dice que le respondió con: *Salve, Bernarde*. Estas palabras de San Bernardo fueron agregadas á la *Salve Regina* que fué compuesta en 1040 por Herman, religioso Benedictino. *Angel Manrique, Anual, crist. ad ann 1146, c. 10, etc.*

DIA 30.—*Santa María de Bolonia*, en Picardía. Esta iglesia fué fundada por las religiosas de San Agustin en 1159, fué arruinada por Enrique VIII rey de Inglaterra, secularizada y hecha catedral en 1559. *Gall. Christ. t. IV.*

DIA 31.—Cien años antes del nacimiento de Nuestro Señor, la imagen de Nuestra Señora de Chartres, que los druidas habían consagrado á la Santísima Virgen que debía parir, resucitó al hijo de Godofredo, rey ó príncipe de Montlery; en gratitud de este favor hizo muchos presentes á la imagen, como lo manifiesta la historia de este milagro representada sobre los vidrios de la iglesia. *Sebast. Rouillard, Parthen, c. 3.*

INDICE.

PARTE PRIMERA.

GREGORIUS PP. XVI.	VII
INTRODUCCION.	IX
CAP. I.—Espectacion universal de la Virgen y del Mesías.	15
CAP. II.—La Concepcion immaculada.	26
CAP. III.—Nacimiento de María.	30
CAP. IV.—La Presentacion.	32
CAP. V.—María en el templo.	37
CAP. VI.—María huérfana.	43
CAP. VII.—Matrimonio de la Virgen.	46
CAP. VIII.—La Anunciacion.	53
CAP. IX.—Visitacion.	57
CAP. X.—Embarazo virginal de María.	60
CAP. XI.—Nacimiento del Mesías.	63
CAP. XII.—La adoracion de los Magos.	67
CAP. XIII.—La Purificacion.	72
CAP. XIV.—La huida á Egipto.	74
CAP. XV.—La vuelta á Nazareth.	78
CAP. XVI.—María en las predicaciones de Jesus.	82
CAP. XVII.—María en el Calvario.	88
CAP. XVIII.—Muerte de María.	96

PARTE SEGUNDA.

CAP. I.—Origen y antigüedad del culto de María.	103
CAP. II.—Oriente.—Los ídolos.	106
CAP. III.—Occidente.—Las catacumbas.	110
CAP. IV.—Oriente.—Los Iconoclastas.	114
CAP. V.—Oriente.—Las guerras santas.	117
CAP. VI.—Occidente.—Las Madonas.	121
CAP. VII.—Los tiempos bárbaros.	126
CAP. VIII.—De los hombres del Norte.	132
CAP. IX.—La caballería.	139
CAP. X.—Las órdenes.	147
CAP. XI.—El Renacimiento.	154
CAP. XII.—Las últimas herejías.	157
CAP. XIII.—Los tiempos modernos.	166
CAP. XIV.—Influencia del culto de María en las bellas artes.	176
CAP. XV.—Las romerías.	184
Calendario histórico.	205

01E

